LA IRA DEL MAR LO CONDENÓ.

LA VENGANZA LO MANTUVO VIVO.

JAVIER PELLICER

EL TESORO DE LA GIRONA

Corre el año 1588. La derrota de la Armada española de Felipe II ha sido completa. Maltrecha y descompuesta, regresa a España bordeando la costa norte de Irlanda. Pero Dios parece enviar a los elementos contra ella: un terrible temporal provoca el naufragio de más de veinte barcos; entre ellos, la hasta entonces robusta galeaza napolitana La Girona.

Esta es la historia de uno de los pocos supervivientes: el soldado de los Tercios españoles Joan Mateu. Exhausto, vencido, y rotos sus sueños, vagará sin rumbo hasta arribar al castillo de Dunluce. Allí, el clan irlandés de los MacDonnell le dará cobijo, y algo hasta entonces desconocido para él nacerá al conocer a la joven Ealasaid. Al fin parece que la suerte cambia, que sus demonios podrán quedar atrás, pero el destino tiene otros planes para ellos…

Con una narración admirablemente ligera y amena, *El tesoro de La Girona* nos presenta una historia llena de peripecias, lances y constantes giros que mantienen al lector en vilo página tras página, gracias a unos personajes que permanecerán por siempre en nuestra memoria. De vuelta a Irlanda, pero a través de la historia de España, Javier Pellicer nos presenta, sin duda, su mejor novela hasta la fecha. Una novela donde la aventura se presenta en su máxima expresión.

Javier Pellicer

El tesoro de La Girona

ePub r1.0
Titivillus 12-12-2023

Título original: *El tesoro de La Girona*
Javier Pellicer, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

Mar del Norte, madrugada del 28 de octubre de 1588

El señor Océano propinó al barco el más poderoso golpe de mar recibido hasta el momento. *La Girona* gimió de dolor, crujió su esqueleto, se ladeó de tal modo que los pasajeros salieron despedidos los unos contra los otros. Joan trató de sujetarse a la desesperada, y una tabla medio suelta fue su asidero. En aquella vorágine se perdieron las formas y el valor; no hubo más voluntad que salvar el pellejo propio. En un visto y no visto, el soldado fue arrollado por una nueva tromba de agua que se colaba por un boquete, junto al cañón que momentos antes él y sus compañeros habían tratado de asegurar. El arma se soltó e hizo volar astillas, ensanchando el agujero todavía más.

Por ahí se fueron todos. Osuna, Vargas y De la Cuadra; Bernardo, Silva, Dieguito… Joan vio cómo se los tragaba el mar de un plumazo. Pero lo peor, lo más terrible, es que ni siquiera le importó. En ese momento solo tenía pensamientos para sí mismo. «Salvarme. Debo salvarme». Como fuera, a cualquier precio. A la mierda su escuadra, *La Girona* y la madre que parió a la Armada. Sobrevivir era lo único que importaba.

La voluntad del mar pudo más, en cualquier caso. Una nueva ola lo envolvió en una lazada que no fue capaz de resistir. Los dedos le resbalaron. Agua y burbujas, pedazos de madera a su alrededor; oscuridad repentina y un frío que roía los huesos. El Atlántico lo había reclamado y tiraba de él hacia abajo.

Y aun así se rebeló. Nadó hacia lo que creía la superficie, iluminada por los fogonazos de los relámpagos. Obligó a sus piernas a moverse, pero, a pesar de los esfuerzos no lograba ascender lo bastante rápido. «Demasiado peso», comprendió en su desesperación. Así que se revolvió para librarse de todo cuanto llevaba encima: la toledana, el coselete de cuero con los dineros cosidos por dentro, las botas, la vizcaína… Se quedó casi en cueros salvo por la camisola, los calzones y lo único de lo que no podía desprenderse aunque le fuera la vida en ello: la medalla de la Virgen y el canuto de los papeles.

Logró al fin romper la encrespada superficie del océano y sentir el viento en la cara. El mar, enemigo poco antes, era ahora su único amparo. El resto,

caos. «Padre, Hijo y Espíritu Santo», pensó ante semejante despliegue de rabia divina. Saetas luminosas descendían del cielo como culebras enroscadas, mientras el agua formaba dunas que sin orden ni concierto se convertían en montañas y pozos. Buscó con mirada angustiada cualquier objeto que le permitiera mantenerse a flote: después del esfuerzo sentía que los miembros, ya débiles tras semanas de privaciones, le flaqueaban. No duraría mucho.

Quiso la Providencia ofrecerle una oportunidad en la forma de una tabla que subía y bajaba a merced del oleaje. Puso cuanto le quedaba en alcanzarla y subirse a lo que resultó ser la hoja de una puerta, quizá del camarote de alguno de los oficiales, a juzgar por su delicada talla. Sobre la madera cayó, entre toses y exhausto, y se pegó a ella como una lapa para evitar ser tragado otra vez por el abismo.

En algún momento se permitió levantar la vista para observar aquel infierno, que más que de fuego era de agua, y pudo asistir al estertor final de *La Girona*. Fue terrible ver cómo se estrellaba contra las rocas de un arrecife, cómo se partía por la mitad cual nuez quebrada de un martillazo. Las lágrimas corrieron sobre sus mejillas empapadas.

Joan quedó tan desamparado como el Cristo en la cruz. Sintió que cedía al agotamiento, que el cuerpo le pedía abandonarse a su suerte. Y lo habría hecho de no ser porque, de pronto, echó algo en falta. La medallita de la Virgen seguía allí, enroscada a su cuello, resistiendo, pero el tubo de hoja de lata había desaparecido. Los documentos del servicio militar… y la carta de su madre.

Un alocado ramalazo estuvo a punto de hacerlo saltar al agua en busca de aquella aguja en un pajar. Se lo impidió la falta de fuerzas, y, sobre todo, la certeza de que si se ahogaba jamás podría alcanzar el objetivo que se había marcado. Algo que no pensaba aceptar, así que se aferró a tan malsano incentivo para resistir las inclemencias.

La venganza. El ansia de venganza lo salvó.

2

Dunluce, condado de Antrim, 27 de octubre de 1588

Dicen las antiguas tradiciones que los huesos de Irlanda son de piedra. Su piel es hierba fresca, y los ríos que la recorren contienen la esencia de cuantos hombres la han hollado desde que llegara el primero de ellos, Partolón. Cada vez que la isla resuella se forman tormentas que empujan las olas del mar contra su osamenta, bañan el verde pellejo y dan nueva vida a la herencia del pasado.

Eso, al menos, era lo que aseguraba la vieja tata de Ealasaid. Quizá solo fueran cuentos sin fundamento, o tal vez formaban parte de una sabiduría ya perdida. Los druidas hacía muchos siglos que habían desaparecido, y sus conocimientos apenas permanecían como mitos susurrados en la noche que ahora se conocía com Todos los Santos, pero que antaño fue la Samhain que anunciaba el final del verano. Quizás esa fuera la única enseñanza druídica que había sobrevivido: que nada es inmutable. Todo cambia, evoluciona, forma parte de un ciclo. Todo.

Como la tempestad que se estaba formando sobre la costa de Antrim. Ealasaid la observaba desde la ventana de sus aposentos, en lo más alto de la torre norte del castillo de Dunluce. Lo lógico hubiese sido presenciar aquello con cierta frialdad; al fin y al cabo, su primer grito de vida lo había liberado diecisiete años atrás junto al mismo mar tormentoso. Vino al mundo en Dunaneeny, fortaleza principal de su familia situada al este de aquellas tierras, y por sus venas corría además la sangre de los marineros escoceses de las Hébridas. Las tormentas que se desataban de la noche a la mañana eran tan habituales para ella como la salida del sol. Ninguna debía tener poder para estremecerla.

Sin embargo, había algo inquietante en la negrura que empezaba a imponerse sobre el gris del cielo. Le parecía más ominosa de lo habitual, como si portara malos presagios. O tal vez aquello no tuviera nada que ver con el tiempo. Las últimas semanas habían estado pasando cosas bastante inauditas: patrullas inglesas que iban y venían con mayor asiduidad de lo habitual, barcos de extrañas banderas que se habían ido a pique en la costa

oeste de la isla, náufragos que llegaban implorando ayuda… Toda aquella incertidumbre había engordado sus propias nubes, esas que le oscurecían el ánimo del mismo modo que ocurría con el cielo.

Habían pasado ya varias estaciones desde su traslado definitivo a Dunluce, y la apasionada e infantil curiosidad de antaño se había convertido en una especie de apatía a medio camino de la nostalgia. Hasta el rumor del oleaje le parecía triste, como si se tratara de una de esas antiguas baladas que hablaban de pescadores perdidos en alta mar para penuria de sus amantes, quienes se convertían en estatuas de sal de tanto esperar su vuelta. Aunque la verdad era que ella no esperaba a nadie.

Todavía estaba lejos de pensar en aquel castillo como en un hogar. Su habitación, el servicio o a la gente de la aldea le parecían extraños, por mucho que la trataran con amabilidad exquisita. Echaba de menos a su hermana Beitris, quien la primavera pasada se había trasladado a Dunderave para residir con su flamante esposo, Donal, del clan MacNaghten. Ahora las separaba el mismo mar que a Irlanda y Escocia, así que apenas la había visto desde entonces. Sus otras hermanas, Aileas y Gráinne, la mayor, tampoco estaban ya a su lado. Seguían en Dunaneeny, también junto a sus maridos. Al mando de todos ellos y del castillo se hallaba Aonghus, el quinto varón de los MacDonnell: Somhairle «el del Pelo Rubio», el padre de Ealasaid.

Él había insistido en que la muchacha lo acompañara a Dunluce. «Le darás lustre con tu hermosa presencia», fueran sus palabras; cariñosas, pero insuficientes para animarla.

La fortaleza se había convertido en la posesión más preciada del clan tras décadas ambicionándola. Después de ganar y perder varias veces tan suculento trofeo, por fin parecía que la región de La Ruta era suya. Había bastado con unas cuantas guerras, otras tantas traiciones y una última humillación. Somhairle, a quien los ingleses llamaban Sorley Boy para su desagrado, había tenido que tragarse el orgullo, arrodillarse ante el representante de la reina Isabel y jurarle sometimiento. La recompensa fue la concesión oficial de los nueve valles de Antrim y La Ruta, la ostra que contenía la perla más envidiada del norte de Irlanda: Dunluce.

De eso hacía casi dos años. Ealasaid era tan joven que solo había vivido la parte más reciente de aquel relato familiar. Un relato que, por cierto, la asqueaba profundamente. Todas esas luchas e intrigas disfrazadas de honor, cuyo único objetivo real era el control de unos simples pedazos de tierra, no habían traído más que dolor a su familia. Dos de sus hermanos mayores perdieron la vida en la causa: Alaster, a manos de los ingleses, quienes

hicieron de él un macabro ejemplo al empalar su cabeza en Dublín; y, en cuanto a Donnell, el segundo hijo de Somhairle… Bueno, Ealasaid todavía cargaba con la culpa de su muerte, por mucho que le dijeran que lo ocurrido no había sido responsabilidad suya.

Tuvo que limpiarse las lágrimas. Donnell… Aún le resultaba imposible contener el llanto al pensar en él. Todavía le carcomía lo ocurrido, como si un parásito se hubiera refugiado en su interior y despertara de vez en cuando para darle unos bocados. ¿Cesaría ese dolor algún día? No apostaba por ello.

Se preguntaba a menudo cómo era capaz su padre de cargar sobre los hombros esa y tantas otras penas. Sus demonios eran la consecuencia de unas decisiones que en su día Somhairle creyó poder afrontar, al igual que la mayoría de hombres jóvenes. Hasta que le llegó la vejez, cuando la mente tiende a hacer balance de las faltas cometidas. Como entregar en matrimonio a Caitlin, su hija mayor, a los MacQuillan, enemigos tradicionales de los MacDonnell. Aunque el acuerdo había sido bienintencionado y buscaba poner fin a una incómoda rivalidad, por desgracia solo sirvió para alejar a Caitlin de los suyos. De hecho, Ealasaid nunca llegó a conocer a su propia hermana, que se casó antes de que ella naciera y jamás regresó al amparo de la familia, a los brazos de una madre que perdió la sonrisa a partir de entonces.

Los MacQuillan, los O'Neill, los MacDonnell… Eran muchos los clanes que ambicionaban Dunluce como plaza fuerte, y todos ellos estaban dispuestos a pagar cualquier precio, por alto y doloroso que fuera. Lo cierto era que el castillo se alzaba en un lugar imponente: sobre un espolón gris de una belleza severa y dramática, golpeado sin cesar por las olas y moteado por el verde que se extendía desde las colinas del sur hasta las playas y los acantilados negros. La lengua de roca parecía desear desprenderse de la isla e ir más allá, como si de una bestia marina varada se tratara.

No había olvidado su impresión al ver aquel malecón natural por primera vez desde la barcaza que la traía de Dunaneeny. Fue como si una criatura colosal abriera las fauces para engullirla, pues el acantilado tenía, en el extremo que daba al mar, una gran oquedad que penetraba en la piedra; una caverna que había sido, y todavía era, refugio y parada de contrabandistas. Cuando el pequeño bajel fue absorbido por semejante ballena rocosa, la muchacha tuvo la certeza de que todo había cambiado, y no para bien. Ni imaginaba por entonces hasta qué punto.

El castillo se fundía con el entorno. Sus muros, que en los mayores embates del océano recibían la salpicadura de las olas a pesar de su altura, formaban una planta rectangular de la que sobresalían, en lo alto, dos torres

circulares. Los acantilados a este, oeste y norte caían a plomo en sendas paredes manchadas de musgo y piedra negra. La atalaya trataba de aprovechar al máximo la escasa porción de tierra de que disponía. Daba la sensación de que los edificios estaban apretujados; de que en cualquier momento la fortificación se desbordaría por las paredes del saliente y se precipitaría al abismo.

El único punto de acceso real a la fortaleza era el puente levadizo que, salvando el vacío, conectaba el peñón con la planicie anterior. Desde la casa del guarda, precedida apenas por un pequeño patio de espera, los centinelas vigilaban la entrada día y noche. Del lado derecho partía el lienzo que servía de fachada principal al castillo hasta alcanzar el torreón sur, que albergaba los barracones de los soldados acantonados. En la torre más cercana al océano estaban los aposentos de varios miembros de la familia MacDonnell, cuyo último piso ocupaba la joven y desencantada hija de Somhairle. Sobre la cúspide de ambos torreones, y a lo largo del perímetro amurallado, el viento hacía ondear el estandarte del clan: el bravo león carmesí en posición rampante, la cruz de su irrenunciable fe católica, el bajel y el pez azul que los vinculaban con el mar. «Por agua y por tierra», decía el lema de la familia.

Una soberbia plaza fuerte enclavada en un punto esencial para los intereses de los MacDonnell, pues la costa de Antrim era la conexión natural con su tierra de origen, Escocia. Controlar las dos regiones que la formaban, La Ruta y los Glens, significaba tener a su disposición un paso libre hasta la reina de las Hébridas, Islay. La isla más austral del archipiélago estaba bajo el gobierno del clan, por lo que la ventaja resultaba evidente: más allá de los beneficios del contrabando, favorecía el tránsito de colonos escoceses con los que poblar el norte irlandés. Algo que los isleños de pura cepa, y más aún los ingleses, no veían con buenos ojos. Era lógico, por tanto, que también ellos quisieran dominar aquella puerta de entrada para bloquearla o usarla en su favor.

Con ese fin empleaban las únicas armas conocidas por los poderosos: ofrecían títulos, pactaban alianzas que no dudaban en romper si cambiaba la situación, espiaban, asesinaban… ¿Cómo cabía esperar una paz duradera? Incluso en aquellos días, con Antrim firmemente aferrado por los MacDonnell, se percibía en el ambiente una tensión tan evidente como la estática que precede a la tormenta. Ealasaid era consciente de que la calma podía desvanecerse con la misma facilidad con la que el temporal tomaba forma sobre su cabeza. Bastaba con que la reina inglesa se levantara con el pie izquierdo una mañana o al jefe del clan rival se le antojara guerra para que

la tranquilidad se fuera al traste. Una excusa, un único suceso caótico. Un pequeño pedrusco rodando era todo lo que se necesitaba para provocar una avalancha.

Se había quedado hechizada por el movimiento de las nubes y el avance de la oscuridad mientras pensaba en tales asuntos. Arreciaba el viento, y la voz del océano empezaba a convertirse en fragor. «El mar habla a gritos, chilla a pleno pulmón cuando se enrabieta», solía decir su madre. Otra cosa era el significado de esas palabras. «Quizá contenga un mensaje para mis oídos», pensaba a veces. Pero nunca lograba discernir cuál era.

Su mente estaba anclada en aquellas preocupaciones vagas cuanto la puerta de la alcoba se abrió de manera estrepitosa. El impertinente visitante no había considerado necesario pedir permiso, y eso lo anunciaba mejor que cualquier llamada.

La figura robusta y enorme de Ragnall, hermano de Ealasaid, robó el protagonismo a la tempestad. Ella suspiró de fastidio por la interrupción. Si algo no le gustaba de él, era aquel moverse por la vida sin pensar en lo que hacía. A veces se enfadaba por ello, pero luego recordaba que no había maldad alguna en Ragnall, la persona más bonachona y alegre que conocía. La unía a él, de hecho, una relación más estrecha que con la mayoría de sus parientes, a pesar de que tenía edad para ser su padre.

Somhairle había sido un hombre pródigo a la hora de engendrar descendencia. Se desposó con Màire O'Neill, la entonces jovencísima hija de Conn, conde de Tyrone, en un matrimonio de conveniencia que, a diferencia de otros, tuvo cierto éxito en su intento de acercar a ambos clanes. La madre de Ealasaid había traído al mundo once hijos a lo largo de cuatro décadas, seis varones y cinco mujeres, por lo que la diferencia de edad entre los mayores y los menores era muy amplia. Entre los cuarenta y cinco de Ragnall y los diecisiete de Ealasaid mediaba un abismo que solo lograba compensar el carácter jovial y despreocupado del segundo en la línea de sucesión. En realidad, solía comportarse como si todavía fuera un niño sin responsabilidades.

—Hola, avecilla —dijo él, haciéndole una mueca burlona ante la cual la muchacha solía fingir disgusto, pero que en realidad le encantaba—. ¿De nuevo penando hacia el horizonte? Cualquier día te convertirás en una gaviota y saldrás volando por la ventana.

—Eso no estaría tan mal, si lo piensas —respondió, levantando los hombros con indolencia—. Sería libre para hacer lo que me viniera en gana.

—Ya, lo dice la malcriada de padre, a quien todo permite.

—Salvo quedarse en Dunaneeny.

—No te quejes. —Le tomó una de las hebras rojizas y jugueteó con ella hasta que la muchacha le dio una palmada en la mano—. Dunluce es más divertido. Al fin y al cabo, yo estoy aquí, y eso basta para alegrar la cara de una jovencita tan seria como tú.

Ragnall sabía muy bien que Dunluce era todo menos un lugar divertido para Ealasaid. Y sabía por qué: la fortaleza le recordaba constantemente a Donnell. Pero quitar importancia a las cosas era su manera de aliviar las tensiones. A veces funcionaba.

Aquella noche, no.

—Sí, junto con tu enorme vanidad —se burló ella, desganada.

—Hablando de vanidad… —Ragnall se sentó sobre la cama, que tembló al recibir su portentoso corpachón—. Acaba de llegar un mensajero al castillo. Por eso venía a verte. Los O'Neill han pedido otra audiencia con padre.

Ealasaid no se esforzó en contener un suspiro. «Otra vez», gimió para sus adentros. Conocía muy bien el objetivo de ese encuentro que los irlandeses demandaban sin descanso: la única hija soltera que le quedaba a Somhairle MacDonnell.

—No se dan por vencidos, Rag —barruntó la joven, sentándose junto a su hermano. Él le pasó el brazo por el hombro y la apretujó amorosamente.

—Turlough es cabezota como todos los O'Neill. Y Artair, su hijo, se hace mayor. Le urge encontrar esposa, y prefieren alguien que les reporte ventajas en el futuro.

Al igual que ocurría con otras familias gaélicas, había varias ramas del clan O'Neill. Una de las más importantes eran los O'Neill de Clandeboye, la región situada justo al sur de Antrim, contra los que su padre había luchado victoriosamente años atrás. Su fortuna había menguado tras aquella famosa batalla en la que cayeron junto a sus aliados, los MacQuillan, anteriores señores del castillo de Dunluce. Años después de la derrota tuvieron que ver cómo los ingleses les arrebataban sus tierras y las dividían entre los afines a la corona.

Luego estaban los O'Neill de Tyrone, gobernados por Turlough Luineach, y en mejores términos con los MacDonnell tras el matrimonio de los padres de Ealasaid. Pero había pasado mucho tiempo desde entonces y las relaciones eran ahora frías, sobre todo después de la muerte de Màire. Y se volvían aún más gélidas con cada rechazo a sus propuestas de matrimonio.

—¿Por qué no se dan por vencidos de una vez? —preguntó la joven, sin esperar una respuesta.

—Turlough siente en el pescuezo el aliento de un enemigo de altura, ya lo sabes.

Su hermano se refería a Hugh, sobrino del anterior señor de los O'Neill, Shane. Este último había sido desbancado a las malas por su *tanist*, el comandante de mayor rango que lo asistía, que no era otro que Turlough. Aquella traición acabó con las aspiraciones de Hugh de recibir el gobierno de Tyrone, y para evitar correr la misma suerte que su tío se exilió en La Empalizada, territorio dominado por los ingleses. La Corona se apresuró a nombrarlo conde de Tyrone, ofreciéndole apoyo con la clara idea de desestabilizar a los clanes del Úlster. Ante semejante amenaza en el horizonte, Turlough supo que iba a necesitar de cuantos aliados pudiera conseguir. Y los MacDonnell eran los más poderosos que tenía a su alcance.

—Me parecería bien si no se empeñaran en utilizarme como mercancía para lograr sus objetivos.

—No creo que debas preocuparte por nada, Eali —atajó Ragnall—. Padre recibirá a los O'Neill para no desairarlos y hará lo que siempre hace: emborracharlos con nuestro *whisky* y darles largas. Ya ha dejado claro muchas veces que no te entregará a varón alguno salvo consentimiento por tu parte. Se lo prometió a madre.

—Lo sé. Pero la cuestión es cuánto tiempo podrá mantener esa promesa. Si la necesidad aprieta, ¿la romperá?

—Hay una solución para evitar llegar a eso: encuentra un marido de tu agrado. Te sobran pretendientes.

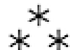
Ealasaid suspiró de nuevo. Odiaba aquella deriva en la conversación. ¿Por qué insistían todos a su alrededor en delimitar la vida en torno a la búsqueda de un marido? ¿Acaso el único modo de alcanzar la plenitud era desposándose? No es que la joven diera la espalda a esa posibilidad, pero prefería que llegase de forma natural. Que nadie le impusiera un destino fijado según el beneficio de otros. No quería ser como Deirdre, la de los antiguos mitos, resguardada del mundo como un tesoro que entregar al pretendiente más adecuado, no al más amado.

Deseaba tener voz y voto para elegir a la persona con la que pasar el resto de su existencia; y esa persona, desde luego, no era Artair O'Neill. Una ambición muy alta en una tierra donde, generalmente, las mujeres solo podían aspirar a ser moneda de cambio en pactos de alianza, como su hermana Caitlin. Una ambición que, además, le había costado la vida a Donnell.

—Olvídalo, Rag, ningún hombre marcará la dirección en la que me mueva. No seré esclava de nadie —dijo, poniéndose seria y frunciendo los

labios con expresión resuelta; luego miró a la tormenta en ciernes—. Que las aguas me traigan el futuro si quieren. Pero será mi voluntad la que decida.

El océano escuchó la encomienda. Y la aceptó.

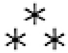


El mar le habló aquella misma noche. Los truenos rasgaron la duermevela de la muchacha hasta alcanzarla en sueños y teñirlos de escenas angustiosas. Su cuerpo se agitó entre sábanas y mantas. «Déjame dormir, no quiero hacer nada más», susurró; «solo dormir». La furia de un mundo que se agitaba; lluvia, vientos desatados sobre montañas de agua que crecían y se desmoronaban. «Déjame, déjame», insistía, cerrando su corazón al mensaje, temerosa de entenderlo, de que la atrapara.

Pero los relámpagos iluminaron el destino que se avecinaba. El día sobre la noche reveló un gran barco, como ninguno que hubiera visto antes; una embarcación de tres palos cuyo velamen debió de ser asombroso antaño, pero del que ahora solo quedaban jirones contra los elementos. Un cascarón de madera que, cabezota, trataba de resistir en vano a la ira divina.

No, no estaba ante una nao, ahora lo entendía. La Ealasaid de sus sueños contemplaba una criatura herida de muerte. Una madre preñada de multitud de hijos, que aullaban y trataban desesperadamente de conseguir lo imposible: salvar sus vidas, cuando ni siquiera habían nacido todavía. Neptuno ya los había condenado, señalándolos con su tridente inapelable.

A casi todos ellos.



Irlanda es una criatura volátil que calma su ímpetu con la misma rapidez con que lo enciende. Cuando la primera caricia del sol despertó a Ealasaid, las siniestras nubes negras habían sido sustituidas por un azul puro y cristalino. El cambio fue tan intenso que por un instante olvidó las pesadillas que le habían alterado el sueño. Tras remolonear un poco entre las sábanas, se levantó y caminó hasta la ventana. Las gaviotas volvían a volar con las alegres piruetas de costumbre, a lomos de un viento ligero que azotó la cabellera cobriza de la joven dama.

Y, aun así, a pesar de que la estampa poco se parecía a la de la víspera, percibió en su interior un resto de aquella desazón imposible de identificar. Algo que llevaba dentro incluso desde antes de dejar Dunaneeny.

La primera vez que se sintió descolocada con el mundo había sido al morir su madre, casi tres años atrás, pero lo achacó a la natural pena ante una pérdida semejante. Se supone que los padres abandonan a los hijos cuando estos ya están entrados en la madurez, pero Ealasaid se sentía lejos de esa seguridad propia del adulto. Ni niña, pues hacía ya mucho de su primer sangrado, ni mujer, pues todos la trataban como si estuviera hecha de vidrio y no de carne.

Ahora estaba allí, en su nuevo hogar, que era hermoso, fascinante. Sin embargo, no podía disfrutarlo, igual que un enfermo es incapaz de saborear los alimentos por deliciosos que sean. Esa debilidad la enojaba, pues nada odiaba más que sentirse a merced de circunstancias incontrolables.

De pronto tuvo uno de esos arrebatos que de vez en cuando le llenaban de voluntad el corazón. Se deshizo del camisón y lo cambió por un atuendo más adecuado para salir de la alcoba. Ropas cómodas, nada de asfixiantes corsés o molestos vestidos de damisela: la *léine* clásica de lino hasta la rodilla, polainas para cubrir las piernas y unas buenas botas para caminar. También un manto velludo con el que combatir el frío matinal.

Más animada, descendió por la escalera en espiral de la torre hasta alcanzar el patio trasero del castillo. El primer destino que tenía en mente eran las cocinas, pegadas a la atalaya. Allí tomaría una hogaza y un pedazo de queso del que disfrutar durante el paseo que había planeado.

En cuanto dejó atrás el torreón, sintió el agradable aroma del pan recién horneado, pero antes de llegar a las despensas se cruzó con Roderic, el maestresala personal de su padre. Recibió de él esa mirada directa que siempre adornaba su rostro alargado, escrupulosamente afeitado y de cabello recortado a la antigua usanza, con forma de tazón. Su expresión solía ser un tanto fría e indescifrable; costaba leerle las emociones. No recordaba en él una carcajada ni un balbuceo. En cualquier caso, le tenía cierto aprecio, pues siempre se mostraba atento con todo el mundo y comprometido con su trabajo. Por ello, sin duda, había alcanzado tan privilegiada posición en los escasos dos años que llevaba al servicio de la familia. El cargo de mayordomo principal de un gran señor solía recaer en veteranos de lealtad probada, pero Roderic había demostrado sus méritos al poco de llegar como mozo a las cocinas del barrio exterior, más allá de los muros de la fortaleza. Se ganó el aprecio de su señor durante los festejos por la concesión de Dunluce y las tierras de Antrim, en los que su intervención frustró un intento de envenenamiento del mismísimo Somhairle. El culpable, tras alegar que no

conocía la identidad de quien lo había contratado, fue ajusticiado en la horca. Y a Roderic se lo nombró encargado del servicio privado.

—Buen día, mi señora.

—Bueno sea, Roderic.

—Si acudís a las cocinas, debo informaros de que allí se encuentra vuestra tata —dijo él, dibujando una ligera sonrisa. Era toda la efusividad que se permitía.

Ealasaid resopló y bajó los hombros. Podía dar por perdida la mañana si la vieja nodriza daba con ella. Primero tendría que soportar el clásico sermón por «vestir inapropiadamente para una dama de alta alcurnia»; le recriminaría que llevara el pelo suelto, la llamaría holgazana e insistiría en que dedicase su tiempo a algo de provecho, como bordar. Una tarea que aborrecía. ¿Malgastar un día tan esplendoroso dando puntadas con una aguja? ¡De ningún modo!

—Puedo traeros algo de comer sin que se entere, si lo deseáis —se ofreció Roderic.

—Muy amable por tu parte, pero mejor me escabullo antes de que esa mujer me huela. ¡Juro que en lo que a mí respecta tiene el olfato de un perro cazador! —rio—. Tomaré algo en las cocinas del barrio exterior.

Así pues, la joven se fue en la dirección opuesta. Siguió la pared de la casa señorial por el patio trasero hasta el ala que unía el edificio principal con la muralla. Después, de nuevo en el exterior, pasó por delante de la torre sur, y sobre ella vio a los centinelas bostezar mientras paseaban u oteaban el horizonte. Sonrió. Le parecía divertido ver a aquellos hombres tan recios a punto de ser vencidos por el sueño.

Dejó a su izquierda la logia, con sus columnas unidas por arcos, y se dirigió a la esquina más occidental. Allí, la muralla desembocaba en la casa de la guardia, formalmente la puerta de entrada del castillo. Tenía planta cuadrada, lo que indicaba que no se había construido al mismo tiempo que las otras dos torres. En realidad, la fortaleza era hija de distintas épocas. El primer asentamiento había sido erigido por los normandos, aunque poco quedaba de aquello. Cuando los MacQuillan tomaron posesión del lugar, levantaron el perímetro amurallado y las torres circulares con fines defensivos, pero solo la situada al sur cumplía ahora tal cometido. El gris de las piedras era más oscuro en esos edificios; la sal ya había empezado a carcomerlos, y los nidos de las gaviotas eran tan parte del castillo como las banderolas. La casa de la guardia resultaba de fácil defensa porque formaba un cuello de botella justo tras el puente, sobre el que los guardias de la torre podían disparar a placer con sus mosquetes.

La casa señorial también era obra de los MacQuillan, pero Somhairle ya había decidido que debía ser remodelada por completo. Ahora que era un líder reconocido tanto dentro como fuera de Irlanda, deseaba engrandecerla, convertirla en un lugar suntuoso donde realizar grandes celebraciones y agasajar a sus invitados. Por ese mismo motivo había construido, dos años atrás, la logia de la que tan orgulloso estaba. Aquel tipo de edificios era habitual en el continente, pero en la isla no existía otro igual; algo de lo que el padre de Ealasaid se jactaba cuando surgía la ocasión, y también cuando no.

Se cruzó con Caoilte, el jefe de la casa de la guardia, en el pasaje que cruzaba las entrañas de la torre. Hablaba con Owen Gar Magee, capitán de la guardia personal de su padre. Ambos eran hombres de aspecto basto, como la mayoría de escoceses. Caoilte era más alto, flaco, de ojos hundidos y cabellera larga para cubrir la escasez en las sienes; el otro tenía las espaldas muy anchas y parecía un auténtico toro pardo. Ambos eran veteranos de confianza de Somhairle. En una tierra donde las traiciones eran moneda común, la lealtad absoluta era una cualidad tan escasa como valorada. A la hora de delegar responsabilidades de gobierno, los señores de los clanes trataban de rodearse de quienes habían demostrado su valía y entereza en el campo de batalla, sangrando a su lado. De hecho, Owen se enorgullecía de un logro por el que era admirado: él había terminado con Éamon MacQuillan II en la batalla decisiva por el control de La Ruta, acontecida en la colina de Aura años atrás. Se contaba que lo había perseguido hasta su refugio, donde se infiltró para darle muerte. La hazaña le valió el favor de Somhairle a partir de entonces.

—Buen día, niña —la saludó Caoilte, con una sonrisa familiar—. ¿Os ha dejado dormir la tormenta?

—Hace falta mucho más para desvelarme —respondió la muchacha, escondiendo la intranquilidad y las pesadillas.

—Desde luego, sois tan dura como las rocas del acantilado —bromeó él.

—Aun así, no estaría de más que os acompañara uno de mis hombres durante vuestro paseo —intervino Owen con su habitual frialdad.

Era un hombre parco en gestos. Sin duda tenía alma de mercenario: gélida e impasible, preparada para cualquier acción. Cualquiera. A Ealasaid le revolvía el estómago tal falta de escrúpulos, por bien dirigida que estuviese.

—Solo voy a la playa, aquí al lado. Desde las almenas occidentales podréis vigilar mis pasos.

Owen Gar Magee, tan celoso de sus responsabilidades, estuvo a punto de replicar. Pero el jefe de la guardia dio su aprobación, y con eso bastó para que

la joven pudiera seguir su camino. Más allá del promontorio, tras salvar el puente, se extendía el barrio exterior. Se trataba de un grupo de edificios destinados a diversos trabajos al servicio del castillo. Un murete dividía el arrabal en dos secciones. En la más cercana al baluarte, había un bloque formado por habitaciones con vistas a los jardines situados a la derecha. Era el alojamiento de los visitantes con cierto prestigio social, pero sin la suficiente nobleza para merecer los magníficos aposentos del castillo: enviados de otros clanes, comerciantes de importancia o monjes itinerantes. En el edificio que venía a continuación había una cocina preparada para servir a esas visitas, cuyas chimeneas ya lanzaban bocanadas de humo a una hora tan temprana. Ealasaid se detuvo allí para tomar un pedazo de pan recién horneado y untado con miel.

La siguiente área tenía construcciones a ambos lados formando un patio que siempre estaba animado. Los trabajadores de la cervecería se afanaban con los carros y canastas de cebada mientras un mozo conducía un caballo hasta los establos, frente a la destilería.

Más allá se abría el poblado, a los pies de una ligera cresta conocida como la colina de la Horca[1]. La línea de montículos se alzaba tan suavemente que apenas se apreciaba cómo discurría hacia el este. Había pocos árboles en los aledaños: todo era un ondulado manto verde, tierras fértiles para la agricultura y generosas en pastos. Los ganaderos solían dejar sus rebaños en libertad para que las bestezuelas dieran cuenta de la hierba reverdecida por la lluvia nocturna.

En los huertos, los labriegos ya espoleaban a sus asnos, y los pescadores más rezagados marchaban con sus carros hacia el río con la esperanza de que la jornada fuera propicia. La aldea bullía de actividad y apenas había amanecido, pero así era la vida para los que debían ganarse el sustento con las manos. La muchacha, que nunca había tenido que hacerlo, admiraba el esfuerzo de aquellas gentes, para quienes las tareas empezaban y acababan con el sol, salvo los festivos y el día del Señor. A veces, cuando los contemplaba, se sentía culpable por su propio malestar. ¿Qué derecho tenía a quejarse? Los aldeanos que servían a su clan eran tan esclavos de las costumbres como ella, pero además tenían que soportar una existencia difícil y trabajosa a cambio de una choza en la que guarecerse y comida caliente para los suyos. Sin privilegio alguno. Sin otro destino que subsistir.

La cuestión era que se conformaban. La mayoría de ellos aceptaban aquellas condiciones con resignación, incluso con una sonrisa. Incluso con felicidad. Abnegados en el día a día, los trabajadores encontraban momentos

alegres en lo mundano. Y eso era lo que más envidiaba Ealasaid. Lo habría dado todo por ser capaz de aceptar el camino que Dios había trazado para ella.

Dejó atrás la herrería para tomar un pequeño sendero que regresaba hacia el mar. Las mujeres que se habían reunido en el pozo del poblado la saludaron con la amabilidad y el respeto que se esperaba de ellas hacia la hija de su señor. Dudó si detenerse a hablar, pues si lo hacía se vería envuelta en sus chismorreos y en cuanto se diera cuenta habría perdido la mejor parte de la mañana.

Así que siguió el camino por el que antiguamente se accedía al castillo y que ahora se cortaba a la sombra del puente. Era algo habitual en las fortalezas de antaño: empinadas y enrevesadas cuestas que se enroscaban en torno al promontorio sobre el que se alzaban las atalayas, para obligar a cualquier atacante a un arduo ascenso que lo expondría a los proyectiles de los defensores. El problema era que aquello también resultaba incómodo para los sirvientes, carros de provisiones y mensajeros que llegaban a Dunluce a diario. El puente levadizo solventaba el asunto con mayor eficacia.

Ealasaid viró en dirección a la playa y bajó por una cuesta cubierta de hierba, con cuidado para no resbalar en el barro. El manto glauco, que casi llegaba hasta la orilla, solo se interrumpía por una banda oscura de pequeños cantos. La mano de Dios había formado una cala entre la punta rocosa del castillo y un dique natural que, al este, se adentraba en el mar. En aquel lugar había encontrado la muchacha un refugio al que acudía cada mañana. Nadie más bajaba allí, pues la zona resultaba de poca utilidad: a lo largo de la línea del mar aparecían puntas y arrecifes que impedían la utilización de cualquier barca. Era, por tanto, un pacífico remanso, un santuario en el que observar durante horas cómo las olas rompían contra los acantilados y llegaban hasta la playa de guijarros. A veces, si el tiempo acompañaba, se mojaba los pies o se atrevía a saltar entre las rocas que formaban los pequeños islotes, lo que no era muy prudente. Un traspié durante el juego podría resultar fatal.

Lo único que hizo aquel día fue recostarse junto a un gran pedrusco en mitad de la cala, dar buena cuenta del desayuno y quedarse ensimismada con el arrullo del mar. Tras la furibunda tormenta de la noche anterior, aquel plácido sonido le calmó el corazón y llevó a sus labios los versos de una canción:

¡Oh, yo prohíbo a las doncellas
que vistan de oro tu pelo
para viajar a Carterhaugh,
donde mora el joven Tam Lin!

Pues nadie sale de Carterhaugh
salvo que le dejen una promesa,
sus anillos, sus mantos verdes,
o bien su doncella.

La tata Àine solía cantarle aquella antigua balada escocesa. Hablaba de una mujer, valiente y luchadora, que un día conoció a su amor verdadero, Tam Lin. Pero este era prisionero de la reina de las hadas, así que la joven tuvo que rescatarlo de la malvada elfa. A Ealasaid le encantaba la canción. Admiraba a la muchacha que se imponía al aciago destino de las mujeres, pues en lugar de someterse a las costumbres daba un paso adelante y luchaba por lo que quería. Una fantasía, por supuesto. Por mucho que su padre la protegiera sabía que el tiempo jugaba en su contra. El mundo y sus convencionalismos, dictados por hombres con poder desde el principio de los tiempos, no permitía que semejantes cuentos se hicieran realidad.

O tal vez sí. Quizás existieran azares capaces de cambiar la vida de una muchacha condenada al tedio. Porque, al apartarse un poco de la gran roca sobre la que se había apoyado, reparó en algo que no pudo ver antes: una tabla de madera, roja y oscura, que resaltaba contra el gris de las piedras y el azul del mar. Estaba varada donde nacía el espigón natural, a la derecha de la cala. Desconcertada, Ealasaid se preguntó de dónde habría salido mientras se acercaba para examinarla.

Entonces lo vio. Un hombre, cerca de aquella madera, se sentaba sobre las rocas. Vestía harapos desgarrados que apenas le cubrían la piel morena y no se movía. Pero, cuando los cantos crujieron bajo los pies de la joven, el desconocido abrió los ojos y la descubrió. Su mirada se posó en la de Ealasaid, que se detuvo asustada. Su miedo creció cuando él, con mucho esfuerzo, se levantó y se dirigió, renqueante, hacia ella. Tenía el cabello largo y la barba descuidada, y estaba tan delgado como un junco seco; parecía un espantapájaros maltrecho. La imagen le trajo a la mente la figura de Adán, el primer hombre, aunque aquel individuo no parecía tocado por Dios, sino un despojo a las puertas de la muerte.

Fue esa vulnerabilidad lo que hizo que se desvanecieran sus recelos. Al verlo tambaleándose, tan débil que con cada paso parecía que fuera a derrumbarse, Ealasaid se apresuró para ayudarlo. Lo alcanzó justo cuando las fuerzas le fallaron. Se desplomó en sus brazos, y pesaba tan poco que a ella le resultó sencillo recostarlo sobre el suelo. Entre los gemidos que salían de aquellos labios resecos por la sal, creyó distinguir unas palabras en un idioma que no le era del todo desconocido.

—A vuestra santísima merced me entrego, Virgen María…
Y no dijo más antes de desmayarse.

3

Las cocinas del castillo de Dunluce amanecían con el sol. Dugan, el cocinero jefe, ya tenía el mandil manchado cuando sus soldados se presentaban cada mañana para la batalla. Entre los pinches corría la broma de que dormía allí, sobre los sacos de harina. Y debía de hacerlo a pierna suelta, pues siempre empezaba la jornada con aquella sonrisa que nada parecía capaz de ensombrecer, así se torcieran las cosas. Gobernaba su reino con carácter agradable, voz firme y órdenes certeras, pero aquel día cierto malhumor se mezclaba con el sonido de los cubiertos, el amasado del pan y las habituales cantinelas con que acompañaban el trabajo.

—¡Que Cù Sìth se lleve a esa chiquilla desobediente! —gimió Àine, la vieja tata de Ealasaid—. Juro que no gano para disgustos con ella.

Roderic, que había llegado a la cocina justo en ese instante, contuvo un resoplido de fastidio. «Calma, tu momento está cerca», se dijo, como siempre que sentía crecer la rabia. Pero no era fácil soportar a personajes tan insufribles como aquella cotorra arrugada. Su voz aguda y exagerada, aquel tono desmedido que convertía la cuestión más banal en algo escandaloso, se le metía en la cabeza como una tortura.

—No seas tan dura —le recriminó Dugan mientras colocaba en el plato el salmón para el desayuno de Somhairle MacDonnell—. Apenas es más rebelde que cualquier joven de su edad.

—¡Un par de semanas cuidando de ella y estoy segura de que cambiarías de parecer! —se quejó la anciana con desdén.

—¿Y qué quieres hacer, encerrarla en lo alto de su torre hasta que tenga los cabellos tan largos que pueda descolgarse por ellos desde la ventana? —bromeó el otro—. ¿Qué opinas tú, Roderic?

—El tiempo pondrá a la señora Ealasaid en su sitio —declaró, escueto, para disimular la amenaza que escondía el comentario.

—Así es, justo —asintió el cocinero—. Y mientras, lo mejor es dejar que sea feliz. Al fin y al cabo, así piensa también su padre.

La anciana, de gestos habitualmente dramáticos, levantó las manos como pidiendo que Dios le diera paciencia. Luego salió de la cocina masticando sus

reniegos. Dugan soltó una carcajada cuando estuvo seguro de que ya no podía oírlo.

—En fin… El desayuno está listo, chico —le dijo a Roderic, señalando las viandas con la cabeza al mismo tiempo que se quitaba el mandil.

«Chico». Lo había dicho con la suficiencia de quien se dirige al mozalbete que tiene a su cargo, a quien no toma realmente en serio. Roderic tuvo que volver a esforzarse para contener su fastidio. Ya había sobrepasado la treintena y ocupaba uno de los puestos de más relevancia entre los criados del castillo: era el maestresala personal de Somhairle, no un vulgar pinche de cocina. Aun así, algunos insistían en tomarlo por menos. Había tantas afrentas que vengar…

Hizo un gesto, y los tres camareros de servicio tomaron las bandejas y las escudillas que Dugan había preparado. Él mismo asió la jarra de vino y abrió la marcha, colándose por la puerta que conectaba la cocina con la casa señorial. La comitiva de sirvientes subió los peldaños que daban a la segunda planta. El recorrido por aquellos pasillos era tan habitual que podía hacerlo con los ojos cerrados, y sus pensamientos volvieron entonces a las preocupaciones que le bullían en la mente. No lograba abstraerse de ellas salvo cuando dormía, y no siempre.

Vivir bajo una piel falsa resultaba agotador. En todo momento debía estar alerta para no cometer un desliz: expresar un sentimiento inoportuno, pronunciar unas palabras que pudieran sonar desdeñosas o realizar un simple gesto que delatara el asco que le producía todo a su alrededor. Roderic llevaba tres años interpretando el papel del criado solícito con un único objetivo: ganarse un puesto de confianza en el castillo desde el cual poner en marcha sus planes. Tres años siendo amable, mostrando sonrisas y buenas maneras, cuando lo que deseaba era pasar a cuchillo a cuanto escocés habitaba allí.

El peor de todos, al que más aborrecía, era aquel al que servía en última instancia. El mismo que lo esperaba sentado en la mesa principal del salón familiar. La presencia de ese anciano seboso lo frustraba tanto como ver los escudos y tapices que cubrían las paredes. Emblemas que no pertenecían a Dunluce y que, algún día, disfrutaría arrancando y quemando.

En honor a la verdad, Somhairle MacDonnell conservaba hasta cierto punto la recia apariencia de su juventud. Por supuesto, los músculos quedaban ahora ocultos por la grasa, y el torso firme apenas destacaba por culpa de la voluminosa tripa que le impedía acercarse del todo al borde de la mesa. Había pasado mucho tiempo desde que el cabello rubio se tornara blanco, y su barba era una mata espesa de alambre que siempre acababa llena de migas y grasa.

Pero al menos servía para cubrirle la papada. Teniendo en cuenta que sobrepasaba las ochenta añadas, poco se le podía reprochar.

La fuerza del guerrero que fue solo permanecía en su mirada. Hasta Roderic tenía que reconocer que aquellos ojos, rodeados de bolsas de carne, todavía eran capaces de fulminar el ánimo de cualquiera si Somhairle se lo proponía. Algo que cada vez era menos habitual. Parecía como si, conseguido su objetivo de adueñarse de manera oficial de Antrim, no tuviera ya razones para esforzarse.

Y, sin embargo, se negaba a ceder el mando del clan a sus vástagos. Roderic creía que se trataba de los últimos coletazos de un viejo incapaz de aceptar que la vida lo dejaba atrás. Y bien que le venía esa terquedad: necesitaba que el caudillo permaneciera en su pedestal al menos un poco más, el tiempo suficiente para que su venganza se consumara. No quedaba mucho para ese momento.

Somhairle solía desayunar solo, pero aquel día lo acompañaba buena parte de su familia. Junto a él estaban su hijo Seumas y la esposa de este. Màire, de los O'Neill de Clandeboye, era callada y sumisa como marcaban las normas, a diferencia de sus hijos Ragnall, Colla, Donal y el menudo Alasdar, que a duras penas se mantenían quietos en sus asientos. El mayor, Gilla, había viajado a Escocia el verano pasado como pupilo de sus parientes de las Tierra Altas.

Seumas era un hombre en una situación complicada. En otras circunstancias, Roderic habría sentido cierta piedad por él. A pesar de sus cincuenta y cinco años, una edad en la que cualquier otro heredero ya estaría gobernando, seguía oculto tras la sombra de un padre autoritario que no parecía muy dispuesto a entregarle el liderazgo del clan. Él era, en teoría, el señor de Dunluce, condestable del castillo. Llevaba siéndolo desde que arrebataran la fortaleza a los MacQuillan, pero en la práctica era Somhairle quien dictaba las órdenes. Sobre todo desde que se había trasladado de manera definitiva a la fortaleza, socavando la autoridad de Seumas.

—Señores… —se anunció Roderic.

Los criados pusieron las viandas sobre la mesa, pero ningún noble hizo el menor gesto para empezar a comer. Roderic debía cumplir todavía uno de sus cometidos más delicados como maestresala: probó un bocado de cada uno de los platos servidos para confirmar que ninguno de ellos estaba envenenado.

Los comensales ni siquiera interrumpieron la conversación. Discutían acerca de la última reunión demandada por los O'Neill, y Roderic puso atención a lo que decían.

—Su insistencia empieza a cansarme —dijo Somhairle con la voz ronca que lo caracterizaba—. Ya van cuatro peticiones este año. Al final agotarán nuestras reservas de *whisky*.

—Acepta sus demandas y se acabará el problema —fue la solución planteada por Seumas.

Sin embargo, todos los presentes sabían cuál sería la respuesta de su padre.

—No mientras tu hermana se oponga. La aterroriza acabar como Caitlin.

—Hace tiempo que dejó de ser una niña. Ealasaid tiene que aprender a enfrentarse a sus miedos y aceptar que la familia está por encima de todo.

—Sí, de eso se trata. Cuando tu madre agonizaba le hice una promesa. ¿Pretendes que rompa mi palabra? —le recriminó con aspereza.

—No sería la primera vez —respondió Seumas, acompañando el comentario con un gesto arrogante de la mano.

Incluso Roderic se vio obligado a detener la cata. La esposa de Seumas se removió, inquieta, ante la acerada crítica de su marido, y los chiquillos, que habían estado riendo entre ellos, enmudecieron. Somhairle tenía la cara congestionada, y aquel color rojo no se debía al vino que ya había trasegado.

—Niños, llevaos el desayuno al patio y comed bajo el sol —ordenó a sus nietos.

Como si fuera una muchachita más, Màire se levantó para marcharse con ellos. Luego, el anciano miró a los criados.

—Y vosotros también. Fuera.

Roderic inclinó la cabeza y apremió a sus hombres para que abandonaran la sala. Los arrebatos de Somhairle eran conocidos por los habitantes del castillo, así que no necesitó repetirlo. Todos regresaron a las cocinas, salvo el maestresala, que se quedó tras la puerta del pasillo con la oreja pegada a la madera.

—Jamás vuelvas a acusarme de algo así delante de nadie —recriminó el jefe del clan a su hijo.

—¿Acaso he dicho alguna falsedad? Los juramentos que salen de ti van y vienen según tus intereses.

—Nuestros intereses, muchacho. Los de la familia.

—Deja de llamarme «muchacho». Sabes que lo odio.

—Por muchas canas que tengas, sigues siendo un niño para mí, hasta que me demuestres lo contrario —le dijo, señalándolo con un dedo regordete—. Y grábate esto en la sesera: rompería mil promesas a los irlandeses o a los ingleses si con ello pudiera mejorar la situación de los míos. Pero jamás, ni

aunque el océano hierva con el fuego del infierno, faltaré a la palabra que di a mi esposa. No cometeré el mismo error de antaño con Ealasaid. Y tú dejarás de contradecirme.

Roderic escuchó cómo una de las sillas se movía, el escándalo de unos cubiertos cayendo sobre la mesa y pasos que se alejaban. Suficiente. Hizo lo mismo que Seumas y se retiró a la despensa con una sonrisa, feliz por aquel enfrentamiento entre padre e hijo del que sabría sacar tajada muy pronto.

Salvo que el mundo diera un vuelco; justo lo que anunciaba el griterío que venía del patio delantero. Roderic corrió fuera y encontró un grupo de centinelas que portaba un cuerpo. Con ellos marchaba la hija de Somhairle, que daba indicaciones a los guardias.

—¡Llevadlo a los aposentos de invitados! —escuchó gritar a Ealasaid.

—¿Qué ha ocurrido, mi señora? —le preguntó.

—¡Otro náufrago español! —Fue la única explicación que recibió—. ¡Roderic, ve a buscar a Cathal!

El maestresala dudó. No le gustaban las sorpresas. Le había costado mucho disponer todo para su gran golpe y no podía irse al traste ahora, tan cerca del final. Pero la mirada apremiante de Ealasaid lo obligó a moverse, y salió en busca del médico.

Ya descubriría luego si aquel personaje inesperado resultaba una amenaza para sus intenciones… o una oportunidad.

4

Mar del Norte, madrugada del 28 de octubre de 1588

La galeaza navegaba cegada por una rabiosa tromba de lluvia. Joan jamás había visto tal fiereza en los cielos del Mediterráneo, sobre el mar que tantas veces surcara en busca de piratas moros a los que enviar a las profundidades.

El océano que ahora se abatía sobre él poco tenía que ver con el calmado azul que acariciaba su Valencia natal. Parecía furioso, como si lo hubieran ofendido. Bramaba, se convulsionaba, abría sus enormes fauces acuosas con ánimo devorador. No se veía tierra ni cielo. Ya no había estrellas que seguir ni costa que alcanzar. Estaban ciegos.

En medio de aquel *maelstrom* que parecía el fin del mundo, una menuda heroína de madera, cuerda, hierro y telas ahora desgarradas bregaba contra la locura más absoluta. En nada quedaba su antaño gloriosa estampa, y en nada las banderas: la del palo mayor, con las llaves cruzadas del papado; la de popa, alardeando de imperio mediante las armas de Portugal, León, Castilla y Nápoles; los escudos sobre la línea de ojales de unos remos desaparecidos… En nada también su nombre contra la ira del mar desatado. *La Girona*.

«Si hubiésemos escuchado a Dios…», se repitió Joan. No había sido por falta de señales, pues se dieron en abundancia desde el primer momento. Gritos más que susurros, que clamaban la ruina a la que estaba condenada la que con tanto boato llamaron «la empresa de Inglaterra». El orgullo se impuso del primer al último protagonista de semejante drama, empezando por un rey obsesionado y acabando por el más bisoño de los soldados ansiosos de gloria.

Un golpe del oleaje hizo cabecear la nave hasta casi darle la vuelta. Joan logró aferrarse a un cabo a duras penas. Arriba era abajo; la existencia entera giraba y se retorcía a su alrededor. Por suerte, hacía tiempo que no le quedaba en el estómago nada que vomitar. Consiguió incorporarse gracias a Nicolo, el condestable, quien le ofreció un brazo firme como apoyo.

—¡Es menester ser gaznápiro para seguir aquí arriba con la que está cayendo! ¡Id a la cubierta inferior con el resto y haced algo de provecho! —le gritó, logrando que su voz con acento griego se escuchara en el fragor del temporal.

Joan obedeció, pero, antes de alcanzar la escalera de bajada, echó un último vistazo hacia el castillo de popa. Allí, recortada contra los fulgores de los rayos, le pareció ver la figura de Fabricio Spínola, el capitán. Grande, poderosa, una digna estampa para un caballero de la Orden de Malta. Lo impresionó su firmeza, propia de un héroe de *La Odisea*. Aferrado a aquel corcel llamado *La Girona*, trataba de amurarlo por encima de la tempestad. Pero hay hazañas que ni el más bravo de los hombres puede lograr.

Dejó atrás aquella imagen inquietante y se metió en las entrañas de la nao. También allí reinaba el caos. Las plegarias de los capellanes, que no dejaban de rezar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, se confundían con los aullidos del resto de hombres. Y ninguno de ellos parecía confiar demasiado en la intervención de los santos.

Encontró a varios miembros de su escuadra enfrascados en lo mismo que todos los que aún tenían hígados para moverse: trataban de asegurar con cabos los elementos que el vaivén del barco amenazaba con soltar. Los vio esforzándose por sujetar uno de los pocos cañones que quedaban y se unió a ellos, más por tener algo que hacer y no venirse abajo.

—*D'açí al fons, Mateu!* —le dijo en valenciano Gomar, con su bigote impecable a pesar de las circunstancias—. ¡Tan mala vida para acabar siendo comida de peces!

Deseó contradecirlo, pero él también estaba convencido de que ni un padrenuestro les quedaba. En cierto modo, había empezado a prever la desgracia durante la insoportable espera en Lisboa, antes de zarpar. No se vieron por ningún lado las flamantes maravillas que anunciaban los poetas y los oficiales de alto rango, esos que en su vida habían oído zurrear un arcabuzazo. Ni gloria de España ni zarandajas; solo hambre y enfermedades durante un hacinamiento que se llevó por delante a varios, antes siquiera de poder matar a un mísero inglés. Porque siempre era lo mismo: noble y aguerrido es el soldado español cuando se trata de vender una empresa; insignificante cuando hay que alimentarlo. Y quizá siempre sería así, por muchos siglos que pasaran.

Pero podían ponerse peor las cosas, y peor se pusieron en cuanto comenzaron las malas nuevas de verdad. La primera fue la muerte del marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán y Guzmán. Quedarse sin el almirante general justo a punto de zarpar no ayudó a levantar los ánimos de una tropa que languidecía tras semanas apelotonada en barcos y campamentos improvisados. Pero el rey don Felipe, al que Joan llamaría necio en voz alta si

su lealtad y la prudencia no se lo impidieran, decidió que nada podía desbaratar la estrategia dispuesta.

La situación no mejoró cuando supieron que el sustituto al mando de la Armada sería don Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, a la sazón duque de Medina Sidonia. No es que fuera un mal comandante, en absoluto, pero estaba la cuestión de que sus galones los había ganado en tierra firme. De él decían las malas lenguas que se mareaba incluso en una tina a medio llenar. Y vaya si quedó clara su inexperiencia en alta mar, pues fue partir y sucederse los desastres, cada uno más estrepitoso que el anterior. Antes incluso de hacerse al agua ya escaseaban los suministros en buen estado, lo que obligó a la flota a dirigirse a La Coruña en busca de nuevas provisiones. Joan todavía se preguntaba dónde habían ido a parar esos alimentos, pues tenía que esforzarse para recordar el último chusco de pan agusanado que había roído. Lo único que le venía a la mente era el insípido gusto de aquellos caldos tan aguados que ni dejaban mancha sobre la tela. Para colmo de males, y como aviso de lo que había de llegar, un primer temporal dispersó la flota y retrasó su llegada a tierras gallegas tanto como su partida definitiva hacia Flandes.

Los ánimos estaban tan bajos entonces que el duque dispuso una confesión de la tropa al completo. Los desembarcaron en la isla de San Antón, frente a la bahía de La Coruña, por temor a que muchos se desterraran si lo hacían en tierra firme. Allí les dieron la bendición y un medallón de estaño con la imagen de la Virgen y Cristo, que Joan no se colgó; le daba mayor valor a su medallita de la Virgen del Rebollet. El regalo de una madre siempre lleva consigo un amor más sincero que el de un desconocido, por mucho que este sea el más honorable de los nobles.

Debió aquello de complacer al Señor durante un tiempo, pues se calmaron las aguas y, en apariencia, las circunstancias. Fue hermoso observar el solemne avance de la flota en esos primeros días: el mar se había convertido en un extenso bosque de palos, banderolas, velas y grandes cruces rojas. El orden de marcha era tal que, por delante, al menos dos millas, andaban las naves ligeras, cuya tarea era descubrir las leguas y comunicar las noticias a base de ahumadas, cañonazos o faroles, según fuera de día o de noche. Luego seguía la vanguardia, a la que daban lustre doce navíos en tres divisiones en fila de frente, dejando entre unos y otros el espacio suficiente para dos más. A media milla navegaba *La Girona* junto a sus galeazas hermanas, comandadas por don Hugo de Moncada. Y bastaba con mirar a popa para advertir el cuerpo que los seguía, los galeones de Portugal. Entre ellos estaba la *San Martín*, nave insignia en la que marchaba el duque de Medina Sidonia.

Todo regresó a los malos cauces del inicio cuando Inglaterra quedó a la vista. Entonces se presentó la preciosa oportunidad de arremeter contra la flota enemiga, fondeada en el puerto de Plymouth. Había allí al menos cien navíos reunidos, a merced de quien quisiera caer sobre ellos. La escabechina habría puesto punto final a la historia en menos que una beata reza un avemaría.

En lugar de eso, pasaron de largo. Y fue entonces, a juicio de Joan, cuando el duque demostró que no era más que el perrito faldero de un monarca que bebía y comía tranquilamente en su flamante retiro de El Escorial mientras ellos se jugaban el pellejo. El caso es que don Alonso prefirió «ir a lo seguro», o sea, seguir con el plan del rey, que de tan prudente daba asco. «Tal para cual», pensó el de Oliva. El duque rechazó el regalo que el destino le hacía y encaminó la flota hacia Flandes, como estaba previsto. Y de aquellos polvos, estos lodos.

Se suponía que allí se les uniría la flotilla de los tercios del duque de Parma, don Alejandro Farnesio. Era aquella la flor y nata de los ejércitos del rey, una fuerza de élite como jamás había conocido el mundo. Una vez desembarcaran en Inglaterra, recaería sobre las espaldas de sus hombres el avance hasta Londres y la toma de cuantas fortalezas hubiera entre medias. Algo sencillo, preveían las grandes mentes, pues bien se sabía que las tropas inglesas en tierra firme eran poco más que granjeros mal equipados.

Pero antes habrían de juntarse con la Armada en las playas flamencas, y tendrían que hacerlo con rapidez para evitar los riesgos de semejante cita en aguas bien vigiladas por sus enemigos. Todo se fue al traste al llegar, pues allí no había ni un alma española esperando. Nada sorprendente, en realidad, teniendo en cuenta el rumor que llevaba días corriendo entre marineros y soldados: la falta absoluta de noticias llegadas de Flandes durante el viaje había metido el miedo en el cuerpo de don Alonso, como le transmitió al rey en sus cartas, y ahora se confirmaban sus temores. Por lo que se supo entonces, el primer mensaje enviado a Farnesio le había llegado con tal demora que sus hombres todavía estaban en camino.

Un adelantado les anunció que habrían de fondear en Calais durante al menos seis días, una eternidad teniendo en cuenta que casi tenían a los ingleses a tiro de mosquete.

Ellos, a diferencia del duque de Medina Sidonia, aprovecharon su oportunidad. Joan no podía dejar de soñar con las bestias de fuego disfrazadas de grandes barcazas que se les vinieron encima aquella noche de agosto, y con la debacle que provocaron. Reconocería después, al reflexionar, que los

luteranos estuvieron finos. La confusión causada por los brulotes obligó a la flota a levar anclas, como alma que lleva el diablo, para intentar salir de la trampa. Por desgracia —y por estupidez de quienes daban las órdenes—, la Armada había quedado arrinconada contra la rada de Calais, lo que complicó las maniobras de huida. Vive Dios que fue un duro revés ver cómo algunos barcos quedaban atrapados por las fuertes corrientes y chocaban entre sí. La *San Juan de Sicilia* y la *San Lorenzo*, galeaza insignia de Nápoles y hermana de *La Girona*, fueron a dar contra los bajos fondos de la costa, donde se perdieron para siempre con sus desafortunados hombres, entre ellos don Hugo de Moncada.

Solo les quedó huir con el rabo entre las piernas en dirección al canal. Al cuerno el honor, la bandera y la Corona; ahora valía el «sálvese quien pueda». La Armada pasó de grande y felicísima a dispersa y deprimente. A duras penas lograron reorganizarse lo suficiente para tomar una última decisión: abortar la misión y regresar a España para lamerse las heridas. Un trago amargo para el duque de Medina Sidonia, que por nada del mundo deseaba presentarse ante don Felipe con tan vergonzoso resultado. Pero a esas alturas hasta él sabía que pintaban bastos.

Se dirigieron al mar del Norte con el aliento de los herejes en el cogote. Quiso la suerte darles un respiro, o eso creyeron entonces, cuando sus perseguidores dieron media vuelta. Se rumoreó que también andaban escasos de víveres, aunque, visto lo visto después, Joan comprendió que sencillamente sabían lo que esperaba a cualquier incauto que navegara en aguas norteñas. Los españoles empezaron a entenderlo al dejar atrás Escocia y encarar Irlanda con intención de rodearla y regresar a España. El enemigo con el que se encontraron entonces les hizo añorar a los ingleses y sus cañones: la misma naturaleza desatada en forma de tempestad. Una criatura demoníaca de agua y sal, con olas como colmillos y garras huracanadas, que ni los rezos a la Señora del Rosario, patrona de la Armada, fueron capaces de calmar.

—*D'açí al fons del mar…* —repitió Gomar, como una cotorra deprimida.

—No seas cenizo y aprieta bien esos nudos —le recriminó un Joan al que tampoco sobraba convicción.

—Tiene razón, cabo —comentó también Francisco Vargas, otro de sus hermanos de armas—. En nada nos vemos frente a san Pedro.

Y no serían los primeros, desde luego. Habían visto desaparecer un barco tras otro al rodear Escocia. Rezagados muchos de ellos, más veloces y enteros otros. Para cuando llegaron a la altura de Irlanda, *La Girona* estaba tan maltrecha que el capitán Spínola tuvo que desviarse para alcanzar la costa

antes de hundirse por completo. Fondearon en una región conocida como Killybergs, dominada por uno de esos clanes irlandeses, los O'Donnell, que los tentó para que se quedaran a luchar contra los ingleses. Pero entonces, para sorpresa de todos, se presentó un grupo de españoles, náufragos de la *Rata Enconada* y la *Duquesa de Santa Ana*. Entre ellos estaba ni más ni menos que don Alonso Martínez de Leiva, preferido del rey y cuya autoridad solo quedaba por debajo de la del duque de Medina Sidonia.

«En mala hora los acogimos», llegaría a pensar Joan por cruel que sonara, pues el número de hombres a bordo se triplicó de la noche a la mañana. Pero ¿cómo iban a dejarlos a su suerte, en un país de salvajes plagado además de herejes ansiosos de echarles el guante? Bastante habían padecido ya en aquella tierra malhadada, según contaran, como para no prestarles auxilio. Se les veían en el rostro macilento las desventuras vividas, especialmente en el caso de don Alonso, a quien quedaba poca gallardía en el cuerpo. No había ya mucho del hombre apuesto que fuera, de su barba de gancho y sus bigotes bien recortados apuntando a los ojos; de la elegancia propia de un noble de su alcurnia.

El plan que se trazó era, en cualquier caso, un despropósito supino; y, aun así, el único que tenía una lejana posibilidad de éxito. El estado del navío era tan malo que resultaba evidente que jamás alcanzarían España. Por tanto, Leiva y los oficiales ordenaron poner rumbo a las costas de Escocia, y allí, con un poco de la fortuna negada hasta el momento, pedirían asilo en el primer puerto que los acogiera. Era sabido que los escoceses, católicos hasta la rabadilla, odiaban a los ingleses tanto o más que los súbditos de don Felipe. Si ayudando a los españoles podían fastidiar a los otros, ni se lo pensarían. O esa era al menos la esperanza de quienes mandaban.

Pero para ello tenían que sobrevivir a la noche que enfrentaban en aquellos momentos, lo cual estaba más en las manos del Todopoderoso que en las suyas.

—Esto se acaba —insistió Vargas, esta vez en un tono más bajo pero igual de funesto.

De pronto, a Joan se le inflamó el orgullo. Apretó los dientes, negó con la cabeza y, guiado por el instinto, se llevó la mano al pecho. Palpó el canuto metálico que quedaba por debajo de la camisola, contra la piel, colgando junto a la medallita de la Virgen del Rebollet. Además de los papeles del servicio, allí guardaba su razón para seguir aferrándose a la vida. La pena desgarradora y el odio que eran también alimento para el alma.

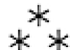
—Saldremos de esta —aseguró a sus compañeros.

—¿Cómo puede vuestra merced estar tan seguro? —preguntó Silva.

Era el más joven de la escuadra; un muchacho que todavía le hablaba con la cortesía que se debe a un gentilhombre, a pesar de llevar en las lides guerreras desde sus catorce años. La historia entre ambos venía de los días de la toma de Lisboa, y tenía con él más confianza que con ningún otro, salvo Gomar. Así que, a pesar de los saltos del barco, Joan aguantó la mirada en sus ojos negros antes de responderle.

—Porque tengo cuentas pendientes en España. De las que se saldan con hierro.

Pero al mar, o a Dios, no le gustó semejante bravuconada. Y bien que se lo hizo saber cuando acabó en las aguas, en la perdición, aferrado a un mísero tablón de madera.



Las embestidas crecían a su alrededor. Eran tan violentas que ni toda la rabia del mundo le hubiera bastado para mantenerse sobre la tabla, así que utilizó la camisola para atarse la cintura a los herrajes que todavía quedaban en la puerta. Aquello le salvó la vida.

La bruma le nubló la mente. Entre calenturientos pensamientos sin sentido, la conciencia se le iba y le venía. No fue consciente del transcurrir del tiempo hasta que abrió de nuevo los ojos y advirtió que el improvisado bote había quedado varado entre unas rocas, cerca de una playa de guijarros. El amanecer asomaba en el cielo y las aguas, ahora mansas, llegaban a él en suaves ondas.

Se arrastró entre los pequeños islotes hasta alcanzar la orilla, como un gusano buscando prolongar su agonía. Trató de incorporarse, pero solo fue capaz de recostar la espalda contra la pared de un acantilado. Fue entonces, entre los jirones de niebla que le ofuscaban la vista, cuando contempló una fortaleza imposible. Se erguía oscura y ominosa sobre un peñasco que desafiaba la fuerza atlántica. La imagen le dejó el ánimo tan maltrecho que creyó que había perecido e ido a parar a la tierra del diablo. ¿Era aquel su castillo, desde el cual sometía a los pecadores con látigo y tridente? Dejó escapar un lamento; no por verse condenado al dolor eterno, sino por haber perdido la oportunidad de resarcir la afrenta que cargaba sobre los hombros: que la bruja a la que debía odio quedara sin escarmiento era la mayor de las torturas. Joan cerró entonces los ojos, a la espera de que Belcebú viniera por su alma.

En su lugar acudió la Virgen. Primero fue un bello canto en el idioma de los serafines, incomprensible para él, debido, sin duda, a la ruindad de sus sentimientos. Pero sirvió para que levantara los párpados y la viera, beatífica y pura como se suponía que debía ser. Caminaba envuelta en un halo de ensueño, con los pasos cautos de un cervatillo que desconfía. Sus cabellos eran de caoba y danzaban con el viento; revoltosos, jugueteaban sobre un rostro de piel inmaculada, apenas coloreada por el frío mañanero. «Bendito sea el Altísimo», fue lo único que acertó a pensar.

La contempló estremecido. En su pecho nació un vigor inesperado e imposible solo unos momentos antes. Como tirado por unos hilos invisibles, logró vencer la debilidad, ponerse en pie e ir hacia ella. La Virgen se detuvo como si lo temiera, lo cual hizo que él desfalleciese por un momento. Debió de notarlo la santa, pues acudió con premura a socorrerlo y llegó a tiempo para posarlo sobre las piedras. A punto de perder el conocimiento, Joan advirtió que sus ojos eran del color de la miel. Los más hermosos que jamás había contemplado. La mejor visión antes de la oscuridad.

—A vuestra santísima merced me entrego, Virgen María…

5

Dunluce, condado de Antrim

Soñó con el pasado, entremezclando las pesadumbres y los odios que lo hacían revolverse en el mundo real. Tan pronto lo consolaba la imagen de su madre como sentía el desgarro al contemplar el cadáver amortajado del padre que había visto morir. Compañeros caídos aquí y allá, en batallas y abordajes, en travesías sobre un mar desconocido. Su vida había estado tan llena de fatalidad, de horrores, de muerte… Pero si algo perturbaba su descanso era, sin duda, el rostro de la pérfida mujer centro de todos sus rencores.

Sin embargo, entremedias también se le aparecía, de modo fugaz, la hermosa estampa de la Virgen que lo había socorrido. Joan juraría luego que había sentido la caricia de un paño húmedo sobre la frente, el delicado tacto de una mano aliviándolo en la fiebre. Pues ardió en llamas durante un tiempo que le pareció eterno. Había llegado al averno, esta vez sí. El fuego le carcomía la mente y el frío le hacía saltar el cuerpo. Voces a su alrededor que no comprendía; manos que lo sujetaban cuando se encabritaba y rugía de dolor. Un roce en los labios seguido del sabor de un caldo caliente que luego bajaba por su garganta.

Había luz diurna cuando pudo abrir los ojos de nuevo y observar de forma consciente el lugar en que se hallaba. Lo primero que examinó fueron las vigas que cruzaban el techo, pues el simple intento de levantar la cabeza era un suplicio. Al menos tenía la seguridad de que estaba tendido en una cama y no en una tumba. Se acurrucó de manera instintiva, envolviéndose más con las mantas. El frío que le recorría el cuerpo era todavía intenso.

—¿Dónde… dónde estoy? —logró balbucear.

No esperaba una respuesta, y aun así la obtuvo. Lo sorprendente fue que la entendiera.

—A salvo, hijo —dijo alguien en un castellano casi perfecto, aunque con un fuerte acento que no supo identificar.

Fue tal su desconcierto que trató de incorporarse para ver de quién provenía aquella voz. Se encontró con un hombre que lo contemplaba sentado en una silla de mullido asiento. Era menudo, delgado y de escaso cabello,

aunque parecía más bien joven, apenas entrado en la madurez. La calvicie simplemente había adelantado su llegada. La sonrisa que esgrimía era alentadora; su mirada, agradable.

Vestía sotana negra y alzacuellos.

—¿Viene vuestra paternidad a ofrecerme la extremaunción? —dijo el español muy por lo bajo, sacando fuerzas de un interior escaso de ellas—. Pues habréis de apresuraros, que ya intuyo a la parca acercándose.

El eclesiástico, pues qué otra cosa podía ser, ensanchó la sonrisa hasta dejar ver los dientes, aunque sin llegar a la carcajada.

—Aparta ese pesimismo, hijo. Es cierto que has estado cerca de abandonar este mundo, pero ahora que la fiebre empieza a remitir podemos decir que lo peor ha pasado.

No lo parecía, desde luego. Joan seguía sintiéndose enfermo, pero tuvo que reconocer que la simple presencia de aquel malestar resultaba esperanzadora. «Los cadáveres no sufren», pensó. Se pasó la lengua por los labios, que tenía tan resecos como el paladar. El cura lo advirtió enseguida y le tendió un vaso que el soldado bebió con avidez.

—Con cuidado…

—Supongo que el Todopoderoso me ha dado cuartel —comentó Joan al terminar de sorber. Por fin estaba del todo despierto y empezaba a recordar lo ocurrido durante las últimas semanas.

—Dios da el frío conforme a la ropa.

«Que se lo digan a los camaradas que he perdido», pensó el español. Pero no dijo nada. En absoluto disponía de ánimos para discutir, y menos con quien había velado por él. Así que durante unos instantes se dedicó a observar la estancia en la que se hallaba. No había mucho que ver, en realidad, pues se trataba de una pequeña y limpia habitación cuya decoración se limitaba a unas paredes encaladas y un pequeño tapiz colgante que recreaba una especie de cacería. Por todo mobiliario advirtió un cofre a los pies de la cama, la silla de respaldo alto en que reposaba el clérigo, una mesita y una jofaina algo más lejana.

—Dígame vuestra paternidad a quién debo mi cura —preguntó en cuanto se sintió un poco mejor.

Esta vez, el buen hombre no contuvo una risa clara y para nada insultante.

—¡Ah, qué recuerdos! Casi había olvidado la formalidad española, y de pronto me encuentro con ella de nuevo. En tu tierra, incluso los más humildes hacen gala de un trato exquisito. Nada de eso se ve mucho por aquí. —Al comprobar el desconcierto de Joan, se apresuró a aclarar su comentario—. Me

formé como siervo de Dios en tu país, concretamente en la catedral de la Asunción, en la villa de El Burgo de Osma. Y mi nombre, aunque no soy yo el principal responsable de tus cuidados, es Pilip O'Higgin. Soy el párroco de la iglesia de San Cutberto, muy cerca de aquí.

—Y aquí es…

—¡Por supuesto, qué despiste el mío! Discúlpame —dijo, frotándose la nuca—. Te hallas en el castillo de Dunluce, propiedad de Somhairle MacDonnell, señor de Antrim. Te encontraron vagando por la playa, donde te desmayaste.

—Apenas recuerdo nada de eso —confesó Joan, cerrando los ojos para forzar la memoria—. Solo una extraña fortaleza suspendida en una roca… y a la Virgen María. Me cantó en el idioma de los ángeles cuando acudió en mi ayuda.

—Sí, la has mencionado muchas veces en sueños —respondió el padre Pilip, adoptando una expresión divertida que el español no supo interpretar—. Supongo que tu llegada tiene que ver con la contienda naval entre los tuyos y los ingleses, de la que hemos tenido noticias recientemente. No eres el primer náufrago de vuestra armada que se presenta en Dunluce.

—¿Cómo es eso?

La sorpresa de aquella revelación fue tal que desencajó sus facciones, algo que no pasó desapercibido para O'Higgin. El sacerdote posó la mano en su hombro para transmitirle consuelo.

—Olvida las penurias por el momento y descansa. Ya recibirás y darás explicaciones cuando estés mejor, y a quien sea conveniente. Basta con saber que hace unas semanas llegó un centenar de compatriotas tuyos, náufragos de un barco llamado *La Trinidad Valencera*, que habían sobrevivido a una masacre por parte de tropas irlandesas leales a los ingleses. Somhairle, ante la imposibilidad de esconder a tal número de hombres, los embarcó hacia Escocia.

—¡Alabado sea el cielo! En esa nao viajaban algunos de mis compañeros del Tercio Viejo de Nápoles. ¿Estaba entre ellos nuestro maestre de campo, don Alonso de Luzón?

—Me temo que viajaban sin oficiales. Contaron que fueron separados de los mandos poco antes de que trataran de matarlos. Posiblemente a aquellos los hayan capturado para pedir rescate… En fin, mi tarea es, además de darte sosiego espiritual si lo necesitas, servir de intérprete con los MacDonnell. Aunque si conoces el uso del latín, creo que podrías hacerte entender por ti mismo.

—Sí. Fui monaguillo de niño y lo aprendí con soltura.

—Bien. Sea como sea, me vendría bien saber tu nombre.

—Ahora soy yo quien pide perdón, padre. Joan Mateu, cabo de escuadra del Tercio Viejo de Nápoles, como ya he mencionado, al servicio de España y el rey, que acaso son uno y lo mismo.

—Sé bienvenido a Dunluce, hijo. Y descuida, de nuevo te aseguro que estás realmente a salvo. Entre tanta desgracia has tenido un soplo de buena fortuna, pues, aunque la mayoría de irlandeses no pueden ni ver a los leales de la reina empolvada, muchos jefes de clanes te habrían entregado sin dudarlo. Bien por miedo a represalias, bien por conseguir un beneficio con ello. Pero Somhairle no es amigo de esos. Su relación con los ingleses es…, bueno, digamos que complicada.

Mientras hablaba, el párroco cambió el paño que le cubría la frente para rebajar la fiebre. Al ver que tenía ánimos para escuchar, y con la intención de tranquilizarlo, empezó a contarle anécdotas de sus tiempos en España. Tenía grato recuerdo de su tutor, don Sebastián Pérez, obispo de la catedral de la Asunción, a quien nombró varias veces.

—Es un hombre admirable, dedicado como pocos a la causa de Dios. Su capacidad de trabajo no tiene parangón, pues se hacía cargo de un sinfín de ocupaciones a la vez: hallaba tiempo para sus novicios, para organizar grandes empresas o para fundar el Seminario Conciliar de Santo Domingo de Guzmán. Yo fui uno de los primeros sacerdotes que salieron de allí, y todavía intercambiamos cartas de vez en cuando.

—Y regresó vuestra paternidad a Irlanda demostrando gran valor. No sé mucho de estos lares, pero sí que la Iglesia católica no está muy bien vista por aquí. Es uno de los motivos por los que nuestro señor, el rey don Felipe, se empeñó en meternos en semejante embrollo —comentó Joan mientras el padre Pilip asentía con la cabeza.

—No soy más valiente de lo que fueron los primeros fieles de Cristo —dijo, levantando los hombros para restar importancia a la alabanza—. Supongo que podría considerarme otro tipo de soldado; uno que utiliza armas distintas a la espada o el mosquete. Un pastor del Padre debe defender la fe con el mismo ahínco con el que tú lucharías por tu bandera. Lo triste es que sea en mi propia tierra donde más peligre. El control inglés sobre Irlanda no es aún absoluto, pero ya empezamos a sentir de veras el aliento de la intransigencia. En algunas regiones, los sacerdotes debemos incluso esconder el hábito mediante disfraces. Solo la buena voluntad y la fidelidad de señores como Somhairle nos protege.

Joan asintió. Conocía tan bien como cualquiera la delicada situación a lo largo y ancho de aquella cristiandad que algunos empezaban a poner en peligro. La excomulgada reina Isabel había declarado la guerra a la religión católica en favor del luteranismo, tanto en su propia nación como en los territorios sobre los que tenía influencia. Entre ellos estaban Escocia e Irlanda, que ahora veían sus viejas costumbres en riesgo. Desde Roma miraban a España con la esperanza —y la exigencia— de que resolviera el problema, aunque fuera mediante la espada.

Y Felipe Segundo se hallaba más que dispuesto a ello. Ya había saboreado de manera fugaz el trono de Inglaterra gracias a su desposorio con María, de la casa de los Tudor, hasta que la dama inglesa murió y las cláusulas matrimoniales firmadas obligaron al rey español a renunciar al trofeo en favor de la medio hermana de aquella, Isabel. Algo que, según las malas voces, todavía lo reconcomía.

Desde entonces había tenido que ver con desespero cómo se acumulaban las afrentas de los herejes. Y, por si el asunto religioso no fuera suficiente, también estaba el apoyo de su antigua cuñada a la rebelión de las Provincias Unidas de los Países Bajos, que buscaban independizarse del Imperio español. Eso por no hablar del ajusticiamiento en el cadalso de María de Estuardo, reina de Escocia, prima de Isabel y ferviente católica, que había reivindicado el trono inglés para satisfacción de Roma.

Pero la gota que colmó la paciencia del rey español fue la creciente amenaza de los piratas ingleses que, con la venia de su señora monarca, se cebaban cada día con los galeones que iban y venían de las Américas. El atrevimiento de corsarios como el odiado y temido Francis Drake había alcanzado tales cotas que este ya no se conformaba con acosar las naves de la flota de Indias o capturar ciudades en las colonias para luego pedir rescate. Tras descubrir que España preparaba en Cádiz una gran fuerza naval para invadir Inglaterra, también tuvo los redaños de lanzarse contra sus buques. Un centenar largo de navíos cayeron durante aquella expedición, y los planes españoles se retrasaron más de un año. Decían algunos que los gritos de don Felipe al enterarse se escucharon en todo El Escorial.

Pensar en los entresijos de tales cuestiones políticas le provocaba dolor de cabeza. Al fin y al cabo, su vida, como la de la mayoría de hombres que moraban bajo el sol, era extremadamente simple: uno o dos grandes objetivos en mente y nada más. En su caso, solo uno. Y para conseguirlo debía salir del apuro en el que estaba metido.

La presencia del padre Pilip le transmitió un ánimo desaparecido durante sus últimas semanas. Lo vio de inmediato como un aliado al que aferrarse, aunque estaba por ver el trato que los irlandeses le dispensarían. Nunca se había sentido interesado por aquel país, ni por ningún otro que no hubiera de pisar, hasta que empezó a hablarse de la invasión de Inglaterra. Alguien le había explicado entonces que Irlanda y España llevaban en tratos desde hacía tiempo porque enfrentaban un enemigo común. Cuanto más crecía la presión de los ingleses sobre la isla, más lugareños emigraban en busca de lugares donde pudieran vivir su religión con libertad. Y qué mejor destino que el más grande imperio de cuantos existían al servicio de Dios. Le constaba, de hecho, que en la Armada se habían enrolado varios de aquellos tipos, rudos como labriegos cántabros y con los cabellos más bien claros. Algunos de esos rasgos estaban también presentes en el padre Pilip. Especialmente llamativo era su pelo, que, aunque escaso y arreglado al estilo de los eclesiásticos, exhibía un rojo anaranjado que combinaba bien con el rubor natural de una tez blanca.

—Ah, me parece que esto es tuyo —dijo Pilip, tomando algo de la mesilla y entregándoselo al joven.

Joan, emocionado al tocar de nuevo la cadena dorada con su medallita, se apresuró a colgársela de nuevo del cuello.

—Te la quitaron para darte friegas. Es un milagro que no la hayas perdido en el mar —comentó el cura—. Imagino que te es muy querida.

—Es la Virgen del Rebollet, patrona del pueblo donde nací y me crie, Oliva. Fue un regalo de mi madre cuando me alisté.

—Muéstrala mientras estés en tierra de cristianos, hará que seas bien recibido. Pero escóndela de los luteranos —le aconsejó.

—Jamás haré eso. No renunciaré a lo que significa tanto para mí. Por el amor hacia mi madre y hacia la Virgen, que me ha auxiliado y protegido.

El padre Pilip volvió a sonreír.

—Estoy seguro de que ha sido así, hijo, aunque creo que no del modo en que piensas…

Le extrañó aquel comentario. ¿A qué se refería el sacerdote? Pero otros asuntos más importantes lo preocupaban.

—Ni siquiera sé qué día es hoy y cuánto he dormido —preguntó.

—Teniendo en cuenta que te encontraron ayer de buena mañana y que el sol ya está en lo más alto —respondió el párroco, señalando el luminoso cielo que se veía por un ventanuco—, has estado inconsciente más de un día. Pero descuida, nada te apremia.

El soldado frunció los labios, poco conforme con aquello. Por supuesto que le urgía salir de allí. En esos mismos momentos los ingleses debían de estar rastreando las costas irlandesas en busca de náufragos de la Armada. Por mucho que aquel hombre asegurara que estaba bajo la protección del tal Somhairle MacDonnell, solo se sentiría a salvo cuando plantara los pies en tierra española.

Entonces llamaron a la puerta. Fueron unos toquecitos de pura cortesía, ya que la hoja se abrió sin que nadie pidiera permiso para entrar. Y así, de pronto, Joan se vio frente a la imagen de la beatífica criatura que había salido a su encuentro en la playa. Se quedó prendado al instante de los grandes y asombrados ojos color miel de aquella muchacha, ahora demasiado real para confundirla con una santa.

Hubo un profundo e intenso silencio durante el intercambio de miradas en que ninguno de los dos pudo siquiera respirar. Tuvo que ser el padre Pilip quien pusiera de nuevo en marcha el tiempo.

—Joan, aquí tienes a tu Virgen María.

6

Carrickfergus, condado de Antrim, 1588

—Y yo os digo que más nos valdría gastar ese oro en putas, sir John.

Thomas Dudley dictó aquellas palabras con la misma fuerza con que su puño impactó sobre la mesa. No dejaba de ser un alarde banal; el gesto de un hombre que ladraba más que mordía. Y Christopher Carleill, condestable del castillo de Carrickfergus, lo sabía bien. Sin embargo, el arrebato sirvió para apartarlo del sopor propio de las espesas discusiones que ahora estaba obligado a soportar casi todos los días. Aquellos asuntos sobre finanzas lo aburrían soberanamente, pero venían con el cargo y eran mejor que tener que lidiar espada en mano con irlandeses medio salvajes. Más sano y tranquilo, aunque menos divertido.

Habría deseado disponer de una excusa para escapar, pero necesitaba ponerse al día de lo ocurrido en Carrickfergus durante su larga ausencia. En calidad de senescal de Clandeboye llevaba desde julio a caballo entre Dublín y Escocia, donde había asistido a varias reuniones diplomáticas. La reina Isabel andaba como loca con la posibilidad de que su homólogo escocés, Jacobo Sexto, aceptara una alianza con los españoles para protegerse ante sus propios nobles, que amenazaban con sublevarse. El asunto se había resuelto al final con una pensión de cinco mil libras y un cuerpo de cincuenta hombres que se sumarían a la guardia personal de Jacobo. Y de este modo Carleill pudo regresar a su anodina rutina en el Úlster.

—Templad los ánimos, señores —intervino el condestable ante la creciente tensión—. Todos aquí somos caballeros civilizados.

—Algunos parecen olvidarlo por momentos —balbució sir John Dalway en respuesta a la pulla de Dudley.

Carleill tuvo que contener una sonrisa por puro decoro. Era extraño escuchar tales comentarios en alguien como Dalway, generalmente tan comedido. Lo consideraba el mejor y más prudente de sus consejeros, por su trayectoria como oficial de la Armada inglesa y por los quince años que llevaba en Irlanda. Había llegado allí de la mano del anterior conde de Essex,

sir Walter Devereux, durante la campaña que este emprendió para colonizar el Úlster y que tan pocos resultados le dio.

La reunión en la que se encontraban había sido, de hecho, idea suya. Cuando le planteó el tema del debate, Carleill supo que no todos sus consejeros estarían de acuerdo: Dalway proponía ampliar y mejorar la compañía de soldados alojada en el castillo. Una empresa que en absoluto resultaría barata, pues al incremento de sueldos habría que añadir ciertas reformas en la fortaleza.

—Forzáis mis modales con vuestra insistencia en derroches injustificados —dijo Dudley—. Es mi obligación como tesorero del castillo cuidar de unos fondos que, como bien deberíais saber, no nos sobran.

—Ahorraos esos argumentos arteros, sir Thomas —intervino Robert Henshawe, capitán de las cuatro compañías acuarteladas en Carrickfergus y a quien Carleill había encargado el gobierno durante su ausencia—. Cualquier coste correría a cargo de la Corona.

—Conociendo a lord Burghley, no dudéis de que nos lo descontaría de otras partidas igual de necesarias —puntualizó sir Henry Turner, el mayordomo jefe, refiriéndose al tesorero real—. Ese hombre mira hasta el último penique.

Carleill lo sabía mejor que nadie, ya que su padrastro, sir Francis Walsingham, era el secretario de estado de la reina y, por tanto, estrecho colaborador del mencionado sir William Cecil. En cualquier caso, nadie podía recriminarle su fama de austero considerando que había logrado equilibrar las cuentas gracias a medidas como poner fin a la guerra con Francia, un conflicto que había dejado casi vacías las arcas del reino. Pero no era menos cierto que, debido a la constante amenaza del Imperio español, también había abogado por reforzar el ejército. Y Dalway estaba al tanto de ello.

—Nada perdemos con probar —insistió—. Los tiempos están cambiando. Nuestros enemigos crecen en osadía y poderío militar. Necesitamos más soldados y, sobre todo, mejor preparados.

Dalway también llevaba razón en aquello. Hacía años que las guerras se libraban con pólvora, lo que había obligado a realizar profundos cambios en las fortalezas más importantes, como Carrickfergus. La muralla original del castillo se modificó unos treinta años atrás para albergar portillos donde alojar la artillería defensiva. Por otra parte, las torres circulares de vanguardia, cuya altura las hacía vulnerables a los cañones enemigos, se desmantelaron para su refuerzo. Aquellas reformas convirtieron la plaza en un bastión en apariencia inexpugnable. Cualquier invasor no solo había de salvar la cortina amurallada

del castillo; también debía atravesar antes la muralla exterior que protegía el acceso a lo largo de la roca, incluida la playa, que solía quedar expuesta durante la marea baja.

Pero las apariencias engañaban. Lo infranqueable lo es tanto por la solidez de sus muros como por la capacidad de sus defensores, y en ese aspecto Dalway volvía a acertar: Carleill siempre andaba escaso de efectivos, considerando la extensión del perímetro que debía proteger y del territorio bajo su tutela. Todos lo sabían, aunque algunos, como el tesorero, se resistieran a admitirlo.

—¿Pero qué enemigos? —preguntó retóricamente Dudley, llevándose las manos a la cabeza—. Los clanes irlandeses apenas disponen de fusiles. Todavía se lanzan al ataque hacha en mano. ¿Qué peligro representan contra un bastión como este?

—¿Acaso estáis ciego y sordo? Hay otros que quieren nuestra perdición aparte de esos salvajes. España ha estado a un paso de poner el pie en Inglaterra, como ya sabemos todos —le replicó Dalway—. Y en cuanto a los irlandeses…, bueno, han tenido trato con los hispanos en el pasado y podrían volver a tenerlo para rearmarse. Si ocurriera algo así y no estuviésemos preparados, podríamos perder la fortaleza y nuestras cabezas.

Era una suposición sensata. Carrickfergus había sido asediado a lo largo de los años por escoceses e irlandeses, y nada aseguraba que no lo fuera de nuevo en el futuro. La situación se mantenía en relativa calma incluso desde antes de que Carleill tomara posesión de su cargo como condestable, pero, si algo había aprendido a lo largo de su carrera militar, era que un clima apaciguado no es más que la antesala del conflicto. Quizás algunos clanes, como los MacDonnell, hubieran jurado lealtad a la Corona inglesa, pero desconfiaba de la palabra de quienes tan acostumbrados estaban a romperla.

Como principal plaza fuerte de la reina en el Úlster, Carrickfergus siempre sería un bocado apetitoso. Su emplazamiento resultaba soberbio: miraba al mar desde un promontorio que se extendía hacia las aguas de lo que los lugareños conocían como Loch Laoigh, aunque fuera en realidad un fiordo nacido en la desembocadura del río Lagan. Debía su nombre a ese pedazo de tierra en el que se asentaba, la roca de Fergus, llamada así por la leyenda del rey Fergus Mór mac Eirc. Aquel cuento, que se tenía por cierto entre los más viejos del lugar, se remontaba al siglo VI. Narraba que Fergus, tras marcharse de Irlanda para forjar un reino en Escocia, regresó a su hogar con la esperanza de encontrar un famoso pozo que sanara las heridas de lepra que había contraído. Pero los cielos no debieron de estar conformes con ello, pues su

barco chocó durante una tormenta contra el espolón sobre el que, tiempo después, se levantaría el castillo.

La fortaleza definitiva llegó con los normandos. El caballero John de Courcy fue su artífice en el año de Nuestro Señor 1177, o eso decían las crónicas del clausurado monasterio de Monkstown. Las mismas que contaban cómo perdió la fortificación a manos de Hugh de Lacy, quien con el tiempo sería nombrado conde del Úlster y virrey de Irlanda.

Una gran algarabía se coló de pronto en la sala. Provenía del patio a los pies de la torre principal, y Carleill supo aprovecharla para interrumpir la reunión. Se asomó por la ventana de la estancia y vio un grupo de chiquillos enzarzados en una pelea. No le costó mucho reconocer los vistosos ropajes de su sobrino Francis justo en el centro del lío.

—Bien, agradezco vuestras reflexiones —dijo, volviéndose hacia los miembros del consejo; luego le habló solo a Dalway—: Sir John, preparad vuestra propuesta y la enviaré a la atención del señor de ordenanzas para que medie con lord Burghley. No temáis, sir Thomas, tomaré mi decisión final en base a su respuesta. Evitaré endeudar de más nuestro presupuesto. Y ahora, señores, ruego que me disculpéis.

Saludó con la cabeza y dejó el salón sin dar más explicaciones, desentendiéndose de los reproches que sin duda empezarían a mascullar los consejeros en su ausencia. Solo llevaba unos meses como condestable del castillo y ya estaba harto de discusiones. Empezaba a pensar que el nombramiento, consecuencia de los méritos acumulados durante su carrera militar, era más bien un regalo envenenado. Una manera de quitárselo de encima debido a la tirante relación con sir Francis Drake surgida durante el saqueo de Santiago en Cabo Verde: Carleill había chocado de frente con los modos de su superior al considerarlos demasiado cercanos a la piratería. Sospechaba de la mano de su padrastro tras el consejo en el que Drake expuso sus quejas. Sin duda, Walsingham, que además de secretario de la reina era maestro de espías, había mediado para que las protestas de su amigo Drake no acabaran con la carrera de su hijastro. Le ofreció a este el gobierno de la mayor plaza fuerte del norte de Irlanda y consiguió que se le dispensara tal título como un honor. ¿Cómo podía negarse a aceptarlo? Lo tomó, pues, acallando su alma viajera por deferencia hacia quien lo había acogido a la muerte de su madre. Y tenía la intención de hacer un buen trabajo.

Carleill bajó del torreón por la escalera de caracol hasta llegar al patio. Era uno de los tres con los que contaba la fortaleza; el más antiguo. Aquel perímetro en torno a la torre del homenaje había sido la primera construcción

en la roca de Fergus, ampliada después hasta ocupar por completo el promontorio. Ahora era un espacio privado para el solaz de las familias nobles del castillo, pero durante el día era habitual que corretearan por allí los niños de los sirvientes. Para ellos, la imagen del poderoso bastión cuadrado, al que llamaban «torre del mar», debía de ser imponente.

También él lo había admirado la primera vez. Y todavía lo hacía, aunque un poco menos cada día. Era el efecto de la rutina, capaz de convertir lo asombroso en vulgar. Para la mayoría de hombres no solo resultaba algo soportable, era incluso deseable, pero un aventurero como Carleill se sentía constreñido cuando pasaba demasiado tiempo en un mismo lugar. Había estado en los Países Bajos, en la lejana Rusia, en Alemania, en las Américas… Su corazón solo albergaba dos grandes amores, y uno de ellos era recorrer nuevas tierras.

El patio, habitualmente calmado, era un caos. Carleill advirtió que varios guardias habían separado a los chiquillos que se peleaban, pero acallar sus gritos era otra cosa. El más exaltado era Francis, que tenía el rostro rojo de rabia y soltaba esputos de saliva con cada grito. De poco servían los intentos de la joven que trataba de contener la ira del muchacho. Al condestable le costaba no dejarse llevar por las emociones cada vez que veía a Mary, tan hermosa y fascinante. Siempre lo asaltaba la necesidad de tomar su mano, atraerla, abrazarla, besarla… Ella era su otra gran pasión.

Una pasión prohibida.

En cuanto Francis reparó en su tío, se irguió en una pose que pretendía aparentar gran control de sí mismo. Sin embargo, el temblor en sus puños cerrados lo delataba. Carleill hizo un gesto con la cabeza a Mary para indicarle que él se encargaría.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? Gritáis tanto que hasta la leche de las vacas habréis agriado —dijo.

—¡Ha sido culpa de Tim! —se apresuró a responder su sobrino, señalando a un muchachito de cabello oscuro que, con la llegada de Carleill, se mostraba sumiso—. ¡Ese pordiosero me ha dado un puñetazo!

Sí, ahora que se fijaba, Francis tenía un moretón en la mejilla. Apenas se le notaba, bastaría con una de las pomadas de Mary. Miró entonces al otro, quien mostraba por su parte un corte en el labio, en busca de su versión. Creyó reconocerlo: era el chico de Joff, uno de los ayudantes del curtidor.

—Yo… yo… —gimió Tim, superado por la presencia de Carleill—. Él dijo que mi madre nos abandonó porque era una ramera.

El condestable lo observó con mirada compasiva. Hombres que yacían con mujeres de dudosa reputación y, tras dejarlas embarazadas, alguna de las partes se desentendía… Tan habitual… Al final, el más herido siempre era el crío, que tenía que crecer sofocado por las burlas.

—¿Es eso cierto? —le preguntó a Francis.

—Bueno…, sí…, ¡pero él no tiene derecho a levantarme la mano a mí, el ahijado de su señor! ¡Debe ser castigado por ello!

El condestable dejó escapar un nuevo suspiro, esta vez cercano al enojo. Entendía que Francis estaba pasando por una época complicada. Solo contaba doce años y ya había tenido que enfrentarse a la reciente muerte de su madre, Alice, hermana de Carleill. Un golpe que su tío no sabía si podría mitigar. Lo había tomado bajo su tutela debido a los constantes viajes del progenitor del chico, Christopher Hoddesdon, pero ser padre no era un trabajo para el que se hubiera preparado en absoluto. «¿Se sentiría así Walsingham cuando me acogió?», se preguntaba a veces.

El traslado a Carrickfergus y la entrada en la adolescencia habían sido dos muros más para el chiquillo. Su forma de enfrentarse a ellos fue mostrarse cruel para esconder la pena.

—Vamos a pasear un poco tú y yo, hijo —le dijo, en un tono que no admitía réplica.

—Sería conveniente curar la magulladura de vuestro sobrino antes de que se hinche demasiado, mi señor —propuso Mary, con una actitud tan sumisa que avergonzaba a Carleill.

—Descuida —respondió, tratando de seguir con la farsa a pesar de la angustia—. Aguantar un poco de dolor será su penitencia. Le ayudará a recordar que los actos tienen consecuencias.

Ella asintió y se retiró a sus ocupaciones. Mientras, tío y sobrino dejaron atrás a los otros niños y se dirigieron hacia la puerta sur, que daba acceso al dique y el embarcadero construido antes de la llegada de Carleill. Pero, en lugar de salir de la fortaleza, subieron a las almenas, donde nadie los molestaría.

—Tu comportamiento ha sido inaceptable, Francis —le recriminó Carleill.

—¡Fue él quien me pegó!

—Y tú quien se burló. De manera muy cruel, por cierto. ¿Qué esperabas, que bajara la cabeza tras mentarle su desgracia?

—Es su deber como siervo.

—Y el tuyo como señor es ser merecedor de la lealtad que exiges a los demás. —El chico, rubio como su tío y su madre, dudó—. Hay una lección que tendrás que aprender y recordar el resto de tu vida: las personas reaccionan para defenderse cuando se sienten atacadas, sea de forma física o emocional, se trate de nobles o de siervos. Todos tenemos nuestro orgullo.

—Pero…

—No discutas. Algún día serás señor de otros como oficial, capitán mercante o noble. Entonces tendrás que elegir entre ser despiadado y ser justo. Y te aseguro que la segunda opción es siempre la mejor.

Francis lo miró con ojos interrogantes.

—¿Por qué?

—Porque en la guerra, hijo, el miedo hace que los hombres huyan. Pero el respeto hace que se queden a morir a tu lado. Créeme. Lo sé.

En efecto, lo había comprobado por sí mismo. Y, como siempre que recordaba aquella enseñanza, su cabeza viajó al día y al lugar donde la aprendió.

Steenwijk.

7

Cerca de Steenwijk, provincia de Overijssel, Países Bajos, diciembre de 1580

La marcha de las tropas inglesas era lenta y pesada. No hay otro modo de avanzar por pantanos, lagos y dunas arenosas. De tales retales estaba hecha la provincia de Overijssel, que crecía en torno al río Ijssel formando una deprimente región de humedales. Los caminos que se dirigían a Steenwijk eran, en realidad, sendas embarradas que se hundían en charcos profundos y en ocasiones obligaban a los soldados a largos desvíos. Sin embargo, nada era peor para ellos que las legiones de mosquitos y moscas que los acosaban; una lucha perdida de antemano que en no pocos casos traía alguna fiebre letal. En los años que llevaba en aquella desagradable región, Carleill había visto morir a más de un compañero por esa causa.

No le extrañaba nada que los españoles odiaran con tanta saña los paisajes fríos y llanos de los Países Bajos. Quién podía culparlos. Estaban acostumbrados al calor y la aridez de su tierra sureña, y en aquel medio gris su ánimo solía andar por los suelos. Hasta un inglés de pura cepa como él empezaba a sentirse incómodo con aquella permanente niebla invernal que calaba los huesos.

—En casa, cuando enciendes un fuego, al menos sientes alivio —comentó el alférez George Gascoigne, uno de los oficiales de confianza de Carleill—. Aquí parece como si hasta las llamas hubiesen perdido su calor.

—No te preocupes, pronto nos caldearemos —le respondió el veterano capitán Roger Williams con su típico acento galés.

Williams era el otro hombre, además de Gascoigne, que Christopher Carleill había exigido a su lado cuando fue nombrado maestre de campo de uno de los regimientos ingleses. Lo había tenido por una especie de mentor desde la llegada de ambos a la triste tierra neerlandesa, hacía casi una década. En esa época, Williams era el veterano mando y Carleill, el joven subordinado. Pero el primero regresó durante un tiempo a Inglaterra y al volver se encontró con que su antiguo pupilo había ascendido al grado de

sargento mayor. Lejos de sentirse herido en su orgullo, aceptó con humildad su nueva condición y se convirtió en el mejor apoyo posible.

El galés estaba en lo cierto: pronto entrarían en calor, pues caminaban derechos hacia la guerra. Steenwijk era una pequeña ciudad a la orilla del río Aa gobernada por los rebeldes. Los españoles la asediaban en ese preciso momento con un ejército al mando del conde de Renneberg, George van Lalaing. La información que había llegado a Zwarte Sluis, fortaleza a cargo de Carleill, daba cuenta de unos seis mil sitiadores de infantería y más de un millar de jinetes. Los aldeanos llevaban desde octubre viendo cómo los cañonazos volaban cada jornada por encima de unas murallas que resistían, aunque muchas casas se habían derrumbado. Por desgracia para los rebeldes, ninguno de los intentos de romper el asedio tuvo éxito, así que se vieron obligados a pedir ayuda a sir John Norris, el coronel general de las fuerzas inglesas de la zona. Norris partió en cuanto estuvo preparado, no sin antes enviar mensajes de reclutamiento a todas las compañías dispersas por la región; entre ellas, la de Carleill.

Sus últimos años habían sido tan tumultuosos como los del territorio que pisaba. Llevaba casi una década atrapado en una guerra que, por mucho que dijeran que era vital para su patria, en absoluto sentía como suya. Cuando llegó a los Países Bajos, apenas tenía veintiún años y estaba ansioso de gloria. Quería ver mundo, convertirse en un gran soldado, hacer que su padrastro se sintiera orgulloso de él… Y conseguiría algunas de esas cosas, sí, pero también lecciones de las que nadie le había hablado.

Procuraba pensar poco en las incoherencias diplomáticas y políticas que lo habían llevado hasta allí. Los tejemanejes quizá fueran terreno cómodo para sir Francis Walsingham, pero a él lo mareaban. Demasiada falsedad. Al principio, la Corona inglesa no había querido saber nada de las demandas de ayuda llegadas de los Países Bajos cuando los rebeldes se alzaron en armas ante la opresión española. Por lo visto, la reina prefería que la zona siguiera en manos de Felipe Segundo de España por razones estratégicas: su lejanía agotaba al gobierno español, y el conflicto dividía la atención de los sureños en varios frentes: las Américas, Flandes y su propia tierra. El equilibrio de poderes cambiaría mucho si los Países Bajos estuvieran libres de aquellos dueños, y pronto la nueva patria sería reclamada por sus vecinos, los franceses, que aumentarían su ya vasto territorio de una manera más efectiva.

Por lo que había sacado en limpio de la correspondencia con su padrastro, que en aquellos días aún ejercía de embajador en Francia, Carleill comprendió que Walsingham no estaba de acuerdo con semejante política indolente. Al

convertirse en secretario de la reina, había maniobrado para que esta cambiara de opinión, pero fue en vano. Al menos hasta que la presión de Roma sobre el rey Felipe, exigiéndole que ayudara a la encarcelada y católica María de Estuardo, resultó insoportable. Walsingham supo ver que aquello llevaría tarde o temprano a una guerra abierta entre las dos grandes potencias. Había que adelantarse y minar las fuerzas españolas, y el mejor modo de empezar era en los Países Bajos. Ni siquiera hacía falta involucrarse de manera oficial; bastaba con ofrecer cierto apoyo a los rebeldes de Guillermo de Orange, el Taciturno. Cuantos más recursos tuvieran que emplear los españoles en aquel conflicto, menos tendrían disponibles para otros menesteres.

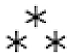
La oportunidad se había presentado ocho años antes. Guillermo van der Marck, señor de Lummen y capitán pirata de los rebeldes neerlandeses que se hacían llamar Mendigos del Mar, levantó en armas a la ciudad de Brielle, en Zelanda, hasta ese momento leal a España. A pesar de lo que decían de Van der Marck, fue lo bastante inteligente para comprender que aquello tendría respuesta hispana, así que pidió ayuda a la mujer que antaño le había negado refugio en las costas inglesas, la reina Isabel. Esta vez la Corona sí actuó, aunque de manera tímida y sin alardes: se limitó a enviar un grupo de voluntarios al mando del capitán galés Thomas Morgan. Intervendrían oficialmente como mercenarios, no como soldados bajo bandera inglesa.

Entre ellos estaba el joven y apasionado Carleill, cuyo afán de aventuras le había hecho abandonar su educación en Cambridge sin dudar. Recordaba bien aquel primero de mayo, cuando la reina pasó revista a los voluntarios ante el palacio de Placentia, en Greenwich. Una brisa de verano flotaba sobre la ribera del Támesis agitando las casacas rojas y azules de los soldados. Algunos ya habían luchado en Irlanda, en Escocia o en las guerras de religión en Francia, pero ahora no tenían dinero y esperaban llenar de nuevo la bolsa en los Países Bajos. Otros, como Carleill, simplemente ardían de celo por ayudar a los rebeldes holandeses contra el odiado enemigo español.

Casi una década después, esa ilusión se había desvanecido por completo. Con la cabeza llena de guerra, muerte y miseria humana, había considerado varias veces abandonar la carrera militar. Tenía contactos en la Compañía Moscovita gracias a su padre y, sobre todo, a la influencia de su cuñado Christopher. Solo tenía que dar el paso y embarcarse en cualquier travesía de exploración en la que no necesitara empuñar un arma para ganarse la vida. Había tanto que ver… Al oeste existía un mundo a medio descubrir, y al este quedaba otro, más viejo pero igualmente desconocido. Rusia, las Indias Orientales, incluso China… La mente se le iba a esos lugares exóticos en sus

escasos ratos de tranquilidad. Pero, cuando lo nombraron sargento mayor, no tuvo más remedio que aceptar; era una oportunidad, un paso adelante en su futuro.

Una ocasión más para agradar a un padrastro al que tanto debía.



El cielo del mediodía comenzó a descargar una fina llovizna que hizo la marcha aún más incómoda. Al poco regresó una de las patrullas de exploradores que se adelantaban para anticipar cualquier emboscada, y Carleill advirtió enseguida sus gestos apresurados y la preocupación en sus rostros.

—Hemos divisado un grupo bajo bandera española acampado a un cuarto de legua. Parecen ir en la misma dirección que nosotros.

—Van a reforzar a los sitiadores… —dijo Williams, poniendo voz a los pensamientos de todos.

Su opinión en lo referido a las estrategias de los españoles siempre era tenida en cuenta por Carleill. No solo por la inteligencia y el sentido crítico que solía exhibir, sino porque nadie conocía mejor al ejército enemigo que aquel capitán. Llevaba años estudiándolo. No escondía su admiración por las tácticas hispanas, y nunca perdía oportunidad de defender el uso de las armas modernas frente a otras que consideraba obsoletas. Solía enzarzarse en agrias discusiones con veteranos que todavía daban valor a los anticuados arcos largos por encima del arcabuz; individuos de mente cerrada al progreso, la mayoría de las veces aristócratas que creían vivir aún en los tiempos de los caballeros andantes. Eran de la misma ralea que cuantos, en el pasado, condenaban la ballesta que ahora deseaban proteger. La consideraron tan infame a los ojos de Dios, de tan indigno uso para los cristianos, como ahora les ocurría con las armas de fuego.

—¿De cuántas tropas estamos hablando? —quiso saber el sargento mayor.

—No menos de dos mil infantes y seiscientos jinetes, la mayoría de ellos valones.

Gascoigne se revolvió antes de estallar.

—¡Nos triplican en número!

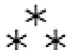
Era cierto; ellos apenas sobrepasaban los quinientos hombres y no contaban con caballería alguna.

—Deberíamos buscar otra ruta y evitarlos —propuso Williams.

La opinión del galés de nuevo parecía sensata. Un enfrentamiento directo era un suicidio. Sin embargo, la mente de Carleill iba por otros derroteros y,

por una vez, se alejaría del consejo del capitán.

—Llévame hasta su posición —dijo a uno de los exploradores—. Quiero ver dónde están exactamente.



Cuando el comandante regresó y dio órdenes de preparar un enfrentamiento, tuvo que soportar las quejas de sus oficiales. Incluso Williams y Gascoigne le reprocharon la decisión que había tomado, por temeraria.

—Una absoluta locura —le dijo el capitán—. Eres consciente de que nos conduces a la muerte, ¿verdad?

—Ya veremos. Quizá salga bien y este pueda incluir la hazaña en su *Viaje al interior de Holanda*. —Carleill señaló a Gascoigne, refiriéndose a la obra que escribía en sus ratos libres.

Pero la broma no fue bien recibida. Todo eran miradas de desconfianza y temor agravados por la juventud del sargento. Muchos de aquellos hombres eran veteranos y no veían con buenos ojos que el mando estuviera en manos de un soldado que no había cumplido los treinta. Todavía tenía que ganarse su respeto, y no había empezado muy bien lanzándolos a una batalla que apestaba a derrota.

Pero estaba decidido. Un rodeo era casi igual de inviable: les urgía llegar a Steenwijk al mismo tiempo que Norris para romper el asedio. La ciudad no caería por su culpa.

Por supuesto, Carleill no era un demente, y su plan no pasaba por lanzarse de cabeza contra el destacamento español. Tenía en mente una estrategia que exigía marchar en un orden establecido; en la vanguardia formaron los piqueros, y a los arcabuceros los dividió en dos para que ocuparan los flancos. De esa guisa salvaron la colina que daba al valle donde el enemigo había montado su campamento. Pudo distinguir la bandera blanca con el aspa de Borgoña entre el fragor de las trompetas españolas, que ya anunciaban la llegada del enemigo.

Y fue entonces, al ver formar a las tropas rivales, cuando Carleill se permitió una primera sonrisa: no advertía allí la firme disciplina de los tercios españoles, esa que tan bien conocía y había padecido. Su corazonada era buena: tropas bisoñas. Soldados valones sin el adiestramiento de los veteranos castellanos e italianos que daban lustre al ejército imperial. Podía verlo en sus maneras apresuradas y sus torpes movimientos.

Los tambores españoles redoblaron cuando iniciaron el avance. Los piqueros iban también en la vanguardia, con sus altas lanzas erguidas hacia el

cielo, y los arcabuceros marchaban detrás, aunque no en gran número. Vestían colores apagados, a juego con el gris de los páramos neerlandeses. Su equipamiento, pobre pero apenas gastado, con pocos petos de acero y arcabuces, reforzaba la idea de Carleill de que aquellos soldados no habían visto muchas batallas. Incluso sus hombres parecían más dignos.

Sin embargo, los valones avanzaban confiados por su abrumadora superioridad numérica. A una orden de su alférez, la caballería hispana se lanzó en dos grupos que encararon los flancos en busca de los arcabuceros ingleses. Estos, en lugar de esconderse entre los piqueros, se prepararon al grito de «¡Apunten!». Los mosqueteros clavaron las conteras de las horquillas y apoyaron las armas; los arcabuceros soplaron las mechas encendidas para evitar que la lluvia las apagara.

Esperaban una orden que llegó cuando los jinetes estaban a poca distancia de la formación de Carleill. Allí, tal y como había observado el comandante, el terreno se hallaba muy embarrado, lo que provocó que los cascos de los caballos se hundieran en el fango y la cabalgada se descompusiera. Cuando los jinetes quisieron reaccionar estaban a tiro de bala de los ingleses. Ni siquiera hizo falta la orden del sargento; los jefes de pelotón de los tiradores vieron la oportunidad al instante.

—¡Fuego! —gritaron.

Los truenos se levantaron desde la tierra con la misma fuerza que cuando llegaban desde el cielo. Una neblina gris se elevó sobre la formación inglesa mientras las balas mordían. Montones de caballos y hombres se fueron al suelo, y quienes escaparon de la primera andanada comprendieron al momento su terrible situación: en mitad de aquel lodazal no podían ni avanzar ni retroceder. Estaban a merced de una nueva salva.

—¡Carguen! —se escuchó en inglés.

Los tiradores cebaron las armas por segunda vez. Y allá que fueron de nuevo los plomos.

—¡Fuego!

Cuando el estruendo cesó, apenas quedaban jinetes enemigos. Más atrás, los piqueros valones temblaban al ver lo que un puñado de ingleses había hecho. Aunque todavía tenían el número a favor, su confianza se había evaporado. No podían cargar de frente sin arriesgarse a caer en la misma trampa de fango que los caballos. Pero tampoco las tropas de Carleill estaban en disposición de avanzar, así que permanecieron firmes, decididos a defender su posición.

Ninguno imaginó lo que iba a ocurrir: un grupo de auxiliares se coló entre los piqueros con tablas, lonas de cuero y capazos de piedras. Ante los desconcertados valones, los ingleses cubrieron el lodazal con la madera y las telas, y, así pudieron seguir adelante sin apenas ralentizar la marcha. Cuando se quedaban sin nada con lo que cubrir el barro, los encargados recogían los aparejos que habían quedado detrás.

El alférez dio otra orden, y los hombres hicieron descender sus lanzas hasta colocarlas en horizontal. Era el modo en que los tercios españoles luchaban. Carleill los había padecido tantas veces que, como Williams, comprendió la necesidad de aprender de sus tácticas: fuera alabardas, fuera arcos y ballestas. La guerra se hacía ahora con pólvora y largos fustes.

Las fuerzas de Carleill avanzaron poco a poco, y los nerviosos valones respondieron en avalancha, tratando de abrumar a los oponentes. Pero también aquello estaba previsto: los arcabuceros ingleses se separaron del cuerpo principal y subieron por las colinas que flanqueaban el valle. No eran muy altas, pero sí lo bastante para procurarles una posición elevada y protegida de la infantería enemiga. Desde allí empezaron a disparar a los valones, que, sin defensa, fueron cayendo con rapidez.

En cuanto los tiradores callaron, Carleill y las tropas de piqueros se echaron encima del grupo enemigo. Ya no quedaba rastro de miedo o resentimiento hacia el comandante. La estrategia funcionaba. Estaban eufóricos y hundían sus picas con rabia. El entrechocar de las astas y el acero contra los coseletes se confundía con los gritos de unos y otros, y los valones empezaron a retroceder.

—¡Se retiran! ¡Seguid! —bramó Carleill.

El comandante había avanzado hasta la vanguardia como un soldado más. Tomó la pica de un soldado caído y lanzó una estocada al cuello de uno de aquellos lugareños. La sangre estalló cuando sacó la punta, empapándole el rostro.

Los valones entendieron que no podían hacer nada, que más les valía escapar de aquel atolladero antes de que no solo no pudieran matar, sino que tampoco pudieran vivir. Desaparecido por completo el orgullo, huyeron como alma que lleva el diablo, en estampida, sin cuidar sus espaldas. Muchos tropezaron y fueron arrollados o rematados por las picas. Los más inteligentes arrojaron las armas al suelo y se rindieron para no ser víctimas de semejante carnicería. El ímpetu de los hombres de Carleill era tal que al principio no atendieron ninguna súplica. Siguieron matando, asesinando, en realidad, hasta

que su comandante lo advirtió y dio órdenes de respetar a cualquiera que se entregara.

Los disparos fueron acallándose conforme los valones supervivientes se alejaban a la carrera. Los gemidos de agonía, algunos de los cuales pedían ser rematados por pura clemencia, también cesaron. La lluvia, en cambio, arreció. La sangre se mezcló con el fango, y la locura de lo acontecido se mostró cruenta a ojos de Carleill. Siempre que terminaba una batalla, la barbarie de sus actos le reconcomía la conciencia. La primera vez había sido en Flesinga, años atrás, en su estreno como soldado. Pero la amargura ante tanta muerte no menguaba a pesar del tiempo transcurrido. Se limpió la cara ensangrentada de savia ajena y lo sorprendió una arcada.

No era el único afectado por el horror. Mientras sus hombres recuperaban el resuello apoyados en lanzas y arcabuces, vio la angustia en los ojos de muchos. Entre los jóvenes era más evidente, más violenta esa sensación de monstruosidad, de que no tenían derecho a ser verdugos de otros. En los veteranos, en cambio, la angustia quedaba dentro, en silencio, apenas asomando a unos ojos hastiados. Solo cuando los más enteros empezaron a reclamar la victoria a grito pelado se desvaneció la culpa y volvió la euforia.

—¡Loada sea la reina! —gritó alguien, y todos corearon la consigna.

Mientras los soldados rapiñaban y ataban a los prisioneros, Carleill se reunió con sus oficiales. Todos habían sobrevivido. Gascoigne ya hablaba de que aquella batalla sería el capítulo álgido de su obra.

—¡Y tú serás el protagonista principal, viejo amigo! —le prometió.

—¿Cuántos de los nuestros han caído? —preguntó Carleill sin atender al poeta.

—Muchos menos que de los suyos —respondió Williams—. Gascoigne tiene razón, mereces el crédito de esta victoria. Fue tu estrategia, solo tuya.

El capitán galés levantó el brazo y reclamó la atención de las tropas gritando con orgullo un nombre: el de quien los había conducido al triunfo en contra de todos los presagios. Ya no quedaban recelos ni sospechas hacia aquel joven maestre de campo que acababa de ganarse el respeto de los suyos.

—¡Carleill! ¡Carleill! ¡Carleill! —repitieron a una.

El sargento mayor, aun desconcertado, observó cómo el destacamento entero coreaba su nombre, y sintió que el agrio regusto de una victoria cruel cedía en favor de una emoción más agradable.

Fue la primera vez que saboreó la admiración de sus tropas. Y le pareció un néctar muy dulce.

8

Dunluce, 1588

Ealasaid tuvo la absoluta seguridad de que recordaría aquel instante el resto de su vida. Era una impresión, por certera, absolutamente ilógica, pero tan real como el desconocido que yacía en la cama. Su aspecto seguía siendo lamentable; estaba flaco y aún tenía la piel pálida por la enfermedad. Su barba y el largo cabello se hallaban tan desaliñados como los de un pordiosero.

Y, sin embargo, no podía apartar sus ojos de los de él, como apenas había podido despegarse de su lado desde que lo encontrara en la playa. De algún modo se sentía responsable de su auxilio, así que fue ella quien le administró los cuidados que dispuso Cathal; lo había lavado para bajarle la fiebre, le cambió las sábanas cada vez que el sudor las empapaba y lo obligó a dar sorbos a la sopa. Solo cuando quedó claro que empezaba a mejorar atendió a regañadientes los consejos del padre Pilip y se ausentó para comer algo. Había devorado a toda prisa el estofado para poder volver cuanto antes a los aposentos del ala norte.

Ahora él estaba despierto, y a Ealasaid la invadía de pronto una timidez nada habitual en ella. Fue el párroco quien dio una salida a su nerviosismo. Se levantó de la silla y le ofreció el asiento, que la muchacha aceptó más por tener algo que hacer y no convertirse en piedra.

—Esta hermosa criatura, que no me extraña que confundieras con la Virgen, es quien te ha cuidado con esmero —dijo el padre Pilip en latín, tendiendo un puente con el que vencer el azoramiento y los idiomas propios de cada uno—. No se ha alejado de ti más que cuando la he obligado a ir a comer algo.

Ealasaid se sintió incómoda ante el comentario del clérigo. Era cierto, por supuesto, pero habría deseado que no ensalzara tanto sus desvelos por quien, en el fondo, era solo un desconocido. Le daba la sensación de que eso la exponía de algún modo, que ofrecía de ella una imagen de mujer sumisa.

—Entonces —el español hizo una pausa, carraspeó y se aclaró la voz—, es a vuestra merced a quien debo, al cabo, mi vida.

—A mí y a la marea, si hay que ser justos. Ella os ha traído hasta la playa por la que paseo cada día —se atrevió a responder la muchacha.

—Me consideraré en tablas con el mar, aun con todo lo que me ha hecho pasar. Pero con vuestra merced he contraído una deuda que no sé cómo podré saldar.

La joven esbozó una sonrisa. La manera de hablar de aquel hombre, tan decorosa, le pareció divertida y, desde luego, diferente. Los irlandeses y escoceses, acostumbrados a la vida ruda, eran más vulgares a la hora de expresarse. Así que decidió seguirle el juego.

—Podéis empezar por decirme vuestro nombre, si os place, gentilhombre.

—Joan Mateu, cabo de escuadra del Tercio Viejo de Nápoles —respondió, con el tono orgulloso de un caballero de los cantares—. Al servicio de Dios, España, el rey don Felipe y, ahora y por siempre, de vuestra merced.

«Joan Mateu, Joan Mateu, Joan Mateu…». Ealasaid tatareó aquel nombre una y otra vez en su cabeza. No se parecía en nada al que ella había utilizado para pensar en él, desde luego. Por alguna jugada de la mente, durante las horas atendiéndolo se había referido al forastero como Aidan Madainn, que significaba «Adán el de la Mañana». Y todo porque lo había encontrado con el día naciendo y casi desnudo, como si se tratara del primer hombre creado por el Señor.

—Aunque no tengo derecho a exigiros nada, me haríais un favor si yo también pudiera llamaros de algún modo.

La muchacha dudó un instante. Lo que le pedía era de justicia, y, sin embargo, sentía reparo desvelándole su identidad. Tal vez un término medio. Tal vez solo lo que realmente importaba…

—En la lengua de mi padre mi nombre es Ealasaid.

—Tienes ante ti a la hija de Somhairle MacDonnell, señor de este castillo —intervino de nuevo el padre Pilip, ganándose una mirada de reprimenda por su parte.

—Baja es mi hidalguía, pues, en comparación, ya que la de vuestra merced procede de la sangre y la mía de los privilegios de mi padre —respondió Joan, bajando la cabeza en un grave saludo.

—Siempre he creído que la valía de las personas no se puede heredar, sea para bien o para mal, y que nada mejor que los actos para establecerla.

El padre Pilip, sonriente y con una mirada pícara que iba de uno a otro, juntó las manos produciendo una involuntaria palmada.

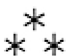
—Bien. Reunidos la salvadora y el salvado, y viendo además que podéis comunicaros sin problemas, entiendo que puedo ausentarme. Debo preparar el

servicio de la tarde. Cuando te sientas con fuerzas, serás bienvenido en la iglesia, hijo —propuso a Joan—. Mientras tanto, yo mismo acudiré a visitarte.

—Vuestra paternidad me ha hecho tan gran merced que os quedo en obligación para toda mi vida.

El párroco asintió. Sin embargo, antes de abandonar la habitación se volvió hacia Joan y dijo algo que Ealasaid no logró entender, así que imaginó que lo hacía en castellano.

—Menos formal, hijo. Menos formal.



Se quedaron solos, sin saber qué decirse. La hija de Somhairle permaneció con las manos quietas en el regazo mientras obligaba a su mente a buscar un tema de conversación con el que evitar que la tensión se convirtiera en una mortaja. Por su parte, Joan parecía inmerso en la misma empresa, a juzgar por su gesto turbado.

Ella aprovechó aquellos instantes de indecisión para examinarlo de manera furtiva. Ya lo había hecho durante el tiempo que él había pasado inconsciente, pero las facciones de las personas cambian durante el padecimiento; resultan engañosas. Ahora podía contemplarlo tal como de verdad era, y no le resultó una visión desagradable en absoluto. Aquel era un hombre joven, de frente amplia y cubierta por los mechones de su cabello largo. Sin las arrugas provocadas por los dolores, los pómulos se le marcaban más y la mandíbula parecía ganar también en firmeza. La delgadez, aunque extrema, no le sentaba nada mal.

No se atrevió a profundizar más por temor a que él descubriera el escrutinio. Así que repasó lo que sabía sobre los españoles, por si de ese modo encontraba algo de que hablar. El padre Pilip había encendido la imaginación de la muchacha contándole muchas de sus vivencias en aquellas tierras del sur. España, la bandera más poderosa de cuantas ondeaban para enojo de franceses e ingleses, ejercía una fuerte atracción entre los irlandeses. Las crónicas antiguas, inmortalizadas por los monjes escribanos, hablaban de una herencia común legada por los colonos milesianos llegados desde Galicia. Era, por tanto, lógico que en Irlanda se mirase hacia sus parientes lejanos con la esperanza de que estos regresaran para auxiliarlos en los tiempos de necesidad que atravesaban. Lo harían, sí, en una segunda venida; hermanos largo tiempo alejados y unidos de nuevo en contra de un enemigo común. Juntos ganarían la libertad de toda la isla.

Cierto era que habían existido contactos, promovidos especialmente por los obispos católicos al comprobar el avance de los luteranos y su nueva doctrina. Durante décadas se sucedieron las cartas hispanas con tímidas propuestas que jamás se concretaban. También los hibernos acudieron a la península ibérica con peticiones de alianza para los monarcas españoles, como Carlos Quinto. Pero escasa fue la atención, hasta que uno de los mensajes llegó a manos del rey Felipe Segundo allá por el sesenta y nueve de la presente centuria. En el texto, un grupo de nobles irlandeses encabezado por James Fitzmaurice Fitzgerald, primo del conde de Desmond en la provincia de Munster, ofrecía espada y vasallaje a la Corona española a cambio de la ayuda armada necesaria para rebelarse contra la intromisión cada vez mayor de Isabel de Inglaterra. Por el buen nombre de la Iglesia de Roma, decían, aunque nadie era tan ingenuo como para no ver que si algo primaba en semejante petición era defender sus privilegios e intereses personales.

El caso fue que, por lo que se cuenta, el Rey Prudente trasladó el asunto a su consejo de guerra, que lo desestimó. No se enviaría ejército alguno a la isla. Los rebeldes irlandeses tuvieron que conformarse con un puñado de espías y adiestradores, al principio, y en su segunda intentona, con el apoyo de un pequeño contingente de españoles e italianos. Una ayuda a todas luces insuficiente. Las revueltas que los Fitzgerald iniciaron fueron tan insignificantes que a los ingleses les costó muy poco sofocarlas.

La realidad, cruda y dolorosa, era que el viejo sueño de unión entre Irlanda y España estaba tan lejos como una tierra de otra.

«El imperio en el que nunca se pone el sol, así lo llamó fray Francisco de Ugalde», le había contado en una ocasión el padre Pilip. «¿Sabes por qué? España extiende sus dominios más allá del océano, hasta las Américas. Y, cuando el sol se pone en el Viejo Mundo, se alza en el Nuevo. Por eso su luz siempre está bañando alguna región española, aún más desde que unió su destino con el del reino de Portugal».

Aseguraba el párroco que los españoles se parecían a los irlandeses en algo más que el pasado. También tenían predilección por los placeres de la vida, y cuando se lo podían permitir les gustaba el buen beber y el mejor comer, artes en las que rivalizaban con cualquier hijo de Eire. Les sobraba orgullo, aunque lo demostraban con maneras remilgadas. Al fin y al cabo, aquella era la patria de ilustrados y artistas sin parangón allá donde uno mirase, salvo, quizá, en la resplandeciente Italia. De hecho, al padre Pilip se le iluminaban los ojos cuando hablaba del teatro español. Desde España había

traído consigo diversas cuartillas, algunas de las cuales censuraría la Iglesia con sumo gusto. Incluso trató de traducir varias de ellas, pero él mismo reconocía que «resulta imposible, además de obsceno, reproducir un arte perfecto en un idioma distinto a aquel en el que fue creado». En ocasiones llegaban comerciantes de los condados del sur, en cuyos puertos fondeaban los mercantes españoles más audaces, y a sabiendas de que el cura pagaba bien le traían ejemplares hispanos. Luego, cuando las obligaciones parroquiales se lo permitían, se escondía en su cubículo para leerlos una y otra vez. Su preferido era una comedia escrita por un tal Lope de Rueda, *Las aceitunas*, por la que sentía una fuerte devoción debido a que había asistido a una representación durante sus años en España.

Poco más sabía Ealasaid de aquel reino supuestamente aliado. La presencia de Joan y la de los anteriores náufragos parecía dar forma a los rumores que en los últimos tiempos había escuchado a su padre y sus hermanos: que España preparaba al fin una campaña contra Inglaterra. De hecho, Somhairle había dado orden de que todas sus tropas estuvieran alerta. «Si los españoles nos piden ayuda de manera oficial, la tendrán». Y lo cierto es que se la habían proporcionado a los que llegaron semanas atrás, aunque Ealasaid apenas tuviera contacto con ellos: ni llegaron a entrar en el castillo de tantos como eran.

Con Joan sería distinto, por supuesto. Solo era un hombre y se había presentado ante ella. Se trataba de una situación que, más que incómoda, le resultaba excitante. Aquel desconocido era un enigma por descubrir, una novedad bienvenida dentro de su vida, tan pausada y predecible.

Al final, fue Joan quien encontró la frase adecuada para romper el silencio.

—Canta vuestra merced con la belleza de los ángeles, debo decir.

El comentario, que habría sonado empalagoso de no ser por el sentimiento con el que lo pronunció, la tomó por sorpresa. Pero pronto entendió su significado. ¡Él la había escuchado cantar en la playa! La vieja tonada escocesa…

—Voy a empezar a pensar que sois solo un zalamero —rio ella para esconder su rubor.

—No es adulación vana, en absoluto. Vuestra fue la voz que me devolvió a la vida cuando ya me había rendido. ¿De dónde proviene esa música? Jamás he oído nada igual.

—De las Tierras Altas de Escocia, al igual que mi sangre.

Joan arrugó el ceño. Era muy expresivo, y las emociones se dibujaban en su cara con claridad. A pesar de que su piel era mucho más morena de lo habitual por aquellos lares, el color le subía con facilidad a las mejillas.

—Estoy confuso. Creía que vuestra merced era irlandesa.

—Y así es…, en parte. Mi madre lo era, pues pertenecía al clan de los O'Neill de Tyrone, cuyos ancestros a su vez fueron los Ard Rí, los Altos Reyes de Irlanda. Pero la familia de mi padre llegó de Escocia hace apenas unas décadas para reclamar la región de los Glens de Antrim, a la cual tenían derecho de sucesión. Según las crónicas, un antepasado de mi padre, Eoin Mór Tanister MacDonnell, se casó con la hija del señor de estas tierras, Mairead Bissett —le explicó, con cierta desgana. Por su gesto supo que no le había aclarado gran cosa, pues todos aquellos nombres debían de decirle a él muy poco—. La historia de los clanes irlandeses y escoceses es un tanto difícil de seguir.

—Digna de los enrevesados linajes de la nobleza española.

—¿Y el vuestro?

—Tan sencillo como humilde mi condición. Soy el hijo de un simple mayordomo al servicio de un aristócrata. Uno generoso, es cierto. Su alta estima hacia el trabajo de mi padre hizo que lo recomendara para recibir una hidalguía, aunque esta fuera de bajo grado. De hecho, desde mediada mi infancia, me he visto más veces en mercados y tabernas que en palacios de grandes señores.

—Como antes he dicho, no se me ocurre mejor nobleza que la que se gana por méritos.

—Lástima que en mi país no opinen igual que vuestra merced. Allí, un legado de sangre es más respetado que cualquier acto, por elevado que sea. A los hidalgos de privilegios se les tiene por menos. Y, en cualquier caso, es un título con escasos dones; no da de comer. Por azares de la vida, mi padre tuvo que convertirse en zapatero, mientras que yo acabé como soldado en los tercios.

Ealasaid advirtió al instante un latigazo de tristeza en el elocuente rostro de Joan. Por lo visto, también él cargaba con alguna pesada pena, quizá relacionada con su progenitor. Recordó entonces unas palabras que le dijera el padre Pilip tiempo atrás: «Todo hijo del Altísimo saborea a lo largo de su vida tanto alegrías como pesares. Necesita de ambas cosas para forjar el alma que presentará un día ante Dios».

Bien lo sabía ella. Y bien lo veía: su hermano Seumas tenía que soportar la sombra de un padre que no parecía confiar en él lo suficiente para cederle

el gobierno del clan; un padre carcomido por sus decisiones del pasado y la melancolía de una esposa y varios hijos perdidos. Luego estaba Ragnall, quien a simple vista daba la impresión de felicidad absoluta, de frivolidad incluso. Sin embargo, cuando uno se introducía entre las rendijas de su armadura —y Ealasaid era una de las pocas personas que podían hacerlo—, quedaba claro el miedo que sentía a aceptar hasta la más insignificante de las responsabilidades; un pavor que trataba de esconder con fiestas, partidas de caza y mujeres de ir y venir.

¿Y ella? Tampoco escapaba a esa gran verdad. En su caso, no solo el pasado era una tortura; el futuro también se teñía de oscuro. El castigo de un mañana que tarde o temprano la alcanzaría, por muchas promesas que le hiciera su padre. Al fin y al cabo, ni siquiera Somhairle era inmortal, aunque lo pareciese. Cuando falleciera, algo que no podía tardar en suceder, Seumas sería el jefe del clan. Y Ealasaid sabía que su posición respecto del futuro de la joven sería la misma que había mantenido Donnell. Quisiera o no, acabaría siendo entregada como esposa a un O’Neill o a cualquier otro noble que ofreciera ventajas para el clan.

Pero, para su sorpresa, nada de aquello le parecía importante en ese momento. Mientras observaba al español solo podía pensar en cuáles serían los demonios que lo atormentaban y en cómo podría ayudarlo a librarse de ellos.

Quizá de ese modo lograse purgar también los suyos.

9

Dunluce, dos años antes del naufragio

Ealasaid apenas era consciente del transcurrir de la vida. ¿Cuánto tiempo llevaba tirada sobre la cama, hecha un despojo, sin ánimo más que para llorar y lamentarse? No sabría decirlo. Envuelta en las mantas, hecha un ovillo, se sentía caer en un agujero de desesperación que la iba engullendo. El simple hecho de respirar era una batalla que no quería afrontar. ¿Qué sentido tenía? El mal no se desharía por mucho que luchara. Así que prefería esconderse en su interior, hacerse más y más pequeña, desaparecer en el silencio y en una quietud tan absoluta como la muerte que había vuelto a teñir su existencia.

Pero no podía evitar los temblores ni los sollozos secos que se le escapaban cada vez que recordaba aquel sonido que tenía clavado en la mente. El sonido… Un golpe que resonaba, que se convertía en eco… Hueso contra madera. Hueso contra madera.

La ventana estaba abierta; apenas una rendija para airear una alcoba cuya habitante no la había abandonado en días. Era su familia quien acudía a visitarla tan a menudo como la situación permitía. Sus hermanos Aonghus y Ludar, incluso un Seumas frío y convertido a la fuerza en condestable del castillo, pasaron allí algunos momentos. Uno tras otro se sentaron junto a ella y trataron de aliviar aquel insondable pesar cuya verdadera dimensión no llegaban a imaginarse. Las más acongojadas fueron sus tres hermanas mayores, Gráinne, Aileas y Beatrice, que por supuesto habían acudido a Dunluce cuando se les comunicó la desgracia. Apenas entraron en la habitación, se tendieron en la cama junto a Ealasaid y se arrogaron juntas, como en los años de su infancia.

Pero nada de aquello sirvió, y tampoco la poco común dulzura de su padre. La chiquilla siguió encerrada en sí misma, y empezaron a temer por ella. Se negaba a comer, así que Àine se vio obligada a alimentarla, cucharada a cucharada, como cuando era una niña pequeña.

Al día siguiente de la catástrofe entró Ragnall. Se atrevió a levantar la mirada hacia él, pero, en lugar de su habitual buen humor, encontró un rostro demacrado, cruzado por la pena y con los ojos rojos del llanto. Acababa de

volver de su última partida de caza, a las que era tan aficionado. Todavía llevaba las ropas de montar y estaba sucio.

—Eali, hermanita…

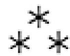
Se echó junto a ella, cuan grande era, y la abrazó. Ver a aquel hombretón llorar como un chiquillo se le quedó grabado en la memoria para siempre. En otras circunstancias, la tata, siempre tan preocupada por el qué dirán, los habría reprendido por lo inadecuado de que dos hermanos se tendieran en la misma cama. Pero en aquel momento no hizo más que reprimir sus propios gemidos de pena. Tampoco a ella le sobraba entereza.

Ragnall pareció serenarse un poco; lo bastante para poder hablar sin entrecortarse.

—El sepelio será al anochecer. ¿Quieres que venga a buscarte?

Por toda respuesta, la muchacha enterró de nuevo la cara en el colchón. Sintió el suspiro de su hermano, y sus manos acariciando las suyas y procurando no tocar las pequeñas heridas en los nudillos, allí donde Ealasaid había estado mordiéndose a sí misma en un estúpido intento de castigarse. Pero ni aquel afecto bastaba para aliviar su alma. Incluso así se sentía completamente sola.

Y culpable. Sobre todo culpable.



El agotamiento, la pena, el llanto incesante… Su cuerpo, extenuado, fue sabio y decidió sumirse en un sueño protector tan profundo que ni siquiera advirtió el momento en el que su hermano se marchó. Al despertar le pareció extraña la ausencia de la tata, que ya no estaba sentada en el sillón del que no se había despegado hasta entonces.

Pero lo más extraño fue el mismísimo mundo. La realidad a su alrededor tenía un aspecto desconcertante. Era difícil de explicar y de asumir, como si los objetos y el aire mismo estuvieran hechos de otro tipo de materia. Los colores eran distintos, con tonalidades que no coincidían con lo habitual, más vivas y a la vez veladas por una especie de bruma tenue. Los sonidos, en cambio, se percibían con una intensidad insólita: era capaz de escuchar su propia respiración sonando en los pulmones; y también el latir de su corazón… o el de otros.

Otros como la mujer que la contemplaba junto a la ventana. La reconoció al instante, a pesar de que su atuendo no era como recordaba. De ella solo quedaba la forma del rostro, que sin embargo estaba tiznado con el azul de unas celosías que componían símbolos tribales cuyo significado se había

perdido para siempre. No vestía las ropas habituales de una dama, sino las de una guerrera de otra época: tiras de cuero rodeaban su figura estilizada, apenas cubriendo los pechos y la entrepierna. En la mano derecha sujetaba un escudo, y en la otra, que era en realidad su diestra, una espada.

A Ealasaid le faltaron tanto el aire como las palabras. Pasó un largo rato hasta que al fin pudo decirlo en voz alta.

—Madre…

La aparición, pues qué otra cosa podía ser, sonrió. Era el mismo gesto que había maravillado a la chiquilla desde que tenía memoria, aunque estuviera adornando una faz más joven y sin arrugas.

—Ealasaid… —la escuchó susurrar, aunque su voz sonaba atronadora al mismo tiempo—. Ealasaid, sangre de Somhairle, de la simiente de los Mac Domhnaill y los Uí Néill, descendientes de los reyes de Tara. Levanta. Levanta y deja atrás tu lamento, pues eres una hija guerrera de Irlanda y Escocia. Arriba, mi niña. Es hora de que empieces a ser mujer.

—No puedo, madre. Duele demasiado… —gimió la muchacha.

—Toda victoria digna comporta sufrimiento.

—El pecado que he cometido es demasiado grande…

—Ninguna falta hubo en lo que hiciste. Te comportaste como una defensora de lo justo. Nada debes reprocharte —dijo, y luego golpeó la adarga con su espada.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Era tu hijo!

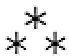
—Hasta los brotes que parecen más sanos pueden corromperse. Y entonces hay que arrancarlos para que no pudran al resto del árbol. Pero eso no significa que debas dejar de honrar la memoria de lo que una vez fue bueno.

Con una sola mano hincó la espada en el entarimado del suelo.

—Tus ancestros se forjaron en la guerra y en la penuria, mi pequeña cantora. Eres de la estirpe de reyes como Niall Noigiallach, pero también de reinas como Macha Mong-Ruadh. Tu cabello rojo lo prueba. Y ella no se rindió, ¿verdad? Así que tú tampoco lo harás.

Sus ojos eran de fuego, al igual que la melena, suelta como nunca se la había visto.

—Tú tampoco lo harás.



Acompañada por la tata, Ealasaid tuvo que abrirse paso entre el gentío reunido en torno a la iglesia de San Cutberto. Nadie faltaba, ni un miembro

del castillo, ni un aldeano. Hombres y mujeres, niños y ancianos, nobles y humildes. Todos solemnes, todos mostrando una sincera pena en el rostro.

En cuanto repararon en la muchacha, los asistentes se apartaron para dejar un pasillo por el que ella caminó hasta el edificio. Ragnall se apresuró a tomarla del brazo en cuanto la vio, asombrado por su presencia. Nadie había esperado que acudiera. Ni ella misma.

Sin embargo, estaba allí. Al despertar del sueño en el que había visto a su madre, el dolor seguía llenándole el corazón, pero de pronto aunó las fuerzas necesarias para auparse de la cama, comer, vestirse y salir de la habitación con pasos aún vacilantes. Ya en el exterior, la brisa la espabiló un poco.

Su hermano la llevó abrazada hasta la entrada de la pequeña iglesia. Junto al muro esperaba Somhairle, con el rostro turbado por aquella nueva pérdida. Ya no eran pocas. A su lado permanecía un Seumas cuya expresión no reflejaba nada, algo desconcertante en un hombre poco hábil para esconder sus emociones. Las hermanas de Ealasaid tomaron el relevo de Ragnall y la abrazaron. También sintió la mano en el hombro de Ludar.

Intercambió una larga mirada con el padre Pilip. Estaba tan ojeroso como cualquier miembro de la familia, con la cara pálida y la voz ronca tras los tres días de oración durante el velatorio. Era el único que no había ido a visitarla, aunque Ealasaid sabía que lo deseaba más que nadie y que lo necesitaba tanto como ella.

—*Pater Noster qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum…* —comenzó a recitar.

Al padrenuestro lo siguieron las habituales palabras con intención de ofrecer consuelo y recordar lo que venía tras la muerte. Las oraciones, la lectura de pasajes evangélicos con mensaje esperanzador, los cantos compartidos, las moniciones aleccionadoras…

—Como cristianos, bien sabemos que la muerte no es el final. Solo un paso más en el camino hacia el Altísimo.

Sentía tanto dolor que aquella declaración del padre Pilip le pareció grosera. Ni siquiera daba la sensación de que el eclesiástico estuviera convencido de lo que decía, pero su deber como pastor era dejar el pesar propio a un lado y tratar de aliviar el de sus ovejas.

La ceremonia terminó tras la aspersión con agua bendita del cuerpo del fallecido. El ataúd fue tomado por ocho manos, las de Seumas, Ragnall, Aonghus y Ludar. Solo ocho, cuando en otro tiempo habrían sido doce. Los cuatro hermanos colocaron la caja en una tumba que se había abierto en el pavimento de la iglesia, algo totalmente novedoso; desde que se recordaba,

los muertos habían sido enterrados en el cementerio, junto al edificio sagrado, nunca en el interior.

No cubrieron el sarcófago, pues aún quedaba la procesión en la que cada habitante de Dunluce daría su último adiós al fenecido. Antes de eso, Somhairle descorrió con manos temblorosas una pequeña cortina que cubría parte del muro, encima de la tumba. Quedó al descubierto una placa grabada:

Aquí debajo yace el cuerpo de Donnell, hijo de Somhairle, señor de Antrim, segundo de su sangre, que abandonó esta vida el 20 de julio del año de Nuestro Señor 1586. La muerte puede disolver, pero no destruir. El que siembra lágrimas en este mundo cosechará alegrías en el otro.

Uno a uno, como el goteo que cae de las hojas, los asistentes se plantaron frente al ataúd descubierto del condestable del castillo de Dunluce. Somhairle fue el primero. Se mantuvo sereno, tal era su responsabilidad como jefe del clan, pero hasta un ciego habría visto que lloraba mares por dentro. Era el segundo hijo que enterraba y no había transcurrido ni una estación desde que tuviera que hacer lo mismo con su amada esposa. Ni el hombre más duro pasaría por algo así sin estremecerse.

Cuando le tocó el turno a Seumas, Ealasaid descubrió en sus ojos algo que no recordaba haberle visto antes: lágrimas. De todos los hijos del patriarca, él era el que más unido había estado a Donnell, pues solo se llevaban tres años. Juntos habían crecido, aprendido a usar la espada, luchado en las batallas de su padre… Juntos habían soportado la primera de las tragedias, cuando los ingleses masacraron al mayor de los suyos, Alaster; y también la segunda, la muerte de la mujer que los había parido. Aunque con desigual éxito, pues Seumas logró superarlas amparándose en su frío carácter, mientras que Donnell, más temperamental, se vio arrastrado hacia un pozo de angustia que acabó por agrietarle el ánimo.

Aonghus y Ludar precedieron a las cuatro hermanas, todavía abrazadas. Ealasaid no se atrevía a mirar directamente a Donnell. Temía que abriera los párpados, que la mirara con ojos acusatorios y la señalara. Pero se dijo que, si eso ocurría, sería lo justo, y que por tanto tenía que enfrentarse a ello. Se lo debía.

Lo que se encontró fue una faz hinchada y, sin embargo, llena de paz. No quedaba nada de aquella expresión cargada de ira y rota por la locura. Lo cual, por otra parte, la hizo sentir peor. ¿Y si se lo había imaginado todo? ¿Y si lo único a lo que se aferraba para calmar su culpa no eran más que

imaginaciones suyas? Se desprendió como pudo de sus hermanas y, de rodillas, apoyó el rostro contra el borde de la tumba abierta.

—Perdóname —gimoteó una y otra vez—. Perdóname… Perdóname… Perdóname…

Ragnall y Ludar tuvieron que levantarla, pues la muchacha no era capaz de hacer otra cosa que sollozar. Propusieron llevarla de vuelta al castillo, pero, antes de que se movieran, brotaron los cuchicheos entre quienes esperaban para ver el cadáver.

El murmullo crecía al paso de un grupo de individuos entre el gentío. Atraían todas las miradas, la mayoría de ellas agraviadas. Los O'Neill resistieron el escrutinio de los aldeanos con la cabeza alta, y, al llegar a la altura de los MacDonnell, sus anfitriones, la bajaron.

Seumas dio un paso adelante. Tenía el puño cerrado con tanta fuerza que no le llegaba la sangre a los nudillos. Pero resultaba más preocupante la otra mano, que se había movido hacia la empuñadura de la daga en su cinto. Aonghus se apresuró a detener a su hermano e interrumpir lo que podría haber causado una guerra. Contener su lengua era otra historia.

—Que sigáis en Dunluce es imperdonable, pero que os hayáis presentado aquí, hoy, es una afrenta para la memoria de mi hermano.

El joven Artair, pretendiente de Ealasaid, fue quien más enojado se mostró por aquello. Pero Turlough adelantó la respuesta.

—Sé lo que parece esto, señor de Dunluce, pero aquí y ahora os prometo que mi familia no ha tenido nada que ver con ello.

—¿Quién, si no? —insistió Seumas, ante el silencio de su padre—. Resulta obvio que habéis querido vengar el desdén con el ultraje.

Al escuchar aquello, Ealasaid sintió que le cortaban el corazón. El desdén del que su hermano hablaba era responsabilidad suya, como todo lo ocurrido. Si hubiera aceptado la propuesta de matrimonio de los O'Neill, aquella desgracia nunca habría sucedido.

—¿Con qué pruebas me acusáis de eso? —se defendió Artair—. ¿Habéis encontrado al asesino?

Estalló un caos de gritos y maldiciones. El padre Pilip trató de poner orden, de llamar a la prudencia, pero sus proclamas sobre la santidad del lugar quedaban tapadas por el fragor entre los hijos de ambos jefes. La disputa podría haber derivado fácilmente en algo mucho peor. Una injuria, una acusación; hacía falta poco para provocar un incendio entre dos clanes de Irlanda.

Tuvo que intervenir de nuevo Turlough Luineach, el O'Neill, para poner fin al enfrentamiento. De un modo extraño en aquellos hombres tan orgullosos, para quienes hincar la rodilla frente a otro resultaba intolerable. Y eso fue lo que hizo: arrodillarse frente a Somhairle. Luego extrajo un puñal y se hizo un largo corte en la parte interior de la mano. Gota a gota, la sangre empapó el suelo santo de la iglesia.

—Nos conocemos desde hace años, Somhairle —dijo—. Ambos sabemos que las lealtades son efímeras en estos tiempos, y aun así te considero un amigo. Tanto como pueden serlo quienes cargan con el destino de clanes tan poderosos. En virtud de este aprecio, yo, Turlough Luineach, hijo de Neill Chonnalaigh, de la casa O'Neill, juro por mi sangre y la que corre por las venas de mis herederos que no recae sobre mí el infausto final de tu vástago.

Se hizo el silencio. Nadie osó interrumpirlo o contradecirlo. Pues aquella era una promesa nacida en los tiempos antiguos, los de los Altos Reyes, cuando la palabra de un hombre era tan sagrada como las leyes Brehon de los druidas.

—Levántate, Turlough —respondió Somhairle, severo—. Tomaré tu juramento en custodia.

—Y yo lo honraré mientras me quede un soplo de aliento, al igual que mis hijos. Los O'Neill jamás alzarán el acero en contra de un MacDonnell, haya o no unión matrimonial entre nuestras casas. Que los antiguos dioses y el nuevo sean testigos.

Así acabó la discusión. Nada más podía decirse. Seumas y Artair enmudecieron, obligados a tragarse su enfado. Aclarado el malentendido, Ragnall y Ludar se llevaron a Ealasaid de vuelta al castillo, pero la muchacha no se sentía apaciguada por la promesa del O'Neill, sino más culpable todavía. Pues ahora también le pesaba sobre la conciencia que su rechazo al matrimonio con Artair comportase nuevas consecuencias.

Había ganado tiempo, sí. Pero a un precio intolerable.

10

Dunluce, 1588

Hacia el final de la tarde, Joan se sintió con fuerzas para levantarse de la cama. Gracias a Ealasaid pudo pasear un poco por la habitación y, al comprobar que no sentía ningún mareo, decidió afrontar sus responsabilidades como huésped.

—Deseo presentar mis respetos a vuestro padre, mi señora —pidió a la muchacha.

—Le diré que venga a visitaros, pues también él tendrá gusto en conoceros.

—Si vuestra merced lo aprueba, preferiría ser yo quien acudiera a su presencia. Es correcto que sea el auxiliado quien tome semejante molestia, y no al revés.

Ealasaid negó con la cabeza.

—No sería prudente tal cosa —replicó, con una mueca—. Todavía estáis demasiado débil para pasearos por aquí y por allá.

—Seguro que con vuestra ayuda lo conseguiré —insistió el español con una expresión de súplica.

La muchacha respondió con un resoplido de fastidio que hizo sonreír a Joan. Imaginó que estaría pensando que era un terco, pero le gustó que no escondiera sus emociones tras el decoro o la sumisión, como resultaba tan habitual entre las mujeres españolas.

—Tomad mi brazo —aceptó a regañadientes—. Y procurad no caeros por el camino o habréis de escuchar un «os lo dije».

La luz le lastimó la vista cuando salieron al exterior, aunque ya oscurecía. Tardó un poco en poder apreciar los detalles del entorno, y entonces advirtió que se hallaba en un patio largo y cercado por los cuatro lados: a derecha e izquierda, y también por el extremo que daba al mar, había tres alas de viviendas; al sur se abría una puerta en un lienzo de piedra que conducía a otro espacio abierto, donde se levantaban varios edificios imponentes. Los más llamativos eran dos torres circulares conectadas por la muralla principal

de la fortaleza. Entre las atalayas, vio una construcción que tenía todo el aspecto de servir de mansión residencial al señor.

Era, en verdad, un castillo asombroso. Joan había conocido otras edificaciones formidables, como el palacio condal de Oliva, donde se había criado, o el magnífico Castel Nuovo, donde sirviera como soldado. Sin embargo, ninguno se erguía en estampa tan épica ni desafiaba un entorno tan salvaje como aquel peñón fortificado, azotado por las olas y el viento. Su mente de guerrero comprendía lo conveniente de construir una fortaleza en un punto así, por supuesto. Dudaba de que existiera en el mundo un lugar más difícil de conquistar. A los defensores les bastaba con levar el puente para impedir el acceso de cualquier enemigo, y ya podían soltar cañonazos los ingleses o quienes fueran, que nada conseguirían salvo que sometiesen al castillo a un muy prolongado sitio.

Imaginaba, sin embargo, que el día a día en un lugar como aquel no debía de ser sencillo. Tal como había escuchado antes de partir de Lisboa, el clima irlandés no tenía nada que ver con la bonanza de sus tierras. Entre unas cosas y otras había vivido siempre en lugares bañados por un Mediterráneo de aguas cálidas y vientos suaves. Pero aquí la naturaleza no tendía la mano al hombre, sino que mostraba su cara más feroz con inviernos gélidos, otoños lluviosos hasta el hartazgo, primaveras traidoras y veranos de sol demasiado tímido. Al menos, para un sureño. Era de suponer que aquellas gentes ya estarían acostumbradas a tales penurias.

La actividad en el patio exterior era frenética. El día terminaba, y los sirvientes se afanaban en concluir sus tareas para poder volver con sus familias. Los únicos que remoloneaban eran los centinelas que debían acudir al relevo de sus compañeros en la casa del guardia o en las murallas; se entretenían hablando entre sí o con las muchachas del servicio para arañar un rato más. A pesar de las diferencias en el clima, el lenguaje o la cultura, los asuntos de los irlandeses no parecían distinguirse de los de cualquier jornalero de una casa española. Unos y otros atendían a un gran señor, engalanado por un título, bajo cuya protección docenas de leales hacían de ganaderos, menestrales, labriegos o soldados. Estuvieran en el norte o en el sur, hombres y mujeres laboreaban de sol a sol, y, cuando este se escondía, poco les quedaba por vivir hasta el día siguiente.

La curiosidad, sin embargo, podía más que la prisa. Quienes se cruzaban con la pareja dejaban sus labores para observar con escaso disimulo a Joan. El español sintió multitud de miradas clavándose en él como alfileres en un acerico, y adivinó las preguntas que, entre murmullos, flotaban en el aire. El

sentimiento era recíproco, pues si a los lugareños debía de llamarles la atención su cabello negro y la tez morena, a él lo fascinaba el albor de los rostros irlandeses; el único color que los teñía era el rojo de un rubor eterno o el dorado de melenas y barbas. Eran, además, robustos como toneles, salvo las mujeres jóvenes, e incluso algunas mayores, que más bien parecían ángeles por su hermosura. Joan había escuchado que tanto irlandeses como escoceses llevaban la sangre de antiguos gigantes en sus venas. Quizá por eso la mayoría fueran tan altos. Ealasaid, sin ir más lejos, era apenas un dedo más baja que él. Podía contemplar sus hermosos ojos sin necesidad de bajar la cabeza.

Tras cruzar el patio llegaron a la entrada de la casa señorial. El portón de acceso estaba situado en la esquina izquierda y no en el centro, como era común. Al cruzarlo se encontraron con una gran escalera, pero Ealasaid lo guio por un pasillo que, hacia la derecha, recorría la planta baja cuan larga era hasta llegar a la sala opuesta al recibidor. Sus paredes, como las demás, estaban adornadas con paneles de madera tallada que daban una sensación de opulencia. El suelo tenía una enorme alfombra en su centro, y el fuego crepitaba en el gran hogar que había en un rincón.

A los pies de otra gran escalera vio un par de niños jugando con un perro pequeño, y al fondo varios adultos charlaban junto al ventanal. Las mujeres vestían ropajes más elegantes que las que había visto en el exterior, lo que revelaba su nobleza, y todas lucían tocados alargados sobre la cabeza; luego, un atrevido corpiño ajustado de cuello abierto, con las mangas abotonadas hasta la parte superior del brazo y gruesos pliegues cayendo por los costados; la falda llegaba hasta el suelo, pero caía recta, a diferencia de las basquiñas ahuecadas típicas entre la aristocracia española. Le resultó desconcertante que Ealasaid, hija del señor del castillo, vistiera tan humilde en comparación. En cambio, eso no afectaba a su belleza; al contrario, la falta de pompa parecía engrandecerla.

Los hombres no se quedaban atrás en cuanto a complicaciones estéticas. Todos vestían camisas plisadas de color azafrán, muy holgadas, que llegaban hasta las rodillas por encima de las polainas. Pero la prenda más llamativa era el extraño manto que les envolvía el pecho por debajo del brazo diestro hasta el hombro izquierdo, donde el extremo caía sobre la espalda hasta meterse en el cinturón. Estaba hecho con una tela de líneas entretejidas que se cruzaban para formar cuadros de diversos tonos. Joan jamás había visto nada igual, ni en España ni en Italia.

—A ese paño lo llamamos tartán. Cada clan tiene sus propios colores —le explicaría luego Ealasaid—. Los de mi familia, como habéis podido ver, están confeccionados con varias tonalidades de verde, azul, negro, rojo y blanco.

Aunque Joan no tuvo mucho tiempo para admirar los detalles, fueran vestimentas o rostros. Nada más aparecer en la sala, cuantos ojos había allí se volvieron hacia ellos. En realidad, hacia él. Se sintió de nuevo incómodo. Nunca había sido uno de esos hombres que se crecen entre la multitud, salvo en el campo de batalla, y solo porque en tal ambiente la supervivencia estaba por encima de todo lo demás. Pero tenía una compañía que le daba ánimos. El brazo de Ealasaid lo asió con más firmeza, cariñoso, y el español se aferró con tanta fuerza como lo hiciera a la tabla que lo salvó en el mar.

La muchacha lo condujo entre los presentes, que se apartaron para dejarles paso. Los niños habían dejado de jugar y observaban con la misma curiosidad que sus mayores, aunque estos mostraban una mirada menos inocente. Se detuvieron junto a un hombre sentado en un mullido butacón junto al fuego. Era, sin duda, el más anciano, tanto que le costaba aceptar que aquel fuera el padre de una chiquilla como Ealasaid. Más bien parecía su abuelo. Sin embargo, la larga melena blanca y la frondosa barba servían para ocultar en parte las arrugas y dotarlo de un aire digno. Aún podía adivinarse en sus anchos hombros la robustez de otras épocas, aunque hubiese quedado camuflada por la oronda barriga. Tenía el aspecto de un rey, pero no uno de esos emperifollados preocupados únicamente por beber y yacer con furcias. Más bien le pareció la misma estampa del honor.

Así fue cómo Joan vio a Somhairle MacDonnell por primera vez. Y quedó profundamente impresionado.

—Padre, te presento al buen caballero español Joan Mateu, a quien las aguas han traído hasta nosotros —le dijo Ealasaid en latín, y luego hizo lo propio con el español—. Este es Somhairle MacDonnell, señor de Islay y Antrim, jefe de nuestro clan.

El anciano levantó la cabeza que había mantenido inclinada hacia abajo, como sumida en una leve somnolencia. Sus ojillos parpadearon mientras los enfocaba en aquel joven delgado y todavía marcado por las privaciones y desgracias del accidentado viaje.

—Era hora —dijo con una voz profunda, como si surgiera de una caverna.

Joan se inclinó, desoyendo los quejidos de sus maltrechas articulaciones, e hincó una rodilla en el suelo a modo de saludo.

—Al servicio de vuestra excelencia, a quien debo la vida que ya daba por perdida. Suplico a vuecencia perdón por no acudir antes a expresar mi

agradecimiento.

—No era un reproche, muchacho —respondió él, amigable, y pidiéndole con un gesto que se levantara; su pronunciación del latín no era tan esmerada como la de su hija, pero bastaba para hacerse entender—. Y, por la reina de las Hébridas, olvida todos esos «vuestras mercedes» pomposos a los que estáis acostumbrados los españoles. Aquí no somos tan finos al hablar.

Joan aceptó la jocosa reprimenda con una sonrisa y cierto apuro. A su espalda pudo escuchar la risita de Ealasaid. Pero, aunque tuviera que utilizar un trato más cercano, estaba decidido a seguir mostrando respeto por aquel hombre. Sabía muy bien que el temperamento de un gran señor es voluble y se airea con facilidad. Era una regla que valía tanto en España como, suponía, en Irlanda.

—Espero que te estén tratando bien —dijo Somhairle.

—No hay lugar a la queja, mi señor. La amabilidad de vuestra hija es más de lo que un humilde soldado como yo merece.

—Es bueno oír algo así. Imagino que te han contado ya lo ocurrido con los náufragos que embarcamos hacia Escocia.

—En efecto. Sois un buen amigo de España.

Entonces, un individuo serio, con aspecto enojado y en el que Joan había reparado poco antes, se adelantó para intervenir en la conversación. Lo hizo con tono y expresión huraños.

—Ojalá se pudiera decir lo mismo de los españoles con nosotros —lo interpeló—. No pocas veces os hemos buscado en el pasado, pero siempre os habéis desentendido. Y cuando al fin venís es para pedir ayuda y ponernos en peligro.

—¡Seumas! —intercedió Ealasaid—. Este hombre ha dejado a un lado su debilidad para presentaros sus respetos. No deberíais avasallarlo.

—Mis comentarios son relevantes —insistió el otro—. Es un enemigo de los ingleses, lo cual nos deja en una situación comprometida.

Joan se removió, intranquilo, sintiéndose por primera vez como un intruso. No comprendía muy bien la animadversión de aquel hombre.

—No soy yo quien dicta las leyes y disposiciones en mi país, caballero, así que no puedo responder por ningún posible agravio cometido —respondió el español, cortés pero firme—. Y ya que me habéis achacado responsabilidades que no me corresponden, bien merezco conocer quién me acusa.

—Soy Seumas, de los MacDonnell, condestable y señor de este castillo —respondió, henchido de un orgullo que, sin embargo, no parecía creerse

mucho.

El español parpadeó, confuso. Dedujo que estaba ante otro de los hijos de Somhairle, posiblemente el mayor si disponía de tales títulos. Pero no entendía muy bien aquello. ¿No se suponía que quien mandaba sobre Dunluce era el jefe familiar? A pesar de su curiosidad evitó plantear aquellas dudas, pues intuía que no serían del agrado del aludido.

—Por tanto, os debo también mi más absoluto respeto —dijo Joan—. Y, aunque estoy agotado y mis fuerzas menguan, os relataré lo que he vivido.

A una señal de Ealasaid, un hombre vestido como un criado le acercó un butacón. Debía de tener algunos años más que el español, no demasiados. Su uniforme era más refinado que el del resto del servicio, aunque no tanto como para ponerlo a la altura de los nobles. Joan imaginó que se trataba de algún asistente de elevado rango, tal vez un jefe de mayordomos.

—El maestre de campo de mi tercio era don Alonso de Luzón, aunque él viajaba en el barco cuyos supervivientes atendisteis, por lo que os doy las gracias —dijo, inclinándose al decirlo—. Mi compañía, capitaneada por don Julio Valdivia, iba a bordo de *La Girona*, y junto al resto de la Armada partimos del puerto de Lisboa el 30 de mayo. No conozco la suerte del resto de naves, pero el destino de la nuestra ha sido perecer en estas iracundas aguas después de no pocos padecimientos.

Así empezó a narrar sus desventuras, y largo rato necesitó para hacerlo. Podría haber dicho más sobre lo ocurrido antes, ya que la historia para él había comenzado cuando llegaron a Nápoles las órdenes de embarcar hacia la península. Pero en ese caso se habría visto obligado a mencionar ciertos asuntos personales que lo avergonzaban tanto como le quemaban la sangre.

Así que se ciñó a relatar los avatares del viaje, con tal lujo de detalles que en ciertos momentos arrancó lamentos y gemidos de admiración en algunos de los presentes. Los dos niños se lo bebían con la mirada al tiempo que temblaban de emoción, como si el forastero fuera uno de aquellos bardos irlandeses de los que incluso en España se había oído hablar.

—En nuestra galeaza viajaban algunos de los nobles más insignes que jamás hayan servido a mi país. Grandes hombres como don Luis Ponce de León, don Tomás Granvela, sobrino del cardenal Granvela, o don Alonso Ladrón de Guevara. Pero ninguno más renombrado que don Alonso Martínez de Leiva, capitán general de la caballería de Milán, segundo de la Armada y de la máxima confianza del rey Felipe. Media España estará llorando ahora mismo ante tantas vidas segadas.

—Siento tu pérdida, muchacho —dijo Somhairle, con voz sincera—. Y la entiendo. He dejado por el camino a muchos hombres buenos.

—Son cosas de la guerra, o así debo verlo para no volverme loco —respondió, endureciéndose de pronto para evitar mostrarse vulnerable ante aquellos desconocidos que, por lo que sabía, medían a las personas por el valor y el orgullo—. Mi preocupación ahora es el mañana y no tanto el pasado. Es de suponer que los ingleses habrán iniciado ya la búsqueda de cualquier superviviente de mi flota.

—Y temes que te entreguemos —comentó el jefe del clan, dedicándole una mirada de halcón.

—No os culparía por ello, mi señor. —Joan miró a Ealasaid antes de continuar hablando—. Entiendo que tenéis mucho que proteger.

—Desde luego, pero en absoluto servirá eso de excusa para evitar mis responsabilidades como anfitrión. Te diré lo mismo que a los que te precedieron: maldita sea esta familia si niego ayuda y protección a un hermano católico —dijo, señalando la medallita de la Virgen que colgaba por fuera del jubón de Joan—. Además, siempre es un placer fastidiar un poco a esos malditos *sassanach*[2]. Son unos auténticos… ¿Cómo decís los españoles? ¿*Hijes putas*?

—Hideputas… —respondió el del tercio conteniendo la risa.

—¡Eso! ¡Hideputas! —Y lanzó tal carcajada que retumbó por la sala contagiando a casi todos los presentes.

Salvo a uno de ellos. Seumas MacDonnell no rio con los demás. En su mirada solo hubo lugar para el fuego de un enfado que apuntaba a Joan. Este supo así que, además de aliados, en Dunluce había encontrado enemigos. «Bien, tendré que andarme con ojo», se dijo.

No era la primera vez que un noble trataba de amargarle la vida.

11

El Raval, Oliva, meses antes del naufragio

Llovía en Oliva. Era un aguacero de estío, de los que descargan con rabia. Al igual que el ánimo de Joan, la tromba parecía nacer de un corazón herido y ansioso de venganza.

Aquel era el único lugar donde había conocido una felicidad auténtica; hasta que se arruinó. E incluso entonces, cuando tuvo que marcharse como un ladrón escapando de la horca, no imaginó que si algún día regresaba sería en tales circunstancias: embozado en un manto oscuro y calado el sombrero para que el ala le cubriera el rostro; saltando de sombra en sombra para evitar la escasa luz de las calles del Raval. Apenas unos pocos farolillos de aceite resistían el chaparrón en lugares como la iglesia de Sant Roc, que en tiempos fuera mezquita para los moriscos. Aquellos miserables faroles daban a la población un aspecto aún más misterioso y lúgubre.

Los cielos se habían puesto del lado de Joan. La lluvia y la noche se aliaban para obligar a cualquiera, fuera alguacil o vividor nocturno, a resguardarse. Los hombres de bien estaban en sus hogares hacía rato, y las risas de los chiquillos se habían extinguido al grito de sus madres. Hasta las beatas que regresaban del rezo de vísperas, siempre tan aficionadas a perder el tiempo cuchicheando, se habían apresurado a buscar cobijo.

Así, las calles del barrio de los moriscos —que ni se habían convertido en nuevos cristianos ni tenían pensado hacerlo— estaban sumidas en una oscuridad rota solo por algún relámpago. Incluso sin temporal era raro ver transeúntes tras la puesta de sol; quien caía enfermo a esas horas resistía por sus medios o podía darse por muerto, pues no había matasanos que aceptara prestar sus servicios en aquel horario.

Joan había entrado por el camino de Valencia, y justo a las afueras ató su caballo para evitar el ruido de los cascos. Sigilo, eso necesitaba. Gracias a los pies ligeros y los modos de bribón aprendidos en las encamisadas en territorio enemigo, había dejado atrás la iglesia de Sant Roc y la Plaça del Pou. La muralla de la villa se alzaba imponente al final de la calle; tras ella vivían los cristianos viejos descendientes de los repobladores, dignos según algunos,

favorecidos según otros. También allí se resolvían los asuntos administrativos y de gobierno de la localidad, aunque la mayoría de las veces los del Raval solventaban sus necesidades con reglas propias, lo cual creaba no pocos encontronazos. Pues de puertas para adentro los moriscos seguían siendo fieles a sus creencias, un secreto a voces que llevaba tiempo incomodando a las autoridades eclesiásticas. Joan recordaba que, en su niñez, cada dos por tres saltaba el rumor de que los musulmanes iban a ser expulsados. Todo el mundo sabía que aquello era cuestión de tiempo.

Mientras tanto, la población no había dejado de crecer. Tanto que, en su día, don Serafí de Centelles, conde de Oliva, tuvo que plantearse derribar la antigua muralla y levantar otra, más allá, que abrazara los nuevos barrios que nacían sin cesar. Casi sesenta años después, el nuevo perímetro demostraba ser otra vez insuficiente.

El soldado alcanzó el portal del Pi, primero de los portones que daba paso a la villa, y siguió por la calle que corría paralela a la muralla aprovechando las esquinas de la última línea de casas del barrio de la morería. Cuando alcanzó el siguiente acceso, el del Raval, parecía que la lluvia empezaba a remitir.

Se acercó a las puertas, que por supuesto estaban cerradas. Sin embargo, había un portalero sentado con cara de fastidio en la garita de madera. No era para menos: además del turno de noche, le había tocado soportar aquella lluvia que se colaba por las juntas de un techo mal ensamblado. Una penosa situación que Joan estaba dispuesto a aprovechar.

—Buenas noches tenga vuestra merced —se presentó el soldado, tomando tan por sorpresa al guardia que este prácticamente saltó de su silla. Alcanzó una lámpara de aceite y dirigió la luz hacia el inesperado visitante.

—De todo menos buenas —respondió, examinándolo con expresión sombría, de sospecha—. Y extrañas, pues no esperaba ver a nadie en semejantes circunstancias. ¿Quién sois y qué pretendéis a estas horas, con la que está cayendo?

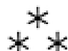
—Soy un viajero que se ha rezagado por el camino y precisa acceder a la villa para encontrar donde pasar la noche.

—Calle abajo hay un hostal, preguntad allí.

—No soy hombre de casas de acogida como esas. Están llenas de pulgas y ratas. Seguro que lo entendéis.

Diciendo esto último, sacó una bolsita de piel de debajo del manto y la movió delante de las narices del centinela. El tintineo de las monedas hizo que los ojos del hombre se agrandaran y relampaguearan de codicia.

Desató el cordel que cerraba el monedero y contó las piezas. Satisfecho, sin cuidado ya de la lluvia, abandonó la garita para abrir el portón. Nada de palabras; uno no quería dar explicaciones y otro no deseaba recibirlas. Así marchaban las cosas en esos tiempos, cuando la responsabilidad valía un puñado de escudos.



Poco más allá de las puertas del Raval, había otro acceso, un arco incrustado entre dos bloques de viviendas conocido como Portalet de la Virgen María. Antaño fue la entrada principal al recinto amurallado, donde desembocaba la calzada romana que venía desde la próspera Xàtiva. Cuando derribaron aquella sección de la muralla, quedó como un segundo punto de control, aunque ya solo se cerraba y vigilaba cuando había algún conflicto, una revuelta o algo similar.

Nada ni nadie impidió el paso a Joan. Con las botas altas enfangadas hasta arriba, ascendió por el callejón hasta el que siempre había sido su destino: el palacio condal. Su hogar, el lugar donde había nacido, crecido y sido feliz hasta aquella aciaga noche en la que todo se torció. Una noche que, ahora que lo pensaba, se parecía mucho a la presente. Aunque entonces no llovía, había el mismo aroma, flotaban en el aire idénticas sensaciones. El corazón latiéndole con fuerza, el estómago revuelto, el alma hecha un ovillo de angustia e incertidumbre. Solo una diferencia: si aquella noche la bestia que le mordía el estómago era el miedo, esta vez se trataba de odio infecto.

El palacio condal se alzaba en la parte alta de la villa, frente a la iglesia de Santa María la Mayor. Decían los ancianos, aunque ninguno de ellos lo hubiera vivido, que aquel lugar estaba consagrado por la tradición: el gran rey Jaime construyó justo allí una gran torre de vigilancia destinada a proteger al pueblo de los piratas, que tanta afición tenían a las costas cercanas. Era una fortaleza con todas las de la ley: su planta estaba esquinada por torres circulares unidas con un lienzo construido en mampostería y ladrillo. Tenía además un torreón rectangular en la fachada oriental, y, por encima del resto, la torre maestra que se erguía en el lado sur. La única entrada era el portón abatible en la cara norte. Imposible acceder al recinto sin que los guardias lo advirtieran…, a no ser que quien deseara hacerlo conociese cada recoveco, hasta aquellos de los que ni los habitantes del lugar sabían.

Avanzó por el lado oeste, de norte a sur, hasta casi alcanzar la torre del palomar, que no era otra cosa que el punto desde donde se soltaban las palomas. *Coloms* los llamaban en la lengua valenciana que había maravillado

un siglo antes y que por entonces quedaba ya incomprensiblemente restringida al ámbito rural. Joan se arrodilló un par de metros antes de llegar a la esquina de la torre y apartó unos arbustos que, como en otras partes de la muralla, crecían a su antojo. La diferencia era que aquel matorral escondía un fallo en el lienzo, un agujero apenas más grande que un cerdo. Suspiró de alivio al confirmar que, a pesar de los años transcurridos, nadie lo había descubierto aún.

Desenganchó del cinturón la temeraria y la daga, se quitó el sombrero y, con los utensilios por delante, reptó por el hueco. Resultó ser una tarea penosa; ya no era un niño, como en aquellos días en los que Rodolfo y él escapaban del palacio por el mismo agujero. Al menos, el fango y el agua lo ayudaron a deslizarse mejor, y no tardó en verse dentro de un pequeño espacio abierto. El patio del Colomer seguía igual, como si no hubiera pasado el tiempo. Las palomas enjauladas gorgotearon nerviosas al advertir al intruso, pero el ruido no fue lo bastante fuerte para preocuparlo.

Forzar la cerradura de la puerta que daba al interior del palacio resultó mucho más sencillo. A partir de ahí solo debía ir con tiento por las estancias oscuras, vacías y silenciosas. Para no hacer ruido, se había cambiado las botas en el palomar por unas abarcas de esparto, más apropiadas para la tarea.

Sus pasos, ahora gatunos, lo condujeron a través de un patio central tan calmo como el resto del edificio. Subió las escaleras conteniendo el aliento hasta el primer piso, donde se detuvo para orientarse en la oscuridad, aunque lo conocía todo de memoria. La rica decoración resultaba exquisita a la luz del día; la envidia de muchos nobles y el asombro del niño que fue y que veía los tapices como grandes relatos de épicas batallas. Las vigas de madera, recias como si nunca hubieran sido cortadas de sus troncos, recorrían la cubierta junto a unas bovedillas de yeso. La techumbre interior estaba ornamentada con motivos floreados y figuras angelicales que, en la negrura, amedrentaban incluso a alguien como Joan. Paredes encaladas, columnas de mármol… El lujo y la ostentación que correspondían a una familia poderosa. Si eran señores de Oliva, Pegó, Ayora, Nules y muchas otras villas —incluso en Cerdeña—; si tenían a su servicio miles de vasallos y criados en tales lugares, ¿cómo no iba a ser su residencia principal una magna obra, digna de reyes?

Al pasar por delante de la sala de armas sintió la tentación de entrar para contemplar de nuevo el friso pintado al temple sobre placas de ladrillo. Pero su objetivo era otro, y estaba muy cerca. Un par de zancadas y tendría a mano

la puerta de la alcoba principal, el gran dormitorio; aquel que siempre había pertenecido al señor conde…, y ahora a la condesa.

Entonces se interpuso el destino, la voluntad del Hacedor o la simple mala suerte. Unos pasos inoportunos a la vuelta de la esquina alertaron a Joan, quien, raudo, trató de encontrar un escondrijo. Por desgracia, no había dónde ocultarse antes de que el golpeteo de las botas alcanzara su posición. Solo quedaba enfrentar el problema con el hierro. Se agazapó en la esquina y, cuando el sonido se convirtió en hombre, lo abordó por sorpresa, posándole la hoja de su vizcaína en el gaznate. Un suspiro le faltó para ejecutar el gesto letal, pero su víctima tuvo suficientes redaños para articular palabra.

—Piedad, por el Altísimo. Tengo mujer e hijos.

La voz le resultó demasiado familiar para ignorarla. Más bien fue una sensación, como un susurro en su conciencia, lo que detuvo la mano del soldado. Sin dejar de amenazarlo, ahora con la punta señalando la garganta, Joan dio la vuelta al tipo para mirarlo a la cara. Y quedaron despejadas las dudas: a pesar del tiempo transcurrido, lo reconoció al instante.

—¿Rodolfo?

El susodicho tardó un poco más en reaccionar, pero al cabo balbució:

—Válganme los cielos… ¿Joan?

Y así se quedaron ambos, sin saber si abrazarse como los hermanos que una vez fueron —aunque ninguna sangre los unía—, o tajar uno y escapar el otro. Hasta que el de los tercios alivió la tensión del momento.

—No deberías haber pasado por aquí, justo ahora —le susurró.

—¿Te burlas de mí? ¡Tú eres quien no debería estar en el palacio! —Comprendió entonces que había alzado demasiado la voz y bajó el tono de inmediato—: ¿Has venido a robar? ¿A esto te ha llevado la vida? Puedo ayudarte, no es necesario que te rebajes así.

—Solo he venido por una cosa, y no es de las que se pueden vender.

Con un movimiento rápido de la cabeza señaló la alcoba que tenían a dos pasos, la de las puertas lustrosas y grandes.

—Claro… Estás aquí para…

—Para cobrarme justa venganza. Para enviar allá arriba a quien lo merece. Al menos hasta las puertas del cielo, porque de ahí se va directa al averno.

—¿Estás loco? Si te encuentran aquí, te ahorcarán.

—Muera la vida y la fama siempre viva. Sea como fuere, estoy en mi derecho.

—Dios debería encargarse de eso, no tú.

Joan sonrió, aunque con gesto triste.

—Siempre fuiste muy beato, amigo mío. La justicia divina va demasiado lenta para mí. Prefiero la terrenal. Así que deja que haga lo que he venido a hacer.

—Búrlate de mi fe cuanto quieras, pero Nuestro Señor no ha dispuesto que consumes tu horrible acto ni esta noche ni las siguientes: el objeto de tus desvelos no está en el palacio. Se encuentra lejos, en Madrid, en la corte del buen don Felipe.

Un reniego brotó de los labios de Joan. Cabeceó malhumorado y se revolvió de impotencia. Ahora entendía por qué el palacio estaba tan silencioso y vacío. Apenas había visto centinelas, pues nada tenían que guardar.

No podía hacer mucho. Apenas le quedaba tiempo, pues aún debía viajar a Cartagena y embarcar en *La Girona*, como le había prometido a don Julio Valdivia. Salvo que desertara, lo que marcaría su vida para siempre. Sería entonces libre para acudir a Madrid e intentar el imposible de colarse en la corte, pero también se convertiría en un malhechor a quien la ley no tardaría en poner precio. El más deshonroso de los finales para linaje alguno.

—Sin duda es mejor así, hermano —dijo Rodolfo—. Aprovecha este golpe de fortuna para reflexionar, vuelve a la senda de la misericordia y olvida el pasado.

Habría sido un buen consejo en otro momento y dirigido a otra persona. Pero Joan no tenía hueco en su ánimo para la sensatez; no aquella noche. La mirada se le encendió justo antes de que estallara de ira y tomara por la camisola a su amigo de la infancia.

—¿Olvidar el pasado? ¿Crees que no lo he intentado? Nada ha servido. ¡Nada!

Rodolfo miró a ambos lados, más preocupado de que alguien los descubriera que de la amenaza que podía suponer el soldado.

—Empieza por mirar al frente y no volver tanto la cabeza. Busca una esposa, forma tu propia familia. Nada cambia más el corazón de un buen hombre que los hijos.

Joan amagó otra de sus agrias sonrisas, difuminadas debajo de la barba que, por simple apatía, se estaba dejando crecer. Luego soltó al criado.

—Eso es lo que no entiendes, compadre: no soy un buen hombre. ¿Qué mujer me querría, con tanto odio como llevo encima? Ninguna desearía afrontar semejante cura, y tendrían toda la razón del mundo.

Rodolfo intentó decir algo, pero Joan se le adelantó. Introdujo la mano por debajo de las ropas que le cubrían el torso y sacó su medallita.

—Ya solo queda una mujer en mi vida, hermano: aquella a la que debo matar. Sin embargo, ahora marcharé a cumplir con mi deber como soldado. Iré a la pérfida Albión y pasaré a espada y cuchillo a todo hereje inglés que se me ponga por delante, sin permitir que nadie me toque. Pues juro por la Virgen del Rebollet y por la memoria de quienes más quiero que regresaré para saldar las cuentas que se me deben. Nada, ¿me oyes?, nada me desviará de mi objetivo.

El criado quedó intimidado por los ojos impávidos de su viejo compinche de correrías. Por su gesto y la tristeza en su semblante, Joan supo que acababa de entender que ya poco quedaba del niño de otro tiempo. Se volvió, dispuesto a marcharse. Pero no había dado dos pasos cuando giró la cabeza, necesitado de refrendar su compromiso ante aquel testigo, el más válido por haberlo conocido cuando era otro.

—Volveré, Rodolfo. Así los cielos se abran y resuenen con el fragor del apocalipsis.

12

Carrickfergus, 1588

Fue a media tarde cuando, desde las torres dobles que guardaban la puerta de entrada de Carrickfergus, se anunció la llegada de una comitiva oficial a caballo. Una partida sorprendente, tanto por no haber sido notificada mediante un adelantado como por la identidad del jinete principal.

—¿George? —exclamó Carleill cuando acudió a recibirlo.

—Ese era mi nombre cuando salí de Dublín —bromeó el otro, y le dio un abrazo.

Sir George Carew era, además de un buen amigo, el señor de ordenanzas de Irlanda. Como encargado de la logística militar en las regiones dominadas por la Corona, era una de las figuras más poderosas de Inglaterra en la isla. Por encima de él solo estaba el lord diputado, quien gobernaba en nombre de la reina.

Se habían conocido cuatro años atrás, cuando sir John Perrot, por entonces todavía lord diputado, nombró a Carleill comandante de la guarnición de Coleraine. La amistad nació en aquellas fechas y se reavivó cuando ambos regresaron a la Isla Esmeralda. Ese destino en ocasiones caprichoso dictó que uno y otro recibieran sus nuevas funciones el mismo año, y el condestable agradeció desde el primer instante tener un aliado como Carew. En un lugar tan plagado de falsedades era un tesoro disponer de un amigo de verdad.

—¿Acaso me has leído la mente desde la distancia? Esta misma mañana surgió tu nombre durante una reunión del consejo —comentó Carleill, mientras lo acompañaba al interior del torreón—. Estamos pensando en ampliar la guarnición.

—Ojalá ese fuera el motivo de mi visita. Pero me temo que estoy aquí por cuestiones que no te resultarán tan amables. Sea como sea, mejor lo discutimos con un buen vino en la mano.

El condestable lo contempló con la frente arrugada. Era difícil adivinar lo que pasaba por la cabeza de Carew. Como buen estratega y mejor político, sabía esconder sus pensamientos y emociones tras una máscara imperturbable. Una máscara de aspecto relativamente joven. Sin embargo,

aunque Carleill era cuatro años mayor que su amigo, parecía que fuera al revés. El cabello del señor de ordenanzas había entrado en claro retroceso, y de poco servía que tratara de compensarlo con una frondosa barba incapaz de competir en elegancia con la perilla y el largo bigote de Carleill.

Poco después, ambos bebían en el despacho privado del gobernador de Carrickfergus. El caldo, como anticipando lo que estaba a punto de ser revelado, era un jerez que había formado parte del botín obtenido por Martin Frobisher en su ataque al puerto de Cádiz, la temporada anterior.

—Me place reconocer que estos españoles tienen mano para el vino —comentó Carleill mientras lo saboreaba.

—Un halago, viniendo del hijo de un vinatero.

Y no de uno cualquiera. Alexander Carleill había sido dueño de una taberna de reconocido prestigio en Bagshot, La Señal de la Cabeza del Sarraceno. El establecimiento, situado en el camino entre Londres, Winchester y Salisbury, se convirtió en parada obligatoria para todo tipo de comerciantes. Pero, con el tiempo, Alexander tomaría responsabilidades de mayor peso. Tan respetado era entre los suyos que se convirtió primero en guardián del Gremio de Vinateros de Londres, y luego en maestro de tan distinguido grupo. La desgracia quiso que aquel honor llegara precisamente el año que falleció.

Si algo había aprendido Carleill a lo largo de su vida, era que la muerte golpea con dureza y fría constancia, que sus acometidas marcan el tiempo. Su niñez había estado repleta de funerales, a decir verdad. Antes de cumplir los trece tuvo que decir adiós a su abuelo materno, sir George Barne, y a la esposa de este, Alice; luego, a su hermano mayor, también llamado Christopher, y a sus dos hermanas, Elizabeth y Anne, que se marchitaron ese mismo año debido a unas graves fiebres. De la noche a la mañana, la numerosa familia Carleill se quedó solo en una madre que debía enfrentarse a la vida con dos hijos, Alice y Christopher. No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo: poco después de casarse de nuevo, la entonces Anne Walsingham pasó a mejor vida. Solo quedaron Christopher y Alice, y ahora su hermana también se había marchado para siempre.

Pero era la muerte de su padre la que volvía una y otra vez a sus pensamientos, a pesar de los casi treinta años transcurridos. Recordaba hasta el menor detalle de la magna ceremonia que había servido para dar el último adiós a Alexander Carleill, oficiada en Whittington College. Los caballeros del Gremio de Vinateros, ataviados con los blasones de las familias que lo conformaban, acompañaron el féretro hasta el lugar donde reposaría para

siempre. El ataúd fue cubierto con una tela de oro y terciopelo púrpura, sobre la cual se bordó una imagen de san Martín compartiendo su manto con un mendigo mientras sostenía el báculo de obispo de Tours. El epitafio de Alexander, en latín, quedó grabado a fuego en la cabeza del pequeño Carleill: «Aprende a morir, pues debes morir».

Sí, recordaba todo aquello de manera vívida. Y, sin embargo, era incapaz de dibujar en la mente el rostro de su padre, el de su madre, los de sus hermanos…

—Por cierto, para ser tan contrario a la piratería, bien que disfrutas de sus ventajas —bromeó Carew, sacándolo de sus reflexiones.

—No estoy en contra de los ataques a un enemigo declarado, si están justificados, ni de las recompensas que reportan. Lo que me parece intolerable, por deshonroso, son las masacres de inocentes —aclaró—. Y ahora ¿me dirás de una vez la misteriosa razón de tu visita?

—Está bien, está bien. Solo quería asegurarme de que la afrontabas con la cabeza un poco embotada —asintió—. Aunque imagino que sospechas a qué he venido, ¿verdad?

—Algo me dice que tiene que ver con los españoles y lo ocurrido en el canal de la Mancha…

—No lo digas con ese tono sombrío. Desbaratar su invasión ha sido toda una victoria. Si sus malditos tercios hubieran pisado Inglaterra… Tú sabes mejor que nadie lo que habría ocurrido. Luchaste contra ellos.

Desde luego. Podía imaginar con suma facilidad el mar de tropas españolas formando en las costas de Kent después de desembarcar. Una vez asegurada su posición y, lo que era más importante, una conexión marítima con Flandes para recibir suministros, los tercios de Alejandro Farnesio habrían avanzado poco a poco hacia el norte, conquistando una fortaleza tras otra. Las fortificaciones, la mayoría de ellas obsoletas, ancladas en las artes de guerra del Medievo, nada podían hacer contra la artillería española. Habrían llegado a Londres sin apenas esforzarse y desalojado a la reina de la peor manera.

—Ni en el mejor de los sueños esperábamos que las cosas fueran así —continuó Carew—. Y, para colmo, a esos idiotas que comandaban la Armada española no se les ocurrió otra cosa que tratar de regresar a su país rodeando Escocia e Irlanda. Es como si los viera, con esos cascarones hechos pedazos metiéndose en unas aguas tan turbulentas como el mar del Norte. Y en pleno temporal.

—Desde luego, me sorprendió. Los creía más inteligentes —dijo Carleill tras un nuevo sorbo.

—Se han ganado con creces su suerte. Muchos de ellos han naufragado a lo largo de la costa, desde Clare hasta el Úlster. Pero eso ya lo sabes, claro.

El condestable empezó a entender hacia dónde se encaminaba la conversación.

—Las órdenes que me han llegado son claras, Christopher: Fitzwilliam no está contento con la parsimonia con la que te has tomado sus órdenes. Todos nuestros destacamentos están buscando posibles náufragos españoles. Sin ir más lejos, hace pocos días que la guarnición irlandesa de Burt Castle, comandada por los hermanos Hovenden, apresó a unos cincuenta oficiales hispanos. Uno de ellos era ni más ni menos que Alonso de Luzón, comandante del navío *La Trinidad Valencera*.

—Sí, lo he oído. Y también lo que les hicieron a los soldados rasos: trescientos desgraciados masacrados a tiro de arcabuz. Que bien llenas están las prisiones para ir alimentando a más cautivos, ¿verdad?

Aunque sabía que Carew no tenía la culpa de aquello, se convirtió en el objetivo de su resentimiento por simple inercia.

—Me asombra que ese tipo de cosas todavía te revuelvan las tripas. Supongo que por eso tus hombres siguen en Carrickfergus. Eres el único comandante de la isla que no se ha movilizado, y a Fitzwilliam no le ha pasado desapercibida tu apatía. Siéntete afortunado de que me haya enviado a mí para que te recuerde tus deberes y no a otro más expeditivo. Busca a esos españoles y, si encuentras a alguno… De acuerdo, entiendo que no quieras matarlos a sangre fría, pero envíalos al menos a Dublín y lávate las manos después.

—Allí supongo que serán interrogados mediante tortura y sentenciados a muerte a las primeras de cambio. Ni juicio ni petición de rescate —remató Carleill, con la mandíbula prieta y expresión asqueada—. Salvo, por supuesto, que sean hombres de postín de los que se pueda sacar tajada.

—A esa rata de Fitzwilliam no se le conoce por ser piadoso, ya lo sabes.

Claro que lo sabía. En realidad, el carácter del lord diputado era del dominio público. Se trataba de un hombre cruel, como tantas veces demostrara en el pasado; ni siquiera la edad lo había templado, habida cuenta de las agresivas acciones que acumulaba desde su nombramiento. Tenía libertad absoluta para actuar de ese modo, pues, aunque en teoría su mandato estaba subordinado al parlamento irlandés, en la realidad no rendía cuentas

más que a Londres. Y desde allí nadie se preocupaba de los métodos, solo de los resultados.

Fitzwilliam había tomado posesión de su cargo tras la renuncia de sir John Perrot, aquel mismo año, al igual que Carew y Carleill. Un abandono forzado por las acusaciones de traición formuladas por un sacerdote católico, quien alegaba —sin duda bajo tortura— que Perrot había contactado con el rey Felipe de España para conspirar contra Isabel. El lamentable capítulo estaba por concluir, pero Carew le había asegurado en confianza que veía la mano de Fitzwilliam en todo aquello. Carleill intuía que también sospechaba de Walsingham, aunque su amigo se cuidó mucho de no señalar al padrastro del condestable. En cualquier caso, el señor de ordenanzas odiaba al lord diputado por la suerte de Perrot, pues este había sido su amigo y principal valedor.

Carleill se levantó de la butaca para pasear sus crispados nervios por la habitación.

—Ese hombre es un monstruo —dijo, atusándose la barbilla como solía hacer cuando algo no le complacía; luego miró airado al señor de ordenanzas—. Entiendo lo conveniente de capturar a esos hombres, pero ¿qué necesidad hay de dar muerte a un puñado de supervivientes aislados? No suponen ninguna amenaza.

—Son el enemigo, y eso basta para Fitzwilliam. —Carew puso una mano sobre el antebrazo del señor del castillo cuando pasó junto a él—. Escucha, mi buen amigo, sabes que odio este tipo de actuaciones tanto como tú.

Carleill estaba convencido de que decía la verdad. Pero también de que aquel lamento no era, ni de lejos, tan sentido como el suyo. Carew no carecía de alma, aunque su moral resultaba bastante más flexible: sus sueños no se resentirían mucho por tener que degollar a unos cuantos españoles indefensos.

—Por desgracia, ninguno de los dos tiene poder para oponerse a ese malnacido en un tema tan delicado. Al menos, sin caer en desgracia. Incluso la protección de tu padrastro tiene límites.

Y Carleill los había tensado en varias ocasiones. La relación que tenía con Walsingham era complicada. Por una parte sentía que le debía lealtad absoluta, pues sir Francis había tomado en matrimonio a su madre al morir su esposo, proporcionándoles un hogar digno de la hija de sir George Barne, alcalde de Londres. Cuando ella murió, Walsingham, contra lo que hubiese sido de esperar, no se desentendió de Carleill. Los avances en la carrera del condestable habían sido fruto de su esfuerzo, sin duda, pero también de los

apoyos de un padrastro que le abrió puertas y alivió tensiones con aquellos con los que Carleill se vio enfrentado por cuestiones éticas.

Y ahí era donde ambos chocaban: la visión del mundo del maestro de espías de la reina se acercaba a la de individuos como Drake o Fitzwilliam, con quienes por cierto tenía muy buena relación. Era de carácter intransigente, lo cual obligó a Carleill a guardarle más de un secreto para no decepcionarlo. Algo en absoluto sencillo, teniendo en cuenta que Walsingham estaba detrás de la red de espionaje tejida por la reina en toda Europa, incluso en las cortes española y francesa. Él fue quien descubrió la conspiración de Anthony Babington para asesinar a la soberana, y suyas las pruebas que llevaron a María Estuardo al cadalso. Sus espías en España revelaron los preparativos que el rey Felipe estaba realizando para invadir Inglaterra, y desde entonces no había dejado de recabar información al respecto. Walsingham había luchado más con la pluma, redactando y enviando cartas, que la mayoría de soldados de la marina inglesa en alta mar.

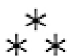
—No hay honor alguno en estas órdenes —insistió—. Me resulta repugnante dar caza a hombres como si fueran animales.

—Mucho me temo que esa es la carga que soportan quienes tienen responsabilidades como las nuestras.

Carleill le dedicó una mirada larga y fría. Odiaba cuando Carew quitaba importancia a las cosas. Ojalá él pudiera hacer lo mismo. Acababa de dar una charla a su sobrino sobre el respeto hacia los demás, y ahora debía escupir sobre su propio discurso.

Se dejó caer de nuevo sobre el asiento, sabiéndose derrotado.

—Ya te dije que era mejor tratar esto con el cuerpo lleno de vino —concluyó Carew.



La cena y la llegada de la noche no apaciguaron las turbias reflexiones de Carleill. Se sentó frente al escritorio y preparó papel, tinta y pluma. Pero, cuando todo estuvo listo, con la mano a escasas pulgadas de la hoja, cambió de parecer y devolvió la plumilla al estuche. Había pensado en escribir una carta a su padrastro trasladándole la repulsa que le causaban las órdenes de Fitzwilliam, lo cual era una estupidez a poco que lo meditara. Quizá Walsingham le hubiera allanado el camino en muchos momentos de su vida, pero nunca habría llegado a ser secretario de estado atendiendo a los remilgos de otros, aunque fueran los de su hijastro. Y la verdad era que tampoco Carleill se sentía cómodo demandando un trato de favor.

Reflexionaba sobre eso cuando escuchó el familiar sonido de un puño golpeando la puerta. Tres toques leves, casi inaudibles, que no obstante lo hicieron levantarse rápidamente. A medio camino entre el ansia y la preocupación, abrió la hoja de madera para encontrarse con el rostro de Mary. Lo primero que hizo fue lanzar una mirada al pasillo por si alguien los estaba observando. Calmado ese miedo, la hizo pasar y cerró la puerta a cal y canto.

—¿Eso es todo? —le dijo ella con aquel acento tan singular que tenía, abundante en sonidos sordos—. ¿Lo primero que haces es esconderme?

Carleill arrugó la frente. El reproche no solo tenía sentido, sino que era justo y merecido. Sin embargo, lo sorprendía, después de tantas semanas actuando con extrema cautela.

—Lo siento —se disculpó, tomándola del talle y acercándola para darle un beso.

Mary respondió con su pasión habitual, así que durante un buen rato no hubo más que aquella acalorada caricia de labios y lenguas. Pero, cuando pararon para tomar aire, la joven se escapó de entre sus brazos y recorrió la habitación. Se detuvo en el escritorio, donde todavía reposaban los objetos de escritura.

—¿Me escribías un poema? —bromeó—. Antes solías hacerlo.

—Ya sabes que nunca fui muy bueno en esas tareas. Y la verdad es que de no ser por Gascoigne habría sido todavía peor —respondió Carleill, agarrándola de nuevo de la cintura, esta vez por detrás, y besándola en el cuello.

—Entonces debe de tratarse de una simple carta. ¿A quién? ¿A tu cuñado? ¿A tu hermanastra Úrsula?

—A mi padrastro.

—Ah, claro, por supuesto que sí, *mijn liefste*[3]. ¿A quién, si no…?

A su amante le costaba mucho esconder el velado desprecio que sentía por Walsingham, y él se sentía incapaz de culparla por ello. Después de todo, su padrastro era la razón por la que ambos no podían ser más que amantes. Aun así, le molestaba cuando la conversación discurría por páramos tan pantanosos.

—Solo quería transmitirle mi desagrado por todo este asunto de los náufragos españoles —le explicó, tratando de evadir el tono molesto de Mary—. He visto demasiadas muertes crueles como para aceptar que se masacre a quienes solo pretenden salvar sus vidas. Pero Carew tiene razón. Es demasiado peligroso enfrentarse a Fitzwilliam. Ni siquiera mi padrastro podría protegerme sin arriesgar su prestigio.

—Y, por tanto, simplemente te arrodillas ante sus dictados, por sucios que sean.

La acusación hizo que esta vez fuera Carleill quien la mirara enojado.

—Esa es la tarea de un soldado, que es lo que soy al fin y al cabo —respondió con sequedad, sentándose sobre la cama.

—No, no lo eres. —Mary se acomodó sobre sus piernas y lo miró a los ojos, adentrándose en ellos como nadie más sabía—. Nunca lo has sido. Tu corazón, sensible y justo, es el de un viajero. ¿Cuántas veces has fantaseado con subirte a un barco de nuevo y navegar sin mayores preocupaciones?

Muchas, y ella lo sabía, porque era la única persona a la que había confesado sus anhelos.

—Ese es tu camino y deberías seguirlo. Yo iría contigo sin dudarlo. Así podríamos dejar de escondernos y ser nosotros mismos al fin.

Era tan hermoso imaginar semejante fantasía… Pero no vivían precisamente en un mundo propicio para los sueños de libertad. Carleill llevaba sobre los hombros una pesada carga hecha de responsabilidades, de obligaciones hacia otros. De deudas.

—Ojalá fuera tan sencillo como el día en que nos conocimos…

Mary se quitó la cofia que le cubría la cabeza y luego le acarició el rostro.

—Ojalá no lo hubieras complicado tanto…

13

Steenwijk, provincia de Overijssel, Países Bajos, 24 de enero de 1581

Eran hombres lo que Carleill tenía delante, pero en aquellos momentos furiosos más le parecían bestias, tan fuera de sí como lo estaba él mismo. Matar o morir. Esa era la consigna que resonaba en su cabeza mientras arremetía contra la nube de españoles y valones que formaban en contra de sus tropas. Todavía tenían la sorpresa en el rostro, pues solo hacía unos momentos que habían despertado, alertados por la abrupta salida de la ciudad ordenada por el coronel Norris.

Una jugada tan difícil como la situación dentro y fuera de Steenwijk. Largas se le habían hecho las semanas en el interior de la urbe asediada. Largas y penosas. El invierno se había presentado con toda su crudeza, a pesar del alivio que supuso su llegada y la de las tropas de Norris tras lograr romper el asedio el diciembre anterior y traspasar las murallas. La gran victoria había dado un respiro a los defensores rebeldes. Más brazos fuertes para resistir el sitio y más víveres. Pero también más bocas que alimentar. Además del río Aa y el canal que rodeaba la villa amurallada, los días gélidos habían congelado los huesos de cada uno de los valientes soldados y resignados ciudadanos. Tuvieron que tomar decisiones desesperadas, como demoler edificios para conseguir leña o sacrificar a los animales, fueran parte del ganado o sus propios caballos. Incluso las ratas se tornaron en manjar cuando el hambre apretó.

Solo quedaba el consuelo de que quienes sitiaban la ciudad bajo bandera española no lo tenían mucho mejor. El invierno, que no distinguía el color de los trapos que ondeaban, también los obligaba a soportar sus rigores. Y la gran diferencia era que los atacantes debían refugiarse bajo míseras tiendas de tela, casi a la intemperie, sin el resguardo de sólidos edificios. No les sobraba la comida tampoco, pues sus líneas de suministros ya no eran tan pródigas tras tantas semanas de asedio.

Los españoles habían levantado varios fuertes empalizados frente a la ciudad, donde alojaron sus armas. Pero los cañones permanecían en silencio desde hacía días. Era la prueba de la asfixia de los artilleros, y eso convenció a Norris de que sus opresores estaban incluso peor que ellos y que por tanto podían actuar para acelerar las cosas.

Muchos oficiales, tanto flamencos como ingleses, mostraron su reticencia al plan del coronel. ¿Salir del amparo de la ciudad y entablar batalla? No les parecía que lo sorpresivo de un acto semejante fuera suficiente ventaja. Carleill, sin embargo, vio la maestría de la jugada: saldrían a primera hora, cuando el campamento enemigo todavía estuviera dormido, obligándolos a prepararse a toda prisa y consiguiendo que el sueño y el ayuno debilitaran su resistencia. Atacarían, golpearían, causarían todo el daño posible y, en caso necesario, retrocederían para refugiarse de nuevo tras las murallas. Quienes sobrevivieran.

—Mejor que languidecer aquí, a la espera de ver quién muere antes de hambre y frío —había dicho a Gascoigne.

—No sé qué decirte, viejo amigo —respondió el otro—. Aquí al menos queda la esperanza.

—Hace tiempo que la esperanza huyó de estos parajes —concluyó Carleill.

Y al final lo hicieron. Norris organizó la estrategia con celo, y las tropas inglesas salieron de la ciudad en cuatro columnas, una por cada puente que salvaba el canal. El destacamento de Carleill usó la puerta más cercana al río. Vio a sus hombres voluntariosos y leales, ya sin reservas. Aún tenía a su favor el crédito ganado en la escaramuza de camino a Steenwijk, y esperaba no perderlo ahora.

Los arcabuceros habían hecho ya su trabajo a aquellas alturas. El asunto se dirimiría en el cuerpo a cuerpo, pica contra pica y espada frente a espada. Quizá la infantería de los tercios tuviera la experiencia, la fama y la habilidad de su parte, pero aquel día el ímpetu estaba del lado de los ingleses y los rebeldes flamencos. Norris y sus generales habían arremetido con tal fuerza que los españoles estaban empezando a recular. De manera ordenada, cierto, y sin perder la cara al enemigo. Sin embargo, reculaban.

Tal era la presión que la compañía de Carleill llegó a la altura del fuerte cercano al río. Tomó a varios de los suyos y aprovechó una grieta en la empalizada para colarse dentro, acabar con los mosqueteros parapetados allí y apoderarse de la posición. Resultaba vital no solo diezmar las tropas

enemigas, sino también tomar su equipo de asedio. Dos cañones esperaban a sus nuevos dueños.

En mitad de la refriega, Carleill fue sorprendido por un soldado valón de rostro siniestro que se lanzó hacia él espada en mano. Fue lo bastante rápido para encañonarlo con su pistolete y dispararle en mitad de la cara. La cabeza del infeliz se abrió como una sandía, y los sesos se desparramaron. Pero el caos era de tal magnitud que no tuvo tiempo de recargar el arma antes de que otro enemigo le saliera al paso. Esta vez era un oficial español, que midió su hoja con la de Carleill hasta que un mal paso en el barro hizo que el inglés trastabillara y perdiera la ventaja. A la toledana rival le faltó tiempo para apuntar no mucho más arriba de su corazón. De no ser por el coleto de cuero, que desvió la puñalada hasta convertirla en tajo, habría sido su fin.

Por fortuna, el bueno de Gascoigne andaba lo bastante cerca para abrirse paso y auxiliarlo. Acabó con el español pasándole la daga por el cuello, desde atrás, mandando al carajo cualquier formalidad basada en el honor. Luego pidió la ayuda de otros compatriotas con los que formó un círculo defensivo en torno a Carleill.

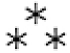
—¡Tenemos que llevarlo a la ciudad! —ordenó el alférez, al ver que la herida sangraba en abundancia.

—¡No! ¡Debes seguir comandando las tropas! —le exigió el sargento.

—¡Déjate de tonterías! ¡De eso se encargará Williams!

Dos hombres lo tomaron de los hombros y, protegidos por Gascoigne y otros tres soldados, retrocedieron hacia la ciudad. Carleill vio cómo Steenwijk se hacía más y más grande conforme se acercaban, pero la vista se le fue empañando, como si cayera sobre la villa una neblina más densa de lo habitual.

Se desmayó antes de alcanzar siquiera el puente sobre el canal.



Vio a Jesús cuando despertó. A Cristo partiendo el pan, a los doce apóstoles sentados a la mesa. Expectantes ante su discurso, admirándolo la mayoría, odiándolo en secreto uno de ellos. Durante ese primer instante en el que las brumas de la inconsciencia aún luchan por mantener el control, Carleill creyó que él era uno más de los invitados del Hijo de Dios.

Pero la realidad se impuso con su cara más terrenal: el dolor. Le subía desde el pecho una tortura ya familiar después de tantos avatares en la guerra. El latigazo le arrancó un gemido, y fue incapaz de erguirse hasta que un par de manos lo ayudaron con firmeza.

—Tómatelo con calma, sargento.

Reconoció la voz de Gascoigne entre el retumbar de su cabeza. Sintió también la boca seca y pastosa. Pidió un poco de agua, y su amigo se apresuró a darle de beber de un pellejo. Cuando logró aclarar la vista, advirtió que se hallaba en el interior de una iglesia, junto al altar mayor. La escena del Cristo en la última cena resultó ser un bajorrelieve en alabastro que decoraba el ara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó entre gemidos.

—Que casi no lo cuentas. Te trajimos a toda prisa a la iglesia de San Clemente, donde alojan a los heridos.

Sí, eso tenía sentido. Antes incluso de lanzar el ataque se había decidido habilitar aquella parroquia como hospital de campaña para los heridos. Una vez apartados los bancos de la nave central, tenía espacio de sobra, y sus paredes eran lo bastante robustas para atenuar el frío y el ruido de la lucha. Aunque también incrementaban el eco de los lamentos. El edificio, construido sobre los cimientos de iglesias anteriores, era una víctima más del asedio y su campanario mostraba varios boquetes abiertos por los cañones españoles, pero seguía en pie.

—Perdiste mucha sangre por el camino, y cuando llegamos los médicos tenían las manos ocupadas —siguió narrando el poeta—. ¡Ya ves, uno de los oficiales más importantes y no había nadie disponible para sanarte!

—Mi vida no es más importante que la de cualquier otro.

Gascoigne resopló.

—Tú y tu maldita humildad… En fin, que a punto estuve de sacar la daga para obligar a uno de esos curanderos de tres al cuarto a que te atendiera. Pero entonces alguien se ofreció.

El galés señaló hacia la zona del coro, muy cerca del camastro que ocupaba Carleill, donde una jovencísima muchacha iba de aquí para allá sin descanso atendiendo a los heridos. No debía de tener siquiera catorce años, pues todavía le faltaban formas de mujer. Pero, a pesar de ello y de la sangre que manchaba sus manos y ropas, era hermosa; una belleza morena de melena larga y facciones deliciosas de la que ya no pudo apartar la mirada.

—¿Quién… quién es? —balbuceó.

—Ni idea. Apenas habla cuatro palabras en nuestro idioma. Pero creí entender que era costurera. Al principio no me pareció suficiente acreditación para dejar que te tratara, pero, dadas las circunstancias… El caso es que te cosió la herida con gran diligencia y ha cuidado de que no se infectara.

Tenía sentido que, en tal situación, se utilizaran los servicios de cualquiera que tuviera un mínimo de destreza para sanar a los heridos. Al fin y al cabo,

no había mucha diferencia entre remendar cuero, tela o piel.

De pronto sintió la imperiosa necesidad de hablar con ella, de saber más. Ni siquiera se acordó de preguntar al alférez por la suerte de la batalla, tema ya casi olvidado. Luego descubriría que la salida de Norri había resultado tan exitosa que les había permitido hacerse con suministros, armas y equipamiento, debilitando así el sitio de los españoles.

—¡Muchacha! —exclamó, reuniendo cuantas fuerzas pudo encontrar y obviando la malévola risita de Gascoigne—. ¡Muchacha!

La jovencita se volvió hacia él mientras se limpiaba las manos con el delantal que cubría su más que humilde túnica. Al ver de quién provenía la voz, esbozó una sonrisa tan radiante que Carleill creyó que la luz beatífica de un ángel bañaba el interior de la iglesia. Se acercó al oficial y, sin decir nada, le examinó la herida, asintiendo satisfecha por la mejoría. Le limpió la cicatriz con cuidado, y, cuando retiró la mano, el oficial tuvo la osadía de tomársela entre las suyas.

—Os debo la vida, mi señora —le dijo.

Ella sonrió de nuevo. Su boca se abrió y los labios, maravillosamente perfilados, se movieron para responder.

—No… no entiendo…

Afortunadamente, Carleill hablaba el dialecto flamenco de la región con cierta fluidez, así que fue capaz de encontrar palabras que ella pudiera comprender:

—¿Cómo te llamas?

No debió de pronunciarlo tan mal, pues ella respondió enseguida.

—Meike.

Una nueva sonrisa acompañó a su nombre. Carleill quedó prendado de ella de tal modo que no quiso soltarla. Y a la muchacha no pareció molestarla, pues tampoco mostró intención de apartarse de él. En sus atractivos rasgos no solo encontró el militar la inocencia de la niñez, sino también un atisbo de la poderosa voluntad que nace en la juventud. Tuvo la impresión de que aquella chiquilla sería una mujer fuerte, capaz de luchar por aquello en lo que creyera.

¿Qué debía de estar pensando Meike de él? Carleill se lo preguntaba cuando ella, como si le leyera la mente, volvió a hablar.

—Eres muy extraño, inglés —creyó entender que le decía, entre risas como campanillas—. Pero me alegro de que hayas mejorado.

—Os lo debo a vos. Todo cuanto ocurra en mi vida a partir de ahora será gracias a vuestros cuidados. Así de grande es mi deuda.

Meike rio una vez más, y para Carleill aquel sonido fue como plata líquida derramándose desde la luna llena. Luego alzó la mano, liberada ya de la tenaza del paciente, y le acarició el rostro.

Así fue como los horrores de la guerra se desvanecieron justo cuando más lo acuciaban. De repente, por primera vez desde que era un niño, pensó que se hallaba en un mundo dichoso. Durante su infancia había imaginado la grandiosidad de la existencia muchas veces, pues creció con los relatos que su padre le contaba sobre la primera expedición a Rusia que emprendiera con la Compañía Moscovita. La fascinación de semejantes travesías, la descripción del poderoso zar Ivan, al que algunos llamaban el Terrible… Cuentos de aventuras que se fueron empañando con las responsabilidades de la vida adulta y la crueldad experimentada en tantas y tantas contiendas. Y ahora, de pronto, sin señales que lo anticiparan, todo cambiaba de nuevo. El mundo… El mundo volvía a iluminarse.

Pues en él existía una criatura tan maravillosa como Meike.

14

Dunluce, condado de Antrim, 1588

La costa de Antrim era una amalgama de paisajes, tantos como Irlanda podía ofrecer a quienes pisaban su suelo. Praderas verdes y suaves colinas; playas y mar bravío a los pies de abruptos acantilados, y un cielo que, en el nacer del día, todo lo cubría de bruma. Una neblina testaruda que luchaba contra la mañana con el ahínco de los fieros *gallóglaigh*, aquellos antiguos guerreros escoceses a quienes los ingleses llamaban *gallowglasses*.

—¿Cómo pueden parajes tan distintos convivir en semejante armonía? —comentó con asombro Joan, embelesado a lomos de su caballo.

La muchacha no supo muy bien qué responder, así que se limitó a sonreír. Le agradó que aquel forastero se planteara reflexiones tan alejadas de lo mundano. En la fascinación de Joan se vio a sí misma de niña, asombrándose por cada detalle del mundo, por nimio que fuera. Su ánimo resultaba contagioso, e hizo que también ella se estremeciera al contemplar el índigo de las landas y el chocar de las olas contra la roca. De pronto fue como si viera todas aquellas cosas por primera vez.

Avanzaban al trote o más despacio, disfrutando de una mañana glacial aunque agradable. «El frío se puede combatir con ropajes gruesos, pero la hermosura de esta tierra es insuperable al despuntar el alba», le dijo antes de salir. Había sido idea de ella tomar los caballos y escapar del castillo. Se aseguró, por supuesto, de que Joan estuviera en condiciones. Su recuperación era un hecho después de tres días postrado en la cama. La jornada anterior había acudido a la iglesia del padre Pilip sin desfallecer, y también a la mesa de Sorley como invitado de honor; un momento de apuro que, a juicio de la muchacha, el español logró solventar con soltura a pesar del evidente desagrado de su hermano Seumas, quien apenas pronunciaba más que reproches y frías palabras.

Así, ambos salieron a cabalgar en cuanto apareció el primer fulgor. Un impulso extraño, pues en las semanas que la joven llevaba en Dunluce jamás había sentido la necesidad de apartarse de la sombra del castillo. Pero ahora le apetecía, como si tuviera un motivo para ello. Tal vez fuera cosa del ímpetu

que siempre la invadía en la víspera de Samhain. O quizás la razón tenía forma de persona.

—Qué tierra más hermosa la vuestra… —dijo Joan, y ella supo que era sincero al ver el brillo de sus ojos.

—Sois un hombre que ha visto mundo, por lo que me habéis contado. Seguro que conocisteis otras igual de bellas. ¡Estuvisteis en Italia!

—Supongo que cada lugar tiene su propio encanto. Pero nunca he encontrado parajes como estos, tan indómitos, tan sugerentes… Dicen que el hogar de los asturianos o los gallegos también es así, aunque nunca he estado allí. ¿Cómo es de grande el territorio que domina vuestra familia, si no resulta indecorosa mi pregunta?

—La reina inglesa concedió a mi padre casi todo Antrim, que consta de dos áreas —le explicó, dibujando con las manos en el aire—. Una de ellas, justo al este del río Bhuais, discurre de norte a sur desde la costa y se conoce como La Ruta; es llana y fértil, propicia para la agricultura y el pastoreo, de ahí que siempre haya sido la más codiciada por las familias aspirantes al control de Antrim. Dunluce se halla en esa región. Todavía más al este, deslizándose también hacia el interior, están los Glens, una franja montañosa y repleta de bosques, no tan pródiga en frutos, pero hermosa como pocas. Es ahí, en sus arboledas, donde aún se puede sentir el poder de los antiguos druidas.

—Narra tan bien vuestra merced que casi puedo verlo. Seríais una excelente poetisa.

—Mi madre decía que su linaje, y por tanto el mío, provenía de los bardos, que lograban traer la gran música al mundo.

—Quizás haya quedado algo de esa magia en vos.

Recorrieron la línea costera durante un rato, hasta que los acantilados empezaron a cobrar un aspecto extraordinario. Joan lanzó una exclamación al ver cómo la roca se levantaba en columnas escalonadas, cada una de las cuales adoptaba una forma desconcertante.

—Son como los ojales de un panal —dijo, asombrado—. ¿Qué capricho divino hace que exista algo así? Jamás había visto nada igual.

—Yo sí —le respondió ella, enternecida por la expresión anonadada de su nuevo amigo—. Allá, en las costas de Escocia, existen precipicios similares. Los más viejos dicen que, en la antigüedad, ambos reinos estaban conectados por un paso, una especie de escalera.

—La obra del Altísimo se manifiesta de extrañas maneras…

Conforme seguían avanzando, aquellos pilares se sucedían con mayor frecuencia hasta alcanzar una zona donde, tal como Ealasaid había comentado, parecían formar un camino hacia el mar. Un sendero ancho y escalonado que se interrumpía al adentrarse en las aguas.

—Esta es la Calzada del Gigante —le explicó, mientras bajaban por tan asombrosa escalera hasta casi el borde del océano—. Existe una leyenda sobre su origen, un canto compartido por irlandeses y escoceses… Os lo recitaré, aunque solo lo conozco en el idioma gaélico de mis antepasados.

Ealasaid buscó en su memoria una tonada que no había vuelto a escuchar ni cantar desde que su madre muriera. Las estrofas surgieron con fluidez, acompañadas por una emoción contenida que convertía su voz en una caricia trémula.

El canto, etéreo y delicioso, permaneció largo rato suspendido en el aire, igual que lo haría una gaviota mecida por el viento. Joan estaba mudo de la emoción. Obviamente no había entendido la historia, narrada en un lenguaje desconocido para él, pero el todo que formaban los ojos, la sonrisa y las arrugas de su cara expresaba una emoción intensa… Ealasaid nunca había visto semejante sensibilidad en un hombre. Tras su carne bullían pasiones, sí, pero también una llama sincera y delicada.

—Hasta los mirlos de trino más perfecto os envidiarían —dijo al fin—. Solo lamento no entender qué bella historia hay en vuestro canto.

—Es una balada sobre el orgullo y la sensatez. Habla del artífice de la calzada, Fionn mac Cumhaill, señor de los gigantes de Irlanda, tan aguerrido como jactancioso. Se dice que pasaba los días oteando el horizonte para hallar un rival digno de su puño, hasta que al fin lo encontró allá en Escocia. Era otro de su especie al que llamaban Benandonner el Fiero.

»Tan deseoso se hallaba de medirse con él que construyó un largo sendero para salvar el mar sin percance. Con empeño desgajó las rocas que ahora mismo pisamos y muchas otras, hasta alcanzar las Tierras Altas. Pero, una vez allí, descubrió su propia torpeza, pues lo que parece menudo en la distancia, grande se manifiesta en la cercanía. Vio con terror y asombro que Benandonner era un titán más alto que dos torres capaz de matar dragones con las manos desnudas.

»Destruido su orgullo, dio la vuelta y regresó a Irlanda con zancadas más largas y apresuradas que antes. Pero el Fiero lo descubrió y salió tras él con rabia. “¡Oh, mi fiel Oonagh, qué error he cometido!”, dijo a su esposa, famosa por su sabiduría y sagacidad. “Qué haré cuando llegue ese malnacido y su brazo te convierta en viuda”.

»Oonagh urdió entonces una estrategia para salvar a su esposo. “Escóndete en esta cuna, y esperemos que, si no de estatura, de miras al menos sí sea corto”. Y así fue que llegó Benandonner entre bramidos. Revolvió el hogar de Oonagh hasta encontrar la cuna, pero su enfado mudó en pavor al asomarse a ella. Al igual que Fionn antes, se dejó llevar por las apariencias ante la visión de lo que creyó un niño gigantesco. “¡Qué engendro cuando llegue a la hombría!”, pensó. Y se esfumaron las iras con el padre de la criatura, pues temió que un día el vástago quisiera venganza.

»De este modo, Benandonner también huyó. Y con cada paso que se alejaba de Irlanda destruía la Calzada para que nadie volviera a amenazarlo. Demostró así que el tamaño, el valor y la inteligencia no siempre van de la mano.

—Válidas lecciones de vida, más sencillas de digerir gracias al donaire con el que recitáis. Cuando el Padre abandonó el mundo, después de crearlo, debió de dejar un pedazo de su gracia en vuestra voz —aseguró.

—No mentéis a Dios en vano, mi señor Joan —le reprochó la muchacha, a pesar de la calidez que nacía en su pecho ante semejantes halagos.

—Que el infierno me consuma por toda la eternidad si mis palabras son falsas.

Él se mostró dolido de que dudara de su sinceridad. Pero, en realidad, Ealasaid estaba convencida de que tanto sus palabras como los sentimientos que expresaba eran veraces. Y ahí residía el problema, en el modo de estremecerse con cada cosa que él decía. Percibía el ansia con el que su corazón deseaba abrirse y tenía miedo, pues aquello la expondría sin duda a más pesares. Así que trató de refugiarse en sí misma de nuevo; de levantar una muralla tan inexpugnable como la de Dunluce.

—He oído muchas lisonjas en boca de otros tantos hombres. Es lo que hacéis cuando deseáis algo de una mujer. Pero yo no soy una criatura desvalida dispuesta a venderse. Por mis venas corre la sangre de las antiguas guerreras irlandesas y escocesas, como Scathach, quien instruyó al gran héroe Cu Chulainn. Mujeres que no bajaban la cabeza ante ningún varón. Tampoco yo lo haré —dijo, tratando de mostrarse orgullosa.

Sin embargo, le costaba creer en sus propias palabras. Pensó además en lo injusta y áspera que estaba siendo con Joan. No parecía en absoluto que él hubiese tratado de engañarla. Sus comentarios y miradas rebosaban sinceridad, emoción, ternura. Así que, sintiéndose culpable, esperó que él se ofendiera, diera un paso para alejarse y acabara con la posibilidad de que algo hermoso naciera entre los dos.

Pero aquel español llegado del mar era distinto a todo lo que conocía.

—Vive Dios que cuanto os digo no es falaz —le susurró, casi al oído, tras acercarse tanto a ella que pudo sentir el calor de su aliento en la mejilla—. Surge de lo más profundo de mi corazón, de un rincón que ni sabía que existía hasta que vuestra merced me lo ha descubierto.

Esta vez fue incapaz de contener un estremecimiento. De buscar su mirada, de sostenerla y hundirse en ella. Allí mismo, de espaldas al océano que golpeaba los peldaños de la Calzada del Gigante y creaba una lluvia de finas gotas.

De pronto, algo atrajo la atención de Joan. Algo que no era Ealasaid. Sus ojos se agrandaron, entreabrió la boca y extendió el brazo hacia la costa rocosa, señalando un objeto que desentonaba entre el gris musgoso de las piedras. Enredado sobre los pilares con forma de panal, advirtió un gran lienzo, azotado por el viento y elevándose con cada ráfaga. Mostraba unos colores y un emblema que desde luego no tenían nada de irlandés ni de escocés. Blanco, amarillo y colorado, esos eran sus tonos, y en azul llevaba pintado un escudo con forma de águila y rodeado por un anillo dorado que cerraba una corona.

Joan se lanzó hacia allí como si la vida le fuera en ello. Pese al riesgo, saltó entre los resbaladizos pilares hasta alcanzar la tela, que debía de sobrepasar las seis varas de longitud. Se mostró profundamente consternado cuando la recogió.

—Es una bandera de popa y pertenecía a mi barco, *La Girona* —dijo, sujetando el gran paño como si de una criatura desvalida se tratara—. Todos los navíos de la Armada portan una, aunque solo algunas llevan pintadas las armas reales como esta. Y aquí está ahora. Esto es lo que vale un emblema cuando van mal dadas, cuando Dios no te asiste…

Al verlo tan atribulado, Ealasaid tomó por primera vez conciencia de la gravedad de su situación. Joan se encontraba perdido en una tierra ajena, en parte hostil, sin más alternativa que confiar en desconocidos cuyas costumbres le resultaban extrañas.

Sin embargo, mientras él se lamentaba reparó en que la bandera no era el único objeto que estaba fuera de lugar. Un poco más allá vio unas tablas que golpeaban contra unos islotes cercanos, y no demasiado lejos un barril encallado en las rocas. Eran como migas de pan dejando un rastro.

—*La Girona* debió de naufragar por aquí cerca. ¡Tengo que encontrarla! —exclamó.

Joan se lanzó al galope sin esperarla, lo que obligó a Ealasaid a esforzarse para no perderlo de vista. Era una excelente jinete, pero a duras penas lograba seguirle el ritmo.

Por fortuna no tuvieron que alejarse mucho para llegar al lugar donde *La Girona* había quedado varada. Del cuerpo principal de la galeaza solo quedaban visibles algunos palos y una parte del lado de babor, donde un trío de cañones todavía se mantenía anclado de manera milagrosa. El resto había sido ya tragado por las aguas, junto a un largo arrecife que se adentraba en ellas como un brazo acusador. Aquel apéndice de piedra era conocido por pescadores y marineros con el nombre de Leac Fhada, «roca larga».

Pero la más terrible de las imágenes, aquella que arrancó un gemido de horror de los labios de Ealasaid, se extendía sobre la pequeña bahía junto a los peñascos. La playa había quedado salpicada de maderos, toneles, baúles destrozados… y una funesta miríada de cadáveres. Decenas, quizá cientos de cuerpos desmadejados, arrojados allí por la corriente del mar como si fueran bultos sin importancia. Como si jamás hubieran sido personas, cada una de ellas con una vida llena de deseos y planes, de seres queridos que esperarían un regreso ya imposible.

Joan no se detuvo a verter lágrimas o maldiciones. Aún fuera de sí, bajó del caballo y corrió hacia la playa antes de que Ealasaid detuviera su cabalgadura. Lo vio pisar los cantos y la arena y arrodillarse junto a los cuerpos en busca de un improbable soplo de vida. Cuando al fin la muchacha pudo descabalgar, reparó con alarma en que no estaban solos. Una figura envuelta en una capa raída se acercaba a su amigo, sigilosa y amenazante. Una figura que logró situarse justo detrás del español sin que este lo advirtiera, levantar el brazo hacia él y señalarlo con un objeto cuya naturaleza quedó revelada por un destello.

La boca del pistolete acarició la sien de Joan al tiempo que un abismo se abría a los pies de Ealasaid.

15

«Maldita sea», se dijo Joan entre dientes al sentir el frío del cañón en la cabeza. Resultaba irónico que, después de tantas situaciones apuradas por las que había pasado, se viera sorprendido como si fuera un novato en su primera guardia. Solía ser él quien amenazaba y quien dictaba la sentencia de otros sin anunciarse. Arrastrarse por el fango de los campos hasta la posición del enemigo, adentrarse en una fortaleza guardada por infinidad de centinelas, asaltar por la noche un barco corsario turco para meterle un palmo de acero en los hígados al capitán… Esas eran las tareas que su historia le había reservado, y vive Dios que en todas se había mostrado diestro.

Pero ahora, en aquella tierra hermosa y terrible a la vez, era él quien se dejaba tomar por la espalda. Sabía muy bien que su suerte estaba echada, que la distancia que lo separaba del agresor no le permitiría revolverse y presentar combate. Lo siguiente sería un tiro y a criar malvas. Ni siquiera tendría la oportunidad de enfrentarse a la mirada del otro, aunque imaginaba que se trataría de algún soldado inglés avanzado a las tareas de rastreo.

Sin embargo, con la vida colgando de un hilo solo un pensamiento rondaba su mente, y no era el que hubiese imaginado días antes. Ealasaid debía de estar cerca y, por tanto, en peligro. Si a ese maldito luterano le daba por atacarla… No, eso resultaba inaceptable. En absoluto podía dejar que la muchacha sufriera daño alguno. Tenía que ganar tiempo y, si para ello necesitaba suplicar, suplicaría.

—Cuartel… —dijo, en inglés.

Era una de las pocas palabras que conocía del idioma de los infieles, aprendida a toda prisa cuando a los suyos se les notificó oficialmente la naturaleza de su misión. Como soldado experimentado sabía la utilidad de conocer el idioma del enemigo, aunque se tratara de aquel inglés que, según dijera el buen rey don Carlos, solo servía para hablar con los caballos. Lo habitual era aprender en primer lugar los insultos más graves para el momento en que hubiera que dar las buenas noches eternas; también otros términos más prácticos con los que poder comunicarse en caso de necesidad, y, entre estos,

había algunos que herían el orgullo propio, pues nada dolía más a un tercio que tener que rendirse.

El caso es que Joan esperó varias posibles respuestas: que el inglés aceptara su petición, que le soltara un pistoletazo… Lo que jamás podía haber imaginado era que la contestación llegase en perfecto castellano.

—Cuartel el que te dará esta bala, buitre hideputa…

¡Un español! Aquello casi lo hizo saltar de alegría, pero la prudencia lo detuvo a tiempo. Debía solucionar la situación con rapidez, y también con cuidado. Un mal movimiento y antes de poder identificarse tendría un agujero en la cabeza.

El asunto se precipitó de la peor manera posible. Porque justo la persona por la que había estado dispuesto a rendirse decidió, con gran valentía y no poca irresponsabilidad, hacer algo al respecto. Su voz hermosa y cargada de intención llegó desde atrás en forma de sentencia.

—Baja el arma o te hundiré esta daga hasta la empuñadura —amenazó al agresor, en inglés.

Lo entendió; vaya si lo entendió. El pistolete se apartó del cuello de Joan, quien al fin pudo volverse para comprobar la escena, no sin cierta diversión. Ealasaid, que hasta entonces le había parecido una muchacha dulce y vulnerable, aparecía de pronto ante sus ojos con la fiereza de una amazona. Su mirada, fija en el desconocido, era pura resolución. En cuanto a la mano, con la que sujetaba un puñal que no le había visto antes, no mostraba el menor temblor.

Y luego estaba el misterioso agresor, obligado a vencer el brazo por no torcer el cuerpo. Era de las Españas, no podía negarlo. Tenía la tez morena, más incluso que Joan, rasgo delator frente a la blancura norteña de ingleses o irlandeses. Mostraba la planta de un recio jornalero acostumbrado a trabajar de sol a sol, además del lamentable aspecto que cabía esperar de quien lleva días malviviendo a la intemperie. A sus ropas no les quedaba ya rastro del lustre que antaño pudieran tener, solo eran harapos. Joan, en cambio, iba impoluto, vestido al modo irlandés. Era lógico que lo hubieran tomado por un lugareño.

Lo miró y sonrió al tiempo que levantaba las manos para calmar el arrebato de Ealasaid. Era hora de hablar y aclarar el malentendido.

—Mi señora, podéis bajar vuestra daga sin temor. Este hombre no es un enemigo, solo un pobre náufrago como yo. —Y entonces continuó en castellano—: ¡Santiago y cierra, España!

La cara del infeliz mudó al escuchar el santo y seña más emblemático de los tercios, aquel que tantas veces habían vociferado en combate. Una alegría inmensa le iluminó la cara, y con los ojos humedecidos olvidó cualquier decoro y se abalanzó hacia Joan para abrazarlo. De tal guisa lloró como un niño.

—¡La Virgen sea bendita! Ya había perdido la esperanza de encontrar a más supervivientes —dijo con un fuerte acento andaluz, hasta que en mitad de los sollozos comprendió que no se estaba comportando como un digno varón y trató de recuperar la compostura—. Disculpe vuestra merced mis maneras. Os confundí por un saqueador irlandés de esos que hemos visto varias veces rapiñando nuestra desgracia. Me llamo Pedro Llanes y soy arcabucero del Tercio Viejo de Nápoles.

—Compañeros, entonces, aunque imagino que sois de otra compañía, pues no reconozco vuestro rostro. Yo soy Joan Mateu. ¿Está vuesarced solo?

—¡No, por fortuna! Conmigo vienen otros tres. Hemos acampado hacia el este, en una cueva formada en medio de estos extraños acantilados, y allí llevamos desde el naufragio.

—¿No habéis buscado mejor cobijo?

—Ganas hemos tenido de ello, pero contamos con un herido. No es nada grave, una pierna maltrecha. Pero lastraría nuestro avance e impediría que pudiéramos escapar de los herejes ingleses y los salvajes irlandeses, de terciarse. Yo me he acercado hasta aquí para ver si podía conseguir algo útil, como munición para el pistolete —se rio, mostrándoles que el arma con la que había amenazado estaba tan vacía como probablemente su estómago.

—Arriesgado órdago el vuestro… —asintió Joan.

—Tanto como la situación. No lo medité mucho, la verdad. Supongo que al final habría acabado por abriros la cabeza de un porrazo.

—En cualquier caso, no debéis temer nada de los irlandeses. —Señaló a Ealasaid, quien había cambiado la fiera convicción por una expresión amable, aunque todavía reservada—. Esta dama es hija del señor de estas tierras, quien me ha acogido en su castillo como antes a otros. No son amigos de los ingleses, así que sin duda también os brindarán protección.

—¡Al fin un soplo de suerte! Voto a Dios que lo necesitábamos.

—Os acompañaré hasta nuestros camaradas. Tenemos un par de caballos con los que llevar al herido.

—¡Por supuesto!

Bajaron a las bestias hasta la playa y, tirando de ellas, recorrieron la línea costera durante un rato. Pedro iba delante, exultante por el giro de los

acontecimientos. No hacía más que hablar y hablar, por lo que Joan pudo comprobar qué tipo de hombre era: simple, de esos criados en la humildad, aunque aseguraba ser, como él mismo, heredero de una baja hidalguía. Nada extraño. Los títulos nobles se repartían en aquellos días con escandalosa facilidad a poco que uno hiciera méritos o aflojara la bolsa. Sobre todo por la segunda razón. Así, mercaderes a quienes los negocios iban lo bastante bien se apresuraban a pagar su acceso a la aristocracia, aunque solo fuera por los beneficios a la hora de ahorrar en impuestos. Era el caso de Pedro, quien venía de una familia de cazadores que había hecho fortuna vendiendo piezas en los mercados de Almonte, en Huelva. Con la intención de mejorar su posición social y ser reconocido como algo más que un nuevo noble, se había alistado en los tercios para afianzar sus títulos con méritos propios.

En cierto momento, cuando el parlanchín Pedro se lo permitió, Joan se acercó hasta Ealasaid.

—Disculpe vuestra merced si os dedico menos tiempo…

—No es necesario —respondió ella con una sonrisa—. Es comprensible que atendáis a vuestro compañero.

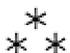
—¿Sería abusar de la hospitalidad de vuestro padre si los llevamos al castillo? No deseo ofenderlo.

—No es abuso atender a hermanos católicos en apuros. Yo hablaré en vuestro nombre y os defenderé ante Seumas, si hiciera falta.

—Mi deuda crece, y no sé cómo podré saldarla —le dijo, teniendo de pronto la osadía de levantar la mano y rozarle levemente la mejilla.

Ealasaid se ruborizó, pero no apartó la mirada. Sonrió con aire travieso y coqueto.

—Seguro que se me ocurre algún modo —concluyó con alegría.



Tal como había adelantado Llanes, encontraron al resto de españoles no muy lejos, en una oquedad ancha que se abría en los acantilados; un recoveco lleno de humedad que a duras penas podía considerarse una cueva, pero que al menos ofrecía resguardo de la mirada de posibles rastreadores ingleses.

Hubo grandes y emocionados abrazos entre Joan y aquellos hombres, a pesar de que no se conocían. Solo un rostro le resultaba vagamente familiar: el de Jorge de Nicolo, condestable de *La Girona*, que le había tendido una mano durante los peores momentos de la tormenta. Su complexión de toro había resistido las privaciones de los días anteriores, pero tenía una pierna entablillada que le impedía moverse. Los otros eran caras nuevas para él.

«Qué curioso que, a pesar de las largas semanas de viaje compartidas, no hayamos coincidido hasta que el destino nos ha obligado a ello», pensó. Pero no era, en realidad, algo extraño. *La Girona* había partido de Lisboa con más de quinientas almas a bordo entre marineros, soldados y remeros convictos, y sobrepasaron las mil trescientas cuando tuvieron que acomodar a los náufragos de la *Rata Santa María Encoronada*, la escuadra levantina y el *Urca Duquesa Santa Ana*, buque andaluz.

Del último era cómitre uno de los supervivientes, Álvaro Romero; un murciano de barba abundante y ahora tan desarreglada como las de los demás. El otro era un personaje menudo que, de no ser por la escasez de un pelo ya blanquecino por la edad, habría parecido un niño. De hecho lo habían apodado «el Mozalbete», como Llanes confesaría a Joan en un aparte para no despertar la ira del mentado. Su nombre verdadero era Diego de Sevilla, aunque de andaluz no tenía más que el apellido, pues había nacido y crecido en Lugo. Los avatares de una de esas vidas de sube y baja lo llevaron a Nápoles y a formar parte de la tripulación de *La Girona* como barbero. Él se había encargado de entablillar a Nicolo.

—Alabado sea el Altísimo —celebró Romero—. Llegué a pensar que tendríamos que cambiar eso de «Flandes, mi sepultura» por Irlanda.

—No todavía, al menos —sonrió el cabo, palmeándole la espalda.

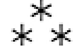
Los apuros de Llanes y los demás no habían sido menores que los del propio Joan, según le contaron. La fortuna quiso que lograran auparse a uno de los palos de *La Girona*, que acabó llevándolos hasta una playa cercana.

—Vagamos desconcertados, sin saber dónde estábamos ni qué dirección tomar —narró el barbero—. Nuestro único golpe de suerte, más allá de salvar el pellejo en el naufragio, fue encontrar esta cueva. El resto, mejor olvidarlo; hasta las rocas se han mostrado hostiles con nosotros. Nicolo se lastimó la pierna cuando trataba de pescar algo en los arrecifes.

—Yo me dediqué a explorar mientras tanto, y así di con los restos del bajel —explicó el arcabucero—. Encontré algunos útiles, si es que se puede llamar así a un pistolete sin munición y cuatro telas con las que cubrirnos por las noches. De comida, nada, por supuesto.

—Sí, ya íbamos escasos en *La Girona* desde hacía muchos días —asintió Joan—. Pero descuidad, porque todo eso ha terminado. Pronto vuestras mercedes podrán llenar los estómagos.

—¡Cualquier cosa será mejor que masticar esta mierda de algas, pardiez! —dijo un exultante Nicolo.



La presencia de Ealasaid no pasó desapercibida para los supervivientes. El Mozalbete se mostró desconfiado ante el hecho de que una irlandesa quisiera ayudarlos.

—No me tranquiliza este arreglo. Por lo que averigüé antes de embarcar, los ingleses tienen puestas sus garras en esta tierra.

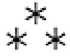
—Descuide vuestra merced toda preocupación —trató de calmarlo Joan —. Este es un país en una situación difícil, según me han explicado y yo mismo he podido ver. Cierto es que los luteranos gobiernan aquí, pero su autoridad es más una cosa de palabras que de hechos. Cada región pertenece a un clan que es quien dicta sus designios, a veces en contra de lo que desea esa reina desquiciada que se sienta en el trono de Inglaterra. La realidad es que la mayoría de esas familias no soporta a los ingleses, creedme, y menos aún el señor que me ha acogido. Somhairle MacDonnell se muestra encantado de ayudar en cualquier asunto que fastidie a los herejes. Sin ir más lejos, hace días auxiliaron a un centenar de los nuestros que naufragaron en *La Trinidad Valencera,* a los que llevaron hasta Escocia. Cuando nos recuperemos por completo tendrán el mismo gesto con nosotros. Desde allí será más sencillo escabullirnos hasta casa.

—Perdonad que no me fíe mucho de la palabra de estos salvajes…

—Muy pronto comprenderéis que no son precisamente bárbaros, como solemos imaginar desde España. Tienen un fuerte código de honor cimentado sobre todo en la familia.

—Lo veremos… En cualquier caso, pocas opciones nos quedan.

Los otros parecieron aceptar a la muchacha, incluso con más alegría de la que Joan consideraba adecuada. A Romero le faltó tiempo para cubrir de lisonjas a la hija de Sorley. Y a ella para reírselas, lo que no hizo mucha gracia al valenciano.



Tras acomodar a Nicolo sobre el caballo de Joan iniciaron el regreso a Dunluce. Hubo buen ánimo durante la marcha, y no era para menos. Aquellos hombres habían bordeado la fatalidad más absoluta y ahora veían una luz.

Pero la alegría del joven de Oliva no era completa. Jamás podría serlo. Durante un instante había albergado la esperanza de hallar entre los supervivientes a alguno de su camarada. Las probabilidades eran insignificantes, lo sabía muy bien, pero el corazón humano gusta de aferrarse a un clavo ardiendo. Ahora Joan ya no tenía dudas acerca de la suerte de sus

amigos. Nunca volvería a ver al exuberante Bernardo; al mala uva de Dieguito; a Osuna, el de los chistes más verdes que un apio; a De la Cuadra, al que conocían en todos los lupanares entre Nápoles y Cartagena; a Vargas y su locuacidad, o al muchacho, Silva, a quien había llegado a apreciar como al hermano pequeño que nunca tuvo.

Mientras los náufragos encaraban el último tramo, ya con Dunluce a la vista, a Joan se le fue la mente hacia aquellos pedazos de su historia con nombres y apellidos que, de nuevo, el Señor había arrancado de su lado. ¿Ese era el destino de todos aquellos a los que apreciaba? «Se acabó para vosotros, amigos míos. Que el mar sea amable con vuestros cuerpos y san Pedro os perdone los pequeños pecados. Y que yo sea digno de nuestros días juntos».

La pena debía de ser tan visible en su rostro que, al volverse, se encontró con la mirada de Ealasaid, compasiva, protectora. Se vio casi obligado a compartir sus sentimientos, aunque en realidad se sintió agradecido por ello. Y eso sí era una novedad para él.

—Dicen en mi patria que los duelos con pan son menos, pero pocos dichos hay tan falaces como ese. He perdido mucho y a muchos en esta maldita empresa. Más que amigos, familia; de la que se forja al enfrentarse a la muerte en el campo de batalla.

—Conserváis la vida, algo que por mi parte agradezco.

—Una vida de pronto vacía, donde solo hay espacio para… —«la venganza», habría dicho. Pero no podía desvelarle la mezquindad que anidaba en su alma.

—Podéis llenarla con cosas nuevas y personas por descubrir. Como yo.

16

Cúilín Gaelach, sur del condado de Antrim

Al astro rey le importaba más bien poco que fuera la víspera de Samhain, el final del verano. No detenía su descenso por nada, ni siquiera por unas pequeñas criaturas llamadas hombres, que, en ese mismo instante, preparaban altares de fuego en su honor a lo largo y ancho de Irlanda.

La señora del caserío de Cúilín Gaelach parecía compartir aquel desprecio por todo cuanto no fuera ella misma. Ni el cielo sobre su cabeza, tiñéndose de oro a medida que el sol se acercaba al horizonte, ni la belleza del paraje lograban arrancarle emoción alguna. Una última bandada de pájaros, de las muchas que en aquellos días recorrían la comarca, se alejaba hacia el sur. La región, al borde del lago Beg, era zona de paso para las migraciones de cisnes, alcatraces, frailecillos y otras especies que llegado el otoño buscaban la calidez de las tierras meridionales. Algunas de las aves se detenían a descansar en los muros del antiguo monasterio fundado sobre un pequeño islote de la laguna. Decían los lugareños y los propios monjes, con gran orgullo, que la primera piedra la puso el mismísimo san Patricio.

Con los brazos apoyados en el antepecho de piedra tallada, en lo más alto de la torre principal, sus ojos indiferentes oteaban el lago y las tierras circundantes. No le mostraban un fértil hogar, sino una prisión hábilmente camuflada. Un cenagal, un rincón al que la habían enviado a languidecer; un lugar para ser olvidada. Tantos sueños de un mañana resplandeciente… Ella iba a unir dos de los clanes irlandeses más insignes. Una nueva reina para el Úlster.

Hasta que le arrebataron su destino. Nada le quedaba ya, salvo un caserío con nombre de orquídea junto a un poblado de pordioseros. Unos acres en precaria propiedad, otorgados por un odioso lord inglés en un gesto de lástima que agravaba la sensación de vergüenza. Que un luterano dispusiera de su futuro como quien da una limosna era el colmo de la indignidad.

Le había entregado un lugar remoto alejado de los asuntos del mundo. A unas millas al sur, quedaban los límites de Antrim y empezaba Clandeboye, donde los O'Neill de esa región se lamían las heridas de las derrotas sufridas

años atrás contra los MacDonnell. Afortunados a pesar de ello, habían logrado mantener hasta la última de sus posesiones. Solo tuvieron que ceder en cuestiones de honor, y esa cesión duele menos cuando queda oro en las arcas.

La señora de Cúilín Gaelach había entregado más, mucho más. Un esposo, un reino…, una familia. En parte, un hijo. Tal era su desdicha que al principio fantaseó con la idea de arrojarse desde lo alto de aquella torre. Pero nunca derramó una lágrima. Ni la derramaría. Antes de que la encontrasen con llanto en los ojos regresarían de las profundidades del mundo los Tuatha Dé Danann.

Sin embargo, todavía no había dicho su última palabra. Un plan estaba en ciernes, y a él se aferraba con uñas y dientes para seguir adelante. Cuando diera sus frutos, todos cuantos la habían despreciado se arrepentirían.

Como si Dios quisiera burlarse de sus pensamientos, de pronto le llegó un bramido, ahogado apenas por la distancia y las paredes del caserío. Dejó escapar un suspiro de fastidio, pues sabía muy bien de dónde provenía. No tardó mucho en aparecer Muriel, una de las doncellas del servicio. Era una muchacha joven y de una belleza sencilla, aunque su hermosura quedaba rota por una expresión apenada y llorosa.

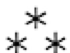
—Disculpad, mi señora, os necesitamos… —le dijo, en un gemido que mezclaba disgusto y temor.

—¿Es que no podéis ocuparos de ese anciano achacoso aunque solo sea una vez? —le recriminó.

A Muriel se le escapó un sollozo.

—Es imposible razonar con él. Ya no sabemos qué hacer…

La señora de Cúilín Gaelach se apartó de la almena, dando la espalda al objetivo que quedaba más allá del horizonte, hacia el norte. Debía hacer frente a la condena que la reclamaba desde el interior de aquella prisión hecha de compromisos.



Ni siquiera le sorprendió la escena que se encontró al llegar al salón. No era la primera ni la segunda vez que se enfrentaba a algo similar, aunque en cada ocasión esperaba que fuera la última. Resultaba escalofriante comprobar hasta dónde podía llegar la degradación de un hombre. Uno que en otro tiempo había sido admirado y temido a lo largo y ancho del Úlster.

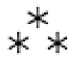
En momentos como aquel tenía la sensación de estar viviendo en sus propias carnes un acto de alguna de aquellas obras de teatro estrambóticas que tanto gustaban en el continente. Los actores eran un grupo de criados que,

desesperados, perseguían a un anciano que trotaba a gatas como si de una bestia se tratara; una absurda cabalgada durante la cual chocaba contra el mobiliario al tiempo que mugía como lo haría un toro. En un momento dado, embistió a una chica del servicio para después subirse encima de ella y simular que copulaba. Los gritos de la joven se mezclaban con los del resto de los presentes, lo que convertía la estancia en un caos enloquecedor.

La señora del caserío no tuvo más remedio que exigir la presencia de los guardias. Pero incluso los dos robustos centinelas se las vieron y se las desearon para atrapar y contener al anciano. No lograban entender cómo un hombre tan decrépito, poco más que piel y huesos, podía desplegar semejante energía. Sus chillidos resonaron entre las paredes de la sala como los de un gorrino camino del matadero, hasta que lo ataron al sillón principal. Solo entonces agotó sus fuerzas y remitió su ataque de locura.

Otra cosa era alimentarlo. El viejo se negó a abrir la boca cuando la propia Muriel trató de darle, cucharada a cucharada, un poco de una sopa que llevaba ya largo tiempo fría. Incluso le cantó para tratar de amansarlo, pero sirvió de poco. Al final tuvo que ser la propia señora del caserío quien se ocupara de tan vergonzosa tarea, pues era la única a la que el viejo toleraba. La única a quien en su demencia reconocía vagamente. Motivo por el que ella lo maldecía, pues la obligaba a rebajar su dignidad a la de una vulgar nodriza.

Compromisos. No existía atadura más férrea que un compromiso.



La señora solo pudo descansar cuando el anciano cayó bajo los efectos de su propio agotamiento. Los sirvientes encendieron varias velas en la mesa y dispusieron su cena, mientras ella esperaba a que todo estuviera preparado para tomar asiento.

Sola. Nadie la acompañaba. Los únicos sonidos eran el perezoso tintinear de los cubiertos, los pasos del criado que le traía la comida, el borboteo del vino cada vez que le llenaba la copa… Observó los asientos vacíos e imaginó que estaban ocupados por la gente que, en su día, creyó amar. Años después seguía acudiendo a aquella fantasía. Pero era un pensamiento de doble filo, pues, si bien la devolvía a tiempos de agradable recuerdo, también encendía la sensación de abandono que tanto daño le hacía.

Cuando la señora iba a probar el postre con su desgana habitual, se abrió el portón. La figura robusta de Edmund, el capitán de su guardia personal, se inclinó para disculparse por la interrupción. Era su hombre de mayor confianza, un fiel protector que jamás se había apartado de su lado desde que

la mujer tomara las riendas de aquella familia hecha pedazos. Compañero de armas de su difunto esposo, prometió que cuidaría del bienestar de la viuda. Edmund le ofreció brazos fuertes para su protección y, con el tiempo, también para darle consuelo en el lecho. Pero, fuera de esas noches de pasión con las que calmar las necesidades de la carne, el capitán siempre mantuvo las distancias y las formas que su posición exigía. Ella no habría permitido otro comportamiento.

—Mi señora, acaba de llegar un mensaje…

—Ni siquiera se me permite un momento de paz, por lo que veo —se quejó, aunque en realidad agradecía que algo interrumpiera sus angustiosas reflexiones.

—Disculpadme, pero creo que es importante. La nota lleva el sello de vuestra familia… y viene de Dunluce.

Bastó la mención del castillo de los MacDonnell para dejar de lado el mal ánimo. Olvidó los cubiertos, los dátiles salteados, el vino que todavía quedaba y arrebató a Edmund la esperanzadora misiva. La leyó con avidez, y conforme lo hacía se fue desvaneciendo su languidez hasta convertirse en la resolución de quien reconoce una oportunidad. Uno de esos golpes del destino que otorgan victorias decisivas.

—Di al escribano que acuda de inmediato. Debo dictarle una respuesta que enviarás sin tardanza a Dunluce por los cauces acordados. Luego, tomarás a tus mejores hombres y prepararás una partida —ordenó al capitán.

Un nuevo plan había germinado en su cabeza apenas concluido el mensaje; uno que aprovecharía aquel providencial giro de la fortuna.

El capitán frunció el ceño por lo sorprendente del mandato. Rara era la vez que la dama salía de viaje, pero las nuevas piezas dispuestas en el tablero exigían y propiciaban otras acciones. La señora de Cúilín Gaelach era de mente despierta y ya podía atisbar las jugosas posibilidades que se le presentaban.

—Mi señora, eso será complicado. Casi todas las manos están ocupadas con los preparativos de Samhain.

La mujer lanzó un reniego. Odiaba que sus propósitos quedaran frustrados, aunque fuera por rendir culto a las antiguas costumbres que todavía respetaba. Podría haber impuesto su autoridad, sí; sus subalternos obedecerían. Pero lo harían a desgana. Y lo que se avecinaba requería lealtad por parte de las escasas huestes que aún le quedaban.

—Empieza con ello mañana —decidió, con rapidez—. Saldremos en dos días, tras el festival, antes de que amanezca. Sin avanzadillas ni anuncios.

Quiero causar el mayor impacto posible allá donde vamos.

—¿Cuál será nuestro destino? —preguntó Edmund.

La mujer sonrió. Aquel era su momento. Estaba a punto de demostrar a todos que no era una viuda resignada a consumirse sin más. Que no se la podía apartar como a un perro que se ha vuelto inútil.

—Vamos a Carrickfergus.

17

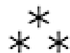
Dunluce

Existía un día, por encima de cualquier otro, en el que Ealasaid conseguía evadirse de todas sus preocupaciones. Era durante la víspera de Samhain, la mágica y ancestral Samhain, cuando la muchacha lograba recuperar esa ligereza propia de la infancia. Días que, aunque tenía cerca en el tiempo, le parecían muy lejanos, como recuerdos de una vida ajena.

Tras atender a los náufragos, se sumergió durante buena parte de la tarde en los preparativos de la festividad. Y lo hizo sin permitir que su condición de hija de Somhairle estorbara a la hora de colaborar en las tareas. Los lugareños del poblado le hicieron hueco como si fuera una más, hasta el punto de que bromeaban con ella o le pedían ayuda cuando la necesitaban, sin preocuparse de lo apropiada que pudiera resultar tanta familiaridad. Tal era la esencia de Samhain: limaba las diferencias entre las personas, dejaba casi al mismo nivel al noble y al aldeano. Todos se sentían gozosos mientras amontonaban la leña de las hogueras, y los niños corrían de aquí para allá con los nabos huecos recién vaciados a la espera de que ardiera el carbón en su interior. Algunos buscaban a Ealasaid para mostrarle sus improvisadas luminarias con la esperanza de recibir una alabanza, una sonrisa o un abrazo.

Las personas brillaban más en Samhain, desde luego, pero también lo hacían los hogares. Las chozas, de parco aspecto, cobraban de pronto una belleza insólita. Cada puerta y ventana de la aldea era adornada con velas que, al igual que las fogatas, se prenderían en cuanto cayera la noche. Su tarea sería guiar a los espíritus de los fallecidos, aquellos que regresaban al mundo para visitar a los seres queridos que habían dejado atrás. A Ealasaid le gustaba esa idea más que ninguna otra. Significaba que, quizá, su madre estaría allí, a su lado de nuevo, aunque no pudiera verla. Por eso encendía un cirio en su alcoba, junto al que ya reposaba una manzana de piel roja y lustrosa. Era lo que se les dejaba a las almas en pena o sin descendencia, generalmente en las aceras y los caminos. Una ofrenda para reconfortarlas y hacerles ver que también ellas eran tenidas en cuenta. Con la semilla convertida en fruto, la muchacha entregó también una oración, un ruego sangrante.

«Ojalá que hayas encontrado el descanso del que te privé en vida, hermano. Y perdóname, aunque no lo merezca».



El momento álgido de la festividad, la medianoche, estaba cerca. Los habitantes del castillo se congregaron alrededor de la fogata levantada en la plaza del barrio exterior, con las palmas extendidas hacia las llamas. Los barriles de cerveza hacía tiempo que habían sido abiertos y la carne chisporroteaba sobre las brasas. Los hombres lucían sus mejores galas y hasta la criada más humilde parecía una dama de digna alcurnia.

La propia Ealasaid había dejado a un lado la ropa cómoda que solía utilizar. Su vestido seguía siendo sencillo, pero también elegante. Caía liso y largo hasta rozar el suelo, blanco, con anchas mangas y dejando al descubierto la parte superior del pecho. Ella misma se había adornado la cabellera roja con las flores que crecían en el jardín frente a la casa señorial, formando una diadema de azules, verdes y rojos.

Y sonreía. Sonreía sin reparo alguno.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana? —se burló Ragnall, que había regresado aquella misma tarde de su enésima cacería.

—Muy gracioso…

—No me culpes. Apenas recuerdo la última vez que utilizaste un vestido. —La contempló con aquella mirada traviesa que a veces la exasperaba y otras la divertía.

—La ocasión lo requiere —se defendió la muchacha, al comprender hacia dónde se dirigía el discurso de Ragnall.

—Ya, y la compañía.

Señaló con la cabeza a un pequeño grupo de personas que se acercaba. Eran los españoles, o casi todos ellos. El griego Nicolo no estaba allí por su pierna herida, pero los otros parecían haber recuperado las fuerzas suficientes para acudir al aroma de la carne asada. Después de saludar a Ealasaid y a su hermano y hacer lo mismo con Somhairle y Seumas, los náufragos se sentaron para disfrutar, por fin, de una merecida comida.

Pero Joan pronto se acercó hasta Ealasaid y Ragnall, quien, tal como temía la muchacha, no dejó pasar la oportunidad de hacer sus habituales chanzas.

—Al fin os conozco —comenzó, con una sonrisita maliciosa y una mirada rápida a la joven—. Sois, por lo visto, la atracción del momento.

—Tanta atención me abruma —respondió el español.

—Dejad que así sea. Es cosa de esa hospitalidad de la que tanto alardeamos irlandeses y escoceses.

—Hospitalidad que jamás podré agradecer lo bastante. Vuestra familia nos ha salvado en todos los sentidos.

—Asumo que ya estáis pagando esa deuda con vuestra presencia. ¿Verdad, hermana? —rio.

Ealasaid sintió una repentina oleada de calor que le subió desde el vientre hasta las mejillas.

—¡Ragnall! —le recriminó, poniendo los brazos en jarras.

—¡Vale, vale, ya me largo! —dijo, levantando las manos para pedir calma—. Antes de que vuestros compatriotas acaben con toda la cerveza.

Se quedaron solos. Las palabras de Ragnall seguían revoloteando en la cabeza de ella como si de pajaritos se tratara, lo que le causó un nuevo instante de timidez. No fue de mucha ayuda que, al levantar la vista, Joan la estuviera contemplando con pasmo.

—Vuestra merced está tan hermosa que no puedo creer que seáis real.

—Bueno, tal vez no lo sea —respondió, apelando al humor para combatir el apuro que el español provocaba en ella—. Al fin y al cabo, hoy es la noche de los espíritus.

—Cierto, aunque me resulta muy extraña vuestra manera de celebrar Todos los Santos… —dijo Joan, mientras ambos empezaban a caminar en torno a la hoguera, sin pensar mucho hacia dónde iban—. No parece una festividad religiosa. Veo pocos crucifijos y no escucho oraciones cristianas.

Señaló a varios aldeanos que iban ataviados con lo que le parecían disfraces estrambóticos y, en cierto modo, tenebrosos. Para la muchacha no lo eran, por supuesto, pero podía entender que un forastero mirase con desconcierto a aquellos hombres cubiertos con sábanas cuya cabeza se ocultaba tras una máscara con forma de cráneo de caballo.

—Algunos, sean irlandeses o escoceses, se visten así y van de casa en casa recitando canciones o versos a cambio de comida. Pretenden de ese modo representar a la antigua raza resplandeciente, los dioses *aes sídhe*. Vosotros los llamaríais hadas.

—Entiendo, es como una obra de teatro…

—Así es. Aquí todavía somos fieles a las antiguas tradiciones. Los orígenes de este festejo se hunden en el pasado más profundo, mucho antes de que la Iglesia llegara a Irlanda. Los antiguos pueblos, que adoraban a esos dioses y se dejaban aconsejar por los druidas, ya se reunían en torno al fuego para celebrar los frutos de la cosecha. De hecho, Samhain significa eso, «el

final del verano». A partir de mañana, los aldeanos empezarán a prepararse para el largo invierno sacrificando a los animales. Luego almacenarán en salazón la carne, recogerán leña, repararán los tejados de sus hogares…

—Algunos detalles me son familiares, ahora que lo pienso. Los valencianos también colocamos luminarias a las que llamamos *palometes*, una por cada alma de un familiar difunto, y las mantenemos encendidas desde la jornada de Todos los Santos hasta el mediodía siguiente, el *dia de les Animetes*. Otras cosas, en cambio, resultan tan diferentes a las vuestras…

—¿Me contáis alguna de esas costumbres?

—Habría que decir primero que cada rincón de las Españas tiene hábitos propios para esta jornada. En mi tierra, Valencia, el día de Todos los Santos es para permanecer en el hogar. Se dejan a un lado las tareas cotidianas porque se considera que trae mala suerte faenar. Se dice, por ejemplo, que los pescadores que salen a la mar en tal jornada jamás regresan. Al día siguiente se bendicen panes y cocas que luego se reparten entre los pobres y los curas. Por eso también se lo conoce como el *dia de partir lo pa*. Los religiosos pagan estas dádivas con misas en honor a las almas que esperan en el Purgatorio.

—Vaya, qué curioso…

Joan meneó la cabeza y arrugó la nariz un poco.

—Pero aquí parece que la Santa Iglesia no toma parte en nada. Debo confesar que eso me descoloca. A pesar de haber abrazado la fe católica, seguís rindiendo recuerdo y culto a modos que parecen paganos. En mi país, esto os traería graves consecuencias.

—Ah, sí, vuestra famosa Inquisición… —dijo, sin esconder el rechazo que le provocaba—. La misma que señala como brujería todo cuanto escapa de las Escrituras, que condena y tortura sin mostrar esa misericordia que la propia Iglesia aconseja a sus fieles. A mí me resulta incomprensible tal incoherencia. Y condenable. ¿Qué pensáis vos?

—En realidad, estoy de acuerdo con vuestra merced. He visto demasiada muerte a cuenta del Altísimo. Sin embargo, la experiencia me dice que otras son las razones que mueven semejantes actos aborrecibles. Pero es más sencillo ampararse en la fe o la bandera.

No era la respuesta que esperaba, aunque tampoco la sorprendió demasiado. A esas alturas ya estaba convencida de que aquel hombre en absoluto era como los demás. Joan parecía ser un complejo entramado de retales: el caballero atento, el feligrés de fe no exacerbada, el soldado leal a su

patria sin caer en el fanatismo… y algo más, algo que no lograba identificar. Como una sombra oculta tras todas esas caras. ¿Se la mostraría algún día?

—En cualquier caso, inquisidores hay muchos, y no todos están en España —quiso aclarar Joan—. Que haberlos haylos también entre los franceses, los italianos y los ingleses, aunque estos últimos no rindan cuentas al Santo Oficio de Roma.

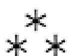
—Creo que trabaréis buena amistad con el padre Pilip —le dijo—. Vuestros pareceres son similares.

—¿Y qué me ofrecerá vuestra merced?

Se había acercado mucho a ella al hacerle esa pregunta. Tanto que podía sentir su aliento sobre el cabello. Otra característica que anotar: era directo, de esos hombres acostumbrados a tratar a las mujeres y conseguir de ellas lo que desean sin andarse por las ramas. Aun así, Ealasaid creía entrever que semejante interpretación no era del todo sincera. Que en su interior se libraba una lucha entre el arrojo y las dudas. Fuera como fuera, no pensaba ponérselo tan fácil.

—Lo que os ganéis —le respondió, mostrándose altiva y escondiendo la atracción que sentía por él—. Tened en cuenta lo que os he dicho esta mañana: el precio de mi cariño es alto. Estad seguro de poder pagarlo antes de demandarlo.

Le dolía mostrarse tan dura con él, pero debía controlar la situación. No estaba dispuesta a permitir que los sentimientos que Joan despertaba en ella le arrebataran la voluntad. Sin embargo, la mirada del español era cálida como las llamas de la fogata; costaba no dejarse atrapar por aquellos ojos.



Poco después se sentaron en el círculo que formaban el padre Pilip, Somhairle, Ragnall, Seumas y su esposa. Los sobrinos de Ealasaid también rondaban por allí, pero no paraban quietos. Como aquella noche no había criados, se sirvieron unos a otros sin que ello supusiera deshonor alguno. Fue el mismo caudillo quien llenó la copa de Joan y le ofreció un pedazo de cordero asado.

—Come, muchacho. Todavía eres todo pellejo.

—Sí, debes recuperar tus fuerzas, pues pretendo retarte a un duelo —dijo con una gran sonrisa Ragnall, quien siguió hablando para evitar la queja que ya quería salir de los labios de Ealasaid—. Un duelo entre caballeros y por el simple placer de medir nuestras espadas. Hablan maravillas de los tercios

españoles, así que me gustaría saber si estáis a la altura de semejantes alabanzas.

—Con gusto os concederé lo que me pedís. También yo he oído acerca de la fuerza y el valor de los guerreros escoceses. Los ingleses os llaman «piernas rojas», por lo que tengo entendido, y hablan con temor de vuestra carga en batalla.

—¡Buena respuesta, chico! —se carcajeó Somhairle—. No hay mejor manera de ganarse a un escocés que con un elogio.

Mientras los hombres soltaban sus habituales bravuconadas, Ealasaid observó con preocupación a Seumas. No es que su hermano fuera la persona más extrovertida del mundo, pues para eso ya estaba Ragnall, pero incluso él solía mostrarse animado en Samhain. Aquel día, en cambio, su rostro contenía un rictus de rencor que se acentuaba cada vez que miraba a Joan. Desde la llegada de la primera partida de náufragos había dejado bien clara su oposición a tomar parte en el asunto. Somhairle no solo lo desoyó, sino que lo desautorizó delante de todos, acogiendo a los españoles y arriesgando su reputación entre los ingleses al buscarles una salida hacia Escocia. Y ahora la historia se repetía.

Ealasaid sabía que Seumas había vuelto a discutir con su padre esa misma tarde. La disputa terminó del modo habitual, con Somhairle imponiendo su voluntad como jefe del clan y el heredero sintiéndose ninguneado. Malditas fueran aquellas peleas entre padre e hijo. Su madre las había dulcificado durante años, pero ahora que ella no estaba nadie parecía capaz de atemperar los ánimos. El principal problema era que ambos se parecían demasiado: eran cabezones y tenían un rancio y estúpido orgullo que no hacía sino enfrentar a quienes debían estar unidos… Por desgracia, ceder no era una cualidad demasiado habitual en un irlandés, y mucho menos en un escocés.

A Joan no le pasaron inadvertidos el ambiente enrarecido ni la ojeriza de Seumas.

—Me duele provocar el enojo en vuestro hermano. Quizá debería apartarme con mis compañeros —comentó a Ealasaid al oído, señalando a los otros náufragos que bebían y reían junto a unas muchachas del poblado.

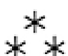
—En realidad no sois el culpable de su malhumor; solo una excusa de las muchas que encuentran para enfrentarse. Es una cuestión familiar algo complicada.

—Creo comprenderlo. Seumas se presentó ante mí como señor de Dunluce, y sin embargo quien dicta las órdenes es vuestro padre. Puedo entender que eso le afecte.

—En parte lo compadezco por la carga que lleva en sus hombros. No estaba destinado a ser el heredero del clan. Tan digna y dura tarea iba a recaer en mi hermano mayor Alaster, pero cuando él murió fue Donnell quien heredó la responsabilidad. Ni en nuestros peores sueños imaginamos que también él se iría, y menos de la manera en que lo hizo… —Trató de evitar que se le quebrara la voz, aunque la mirada de Joan le hizo comprender que no había conseguido ocultar su angustia—. De pronto, Seumas se vio en una situación para la que nunca fue preparado, y aun así lo ha dado todo para estar a la altura. Mi padre, sin embargo, no parece dispuesto a ceder el mando todavía y contradice casi todas sus disposiciones. Apenas delega en él las decisiones más mundanas, lo cual crea dudas en Seumas. Jamás lo reconocerá en voz alta, pero está convencido de que nuestro padre no confía en sus dotes. No sé qué se agotará antes, si la salud de uno o la paciencia del otro.

—Superaréis cualquier problema —trató de animarla—. Sois una familia poderosa y digna.

—Otras igual de grandes han caído.



Ragnall, quién si no, se encargó de que la noche avanzara sin decaer. Entre cerveza y cerveza, cantaba al son de los juglares o contaba historias de dudosa elegancia, generalmente sobre sus partidas de caza o sus frecuentes amoríos. Fanfarroneaba más que hablaba, aunque lo hacía con tal gracia que siempre lograba arrancar las risas de los oyentes.

El padre Pilip y Joan hablaron largo y tendido sobre España. El párroco de San Cutberto le preguntó acerca de las obras de teatro más recientes, algo de lo que el valenciano no pudo darle mucha cuenta.

—Me temo que la vida de un soldado no da para muchos de esos espectáculos —le comentó—. Sin embargo, de algunas comedias he podido disfrutar, sobre todo siendo niño. Mi padre solía llevarme al corral de la Olivera, en Valencia, donde representaban obras de autores como don Francisco Agustín Tárrega.

—¡Oh, sí, he oído hablar de él! Es canónigo de la catedral de Valencia. Aunque no conozco sus sonetos.

—Mucho ha pasado desde que vi sus espectáculos, y olvidadiza es mi memoria para tales menesteres, buen padre. Recuerdo mejor una de esas obras que vi en Nápoles, que, aunque pocas, algunas se representan allí en mi idioma.

—Lógico, habida cuenta de que es parte de vuestro reino —señaló el párroco.

—Cierto —asintió Joan—. Allí asistí a una comedia llamada *La Laura*, cuyo autor no sabría deciros, pues firmaba como anónimo. Un enredo hilarante en torno a los amoríos entre el príncipe Ricardo, su privado Evandro y la doncella Laura, hija del rey Albano. En cuatro actos, entre tercetos, redondillas, octavas y quintillas, se cuenta la historia de esos tres, teñida de engaños, malentendidos y traiciones.

—Un estilo clásico —apuntilló.

—En la ficción y en la vida —intervino Ealasaid con intención, mirando fijamente al español—. Con gusto parece que lo complicamos todo.

—No con gusto, mi señora, pero así somos los hombres. Nos empeñamos en cuestiones banales y en cambio dejamos de lado lo importante hasta que es demasiado tarde para arreglo alguno. Eso me decía mi padre, aunque poco caso le he hecho.

Era la segunda vez que mencionaba a su progenitor, aunque en esta ocasión lo había hecho con un poso de amargura, y en pasado.

—Aún estás a tiempo, hijo —dijo el padre Pilip—. Quizá por eso el Altísimo te ha otorgado la gracia de sobrevivir.

—A diferencia de tantos otros de los míos. Es terrible pensar que todos ellos se pudrirán en la arena, picoteados por las gaviotas y los cangrejos, sin recibir digna sepultura —lamentó Joan, haciendo referencia a los cadáveres de *La Girona*.

—A ese respecto, he pensado en transportar los cadáveres a mi iglesia, donde podría enterrarlos y oficiar una misa por sus almas —dijo el párroco—. Mañana mismo le pediré a Somhairle que destine un grupo de hombres a ayudarme.

—Mis compatriotas y yo mismo estaremos entre ellos, por supuesto. Pero semejante tarea exigirá muchas más manos. ¿Creéis que os cederá las necesarias?

—Es un hombre devoto, tanto de la fe como de mi consejo.

—Y, si hace falta —intervino Ealasaid—, me uniré a esa exigencia. No me negará algo así.

—Tanto como habéis hecho por mí, y la deuda sigue sin dejar de crecer… —le agradeció Joan.

Los juglares, que se habían tomado un descanso para saciar su sed, tañeron de nuevo las cuerdas de los laúdes. Ealasaid reconoció al momento los acordes de la *Canción del arado*, una tonada escocesa que jamás faltaba

en las celebraciones. Y se le ocurrió una travesura para aligerar aquel repentino ambiente pesaroso.

—Empezad a saldar vuestra deuda con un baile —le dijo a Joan.

—No soy muy hábil en esas lides, y menos con una música tan extraña para mí como esta —respondió, tímido y sonrojado—. Sin embargo, no os lo negaré si así lo deseáis.

Mostró intención de levantarse para invitarla, pero ella se le adelantó. Extendió su mano hacia él, que la miraba anonadado ante semejante descaro.

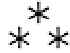
—Acostumbraos, mi buen caballero español: las irlandesas no necesitamos que un hombre nos saque a bailar —le dijo con una sonrisa pizpireta—. Aquí, las cosas, y sobre todo las mujeres, son distintas.

Ealasaid sabía que en absoluto era así, que esa libertad de la que alardeaba quedaba fuera de los asuntos verdaderamente importantes. Pero era mejor engañarse y creer que todavía vivía en los tiempos de las madres guerreras que formaban a sus hijos en las armas y luchaban en la vanguardia de las batallas; de las druidesas, sabias y respetadas como sus compañeros varones; o de las reinas, de mandato tan estimado como el del más alto de los hombres. La realidad era que muy poco quedaba de aquello, más allá de rebeldes como la famosa Gráinne O'Malley, señora de Umaill y del mar de Connaught, a quien hasta los ingleses temían.

El desconcierto de Joan duró muy poco, de cualquier modo. Aceptó tanto el ofrecimiento como la reprimenda con una sonrisa.

—No temáis, simplemente seguid mis pasos —lo animó ella.

Y por Dios que era diestro con los pies, pues antes de que acabara la pieza ya danzaba con cierta soltura. Las manos firmes en el talle de la muchacha, sus miradas conectadas y ambos bailarines formando casi una sola criatura… Para cuando quiso darse cuenta, un par de canciones después, Ealasaid reía sin parar. De pronto, aquel forastero no parecía ya un misterio andante, sino algo que había echado en falta toda su vida: un amigo.



Cuando los instrumentos y las voces de los músicos enmudecieron, y cesó el baile, Ealasaid y Joan se quedaron uno frente al otro. Seguía muy cerca, sin prisa por separarse y mirándose mientras recuperaban el resuello. Entonces la muchacha advirtió que continuaban con los dedos entrelazados, y se apresuró a apartar las manos en un gesto tan brusco que se sintió culpable de inmediato. Joan adoptó una expresión dolida por unos instantes.

—Estoy sedienta —dijo, tratando de esconder la incomodidad.

—Me ofrecería a traeros una copa de vino, pero no deseo que vuestra merced me acuse de ser condescendiente —dijo Joan, en un tono bromista con el que aliviar la situación.

—Vais aprendiendo, mi buen señor. Pero una cosa no quita la otra, y tampoco es cuestión de negar la cortesía. Así pues, sed amable y traed ese vino.

El español arrugó la frente y se mesó la barba, sin duda confundido por lo que creía una chiquilla incoherente, antes de marcharse a atender su ruego. La muchacha contuvo una risita al escuchar la queja entre dientes del soldado mientras se alejaba. «¡Mujeres!», creyó entender que decía en castellano.

—Me alegra tanto ver alegría en tu rostro, hija mía… —le dijo el padre Pilip tras acercarse; luego señaló a Joan—. Su llegada es una bendición.

—Todavía es pronto para semejante afirmación —respondió Ealasaid, poniéndose de nuevo a la defensiva.

—Ningún daño te haría abrir tu espíritu a la felicidad, hija —le recomendó el párroco—. Ya has sufrido bastante.

—Sabes bien, mi apreciado Pilip, lo difícil que es eso. Mejor que nadie.

—Lo que pasó, pasó, de nada sirve seguir castigándote. Al fin y al cabo, ningún pecado cometiste. Bien lo sabe Nuestro Señor.

Ojalá pudiera creer algo así. Había deseado con todas sus fuerzas encontrar un modo de aclarar su corazón atribulado, pero estaba lejos de pensar en el pasado sin remordimiento ni culpa. Ni siquiera Samhain parecía suficiente por una vez. Conforme se acercaba el final de la noche, la cabeza se le llenaba de malos pensamientos. Temía el momento de quedarse sola en su alcoba, no fuera que la visitara cierta alma con intención de cobrarse las faltas que había sufrido en vida.

En realidad, no era la venganza lo que la aterraba, pues creía que lo merecía y que, en todo caso, serviría para cerrar el círculo de su dolor. Lo que realmente la hacía temblar, lo que sabía que no podría resistir, era enfrentarse a aquel rostro y a la acusación que sin duda brotaría de sus labios.

18

Dunluce, dos años antes del naufragio

Al padre Pilip le habría gustado poder decir que moverse entre las sombras resultaba novedoso para él. Por desgracia, no era así.

Corrían tiempos difíciles para los siervos del santo padre de Roma que moraban en Irlanda. La represión inglesa sobre los estamentos católicos no hacía más que aumentar. Durante las anteriores décadas, párrocos y monjes se habían visto obligados a tomar medidas drásticas para salvaguardar tanto su deber evangelizador como su propia vida. Una de ellas era ampararse en los clanes, sobre todo en aquellos que estaban legitimados por la Reina Virgen. Las casas nobles seguían siendo leales al verdadero credo en su mayoría, y por ello protegían iglesias como las de San Cutberto. Y también por fastidiar a los que tenían por invasores.

Sin embargo, esa protección quedaba limitada a las regiones controladas por las grandes familias irlandesas, que los luteranos rara vez osaban pisar. En las zonas bajo gobierno de la Corona, como La Empalizada o las aldeas en torno a fortalezas inglesas, los irlandeses se veían obligados a ocultar su fe como si de un pecado se tratara.

En ocasiones, el padre Pilip pensaba en lo irónico que resultaría todo aquello de no tratarse de un asunto tan serio: en Irlanda, los católicos debían vivir sus creencias mediante subterfugios por temor a un estamento opresor, mientras que en otras regiones del mundo era la Iglesia de Roma quien ejercía tal persecución. En España, sin ir más lejos, miles de moriscos se veían en la obligación de dejarse bautizar en una fe que no era la suya para conservar una existencia plácida. París había vivido no hacía tanto el peor día de San Bartolomé que nadie pudiera imaginar. Quizá la matanza de miles de calvinistas hugonotes aquella jornada tuviera en realidad una raíz política, pero por mucho que doliera reconocerlo el santo padre había mirado hacia otro lado cuando los exaltados católicos se alzaron en armas. Ni una mísera condena al respecto, lo que envalentonaba a quienes lo señalaban como uno de los instigadores de semejante barbarie. Y más, había mucho más: incautos acusados de brujería justa o injustamente; judíos en apariencia conversos pero

que seguían practicando en secreto; luteranos que ponían en duda la autoridad papal… La Iglesia parecía tener o buscar enemigos debajo de las piedras, y no era más clemente con ellos que estos con los suyos.

Sí, eran tiempos difíciles para creer en Dios. Una de las tareas del párroco de San Cutberto consistía en acudir a las comunidades en manos inglesas para ofrecer a los feligreses confesión, penitencia o bautizo. Era, sin duda, uno de sus cometidos más satisfactorios, pero también el más peligroso. Para llegar a esos creyentes que moraban en la boca del lobo, los sacerdotes debían valerse de artimañas de escasa dignidad, como viajar disfrazados de mercaderes, campesinos o soldados de la reina… Viajes que también costaban monedas, pues no pocas veces debían aflojar la bolsa cuando alguna patrulla los interceptaba.

El padre Pilip estaba, pues, acostumbrado a moverse en la clandestinidad, como cualquier sacerdote o monje católico en semejantes días convulsos; a tomar senderos ocultos, caminar bajo las estrellas y refugiarse en graneros, al amparo de los que no habían renunciado a la fe. Sin embargo, la empresa que lo ocupaba en ese preciso momento poco tenía que ver con la defensa de la palabra de Dios. Pero sí quería pasar desapercibido. Mientras bajaba por la escalera de caracol de la torre norte de Dunluce, cargando el bulto envuelto con la ayuda de la tata Àine, no dejaba de repetirse que estaba haciendo buenos méritos para la condena eterna.

La pobre mujer llegó a duras penas al final de la escalera. Habría sido egoísta pedirle más. Era una anciana, aquel fardo pesaba mucho, y además ella estaba maltrecha. Tenía el labio hinchado y un terrible moratón en la mejilla. Demasiado había hecho ya.

El padre Pilip se asomó al patio interior del castillo y observó a los guardias sobre las almenas para confirmar que estaban quietos. Miraban hacia el exterior, probablemente para que nadie pudiera advertir desde dentro las largas cabezadas que se echaban.

—Su paternidad, no llegaré al final —jadeó Àine.

—Ayúdame a echármelo sobre la espalda y yo me encargaré del resto. Tú ve por delante y asegúrate de que nadie nos sale al paso —propuso.

Dicho y hecho. El párroco cargó el motivo de sus desvelos sobre los hombros como si fuera un saco de patatas terriblemente pesado. Para sus músculos y para su conciencia.

¿Cómo podía un cadáver pesar tanto?

Se lanzó a la noche siguiendo el lienzo amurallado, al que se pegó para evitar ser visto. Las fuerzas lo acompañaron al principio. «No cuesta tanto,

después de todo», pensó. Pero era una impresión engañosa, porque algunos pasos después ya renqueaba. Tuvo que luchar por contener los resoplidos, no fuera que en el silencio de la noche los guardias lo escucharan gemir y todo se fuera al traste. Por suerte, una que no creía merecer, llegaron sin incidentes hasta el final del patio. Cruzaron el pasaje del ala este de la casa señorial, que la conectaba con la muralla, y accedieron a la logia.

Entonces se encontraron con un inconveniente inesperado. En la entrada de la torre sur, uno de los guardias retozaba con una muchacha del servicio. Aprovechaban la oscuridad para hacerse carantoñas y arrumacos. Una actividad tan vieja como el mundo que, en otras circunstancias, el padre Pilip no se habría molestado en atajar. Pero lo que ahora llevaba entre manos era demasiado grave. Tenía que deshacerse de los dos tórtolos para continuar sin ser vistos.

—Dejad que me encargue, padre —le susurró al oído Àine.

La anciana se cubrió el rostro con el manto, tratando de ocultar el lado amoratado. Entonces se plantó frente a los dos enamorados con los brazos en jarras y una mirada furibunda.

—Vergüenza debería daros —dijo, procurando no alzar demasiado la voz.

—¡Señora Àine! —gimió la chica, apartándose de un salto del soldado y tapándose con premura la desnudez.

—Ahora entiendo por qué se te cierran los ojos todas las mañanas, Cían. Y tú —dijo, señalando al centinela—, ¿así es como vigilas el castillo?

—Por lo más sagrado, señora, no me delatéis —imploró él mientras se abrochaba el cinturón.

—Vuelve a tu puesto, y tú a la cama —les ordenó—. Y que no se repita.

Ambos asintieron y en un santiamén se habían esfumado. Ni siquiera se preguntaron qué demonios hacía allí la tata de la hija de Somhairle a semejantes horas. Una cosa estaba clara: no abrirían la boca así ardieran los cielos.

A un gesto de la anciana, el padre Pilip volvió a avanzar. El pequeño descanso le había dado las fuerzas necesarias para alcanzar la logia construida contra la frontera amurallada. El tejado de la galería brotaba del muro y se apoyaba en los arcos columnados que en el extremo oriental casi rozaban con la pared exterior de la casa señorial. Como todas las construcciones similares, tan comunes entonces en tierras europeas, el pórtico estaba abierto en la parte delantera. Tales edificios cumplían, en principio, la función de escenario para ciertas ceremonias, y esa fue la intención inicial de Somhairle al ordenar construirlo; aunque luego se impuso la necesidad. La logia se había

convertido en un almacén donde guardar pertrechos militares varios, además de servir de establo para las monturas de la familia MacDonnell y los oficiales. Los caballos ni siquiera se alteraron con la presencia del párroco y la tata.

Exhausto y perlado de sudor, Pilip pudo al fin descargar el cuerpo junto a sacos y barriles.

—Qué triste final y qué pena más grande —gimió la mujer, derramando lágrimas.

—Lo es —asintió él.

—¿Nos hemos condenado al infierno, padre?

—Ninguna culpa hay en tus actos, hija mía. Ni en los de nadie. Nuestro Padre Todopoderoso entenderá lo sucedido.

No existía convencimiento en su declaración. Sabía que sus actos eran reprochables según la ley de los hombres. Si alguien se enteraba, podían darse por muertos, tanto él como la anciana. En cuanto a Dios…, ni siquiera él estaba seguro de lo que pensaría de aquello.

Descubrió el rostro del cadáver; quedaba algo por hacer antes de abandonarlo. No bastaría para disculpar lo que habían hecho, pero era necesario. Miró directamente aquellos ojos enormes, todavía abiertos; la sorpresa del instante anterior a la muerte se le había quedado grabada en la faz. El párroco le bajó los párpados, pero volvieron a levantarse como si el muerto quisiera torturarlo hasta el final. Lo persignó, dibujando la cruz sobre el rostro acusatorio.

—*Per signum Sanctae Crucis de inimicis nostris libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

El rezo, lejos de aliviarlo, dejó en su paladar el sabor de la ignominia y la traición a sus valores cristianos.

—Que el Altísimo te acoja en su seno, hijo mío.

Àine lanzó un sollozo desconsolado a sus espaldas.

—Descansa en paz, Donnell, de la estirpe de Somhairle.

Paz es lo que él no tendría aquella noche. Y menos la habría tenido de advertir la figura que, oculta entre las sombras de la casa del guarda, lo observaba todo.

19

Dunluce, 1588

Al día siguiente, tal como había prometido a Joan, el padre Pilip se presentó ante Somhairle para pedirle hombres con los que transportar y enterrar a los muertos de *La Girona*.

—Entiendo vuestra petición, mi buen abad —asintió el jefe del clan—. Sin embargo, la empresa que queréis emprender es ardua. Muchos son los cadáveres, por lo que me habéis contado. ¿Imagináis la cantidad de carros y manos que harían falta para moverlos y cavar las tumbas?

—Es deber de todo buen cristiano procurar el descanso de las almas, mi señor. Más aún en mi caso, como siervo de Dios. Con ayuda o sin ella, les daré la sepultura que merecen.

—¿No podéis oficiar una misa allí mismo? —dijo Seumas, con su habitual tono pragmático—. Qué más da si sus cuerpos los devoran los gusanos o las gaviotas.

—¡Seumas, eso es cruel! —le recriminó Ealasaid.

—Es práctico, hermana. Incluso podemos preparar una pira para que ardan, como hacían los antiguos.

Joan, que también estaba presente, dio un paso adelante, aunque había esperado no tener que hacerlo. Odiaba enfrentarse al hijo mayor de los MacDonnell, pero al cuerno si dejaba que tantos buenos hombres se pudrieran sin un sepelio.

—No seré yo quien desprecie vuestras costumbres de antaño, pues he visto la belleza en ellas —dijo, con gesto decidido—. Pero los españoles somos cristianos, y cristiana sepultura requerimos. Apelo una vez más a vuestra generosidad, mi señor.

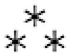
Se dirigió a Somhairle, apartando la mirada de Seumas. De reojo pudo comprobar cómo el hijo mayor acusaba el impacto de un desprecio que, si bien no era intencionado, sí debía de resultarle doloroso.

—Ambos tenéis razón. Así lo haremos: mañana a primera hora enviaré a cuantos hombres del poblado pueda a la zona del naufragio. Yo mismo cabalgaría hasta allí, pero me temo que mis huesos quedarían molidos por el

trasiego. Eso si todavía queda algún caballo que pueda cargar conmigo —bromeó, pellizcándose las lorzas de la cintura.

Joan se arrodilló una vez más ante el jefe del clan y reiteró su agradecimiento. Al dejar el salón trató de evadir las dagas que surgían de los ojos de Seumas.

No lo consiguió.



Durante la jornada siguiente, todo lugareño que disponía de un carro acudió al lugar del desastre. A Joan le sorprendió que se ofrecieran con tanto empeño, habida cuenta de lo dantesco de la labor. Casi parecía que quienes yacían en la arena fueran gaélicos.

—Los irlandeses tenemos un gran apego por los vuestros, hijo —le explicó el padre Pilip, mientras arrimaba el hombro como los demás—. Las leyendas más antiguas cuentan que Irlanda se pobló gracias a diversas oleadas de pueblos que llegaron de fuera. Primero fue Partolón, exiliado de los mares griegos, y luego vinieron otros, como Nemed, los Fir Bolg o los Tuatha Dé Danann. Los últimos que alcanzaron nuestras costas, y que ya jamás se marcharon, fueron los hijos de Mil. De hecho, ellos dieron nombre a la isla cuando eligieron el favor de una de las tres grandes damas que gobernaban estas tierras, Eriu. ¿Sabes de dónde partieron? De tu tierra, de Galicia. Nuestra sangre viene de la vuestra.

—Desconocía tan fascinante historia. Debo reconocer que mi opinión sobre vuestra gente ha cambiado mucho desde que llegué aquí.

Aquello no podía ser más cierto. Los irlandeses o, en este caso, los escoceses reconvertidos, no eran aquellos salvajes de los que le habían hablado, ni mucho menos pordioseros que vestían harapos. ¿Que se mostraban directos y francos a la hora de hablar? Desde luego. De escasos remilgos, tenían poca paciencia para los «vuestras mercedes» o cualquier otra fórmula de cortesía a la que los hombres de bien, o quienes querían aparentarlo, se plegaban en España. Descubrió que eso le gustaba; que uno se sentía más cómodo sin la necesidad de medir cada una de sus palabras. Que la confianza acercaba a las personas.

—Esa es la recompensa que recibe el viajero: una visión sana, una mente más abierta a otras formas de ser y de pensar. El regalo de comprender que la vida no puede ser experimentada solo desde una perspectiva. Como partes de algo mucho mayor, la gloria del Padre, estamos limitados para apreciar su

obra en tanto no regresemos a su seno. Pero nuestros horizontes se expanden y nos acercamos más a Dios cuando aceptamos mirar a través de otros.

—Bueno, como decía Diego de Hermosilla en voz de sus personajes: «Más ven cuatro ojos que dos».

—¡Exacto! —rio el párroco.

A media tarde, el trabajo estuvo hecho. Detrás de la iglesia de San Cutberto cavaron una gran fosa común donde depositaron con esmero a cada uno de los españoles fallecidos; juntos, sin importar cuál fuera su condición en vida. Tanto aristócratas que antes de la empresa no habían conocido la penuria más que en los corrales de comedias, como valentones acostumbrados al malvivir. Todos juntos, gente de la hidalguía y de la hojarasca, pues en la muerte poca diferencia hay entre un alma y otra.

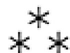
Tampoco es que se pudiese hacer de otro modo. La mayoría de los cuerpos se hallaban irreconocibles a tales alturas, y nadie habría sabido qué nombre grabar en cada una de las tumbas. Así que Somhairle ordenó preparar una losa donde quedara reflejado para siempre que cuantos allí descansaban eran españoles a quienes la muerte había convertido en vástagos de Irlanda. Esposas, padres, hijos y hermanos los llorarían mientras sus huesos se desvanecían en aquella tierra ajena. Ninguno de ellos tendría jamás la oportunidad de despedirse, de dejar una mísera flor sobre la lápida del ser que habían perdido.

Pero otros lo hicieron en su lugar. Todo aldeano y habitante del castillo acudió a la misa que el padre Pilip ofició. Hasta Nicolo, todavía con la pierna herida, quiso estar presente. Lo llevaron entre Llanes y Romero, que habían recuperado sus fuerzas por completo, mientras Diego de Sevilla pasaba el rato mirando a su alrededor. Todavía no se fiaba de los irlandeses.

La eucaristía se celebró en el exterior, junto a la tumba, y resultó solemne y emocionada. Los españoles supervivientes no fueron capaces de hablar. Joan, más que nadie, tenía presente que él podría haber sido uno de ellos. Un golpe de suerte le había permitido escapar de tal destino. O quizás una convicción más fuerte que la del resto.

Una convicción que le parecía vergonzosa cuando miraba a Ealasaid: si ella supiera el veneno que guardaba en su interior, lo despreciaría de inmediato. ¿Quién aceptaría a un hombre corrompido por las ansias de venganza? Una parte de él deseaba dejar de lado aquellos sentimientos infectos y aferrarse a la luz con forma de muchacha que, de pronto, había descubierto. Pero también existía un Joan que solo pensaba en regresar a España y hundir su daga en la otra mujer que había marcado sus pasos.

Y ese era un deseo mucho más fuerte.

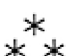


Tras la misa, el español entró en la iglesia para encender un cirio y rogar por la buena ventura del resto de la Felicísima Armada, de la que nada sabía. Rezó para que tuvieran un regreso a casa más plácido que el de *La Girona*. En el peor de los casos, esperaba que, si se habían visto en las mismas, tuvieran al menos una acogida tan grata como él.

Cuando terminó sus oraciones y se dio la vuelta para salir, advirtió que los MacDonnell estaban reunidos junto a la puerta principal. Tenían la vista fija en una placa tallada en el muro y expresión grave. Estaban orando en voz baja, salvo Ealasaid, que lloraba sin consuelo. Su congoja era tal que en un momento pareció perder las fuerzas y caer. Instintivamente, Joan quiso acudir en su ayuda, pero la esposa de Seumas, Màire, pudo sujetarla a tiempo. Entre ella y Ragnall se hicieron cargo, y el español siguió en su sitio, observando sin atreverse a interrumpir la escena.

Los escoceses se retiraron poco después sin reparar en él, y Joan aprovechó para acercarse al lugar donde habían rezado. La placa era en realidad una lápida, con un texto en gaélico que por supuesto no fue capaz de leer. Sin embargo, reconoció el nombre grabado.

Donnell MacDonnell.



Durante el regreso al castillo, los españoles recibieron muchas muestras de respeto. Los lugareños se acercaban, compadecidos, para lamentar la pérdida de aquellos hombres valerosos que se habían embarcado para derrotar a la bestia inglesa.

—Qué diferente serían las cosas si los vuestros hubiesen logrado desembarcar en Inglaterra… —dijo Ragnall—. Para todos.

—Sin duda —asintió Joan.

—¿Y no pensó vuestro rey en comenzar por Irlanda? —preguntó el escocés—. Aquí os habríamos recibido con los brazos abiertos y armados para unirnos a la causa.

—Según parece, fue una de las estrategias que se discutió de inicio, pero se desechó. En cualquier caso, las órdenes de nuestra majestad eran que, una vez las tropas del duque de Parma estuviesen afianzadas en suelo inglés, la Armada se dirigiría a esta isla para liberarla del yugo de la Reina Virgen. Con

esta preocupándose de poner a salvo sus propias enaguas habría sido un auténtico paseo. Pero Dios no lo dispuso así.

—Todavía me cuesta entender que navíos tan robustos como *La Girona* no pudiesen soportar la tormenta —comentó el hijo más joven de Somhairle.

—Piense vuestra merced que las galeazas de la escuadra de don Hugo de Moncada, aunque armadas para ser tan devastadoras como un galeón, no estaban hechas para el gran océano, sino para un mar cerrado y calmo como el Mediterráneo —comentó Nicolo, mostrando sus conocimientos náuticos—. Cuando fue requisada para la empresa, sufrió modificaciones en todo su aparejo para adecuarlo a las nuevas condiciones. Por ejemplo, las velas latinas se sustituyeron por un velamen cuadrado.

—Algo así mejoraría su velocidad de desplazamiento sobre las aguas —asintió Ragnall, dando fe de que sabía de lo que hablaba; al fin y al cabo, provenía de una familia marinera.

—Hubiese ocurrido tal como decís de no ser porque la eslora de *La Girona* y su oposición al viento la lastraban. Al mismo tiempo, era mucho más lenta en la navegación a remo —respondió el condestable del barco naufragado—. Sin embargo, el principal problema, aquel que hizo que la desgracia se cebara con nosotros, fueron los timones: resultó no ser buena idea que se hallaran colgados de codastes curvos.

—Entiendo —comentó Ragnall—. Eso los hacía vulnerables.

—De ese mal padecimos desde que partimos de Lisboa. Ya en la parada que realizamos en La Coruña tuvimos que cambiar uno, y no sería la última vez. Cuando fondeamos en… ¿Cómo se llamaba ese lugar…?

—Killibegs —apuntó Joan.

—Sí, eso… Allí tuvimos que improvisar un nuevo timón con los restos de un navío embarrancado. Pero, como de los retales no se pueden hacer buenas velas, el arreglo no resistió las embestidas con las que el océano nos obsequió al pasar por estas costas. Y, sin gobierno, poco tardamos en irnos contra las rocas.

Después de aquellas últimas palabras del marinero griego se hizo un denso silencio, propiciado por el recuerdo de los angustiosos momentos vividos en alta mar. Mientras caminaba cabizbajo, Joan sintió una poderosa mano sobre el hombro. Somhairle lo aferró como si de un buen amigo se tratara, con tanta familiaridad que el español no acertó a reaccionar al principio.

—Camina conmigo, muchacho —le pidió con aquel vozarrón cansado que, a pesar de ello, intimidaba—. Hay asuntos que deseo compartir contigo.

Joan asintió, aunque tuvo que adaptarse al paso lento de su anfitrión. Ambos se descolgaron del resto. Por delante, Ealasaid se volvió un momento para observarlos y le guiñó un ojo.

—Espero que tus compatriotas descansen ahora en paz —dijo el anciano—. He perdido a muchos y buenos hombres a lo largo de los años: mis hermanos, mis hijos, amigos con los que luché codo con codo… Aunque el alivio que supone la despedida cristiana es tenue, al menos sirve como punto de partida para seguir adelante.

—Gracias por vuestras palabras, mi señor Somhairle. También yo conozco ese dolor desde hace tiempo. Uno lo asume cuando se da en el campo de batalla, donde la parca ronda a todos. Pero acabar de este modo, a merced de acontecimientos a los que no se puede plantar cara, me causa una profunda impotencia.

Aunque el patriarca de los MacDonnell lo ignoraba, Joan se refería a algo más que la caída de *La Girona*. La peor de sus pérdidas no se había dado en las aguas del Mediterráneo a manos de un pirata moro, ni en los campos portugueses, ni siquiera en aquellas aguas norteñas. El momento en que su corazón se había partido en mil pedazos llegó mediante la perfidia, a través de malas artes que no podían ser afrontadas con tajos, por hábil que fuera el espadachín.

—Sí. Todos esos salmos cantados por el padre Pilip, todas esas alabanzas al Altísimo… están muy bien, pero a los hombres como tú y como yo no terminan de llenarnos, ¿verdad? Nuestro mundo es este, el que pisamos, donde hemos sangrado, no uno hecho de nubes y ángeles.

Joan asintió. Había algo en aquel viejo guerrero escocés que le causaba una profunda impresión. Era sencillo entenderlo; un individuo sin ambages, al menos a primera vista. Quizás en los malos momentos despertara en él algún sentimiento reprobable, pero lo que ese día le estaba mostrando era un corazón sincero y abierto.

O, tal vez, simplemente le recordaba a su padre.

—Aunque solo sea por decoro, quería comentarte una disposición que he establecido —dijo Somhairle, rompiendo la quietud—. Mi hijo Seumas, que como sabes acudió al lugar del naufragio, me ha contado que hay mucho que podemos aprovechar del desastre. Ha señalado con especial interés los cañones que no se ha tragado el agua. Serían un gran aporte para la defensa del castillo.

—Os mentiría si dijera que me parece bien que se desgajen los restos de *La Girona*, mi señor —respondió Joan, arrugando la nariz en una mueca de

cierta oposición—. Pero mucho estáis arriesgando por ayudarnos, a mí y a mis compañeros supervivientes. Si las propiedades de España tienen que acabar en manos de alguien, mejor que sea en las de aquellos que con tanta generosidad nos han acogido.

Satisfecho por esas palabras, Somhairle le palmeó la espalda con tanta fuerza que lo hizo tambalearse.

—Mañana enviaré a más hombres para que rescaten lo que puedan. Huelga decir que cualquier pertenencia que deseéis, tú o tus compañeros, será vuestra con solo decirlo —le prometió—. Aunque es mejor que tus amigos empiecen a vestir como irlandeses, por si se presentan ojos ingleses.

—Será complicado convencer a algunos de ellos —rio Joan, antes de volver a ponerse serio—. Hay otro tema que me preocupa: el regreso a mi país.

—Pensaba que estabais a gusto aquí…

—Y así es, no imagináis hasta qué punto —aseguró, pensando en Ealasaid —. Pero… hay asuntos que me reclaman en España. Asuntos de honor que me resulta imposible olvidar.

—¡Ah, el honor! —sonrió el anciano; no era un gesto de alegría, más bien se trataba de resignación—. Eres un hombre bravo, Joan Mateu. Apasionado. Se aprecia en ti con tanta claridad como el color de tu cabello. De hecho, me veo reflejado en tu comportamiento. También yo, antes, anteponía el orgullo a cualquier otra cosa. El nombre de mi familia era lo más importante, más incluso que la propia familia.

«¿Tan transparente soy?», pensó el español. Somhairle había dado justo en el clavo.

—¿Sabes dónde me llevó eso, hijo? Te lo diré: conseguí cuanto creí que quería. Me he convertido en el señor de todo Antrim, tanto por las leyes de Irlanda como por las de Inglaterra; La Ruta y los Glens están en mis manos, y puedo decir sin engreimiento que soy ahora mismo el jefe más poderoso del Úlster. ¿Y sabes cuál es el único pensamiento que me ronda la cabeza cuando hago balance? Que no valió la pena.

Joan, desconcertado ante semejante confesión, se detuvo para mirar al anciano. Detrás de la pátina de hombre recio, dominador de sí mismo, vio un niño apenado.

—Tengo una región fértil donde instalar a los míos, cierto. El problema es que por el camino he perdido a una parte de ellos. A algunos de los más queridos. Primero, a mis hermanos, Coll y Seumas, pero ellos eran mayores que yo y puedo aceptarlo. Entonces, hace unos años, la guerra se llevó a mi

primogénito, Alaster. Y por Dios que cayó con el mayor de los honores. ¿Sabes cómo? Te lo contaré: ese *sassanach* de John Perrot…

Somhairle detuvo su plática al advertir como Joan arrugaba el cejo, confuso.

—Disculpe vuestra merced. Es la segunda vez que oigo esa palabra en vuestros labios…, «sasanok»…, pero no la entiendo. Imagino que es un término en irlandés, y no muy cariñoso.

—*Sassanach*. Lo utilizamos para referirnos a los ingleses que se asientan en nuestras tierras. Y desde luego está muy lejos de ser una lisonja.

—Proseguid, pues.

—Como te decía, el cerdo de John Perrot había sido nombrado lord diputado por la puta Corona inglesa apenas unos meses antes, y no tardó mucho en metérsele entre ceja y ceja hacerse con Dunluce, que ya era mi castillo por aquel entonces. Aprovechó que yo andaba reclutando refuerzos en las Hébridas para marchar sobre la fortaleza.

»Lejos de conformarse con la indignidad de un asedio, Alaster organizó una escaramuza contra una de las compañías inglesas, liderada por un tal capitán Merriman. La batalla se inclinaba a nuestro favor cuando mi hijo se encontró con el oficial al mando. Lo desafió a combate singular. ¿Sabes cómo es eso, muchacho?

—Bueno, en las tabernas y callejuelas de Madrid o Valencia los duelos son cosa común. Incluso en los corrales, entre acto y acto, se dan pendencias entre el público de vez en cuando —respondió Joan—. Aunque imagino que vos habláis de algo más honorable.

—Mucho más. Era tal como se hacía en los tiempos de mis antepasados, fuera en Escocia o aquí, en Irlanda: un combate entre campeones, generalmente los líderes de los dos bandos enfrentados. Era el mejor modo de decidir una contienda, pues solo moría uno y no muchos. Nadie replicaba el resultado, lo amparaban leyes establecidas por los druidas, las Brehon. Sé que todo eso data de cuando no habíamos descubierto al Dios verdadero, pero ya habrás visto que el pasado sigue estando aquí muy presente.

Desde luego que lo había visto. Y seguía llamándole la atención que fueran capaces de luchar con fiereza por defender los postulados de la Iglesia de Roma y, al mismo tiempo, mantener prácticas paganas. En la cultura de tan fascinante pueblo convivían en armonía santos, druidas, monjes y hadas, mientras que en España muchos habrían sido quemados en la hoguera por adorar al diablo.

—El caso es que aquel día el honor estuvo más bien ausente —continuó Somhairle—. Comenzaron la lucha sin que nadie interfiriera, y sé que Alaster lo habría derrotado, pues pocos tan diestros como él ha habido. ¡Ah, nada tenía que envidiar a los héroes que irlandeses y escoceses compartimos! Bien pudo ser la reencarnación de Cu Chulainn, de tan valeroso, bello y aguerrido como era. Por desgracia, aquello lo destinaba a compartir un trágico final.

»Pues alguien se interpuso en pleno combate, uno de los mercenarios que seguían a los ingleses. Un maldito traidor irlandés, que estorbó lo suficiente a mi hijo para que ese Merriman lo hiriera en la pierna. Su guardia personal logró sacarlo de allí antes de que lo mataran, pero nuestras tropas quedaron desmoralizadas. Empezaron a perder terreno y se tocó a retirada. Alaster fue apresado justo cuando trataba de regresar a Dunluce. Le cortaron la cabeza sin miramientos y la llevaron al castillo de Dublín, donde la empalaron.

—La Virgen nos asista… —gimió Joan.

Había vivido de primera mano la crueldad de la guerra. Al grito de «¡España y Santiago!» —y a veces ni eso, que cuando se trataba de endilgar acero más valía llegar en silencio que dando voces—, había visto cometer y cometido mil y una tropelías, a cuál más cruel. Sin embargo, aquello de rebanar una cabeza y clavarla en una pica le pareció propio de otras eras, más salvajes incluso que las actuales.

—Fue esta pérdida la que empezó a llenarme el corazón de hastío. Y luego vinieron las de mi esposa y Donnell, el Altísimo los tenga a todos en su gloria. Ya no le encontraba sentido a tanta batalla y muerte a cambio… ¿A cambio de qué? ¿De un pedazo de tierra? Así que hice lo que juré que jamás haría: hace tres años me arrodillé ante esa reina arpía que se sienta en el trono de Inglaterra. —Hizo un gesto con la mano, rectificando—. Bueno, no ante su presencia, en realidad, sino la de sus malditos representantes y un retrato suyo. La cosa es que acudí a Dublín para rendirle pleitesía. Soporté las miradas de suficiencia, los cuchicheos e insultos a media voz, las risas… Pero la peor afrenta fue contemplar la cabeza de Alaster al cruzar la entrada del castillo. El funcionario de la reina que me acompañaba se aseguró de que no me pasara inadvertida. «Así acaban los traidores», me dijo. A día de hoy todavía me pregunto de dónde saqué la entereza para resistir la tentación de cortarle el cuello. «Mi hijo tiene muchas cabezas», le contesté, como si todo aquello no estuviera carcomiéndome las entrañas. Al menos me quedó la satisfacción de haberlo dejado sin habla.

Joan podía ver la culpa esculpida en sus arrugas y el reproche hacia sí mismo en sus ojos menudos de anciano. Era imposible no sentir compasión

por él.

—Dicen que al llegar a la vejez la vida se vuelve plácida; que el cuerpo y el espíritu al fin pueden disfrutar de una calma bien ganada —continuó Somhairle, dibujando una sonrisa que pretendía, con poco éxito, esconder su amargura—. ¡Por Lug, qué gran mentira! La ancianidad es una maldita daga que te abre poco a poco en canal. Te destripa, saca a la luz todos los errores. Te hace ver que esas victorias que creías importantes palidecen ante el precio que pagaste por conseguirlas. Y surgen nuevas culpas, arrepentimientos que nunca tuviste antes.

Sus palabras afectaron a Joan hasta conmoverlo. Eran tan similares a otras que había escuchado no hacía mucho, en labios de quien lo significara todo para él…

—Por eso te digo, muchacho, que mejor sería que evitaras dejarte llevar por tanta fogosidad. Estamos esperando la llegada de uno de mis barcos de contrabando, el mismo con el que enviamos a tus compatriotas a Escocia —le anunció—. Si así lo deseáis, cuando llegue haremos lo mismo por vosotros. Desde mi país, los míos os facilitarán el paso hasta Flandes.

»Sin embargo, hay otra opción. Quizá sea hombre y viejo, pero no ciego. Veo que mi hija Ealasaid siente un aprecio por ti que jamás había manifestado por nadie. Sufrirá cuando te marches, y ya he visto a demasiados hijos padecer. Así que, si lo deseas, mi casa podría ser también la tuya. Para siempre.

Tal fue la sorpresa que Joan solo acertó a parpadear. Una oferta como aquella resultaba abrumadora, más aún con la sinceridad con que la había planteado Somhairle. Y por el santo padre que su primer impulso fue aceptarla sin más, pero entre los brincos emocionados de su corazón se colaron de inmediato las dudas. Las malditas dudas de siempre.

—No es una decisión fácil, muchacho, lo sé bien. Medítala mientras esperas la llegada del barco. Piensa; piensa si, sea lo que sea lo que tengas pendiente, merece la pena renunciar a cuanto has encontrado aquí.

Y ese era justo el problema. Que no lo sabía. Le resultaba imposible discernir qué era más importante para él en aquel instante: el cariño hacia Ealasaid, que ya no tenía sentido negar, o la promesa que se había hecho dos veces a sí mismo.

La primera de ellas, frente al cadáver aún caliente de la mujer a la que durante toda su vida había llamado madre.

20

Valencia, meses antes del naufragio

La puerta de Serranos, al fin. Si la entrada principal de Valencia, con el Turia a su espalda, resultaba imponente para cualquier viajero, más lo era para los hijos pródigos que regresaban a la ciudad que los vio crecer. Como Joan.

Por debajo del pasaje que unía los dos torreones habían caminado condes, duques e incluso reyes, aunque para recibirlo a él no hubo fanfarrias. Tampoco tenía el ánimo para celebraciones, pero debía reconocer que la vista de las murallas que cercaban la gran urbe le conmovía el corazón, quizá porque ya se sentía predispuesto a las emociones. La luz del mediodía veraniego avivaba la belleza del Campo del Turia y el azul del cielo parecía allí más puro, como si no existiera malicia bajo aquella cúpula brillante. Una sensación falsa, bien lo sabía. Al fin y al cabo, él mismo iba servido de malos pensamientos.

En cualquier caso, a la luz del día era habitual quedar deslumbrado por Valencia. Hasta quienes venían del Madrid populoso, siempre tan pagados de su capital —como si tal cosa no pudiese cambiar en cualquier momento—, caían rendidos como polluelos enamorados. De los labios de don Gonzalo Fernández de Oviedo, famoso cronista de Indias nombrado por el emperador don Carlos, habían brotado declaraciones tan entusiastas como las que se rinden a una bella dama:

> *Yo tengo entendido para mí que es la ciudad de Valencia, la del Cid, una de las muy acompañadas de noble vecindad que hay en nuestra España, de señores y caballeros de título bien heredados, y de ricos ciudadanos, y de todas las maneras de oficiales artesanos que en una insigne y muy bien ordenada república son necesarios.*

Claro estaba que don Gonzalo no había paseado por las callejuelas caída la noche, o tal vez prefiriera omitir esa parte que tan poco lucía en una crónica. Pues no todas las cuchilladas se daban en Madrid. La ciudad del Turia, como cualquier otra gran urbe, disponía de una cumplida tropa de

gente de mal vivir, de rufianes gustosos de meterse en baraja día sí y día también, que hacían de las suyas en los mismos sombríos callejones donde se ofrecían las furcias de ropajes blancos, aunque no santos. Pero en tiempos convulsos siempre era de agradecer una visión beatífica, fuera o no real.

El soldado bajó del forcaz en el que un carretero había tenido a bien subirlo, entre los canastos de esparto repletos de pescado y sal que llevaba a la Lonja de la Seda. Sus ojos se encontraron con los del otro ocupante del vehículo, un grandullón de piel oscura y labios gruesos, pero no hubo gesto ni saludo entre ambos. El gigante conocía bien sus obligaciones, y entre ellas estaba guardar silencio mientras no se le preguntara. Tampoco Joan tenía nada que hablar con alguien de su condición. Una condición que quedaba clara no solo por el ébano de la piel, sino también por el raído vestuario, apenas unas alpargatas y unos calzones cortos que en tierras levantinas eran llamados *saragüells*. Y, sobre todo, estaban las marcas de fuego sobre ambas mejillas: una «S» y un clavo. *Sclau*. «Esclavo», en valenciano.

—Desde aquí seguiré a pie —dijo al mancebo que sujetaba las riendas, poco más que un chiquillo con sombrero de paja—. Gracias a vuestra merced por el auxilio.

El muchacho se mostró sorprendido de que alguien lo tratara con semejante formalidad, y más lo estuvo cuando Joan le lanzó medio real a las manos.

Se dirigió hacia el portón de entrada, situado en el cuerpo central que unía ambas torres. La cara que miraba fuera de la ciudad tenía un remate de almenas y barbacana, y justo encima del portal se exhibía la imprescindible heráldica: el escudo de armas del reino de Valencia, protegido a ambos lados por el emblema de la ciudad que sujetaban ángeles tenantes.

Una riada de individuos, cada uno con sus menesteres, guardaban turno en fila para acceder al interior de la ciudad. De todo había, desde labriegos de los campos cercanos que regresaban de sus labores, hasta los clásicos golfillos que correteaban sin más beneficio que gastar su ímpetu juvenil. Y esclavos. Eran casi tan comunes como los nacidos en región valenciana, pues en aquellos días cualquiera podía ser amo de otro hombre a poco que tuviera capacidad para mantenerlo: nobles, artesanos, mercaderes y hasta campesinos, siempre que fueran solventes. Resultaba barato adquirirlos porque los traían en grandes oleadas desde las regiones africanas, y eran muy valorados como trabajadores. Nunca se quejaban, así fueran sus cometidos los más desagradables; aquellos que los individuos libres no aceptaban. Y tal era su

número en la ciudad de Valencia que incluso había un burdel que ofrecía servicios para ellos.

Los portaleros, por supuesto, no se molestaban en preguntar a todo el mundo; solo detenían a quienes transportaban mercancías para cobrarles el correspondiente peaje. No era poca cosa, en torno a unos cuatro dineros valentinos por cada veinte sueldos del valor de la mercancía. Tampoco le dieron el alto a él cuando le tocó cruzar la puerta abatible que salvaba el foso, quizás al advertir la cruz de San Andrés en su chaquetilla.

Al pasar la puerta de Serranos pensó que aquello era algo más que un bastión defensivo o un escenario para ceremonias como la entrada de un embajador o rey de turno. Desde hacía varios meses, tras el incendio que había consumido la Casa de la Ciudad, las torres albergaban también una prisión muy especial. En lugar de a malandrines de poca monta, las celdas habían sido ideadas para acoger a toda esa gente de postín capaz de contrariar a quien no debía. Allí acababan ahora los caballeros y nobles que, en algún momento, cometían algún crimen que su prestigio y su fortuna no podían solventar, a saber: estorbar a otro más grande que ellos o practicar tal o cual rito pagano y, por tanto, inadmisible para la Santa Inquisición. Sobre la puerta esperaban juicio y condena.

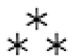
Joan pensó cuán triste era que uno de los símbolos de grandeza de la ciudad, que recogía la llegada de tantos viajeros procedentes de la Serranía, tuviera semejante función. Casi doscientos años de historia, desde que los jurados de Valencia encargaran la construcción a don Pere Balaguer, *mestre de pedra picada*, para acabar siendo el pozo donde tiraban a cuatro señoritos venidos a menos. Pero aquellos eran los días que habían caído sobre las Españas, y más valía llenar la bolsa que ser fiel al honor. Los antiguos códigos caballerescos, si alguna vez fueron reales, tiempo hacía que habían desaparecido.

Dejó atrás el baluarte y recibió de nuevo la luz del sol. Pero, antes de continuar, volvió la cabeza y fijó la mirada en la fachada interior, tan distinta a la que miraba al río. Siempre le había asombrado que la puerta tuviera dos caras tan desiguales: la interna lucía tres grandes salas abovedadas en el piso central, y otras dos en el nivel superior de ambas torres. Todas ellas estaban descubiertas como escenarios teatrales. Semejante disposición, según le contó su padre al ver por primera vez el monumento, obedecía a una cuestión práctica: en el improbable caso de que un ejército enemigo lograra conquistar la fortaleza, su posición quedaría sin resguardo frente a los defensores

alojados en el interior de la ciudad, por lo que mantener la puerta resultaría una tarea de titanes.

Sin embargo, a Joan siempre le pareció que allí había algo más. Que la puerta de Serranos era, de algún modo, una criatura viva. De ladrillo y mampostería, sí, pero con alma y dos miradas: la que dirigía al exterior, magnífica y desafiante; y la otra, más amable, que guardaba para quienes vivían bajo su protección. Por desgracia, en aquellos días las bóvedas habían sido cerradas y reconvertidas en celdas de presos.

El guardián de Valencia había cerrado los ojos como si se avergonzara de los suyos. O quizá solo de uno.



Apenas dos calles más abajo se abría, a mano izquierda, una callejuela que en nada parecía diferenciarse de otras, pero que Joan consideraba su último hogar verdadero. En su corazón sentía que jamás volvería a tener un lugar suyo; especialmente tras lo que sabía que estaba a punto de ocurrir.

Dejó que le cubriera la sombra de las casas que formaban la calle de la Cofradía de los Zapateros; no eran muy altas, pero estaban tan cerca las de un lado y las del otro que poca luz dejaban pasar. Sus pasos se volvieron dubitativos; los brazos le colgaban sin encontrar acomodo y tuvo que esforzarse para contener el temblor en las manos y para evitar que el resuello se le descontrolara. Aunque no era la primera vez que regresaba, bien parecía serlo.

Los pequeños talleres se sucedían. Por sus puertas, abiertas mientras quedara día, escapaba el sonido de las ruecas que aplanaban las trenzas de cáñamo hiladas por los sogueros. Era un sonido monótono y cadencioso que, lejos de resultarle molesto, colmaba su corazón de paz y le aligeraba la mente. Algunos de los vecinos se asomaron, y varios lo reconocieron, aunque no todos se atrevieron a saludarlo. Algo comprensible; el aspecto de Joan resultaba todavía más rudo y poco amigable de lo que recordaban. Y no solo por su vestimenta de soldado.

Valencia, ciudad de artesanos: los gremios se habían extendido por doquier, concentrándose cada uno de ellos en una parroquia concreta, y allí proliferaban los talleres amparados por sus respectivas casas gremiales. En el barrio de San Lorenzo, donde Joan se hallaba, se establecieron la mayoría de artesanos del calzado. La Cofradía de Zapateros había adquirido una casa para sus consejos en aquella misma calle, donde existía además un hospital para

los miembros más pobres. Fue el primer oficio con una casa propia, allá por el año de Nuestro Señor 1369. Ni las Américas se habían descubierto todavía.

Casi renqueando, Joan llegó a mitad de la calle y se detuvo frente a una casa tan humilde como el resto, pero silenciosa. Demasiado silenciosa. Apartó la cortina, que era lo único que impedía el paso, y entró. Una oleada de melancolía le atoró la garganta y se le humedecieron los ojos. El olor a esparto y cáñamo inundó su olfato. Allí, en la pequeña salita que hacía las veces de taller, todo seguía igual, como si el río del tiempo se hubiera congelado: el banco de trabajo, la pequeña mesa giratoria para enrollar la trenza y darle forma de suela, el caballete donde se le cosía la lona, los capazos con las telas ya cortadas en pedazos triangulares o cintas negras… Sí, aquel era el taller de un *espardenyer*, y no podía ser de otro modo. El único problema era que, de tan quieto, parecía muerto.

El aroma a muerte era el más fuerte de todos.

Unos pasos sonaron desde la escalera que daba a la planta superior. Cuando se encontró cara a cara con Rogelio casi no lo reconoció. Hacía menos de un año desde que había estado allí, durante el último permiso, pero en ese tiempo él había envejecido mucho más de lo esperable. Se acercaron para darse un abrazo un tanto frío.

—Me alegra verte, hijo —le dijo él.

Solo era una expresión. Lo único que los unía era el amor por una tercera persona. Rogelio, antiguo amigo de su padre, era uno de los consejeros de la Cofradía de Zapateros y había ayudado a la familia desde su llegada a Valencia. Siempre fue un bastión al que acudir, papel reforzado cuando Albert murió. Él se encargó de cuidar de la madre de Joan cuando este se alistó en los tercios, algo por lo que siempre le estaría agradecido. A la viuda nunca le faltó de nada; incluso le había proporcionado operarios para ayudarla en el taller.

Por supuesto, no era tan ingenuo como para ignorar que existía un interés personal por parte de Rogelio, quien se había pasado años bebiendo los vientos por María. En vida del esposo, jamás dio muestras de sus sentimientos, pero viudos ambos, y pasado el luto por el esposo de una y amigo del otro, él le reveló lo que palpitaba en su corazón. Recibió frutos, aunque tuvo que conformarse con los restos de cariño que le quedaban a María: un sentimiento más cercano al agradecimiento que al verdadero amor. Pues ese siempre pertenecería a Albert.

La idea de que su madre rehiciera la vida con otro hombre había perturbado a Joan en su momento. Al saberlo, le pareció inaceptable, pues

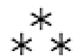
entendía que manchaba la memoria de su progenitor. Luego, con más años a cuestas y conocedor de los zarpazos de la soledad, comprendió que todo cuanto sirviera para hacerla feliz merecía gratitud por su parte.

—¿Cómo está? —preguntó el joven, acongojado.

—Muy débil. Apenas es capaz de hablar. Le queda tan poco que el cura ya le ha dado la extremaunción y la ha confesado. —Al decir aquello se le rompió la voz y tuvo que tomar aire para seguir hablando—. Temía que no llegaras a tiempo.

El soldado apretó los dientes y tensó la mandíbula.

—Ni el más furioso de los mares me lo habría impedido.



Fue una impresión funesta, pero en nada errada: la Cierta había detenido su deambular por el mundo para presentarse en la casa de los Mateu. Joan lo vio en cuanto puso un pie en la alcoba donde yacía el cuerpo de su madre, a duras penas con vida. Enflaquecida y marchita, era la estampa irreconocible de una mujer a la que todavía recordaba lozana, llena de vigor. Por un instante se preguntó quién era aquel despojo, por qué ocupaba la cama de la mujer que más había amado. ¿Dónde estaba ella? ¿Dónde, por el amor del Altísimo?

El cabello oscuro se había convertido en una cascada de mechones grises que ni el moño podía camuflar. El rostro todavía conservaba cierta belleza, aun dañada por los golpes del tiempo y la enfermedad, que lo habían dejado marcado con arrugas aquí y allá.

«No es cosa de los años», se dijo Joan. «Es culpa de las preocupaciones». Rogelio la había ayudado, pero él tenía también sus obligaciones, por lo que la mayoría de las cargas del taller y la casa recayeron sobre María. Sin un reniego ni una mala cara. Dicen del valor de un soldado, pero el auténtico coraje yace en los humildes hogares, en todas esas mujeres que se quedan atrás renunciando a sus sueños, si es que alguna vez pudieron tenerlos. Mientras, esposos y vástagos las abandonan por un motivo o por otro. Joan lo hizo al cumplir la edad para alistarse. Y, aunque enviaba sin falta sus sueldos, la gran verdad, la gran vergüenza que lo laceraba era que siempre había agradecido la liberación que suponía la distancia.

Se arrodilló al lado de la cama. La respiración de la yaciente era tan tenue que casi parecía haber pasado ya a mejor vida. Se asemejaba a un arbolillo abatido, agitado por un viento frío. Pero cuando las pieles de madre e hijo entraron en contacto hubo un ligero aliento. María abrió los ojos y volvió el rostro hacia él. Y, por mucho que le costara reconocer la máscara agrietada en

que ella se había convertido, Joan advirtió que en aquellos ojos todavía quedaba ánimo, una ilusión que aumentó al cruzarse las miradas. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía ella mantener aquella alegría, aquella… dignidad?

—*Fill meu…* —fue lo único que dijo.

Por un momento, Joan creyó que iba a desmayarse de la emoción. Se abalanzó sobre la mujer para tomarla entre sus brazos y arrebujarla en su pecho. La sintió estremecerse y llorar sin advertir que también él lo estaba haciendo.

—*Mare…* —gimió.

No supo cuánto tiempo estuvieron así, pero ambos derramaron las lágrimas que habían estado conteniendo para mostrarse fuertes. Porque en eso eran iguales: abnegados, de esas criaturas que esconden sus sentimientos para no parecer vulnerables. Uno por orgullo, y la otra por no preocupar a nadie.

María, al fin, apartó un poco la cabeza. Miró a su hijo con ojos tiernos y luego reparó en la cadenita que pendía de su cuello. Con mano temblorosa, sacó la medalla de debajo de la camisola y la contempló.

—Nunca me la he quitado, *mare*.

—Lo sé, cariño —asintió ella—. Y también sé que nunca lo harás.

Mil agujas se le estaban clavando en el corazón, una tras otra, y mil más cuando tomó la escuálida diestra de la mujer entre sus dedos, con delicadeza, pues temía que se quebrara como una corteza podrida. Menos de un año desde que la viera por última vez… Cuán rápido había trabajado la enfermedad. Cuán puta, malcarada y traidora.

—Un poco más y no llegas… —logró decir María en un hilo de voz que su hijo apenas escuchó, por lo que se acercó más a sus labios.

La moribunda esbozó una leve sonrisa a la que Joan solo pudo responder con una repentina risa mezclada con sollozos. A María la cercaba la fatalidad, pero todavía tenía tiempo para bromear con su hijo, como siempre había tratado de hacer, incluso en los peores momentos.

—Eres tan cabezota que habrías esperado todo el tiempo que hiciera falta —le respondió él.

Casi no pudo terminar la frase. Las fuerzas le flaquearon y se derrumbó de nuevo sobre su madre, a lágrima viva, rabiosa, llena de dolor y de impotencia. Él, un agente al servicio de la muerte, a quien tantas almas había legado a espada y vizcaína, recibía ahora lo que sin duda tanto hizo padecer a esposas, madres y otros hijos. Sí, eran cosas de la guerra y nunca hubo gozo en ellas, pero el dolor es el dolor, y al que se queda atrás poco le importan los motivos.

—Ya, *fill meu*. —Sintió que su madre le tocaba el cabello con aquellas manos tan diestras en otro tiempo; quizá pretendía levantarle la cabeza, pero su fuerza estaba tan menguada que solo lograba acariciarlo—. Pronto tendrás tiempo de llorar, pero ahora debo decirte algo.

Joan la miró de nuevo. Sabía que le debía algo.

—Lo siento mucho, *mare*. Siento no haber estado a la altura, no haber hecho las cosas de otro modo. Si me hubiera quedado a tu lado, tal vez…

María posó sus dedos en los labios de Joan, acallándolo. Apenas pudo sostenerlos antes de que volvieran a caer sobre la cama.

—No quiero abandonar este mundo con disculpas sin sentido, *fill*. Fui yo quien te animó a alistarte, y mucho has hecho enviándome tus soldadas… siempre que has podido. Así que olvida cualquier sentimiento de… de… culpa y, sobre todo, de rencor. Ya me voy, siento como me voy, en busca de tu padre. Cuando lo haga…, recuerda que siempre te quise como si… como si te hubiera parido…

—Ni aunque hubiese sido así te habría amado tanto… —sollozó.

—Te pediré algo en honor de ese amor. —Pudo advertir cómo ella intentaba reunir fuerzas—. Tras lo de tu padre… Aquello te oscureció el alma, hijo… No quiero marcharme sin que me prometas que dejarás atrás el odio. Prométeme… —Su voz, ya agotada, empezó a desvanecerse; los ojos se le cerraban—. Prométeme que no habrá… que no habrá…

Se iba. Joan rompió a llorar de nuevo, volvió a cogerla de la mano, y desde el otro lado de la cama también Rogelio se volcó sobre aquella a quien tanto había querido, en un vano intento de acompañarla. Sollozos y gemidos que se cruzaban y que escondieron la última y casi inaudible palabra de María.

—Venganza.

Y así quedó vacío el cuerpo de aquella mujer bondadosa, esposa fiel, madre por voluntad propia. Entre tanto sufrimiento, con el corazón hecho añicos, Joan olvidó cerrar la promesa que se le había demandado. En lugar de eso, hizo otra, que no expresó en palabras pero grabó a cuchillo de matarife en su corazón.

«Pagarás por esto, Magdalena. Y esta vez no esperaré».

21

Dunluce, 1588

Los primeros carros cargados con los restos de *La Girona* comenzaron a llegar a Dunluce hacia el mediodía. La suerte, burlona por acudir en ayuda de los objetos y no de los hombres, permitió a los jornaleros rescatar una gran cantidad de pertrechos. Varios baúles habían quedado atorados contra el arrecife, flotando gracias a su liviano contenido de ropajes lujosos: camisolas de satén y seda, chalecos de terciopelo con botones de oro azteca, chaquetillas cargadas con insignias de diversas órdenes de caballería… Debían de ser parte del equipaje de algunos de los oficiales de más rango, pues un soldado raso jamás podría permitirse tan ostentosos enseres. Entre aquellos tesoros se mezclaban camafeos bizantinos de lapislázuli, relicarios, armas grabadas, monedas y medallas militares otorgadas a dueños, que ya no podrían hacer gala de ellas.

No obstante, lo que más asombró a los irlandeses fue un cajón repleto de una especie de frutos. Al principio creyeron que se trataba de algún tipo de legumbres gigantescas y deformes, pero los españoles les explicaron que eran unos tubérculos a los que ellos llamaban patatas. Un cultivo que hacía poco que existía en tierras españolas.

—Los colonos de las Indias Occidentales trajeron las patatas a nuestro país. Allí, los nativos las cultivan como alimento básico, pero es una vianda deliciosa y muy útil para las largas travesías, ya que no se pudre tan rápido —comentó Romero.

—Curioso manjar… —dijo Ealasaid, mientras las olisqueaba.

Las mejores piezas que pasaron a manos de los MacDonnell fueron los cañones. También las más arduas de conseguir, por la complicada posición en que habían quedado. Solo tres de las armas se mantenían por encima de las aguas, pero tan trabadas entre tablas y maderos astillados que tuvieron que idear varios ingenios de cuerdas y poleas para hacerse con ellas. Al final pudieron recuperar dos de los artilugios; el tercero se fue al fondo de la bahía durante los intentos de rescate.

La muchacha, que observaba con interés la descarga de los carruajes, se detuvo a examinar la artillería y advirtió que ambas armas habían sido grabadas con imágenes de diversos santos. Le pareció una extraña costumbre: marcar instrumentos de muerte con advocaciones de hombres que defendían la palabra de la paz y el amor al prójimo… Resultaba en cierto modo enfermizo. Pero no podía negar que eran piezas de una factura extraordinaria, incluso para quienes no se sentían inclinados a la guerra. Recorrió con los dedos uno de los grabados sobre la piel de hierro fundido. «S Rocho», se leía debajo de un santo con bastón de caminante y un pequeño perro que lo acompañaba.

—San Roque, patrón de los peregrinos… —le dijo alguien.

Al volverse, Ealasaid se encontró con uno de los náufragos, Jorge de Nicolo. Como condestable de *La Girona*, había querido estar presente para identificar en la medida de lo posible los objetos que se iban acumulando en la logia.

—Peregrino que la Santa Iglesia canonizó recientemente —señaló ella—. Conozco la historia de la mayoría de los santos gracias al padre Pilip.

—Entenderá vuestra merced que me sienta un poco identificado con él —rio, señalando su pierna herida y el bastón que llevaba para apoyarse.

—Me alegra ver que estáis mejor.

—Demasiado bella es esta tierra para quedarse postrado en el lecho durante mucho tiempo —dijo. Luego sonrió, le tomó la mano y la besó con delicadeza—. Y más aún su gente, en especial las mujeres irlandesas.

Ealasaid le rio el gesto con coquetería. Sobre todo cuando advirtió que Joan, que también rondaba por allí, se quedaba mirándolos con expresión desconcertada, primero, y seria, después.

—Sois muy galante… —Aquello la había tomado por sorpresa; la planta enorme del soldado le daba un aire de pocas luces y modales cortos.

—Cosas de la sangre. Aunque provengo de Zante, en Grecia, mi abuelo era italiano. Pero descuidad, no hay más intención que la que veis. En ningún caso querría contrariar a mi señora esposa, cuyo genio hace palidecer incluso a la tormenta que nos ha traído aquí. Y no querría ser como uno de esos libertinos de las comedias, pues ya se sabe cómo acaban.

La muchacha volvió a lanzar una pequeña carcajada, pues también gracias al padre Pilip había leído alguna de aquellas obras y podía hacerse una imagen de la situación: dos amantes sorprendidos por la visita a deshora del marido cornudo, a quien, como era norma tanto en España como en Irlanda, faltaría tiempo para sacar la espada y retar a un duelo al beneficiario de las

atenciones de la infiel. Un reto que en la vida real solía acabar con alguno de los protagonistas cosido a cuchilladas.

—Seguro que la echáis de menos.

—Por supuesto. ¡Solo confío en que tenga paciencia para esperarme antes de buscarse otro marido! —se carcajeó.

Ealasaid rio la chanza y luego siguió con el examen de los restos. Los ojos se le detuvieron en un par de cofres idénticos, apartados en el rincón de una de las mesas. Eran dos arquetas rectangulares de nogal, bellamente decoradas, con base moldurada y tapa superior abatible. Los adornos, de hueso en su color natural o teñidos de verde, se extendían en una red de lazos que creaban figuras como estrellas, flores y una cruz latina. La tapa tenía un asa abalaustrada y en la parte frontal, a modo de cerradura, un escudete de metal dorado. Por milagroso que pareciera, las llaves no se habían perdido. Alguien fue lo bastante prudente para atarlas a las asas con un cordel.

—Dos piezas magníficas, vive Dios —le dijo Álvaro Romero, que también andaba cerca—. Mudéjares, si no ando errado. Mi padre era ebanista, además de aficionado a las tascas, así que reconozco ese estilo de talla. Era habitual en los talleres granadinos de tradición nazarí de principios de siglo. Ya no se ven muchos en estos tiempos, así que puede imaginar vuesarced cuán valorados llegan a ser. Es de suponer que estos pertenecerían a algún noble que viajaba a bordo de *La Girona*. Dignos de la hija de un alto señor, si así lo deseáis.

—Me resulta inadecuado tomar ninguno de estos objetos. Sería como aprovecharse de tan terrible desgracia —respondió ella.

—Si no lo hace vuestra merced, lo hará algún otro que lo merezca menos —dijo el español, alejándose de la mesa.

El comentario hizo reflexionar a Ealasaid. Le había dicho a Romero que le parecía de mal gusto quedarse con los restos del naufragio. Sin embargo, uno de ellos la atraía mucho más que aquellos cofres tan hermosos. A sus ojos, el auténtico tesoro de *La Girona* no era un objeto, sino una persona: Joan. Estaba presente en casi todos sus pensamientos, por mucho que se negara a reconocerlo ante él. ¿Debía decidirse a reclamarlo para sí antes de que otra lo hiciera? A no ser que ya hubiese sido tomado antes de su llegada a Irlanda.

—Y… —dudó a la hora de plantearle la cuestión a Nicolo, que seguía a su lado—, el caballero Joan… ¿Hay alguien que lo espere en España?

El rubor se fundió con el tono escarlata de su cabello cuando el griego la contempló, divertido.

—Me gustaría responder a vuestra merced, pero lo cierto es que conozco muy poco de él. Apenas intercambiamos comentarios durante el viaje. Comprendedlo: muchos éramos a bordo de *La Girona*, y más todavía cuando acogimos a los náufragos de otros buques. En cualquier caso, Joan parece acostumbrado a cargar con penas y secretos.

Sí, tal era su impresión también. Y pensaba que aquello no era bueno, que lo complicaba todo demasiado. Por otra parte, le agradaba haber descubierto a alguien que era más de lo que podía contemplarse a simple vista.



Los restos del naufragio no fueron lo único que llegó al castillo aquel día. Somhairle había invitado a los náufragos a almorzar con él con la intención de limar cierto enojo, por parte de alguno de ellos, en torno al saqueo del barco. Diego de Sevilla era el más huraño al respecto, aunque se guardaba mucho de manifestarlo en voz alta. Se había mostrado desconfiado desde la primera mirada dedicada a Ealasaid. A veces se lo veía cuchicheando en castellano con sus compañeros, mientras miraba acusatoriamente aquí y allá.

En mitad del ágape llegó a la carrera uno de los centinelas de la torre de guardia. Su acaloramiento pronto fue el de todos los comensales.

—Una comitiva se acerca. Enarbola bandera inglesa.

De inmediato, los españoles se levantaron con rostro intranquilo y el cuerpo en tensión. Somhairle se apresuró a calmarlos.

—No temáis. Sois mis protegidos, y no faltaré a mi palabra. Pero sería conveniente que os escondierais. Ealasaid, encárgate de ello.

La muchacha asintió. Sin pensarlo demasiado, tomó a Joan de la mano y condujo a los náufragos por los pasillos de la casa señorial hasta el patio trasero. En el suelo, junto a la torre norte, había una reja de barrotes forjados. A simple vista era solo un desagüe por el que evacuar el agua de lluvia, pero la realidad resultaba más apasionante.

—Tenemos que abrirlo.

Joan, Llanes y Romero se aprestaron a obedecerla. La verja era pesada e hizo falta el esfuerzo de todos ellos para apartarla. Quedó al descubierto una bajada con escalones tallados en la roca, que se adentraba en las oscuras profundidades del castillo. Aquel era uno de los muchos secretos de Dunluce: el acceso a una cueva natural bajo el promontorio, la misma que hacía de embarcadero oculto para los navíos escoceses que arribaban con mercancías de contrabando. Una práctica más antigua que los MacDonnell, que los anteriores dueños del lugar e incluso que el mismísimo castillo. Se remontaba

a los normandos, quienes lo habían utilizado para idéntica tarea hasta que comprendieron lo adecuado de levantar una fortaleza en un punto tan ventajoso.

Ealasaid y Diego de Sevilla ayudaron a Nicolo a descender los peldaños. Tras seguirlos, los otros volvieron a colocar la reja tal como la habían encontrado. La muchacha los apremió a agazaparse en la oscuridad, en silencio, a la espera de que el peligro pasara.

—Mi padre nos avisará cuando todo acabe —les prometió.

—Odio las grutas oscuras —se quejó Nicolo.

Nadie le respondió. Se creó un silencio tan intenso que Ealasaid pudo sentir la cercanía de Joan. La muchacha se estremeció al notar su cálido aliento sobre el cuello.

22

Las reglas protocolarias dictaban que Somhairle y su hijo Seumas, como señores de Dunluce, debían recibir a cualquier representante de la reina. Pero los jefes irlandeses, y ni hablar de los escoceses, solían hacer las cosas a su modo. Quizás hubieran tenido que plegarse a la Corona inglesa para colmar sus ambiciones, pero desde luego no pensaban arrastrarse a besar las botas enfangadas de un simple subalterno, por muy lord que fuera.

Así que el patriarca de los MacDonnell esperó en su salón de invitados al emisario inglés, lo que permitió a Roderic asistir al encuentro. No era la primera vez que veía al capitán Christopher Carleill. Cuando este había tomado posesión de su cargo como condestable de Carrickfergus, unos meses atrás, se presentó ante Somhairle. Le dio la sensación entonces de que se trataba de un hombre cabal, para ser un inglés, alguien cuyo único interés parecía ser hacer bien su trabajo. Y no cabía negar que tenía una estampa apuesta: era uno de esos caballeretes engalanados de manera distinguida que mantenían la compostura incluso después de largas horas de cabalgada. Sin embargo, había algo en él que lo delataba como algo más que un noble remilgado. Tras los ropajes se adivinaba a alguien firme y capaz.

—Mi buen Christopher, es un placer teneros en Dunluce de nuevo —lo saludó el anciano, con una simple inclinación de cabeza y sin hacer referencia al título ni a la calidad del visitante. Era su modo de reafirmarse, de dejar claro que en Antrim nadie estaba por encima de su autoridad; y menos alguien puesto allí por los ingleses—. ¿Qué os trae por aquí?

—Nos traen las robustas patas de nuestros caballos. Pero, si os referís al motivo, creo que a estas alturas lo sabéis muy bien. Sin duda, ya habréis tenido noticia de lo ocurrido con la Armada española y la suerte que muchos de sus barcos han corrido cerca de nuestras costas. Desde Londres y Dublín me piden que recorra la región en busca de posibles náufragos.

Había intención en los ojos de Carleill. Roderic era hábil calando a las personas, una cualidad entrenada durante toda su vida y fortalecida desde su llegada a Dunluce. La tarea que se le había encomendado requería estar atento

al comportamiento de cuantos lo rodeaban. Los secretos mejor guardados se amparan en el silencio, pero se revelan en las miradas.

—Por supuesto, la cabeza todavía no me flojea tanto —se rio Somhairle, tras lo cual se levantó del asiento con forma de trono instalado en el estrado de la sala, como si de un rey se tratara—. ¡Ah, pero advierto lo descortés que estoy siendo! Tendréis los huesos molidos después de vuestro viaje. Seguro que agradeceréis tomar un buen vino y algún alimento.

Un gesto bastó para que Roderic tomara de nuevo el papel de mayordomo que se le había encomendado, aunque sus deseos eran otros. Mientras se retiraba para preparar a los criados y el almuerzo, reflexionó. Se le había abierto una nueva puerta. Bastaba con que alzara la voz ante Carleill y revelara la presencia de los españoles que Somhairle escondía. Nunca tuvo la oportunidad de denunciar a los anteriores náufragos, pues Somhairle los había embarcado con premura, pero esta vez los supervivientes estaban allí, en Dunluce. No irían a ningún sitio mientras el barco no regresara, lo que le daba tiempo para actuar. Sin consecuencias, ya que el inglés lo protegería, y, como recompensa, abogaría para que obtuviera lo que tanto deseaba. Fantaseó incluso con la idea de hacerlo de manera pública para deleitarse con la cara del anciano jefe. Lo colmaría de felicidad que Somhairle probara de su propia medicina.

Sin embargo, tuvo la sagacidad de no precipitarse. Había pasado demasiado tiempo esperando un desenlace perfecto a sus intereses como para dejarse llevar por un impulso. En primer lugar, una pequeña patrulla de once ingleses no sería suficiente para contener la previsible cólera de los MacDonnell. Por otra parte, el tono de las palabras de Carleill sugería que no sabía nada de los anteriores ni de los nuevos náufragos, porque otras habrían sido sus maneras en ese caso. Estaba claro que nadie había contactado con el condestable, algo por otra parte lógico: solo hacía unos días que Roderic enviara su mensaje a Cúilín Gaelach dando parte de la llegada de Joan Mateu. Era imposible que las decisiones que se hubieran tomado al respecto de su aviso se hubiesen materializado ya. Si realizaba un movimiento por su cuenta y riesgo, quizás interfiriera con los propósitos de su señora.

Por tanto, se limitó a servir un segundo almuerzo sin desvelar su mascarada todavía. Cuando regresó a la sala seguido de la nube de criados, los soldados que marchaban con Carleill ya habían sido acompañados hasta aposentos más humildes, en el barrio exterior. En la mesa solo estaban Somhairle, sus dos hijos y el condestable de Carrickfergus.

—Echo en falta a vuestra hija —comentó Carleill—. Su belleza resulta un bálsamo para cualquier corazón agotado.

—Anda por ahí, revoloteando como una mariposa —respondió Ragnall con fingida despreocupación—. Me temo que en ese aspecto se parece demasiado a mí.

—¿Siguen los O'Neill empeñados en conseguir su mano? —preguntó, mientras agradecía con la cabeza el vino que Roderic le acababa de escanciar.

—Tanto como mi padre lo está en no ceder a sus peticiones —criticó Seumas, quien parecía desde el primer momento un volcán a punto de estallar.

A cambio, por supuesto, recibió la reprimenda de Somhairle en forma de mirada y reproche verbal.

—No es momento de hablar de eso.

—Cierto. No me interesan, en realidad, vuestras cuestiones familiares —mintió Carleill, pues toda alianza entre los clanes irlandeses era de su incumbencia—; así que dejemos de fingir y vayamos a lo importante. La reina está exultante con el resultado de la contienda naval con los españoles, como es fácil imaginar. Pero quiere que la victoria sea total. Sus órdenes son inapelables: cualquier superviviente español que ronde por Irlanda debe ser apresado y llevado, en primera instancia, a Dublín. Aunque tampoco le desagradaría que solo llegaran los cadáveres.

El dibujo en los labios y las arrugas en la nariz y la frente daban forma al asco de Carleill. Estaba claro que las órdenes de Londres no lo satisfacían.

—Estaremos atentos, si eso es lo que queréis —aceptó Somhairle, mientras olvidaba remilgos para tomar con las manos un muslo de pollo de su plato; un suspiro después ya tenía la barba empapada de salsa—. En cualquier caso, por ahora solo hemos encontrado las baratijas de uno de esos barcos, que hemos rescatado para nuestro uso.

¡Qué hábil mentiroso era aquel vejestorio! Ni el más leve tartamudeo, ni una mueca que revelara la farsa. No era extraño. Por mucho que ahora asegurara que se arrepentía de su actitud pasada, Somhairle había logrado cuanto tenía mediante el engaño y la traición. Nunca tuvo reparos en lamer el trasero de cualquiera que pudiera reportarle una ventaja, ni en clavarle una daga por la espalda cuando ya no lo necesitaba.

—Dudo que lord Fitzwilliam considere «baratijas» los dos cañones que he visto.

La mención del lord diputado hizo que los hijos de Somhairle fruncieran más el gesto. Su fama de hombre despiadado recorría Irlanda de norte a sur.

Roderic detectó en Seumas una lucha interna: daba la sensación de estar a un paso de soltar la lengua. Si lo hacía, el mayordomo perdería su oportunidad.

—Seguro que entiende que estamos en nuestro derecho —atajó Somhairle.

—Es posible. Al menos mientras sus preocupaciones sean otras. Por ejemplo, que la animadversión de las familias irlandesas hacia la Corona las lleve a apoyar a cualquier náufrago español. Eso no lo toleraría.

—¿Dudáis de mí? —El anciano, al fin, lo observó con severidad—. Juré lealtad a la reina a la vista de la cabeza de mi hijo muerto. Si eso no sirve de nada…

—El trabajo de Fitzwilliam es dudar de todo y de todos, por eso jamás desearé una responsabilidad como la suya. Demasiadas preocupaciones tengo ya como para además dejarme llevar por una paranoia constante —respondió Carleill, con aire más distendido—. Simplemente aseguraos de no confirmar ninguna de sus sospechas, y las cosas irán bien.

—Así será —concluyó Somhairle, y trató inmediatamente de desviar el tema de conversación—. Imagino que os quedaréis hasta mañana. Ordenaré que os preparen la habitación para invitados…

—No os molestéis. Agradezco vuestra hospitalidad, pero me queda un buen trecho hasta Carrickfergus y deseo llegar antes de que anochezca.

—Nada como el hogar y la cama de uno para descansar, ¿verdad? —dijo Ragnall levantando la copa, encargado como siempre de relajar el ambiente.

—Desde luego. Solo espero que la calma no esté a punto de convertirse en tormenta.

Roderic, en cambio, deseaba justo lo contrario. Deseaba fuego, acero y sangre sobre las cabezas de los MacDonnell. De todos y cada uno de ellos.

23

Los españoles permanecieron ocultos largo rato hasta que Ragnall acudió a buscarlos. El condestable de Carrickfergus se había marchado al acercarse el oficio vespertino, y cuando salieron del agujero ni siquiera se advertía ya la nube de polvo de sus caballos.

—Descuidad, no existe peligro —les dijo el hijo de Somhairle—. Nos hemos asegurado de que esos *sassanach* se alejaran lo bastante antes de venir a por vosotros.

—¡Al fin! —exclamó Romero, levantando la vista hacia el cielo al tiempo que se dolía de la espalda—. Sin intención de despreciar nuestra suerte, yo digo que se vaya al diablo toda cueva que me encuentre desde ahora hasta el final de mis días.

—Vuestro padre ha cumplido con creces —agradeció Joan, haciendo oídos sordos al comentario de su compatriota.

—He dudado de vuestras mercedes, y por ello imploro disculpas —dijo Diego de Sevilla, y se le veía la sinceridad en el gesto.

—No hay necesidad de pedir u ofrecer perdón. ¿Quién os culparía por poneros en lo peor en semejante situación? —lo animó Ealasaid.

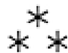
—En cualquier caso, debemos mostrarle nuestros respetos por ello —propuso Joan.

—Olvidadlo por ahora, amigo. Él y mi hermano se han enfrascado en otra de sus discusiones. Ya os podéis imaginar a cuenta de qué.

A Ealasaid se le escapó un suspiro. «Odio cuando se pelean», le había dicho varios días antes. Debía de ser difícil verse atrapada entre dos personas a las que se quiere tanto pero que no cesan de enfrentarse. Deseó con todo su corazón consolarla, pero la cautela se lo impedía. Ya no estaban al resguardo de la oscuridad, sino bajo la mirada y el escrutinio de muchos.

Como fuera, aquel momento de intimidad le volvía una y otra vez a la cabeza. Había sido tan agradable que no dejaba de pensar en la propuesta que Somhairle le había deslizado. Quedarse en Irlanda…, en Dunluce. La idea era realmente tentadora, tan digna de ser tomada en cuenta como la muchacha que gobernaba casi todos sus pensamientos.

Casi todos. Aún había demasiado odio en su interior. Notaba aquella bola de rencor que le daba vueltas en el pecho, arañando su conciencia y gritándole que una mujer no bastaba para desentenderse de las responsabilidades que se había impuesto a sí mismo.



El último carro con restos del naufragio llegó poco antes de que la campana de San Cutberto tocara a vísperas. La mayoría de objetos fueron almacenados en uno de los edificios del barrio exterior, junto a la destilería. Los españoles, acompañados de Ragnall y Ealasaid, revisaron los pertrechos y pidieron para sí varios enseres, tal como Somhairle les había permitido: algunas prendas —aunque ahora vestían al estilo de los escoceses—, fruslerías, como unos broches, o una hermosa vihuela que, por puro milagro, había sobrevivido intacta. El instrumento se lo quedó Jorge de Nicolo, que otra vez demostró que tras su aspecto de marinero bruto había un alma sensible.

—No es mi laúd, pero agradezco que mis dedos puedan pulsar de nuevo unas cuerdas —dijo, tocando algunas notas.

—Sin duda sois una caja de sorpresas —asintió Ealasaid, a quien fascinaba la música—. No os tenía por un artista.

—Las travesías por mar son largas. Es bueno tener algo con lo que llenarlas.

—¿Tocaréis algo para mí durante la cena? —coqueteó.

—Nada podría inspirarme más que vuestra belleza, señora.

Joan asistió con auténtico fastidio al intercambio de lisonjas entre ambos, aunque se cuidó mucho de admitirlo. Le hervía la sangre cada vez que, de reojo, examinaba la empalagosa escena. ¿Acaso no había dicho el de Zante que tenía esposa en su puñetera isla? ¡E hijos! Se preguntó a cuento de qué le daba ahora por pelar la pava con una mujer que no era la suya. Aunque, bien mirado, tampoco Ealasaid era la de Joan. Y, mejor mirado aún, parecía que ella estaba en realidad jugando con él, pues la mayoría de las miradas eran para el ofuscado español y no tanto para el griego galante.

—Si lo quiere vuestra merced, puedo tomar a Nicolo de la oreja y apartarlo de la muchacha —le propuso, en tono jocoso, Pedro Llanes—. En cualquier caso, entiendo que le dedique tantas atenciones a la hija de Somhairle. Estas irlandesas tienen algo que hechiza. Fijaos qué hechuras… Aunque creo que ya las conocéis de memoria.

—¿También vuesarced? —se quejó Joan—. Mejor si dejamos de pensar con la entrepierna y ocupamos la mente en menesteres de más provecho.

—Si eso es lo que os place… —respondió el otro, con sorna.

Se dejaron, pues, de comportamientos propios de bisoños enamoradizos. Ambos demostraron su condición de soldados al poner la atención sobre algunas de las armas recuperadas antes que en las ropas elegantes de los nobles fallecidos. Varias de tales prendas valían más dinero del que un combatiente vería en su vida, así reuniera todos sus sueldos en uno, pero en aquella situación de nada les servía ir emperifollados como señoritos. Munición para el pistolete de su compañero, otro para sí mismo y un par de vizcaínas con guarnición de concha eran elecciones más cabales.

También había por allí una espada de digno acero toledano, una pieza magnífica propiedad de otro de aquellos hombres de alta casa. Joan la hizo suya con rapidez, aunque le importaban poco el repujado y la fina decoración; valoraba que se tratase de un arma bien equilibrada, flexible y que, como cabía esperar de un acero forjado en Toledo, seguía afilada. No existían en el mundo conocido o por conocer maestros espaderos como los de aquella tierra. Sus armas habían brillado bajo el sol de Flandes, a orillas del Rhin, en las aguas del Mediterráneo y en las distantes selvas de Nueva España. Se decía que incluso acudían forjadores de Damasco para aprender las artes de aquellas hojas. «Vencedora espada, de Mondragón tu acero y en Toledo templada», decían los versos.

El ejemplar que sostenía Joan era una espada ropera con guarnición de lazo, que cubría la mano de los posibles mandobles del enemigo. Según lo habitual, la hoja era lo bastante ancha para ser usada a la manera de un arma de corte, pero al mismo tiempo resultaba efectiva para clavar. «Me fecit Joanes», podía leerse en un grabado sobre el lomo de la hoja. Rozando el inicio de esta, se hallaba la firma del maestro espadero, una «A» dentro de un cuadrado. El forjador, por tanto, era uno de los Juanes de Toledo, que no eran pocos los que se llamaban así y todos parían excelentes aceros: Juanes de la Horta, de Muleto o de Ariza, Juanes de Alquiniva, Juanes el Viejo… Joan no reconocía la marca, pero poco importaba cuál de ellos hubiera trabajado el metal. En cualquier caso, era seguro que abriría tajos profundos y lograría buenas estocadas.

El tercio levantó el arma y los haces mortecinos del sol incidieron en ella.

—Oh, no está mal vuestra espada si lo que deseáis es pelar una manzana —se burló Ragnall.

—O ensartarla —siguió la chanza el español, realizando un movimiento al aire que simulaba una estocada—. Y quien dice una manzana dice el vientre de un inglés.

—Dudo que pudiera algo contra una buena *claidheamh mòr* escocesa —replicó el medio irlandés.

Para dar fe a sus palabras, el hijo de Somhairle hizo una seña a un chiquillo, uno de sus siervos personales, y le pidió que le trajera su espada. El chico regresó con un arma que era más grande que él y que, como reconoció Joan con una mirada de admiración, resultaba imponente.

Los españoles se acercaron a observar tal maravilla. Era una espada ancha, tremendamente ancha, y su longitud sobrepasaba a la de cualquier toledana en un palmo y medio como poco. Habían oído hablar de aquellas armas, que en Europa se conocían con el término inglés *claymore*: hojas que se blandían con las dos manos y requerían una gran fuerza. Su función no era tanto punzar o cortar, sino herir al rival con violentos golpes. «Quebrantahuesos», las llamaban algunos.

Ealasaid también se aproximó al corrillo. Vio entonces Joan la oportunidad de mostrar su hombría, de adelantarse a Nicolo e impresionar a la muchacha.

—¿Vuestra merced acaba de desafiarme? —se rio Joan ante Ragnall, tratando de aparentar desparpajo.

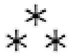
El griterío de los otros náufragos tronó en el almacén. Nada gustaba más a un hombre, fuera escocés, irlandés o español, que un buen combate.

—Pues, ahora que lo decís, teníamos un duelo pendiente —dijo Ragnall —. El patio del castillo será un lugar excelente para cruzar nuestros aceros.

—Que así sea.

Joan buscó la aprobación de Ealasaid a su valentía mientras se dirigían al exterior. Con desconsuelo comprobó que ella se limitaba a lanzar un bufido de hastío seguido de una proclama acorde.

—¡Hombres!



No era la primera vez que Joan se batía en una refriega individual. Ni la segunda, ni la tercera. La defensa del honor y la valentía de los soldados de los tercios iba más allá del campo de batalla. La estampa del piquero que jamás retrocede, así le caigan encima todos los sarracenos u holandeses del mundo, iba bien para dar valor a los ejércitos de España, pero luego, también estaba lo que ocurría más allá del escenario. Detrás de una taberna sórdida, de un lupanar de baja estofa, sin la épica de una bandera. La hidalguía y los buenos modos servían de más bien poco frente al clásico murcio que pretendía aprovechar la oscuridad para endilgar al incauto un navajazo,

quitarle los cuatro maravedíes que pudiera llevar y salir andando con una tonada en los labios.

De esos encuentros conocía Joan unos cuantos, a pesar de que nunca había sido hombre dado a buscar trifulcas. Pero las campañas resultaban largas, y las distracciones entre batalla y batalla, necesarias para conservar un ápice de cordura. A veces, más de las que uno desearía, las cosas se complicaban. Al calor de la charla y del vino, ya fuera infiel o cristiano, para organizar una buena bastaba una palabra de más, un gesto desabrido, incluso algo tan irrisorio como alabar a un poeta por encima de otro. O liarse uno con la mujer que no debía y llegar al día siguiente un espadachín reclamando cuentas por parte del marido cornudo, sin hígados para resolver por sí mismo las afrentas. De ofendidos estaban llenas las Españas y sus cementerios.

Era en esos encuentros imprevistos donde uno aprendía de verdad a tirar de espada. Y más todavía de vizcaína, auténtica reina de las pullas, que solía dictar la última palabra. Resultó que Joan era bastante hábil en tales labores, a pesar de sus intentos por evitarlas. Reservaba odios y acero para quien creía que los merecía por encima de todos, pero a veces resultaba imposible escapar del destino y a más de un prójimo había madrugado sin muchas ganas.

Pero esta vez no tenía enfrente a un camorrista. Aquel era un duelo como ninguno de los que había vivido antes, y debía encararlo de modo distinto. Nada de herir a quien lo había acogido y protegido. Para evitar males mayores, decidieron envolver las hojas con telas con el fin de calmar el hambre de los filos. Aun así, tendría que contener la mano y adecuar su destreza a un rival cuyo estilo de lucha, habida cuenta del arma que sujetaba, tampoco debía de tener parangón con los que conocía.

La actividad del castillo se detuvo cuando ambos duelistas se plantaron frente a la casa señorial. Los sirvientes dejaron sus tareas y se arremolinaron en torno a los espadachines. Las proclamas de ánimo a favor de uno o de otro no tardaron en oírse.

—¡Vamos, Mateu! —gritó Romero, afortunadamente en castellano—. ¡Demostrad a estos follacabras cómo se las gasta un tercio español!

Ealasaid, visiblemente preocupada, se acercó primero a Joan.

—No tenéis que hacer nada de esto para ganaros mi favor —le dijo.

—Descuidad, mi señora, pero se trata de un simple duelo por gusto. No tiene nada que ver con vuestra merced —mintió.

—Sois tan cabezota como un escocés —lo reprendió, y luego le habló a su hermano—. No te propases, Ragnall.

—¡Sí, sí! —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Prometo que no lo partiré en dos. Pero unos cuantos moretones tampoco le harán ningún mal.

Joan respondió a la sonrisa de suficiencia del escocés poniéndose en guardia. Se suponía que, tratándose de un rifirrafe amistoso, podría mostrar su esgrima; esa que rara vez surgía en los duelos de callejón, donde lo importante era acabar rápido con el otro antes de que el otro acabara rápido con uno. No es que su técnica fuera fina, pero sí práctica y contundente. Ragnall, por su parte, se limitó a sujetar el mandoble con ambas manos: la derecha, en el mango; la izquierda, en el *ricasso* sin afilar, justo donde nacía la hoja.

—Vence el primero que toque el pecho o la cabeza del rival —propuso Joan, a lo que el otro simplemente asintió.

Fue el medio irlandés quien lanzó la primera acometida, tan poderosa que sorprendió a Joan. A duras penas logró apartarse de la trayectoria del acero. «¡Por vida de Roque, qué potencia!», pensó. Un impacto directo entre ambos hierros habría acabado con la ropera en el suelo y sus brazos doloridos, así que más le valía adoptar una estrategia de esquiva y desvío. No podía competir en modo alguno con los músculos de Ragnall. Quizá si esperaba a que se agotara…

Sin embargo, las estocadas caían sin cesar, como relámpagos, una tras otra. Y algunas pasaban tan cerca que Joan vio, a la cuarta o quinta vez que eludía el tajo rival, cómo le golpeaba la parte baja del muslo.

—¡Ragnall! —exclamó Ealasaid. Pero ambos hombres hicieron oídos sordos a su reproche.

El hijo de Somhairle, lejos de agotarse, parecía cada vez más vigoroso. El español comprendió que su primer plan no daría resultado, así que decidió jugársela e intentar tomar la iniciativa. Cuando el escocés se aprestaba a lanzar una nueva estocada, logró revolverse aprovechando su menor corpulencia y valiéndose de unos molinetes siempre efectivos si se sabía cómo hacerlos. Aquello contuvo el ataque de su adversario y le permitió, por primera vez, encadenar varios tajos. A diestro y siniestro, como solía decirse.

Ragnall buscó recuperar el ritmo del baile, pero Joan al fin se había soltado. Ahora se batía con soltura, acosando al MacDonnell desde el frente, por la zurda, escorándose casi hasta su espalda… El escocés casi no las veía llegar, y de no ser por la fuerza con la que manejaba aquella espada recia ya habría sido tocado. Pero en la esgrima es tanto o más importante el movimiento del espadachín, y ahí la ventaja estaba de parte del español. Sus fintas enloquecieron al hijo del patriarca, hasta que, al fin, el tercio logró

penetrar su defensa. A una mano, casi rozando con el costado la hoja envuelta de la *claymore,* alcanzó a golpear el pecho de su contrincante. Y así acabó todo.

—Tocado.

Los náufragos levantaron los brazos, saltaron e incluso se abrazaron entre ellos como si hubiesen ganado la más grande de las batallas. Los habitantes del castillo no parecían tan alborozados, pero, aun así, se les veía satisfechos con el inesperado espectáculo. En cuanto a Ragnall, Joan le tendió el brazo a modo de saludo, pero en lugar de eso se encontró con una gran risotada y un abrazo de oso por parte del vencido.

—¡Extraordinario, muchacho! ¡Qué habilidad la tuya! —lo alabó—. ¡Ah, si te hubiera conocido cuando era más joven! Entonces el combate habría estado más equilibrado y tal vez de mi parte.

Sonaba a excusa, pero no dejaba de ser cierto que a pesar de su carácter alegre Ragnall ya pintaba canas en sus cabellos. Debía de contar cerca de veinte años más que Joan. El valenciano, sin embargo, no pensaba dejar que aquello le impidiera alardear un poco de su victoria. Sobre todo delante de Ealasaid.

—Eso nunca lo sabremos. La cuestión es que aquí y ahora se ha impuesto el acero español —dijo, mientras sus compatriotas le palmeaban la espalda y él miraba a la muchacha—. ¿Qué pensáis, mi señora? ¿Ya no estáis preocupada?

—Por vuestro comportamiento infantil, sí, pues no es algo que desaparezca acabado el combate —le recriminó—. Y, en cuanto a mis pensamientos, ronda por mi cabeza que vuestra hazaña tampoco es para tanto. Otros han derrotado a Ragnall en el pasado. Y otras.

—¡Oh, amigo Joan, ahora sí estáis en un aprieto! —se carcajeó Ragnall al comprender por dónde iban las intenciones de su hermana.

—¿Es vuestra merced quien me reta ahora? —preguntó el soldado, que no cabía en sí de asombro—. ¿Qué locura es esta? No puedo combatir con una mujer.

Ealasaid lo miró enojada.

—Y hacéis bien, porque os derrotaría y tendríais que soportar las burlas de todo varón de aquí a Dublín —le dijo, sacándole la lengua como si de una niña burlona se tratara—. Pero si lo rechazáis cargaréis con un deshonor similar. Así que elegid el mal menor.

El soldado español agrió el gesto. Ella tenía razón: hiciera lo que hiciera sería motivo de escarnio. Hasta lo que creía una victoria segura resultaría

vacía, pues no veía qué honor podía suponer derrotar a una mujer. En cualquier caso, aquel era un mal aceptable.

O eso creía.

—Está bien, acepto vuestro… desafío —dijo, con desgana, señalando entonces el vestido largo que llevaba la muchacha—. Pero no vais ataviada adecuadamente.

—Eso tiene fácil arreglo. —Ealasaid tomó la espada corta que su hermano le ofrecía, un arma ridícula comparada con la temible *claymore* e incluso con la ropera de Joan, que la doblaba en longitud. Ni corta ni perezosa, la hija de Somhairle la utilizó para rasgar los faldones de su *léine* justo por el centro, entre ambas piernas, lo que le permitía libertad de movimientos—. Ahora podemos empezar. Me urge acabar con vuestras bravuconadas.

Hubo silbidos burlones por parte de los asistentes mientras se posicionaban el uno contra la otra. A Joan todo aquello le parecía una locura, pero debía reconocer que Ealasaid estaba espléndida. Su porte decidido, la expresión concentrada, los labios fruncidos y sus enormes ojos bien atentos… ¿Cómo iba a atacarla? No se veía capaz. La lastimaría. Aquel mondadientes que llevaba en la mano se le caería de la mano a la primera acometida.

—¿A qué esperáis? —lo apremió ella—. ¿Tenéis miedo?

«Hasta aquí hemos llegado. Una mujer no cuestionará mi hombría», pensó Joan al fin. Y dio un paso adelante, avanzando el brazo armado. Una estocada tan temerosa que a la joven le resultó sencillo desviarla.

—Esperaba más de un aguerrido tercio español —rio Ealasaid.

Y entonces fue ella la que, descarada, se abalanzó sobre Joan con la ligereza del viento. Tuvo la habilidad para pivotar en el último instante, apartarse de la defensa del soldado, y plantarse en su costado. El náufrago, a muy duras penas, logró bajar la espada con un giro de muñeca para interceptar el fulgurante ascenso de la daga larga.

La irlandesa se apartó a la velocidad del rayo, poniendo distancia entre los dos para escapar de la mayor longitud de la toledana. La fluidez con la que se movía resultaba desconcertante para Joan, quien estaba empezando a comprender que lo que había creído desventajas eran más bien puntos a favor de la muchacha. Su menuda estatura y su delgadez la hacían endiabladamente rápida y flexible como un junco. Resultaba tan difícil acertar con el acero en semejante jirón de viento como lo sería estocar sus cabellos flotantes.

—Estaos quieta de una maldita vez —rezongó Joan.

—Vos tenéis vuestras estrategias, y yo las mías —respondió, guiñándole un ojo.

Volvieron a quedar encarados, caminando en círculos. El valenciano empezó a sentir la emoción de la batalla. Quién se lo habría dicho. El resto del mundo dejó de tener importancia. No le llegaba ninguna de las exclamaciones de los espectadores ni atendía a nada que no fuera aquella chiquilla tan arrebatadora.

—Debo reconocer que manejáis bien ese cuchillo… —rio.

La burla pretendía enojarla para que cometiera algún error. En cualquier caso, era lógico que Ealasaid utilizara un arma como aquella, más adecuada para su constitución ligera. Joan dudaba de que él mismo fuera capaz de esgrimir un mandoble como el que había utilizado Ragnall, así que menos podría hacerlo una joven tan delgada.

—No es un simple cuchillo —rechistó ella—. Lo llamamos así, *scian*, pero en manos hábiles es tan efectivo como cualquier espadón de los vuestros.

—¿Dónde aprendisteis a pelear?

—Mi madre me enseñó. Ya os dije que las mujeres irlandesas tienen el corazón de un guerrero. Y cesad ya vuestro parloteo, no lograréis confundirme.

Y aquel huracán con forma de muchacha se le vino encima de nuevo. Qué hábiles sus manos y qué etéreos sus movimientos. Compensaba la falta de técnica con la agilidad y la pasión. Mejor así, pues hasta las lecciones de las escuelas de espadachines más prestigiosas servían de poco en un callejón oscuro, enfrentado uno a malandrines.

Sin embargo, en cuanto Joan le tomó la medida, las acometidas de Ealasaid fueron desvaneciéndose en efectividad. La muchacha era mucho más rápida, pero la mayor longitud de la ropera del español bastaba para mantenerla a distancia. La frustración del tercio venía porque no lograba acertar en ella, pues jamás se quedaba quieta. La cosa parecía apuntar a unas tablas.

Hasta que, al fin, Ealasaid empezó a acusar el cansancio de tanto baile. Joan punteó una estocada directa al corazón que obligó a la joven a interponer su espada corta y detener la hoja haciendo palanca con los gavilanes. Los hierros quedaron bloqueados durante un instante, en el que la mayor fuerza de él se impuso. Con un movimiento de rotación rápido, el soldado dio un tirón hacia un lado, llevándose con la toledana el arma de su rival. El empujón hizo además que Ealasaid perdiera el equilibrio y cayera de espaldas, y la *scian* fue a parar fuera de su alcance.

Joan se arrodilló sobre ella, y, abriendo las piernas, la retuvo con ellas a la altura de su cintura. La apuntó con la espada, sin llegar a tocarla. En lugar de

eso, esbozando la sonrisa del que se sabe victorioso, acercó su rostro al de la muchacha.

—Habéis sido vencida, mi señora —le dijo.

—El combate no acaba hasta que vuestra arma me toque —respondió, y también ella sonrió con la malicia de una niña traviesa—. Y todavía me queda un arma con la que evitarlo.

Lo que pasó a continuación fue totalmente imprevisto: Ealasaid lo tomó de la *léine* y tiró de él hasta que la distancia entre sus caras desapareció. Lo besó en la boca con una caricia ardiente y sus labios encajaron como si siempre hubiesen sido parte de un todo que al fin se reúne de nuevo. La voluntad del español se esfumó; olvidó lo que tenía entre manos, el lugar donde se hallaba, los vítores en castellano y gaélico que habían estallado en torno a ambos y su propia existencia.

Intenso y breve. La gloria bendita siempre resultaba corta. Cuando Ealasaid despegó sus labios de los de él, Joan quedó petrificado como un borracho en el momento más álgido de su ebriedad. Aquello dio la oportunidad a la joven de zafarse de su presa, estirar el brazo y recuperar la espada corta.

Antes de que el soldado advirtiera lo que había ocurrido, la punta de la *scian* tocaba su pecho.

—Y así es cómo luchan las guerreras irlandesas… —le dijo Ealasaid, en tono triunfante, erguida y más hermosa que nunca.

La contempló sin ser capaz de articular respuesta, todavía sentado en el suelo.

—¡Pardiez, así da gusto perder! —bramó Álvaro Romero, que igual que el resto aplaudía a rabiar.

Ealasaid tendió la mano a Joan para ayudarlo a levantarse, mano que él tomó enseguida, porque estaba ansioso por tocarla de nuevo. Ya de pie, se acercó a ella tanto que podría haberla besado otra vez, pero se limitó a susurrarle al oído:

—Espero que no utilicéis una técnica como esa con todos vuestros rivales…

—La reservo para los pretenciosos que me subestiman y otros individuos… especiales —le respondió, con una caída de pestañas coqueta que volvió a poner a prueba su entereza.

Una nueva batalla había comenzado. Una que se libraría en su corazón y que también estaba a un tris de perder.

24

Carrickfergus

Christopher Carleill siempre había preferido las incomodidades del camino a la calidez de una corte. La vida del viajero era simple: dar un paso tras otro, observar el paisaje, detenerse a descansar cuando hacía falta… ¿Qué había de complicado en ello? Añoraba sus días de aventurero.

El cargo de condestable comportaba, en cambio, multitud de preocupaciones, casi todas ellas farragosas. Las peores eran las cuestiones diplomáticas y el surtido de conspiraciones que por lo común arrastraban. Las mentiras y los subterfugios, salvo cuando se trataba de sus propios secretos, le reportaban el mismo placer que recorrer la costa de Antrim en busca de náufragos perdidos en un país ajeno.

Lidiar con los jefes de los clanes irlandeses era una más de tantas tareas desagradecidas. Aquellos señores superaban en orgullo incluso al aristócrata más soberbio de Inglaterra, lo cual tenía sentido en los que no se habían plegado todavía al dictado de la reina. Sin embargo, resultaba desconcertante que quienes habían hincado ya la rodilla, como los MacDonnell, se mostraran igual de prepotentes. Entendía que era una manera de reafirmarse, de acallar hasta cierto punto el hecho de que su gobierno fuese un regalo de quienes aún tenían por enemigos. O más bien una limosna.

Al final, los irlandeses estaban supeditados a las órdenes que llegaban desde Londres, por muchas escenas de dignidad que quisieran interpretar. Aun así, no dudaba de la tentación que para ellos suponía ayudar a cualquier náufrago español, por quienes los isleños sentían un afecto evidente. La entrevista con Sorley Boy no lo había dejado totalmente satisfecho, pues vio en él mucha de esa teatralidad que, decían, le era habitual en otros tiempos. Lo que fue incapaz de discernir fue si la utilizaba por costumbre o para ocultar algo. El viejo zorro era hábil en esos menesteres, y Carleill tampoco quería profundizar demasiado. En aquella situación tan incómoda para su ética personal, la ignorancia podía ser una bendición.

Así que, cuando traspasó de nuevo las murallas de Carrickfergus, lo hizo con la conciencia tranquila. La mayoría de sus patrullas seguían recorriendo

la costa de Antrim en busca de cualquier náufrago de la Armada española, pero en su fuero interno esperaba que no encontraran a ninguno. Él, por su parte, ya había cumplido: tras trasladar las órdenes de Londres al señor de la región podía desentenderse del asunto mientras no hubiera novedades. O eso pensaba.

Supo que algo ocurría cuanto advirtió que Henry Turner, su jefe de mayordomos, lo esperaba en el patio. Descabalgó y dejó su montura a cargo de uno de los mozos de cuadra. Al fondo, junto a un grupo de mujeres del servicio, vio a Mary y casi pudo distinguir sus ojos, tan aliviados por su regreso como dolidos por no poder recibirlo como ambos desearían. Las malditas apariencias y las malditas normas de comportamiento, que de tan anticuadas olían a rancio.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Turner, tratando de apartar sus reflexiones.

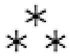
—Algo inesperado, mi señor —respondió—. Ayer, al atardecer, llegó sin anunciarse una noble comitiva. Pidieron audiencia inmediata con vos, pero al no hallaros presente insistieron en quedarse hasta que regresarais. Se me exigió, además, preparar los aposentos para los invitados más ilustres.

—No te vayas por las ramas, Henry. ¿De quién se trata?

—Asegura que es la dama Catherine, de Cúilín Gaelach.

Carleill se detuvo y miró a su mayordomo con los ojos muy abiertos. Aquello sí que no lo esperaba, y menos en aquel preciso momento. De inmediato saltó un instinto que todo soldado desarrolla en combate, esa alarma que de forma sutil indica problemas. No podía ser una coincidencia, y por tanto debía aclararlo cuanto antes.

—Llévame con ella ahora mismo.



La señora de Cúilín Gaelach había sido alojada en una gran alcoba con muros de piedra negra y tapices que representaban leyendas gaélicas colgados entre las ventanas estrechas. Semejante decoración fue idea del propio Carleill, quien reservaba la habitación para los invitados irlandeses de alcurnia. Teniendo en cuenta la animadversión que estos sentían de manera natural por todo lo inglés, creyó que la visión de sus propios mitos resultaría agradable para quien se hospedara allí. Y, durante una negociación, un huésped calmado es siempre más fácil de abordar que uno arisco.

Llamó a la puerta para anunciarse, y, cuando ella le permitió el paso, se la encontró sentada en la gran mesa situada frente a la cama. Lo incomodó un tanto ver que solo vestía un camisón, fino y ajustado, que marcaba la silueta

todavía atractiva de una mujer que no aparentaba las más de cuarenta añadas que tenía. Una larga trenza brillaba en destellos rojizos a la luz de las lámparas de aceite. El único signo de vejez eran las líneas tensas en el rostro; las arrugas en la comisura de los labios y los ojos delataban que había dejado de ser una chiquilla mucho tiempo atrás.

No era la primera vez que se presentaba ante aquella dama. A algunos de los jefes de los clanes ya los conocía de la época de su comandancia en Coleraine, por lo que siempre supo lo que le esperaba. A otros los tuvo por primera vez delante al tomar posesión del cargo de condestable. En ambos casos resultó tedioso lidiar con aquellos hombres, a cuál más orgulloso, escucharlos despellejar al vecino y soportar el velado desprecio que le dirigían. Los O'Neill de Tyrone, por ejemplo, ni siquiera aceptaron recibirlo, lo que Carleill bien podría haber tomado como una ofensa si hubiera sido de la misma pasta que aquellos irlandeses testarudos.

Los O'Cahan, los Maginnis, los Maguire, los O'Neill de Clandeboye, y en especial los MacDonnell de Sorley Boy… Esas fueron las familias que sus consejeros le mencionaron cuando les propuso encontrarse con ellas. Y, aunque las relaciones establecidas distaban mucho de ser cordiales, al menos no se habían tornado agresivas. La calma, aunque fuera tensa, seguía instalada en el norte de Irlanda.

Pero existía otro clan que nadie había tenido en cuenta a pesar de su gloria pasada. Una familia apartada y que ya no tenía más dominio que un pedazo de tierra cedido de manera displicente por el mismísimo lord Thomas Radclyffe, conde de Essex. El único gobernado por una mujer, aunque fuera porque su caudillo padecía de una profunda senilidad y no tenía hijos varones que lo sucedieran. Ya no.

La señora de Cúilín Gaelach se había sorprendido tanto como los consejeros de Carleill cuando el condestable le transmitió la idea de visitarla, meses atrás. Al fin y al cabo, aquel noble clan ya no tenía poder alguno sobre los asuntos de Irlanda. Era una casa condenada a la extinción que poco podía ofrecer. Carleill, sin embargo, consideraba que era una cuestión de justicia, y Catherine fue lo bastante inteligente para advertir una oportunidad en tal gesto de cortesía. Respondió ofreciéndole la verdadera hospitalidad que el resto de irlandeses solo fingía, y algo más: ella misma como esposa. Una generosa proposición que el inglés ni siquiera se planteó aceptar, por halagado que se sintiera. Tal rechazo sirvió, entre otras cosas, para que las habladurías en torno a Carleill y Mary se hicieran más fuertes. A pesar del esmero que el condestable ponía en ocultar sus encuentros con la joven costurera, los

rumores se habían propagado como no podía ser de otro modo en un entorno tan reducido como Carrickfergus.

Catherine lo aguijoneó con aquella mirada que recordaba tan bien. Una lanza gélida, inmisericorde, cargada de un reproche que, aunque no iba dirigido a él, sentía en su interior como si lo mereciera. Comprendía que ella llevara a cuestas una amargura tan envenenada, dados los acontecimientos a los que un día tuvo que enfrentarse.

La pregunta, por supuesto, era qué hacía en Carrickfergus. Justo en un momento como aquel, con el asunto de los españoles en el aire.

—Mi señora, si no estáis presentable puedo regresar mañana a primera hora —se disculpó.

—¿No lo estoy? —se burló ella; aunque su sonrisa fue vaga, exenta de cualquier picardía, como si las bromas no le fueran ya un recurso conocido—. Nunca digáis eso a una mujer, sir Christopher, ni siquiera para ser cortés.

—Mis disculpas. Tenéis razón.

—Habéis hecho bien en acudir a mí enseguida. Las cuestiones por las que estoy aquí son importantes, y hablar ahora os permitirá reflexionar sobre ellas durante la noche. Aunque sea a costa de un sueño reparador.

En realidad, habría deseado salir de inmediato de aquella habitación. Estar allí, caída la noche y junto a una mujer casi desnuda, lo hacía sentirse culpable de algún modo. Como si estuviera traicionando la confianza de Mary.

—Admito que vuestra presencia en Carrickfergus me asombra… No tenéis fama de ser una mujer viajera —le dijo, sentándose en la otra silla que había en la habitación.

—Las circunstancias, que de sobra conocéis, me lo han impedido todo este tiempo. Por cierto, llamadme Catherine. Existe entre nosotros suficiente confianza para ello, teniendo en cuenta nuestros antecedentes. Y, además, creo que es apropiado.

Que una irlandesa nativa aceptara ser llamada con la variante inglesa de su nombre gaélico era sorprendente. El orgullo de las familias locales jamás toleraba semejantes imposiciones. Se decía que Somhairle MacDonnell montaba en cólera cada vez que alguien se refería a él como Sorley Boy.

—Bien, lady Catherine…, ¿me revelaréis el motivo de vuestra visita?

—Antes permitidme que os plantee una cuestión. Vuestro mayordomo me dijo que estabais de viaje por la costa de Antrim, en una partida de búsqueda de náufragos españoles.

—Así es. Sin duda conoceréis lo ocurrido en nuestros mares. La contienda entre la flota de la Corona y los navíos de la Armada hispana ha caído de nuestro lado, y los españoles han puesto pies en polvorosa con tanta premura que muchos de ellos se han estrellado en Irlanda. Uno de los barcos se fue a pique en la zona de la Calzada del Gigante, y el lord diputado Fitzwilliam ha dado órdenes de buscar y capturar a cualquier superviviente. Varias de mis patrullas están en ello, aunque por mi parte decidí visitar a… —dudó de si debía decirlo, pues era una cuestión delicada.

—Mencionadlo sin temor a herirme: habéis hablado con Sorley Boy.

Catherine había utilizado el sobrenombre inglés del jefe escocés por el mismo motivo por el que decidiera cambiar el suyo: puro desprecio. Aquello y la mandíbula apretada daban buena cuenta del odio que sentía por el caudillo de los MacDonnell.

—¿Y qué os ha dicho? —continuó la dama—. Esperad, dejad que lo adivine: que no sabe nada de ningún español.

Carleill levantó la ceja, como solía hacer cuando esperaba algo más de lo que decían las palabras.

—Así es. Pero por vuestro comentario intuyo que no ha sido sincero conmigo.

—¿Y eso os sorprende? Ese hombre lleva la vida entera mintiendo y traicionando a cuantos fueron tan ingenuos como para confiar en él. Es lo único que sabe hacer. No pensaríais que iba a cambiar en su decrepitud.

—Y la verdad es…

—Que hace pocas semanas embarcó a una gran partida de españoles hacia Escocia. Luego naufragó otro barco cerca de Dunluce, aquel al que os habéis referido. Sorley alojó a un nuevo superviviente, un soldado de los tercios hispanos que ahora mismo sigue allí, pues no tiene barcos disponibles mientras no vuelva el otro. Sin duda, lo ocultaron durante vuestra visita. Os mintió a la cara, sir Christopher.

Si Catherine esperaba un estallido inmediato de ira, debió de sentirse decepcionada. Carleill no era un hombre fácil de alterar. Así se lo había inculcado su padrastro: «Guarda tus emociones a buen recaudo. Que nadie sepa cuánto te han sorprendido, confundido… o herido». El único gesto de emoción que la señora de Cúilín Gaelach obtuvo fue el habitual del condestable: acariciarse los pelos del bigote.

—No negaré que tuve en cuenta esa posibilidad tras charlar con Sorley Boy. La cuestión es cómo tenéis vos esa información —le preguntó—. Sin duda, no lo habéis visto con vuestros ojos.

—Tengo a alguien en el castillo de Dunluce. Alguien de absoluta confianza.

Por supuesto. Resultaba lógico que aquella mujer, que tanta ira guardaba hacia Sorley, tuviera un espía en el hogar de su enemigo. Porque a eso, de nuevo, estaban acostumbrados los clanes irlandeses: los subterfugios, los engaños, las traiciones, las maquinaciones entre las sombras. Pero debía admitir que no era cosa solo del patriarca de los MacDonnell; sin ir más lejos, su padrastro era la autoridad máxima del servicio de espionaje de la reina. ¿Y acaso no vivía él mismo en la falsedad? El mundo entero parecía hecho de mentiras, como si el hombre fuera por naturaleza enemigo de la verdad.

—¿Qué haréis al respecto, sir Christopher? —cuestionó Catherine.

—Aquello a lo que me obliga mi cargo: regresaré a Dunluce en unos días, cuando vuelvan todas las patrullas, y exigiré que me entreguen a ese español.

—«Unos días» podría ser demasiado tiempo —se quejó la mujer—. Ese perro hispano no se quedará allí mucho tiempo. Sorley lo embarcará rumbo a Escocia en cuanto pueda.

—No será pronto. Vos misma habéis dicho que no dispone de más barcos, pues el que envió a Escocia no volverá de inmediato. Es época de mar revuelta, y tengo demasiados soldados patrullando la costa. Lo sensato es que lo mantenga oculto hasta que mejoren las condiciones.

—La sensatez no es el punto fuerte de esos malnacidos.

—Descuidad, sé lo que hago: enviaré un par de hombres para que vigilen Dunluce desde la distancia y así poder anticipar la llegada de cualquier barco. Además, tenemos a vuestro infiltrado, que sin duda nos alertará de cualquier plan de huida del español. —Catherine no se mostró muy convencida ante tales argumentos, así que Carleill decidió darle otros—: Debéis entender que es una temeridad presentarse en una fortaleza tan bien protegida con unos pocos soldados, sobre todo si uno piensa hacer graves acusaciones a su señor.

—Sí, desde luego —aceptó ella, con desgana.

—Os aseguro que buscaré un castigo apropiado para quienes me han mentido. Pero la pregunta pertinente, ahora, no es esa. Lo que me gustaría saber es qué queréis vos.

Esta vez sí vio una sonrisa en el rostro impertérrito de Catherine. Un gesto estremecedor que agradeció no fuera dirigido a él. Algo le decía que ser objetivo de la rabia de esa mujer era lo peor que podía afrontar nadie.

—¿Acaso no es evidente? Quiero estar presente cuando hagáis eso. Quiero ver con mis propios ojos la caída de Sorley Boy… y su cara cuando sepa que ha sido obra mía.

25

Dunluce

A los O'Neill de Tyrone siempre les había gustado alardear del poderío y la dignidad de su casa. Un pecado común entre los clanes que ellos llevaban al extremo. Y se lo podían permitir, pues junto con los MacDonnell formaban la familia más poderosa del Úlster en aquellos tiempos.

Desde el alféizar de la muralla sur del castillo, una indiferente Ealasaid contemplaba a hombres, carruajes y caballos entrando en Dunluce el mediodía del cuatro de noviembre. El largo río, que llegaba desde el oeste, parecía una lombriz cuya cola apenas alcanzaba a distinguir.

—Esta vez han venido con todo —le dijo la tata Àine, justo a su lado.

Tenía razón. La compañía que los O'Neill habían movilizado para esta nueva intentona era la mayor de cuantas habían puesto en marcha, al menos en tiempos de paz. Era como si pretendieran ganar el deseado premio con una exhibición de pomposidad, lo cual dejaba claro que no conocían a Ealasaid en absoluto. Nada de aquello la impresionaba.

—Deberías sentirte halagada, hija —insistió la anciana—. Lo hacen por ti.

—Lo hacen por ellos. Pero, aunque fuera tal como dices, nadie merece tanto. Resulta obsceno y un verdadero desperdicio —replicó ella—. Y tú mejor que nadie sabes a qué nos llevaron sus anteriores demostraciones.

La criada miró a su alrededor, temerosa de que alguien pudiera escucharlas.

—No menciones eso, ni aquí ni en ningún otro lugar. Ni hoy ni mañana. Lo prometimos —imploró—. Sabes lo que implicaría, sobre todo para mí y el padre Pilip.

—Sí, ese parece ser el estilo de esta familia: dejar rodar los asuntos y rezar para que se solucionen solos.

—Qué obstinada eres, niña. Cualquier mujer sería feliz si un hombre dedicara tanto esfuerzo a complacerla.

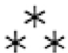
La respuesta surgió fulminante, como un rugido naciendo de lo más profundo del corazón:

—No soy una mujer cualquiera. Hace falta algo más que estos espectáculos para conmoverme.

—Desde luego que no eres como ninguna otra, niña —barruntó la anciana —. La de quebraderos de cabeza que me has dado por ello. Pero dejemos de remolonear o, mejor dicho, deja de hacerlo tú. Debes bajar a recibir a nuestros invitados.

Ealasaid lanzó un resoplido de fastidio. Era lo que menos le apetecía. ¿Plegarse a todas aquellas formalidades? ¿Dejar que una panda de orgullosos señores, que no veían más allá de su interés, la agasajaran con lisonjas vacías? ¿Tener que fingir decoro? La desesperaba solo pensarlo. Lo que su ánimo le demandaba era tomar un caballo y salir de allí. Galopar y galopar hasta que el animal quedara sin aliento.

Y llevarse consigo a Joan.



Pero, cuando la cabeza de la comitiva atravesó las puertas del castillo, Ealasaid estaba acompañando a su familia y a la guardia del clan, vestida con los uniformes de gala. Más de cien hombres debía de traer Turlough Luineach O’Neill: sus más fieles banderizos, que lucían con orgullo los tartanes de fondo verde, franjas color tierra y líneas blancas y rojas. Sobre sus cabezas, aquí y allá, como si temieran olvidar quiénes eran, se alzaban docenas de estandartes. El viento hacía ondear las telas con ímpetu, y los leones rampantes y la mano roja del escudo de armas de los Tyrone parecían cobrar vida.

A Ealasaid, siempre tan interesada en los viejos cuentos, le fascinaba la leyenda que había tras el símbolo de los O’Neill, común en las diferentes ramas del clan. Se la contó su madre mucho antes de la primera petición de mano, cuando todavía era una niña. Recordaba perfectamente el arrullo de su voz mientras, echadas ambas en la cama, le narraba aquella curiosa historia.

—Dicen los O’Neill que, durante los días antiguos de los Altos Reyes, el trono del Úlster quedó vacante en una ocasión. Para elegir a un nuevo monarca se estableció una competición: tal como hicieran los milesianos siglos antes, los aspirantes debían embarcar, alcanzar la novena ola y luego regresar a la isla. El primero que volviera a tocar tierra irlandesa sería proclamado rey.

»Uno de los participantes fue un hombre llamado Uí Néill, el primero de los O’Neill. Pero su barco no era el más rápido, y durante el retorno vio con ansiedad que iba por detrás y jamás lograría dar alcance a sus rivales. Así que,

cuando ya no le quedaba esperanza, se cortó la mano izquierda y la arrojó a la playa antes de que los otros tocasen la arena. Así fue como ganó la corona del Úlster.

En virtud de aquel mito, los O’Neill se tenían a sí mismos como el clan más prominente de la isla. Olvidaban que todas las familias contaban con leyendas propias con las que justificar su derecho a reinar.

Cuando los jinetes que marchaban en vanguardia llegaron al patio, Somhairle fue el primero en recibirlos. Turlough levantó la zurda, enguantada en rojo para hacer honor al escudo, y la comitiva se detuvo. El O’Neill —ese era el título con el que se referían a sí mismos los señores del clan— bajó del caballo con manifiestas dificultades, como si le costara doblar los miembros, y luego se dejó abrazar por el padre de Ealasaid. O más bien engullir. Turlough, enjuto y demacrado, era como un junco macilento al lado de un roble bien alimentado. A pesar de contar con veinte años menos que el patriarca de los MacDonnell, parecía más anciano debido a aquella extrema delgadez que lo había acompañado durante una vida enfermiza.

—¡Somhairle, viejo zorro! —exclamó el O’Neill, tratando de superar el fino hilo de voz que le era natural—. Me alegro de verte tan bien. A este paso nos enterrarás a todos.

—No creo que pueda vencer tu cabezonería al respecto —rio el otro.

Ealasaid trató de no fruncir el cejo ante la escena de falsa camaradería. No era una ingenua; sabía muy bien que aquella amistad se desmoronaría en el momento en que alguno de los dos decidiera que le interesaba un enfrentamiento. Incluso su padre, menos ávido de gloria tras la muerte de su esposa, no dudaría en hacer lo que fuera necesario por el bienestar de los suyos. A costa incluso de un amigo.

La muchacha conocía a muchos de los que marchaban en cabeza. Allí estaba la mujer de Turlough, la señora Segna Malloch, que era hija del tercer conde de Argyll, Cailen Malloch. Lucía una hermosa madurez, quizá debida a la sangre escocesa que corría por sus venas. Compartía vínculos familiares con Ealasaid, pues antes de ser esposa de Turlough lo había sido de Seumas MacDonnell, su tío, hasta que este murió cautivo a manos del anterior jefe de los O’Neill, Shane.

Ealasaid le tenía sincero aprecio. Al fallecer la madre de la muchacha, Segna había insistido en acudir a Dunaneeny para mostrar respeto y consolar a sus hijas. No dudaba de que hubiera un interés en ello, pero aun así agradeció el gesto y lo tuvo en cuenta a partir de entonces. Algunos decían que era Segna quien susurraba a Turlough las decisiones que debía tomar,

incluso las estrategias militares. Lo cual, por cierto, complacía y desagradaba por igual a Ealasaid. En aquel mundo gobernado por hombres, era el único modo en que una mujer podía dejar huella.

Tenía más amigos entre los O'Neill. Aunque en realidad no sabía decir si podía considerar como tal a Muirgen, la hija de Turlough. Su nombre significaba «nacida del mar», y provenía de la antigua leyenda de una mujer que fue transformada en sirena y solo pudo liberarse de la maldición al ser bautizada, trescientos años después. Tenía un par de primaveras más que Ealasaid, lo que se apreciaba en la voluptuosidad de su cuerpo. De cabellera rubia, el vestido no conseguía disimular unas curvas que traían de cabeza a los hombres, algo de lo que ella sabía aprovecharse para conseguir lo que deseaba. Los pretendientes se agolpaban frente al castillo de los O'Neill, allá en Tyrone, pero el padre parecía reticente a desprenderse de la hija. No porque la amara especialmente, sino más bien porque sabía que era una joya con la que alcanzar las mejores alianzas. Consideraba que debía reservarla para una ocasión especial, pues no tenía más hijas en su casa.

Todo aquello le venía muy bien a Muirgen, que sabía sacar provecho a su situación. ¿Cómo iba a tener prisa por desposarse? Decía que en cuanto lo hiciera se acabarían las diversiones, y en eso pensaba de manera muy similar a Ragnall, a quien por cierto ponía ojos acaramelados siempre que podía. Aquel era su carácter, volátil y despreocupado, propio de una niña caprichosa. Aunque en ocasiones ambas chocaban por ello, cuando estaban juntas lograban, de algún modo, conectar la una con la otra, como si se complementaran: la frivolidad de Muirgen reverdecía el ánimo introspectivo de Ealasaid, y el sentido común de esta última conseguía que la O'Neill se mostrara menos alocada.

Muirgen la miró con ojos cómplices, pero, antes de descender de su caballo —no soportaba viajar en carruaje— alguien le tomó la delantera: un hombre alto, bien plantado y de una robustez tan rotunda que hacía difícil creer qué sangre llevaba. Se apresuró a llegar a la altura de Ealasaid, arrodillarse ante ella y tomarle la mano para besarla. La muchacha sintió entonces el perfume que lo envolvía, tan intenso que resultaba asfixiante.

—Dama de Dunluce, a vuestros pies —dijo—. Nada deseaba más que estar de nuevo bajo vuestra luz.

Aquel hombre, unos diez años mayor que ella, era Artair O'Neill, el segundo hijo de Turlough y heredero de su padre a pesar de ello. Pues, como era común entonces, el primero de los vástagos había muerto tiempo atrás. Una historia muy similar a la de los MacDonnell.

—Levantaos, caballero —le pidió la joven, apurada; no tanto por incomodidad propia, sino por temor a lo que pudiera pensar Joan, que no debía de andar muy lejos.

—Solo porque vos me lo demandáis.

Los mozos de cuadra de Dunluce acudieron para llevarse los caballos. Al menos los que pertenecían a los miembros principales de los O'Neill, pues los establos del castillo y del barrio exterior no eran ni de lejos lo bastante grandes para resguardar a tanta bestia. Lo mismo ocurría con los hombres: la mayoría acamparía junto a la fortaleza y el poblado, mientras que Turlough y sus allegados serían alojados en los mejores aposentos de la casa señorial. Las residencias, tanto la del ala norte del castillo como las del barrio exterior, quedarían para los guardias y el servicio personal de los invitados de honor.

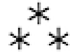
—Entremos —propuso Somhairle—. Habéis tenido un viaje largo y agradeceréis descansar antes de charlar.

—Desde luego. Y no escatimes con el *whisky*, carcamal, que tengo la garganta seca de tanto polvo. Ni una mísera posada hemos encontrado por el camino —se quejó Turlough.

—Pronto beberéis hasta caer rendido —respondió su igual entre los MacDonnell, riendo.

Artair tomó a Ealasaid del brazo sin pedirle permiso. A la muchacha no le gustó semejante licencia, pero no vio oportuno montar una escena delante de todos. Se mordió los labios y dejó que él la condujera tras los demás. «Como una yegua», pensó; «como si no supiera caminar por mi cuenta».

Al llegar a la entrada de la casa señorial, vio a Joan, junto a los otros españoles, vestidos como escoceses, aunque ni por esas lo parecían. Sus miradas se cruzaron, y de algún modo la muchacha se sintió obligada a pedirle perdón. Se enojó consigo misma de inmediato. «Nada malo he hecho y a ningún hombre debo disculpas», razonó. Pero, aun así, le dolía que el hombre que la llevara del brazo fuera Artair y no Joan, porque con este no sentía que tiraban de sus riendas. Él no era un jinete ordenándole dónde ir y qué hacer. Era otro caballo con el que cabalgar.



Cuando los O'Neill se retiraron a sacudirse el polvo del camino, Ealasaid se escabulló para buscar a Joan. No comprendía por qué, o tal vez sí y solo era que no deseaba aceptarlo, pero quería decirle que aquello de caminar con Artair era como una de aquellas escenas de las obras teatrales españolas o

inglesas. Un drama artificial en el que ella solo interpretaba un papel con el que en absoluto se sentía identificada.

Cuando ya encaraba la puerta de salida, le llegó una voz que la llamaba. Al volverse, vio a Roderic, que avanzaba a grandes zancadas por el pasillo que daba al salón privado de la planta baja, el que utilizaban para atender a los grandes invitados.

—Mi señora…

—Roderic… Imagino que andas ocupado con la preparación de la reunión y el posterior banquete —le dijo, por pura amabilidad.

—Mejor os ahorro los detalles —respondió, con aquella sonrisa que tan poca alegría transmitía y que más parecía una máscara para guardar las apariencias—. Y, por si no tuviera poco, vuestro padre me ha encomendado que os envíe a su presencia. Él y vuestros hermanos os esperan en el comedor privado.

«Maldita sea», pensó. Sabía muy bien lo que venía a continuación porque lo había vivido un par de veces antes. Siguió a Roderic hasta la segunda planta, a la cámara que su familia utilizaba para comer en compañía. Tal como el mayordomo le había dicho, allí estaban su padre, Seumas y su agriado rostro, y un Ragnall enfrascado en la tarea de avivar el fuego de la chimenea. No es que hiciera mucha falta, pues aquella sala era la más cálida de la casa y se hallaba a media altura, por lo que se libraba de la humedad del suelo. Además, tenía un piso encima; una buhardilla donde residían los miembros del servicio. Las paredes del edificio eran tan gruesas que bastaba una hoguera pequeña para caldearlo.

—Ah, estás aquí al fin —dijo Somhairle, y le hizo señas para que se acercara—. Ven, hija mía.

Ealasaid obedeció y se sentó a su lado, en la silla que habían reservado. El anciano le tomó el rostro y la contempló con cariño. La joven se estremeció. Sabía muy bien del pasado de aquel hombre, de las crueldades cometidas. Aquellas mismas manos que ahora la acariciaban se habían manchado con la sangre de muchos infelices. Sin embargo, cuando él la miraba así, que era las más de las veces, no podía creer que el Somhairle temido por todos fuera la misma persona que tenía delante. A lo largo de toda su vida, el patriarca de la familia solo le había mostrado el rostro de un padre.

—Es como si volviera a tener ante mí a tu madre —le dijo, a lo que Ealasaid solo pudo responder con una expresión emocionada—. De todas mis hijas, sin duda eres tú la que más se le parece. En cuerpo y alma.

El nudo en la garganta impidió que le dijera algo a cambio, así que le tomó la regordeta mano y le besó las arrugas del dorso.

—Sabes lo que voy a preguntarte. Y, aunque imagino tu respuesta mejor que nunca, debo hacerla. ¿Deseas aceptar la propuesta de matrimonio de los O'Neill?

La conocía bien y estaba en lo cierto: si en otras ocasiones había, al menos, meditado sobre ello, ahora ni siquiera se lo planteaba. La respuesta fue fulminante.

—No, padre. Solo me desposaré con alguien a quien ame. Y ese no es Artair.

—Pero sí el español, ¿verdad? —La voz de Seumas se coló como una daga, al mismo tiempo que la faz de Somhairle se oscurecía.

—Mejor déjalo estar.

—¡Estoy harto de dejarlo estar todo, Ragnall! Estas son decisiones que afectan al futuro de la familia, un futuro al que habré de enfrentarme yo, no tú. Así que al menos merezco que Ealasaid me responda.

—Seumas, estás a punto de colmar mi paciencia otra vez…

—No, padre, tiene razón —lo atajó la muchacha, y enfrentó su mirada a la de su pariente—. Sí, hermano. Siento algo por Joan, resultaría estúpido negarlo a estas alturas. Sin embargo, no hago esto por él. Te lo repito una vez más: no quiero ser moneda de cambio de ningún pacto.

—¿Ni siquiera por el bienestar de tu familia, por su estabilidad futura?

—¿Qué estabilidad ha supuesto para la familia lo que ocurrió con Caitlin, Seumas? ¿Me lo aclaras? Porque yo solo veo que perdí a una hermana antes incluso de poder conocerla. Todos la perdimos. Y no sirvió para nada.

—No es el mismo caso —insistió su hermano—. Los O'Neill de Tyrone son aliados desde hace décadas.

—Viendo cuán férreas son las lealtades entre los clanes, poca confianza me inspira eso. —Ealasaid apretó los dientes para no explotar—. Los hombres siempre hacéis lo mismo: o resolvéis los conflictos con la espada o regalando lo que no os pertenece. ¡Mi voluntad no es de nadie más que mía!

—Yo estoy de tu parte, hermanita —apuntó Ragnall—. Pero, quizá, si permitieras a Artair cortejarte, si te dejaras a ti misma conocerlo, llegarías a sentir algo por él.

—Eso nunca ocurrirá. He abierto mi corazón a Joan.

—¡Oh, por el Altísimo! —gruñó Seumas, levantando las manos—. Ese español solo quiere tu afecto porque le arde la entrepierna. ¿Tan ingenua eres

que piensas que se quedará? Ya verás lo pronto que te olvida cuando tengamos listo un barco.

El color huyó del rostro de Ealasaid ante tal sentencia. Era algo en lo que ya había pensado, por supuesto. Pero que alguien lo dijera en voz alta lo convertía en una posibilidad real. El golpe fue tan severo que, cuando Seumas retomó su discurso, lo hizo atemperando el tono.

—Todas tus hermanas han cumplido con su obligación. ¿No harás lo mismo? —le imploró.

—Ellas aceptaron las propuestas que recibieron por voluntad propia —respondió la muchacha, conteniendo las lágrimas—. Respeto eso, pero exijo igual trato para mí. Si en algún momento me obligáis a ir en contra de mis principios, ese mismo día me cortaré la garganta o me arrojaré desde lo alto de mi torre. Lo juro. Por Donnell y por nuestra madre.

—¡Ya basta! —tronó Somhairle—. Nadie obligará a nadie, y desde luego nadie se lanzará desde ningún sitio. Volveré a trasladar a los O'Neill que todavía no es el momento.

—Sí, eso es, sigamos escupiéndoles en la cara —criticó el mayor—. Pero luego no nos quejemos cuando lleguen los ingleses, que llegarán, y cada clan siga su camino.

Se levantó de la silla, se colocó bien el tartán, que se le había desprendido durante la acalorada discusión, y abandonó la sala. Ragnall hizo ademán de ir tras él para tratar de calmarlo, pero Somhairle lo retuvo.

—Deja que se le aclaren las ideas y el humor, le vendrá bien. Decidido esto, solo queda preocuparse por el banquete. Tú mismo, Ragnall, ve y busca a los españoles. Diles que acudan a la cena. Serán una buena atracción y nos ayudarán a que los O'Neill no piensen demasiado en el nuevo rechazo.

—Eso no mejorará el ánimo de Seumas, padre —comentó él—. Por otra parte, ¿no temes que nos denuncien a los ingleses?

—¿Turlough? ¿El mismo que no quiso recibir a Carleill cuando tomó posesión de su cargo? —Al anciano se le escapó una media carcajada entre los dientes—. Creo que es más probable que se congele el infierno.

—Como quieras —dijo, mientras apuraba de un trago el vino de su copa y se levantaba después—. Iré a por los españoles, y luego trataré de hacer entrar en razón a Seumas.

—Buena suerte con eso…

Al verse al fin a solas, Ealasaid se permitió caer entre los brazos de su padre y llorar amargamente.

—Tranquila, mi pequeña. No harás nada que te incomode. —Le levantó el rostro para hacerle de nuevo la misma promesa—. ¿Cómo podría mirarte luego a los ojos, que son los de tu madre, si te obligara a ello?

La joven asintió, pero el firme abrazo de su padre no era protección suficiente. Y se dio cuenta de que ya ni siquiera le quedaba aquel lugar, antaño seguro, para ocultarse de los azotes de la vida.

De la vida y del amor.

26

Poco antes de la cena, el padre Pilip contó a Joan que los O'Neill se habían tomado con calmada resignación el rechazo a la nueva propuesta de matrimonio. El español pudo comprobarlo por sí mismo durante el ágape al que habían sido invitados. Justo frente a él tenía al párroco, y, a la izquierda de este, Ragnall lo miraba de vez en cuando con una sonrisa intencionada que no comprendía muy bien. Al otro lado, el pretendiente frustrado de Ealasaid trataba de guardar las apariencias sentado junto a la muchacha. A duras penas podía esconder Joan su alivio al ver que ella ignoraba a Artair y prefería charlar con su hermana, la no menos bella Muirgen. En el centro exacto de la mesa se hallaban Somhairle, Turlough y la esposa de este, Segna, cuya mirada curiosa no dejaba de escrutar a los náufragos.

En su lado, el valenciano contaba con la compañía de los españoles, que perdieron cualquier ápice de timidez cuando el vino y la comida empezaron a circular. Había que verlos devorar la carne de sus platos, compitiendo en apetito con irlandeses y escoceses. Álvaro Romero y Llanes fueron los que antes y más se exaltaron, sobre todo cuando Somhairle les pidió que contaran alguna anécdota o les explicaran tal o cual costumbre española. Gran asombro mostraron los norteños ante la arraigada tradición de quemar pólvora y lanzar petardos durante los festejos populares.

—Todo esto viene de cuando los moros ocuparon casi toda la península —comentó Diego de Sevilla—. Algo bueno nos dejaron esos infieles.

Una aseveración harto injusta, en opinión de Joan. Que estuviera dispuesto a rejonear sarracenos no quitaba que el valenciano fuera consciente de los buenos frutos que habían dejado en tierra hispana. En ciertas artes médicas, sin ir más lejos, habían aportado mucho. Por algo solía decirse en otros tiempos que «mejor si es moro el curandero que bautizado el cirujano». Y los cristianos viejos los buscaban, a los pocos que había, cuando los médicos fieles solo acertaban a poner al enfermo en manos de Dios. Hasta su mismísima majestad don Felipe había hecho llamar a uno para tratar a su tercer vástago, de igual nombre que su realeza. Joan conocía aquella historia porque el susodicho sanador, Jerónimo Pachet, era también levantino y de

origen próximo al suyo: Bellreguart, cerca de Gandía. Acabó muriendo en las celdas de la Inquisición, acusado de brujería por ampararse en el demonio para realizar sus curaciones.

—Inaudito… —dijo uno de los consejeros de los O'Neill, un tal Balthair, que tenía unos bigotes más largos incluso que la barba—. Los malditos ingleses también hacen eso de los fuegos de artificio cada vez que coronan a uno de los suyos, es cierto. Dicen que esa arpía que ahora ocupa el trono tiene a un sirviente dedicado solo a ese tipo de espectáculos. Pero ¿también en las fiestas del vulgo? Me parece un desperdicio. Mejor usar esa pólvora para matar *sassanach*.

—España bien puede permitirse semejantes derroches. Somos más que un simple reino: somos un imperio —replicó Llanes, sin detenerse a pensar en lo inadecuado de semejante comentario. Los colores del vino le habían subido a la cara, y Joan temió que se le fuera demasiado la lengua.

—¿Y qué es eso de correr toros en una plaza? —preguntó Ragnall.

Se lo explicaron, por supuesto. Romero, apasionado de las corridas, puso aquel festejo a la altura de la más épica de las pruebas de Hércules. Habló de cuán arraigada era la afición popular, capaz de resistir las embestidas furibundas que en forma de bulas papales llegaban desde Roma.

—Agrado del pueblo llano, de hidalgos, de señores de ilustres casas e incluso de reyes. Pues hasta nuestra sacra y católica majestad de España, el buen don Carlos, gustaba de alancear bravas reses —aseguró—. Aunque cabe decir que esos grandes nobles son más de hacerlo a caballo, que más luce la estampa en lo alto que pies en tierra.

Pero los irlandeses no parecían muy convencidos.

—Habría que ver a todos esos enfrentados a Finnben-nach y Donn… —murmuró el mismo Artair.

De entre los españoles, solo Joan pareció escucharlo. Preguntó al padre Pilip a qué se refería, y este le susurró una de las innumerables leyendas irlandesas.

—Cuentan los mitos del Úlster que, hace mucho, la reina Maeve de Connacht y su marido, Ailill, entraron en disputa por ver quién de los dos superaba al otro en posesiones. Resultó que sus fortunas personales eran idénticas, salvo por el Blanco Cornudo, el gigantesco toro de astas níveas propiedad de Ailill.

»Maeve no pudo soportar ser vencida, así que rebuscó por toda la isla una bestia similar o incluso superior. Y la encontró: era una criatura que vivía

aquí en el norte, conocida como el Pardo de Cuailnge, pero, cuando la reina se la exigió a su dueño, este no quiso cedérsela.

»De ese modo se declaró la guerra entre ambas provincias. El Úlster cayó en manos de Maeve, quien encerró al toro marrón en un corral con muros de piedra. ¡Ah, pero aquella criatura pertenecía a la simiente de los gigantes antiguos, cuya fuerza no tenía parangón! Contagiado por la violencia del conflicto, el animal destrozó su jaula y fue en busca del Blanco Cornudo para vengar la derrota del Úlster.

»Irlanda entera tembló cuando se encontraron. Sus embates hicieron que la tierra se estremeciera y no quedara montaña ni bosque sin destrozar. La batalla los llevó a lo largo y ancho de la isla, y solo pasado mucho tiempo y causada mucha desolación empezaron a decaer sus energías. El primero en desfallecer fue el Blanco Cornudo, lo que permitió al toro marrón darle una última cornada mortal. Luego, el pírrico vencedor soltó un bramido que consumió los últimos rescoldos de su vida.

—Fascinante… —reconoció Joan.

—A esta leyenda se la conoce como Táin Bo Cúalnge, «El robo del toro de Cuailnge», y es quizá nuestra historia más famosa. La primera versión del mito fue recogida por los monjes escribas del monasterio de Clonmacnois, hace al menos cuatro siglos. Pero ya se recitaba desde mucho antes.

—¿Y de dónde proviene?

—Eso nadie lo sabe, hijo. ¿Cuál es el origen de cuentos españoles como el de la Santa Compaña, por ejemplo? Se narran al amor de una buena lumbre, de padres a hijos, pero nadie conoce cuándo fueron dictados por primera vez. Quizá llegaron con los primeros pobladores de cada una de nuestras tierras, gente como Partolón… De cualquier modo, esa es la belleza de estas historias: están tan arraigadas que es como si siempre hubiesen existido.

Resultaba agradable escuchar al párroco de San Cutberto. Tenía la poderosa e innata habilidad de cautivar al oyente, destreza mejorada tras años de sermones y misas. El tono sosegado de su voz y la sabiduría de sus palabras invitaba a pensar. Ahora comprendía Joan por qué los aldeanos de Dunluce se referían a él como «padre druida».

Sin embargo, aquella era una velada para el jolgorio, no para la reflexión. Y fue animándose a medida que aumentaba la ebriedad de los presentes. Muy pocos se resistieron al dulce sabor del vino. Entre ellos, además del siempre moderado párroco, Ealasaid y Joan. El español no dejaba de buscarla con los ojos, esperando que las miradas de ambos coincidieran, pero la muchacha prefería centrarse en Muirgen, quien no hacía más que dar codazos a su amiga

para que correspondiera a los intentos del soldado. Ella lo evitaba una y otra vez, y de manera tan evidente que había que estar ciego para no apreciarlo. La cuestión era por qué. ¿Acaso no había rechazado a Artair? Nada le impedía, por tanto, dedicarle su aprecio. ¿A qué se debía aquella frialdad?

Las dudas revoloteaban en su cabeza como abejorros desconcertados, al menos hasta que los criados sirvieron el *whisky* escocés. Los O'Neill se frotaron las manos: era el momento que todos los hombres habían estado esperando. Salvo los españoles, por supuesto, que no sabían de qué iba la cosa. Pero cuando probaron el caldo tampoco se sintieron demasiado impresionados. Al carecer del sabor dulzón del vino resultaba demasiado fuerte, poco agradable al paladar.

—Que me aspen si este brebaje es mejor que un buen rocinado de manzanilla —le dijo Romero, acercándose pero sin bajar la voz—. Hasta los ingleses saben eso, que bien vienen a buscarlo a Huelva incluso en estos tiempos, cuando fácil les pueden dar tierra hasta el ánima.

Pasó lo que tenía que pasar. Uno de los O'Neill, un tal Faolán que al parecer sabía algo de castellano, escuchó aquello y lanzó su réplica.

—El *whisky* es una bebida de hombres con estómagos duros y huevos bien peludos —proclamó en un latín mediocre mezclado con gaélico, aunque por desgracia comprensible—. No está hecho para caballeretes remilgados.

Bastó con que Pedro Llanes entendiera esto último para que se levantara de inmediato, con expresión ofendida y un rojo en las mejillas que no estaba claro a qué era debido, si a los buenos tragos o al enojo.

—Señor mío, si no os retractáis ahora mismo, habré de medir mi acero con el de vuestra merced —dijo, aunque a mitad de la frase se tambaleó tanto que habría caído de espaldas de no sujetarlo.

Su estampa era tan patética que los irlandeses y algunos escoceses estallaron en fieras carcajadas, lo cual, por supuesto, solo sirvió para enervarlo más. Sus compañeros tuvieron que contenerlo cuando ya echaba mano a la vizcaína. Probablemente, en el estado en que se hallaba, se la habría hundido a sí mismo sin darse cuenta.

—En casa ajena es menester orgullo frío y lengua calmada, pardiez. Así que mejor si os sentáis y volvéis a lo vuestro antes de que nos echen de nuevo al mar —le dijo Diego de Sevilla.

—¿Acaso tenéis miedo de estos manguarrianes? —protestó el arcabucero.

—No me entendáis mal: si hay que dar acero a media Irlanda, se le da. Pero que sea por verdadero honor o dineros, no por vicio.

Joan no dudaba del valor de Diego. Parecía de esos barberos tan capaces de quitar los pelos crecidos como de hacer una sangría, y no precisamente de las que curan. Destreza con la navaja debía de sobrarle, desde luego, y no estaba la cosa para dejar de ganar unos maravedíes de más si la ocasión se presentaba.

—Somos invitados en un lugar en que lo único que nos separa de los ingleses es la buena voluntad de esta gente —le riñó Joan—. Mostrad decoro o marchad a dormir vuestra zorra.

Llanes se sentó de nuevo, sin dejar de refunfuñar.

—Suerte de vuestras mercedes, porque, si no, cogía a ese y de un puntapié lo enviaba allá arriba, tan alto que no tocaría el suelo hasta pasado un año o más.

El suceso no pasó a mayores. Llanes se amodorró y quedó en silencio, dando cabezadas. Mal le sentaría al día siguiente haber sido vencido por el vino y el *whisky*, sin duda, pero ninguno de los irlandeses se lo reprocharía. Después de todo, entre picos, palas y azadones había bebido más que ninguno.

Mientras tanto, surgieron temas de conversación más relevantes. Turlough, que había estado escuchando mucho y hablando poco —con expresión hosca, pues parecía el más contrariado por la nueva negativa de los MacDonnell—, se dirigió a Joan. Primero le habló en irlandés, y el español se sorprendió al comprobar que era capaz de entender un buen puñado de palabras. Pero se le escapaba el significado general, y, cuando el jefe de los O'Neill lo advirtió, se sirvió del latín.

—Decidme, amigo de las Españas, ¿qué creéis que hará vuestro rey tras el desastre que acaba de sufrir?

No había mala intención ni ánimo de burla en su pregunta. Diferente hubiese sido la respuesta de Joan en ese caso.

—Desearía conocer en persona a mi señor don Felipe para responder, pero me temo que de su majestad solo sé lo que escapa de la corte —admitió Joan—. De lo que sí tengo constancia es del empeño que puso en esta empresa. Dicen que lo ha tenido sin dormir durante meses, así que imagino que la noticia lo afectará profundamente. ¿Cuáles serán sus disposiciones a partir de ahora? Lo ignoro. Es difícil vestirse con la piel de un rey que gobierna medio mundo. Sin embargo, dudo mucho que baje la cabeza ante los ingleses, habida cuenta de lo férreo de su voluntad.

—Por los Tuatha que nos vendría bien que España no se rindiera. Los vuestros y los míos han sido aliados desde los tiempos de mi abuelo. Tu rey

acogió a muchos de los que tuvieron que huir de nuestro país, nos ayudó enviando dinero y armas e incluso adiestradores para enseñarnos las nuevas formas de batallar. Lástima que no les hayamos sacado provecho.

Algo sabía Joan de lo que comentaba Turlough. Algunos de esos episodios del ayer, curiosamente, se los había mencionado durante su convalecencia el padre Pilip. Gran erudito y más experto en las historias pasadas de España que la mayoría de los peninsulares, le descubrió por ejemplo que el grande y sacro don Carlos Quinto había enviado a su capellán para entrevistarse con el conde de Desmond, que por aquel 1529 estaba entre los hombres más ilustres de la isla. El resultado fue un acuerdo de mutua protección por temor al avance de los Tudor ingleses, aunque con pocas consecuencias prácticas.

Aquello habría quedado en una anécdota de no ser por Inglaterra. La persecución de los católicos en Irlanda se inició con timidez cuando Enrique Octavo rompió por completo con Roma, después de que el papa Clemente le negara la anulación del matrimonio con Catalina de Aragón. Había que tener en cuenta que no existían suficientes soldados ingleses para controlar todo el territorio irlandés, y menos sin despertar las iras de los clanes. Sin embargo, el luteranismo intentó infiltrarse en la isla a través de obispos fieles a la nueva confesión.

—Nada de eso fue suficiente, más bien al contrario —le había comentado el párroco de San Cutberto—. Que el Altísimo perdone mi lengua, pero los ingleses siempre han actuado como unos idiotas con Irlanda. Nunca nos comprendieron, y dudo que lo hagan jamás. El orgullo de las familias dominantes ya estaba bastante inflamado desde hacía siglos como para añadir una nueva afrenta: la exigencia de que abandonáramos la fe de nuestros mayores, la única que tuvo el poder para hacernos olvidar las viejas tradiciones paganas. Les dieron a los jefes guerreros una razón más para odiarlos y plantarles cara. Y el día que dejen a un lado sus míseras diferencias y se unan, la Corona tendrá un grave problema.

El caso es que, tras los sucesivos intentos de implantar el luteranismo en la isla a fuerza de suprimir órdenes religiosas, parroquias y catedrales, los irlandeses y quienes desde fuera veían la herejía inglesa como inadmisible se buscaron. Y en mitad de los alzamientos de los clanes, cuando no estaban guerreando entre ellos por tal o cual pedazo de tierra, hubo nuevos contactos con España.

Felipe Segundo, perdida toda influencia en Inglaterra tras la muerte de su esposa María Tudor, decidió involucrarse en el conflicto irlandés. Quedaba

claro que la isla era el eslabón débil de aquella Albión que amenazaba la forma de vida conocida, o esa proclama se esgrimía. Así que, con buen tino, el monarca español empezó por allí. Y lo hizo aportando capital a la causa rebelde irlandesa, lo que provocó la ira de Isabel. La respuesta de la Reina Virgen fue dar su beneplácito a los actos de piratería contra los barcos españoles. En tal contexto se produjo la ayuda a la que hacía referencia Turlough.

—Recuerdo que, cuando era más joven, aunque no demasiado —intervino Somhairle, al que se le escapó una risita—, llegó a decirse que el rey español había pensado seriamente en tomar tierra aquí, pasar por la picota a los ingleses y luego devolvernos la isla antes de saltar a la siguiente.

—No llegó a ocurrir porque la Corona accedió a negociar con España y recuperó parte de los bienes que los piratas ingleses habían tomado durante años —explicó el prelado—. Luego, su santidad excomulgó a la reina, y cualquier posible entendimiento se truncó.

—Pero ya no volvieron a plantearse venir en nuestra ayuda —lamentó Turlough.

—Por aquel entonces teníamos las manos y las espadas ocupadas en los Países Bajos, me temo —dijo Joan, sintiéndose responsable de defender las decisiones de su rey.

—Para colmo, cuando se frustró el intento de asesinato de Isabel, descubrieron que algunos de los conspiradores de tan despreciable acto eran nobles cuya lealtad todavía conservaba don Felipe de sus tiempos como monarca consorte —apuntó Pilip—. España perdió casi cualquier aliado dentro del país. Y no se puede afrontar una conquista sin ayuda interna.

El debate podría haberse prolongado mucho más, pero fue interrumpido por quien había permanecido extrañamente silenciosa durante toda la celebración.

—Mis señores —dijo Ealasaid con tono displicente, casi despreciativo—, apasionantes son los temas que tratáis. Pero Muirgen y yo estamos fatigadas. Así que, con nuestras disculpas, nos retiraremos a nuestros aposentos.

—¡Yo no estoy cansada! —replicó la hija del O'Neill. Pero la fulminante mirada de Ealasaid la hizo callar.

—Claro, claro, hija… —respondió su padre.

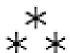
—Sin duda, estas no son discusiones para las damas —comentó Artair cuando la joven se retiraba.

Ealasaid volvió el rostro hacia el irlandés, y el valenciano vio en sus ojos el fuego de la ira. Podía imaginar lo que pasaba por la cabeza de la muchacha

en ese instante y cómo la había irritado aquel comentario. Se tenía por alguien tan capaz como cualquier hombre a la hora de enfrentarse a cualquier debate, y él no podía estar más de acuerdo.

La hija de Somhairle estuvo a punto de replicar al O'Neill, pero el tercio la tomó discretamente de la mano para contener su arrebato. Fue entonces, por primera vez en toda la velada, cuando Ealasaid lo miró de pleno. Las llamas de sus ojos se calmaron y fueron sustituidas por desconcierto. Por temor.

La muchacha eludió su caricia, apartó la mirada y se marchó con paso rápido.



El interior del salón era una olla de carcajadas, voces compitiendo en embriaguez y olor a varón encerrado entre cuatro paredes. Joan, asfixiado, decidió escabullirse cuando nadie reparaba en él, con la intención de respirar un aire menos viciado. Y vive Dios que se lo pareció en cuanto alcanzó el lienzo amurallado que daba a la cala, la misma donde habían ido a dar sus huesos días atrás. El helador roce de la noche lo espabiló al inclinarse sobre las almenas y observar un mar que no sabía si odiar o amar.

Suspiró. Desde allí, en aquella oscuridad aclarada por una luna casi llena, el océano se veía tranquilo. Le llegaba un arrullo constante, un batir de olas que daba la sensación de ser calmo. Era cosa de la distancia. Como en el cuento del gigante que Ealasaid le había narrado, las impresiones crecen en la cercanía y se desvanecen al alejarse; pierden sustancia, aunque solo para quien las experimenta. Si en esos instantes hubiese estado sobre una balsa, las aguas, sin duda, lo habrían zarandeado con fuerza.

Lo mismo le ocurría a su mente, azotada por las dudas, la culpa, los reproches que lo tachaban de traidor… En el otro lado, una emoción nueva e intensa buscaba equilibrar la balanza. ¿Qué debía hacer, en nombre del Altísimo? No lo sabía. Jamás se había sentido tan dividido, tan perdido entre lo que él creía que era su deber y su deseo personal. Pues, desde siempre, responsabilidad y ansia habían apuntado en la misma dirección.

Apretó entre sus dedos la medalla de la Virgen del Rebollet para ver si la santa le aclaraba las ideas. Recordaba el día en que su madre se la entregó con lágrimas en los ojos, poco antes de que él partiera para alistarse.

—Para que te proteja, mi niño —le había dicho entre sollozos—. Y para que siempre me tengas presente.

Y así fue. Ni un solo día había pasado sin que dibujara su rostro en la mente. Pero el recuerdo de la madre que tanto amaba solía desvanecerse por causa de otra mujer. Una a la que odiaba con todo su corazón. Y descubrió, con el tiempo, que su alma se había convertido en un pozo donde se acumulaban los años de desprecio y la necesidad de venganza; que era más sencillo odiar que amar.

Entonces, Irlanda se había cruzado en su camino. Irlanda y una muchacha que con el primer canto le reveló sentimientos desconocidos. Sin embargo, empezaba a entender que Ealasaid no solo era una fuente de alegría y de paz. Conocerla había desatado una terrible lucha interna: el honor familiar, que lo conducía sin remedio a la venganza largo tiempo deseada y planeada, o el olvido de todo aquello por el amor de la joven irlandesa. Porque veía claro que ambas cosas resultaban incompatibles.

—Mi señor…

Joan se volvió de inmediato. El instinto del soldado llevó su mano al puñal, pero luego reconoció en quien le hablaba a uno de los sirvientes de Somhairle. El mayordomo principal. No recordaba su nombre.

—Disculpad si os he alarmado —dijo el criado, bajando la cabeza. Llevaba consigo varias escudillas con restos de comida—. He subido aquí para echar los desperdicios por la muralla, así las gaviotas los limpian por nosotros.

—No ha lugar a perdón alguno —respondió, mientras el otro vaciaba los platos sobre el abismo—. Eres…

—Roderic, mi señor —le aclaró—. A vuestro servicio.

—Mi servicio es humilde y poco exigente —sonrió el español.

—A diferencia del de nuestros ilustres invitados, que no han parado de engullir cuanto he puesto delante de sus narices.

Parecía ser una broma, pero a la luz de las antorchas no vio ninguna sonrisa en la cara del mayordomo. Ahora que lo pensaba, en los días que llevaba en Dunluce no lo había visto sonreír ni una vez. Siempre serio, meditabundo, de esos hombres que hacen de tripas corazón y van a lo práctico. Le recordaba a sí mismo.

Tras vaciar cuencos y platos, el hombre hizo ademán de retirarse. Pero antes volvió la cara hacia el tercio.

—Perdonad mi atrevimiento, señor, pero me preguntaba qué hacíais aquí, pasando frío, cuando allí dentro se está caliente y hay bebida en abundancia —se atrevió a decir—. Bueno, pronto empezará a escasear por culpa de los O’Neill. Y de vuestros compatriotas, a qué negarlo.

Nada obligaba a Joan a responder, pues por baja que fuera su hidalguía todavía lo situaba por encima de cualquier sirviente, fuera en España o en Irlanda. Sin embargo, su espíritu estaba ansioso por sacar fuera las sensaciones que lo abrumaban.

—Necesitaba lo que cualquiera que duda entre dos decisiones opuestas: reflexión.

—Entiendo. Supongo que os referís a la señora Ealasaid.

«Desde luego, sois osado», pensó Joan, pero, en lugar de recriminarle nada, pensó que podía aprovechar la charlatanería de aquel hombre para desahogarse un poco.

—Puede decirse así…

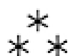
—Llevo tiempo al servicio de Somhairle y, por tanto, de su hija. Os aseguro que, desde que la conozco, jamás la había visto sonreír a un hombre como a vos. Habéis alcanzado su corazón, algo que no resulta sencillo.

—El problema es que hay cuestiones que me atan a España.

—Seguro que son cuestiones dignas, pero ¿lo son más que Ealasaid?

Un argumento muy certero. Tanto que Joan no fue capaz de encontrar una réplica. Se quedó callado durante un buen rato; perturbado hasta el punto de no advertir que el mayordomo se había marchado hasta mucho después. Porque la cuestión era justo esa: no había nada más digno que Ealasaid. Ni siquiera vengar la muerte de un padre.

Ahora solo tenía que hacérselo entender a su cabeza.



Una especie de urgencia impulsaba sus pasos. La muralla lo llevó hasta la torre norte, que cobijaba los aposentos de los MacDonnell. Ni siquiera se detuvo a pensar en lo sospechosa que podía parecer su presencia en aquella zona. No había centinelas permanentes en las entradas, pero sabía que algunos de ellos patrullaban los pasillos y estancias del castillo. Si lo encontraban merodeando por allí tendría problemas.

Nada de eso lo habría disuadido, de todos modos. Subió los peldaños de caracol hasta el último piso, buscando descubrir de una vez lo que sentía y entregárselo a ella. Debía decírselo. De pronto, le era imperioso hacerlo: estaba dispuesto a dejar cualquier rencor en el pasado si eso le valía su amor.

Antes de encarar el último recodo advirtió la sombra de una figura que bajaba; una silueta contra la luz de la tea, alargada y espectral. Por un instante, rumió la posibilidad de deshacer sus pasos y escapar, pero comprendió que eso haría parecer que llevaba malas intenciones. Tampoco

estaba por la labor de dar la espalda a quien pudiera propinarle un mandoble. Así que siguió avanzando mientras tomaba de nuevo la vizcaína, oculta debajo del tartán; con un simple movimiento, el hierro estaría presto.

El rostro que el fulgor descubrió hizo que Joan maldijera su suerte. De todos los habitantes de Dunluce había tenido que toparse con el único que no lo soportaba.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó Seumas con el ceño fruncido.

—Que vuestra merced me disculpe. Yo… —dudó, pero no había excusa que le pareciera válida.

—Esperad…, claro… Vais a la habitación de mi hermana, ¿verdad?

Joan asintió. Tenía poco sentido negar la evidencia, solo quedaba admitirla y tratar de defenderla.

—No albergo intenciones pecaminosas, descuidad. Sencillamente deseo hablar con ella. Sé que no es muy apropiado rondar por esta zona, pero no podía esperar a mañana.

Seumas se situó justo en medio de la escalera. El mensaje estaba claro: no iba a dejarlo pasar.

—Ahora mismo podría dar un grito y acudiría media docena de guardias —dijo, amenazador, y luego señaló la espada que llevaba en el cinto, más menuda que una *claymore*—. Aunque, para cuando llegaran, quizá ya os habría sometido.

El español hubiera deseado replicarle en el mismo tono. Empezaba a estar harto de la hostilidad de aquel hombre que desde su llegada no había hecho más que despreciarlo. Cada vez estaba más convencido de que si hubiera dependido de él, ya estaría en manos inglesas.

—Sin duda vuesarced tiene legitimidad para hacerlo —respondió, conteniendo sus modos—. Pero quedaríais marcado a los ojos de Dios.

—Un riesgo que estoy dispuesto a correr por el bienestar de mi familia. Bienestar que peligra cada día que pasáis en Dunluce. Y ahora, además, pretendéis hacer sufrir a mi hermana.

—Poco me conocéis si creéis eso.

Seumas bajó un par de peldaños hasta quedar un escalón por encima de Joan. Lo miró desde arriba. La proximidad hizo que perdiera las formas.

—Y poco la conoces tú. Ealasaid es una niña con la mente llena de hadas y fantasías. Mi padre se ha empeñado tanto en protegerla que le impide madurar como corresponde. Primero por la muerte de nuestra madre. El golpe fue doloroso para todos, pero más para ella, lo reconozco. Luego vino lo de Donnell. Por una cosa u otra, se le permite que siga empecinada en esa

rebeldía infantil. Y ahora, lo que faltaba: apareces aquí y te crees con derecho a aprovecharte de su ingenuidad.

—Me ofendéis al decir esas cosas…

—Oféndete cuanto te plazca, pero mientras tanto respóndeme: ¿qué harás después de cortejarla y catarla? ¿Te quedarás con ella, como sería tu obligación y como bien sé que te ha insinuado mi padre? ¿O regresarás a España, dejándola rota de dolor?

—Nunca le haría daño… —se defendió Joan, consciente, sin embargo, de que estaba eludiendo la pregunta.

—Se lo haces desde el momento en que le das esperanzas. Y la pones en peligro, como a todos nosotros. Si los ingleses descubren que os estamos ayudando… Bueno, lo mejor que podríamos esperar de Fitzwilliam es que nos echara de nuestras tierras. Lo peor, que todos acabásemos como mi hermano Alaster: con las cabezas clavadas en una verja. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Por supuesto que no!

Se sentía tan atribulado, tan avergonzado… Comprendía de pronto que su actitud había sido egoísta, lo cual hizo que su voluntad se viniera abajo. Seumas tenía razón: todo era terriblemente complicado y peligroso en aquel lugar. Haría daño a demasiados para conseguir un poco de gozo. Había pecado de inocente al creer que podía evitar el camino tortuoso al que estaba condenado.

El hijo de Somhairle descendió el peldaño que los separaba y se permitió tomarlo del hombro.

—No te odio, Mateu, aunque pienses lo contrario —le dijo, en actitud comprensiva—. Mi agresividad hacia ti en absoluto es personal. Como todo irlandés, siento aprecio por tu país, pero debes entender que por encima de mis impresiones se halla la protección de mi familia.

—Sí, lo entiendo… Y, sin embargo, creo que vuestra merced no es justo con Ealasaid y sus deseos.

—¿Crees que aquí hay lugar para la justicia, muchacho? —Le desagradó que lo llamara así, pero por edad bien podía Seumas ser su padre, así que no lo corrigió—. Estas son tierras duras en las que uno debe ser cruel si pretende sobrevivir. Más aun si tiene a su cargo a todo un clan. ¿Acaso hay más libertad en España? Enhorabuena por ello.

Negó con la cabeza. En los campos bajo la corona de don Felipe Segundo, los campesinos hablaban con modales distinguidos; los poetas eran admirados, y en la corte se las daban de muy civilizados. La realidad era que,

al igual que en cualquier otro lugar bajo la mirada de Dios, nadie era libre. Lo que decidía la posición de cada uno era su habilidad con la espada, el peso de su bolsa y la sagacidad a la hora de soltar la lengua.

—Mi padre ha hablado y no puedo contradecirlo: os quedaréis aquí hasta que haya un barco disponible para llevaros a Escocia. Te aconsejo, te imploro, que lo toméis, aunque solo sea para proteger a Ealasaid de cualquier castigo inglés. Mientras tanto, no le des esperanza alguna. Aléjate de ella.

Alejarse. Alejarse. ¿Cómo podía alguien plantearse algo así? ¿Renegar de lo que sentía? ¿De lo único puro que había tenido en tantos años? Sin embargo, en eso consistía sacrificarse por alguien: en poner su bienestar por encima del propio. Y, cuando lo hiciera, solo le quedaría aquello de lo que, en su estupidez, había tratado de escapar. La venganza.

Una vez más, otros habían decidido por él. Ealasaid no era la única esclava en el feroz mundo que pisaban. Todos lo eran.

27

Appuldurcombe, isla de Wight, Inglaterra, 1582

Las primeras piedras que se alzaron en lo que más tarde sería la mansión Appuldurcombe fueron las de la abadía normanda de Montebourg. Sin embargo, la historia de aquella tierra era mucho más antigua, tal como atestiguaba su nombre: *pul* significaba «zanja», y *dur* hacía referencia a una corriente de agua. Ambos términos provenían del antiguo idioma armórico, el de los britanos franceses, que a la vez estaba conectado con el córnico de Cornualles y el gaélico de irlandeses y escoceses. La vieja sangre celta corría por las venas de hombres y mujeres en la isla de Wight. Una herencia todavía presente en los cuentos narrados por los lugareños más ancianos, que por cierto no eran bien vistos por la Iglesia de Roma ni por la nueva fe luterana.

Pero nada es inmutable, ni siquiera las tradiciones más arraigadas. Siglos después de la llegada de los normandos, durante los días de Enrique II, la propiedad fue cedida a unas nuevas manos: la orden de las Monjas Menores convirtió aquella primera abadía en un convento. Y a fe de Carleill que era un lugar adecuado para el recogimiento de las religiosas, y acaso de cualquier hombre que deseara apartarse de los trasiegos del mundo.

La gran casa solariega a la que se dirigía estaba en una bucólica campiña, al sur de la isla. Había resultado un agradable paseo en carruaje desde el puerto de East Cow, donde había desembarcado. El paisaje era magnífico: suaves colinas sucediéndose en verdes retazos, bosquecillos aquí y allá, campos labrados…

Por desgracia, el motivo de su viaje a Wight le volvió a la cabeza cuando la mansión Appuldurcombe quedó a la vista, justo al atravesar una arboleda de abedules. Podía perfectamente considerarse un palacio, al que muchos se referían aún usando el apellido de sus anteriores propietarios, los Worsley. Los habitantes de la isla tenían en un pedestal a aquella familia desde que su patriarca, sir James Worsley, llegara de la corte de Enrique Octavo para casarse con Anne, hija de sir John Leigh, señor de la región. Cuando el convento de las minoritas fue suprimido durante la disolución monástica

ordenada por el rey, los Worsley recibieron su concesión y edificaron la casa que ahora Carleill tenía frente a sus ojos.

La familia Worsley ocupaba una posición de respeto tal que sir Richard, el hijo de sir James, fue nombrado capitán gobernador de Wight. Un cargo que ponía en sus manos el mando de las tropas acantonadas en el castillo de Carisbrook, encargadas de proteger un punto tan estratégico y tentador. Y no tardó mucho en devolver la confianza depositada en él. Durante la invasión de la isla por parte de los franceses, en 1545, comandó a la milicia local que derrotó en Bonchurch a las tropas agresoras. La victoria convirtió en un héroe a sir Richard.

Además de admiración, también recibió en propiedad la región de Appuldurcombe y otras zonas como Stenbury, Nettlecombe, Wathe, Bembridge y Chale. Y fue poco después cuando la historia de los Worsley se juntó a la de los Walsingham y, por tanto, a la de Carleill, pues, tras el fallecimiento de la madre de este, su padrastro contrajo nupcias con la ya entonces viuda de sir Richard Worsley, Úrsula. El destino de ambas familias quedó irremediablemente unido. Walsingham abandonó su casa familiar en el condado de Hertfordshire, donde Carleill había pasado sus últimos años de adolescencia, y se trasladó a Appuldurcombe. Aunque no era menos cierto que, dada su condición de secretario de estado de la reina, pasaba más tiempo en la corte que en la mansión.

La parcela era digna del más orgulloso de los nobles, y su edificio principal estaba rodeado por un muro que dividía los jardines delanteros en tres patios. El carruaje de Carleill se adentró por el del medio hasta detenerse justo delante de las escaleras de la fachada central, más retirada que los cuerpos laterales.

Tras bajar del vehículo, uno de los sirvientes lo acompañó por los pasillos y salas de la mansión. El recinto rebosaba luz gracias a unos ventanales enormes que iluminaban lujosos murales, tapices policromados, bustos y espléndidas alfombras. Todo allí era suntuoso, algo con lo que Carleill no se sentía demasiado cómodo. Había heredado de su padre un carácter austero. Aunque Alexander acumuló una fortuna decente tras décadas de negocios, jamás hizo ostentación de ella. Los años bajo la tutela de Walsingham podrían haber remediado dicha aversión de no ser por la experiencia en los Países Bajos: en la guerra no hay lugar para comodidades.

El despacho de su padrastro era cuanto un secretario de estado de la Corona inglesa merecía: las paredes estaban cubiertas de paneles heráldicos, pintados unos y tallados otros; las vidrieras que daban al patio interior de la

mansión se hallaban al descubierto, con las pesadas cortinas de encaje descorridas. Varios troncos ardían en la chimenea de cuatro arcos, caldeando el frío ambiente de otoño.

Había esperado encontrar a Walsingham enfrascado en alguna tarea, quizá redactando una carta o leyendo las que otros le enviaban. Seguía estando a cargo del servicio de espionaje de la reina, lo cual implicaba largas jornadas rumiando y preparando misivas, órdenes y estrategias. Pero en lugar de ello lo vio de pie, junto a la ventana, contemplando el maravilloso paisaje.

—Sir Francis… —se anunció.

Nunca lo había llamado «padre»; tampoco Walsingham se lo exigió ni se dirigió a él como hijo. Pero aquel hombre había sido fiel al juramento que le hiciera a su madre en el lecho de muerte: que cuidaría de Carleill y su hermana. Y siempre había sido correcto y amable durante su tutela, y justo y generoso en cuanto a oportunidades ofrecidas. Pero también distante, poco dado a dejar traslucir emociones o sentimientos. Le debía mucho, prácticamente todo cuanto había conseguido, pero lo que más deseaba, lo que más echaba en falta, él jamás se lo quiso entregar.

—Siéntate, Christopher —le dijo, acompañando la petición con un gesto. Carleill tomó asiento en uno de los sillones, y su padrastro hizo lo propio—. ¿Has tenido buen viaje?

—Sí, desde luego.

Walsingham sirvió *whisky* en un par de copas. Mientras llenaba la segunda, un acceso de tos lo sorprendió. Lo calmó con un largo trago antes de entregar el vaso a su hijastro.

—¿Otro de vuestros achaques? —preguntó Carleill.

Conocía bien la delicada salud de su padrastro, que llevaba años aquejado de frecuentes dolores de estómago. A veces incluso le costaba tragar agua. Los médicos aseguraban que tenía mal de riñones, y debía de ser así porque en algunas de aquellas crisis terminaba por orinar pequeños cálculos.

—Me temo que sí —admitió—. Parece que se suceden con mayor frecuencia. Los médicos no hacen más que recomendarme que renuncie a los compromisos y me traslade a Seething Lane, más cerca de la corte.

—Quizá deberíais hacerlo. Este lugar es muy tranquilo, pero está demasiado alejado para recibir la atención que necesitáis.

—Es algo que tendré que rumiar.

En honor a la verdad, Walsingham no tenía aspecto de enfermo, al menos a primera vista. Incluso allí, en sus aposentos, vestía con elegantes ropas negras que contrastaban con la lechuguilla blanca que le cubría el cuello,

incómoda prenda donde las hubiera a juicio de Carleill. Sobre el gabán, en el pecho, llevaba prendido el camafeo que mostraba su lealtad hacia la reina. Raro era verlo sin aquella joya.

Sí, tenía la apariencia de alguien saludable salvo para quienes lo conocían bien. Carleill podía apreciar las bolsas de grasa que se acumulaban bajo sus ojos, el ligero temblor en las manos y el rictus casi insignificante en la comisura de los labios, producto del dolor que en ocasiones padecía. No podía dejar de pensar que aquel hombre, que había marcado el destino de media Europa desde las sombras, se enfrentaba al fin a un enemigo que ni siquiera sus artes podían vencer.

—Bueno, dime a qué debo tu visita.

Carleill trató de resistir la inquisitiva mirada de Walsingham. Se armó de valor y empezó hablándole de la travesía a Rusia de la que acababa de regresar. Lo complicado vendría después.

—Ha resultado ser una experiencia fabulosa, debo reconocerlo.

—Por lo que tengo entendido, tuvisteis problemas con los daneses.

—Así es. Su flota nos salió al paso, pero, cuando vieron la bandera inglesa, prefirieron no arriesgarse a un enfrentamiento. Bastante tienen con los rusos.

Cierto era que las cosas estaban revueltas por los mares bálticos. Los rusos habían perdido el puerto de Narva a manos de Suecia, estropeando de este modo la ruta más utilizada por la Compañía Moscovita. Solo quedaba un itinerario viable, el que conectaba con San Nicolás. Por desgracia, eso acercaba los barcos a los dominios de Federico Segundo de Dinamarca, quien estaba en guerra con el zar ruso. Cualquiera que pretendiese hacer negocios con Rusia estaría en peligro.

Los méritos en la guerra de Carleill, así como la influencia de su cuñado Christopher Hoddesdon y su tío George Barne —ambos veteranos de la compañía de comerciantes—, le valieron ser elegido comandante de tan peliaguda travesía. Una tarea que realizó con éxito y reavivó su ánimo después de tantos años de triste guerrear en los Países Bajos. Estar de nuevo en el mar, en un viaje lleno de aventuras, lo hizo sentirse joven.

—De hecho, señor, tengo intención de presentar a la Compañía de Moscovia un discurso sobre una nueva ruta hacia las Américas —reveló a Walsingham—. Creo que en las partes más recónditas de aquella nueva tierra queda mucho por explorar y colonizar. Podríamos establecer unos términos mucho más beneficiosos que con los rusos y evitar el problema de los daneses.

—Mmm… Esa es una idea que podría resultar interesante. Quizá pueda mediar para que te concedan un crédito con el que desarrollar el proyecto.

—Sería una deuda más que contraería con vos.

—Bien, lo veremos. —Walsingham clavó en él su vieja mirada de águila—. Pero algo me dice que hay más cosas bullendo en tu interior.

Carleill se removió en su silla. Ya no era un chiquillo; hacía mucho que había aprendido a no sentirse intimidado por nada ni nadie. Salvo por su padrastro.

No tenía idea de cómo lo había averiguado, pero estuvo seguro de que lo sabía.

—Sí, señor, hay otra cosa… —Se obligó a sí mismo a abordar el asunto—. Deseo vuestra bendición para contraer matrimonio.

El secretario de estado esbozó una tenue pero funesta sonrisa.

—¿Y quién es la afortunada? Ah, espera, creo que lo sé. Es esa costurera flamenca a la que llevas meses escribiendo. ¿Le gustó el anillo y el retrato que le enviaste?

De cualquier otro le habría sorprendido una revelación semejante. Pero nunca olvidaba que estaba ante sir Francis Walsingham, maestro de espías de la reina Isabel. Tendría que ser más concienzudo si pretendía esconder algo a un hombre como aquel.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Eres consciente de que tengo ojos y oídos en todas partes. Me informaron de ello, así como de la categoría de quien pretendes convertir en tu esposa. Y, desde luego, no está a tu nivel.

—Creo que eso debería decidirlo yo, si me disculpáis el atrevimiento.

—Te he disculpado muchos atrevimientos, Christopher: que dejaras tus estudios en Cambridge, que te alistaras como voluntario para la guerra en los Países Bajos, que marcharos justo cuando estabas en la cúspide… Pero me temo que este capricho es demasiado.

—No es algo caprichoso. Lo que siento por Meike ha resistido la distancia y el tiempo. Resulta prueba suficiente de que se trata de un sentimiento profundo.

—No seas tan ingenuo ni aludas a vaguedades como el amor. Tu madre era hija del alcalde de Londres, de una de las familias más insignes de Inglaterra. Y tu padre, un respetado mercader. ¿De verdad crees que aprobarían que te casaras con una vulgar costurera, hija además de una furcia?

—Si alguien sabe mejor que nadie lo que querría mi madre, soy yo. Ella deseaba que fuera feliz.

—Deseaba una vida digna para ti. Eso fue lo que me pidió que le prometiera cuando agonizaba: que hiciera de ti un gran hombre. ¿Deseas desposar a esa pordiosera? Bien, hazlo. Pero no tendrás mi bendición. Estarás solo.

Carleill se levantó del sillón con aire ofendido. Desde el principio había tenido claro que a su padrastro no le agradaría lo que pensaba hacer, pero nunca imaginó una prohibición directa.

—Siéntate, Christopher. No hagas un drama de esto.

¿Cómo podía decirle aquello? ¡Desde luego que era un drama! La persona a la que tanto esfuerzo se había dedicado a agradar le estaba negando la felicidad. Se sentía frustrado, traicionado y, por supuesto, decepcionado. Sin embargo, debía controlarse. El propio Walsingham le había enseñado que un hombre siempre tiene que mantener las emociones atadas. Así que obedeció y volvió a tomar asiento.

El secretario de estado juntó las manos con los dedos hacia arriba. Su expresión seguía siendo imperturbable. Uno no podía saber qué le pasaba por la mente ni qué podía afectarlo. Parecía invulnerable.

—Entiendo el dolor que esto te causa, de verdad que sí. Aunque no lo creas, tras esta máscara de hierro que muestro al mundo también hay alguien sensible. Y precisamente por eso no puedo permitir que lleves a cabo lo que pretendes. ¿Sabes por qué me ata con tanta fuerza la promesa que le hice a tu madre? Porque la amé. La amé de verdad.

La declaración lo sorprendió más que cualquier otra cosa que le hubiera dicho nunca. No estaba acostumbrado a escuchar de Walsingham palabras semejantes. Su tono no revelaba si existía verdadero cariño en ellas, pero desde luego era lo más cerca que había estado jamás de escucharle una referencia sentida al amor.

—Eres un hombre inteligente —continuó él—. Sabes cómo funciona el mundo. Tu linaje exige desposar a una mujer de alta alcurnia. Puedo arreglarlo si lo deseas, tal como estoy haciendo con tu hermanastra Frances.

Sabía de las conversaciones que Walsingham estaba manteniendo para encontrar un marido adecuado a la hija que tuvo con su segunda esposa. Un candidato destacaba sobre el resto: sir Philip Sidney, sobrino de sir Robert Dudley, consejero favorito de la reina Isabel y conde de Leicester. La chiquilla, con la que jamás había tenido una relación estrecha debido a la diferencia de edad, contaba entonces quince años. Nunca la había visto como a una hermana.

En cualquier caso, no deseaba su misma suerte. Walsingham estaba utilizando a su hija como mercancía en su juego de alianzas. Nada extraño, en realidad; solo que él no podía concebir estar con otra persona que no fuera Meike.

—Deseo desposarme con quien yo decida.

—Tráela como concubina, si así lo deseas. Muchos señores lo hacen, incluso estando casados. Pero tienes que quitarte de la cabeza la idea de presentarla como tu esposa. ¿Qué dirían si algún día tuvieras que visitar la corte con una mujer sin linaje? Nadie la aceptaría, no importa dónde fueras. ¿Y crees que ella estaría cómoda en un entorno como el nuestro? Se sentiría vulgar, por mucho que suavizaras sus maneras, y al final sería infeliz.

Había pensado poco en ello. Lo que sentía por Meike era tan fuerte que parecía estar por encima de cualquier posible dificultad. Pero en boca de su padrastro, por muy enojado que estuviera con él, aquella resultaba una argumentación sensata. No encontró armas con las que rebatirla.

Carleill lanzó un suspiro de derrota. Walsingham había ganado de nuevo; siempre lo hacía. Pero no era de los que se vanaglorian de ello, de los que humillan al derrotado. Nada se ganaba alardeando. Se levantó y caminó bordeando la mesa hasta situarse junto a él. Posó la mano en su espalda y le dio un poco de consuelo.

—Siento todo esto, pero entiende que solo quiero lo mejor para ti, hijo.

Ahora fue Carleill quien alzó la mirada para observarlo. No podía creerlo. Hijo. Lo había llamado hijo. Era la primera vez, y lo había deseado tanto… La cuestión era que nunca podría saber con certeza si Walsingham estaba siendo sincero o quien hablaba era el maestro de espías de la reina Isabel.

Y, aun así, resultaba agradable sentir el aprecio de un padre.

28

Carrickfergus, 1588

Durante sus episodios de insomnio, a Carleill le gustaba contemplar el choque de las olas contra la roca de Fergus. Desde su alcoba, en el tercer piso de la torre del mar, las aguas del Loch Laoigh se extendían en un espectáculo que podía ser impactante, durante los temporales, o plácido, cuando el océano se hallaba en calma. El arrullo lo tranquilizaba en esos momentos apacibles, pero, durante las tormentas, el fragor de las olas lo hacía verse a sí mismo con mayor humildad. Pues ¿qué era un hombre frente al poder de los elementos? Los españoles que habían perdido su grandiosa armada podían atestiguarlo.

De modo que, cuando despertó de la duermevela que había soportado toda la noche, bajó de la cama y atravesó la habitación para descorrer los cortinajes y asomarse. Todavía estaba muy oscuro, aunque pronto amanecería. El malecón que partía del extremo sur del cabo, y que hacía las veces de embarcadero, se llenaría pronto de los hombres que faenaban en los barcos allí anclados. No había muchos, y ninguno era mayor que las habituales barcazas de pesca: todo gran buque con capacidad bélica había sido requisado meses atrás para formar parte de la flota inglesa que debía enfrentarse a los españoles, así que tardarían en volver a sus tareas mercantes.

Escuchó el ronroneo de Mary y se volvió a contemplarla. La cubría una frazada de la que escapaba un hombro desnudo, tan sensual como la expresión serena de su rostro. Pronto se levantaría, o tendría que despertarla él para que pudiera regresar a sus aposentos sin que nadie la viera. Lo odiaba. Odiaba verla marchar sin poder hacer nada. Se sentía culpable todos los días. Porque lo era.

Mary se revolvió un poco antes de abrir los ojos. Cuando fue capaz de enfocar la vista, la posó sobre Carleill. Él vio en aquella mirada la dulzura que lo había enamorado, pero, a medida que ella fue tomando conciencia de la realidad, la inocencia se fue esfumando. Las preocupaciones asomaban.

—Duerme un poco más, todavía es temprano —le dijo él.

—Hoy es domingo —respondió. Lanzó un bostezo y se levantó de la cama.

Lo había olvidado. Los domingos solían ser especiales. Las puertas de la iglesia de San Nicolás, situada junto al muro norte de Carrickfergus, se abrían todas las semanas para oficiar la misa dominical. Carleill, obligado por su cargo, debía acudir sin falta junto con sus oficiales y soldados que no estaban de guardia. Pero no solía acercarse mucha más gente. Los aldeanos, sobre todo los irlandeses, seguían profesando la doctrina de Roma, por mucho que en público se guardaran de decirlo. Pocos de ellos acudían a unos oficios que seguían los preceptos del luteranismo, la religión del enemigo invasor. Que se rezara en inglés por mandato real tampoco ayudaba demasiado. Para los lugareños, era tanto una provocación como un impedimento, ya que la mayoría solo sabía hablar su gaélico natural y el latín aprendido en las iglesias católicas.

Carleill no era ajeno a los problemas que la situación religiosa provocaba, aunque tampoco era precisamente un creyente fervoroso. Pero no hay hombre que pueda vivir siempre aislado de las corrientes del mundo.

Cuando la reina recuperó el Acta de Supremacía dictada por Enrique Octavo, los obispos ingleses que no quisieron abrazar la nueva doctrina luterana fueron depuestos y sustituidos. Sin embargo, Irlanda no era Inglaterra. Amparadas por los clanes, muchas de las parroquias siguieron celebrando sus misas católicas en latín y desentendiéndose del *Libro de oración común* impuesto desde Londres. Para Isabel, resultaba preciso que la iglesia estatal prevaleciera, pues era la mejor forma de cambiar la voluntad de los irlandeses; pero nada podía hacerse mientras no se tuviera el control total de la isla.

La cuestión era distinta allá donde la presencia inglesa se había consolidado, como en Carrickfergus. Las leyes dictaban que todo oficial debía procurar su cumplimiento sin fisuras, sin mirar hacia otro lado. Los predecesores de Carleill habían sido muy estrictos al respecto. Entre otras medidas, se habían encargado de desmantelar los numerosos edificios católicos alrededor de la aldea: los prioratos de Woodburn, el convento de Glynn, el hospital de leprosos de Santa Brígida… Nada quedaba de aquellos espacios desde hacía años, salvo ruinas. La única iglesia que se había salvado era la de San Nicolás, y solo porque aceptó adaptarse a las nuevas corrientes.

El ejemplo más claro fue el convento de monjes de la Estricta Observación. El complejo se hallaba dentro del perímetro amurallado exterior, en el extremo oriental de Carrickfergus, pero en los tiempos de Carleill no era más que un cadáver de roca y madera invadido por la madreselva. La orden franciscana había recibido de lleno la furia de la

persecución al ser disuelta en 1540, restaurada por la reina María diecisiete años después y de nuevo ilegalizada en 1560, ya con Isabel en el trono. Sus propiedades pasaron a formar parte de la Corona, y los monjes que se opusieron al destierro fueron encarcelados.

Pero no todos: era un secreto a voces que todavía rondaban frailes por la región. Tras ser expulsados de Carrickfergus, buscaron refugio en otros conventos cercanos. En la zona costera, al norte de la ciudad y en territorio dominado por los MacDonnell, existían algunos diminutos enclaves monásticos como el de Layd, y varios monjes bajaban los domingos para oficiar una misa clandestina a la que acudían los aldeanos que mantenían su fe católica. Se reunían en Knockagh, no muy al oeste del castillo, junto a una cañada conocida como el pozo del Fraile. Celebraban sus liturgias prohibidas en los restos de una antigua iglesia.

Carleill conocía bien esas prácticas, no solo por las habladurías, sino porque Mary era una de las personas que acudían. Y ahí nacía la incoherencia: su cargo lo obligaba a poner fin a aquello empleando cualquier medida, por drástica que fuera. Pero el condestable jamás se planteó intervenir, y no solo porque su amante estuviera involucrada. Sabía muy bien que la única manera rápida de apagar las creencias religiosas de una persona era la amenaza de muerte, algo que sus convicciones no le permitían. Sí, podía atrapar a algunos de aquellos aldeanos y colgarlos a la orilla del mar, como habían hecho algunos de sus predecesores. «Las tres hermanas», el trío de horcas de madera que todavía se erguía cerca del poblado, podían servirle para un espectáculo con el que escarmentar a los lugareños. Y ninguno de sus superiores lo culparía, pero sí su propia conciencia. ¿Matar a inocentes desarmados para erradicar una fe que, en el fondo, apenas distaba en nada de la que la Corona deseaba imponer? Si querían un carnicero, que buscaran a otro.

Mary empezó a vestirse en silencio. Cuánto había cambiado todo, aunque ella seguía colándose en la torre cada noche. Los guardias tenían órdenes de permitirle el paso y mantener en secreto sus visitas nocturnas, pero más de uno, sin duda, había hablado ya. La costurera llegaba cerca de la medianoche, pero, si antes lo hacía con una sonrisa y el ánimo de una niña traviesa, desde que Carleill regresara de Escocia parecía más distante. Hacían el amor con la misma pasión, aunque ahora escaseaba lo que antaño sobraba: sus declaraciones de afecto eran pocas y tibias.

El condestable se alejó del ventanal para sentarse junto a su amante. Le apartó un mechón que le caía sobre el rostro, todavía juvenil, y le besó el

cuello. Ella se apartó con un gesto de hartazgo.

—¿Por qué este desplante? —le preguntó, contrariado.

—Porque sé lo que vas a pedirme. Tan bien como tú mi respuesta.

—No es de mi gusto rogarte que dejes de ir a Knockagh, eso también lo sabes, pero debo hacerlo. Es peligroso. Podríais toparos con bandoleros irlandeses.

—Jamás atacarían a quienes van a orar. ¿Y para qué, además? No llevamos nada de valor.

Sabía que convencerla era una tarea imposible. Mary era hermosa, inteligente y generosa como nadie que hubiera conocido antes, pero también más terca que una mula. De hecho, gracias a esa cualidad había aceptado acompañar a Carleill. No estaría en Carrickfergus de tener una voluntad más endeble.

Se apartó de ella otra vez y regresó al ventanal. Necesitaba aclarar sus ideas. Demasiados problemas al mismo tiempo: todavía no se había recuperado de las asfixiantes negociaciones en Escocia y ya tenía encima asuntos como el de los náufragos españoles. Y, mientras tanto, la persona que más le importaba y a quien más amaba, seguía desatendida. Dejó que la brisa le acariciara el pecho desnudo, pero no encontró mucho alivio en ello.

—Sé que estás harta de esta situación. Quizá cuando termine esta pequeña crisis de la Armada española pueda hacer algo al respecto…

—Si algo me harta son tus «quizá» y tus «tal vez» —lo reprendió Mary—. Ya no me los creo, Christopher.

—Nunca te he mentido.

—No te acuso de eso. Sé que me amas, sé que todo cuanto haces es para protegerme. Pero del mismo modo sé que por encima de mí hay otra cosa, algo prioritario.

—¿Qué podría ser más importante que tú?

—¿Qué te parece contentar a tu padrastro? No trates de convencerme con un futuro que jamás llegará. Siempre habrá algo que te sirva de excusa para no enfrentarte a la influencia que ese hombre tiene sobre ti.

—¡Maldita sea, Mary! —se volvió hacia ella con expresión crispada—. ¡Se lo debo todo! Acogió a mi familia cuando murió nuestro padre. Y siguió proporcionándonos cobijo y educación a la muerte de mi madre, a pesar de no tener obligación alguna. Cada oportunidad que he tenido en la vida me ha llegado gracias a él.

—Hablas como si no hubieras trabajado duro para ganarte cuanto has conseguido. No fue tu padrastro quien arriesgó su vida en el campo de batalla.

Fuiste tú. Y, sin embargo, a pesar de tantas contiendas y aventuras, sigues sin ser capaz de luchar por mí.

—¿Cómo puedes decir eso? Volví a buscarte, a pesar de su oposición. Te he traído conmigo porque soy incapaz de renunciar a lo que siento…

—No me hables como si solo tú te hubieses sacrificado. Soy yo quien lo ha dejado todo atrás: mi familia, mi país, mi idioma, incluso mi nombre. ¿Y ahora quieres que renuncie también a mi fe?

—Mary, yo…

—¡Basta de llamarme así! ¿Tanto te cuesta utilizar mi verdadero nombre? ¡Vamos, hazlo! Antes de que también yo lo olvide y me convierta para siempre en esta patética criatura en la que he degenerado por ti. La amante de la que todos hablan, la furcia que solo quiere aprovecharse del noble señor.

—Eso no es justo.

—¡Di mi nombre!

—Meike…

La joven se vino abajo al escuchar aquella palabra después de tanto tiempo. Carleill la abrazó en lo que sabía que era un vano intento por consolarla. El daño había enraizado en lo más profundo de ambos.

Ella tenía razón. Era un cobarde; un cobarde que quería tenerlo todo sin renunciar a nada: el amor de Meike, la aprobación de su padrastro, el éxito en su carrera… Nada malo había en ser ambicioso, salvo que los objetivos deseados fueran incompatibles. Tarde o temprano tendría que decidir qué dejaba de lado.

—Siento el daño que te he causado —se disculpó.

Meike levantó la cabeza y lo miró de nuevo con aquellos ojos enormes, ahora, llorosos, que revelaban el amor que sentía por él. No era aquel el problema.

—Lo sé, nunca lo he dudado. De otro modo jamás habría aceptado esto.

Le enseñó la mano, en cuyo dedo anular llevaba la sortija que él le había regalado años atrás.

—Nunca te exigí más joyas que esta, ni lujosos vestidos, ni vivir en un castillo —dijo ella—. Lo único que pedí fue a ti mismo, en cuerpo y alma. Quizás el cuerpo me lo hayas entregado, pero echo de menos tu alma.

Escapó del abrazo de Carleill y se levantó. Arregló la túnica y se acomodó la cofia mientras caminaba hacia la puerta. Antes de salir, volvió a mirar al condestable.

—Echo de menos el alma de mi esposo.

29

Dunluce

Muchos sacerdotes hacían de los preparativos para la eucaristía un rito en sí mismo, incluso cuando solo se trataba de una simple misa de feria. Posaban el misal en el atril con la solemnidad de quien toma en sus manos a un recién nacido, acaso el mismísimo Cristo en el momento de su llegada al mundo; dejaban el pan ácimo con reverencia y limpiaban el cáliz hasta que su rostro se reflejaba y los llenaba de un orgullo nada apropiado para un hombre santo.

Pero la copa que el padre Pilip usaba en sus oficios era de madera humilde, y no podía devolverle ningún reflejo, cosa que no le quitaba el sueño, pues si como individuo rehuía la opulencia más lo hacía como siervo de Dios. Creía mejor ser en primer lugar fiel a uno mismo, que era serlo a Dios ya que todo hombre forma parte de él.

Así que no le gustaba ser tan estricto en según qué cosas. A veces incluso se le olvidaba convenientemente ayunar la noche antes de una misa, como en teoría debía hacer. «Bastante flaco estoy ya para ir perdiendo comidas», solía excusarse. Pilip era un eclesiástico sencillo, humilde y con los pies en el suelo. A diferencia de la mayoría de arzobispos, cardenales y cuantos se refugiaban del mundo en los despachos de las grandes catedrales, él conservaba intacta la vocación que lo había llevado a atender la llamada de Dios. Los viajes emprendidos durante su formación le permitieron descubrir otras culturas y liberarse de los prejuicios y las rígidas reglas impuestas por Roma. Nunca quiso perder el contacto con los feligreses. Aunque tampoco era un ingenuo: comprendía que una familia tan grande como la Iglesia necesitaba de individuos que organizaran los asuntos desde las alturas. Pero esa tarea alejaba al pastor de sus ovejas y empañaba el mensaje esencial de Jesucristo.

Pilip realizaba las tareas previas a la misa diaria con alegría y casi como si de un juego se tratara, y así sus acólitos se implicaban con mayor devoción. Cormac, el más joven, le trajo el mantel blanco para cubrir el altar antes del oficio, y Enda hizo otro tanto con los cirios. Eran dos chiquillos serviciales que, como casi todo el mundo, adoraban a Pilip por su cercanía. Además de

las valiosas lecciones religiosas, les había enseñado a leer en gaélico y en latín y empezaban a garabatear sus primeras palabras. También conocían el significado de sus nombres.

—Cormac fue un legendario rey de Irlanda que gobernó desde la colina de Tara —les había explicado tras acogerlos—. Y Enda, que significa «pájaro», un príncipe guerrero que se convirtió en monje en tiempos de san Patricio.

Con la ayuda de los chicos dispuso el leccionario y las vinajeras con el vino y el agua. Cuando estaba cubriendo el cáliz con un velo, llegó el primer feligrés, muy madrugador. No era otro que Joan, quien al ver que interrumpía los preparativos se detuvo en la entrada.

—Pasa, hijo. No seas tímido en la casa del Señor, ya que también es la tuya —le dijo en castellano.

El español asintió y recorrió el pasillo que formaban los bancos de madera hasta el altar.

—Disculpe vuestra santidad si resulto una molestia… —se disculpó.

—La única molestia que puedo reprocharte es que sigas tratándome con tanta formalidad —respondió, arrancándole una sonrisa al soldado.

Joan miró alrededor, como si quisiera absorber la estampa misma de la iglesia en todos y cada uno de sus detalles.

—Sinceramente, da gusto ver que las prácticas tradicionales todavía tienen presencia en estas tierras —dijo.

—La verdadera fe ha resistido mucho desde que llegó al mundo. Sobrevivirá también a estos tiempos convulsos.

—Ojalá la Felicísima hubiese logrado su propósito. Con una Inglaterra de nuevo católica, vuestros problemas desaparecerían.

—No estoy seguro de que fuera la mejor manera de lograrlo, hijo. Defender la palabra del Señor repartiendo muerte siempre me ha parecido inaceptable.

La respuesta sorprendió al español.

—Creí que un hombre como vos estaría conforme con una misión que contaba con la bendición del papado…

—Lo estaría si no hubiera supuesto la aniquilación de tantos inocentes. Y, de haberse pisado Inglaterra, otros habrían perecido.

—Sí. Herejes luteranos. ¿Los ponéis a la misma altura de los soldados que luchan por Roma?

—Sus creencias, aunque erradas, no convierten sus vidas en algo menor. Al fin y al cabo, seguían creyendo y amando a Dios. Las premisas de Lutero, que por motivos interesados abrazaron los ingleses, no se diferencian

demasiado en lo sustancial. Tal vez niegan la autoridad papal y los sacramentos; tal vez para ellos la salvación está solo en la fe, sin importar las buenas obras, y reniegan de la veneración de las imágenes religiosas, pero por lo demás todo es igual.

El soldado español seguía confundido.

—Mis declaraciones son producto de la reflexión personal, hijo mío. Observa que ninguna de las atrocidades en las que ahora caen los luteranos son nuevas. Por mucho que me pese reconocerlo, los católicos ya cometimos tropelías similares. ¿No persiguió también María Tudor a esos nuevos creyentes en Inglaterra? Le bastaron tres meses, tras casarse con tu rey, para empezar a hacerlo. ¿Y cómo fue el asunto? Aquí estamos —dijo, extendiendo los brazos—. Tú mismo puedes verlo. La violencia solo engendra violencia.

—En cualquier caso, este fracaso os deja en la estacada. No creo que don Felipe pueda armar una nueva ofensiva.

—De otro lugar vendrá la ayuda.

—¿De dónde? Solo Francia tendría el poder necesario para semejante empresa, y a duras penas. Pero está rota por sus conflictos internos.

—Más bien me refería al Padre Todopoderoso. Él proveerá, como siempre hace. Será su voluntad.

Joan asintió con escasa convicción. No podía culparlo por sus dudas. La misión de la Armada española se había sustentado, según decían, en la fe absoluta de un rey que creyó que Dios estaría de su lado. Se comentaba que Felipe era un hombre profundamente espiritual que asumió la misión que el Papa puso sobre sus hombros: ser el defensor de la Iglesia, el nuevo cruzado de la cristiandad que acabaría con los herejes del norte. La pregunta ahora era si su fe resistiría aquel fracaso. Por mucho menos, otros habían abandonado la senda del Altísimo.

—Resulta apasionante discutir de estos temas, pero imagino que no has venido aquí para eso. ¿En qué puedo ayudarte?

—Deseo confesión para los males que acosan mi espíritu, o no seré digno de tomar parte en vuestros oficios.

—Pues has venido al sitio adecuado. —Se dirigió entonces a sus acompañantes, en latín—. Hijos míos, terminad vosotros con los preparativos. Acordaos de colocar el pan ácimo junto a la entrada para llevarlo en la procesión de las ofrendas. Y nada de probar el vino en mi ausencia.

Los muchachos asintieron y se pusieron manos a la obra, mientras Pilip tomaba a Joan del hombro como si de un viejo amigo se tratara. Lo condujo hacia la puerta grande, reservada para la entrada de los miembros de la

familia MacDonnell en las grandes celebraciones. Una distinción con la que el párroco no estaba muy de acuerdo, pues creía que todo feligrés era igual a los ojos del Señor, especialmente en su iglesia. Aun así, comprendía que a veces debían hacerse concesiones, sobre todo cuando se trataba de nobles de orgullo volátil.

—¿No vamos al confesionario? —preguntó Joan.

—Si lo prefieres… Aunque creo que sería más agradable hacerlo a la luz del día. La confesión puede dispensarse en cualquier parte. Dejemos esa formalidad del habitáculo angosto y oscuro para los más estrictos. Tú y yo somos distintos.

—Desde luego que nunca he conocido a un clérigo como vuestra santidad… —Apenas acabó de decirlo, rectificó—. Como vos.

—Muy bien, hijo, eso está mucho mejor. Pronto incluso te atreverás a tutearme.

Antes de salir al exterior, el español se detuvo junto a la placa tallada en piedra, cerca de la puerta principal.

—Tras el funeral por mis compatriotas vi a Somhairle y sus hijos orando frente a esta insignia. Los vi tan afectados que no me atreví a preguntar a Ealasaid por no perturbarla.

—Hiciste bien. Es un recuerdo muy doloroso para todos ellos…, para todos nosotros. En especial, para ella —dijo, tras un ligero y extraño titubeo—. Es el epitafio de su hermano, y dice así: «Aquí debajo yace el cuerpo de Donnell, hijo de Somhairle, señor de Antrim, segundo de su sangre, que abandonó esta vida el 20 de julio del Año de Nuestro Señor 1586. La muerte puede disolver, pero no destruir. El que siembra lágrimas en este mundo cosechará alegrías en el otro».

»Donnell murió hace unos meses, no mucho después de que lo hiciera su madre. Su cuerpo fue hallado en la logia del castillo. Algunos deslenguados aseguran que un desairado Turlough ordenó su asesinato tras el primer rechazo de Ealasaid a su hijo.

—Algo bastante común por estos lares, según me habéis contado. Las intrigas y ajustes de cuenta entre clanes parecen el pan de cada día.

—Sin duda, pero esta vez no es posible. El O'Neill se arrodilló frente a Somhairle y la propia Ealasaid para prometerles que no tenía nada que ver con el asunto. Juró con el tartán entre las manos, por el honor de su clan, y algo así es inapelable. Lo hizo aquí, en esta misma iglesia, delante de mí. Por eso Donnell fue enterrado justo debajo de la placa —comentó, señalando una losa grabada en el suelo con el escudo de la familia MacDonnell—. Ese es

también el motivo por el que Turlough soporta un rechazo tras otro sin tomar medidas más drásticas.

—Entiendo que Ealasaid padeciera por ello más que nadie.

—Se culpaba de lo ocurrido, como es comprensible. Durante semanas no tuvo ánimo más que para llorar. Llegamos a padecer por su salud, porque ni siquiera comía.

—¿Estaban muy unidos?

—En realidad, no demasiado. La diferencia de edad es un gran abismo entre Ealasaid y todos sus hermanos, salvo quizá Ragnall y solo por su carácter alegre. Donnell, en cambio, era un hombre severo volcado en defender los intereses del clan más que los de sus miembros.

—Veo que el rigor de Seumas no es cosa única —asintió.

—Donnell era peor en ese sentido. El segundo hijo de Somhairle hacía gala de unos modales bastos y desagradables. En ocasiones, incluso se mostraba agresivo. Pero la sangre es la sangre, y Ealasaid ha cargado desde entonces con la culpa.

—Esta familia ha padecido terribles desgracias —comentó el español con tono solemne, sin dejar de contemplar la placa.

—Como todas, hijo. La pérdida es consustancial a la vida. Quien tiene por fuerza ha de perder algún día.

—De eso precisamente quería hablaros.

—Creo que imagino vuestra preocupación. Se trata de Ealasaid, ¿verdad?

—¿Tan evidente es?

—Me temo que sí. Solo hace falta ser un poco observador.

—Creo que la amo, padre. Y eso me pone en un brete.

El día estaba nublado, pero aun así el fulgor los cegó unos instantes al salir de la iglesia.

—En primer lugar, no lo crees. Lo sabes. Sabes bien lo que sientes por ella —lo corrigió Pilip—. Y también conoces sus sentimientos. Por otra parte, ¿qué hay de complicado en ello? Si deseas estar con Ealasaid, es tan sencillo como quedarte a su lado.

—Ahí es donde la cosa se enreda, padre. Hay otro asunto del que nada sabéis y que me obliga a regresar a España. Una responsabilidad que se enfrenta a mis deseos y me consume por dentro.

—Cuéntamela y trataré de darte consejo.

—Es un secreto terrible que me avergüenza como hombre y como hijo de Dios. —El párroco vio en los ojos de aquel hombre un dolor verdadero, pero

también ansia por sacar el veneno de su interior—. ¿Cargaréis con mi confesión, padre? ¿Me ayudaréis a tener al menos un alivio temporal?

—Esa es mi tarea. Y, aunque no fuera sacerdote, de igual modo te escucharía.

—Bien. Supongo que debería empezar por el principio para poneros en antecedentes. Vive Dios que no toda mi infancia fue un camino entre zarzales espinados, padre. En los primeros momentos de mi estancia en este mundo fui realmente feliz. Y se abría ante mí un futuro casi tan digno como el de los nobles más ilustres.

»Mi padre, Albert Mateu, tuvo la fortuna de servir a uno de esos insignes hombres de gran hidalguía e intachable moral. Me refiero a don Francesc Gilabert de Centelles, a la sazón conde de Oliva, la población en la que nací y pasé mis primeros años. Para ser justos, al buen conde no llegué a conocerlo, pues murió antes de que yo me presentara a esta vida. Pero mi progenitor jamás dejó de alabarlo como si de un padre se tratara, así que en parte lo tengo como un abuelo. Recuerdo que decía de él que amaba la poesía y que de hecho llegó a escribir un buen puñado de elegías, cartas y epigramas. Mi padre aprendió a leer y escribir gracias a él, tanto en castellano como en valenciano y en latín, saberes que luego me transmitió a mí. Don Francesc también fue un cristiano devoto, además de haber sido instruido en las armas.

—Sí, es lo común. Como decís los españoles, «un padrenuestro en los labios y la toledana presta en la mano».

—En efecto. Recuerdo algunas de las historias que mi padre me contó, aunque muchas también le llegaran de oídas. Por ejemplo, aquella en la que el conde, cuando era poco más que un mozalbete, hizo equipo con su sacra, católica y real majestad el emperador don Carlos. Fue durante un juego de cañas celebrado en Valencia, allá por el año 28…

—¿Juego de cañas? —se extrañó Pilip. No recordaba aquel tipo de celebración a pesar de la larga temporada que había pasado en España.

—Es cierto que esa fiesta se celebraba más de Madrid para Levante y no tanto al norte, donde vos estabais. He oído de todo acerca de su origen: que la tomamos de los moros, que fueron los romanos quienes la llevaron a Hispania, que es más nuestro que la envidia… En fin, era algo sencillo y jocoso, pues se trataba de simular un combate en la plaza mayor aprovechando algún gran acontecimiento. Ya sabéis, cosas como el compromiso de una infanta, una buena victoria en territorio enemigo o que el gobernador de turno al fin había hecho de vientre —bromeó Joan, sacándole unas risas a Pilip.

»La justa iba así: se formaban cuadrillas de nobles montados a caballo que, una vez organizados, se arrojaban cañas unos contra otros como si de lanzas se tratara; y el rival debía intentar pararlas con su escudo. Era un festejo muy popular al que asistía el vulgo para disfrutar del boato y darse el placer de ver a los cortesanos con sus propios ojos. Aunque también es cierto que desde lo del Concilio de Trento las celebraciones empezaron a hacerse más austeras. Una pena, pues no son fiestas lo que sobra en mi opinión, sino guerras. Aunque suene extraño que esto lo diga un soldado.

—Gran razón tienes, hijo. Aunque entiendo que la carne del hombre es tan débil que a veces hay que poner límites a su tendencia al placer y la jarana, para que no pase los días de taberna en taberna.

—Visto de ese modo, supongo que estáis en lo cierto. Pero perdonad mis divagaciones y sigamos con lo que importa. Mi padre, Albert, entró a trabajar como paje en el palacio del conde de Oliva antes incluso de convertirse en hombre de pleno derecho. Contaba catorce veranos por entonces y solo hacía de recadero, pero demostró tal diligencia y tan buenas maneras que pocos años después fue nombrado mayordomo principal, con la máxima confianza del conde para organizar los deberes y asuntos propios de la servidumbre palaciega.

—Algo así es extraordinario —asintió Pilip.

—Cierto. Mi progenitor venía de una familia de labriegos, y extraño era que alguien de baja alcurnia entrara al servicio de un noble de semejante linaje y más todavía que medrara a tan tierna edad. Su carencia en lo que se refiere a la sangre fue remediada cuando el conde tuvo la gracia de ofrecerle una hidalguía en compensación por sus desvelos.

»Y marcharon las cosas bien, o así trataba de aparentarlo mi padre, quien en realidad escondía un secreto sobre algo que luego se reveló como peligroso, pero que por entonces él creyó que se desvanecería. Cuando falleció el buen don Francesc, por quien mi progenitor lloró lo que no está escrito, lo sucedió su hijo Pere. Este siguió confiando en mi padre, pues, aunque la cordura del nuevo conde pendía de un hilo, lo tenía por un hermano. Nadie podía imaginar los nubarrones que ya empezaban a formarse en el horizonte, anunciando una tormenta que empaparía a mi familia de desgracia.

»Una tempestad que descargó su golpe más doloroso hace pocos meses, por medio de la carta más odiosa que jamás he recibido.

30

Barrio de los Españoles, Nápoles, meses antes del naufragio

Mientras contemplaba cómo Lola se cubría la desnudez con sus humildes enaguas, Joan pensó en lo extraña que era la naturaleza femenina. Había dormido con aquella joven y besado cada una de las generosas curvas que le daban forma. Y, por supuesto, la había contemplado sin ropa alguna. Sin embargo, nacido el nuevo día, al levantarse del camastro para regresar a su mundo, ella le daba la espalda para vestirse, como si la luz del sol la hubiese vuelto recatada de pronto.

Ni siquiera se llamaba Lola, en realidad. Ni Dolores, ni nada parecido. Se había presentado como Giulia hacía un par de semanas, cuando la contrataron para que tuviera cuenta de las tareas del caserón donde la escuadra de Joan se alojaba. Pero Vargas dijo al verla que tenía cara de Lola, y con Lola se quedó.

A la muchacha no pareció importarle que la bautizaran de nuevo. Atenta y sumisa desde el primer instante, lo aceptaba todo. Cobraba por hacerles cada día las labores, les traía y preparaba la comida, y limpiaba la porquería que de manera inevitable producía cualquier grupo de hombres rudos. Al principio se había mostrado reservada y callada, lo cual tenía sentido al verse rodeada de varones que no solían catar mujeres decentes. Pero un día empezó a acudir con vestidos más cortos de tela. Los faldones seguían llegándole a los pies, pero el escote había descendido, y ahora dejaba a la vista el pecho hasta bastante más allá de donde le nacían los senos.

Y el primero al que hizo ojitos fue a Joan. Semejante cambio en su comportamiento tenía explicación: dada la miseria que se respiraba en Nápoles, igual a la de los barrios pobres de cualquier ciudad, las muchachas buscaban labrarse un futuro como podían. Así que no se limitaban a hacer de sirvientas, sino que en ocasiones empleaban otras artes encantadoras que todo hombre sabía valorar. Animadas incluso por sus padres, solían dejarse ver por el barrio de los Españoles, ocupado por gran parte de las compañías del Tercio Viejo, con la esperanza de ser contratadas como criadas. Dineros al bolsillo de sus delantales y la posibilidad de cautivar a algún oficial, de mayor o menor hidalguía, que la tomara al menos como amante y mejor como

esposa. En el peor de los casos, podría quedarse preñada y aspirar a la generosa renta que el susodicho pagaría para que su señora no supiese del desmadre. En cualquiera de los supuestos, la joven tendría la vida resuelta.

Pudiera parecer una conducta reprochable que cualquier siervo de Dios castigaría con un buen puñado de padrenuestros y avemarías. Pero la pobreza obligaba, y más cuando la infeliz era mujer. Todas estaban inmersas en una guerra en la que, como en las demás, se buscaba sobrevivir por encima de todo. El problema residía en que para ellas la guerra duraba toda la vida. Y sus armas eran las que eran; las únicas que podían blandir en un mundo de hombres.

Pero Lola lo tenía complicado con Joan. Era la tercera vez que se acostaban juntos, y en todas él había logrado que su semilla no acabara dentro de la napolitana. Quizá de ahí venía la expresión ofuscada de ella, el gesto contrariado y serio. A él le daba cierta lástima; no le parecía una muchacha especialmente agraciada, aunque tenía hechuras rotundas, de las que gustaban a los que iban de batalla en batalla y solían andar escasos de tales gozos. Pero en los planes del español no estaba formar una familia, y menos aún debido a un calentón. Había padecido la miseria, que resultaba más terrible cuando la comparaba a la placidez de su infancia, y no estaba dispuesto a condenar a ningún hijo suyo a tal sufrimiento. Ni a quedarse sin un padre. También sabía lo que era aquello.

En realidad, Joan no era especialmente mujeriego. Le ganaba en esas lides hasta Silva, quien desde que sus compañeros le descubrieran las artes de las prostitutas napolitanas encadenaba una sífilis con otra, como un buen parroquiano los chatos de vino. Pero el valenciano, después de todo, era un hombre y no un monje franciscano, que incluso estos tenían sus escarceos, como todo el mundo sabía. Así que, cuando se terciaba, también acababa envuelto en los sudores de alguna fémina, se llamara Lola en Nápoles o Amira en Tabarka.

—Debo volver a mis tareas —dijo la criada, tras colocarse bien su pañoleta.

Se levantó de la cama, se alisó la larga falda y dejó la habitación. Era cuestión de tiempo que se hartara de esperar un desliz por parte de Joan. Lo más probable era que la próxima vez buscase a alguien más propenso a dejarse llevar por los ardores, como Osuna o el Dieguito, quienes no se mostrarían tan remilgados a la hora de descargar su hombría donde la joven deseaba; o sea, dentro de sus mismas carnes.

El cabo dejó pasar un tiempo prudencial antes de salir del amparo de la única sábana que lo cubría, que para eso era verano. Cuando estuvo seguro de que Lola ya se había marchado de la casita, se vistió y bajó al piso inferior. Como oficial de su escuadra era el único que tenía una habitación propia, aunque fuera un cuchitril menudo. El resto dormía en otra estancia, soportando los olores de los compadres y sus gemidos cuando traían a alguna fulana.

Encontró a su camarada en el jardín, aprovechando el fresco de la mañana para charlar mientras fumaban el tabaco que les llegaba de las Indias Occidentales. Acababan de comprar unas buenas talegas procedentes de la isla de La Española, de una cosecha tan deliciosa que Joan no creía que fuera a durar mucho. Cuando los otros repararon en él, sonrieron con malicia.

—La Lola se ha ido enfurruñada, cabo —dijo Bernardo, un mocetón sevillano de esos que podían cruzarle la cara a cualquiera merced a una mano grande como un remo.

—*Pa* mí que esta vez no la ha dejado a gusto vuestra merced —bromeó Osuna.

—Callaos de una vez, idiotas —se quejó Joan, tras tomar un chusco de pan duro como un ladrillo y mojarlo en vino para reblandecerlo.

Tenía con aquellos hombres una relación más firme que la de la mayoría de hermanos de sangre. Cosas de la guerra, de las pocas buenas que uno podía conseguir tras meses o años, si duraba la suerte. Años de carga en carga, esquivando fuego de arcabuces, reptando por el fango durante las encamisadas o parando sablazos de un moro sobre el entablado de un bajel. La camaradería entre soldados era algo tan viejo como la costumbre del ser humano por tomar las armas y arremeter contra el vecino por un quítame allá esas pajas. Se hacía preciso, para aumentar las posibilidades de salvar el pellejo, que quienes combatían por una misma causa arrimaran el hombro y se apoyaran entre sí, y era además inevitable. Nada une más que sentir el aliento de la Descarnada día sí, día también. Joan habría dado la vida por cada uno de sus compañeros, y en realidad ya la había arriesgado por ellos un buen puñado de veces, del mismo modo que ellos por él.

—Bueno, quizás así se venga al fin en busca de otro que la caliente —insistió Gomar, con el cerrado acento valenciano típico de su natal Benigánim, a tiro de piedra de Xàtiva.

—¡Pido ser yo el siguiente, si vuestras mercedes lo permiten! —se apresuró a decir Silva.

—¿Por qué no me extraña? —rio De la Cuadra—. Decepción te vas a llevar, chico. Mira que esta no es de las que se abren de piernas por unos maravedíes. La Lola quiere algo más, y dudo que tú puedas dárselo.

Rieron todos menos el chico. Aceptaba, pero a disgusto, que lo trataran con semejante condescendencia. La verdad era que tenía tantos redaños como cualquiera de los veteranos del tercio, si no más. Veintidós años lo contemplaban, pero llevaba metido en faenas militares desde que un soldado extremeño se lo llevara como mozo durante la Jornada portuguesa, cuando ni siquiera le había crecido pelo en el bigote. Era cosa muy común, por cierto, que algunos hombres tomaran bajo su tutela a niños sin hogar o con padres que querían quitárselos de encima para ahorrar un bocado en la mesa: los enviaban entonces con tal o cual amigo de la familia que pudiera hacer de ellos hombres de cierto provecho. El caso es que su amo cayó cuando lo de Alcântara y Joan, que le debía la vida a aquel, le ofreció amistad. Desde entonces seguían juntos: el valenciano tratándolo como al hermano menor que jamás tuvo, y Silva admirándolo por algún motivo que el primero no lograba entender.

Al joven le duraría poco el enfado, que en realidad era postizo. Todos estaban animados y distendidos, y Joan pensó que era bueno. Habían pasado muchos días ocupados en aburridas tareas de transporte de provisiones al puerto, en especial armas y munición. Todos sabían que había una misión esperando, y una de las buenas, pues ya eran un par los barcos amarrados y se esperaban otros tantos. Habrían de partir hacia un destino desconocido en menos de dos semanas. En total, la escuadra napolitana estaría formada por *La San Lorenzo*, *La Zúñiga*, *La Napolitana* y la galeaza en la que, según habían informado a Joan, embarcaría su compañía: *La Girona*. También rondaba por allí una nave mercante recién requisada en Sicilia, *La Trinidad Valencera*, en la que alojarían a unos cuantos más de los suyos, entre ellos al maestre de campo don Alonso de Luzón. Sin embargo, por lo que había oído, aquel navío se uniría al escuadrón de Levante una vez llegase al que fuera puerto de reunión.

Si de algo se hablaba era de cuál sería tal destino. Incluso se hacían apuestas. La mayoría opinaba que el armisticio firmado con los turcos se tambaleaba, que los mensajeros que su majestad envió a Estambul no habían conseguido que el sultán aceptara prolongarlo. Y aquello significaba que los moros volverían a los enfrentamientos marítimos en toda regla. Hasta aquel momento, unos y otros se habían entretenido jugando al gato y el ratón en actos de pillaje.

Otra posibilidad era que estuvieran a punto de embarcarse hacia Flandes como refuerzo para el duque de Parma, pues las cosas seguían revueltas por allí. A Joan le parecía poco probable. ¿Para qué enviar tropas por mar cuando disponían del camino de los Españoles, más directo y seguro? Para eso había sido creada aquella ruta que unía las regiones italianas controladas por España con los Países Bajos.

No, a Joan no lo convencía ninguna de las opciones que se barajaban. Había otra, tan osada que muy pocos la contemplaban a pesar de ser la más esperada desde hacía años.

La ansiada invasión de Inglaterra.

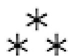
Los trabajos para preparar cualquiera que fuera la misión habían sido agotadores y tediosos. «De burros de carga», como solía decirse. Pero al fin tuvieron una jornada de licencia, que dedicaron a besar el jarro más de lo que debiera cualquier soldado prudente. Podía verse en la cara resacosa de varios como el Dieguito o Silva. Ahora les quedaba un día para holgazanear, lo cual era peligroso en hombres acostumbrados a la actividad. Por ese motivo había dispuesto Joan prácticas y entrenamiento para el mediodía. No les hacían falta, en realidad: eran hombres tan diestros en las artes de estocar, cargar el arcabuz y tirar de vizcaína como cualquiera que hubiera pasado años en la guerra, pero eso les mantendría la cabeza entretenida. Mal para las furcias y las tabernas napolitanas; bien para evitar encontronazos nacidos de la ociosidad.

No llevaba ni tres mordiscos a su desayuno cuando llegó el muchacho que traía el correo. Los soldados lo rodearon como si fuera la Virgen, ansiosos por saber si había algo para ellos: la carta de la esposa que penaba en España, el paquete con alguna prenda cariñosamente hilada por una madre que también sufría… Pero solo hubo para dos. Osuna recibió una carta de su mujer, desde Granada, que leyó casi con lágrimas en los ojos; a través de la fina letra del párroco local contaba cómo habían crecido sus hijos y lo mucho que lo echaban en falta. Si curiosa era la naturaleza femenina, tanto o más lo era la de los varones: allí estaba un grandullón con la boca más sucia que las manos de un fogonero derramando lagrimones como puños por sus churumbeles. «Quién lo diría», pensaba Joan al recordarlo repartiendo cuchilladas en el campo de batalla.

El otro con correo fue él mismo, pero, a diferencia de su compañero, no quiso abrir la carta junto a los demás. Tiempo le faltó para apartarse a un rincón y ponerse a ello. Escondido de la mirada de todos, rasgó el pegote de cera que hacía de sello, sin escudo heráldico ni nada. Le costó reconocer la

picuda escritura de su madre, María, pues los trazos aparecían trémulos, lo cual decía más que aquellas palabras que pretendían quitar hierro al grave asunto. Devoró el escrito con el aliento más entrecortado conforme la carta se agriaba. Al terminar, tenía la vista empañada, aunque no de melancolía u orgullo como Osuna. La carta casi cayó de entre sus dedos mientras su corazón amenazaba con romperse pedazo a pedazo. La temida noticia había llegado, después de todo. Sintió que, a pesar de sus esfuerzos, no estaba preparado.

Nadie lo estaba ante la idea de perder a una madre.



Salió de la casa sin dar explicaciones ni anular el entrenamiento. Ninguno de sus compañeros fue tras él, pues sabían que, cuando el cabo tenía esa mirada ausente y perdida en el infierno que le era propia, no había que meterse. Hay hombres que lo necesitan, que lo agradecen, y otros que se empeñan en pasar el duelo en soledad. Joan era de estos.

A pesar del dolor, su cabeza había reaccionado con rapidez; una capacidad innata que le había valido el ascenso a cabo. Tenía un plan en mente, y quizá fuera aquello lo único con poder para mantenerlo entero.

Cuando uno paseaba por las calles del barrio de los Españoles —o *Quartieri Spagnoli*, como decían los estirados italianos— era buena idea llevar un coleto de ante bien ajustado y vestir más hierro que las ventanas de las cárceles turcas. En nada perjudicaba dejar espada y daga bien a la vista para que los mirones comprendieran que había filo que endilgar si se terciaba. «Hombre precavido mata por dos», solían decir los valentones. Pero lo que más disuadía a los maleantes eran las dos piezas características de los tercios: el pañuelo rojo atado al brazo, por encima de la manga de la camisa, y, por supuesto, la cruz de San Andrés destacando en el pecho; blanco y escarlata contra la ropilla oscura. Mano de santo, pues dejaba claro que su portador era de los que no se amedrentaban. Quedaba a juicio del retador si le merecía la pena, y normalmente era un no, al menos para los simples ladronzuelos. Otra cosa eran los sicarios profesionales. A aquellos les salía a cuenta el riesgo, y muchos eran precisamente camaradas que habían servido en algún tercio, licenciados con deshonor o de los que preferían cobrar pronto y bien que tarde y mal, como solía ocurrirles a los que luchaban por la bandera. Sin embargo, el agredido podía contar con que estos espadachines a sueldo se mostrarían al menos respetuosos. Aunque solo fuera en honor de aquella aspa que muchos conocían como «de Borgoña», por ser el santo patrón del ducado.

De tal guisa iba Joan, con las botas blancas del polvo que levantaban al pisar la tierra, el sombrero de ala ancha arrufaldado y ambas manos rozando la empuñadura de las armas. No llevaba capa, sino herreruelo, pues el sol caía entonces tan a plomo en tierras napolitanas como en la mismísima Valencia.

Nadie le salió al paso. Quizá porque la vestimenta proclamaba su oficio o quizá por el gesto crispado; la habitual mezcolanza de tristeza y rabia con la que había convivido desde el comienzo de su calvario, cuando aún tenía las partes imberbes. Aquella expresión, común en él, hacía que la gente desviase la mirada al coincidir con la suya, e incluso que se apartara de su camino por precaución. Solo los chiquillos zarrapastrosos, que pululaban en busca de un amo al que servir, se atrevían a molestarlo. Pero bastaba con arrugar las cejas para que aquellos *scugnizzi* entendieran que no era hombre interesado en un pupilo.

El barrio era pintoresco y ajetreado. De buena mañana bullían ya, entremezclados, mercaderes honrados, buscavidas y personajes de esos que no temen ni deben. A algunos se les podía ver a la legua, como a los peinabolsas más ingenuos; los novillos que todavía estaban aprendiendo el oficio y cuyas miradas eran demasiado descaradas sobre la bolsa ajena. Otra cosa eran los ya entrenados, a quienes resultaba imposible advertir cuando salían a hacer su vendimia. En lo referente a mendigos, no había más ni menos que en cualquier otra gran ciudad de las Españas: fuera en Nápoles, Madrid o Sevilla, todos actuaban de igual modo arrogante, como exigiendo una limosna que parecía que se les debía.

Los gritos saltaban de tenderete en tenderete. Los establecimientos disponían de fachadas tan sobrias como las ropas de la mayoría de transeúntes, y algunos tenían sus puertas cerradas, como aquellos que hacían su jornada cuando el sol se escondía. Pues si algo abundaba en la zona eran garitos de mal pelaje, fueran mancebías o casas de juegos. La noche anterior, sin ir más lejos, la camarada de Joan había estado en un mandracho bebiendo y jugándose sus pocos cuartos a golpe de naipe y sorbo de vino turco. Que si una partida al tresillo y que si otra al siete, todas bien condimentadas por las blasfemias de quienes perdían la mano o la paciencia. Más de una vez saltaban las dagas fuera de las vainas, y luego era trabajo del coimero retirar los cuerpos, heridos o muertos, para poder empezar la siguiente partida. Nada a lo que aquel no estuviera acostumbrado, pues, por mucho que corriera la sangre, al día siguiente las mesas estaban de nuevo llenas y vuelta a empezar. Poco caso se hacía a las monsergas de virreyes o religiosos que tachaban aquellos juegos de agravio hacia los súbditos o el Altísimo. ¿Acaso no era la

misma vida una gran partida sobre un tapete? Podía tocar una buena mano o una desastrosa, y la de Joan parecía del segundo tipo.

Acompañado de su propio estruendo de hierros, el valenciano dejó atrás la cuadrícula que daba forma al barrio y encaró la vía de Toledo, en dirección sur. La calle era llamada así no por la ciudad española, sino por quien la mandó construir hacía ya más de cincuenta años: el virrey don Pedro Álvarez de Toledo. Había decidido levantar aquella barriada para dar alojamiento a las guarniciones militares llegadas de la península, cuya tarea era evitar revueltas de la población italiana. Es sabido que los lugareños de una plaza conquistada suelen mostrarse incómodos con los nuevos señores hasta que estos empiezan a dejar sus dineros en manos nativas. Entonces, como espárragos después de un incendio, surgen tenderetes, tabernas, filibusteros, prostitutas e individuos de toda condición ofreciéndose para tal o cual trabajo. También iglesias, pues hacen falta muchas para tanto pecador. Pero ni los templos ni las leyes promulgadas por don Pedro sirvieron para frenar los perniciosos hábitos de los soldados españoles, ávidos de diversión, y de la fauna que atraían.

La calle bajaba por donde, en su día, manos aragonesas habían erguido una de las murallas exteriores. Aun así, la humanidad seguía desbordando la ciudad; crecía año tras año, y tampoco las leyes prohibitorias contra la construcción parecían arreglar nada. Tales eran la asfixia y la falta de espacio que algunos comerciantes arrendaban sus puestos o tiendas para que otros pasaran la noche en ellas.

Joan giró hacia el puerto poco después, y la bahía quedó ante sus ojos: dos brazos formando una media luna, guarecido uno de ellos por aquel imponente centinela llamado Vesubio. Mucho más cerca quedaba otro poderoso guardián, este obra de la mano del hombre: el Castel Nuovo, que ya tenía poco de nuevo, pero seguía igual de lozano que cuando fuera levantado, allá por la época de Carlos de Anjou. Las altas torres cilíndricas parecían capaces de soportar los cañonazos de todos los ejércitos del mundo.

Era una de esas plazas fuertes que todo rey valora como indispensables. Por mucha tregua que se firmara con los moros, estos eran menos de fiar que un aprendiz de barbero con una cuchilla. Los piratas berberiscos seguían haciendo de las suyas a lo largo de las costas italianas, francesas y españolas; lanzándose contra las aldeas de las playas a lomos de sus veloces jabeques. Pero en ellas solo encontraban pescadores, agricultores y comerciantes que trabajaban de sol a sol. A pesar del escaso oro, no debían de considerar malo su botín, pues insistían en sus ataques. Nombres como los de Murad Rais,

conocido como Morata Arráez en el litoral murciano, hacían temblar a los lugareños con solo mencionarlos.

Castel Nuovo hacía las veces de guarnición para los barcos que debían patrullar e interceptar las galeras acosadoras. No resultaba tarea sencilla, pues las razias moras solían ser tan raudas que nada se podía hacer la mayoría de las veces. El único modo de salvar la vida era confiar en el aviso de las muchas torres levantadas a lo largo de la costa. «¡Piratas! ¡Piratas!», gritaba la gente en cuanto veía el humo ascender desde las atalayas. Corrían entonces hacia ellas, llevando consigo lo puesto, y se cobijaban en el interior hasta que pasaba el ataque. Además, los capitanes turcos parecían conocer cada escondrijo costero como si hubieran nacido allí, por lo que no había forma de darles caza. Las naves que partían de Nápoles tenían que limitarse a patrullar y esperar un golpe de suerte para poder hacer uso de su fuerza.

Joan y los suyos llevaban no pocos encontronazos con los descarados leventes turcos. En su lengua, esa palabra significaba «guerreros», pero más bien se trataba de vulgares piratas. Aunque tampoco los españoles podían alardear de principios, pues, de tanto enfrentarse con aquellos, no había tardado en pegárseles la piratería. De tal modo que, ironías de la jerga mediterránea, empezaron a llamarles como a sus enemigos. Contra leventes luchaban y en leventes se convirtieron, pues al final ya no abordaban las galeras turcas por defender la justicia del rey, sino por el vil metal. El botín recuperado se lo quedaban como pago extra a sus servicios, sobrepasando lo que su patente de corso estipulaba. Todos menos Joan, y sus compañeros no soltaban ni una queja: más para ellos. Pero alguno hubo que le preguntó, y la respuesta siempre fue la misma:

—Bastante pecado llevo ya en mi corazón como para añadir más.

Al castillo se dirigía Joan, aunque no entró en el edificio por el fabuloso arco de triunfo de mármol blanco, entre las dos torres occidentales. El acceso principal era un trasiego asfixiante de recaderos y soldados, de misivas y cargas relacionadas con la inminente partida de buques, así que buscó una portezuela menos concurrida y pidió paso al centinela que la guardaba.

—Vengo en busca de audiencia con el capitán de la quinta compañía, don Julio Valdivia. Tengo entendido que se halla aquí, en tareas de organización. Soy el cabo Joan Mateu y tengo un asunto que tratar con él de manera urgente.

Iba bien aclararlo, pues la fortaleza no era solo hogar de los oficiales del tercio. Allí también se instalaba la corte del virrey.

El guardia hizo una seña a un chiquillo que había al otro lado de la puerta, a la sombra fresca del interior. Era un aprendiz de soldado, como muchos que llegaban de allende las Españas, pero por edad debía conformarse por el momento con ser mochilero. Sus aspiraciones y las de otros como él se amparaban en la supuesta gloria de servir a la patria, pero luego veían la sangre, las tripas desparramadas y los cadáveres en el fango, y comprendían de golpe lo que era de verdad luchar por una bandera. Aun así, algunos perseveraban, no se sabía muy bien si por idiotez o por auténtico coraje.

El caso es que fue enviado a buscar a don Julio para ver si quería recibir a Joan. Y no regresó con una respuesta, sino acompañado del propio capitán.

—Mateu, ¿qué haces aquí? Creía que tu escuadra tenía el día libre.

—Y así es. Pero me ha surgido un asunto que tratar con vuestra excelencia. Uno que no puede esperar.

Intercambiaron una mirada en la que el oficial debió de ver la gravedad del conflicto que preocupaba a Joan. En realidad, ya era bastante prueba que alguien fuera a buscar al capitán de su compañía en pleno ajetreo logístico; ningún soldado se arriesgaría a estorbar tales tareas por una menudencia.

—Venga, paseemos un poco —le dijo don Julio, tomándolo del hombro —. Me vendrá bien tomar el fresco. Llevo días metido en una habitación redactando órdenes y mensajes, asistiendo a consejos y soportando a mequetrefes de los que ladran sin saber lo que es morder.

No se alejaron mucho del castillo. Caminaron con los muelles a la vista y rodeados de soldados y porteadores presurosos. Era don Julio Valdivia alguien con quien se podía hablar en confianza. Había dos tipos de nobles, solía decirse: aquellos que lo eran por fuera y quienes lo llevaban en el corazón. Los primeros trataban de demostrarlo con ropas lujosas o barbas finas —«emperifollados como putas o señoritos», era el dicho—, que luego trataban de proteger manteniéndose bien alejados del campo de batalla. Y luego estaban quienes, aunque vistieran atuendos de superior categoría, no temían enfangarse junto a sus soldados rasos e incluso morir con ellos.

Don Julio pertenecía a esa casta, y de no haber sido porque iba bien afeitado y vestido con buenas telas cualquiera lo habría tomado por uno más. Su aspecto tampoco resultaba muy delicado a la vista, pues era cejijunto y de rasgos duros, como los campos pedregosos de Sierra Morena de donde provenía. Solo el cabello, que se le había vuelto níveo a temprana edad, le daba un aire algo solemne.

—Cuéntame, Mateu, pues veo que te arde la sangre.

—Acaba de llegarme una carta desde mi hogar, don Julio —dijo, atreviéndose a llamarlo por su nombre, signo del buen talante del capitán—. Mi madre está cerca de la tumba.

—Mis condolencias para cuando llegue ese instante. Supongo que quieres un permiso para acudir a velarla.

—Así es. Sé que vuestra excelencia anda atareado con los preparativos de cualquiera que sea esta misión, pero no os demandaría esto de no ser preciso.

—Lo entiendo, cabo —asintió él—. No hace mucho que perdí a mi progenitor, al que en contra de lo que suele ocurrir hoy en día me sentía muy apegado. Sin embargo, con la inminencia de la partida no sé si puedo darte lo que pides.

—¿Nada puede hacerse? —preguntó Joan, de pronto nervioso, pues tenía muy claro que si no podía regresar a España por las buenas, lo haría por las malas.

—Siempre puede hacerse algo. Y tendré que buscar remedio, pues me da que un no sería inaceptable para ti. También para mí. Perder a alguien de tu valía por deserción es un desperdicio.

—Soy fiel a la bandera, al rey y al tercio. Siempre lo seré.

«Pero también a mi sangre, más que a nada», pensó, aunque se cuidó de decirlo.

—Haremos una cosa: zarparemos en un par de semanas, si nada se tuerce. En confidencia, te diré el primer destino de nuestro viaje, arriesgándome a que deduzcas el segundo: vamos a Lisboa.

Joan comprendió de inmediato lo que aquello significaba. Sintió una fugaz satisfacción por haber ganado la apuesta con sus compañeros, aunque no podría reclamar la victoria todavía. La misión en la que iban a embarcarse nada tenía que ver con interceptar galeras piratas berberiscas ni con Flandes. Desde la ciudad lusa, ahora en manos españolas, solo había un destino posible: Inglaterra.

Al fin iba a ocurrir, y él sería parte. Hacía tanto tiempo que se hablaba de la invasión de la Albión de los herejes que hasta los civiles discutían el mejor modo de hacerlo entre chatos de vino. Aquel asunto era cosa vieja. Años llevaban desde Roma insistiendo a don Felipe para que reaccionara a los escupitajos que, una y otra vez, lanzaba aquella reina loca sobre la palabra de Dios. Los mismos años que el monarca había pasado dando vueltas al tema, según los rumores. Inglaterra era su gran obsesión, así que la única duda siempre había sido el cuándo.

—Se ha decidido que haremos escala en Cartagena —continuó don Julio —. Y tú eres valenciano, según recuerdo. No te queda demasiado lejos. Te daré ese permiso siempre y cuando te comprometas a embarcar allí. Pase lo que pase.

La mirada que don Julio le echó, como el tono de sus últimas palabras, fue más clara que una promesa de muerte por parte de un sicario. Caería en desgracia si no cumplía. El plan era excelente, pues podía pagarse un pasaje en alguno de los muchos mercantes que iban hasta las costas valencianas y plantarse al día siguiente en la capital del Turia. Otra cosa era la duración de su estancia allí. Si los últimos momentos de su madre se prolongaban, se vería en una tesitura complicada. Pero para qué iba a engañarse, sabía muy bien lo que haría llegado el caso.

Ni siquiera la amenaza de la horca, reservada a los desertores, lo apartaría de la mujer a la que debía la vida entera.

31

Dunluce, 1588

Cuando Joan terminó de narrar su historia al padre Pilip, comprendió cuánto había aguantado la necesidad de hacerlo. Sintió que se liberaba de una carga. ¿Sería suficiente para sanar por completo? Lo más probable era que no, pero al menos le permitiría ver las cosas con un poco más de claridad.

—Terrible es el peso que has soportado, hijo mío —admitió el párroco—. Todo ese dolor se ha infectado hasta formar un poso de odio nada saludable.

—¿Entendéis ahora por qué debo regresar a España? ¿Por qué no puedo ofrecer a Ealasaid lo que deseo? Mientras no cumpla la promesa que me hice, no descansaré, no podré entregarme por completo a mujer alguna. Y ella merece alguien entero, no unos pocos pedazos que además están podridos.

—El problema es que la venganza no te recompondrá. Solo el amor puede lograrlo.

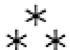
—Disiento, padre —dijo Joan, negando con la cabeza—. A veces sueño despierto con el día en que tenga a esa criatura maligna a mi merced. Imagino lo que le diré, lo que le haré. Dibujo en mi cabeza la escena, el instante exacto en el que el filo de mi puñal le abre la garganta. Veo su mirada aterrada al comprender que está a punto de perderlo todo por lo que hizo a mi familia. ¿Y sabéis qué siento? Gozo. Plenitud. Descanso. Me avergüenza profundamente reconocerlo, pero esa es la verdad. Y, si se la contara a Ealasaid, sin duda me vería como un monstruo.

El padre Pilip bajó el rostro, compungido ante aquellas palabras horribles. ¿Quién podía culparlo? El buen clérigo debía comprender, al fin, que no estaba ante un hombre bueno, sino ante uno condenado ya y sin posibilidad de salvación.

—Desde luego, hijo, mientras pienses de ese modo no puedes estar con Ealasaid. —Entonces volvió a mirarlo, y Joan vio en sus ojos un brillo repentino de esperanza—. Pero no hay herida incurable. Más aún: son las grietas en nuestro corazón las que dejan entrar la luz, así que nadie está perdido del todo. Yo, al menos, no renunciaré a llevarte por el camino recto.

Qué tipo de pastor sería si me rindiera tan pronto ante una oveja descarriada…

—Ojalá compartiera su ánimo, padre. Ojalá.



Joan deambuló el resto del día de aquí para allá por el poblado, tratando de alejarse de la hija de Somhairle. En realidad, intentaba escapar de todos. Una tarea complicada, pues al fin y al cabo él era Aidan Madainn y no había nadie en Dunluce para quien fuera un desconocido. Estuvo tentado de tomar un caballo y lanzarse al galope, marcharse sin despedidas, abandonando a sus compañeros y a la mujer de la que se había enamorado para no tener que dar explicaciones. Se arriesgaría con los ingleses; buscaría otro lugar donde embarcar hacia Escocia, regresaría a España, y se convertiría definitivamente en el asesino que se agitaba en su interior.

Pero no lo hizo. Y, sin advertirlo, sus pasos lo devolvieron al castillo. Era mediodía y el cielo se estaba encapotando con rapidez. Todavía no se había acostumbrado a los caprichos del clima irlandés. Los lugareños decían que en su país todas las estaciones del año vivían juntas; que en una sola jornada podían reunirse la primavera, el verano, el otoño y el invierno.

Cruzó el patio principal de la fortaleza a paso vivo para evitar coincidir con Ealasaid, directo hasta la parte norte, donde los aposentos de los invitados bullían de actividad por la presencia de los O'Neill. Algunos lo miraron con curiosidad, pero él se limitó a intercambiar un par de saludos en gaélico que había aprendido y luego se encerró en la vivienda cedida a los náufragos.

—Se os ve taciturno, Mateu —le dijo Diego de Sevilla, con expresión resacosa—. ¿Mal de amores?

La broma no le hizo ninguna gracia.

—No ando de humor para eso.

—Ya, lo imagino. Pero por vida del rey de copas que nunca estáis de humor, ni para eso ni para nada. Así que era tan buen o tan mal momento como cualquier otro para decirlo.

Decidió pasar por alto la desfachatez del barbero. Cosas de excederse con el caldo escocés. Tanto el Mozalbete como Nicolo y Romero se arrebujaban en sillas dando tragos de agua y con la frente arrugada por los dolores de cabeza. Era comprensible: entre los cuatro españoles se habían bebido la mitad del *whisky* que los escoceses ofrecieran en el banquete. Y eso a pesar de sus reservas iniciales hacia el brebaje. Lo extraño era que Pedro Llanes no estuviera en semejante trance: bastaba con aguzar un poco el oído para

escucharlo en su pequeña habitación, retozando entre risitas con una muchacha del servicio que se había traído consigo tras la cena.

Joan se hartó pronto de estar con sus compatriotas, quienes no eran la mejor compañía para alguien tan atribulado. Salió de nuevo y vagó sin rumbo mientras los hombres de los O'Neill se preparaban para su marcha. Los criados empaquetaban las cosas de sus señores y las llevaban al patio principal, donde empezaba ya a reunirse un buen gentío. ¿Debía acudir a despedirlos cuando estuvieran prestos para irse? No estaba muy seguro de qué se esperaba de un simple huésped de los MacDonnell.

Pero no pensó mucho en ello, pues su cabeza estaba en otros asuntos. Cuando quiso darse cuenta, paseaba por las almenas de la muralla, sobre el lienzo que unía las dos torres. Abajo, al pie del risco, se extendía la pequeña bahía donde fue a parar tras el naufragio. Solo hacía unos días de aquello, y sin embargo se le antojaba muy lejano. ¿Cómo podían cambiar tanto las cosas? De tenerlo todo claro a no saber qué camino tomar.

Como si fuera una de esas hadas irlandesas a las que se puede convocar por medio de la pena, Ealasaid apareció por la entrada que daba a la torre norte. Joan ni siquiera trató de alejarse. Huir de semejante criatura era posible si ella no estaba presente, pero, cuando sus ojos la contemplaban…, la fascinación lo atrapaba de tal manera que resultaba imposible pensar en escapar. Ninguna de las mujeres con las que había yacido se podía comparar con Ealasaid, ni en belleza ni en ninguna otra cosa. En la joven irlandesa confluían el saber estar de una dama de la corte y la sencilla humildad de una campesina. Y había algo más; algo que no podía encontrarse en ninguna otra mujer al sur del canal de la Mancha: una veta de apasionado salvajismo, propia de las guerreras de las que la joven le había hablado. Su mata de pelo rojo, que le descendía por la espalda como una cascada de fuego, acentuaba aquella sensación, como también sus intensos ojos de miel. La piel blanca, las pecas que la salpicaban… Todos aquellos rasgos eran comunes entre irlandeses y escoceses, según él mismo había comprobado, pero en Ealasaid se armonizaban de un modo único.

La muchacha llegó hasta él como una suave ola, quedando tan cerca que sus brazos se tocaron. Sin embargo, ya había comprobado, durante el duelo o cuando acudió a auxiliarlo frente a Pedro Llanes, que podía ser también una tromba iracunda. Se trataba de un espíritu libre. O al menos más libre que él.

—El día amenaza lluvia —dijo el español. El comentario le pareció absurdo, pero también lo bastante inocente para empezar una conversación a la que no sabía cómo enfrentarse.

Ella respondió con una sonrisa. Parecía extrañamente serena, lo que no sabía si era bueno o malo.

—Se os echó de menos anoche, cuando vuestra merced dejó el banquete —insistió él.

—Y aun así lleváis todo el día huyendo de mí —respondió, sin dejar de mirar el mar.

Allí estaba la guerrera de nuevo. Los largos mechones flotando a capricho del viento y la expresión seria, casi ausente.

—También vos, durante la celebración. No atendíais más que a la hija del O'Neill —le replicó, un poco molesto por el reproche.

Ealasaid acusó el golpe pero no tuvo miedo de aceptarlo.

—Tenéis razón, acaso debo reconocerlo.

—Supongo que ambos precisábamos espacio y tiempo para pensar —se excusó Joan—. He acudido al padre Pilip para confesarme.

—¿Y os ha servido?

—Me temo que mi espíritu sigue tan confuso como mi cabeza.

—Sé lo que es eso. —La muchacha señaló a la comitiva de los O'Neill—. Cada vez que vienen tengo que enfrentarme a algo así.

—Confieso que me agradó saber que habíais rechazado la propuesta de matrimonio.

Al fin, Ealasaid lo miró. Arrugaba el entrecejo entre la ilusión y el temor a ser decepcionada.

—¿Por qué? ¿Por qué os agradó?

—Vuestra merced lo sabe bien.

—Sin embargo, deseo escucharlo de vuestros labios.

—No es tan sencillo.

—Si queréis que lo sea, lo será. Es una cuestión de voluntad.

Le pareció tan extraño que Ealasaid hablara así… No parecía una jovencita, sino una mujer experta en los avatares de la vida. Como las druidesas que poblaban el pasado de la Isla Esmeralda. Sus palabras eran sabias, y el modo en que ella lo contemplaba le insufló una fuerza que resquebrajó el hielo en torno a su corazón. Lo pensó, dio un paso hacia la muchacha, y sus manos buscaron las de ella.

Pero, antes de que se movieran, una trompeta resonó en el patio principal. Turlough, el O'Neill, salía de la casa señorial, y junto con su hijo Artair se situó frente a la comitiva que se había alojado en el castillo; el resto esperaba en el barrio exterior y el poblado. Somhairle, Seumas y sus familiares, incluso Ragnall, iban con él.

—Debes acudir a despedirte de ellos.

Joan ni siquiera advirtió que la había tuteado por primera vez. Ealasaid, sí, y se lo recompensó con una mirada cristalina, humedecida.

—Es lo último que deseo.

Entonces la muchacha lo tomó de la mano y tiró de él. Lo obligó a correr, sin soltarlo en ningún momento, ante las desconcertadas miradas de los guardias, y lo llevó hasta el patio trasero, a la sombra de la torre norte. Ni corta ni perezosa, agarró la trampilla que daba al sótano excavado bajo el castillo y trató de alzarla.

—¡Vamos, ayúdame! —pidió a Joan.

Entre los dos lograron levantar la puerta enrejada y colarse dentro, como el día en que se escondieron de Carleill. Pero, esta vez, Ealasaid siguió descendiendo por las escaleras después de encender una tea colgada en la entrada. Habían vuelto a agarrarse de la mano, aunque incluso sin antorcha Joan hubiese podido seguir la adorable risita de la muchacha. Parecía una niña en plena travesura.

Así recorrieron un túnel que se enroscaba como una serpiente para que la pendiente no fuera excesiva. A veces pasaban junto a bifurcaciones del camino, pero Ealasaid no dudó ni un instante sobre la dirección que debía seguir. Al fin, empezó a clarear un poco. Ella apagó la tea y la dejó en un soporte de la pared, justo antes de alcanzar una caverna natural.

—Esta es la cueva de la Sirena —dijo a Joan.

El español no pudo evitar una expresión de asombro. La cavidad era extraordinaria. Los techos se elevaban muy por encima de sus cabezas, sobre un suelo cubierto de guijarros. Las aguas se adentraban en la caverna desde el mar, a través de una oquedad enorme con forma de ojo de aguja. Lamían un sencillo atracadero donde solo había atadas dos pequeñas barcas de pesca. En el extremo opuesto, que miraba a tierra firme, había otro acceso al final de una empinada cuesta. Joan la subió para asomarse al exterior y comprobó que conducía hasta el espacio abierto justo debajo del puente del castillo.

—Este lugar ha sido refugio de contrabandistas durante siglos, y escenario de reuniones clandestinas entre los señores del castillo y sus aliados —le explicó Ealasaid cuando regresó junto a ella—. Mi padre lo usa para traer *whisky* desde Escocia, donde la venta está limitada por decreto real. Solo los barberos y los cirujanos pueden utilizarlo con fines medicinales. Aquí en Irlanda no existe ley al respecto y puede sacar beneficios.

Desde luego, era el emplazamiento perfecto. No le extrañaba que Dunluce fuese una plaza tan codiciada: además de un promontorio inaccesible tenía un

embarcadero oculto a miradas indiscretas. Cierto era que la entrada por mar resultaba demasiado angosta para un gran galeón, pero bastaba para los navíos de poco calado propios de los estraperlistas.

El sonido del mar reverberaba en el interior de la cueva creando un arrullo agradable. Y, aunque era un lugar húmedo, no hacía frío.

—Increíble… —Joan suspiró.

—Hay historias acerca de este sitio, ¿sabes? Te contaré la de la Dama Blanca…

Ealasaid caminó entre los pedruscos hasta el borde del agua, donde se arrodilló. Dejó que las olas que llegaban en suaves acometidas le mojaran las manos. Su voz se escuchó sobre el rumor marino, como el sonido de un arpa en una gran catedral.

—Vivió en Dunluce una bella dama llamada Maeve. Un nombre tradicional en Irlanda, por cierto, legado de tiempos remotos. Era una muchacha feliz en su inocencia que fantaseaba con los ideales del amor perfecto.

Joan se estremeció. Más parecía que Ealasaid estuviera hablando de sí misma.

—Un día llegó la comitiva de un clan escocés, alegando que aquellas tierras eran suyas debido a un antiguo matrimonio. Ambas familias hablaron, pero tal era la arrogancia de unos y de otros que no llegaron a más acuerdo que el de solucionar las cosas con las armas.

No había ya duda: hablaba de los MacQuillan y los MacDonnell.

—Pero resultó que entre aquel odio también surgió algo hermoso. Maeve quedó prendada del hijo del clan enemigo, Reginal. Era un amor correspondido, que ambos alimentaban cada vez que se veían en esta cueva. Aquí olvidaban las estúpidas rencillas entre clanes y se amaban como si sus apellidos no tuvieran poder alguno.

»Por desgracia, el secreto fue descubierto por el señor de Dunluce, padre de Maeve, quien la encerró en la torre norte del castillo, en lo más alto; aislada del mundo y de su amado.

Ealasaid se levantó y caminó en dirección al exterior, pero se detuvo al inicio de la cuesta, donde había menos rocas y el suelo era arenoso. Allí se sentó. La luz que entraba por detrás era más poderosa que la que llegaba desde el agujero del mar, así que Joan apenas le veía el rostro. Parecía un ángel bañado por la gloria de Dios.

—Reginal no se dio por vencido, por supuesto. Un día de tormenta, aprovechando el aguacero, el estruendoso batir del mar y el bramido de los

truenos, escaló la torre y rescató a Maeve. Vinieron aquí, a la cueva de la Sirena, su lugar, donde Reginal había escondido un bote para llevarla hasta Escocia. «Allí viviremos felices, solos tú y yo, sin parientes que anteponen el orgullo al cariño», prometió él.

»Sin embargo, el mar tenía otros planes. La misma tempestad que permitió su huida estrelló la barca contra las rocas en cuanto dejaron atrás la caverna. A la mañana siguiente, los hombres del padre de Maeve descubrieron en la playa el cuerpo sin vida de Reginal. El de su hija jamás apareció.

»A partir de aquel día, los habitantes de Dunluce empezaron a escuchar, durante las noches de tormenta, un canto que surgía de lo más alto de la torre. El mismo señor vio a una dama blanca que vagaba por el castillo y repetía un nombre entre sollozos: Reginal.

Joan se sentó al lado de Ealasaid. La muchacha estaba llorando. La abrazó, y ella gimió contra su pecho hasta que pudo continuar.

—Ese parece ser el precio por desafiar la voluntad establecida —dijo la joven, temblorosa—. La muerte y la perdición.

Lo que Joan sentía entonces era tan intenso que tomó el control de su cuerpo. Con delicadeza, le apartó a Ealasaid los largos mechones que le caían sobre el rostro. Incluso en la penumbra pudo verle los ojos y las lágrimas en sus mejillas.

—No debería ser así —le susurró, tan cerca que podía aspirar su aliento —. Aunque la vida real es distinta a la de los cuentos.

—Así lo creía yo. Pero todas las historias de mi vida acaban en ruina, como las viejas baladas. Mis hermanos, mi madre… Mi propia existencia me encamina a la fatalidad.

—He visto la tumba de Donnell en la iglesia. El padre Pilip me contó lo sucedido… —Ella lo miró, de pronto, con gran preocupación—. No fuiste culpable de su suerte.

Ealasaid pareció relajar el gesto y dejó escapar un suspiro de alivio que Joan no entendió muy bien.

—Tus decisiones no eximen de culpa al asesino de tu hermano —continuó diciendo, acariciándole la línea de la mandíbula hasta acabar en sus labios—. Jamás lo pienses.

—Hablas desde el desconocimiento. —El pesar la agitó como lo haría un vendaval—. Lo fundamental es que, si me hubiera casado con Artair en aquel momento, Donnell seguiría vivo. Pero murió…, murió, y fui yo… fui yo la

primera persona que sujetó su cuerpo inerte. ¿Sabes lo que significó eso para mí? ¿Puedes imaginarlo?

Joan no comprendió aquella última parte. ¿Fue Ealasaid quien encontró el cadáver de Donnell en la logia? Eso no se lo había contado el padre Pilip. De todas formas, el sufrimiento de la muchacha era tan desgarrador que la incongruencia se esfumó al momento. ¡Qué estúpido creer que su dolor era el único y el más fuerte! Allí estaba ella, poco más que una niña, cargando con culpas y padecimientos que por edad no le correspondían.

Deseó besarla más de lo que nunca había deseado nada, ni siquiera vengar la muerte de sus padres. Pero no se atrevió. Como solía ocurrirle, le faltó coraje para dar el último paso, para comprometerse por completo. ¿Qué derecho tenía a hacerlo, si iba a marcharse de Dunluce en cuanto surgiera la oportunidad? Solo se haría daño a sí mismo. Solo le haría daño a ella. Y eso sí que no podía aceptarlo.

Por fortuna, Ealasaid tenía suficiente valentía para ambos. Sobreponiéndose a su dolor, le tomó la cara con las manos y posó sus labios sobre la boca vacilante de Joan. Esta vez no fue un beso robado ni una estratagema para tomar ventaja en un duelo. Había un sentimiento de verdad, un ardor que compensaba la falta de práctica de la muchacha en tales lides. Los reparos del español se desvanecieron ante aquella pasión.

Así eran las cosas. Tuvo que ser una chiquilla inexperta quien le enseñara la profundidad del amor, a él, un varón adulto por cuyo lecho habían pasado unas cuantas mujeres. Pero la inercia de la fogosidad carnal hizo que volviera a sentir confianza, y pronto estaban desvistiéndose el uno al otro.

Se tendió sobre ella, y Ealasaid sintió que se ahogaba en besos mientras la excitación crecía y se adueñaba de cada fibra de su cuerpo.

32

El resonar del mar en la cueva y la respiración de Joan. Eso era lo que Ealasaid escuchaba en aquel instante, y no necesitaba más para sentirse feliz. Lo saboreó, dejando a un lado la cruel certeza de que todo es efímero. Estaban tumbados sobre la arena, con los cuerpos entrelazados y las ropas por encima a modo de improvisadas sábanas. Nada les enturbiaba el ánimo, pues se hallaban fuera del mundo y sus preocupaciones.

Joan tampoco dormía. Sus ojos parecían anclados al techo cavernoso, aunque la muchacha tenía la impresión de que, en realidad, su mente vagaba entre cualesquiera que fuesen las reflexiones que guardaba en su interior. A pesar de lo que acababan de compartir, seguía siendo un hombre enigmático, del que solo conocía la misión que lo había llevado al norte de Irlanda.

«Sé cuanto necesito», se dijo. «Que me ama». Se lo había demostrado. Le quedaba claro al recordar la presión de aquellas manos, tan corteses, tan ardientes, mientras recorrían las curvas de su feminidad; el aroma de su aliento al intercambiar bocanadas; el sabor de su lengua enredándose en la suya… Pero esas sensaciones quedaban a merced de otra que iba más allá de lo carnal, que no lograba explicar ni siquiera dentro de su cabeza. Fue tan intenso, era tan intenso todavía, que al principio la asustó. Se había sentido desnuda, no solo en cuerpo sino también en espíritu, ante aquel hombre que acababa de llegar a su vida. Y sin embargo siguió adelante al advertir durante el frenesí que no solo ella se estaba abriendo. Fue mutuo. Ealasaid se había asomado a las entrañas del alma rota de Joan para comprobar que, juntos, sus heridas sanaban.

«Así que esto es yacer con un hombre», pensó divertida. «No está mal». En honor a la verdad, todavía tenía las ingles entumecidas y un embotamiento que resultaba más placentero que desagradable. El instante del desfloramiento había sido doloroso e incómodo al principio, pero Joan lo hizo con tanto cariño que el dolor se desvaneció poco después. Y solo quedó un gozo como no imaginaba que existiera.

A diferencia del cuerpo, Ealasaid tenía la mente extrañamente despejada. En su cabeza danzaban los mismos pensamientos de siempre, pero el habitual

revoltijo se había desenredado gracias a la paz de su ánimo. La calma le daba una mejor perspectiva que la llevó a rumiar en lo extraordinario de su devenir: hacía pocos días le había prometido a Ragnall que no sería cautiva de ningún hombre. Y ahora estaba allí, a expensas de un sentimiento que nunca había conocido, rompiendo aquel juramento. ¿Por voluntad propia? En parte sí, pues nadie salvo ella misma le imponía lo que sentía por Joan. Sin embargo, no podía negar que aquella sensación era ingobernable, que cuando estaba con él no tenía control alguno sobre el ritmo de sus latidos.

Le acarició el pecho, entreteniéndose en los pelillos antes de alcanzar la medallita de la Virgen. Al tocarla, Joan dio un pequeño respingo, como si se pusiera en guardia ante la intentona de un ladrón por arrebatarle lo suyo, pero se apaciguó de inmediato en cuanto la miró. Así fue como Ealasaid supo que aquella era su más preciada posesión. Casi pudo sentir el intenso amor de madre que encerraba la joya. Ella no tenía nada de la suya, salvo el recuerdo y la melancolía.

Sus dedos curiosos siguieron dibujando formas hasta alcanzar la fea cicatriz que tenía en el costado izquierdo, no muy por debajo del corazón, y en la que ella ya había reparado durante su convalecencia. Era redonda, así que aunque sabía poco sobre heridas supuso que se trataba de la marca de un cuchillazo o de una bala. Y no era la única señal de violencia: aquí y allá se sucedían pequeñas marcas blancas que habían cicatrizado hasta casi ser invisibles, y otras que saltaban a la vista.

—Cosas de la guerra —le susurró él, sonriendo—. Aunque debo decir que no todas me fueron regaladas en campaña. Algunas provienen de estúpidas reyertas por cuestiones de honor o dineros.

Ealasaid se incorporó un poco, lo justo para apoyar la cabeza sobre el pecho de él y poder mirarlo de frente. Le pareció que tenía un aspecto distinto de pronto, como si el rostro se le endureciera al pensar en aquella herida.

—Los guerreros irlandeses alardean de sus cicatrices. ¿Te sientes orgulloso de ellas?

—Solo de las sufridas en combate, pues las recibí defendiendo una causa noble.

La muchacha volvió a rozar la mayor de las heridas, con aun más delicadeza, y notó que él se estremecía y cerraba los ojos.

—¿Me lo cuentas?

Se lo preguntó con total ausencia de malicia, sin pretender entrometerse. Aunque de inmediato pensó que quizás fuera inapropiado; que él podía considerarlo una invasión de su intimidad.

—Claro. Pero te costará una canción —rio, y la joven se sintió aliviada de que no se hubiera molestado.

—Oh, baratos salen vuestros secretos, buen señor. —Ealasaid ronroneó como una gatita al decir aquello, mientras lo besaba en el cuello.

—En absoluto, pues de oro es la voz de vuesarced —respondió, aparentando una seriedad que pretendía ser jocosa.

—En verdad eres un zalamero…

Se carcajearon al unísono, como niños que todavía no han aprendido las malas costumbres de los adultos. A su lado, a ella todo le parecía sencillo, natural.

Carraspeó un poco, y la voz surgió dulce y en escocés, elevándose hasta llenar la cueva. Su tono aleteó como una gaviota entre las paredes antes de regresar a ellos y abrazarlos como un cálido tartán.

A menudo oteo desde la cima más alta,
tratando de encontrar al barquero.
¿Vendrás esta noche o mañana?
Si no llegas angustiada me quedo.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Mis mejores deseos irán contigo,
allá donde quiera que te halles.
Mi corazón está roto, magullado;
las lágrimas corren cada día por mis mejillas.
¿Vendrás esta noche o tendré que seguir esperando,
suspirando resignada mientras cierro la puerta?
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Mis mejores deseos irán contigo,
allá donde quiera que te halles.
Mi amado me prometió un vestido de seda;
me prometió eso y un tartán grisáceo,
y un anillo de oro donde pudiera verme reflejada.
Pero temo que lo haya olvidado.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Oh, barquero ‘sna horo eile.

Mis mejores deseos irán contigo,
allá donde quiera que te halles.
Seguiré derrumbada y llorosa,
cual salvaje cisne abatido, herida,
cantando su lamento de muerte desde una barca llena de algas,
apartada de todos, sola y abandonada.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Oh, barquero ‘sna horo eile.
Mis mejores deseos irán contigo,
allá dondequiera que te halles.

«Allá… dondequiera que te halles…». Las últimas palabras de la balada se quedaron flotando, arropadas por el arrullo del mar. ¿Por qué había elegido esa canción? ¿Por qué justo esa? Temió que fuera profética.

—Qué canción tan triste —opinó Joan, que parecía que había entendido lo suficiente.

—Salvo si el barquero regresa con su amor y se queda junto a ella para siempre.

Él no dijo nada. Pero su expresión taciturna le reveló que todavía libraba su duelo interno. Ealasaid sintió un nudo en la garganta de pura decepción. Había esperado que el español se apresurara a darle la razón, que le prometiera allí mismo que rompería las cadenas que lo ataban a España para permanecer a su lado. Que jamás se marcharía. «¡Qué ingenua he sido!».

—Bien, te has ganado con creces el relato de cómo sufrí esta herida —volvió a hablar Joan, esquivando la cuestión principal.

Pero Ealasaid no la había olvidado. Y, mientras él le narraba sus primeras andanzas como soldado de los tercios españoles, pensó que aún quedaba tiempo para convencerlo.

No se iba a rendir, aunque la batalla le costara sus propias cicatrices.

33

«Freguesia» de Alcântara, cerca de Lisboa, 25 de agosto de 1580

Dicen que para un soldado solo hay dos batallas que importan: la que lo bautiza como hombre de armas y la que está librando en ese preciso momento. Para Joan, aquel día de agosto, bajo el implacable sol luso, coincidían ambas circunstancias.

Diecinueve años recién cumplidos eran pocos para enfrentarse a la guerra, si es que alguna edad resulta mejor que otra. Pero allí estaba, a la sombra de la cruz de Borgoña. Y allí estaba también su enemigo, esperándolo en la orilla opuesta de aquel río ahora seco que los lugareños llamaban Alcântara. A tiro de culebrina de Lisboa, diez mil portugueses deslenguados se interponían entre la voluntad de Felipe Segundo y la capital, al oeste del cauce que desembocaba en el Tajo. No era raro que los defensores los insultaran desde la distancia: los españoles se habían pasado la noche anterior aullando y disparando sus arcabuces.

—Que no te engañen sus exabruptos, chico —le dijo Justino Copons, el veterano alférez que lo había tomado bajo su amparo—. Vive Dios que no hay uno solo que no tenga los huevos por lechuguilla. Están más cagados que tú.

Escaso consuelo le ofrecía aquella afirmación. Y era curioso, porque se había pasado los últimos meses ansiando entrar en combate. En la ingenuidad de su mancebía, se había convencido de que tras un año de instrucción estaba preparado para lo que fuera menester; de que se lanzaría al ataque sin temor cuando se lo ordenaran, y luego todo sería gloria. Sin embargo, cuanto más se acercaba la partida más se evaporaba aquella estúpida fantasía. Ahora solo le quedaban el temblor en las manos y los retortijones en la barriga, que ya lo habían obligado a correr dos veces buscando algún arbusto. Creía que, si la espera se prolongaba mucho más, habría una tercera, pero al menos no era el único. Sin ir más lejos, su compañero y compatriota valenciano, Gomar, directamente se había cagado encima.

—Si salimos ambos de esta, por la Virgen que me dejo crecer bigote —le había prometido.

La compañía de Joan, al igual que el resto del Tercio de Nápoles, había quedado situada en el centro de la formación española, estirada a lo largo de la orilla para aprovechar su superioridad numérica. Se concentraban en aquellas tierras casi veinte mil infantes de distintos tercios, entre ellos el de Lombardía y otros comandados por insignes generales como Gabriel Niño de Zúñiga, caballero de la Orden de Calatrava, o Francisco de Valencia, hijodalgo de renombre en la Orden de Malta.

¿Y a quién tenían enfrente? ¿Quién se había atrevido a plantar cara a la todopoderosa España? Un personajillo despreciable, según se decía en los mentideros de la corte, por mucho que se llamase a sí mismo «el Determinado». Antonio, a la sazón prior de Crato, era el hijo ilegítimo que con una judía había tenido el infante don Luis de Beja, hermano de los reyes portugueses don Juan Tercero y don Enrique. Que su padre lo hubiera reconocido no bastaba para darle derecho al trono vacante tras la muerte de don Enrique, según la nobleza portuguesa. Así que su majestad Felipe Segundo, para quien el mundo no parecía ser suficiente, tomó la tarea de atraer a Portugal a la Corona de las Españas. El bastardo respondió con una jugada que encolerizó al monarca imperial: se autoproclamó rey, alegando que el pueblo así lo deseaba, y levantó al vulgo en contra de España.

Para dar cumplido escarmiento al dichoso prior, el Rey Prudente confió en el mejor de sus generales. Aunque su estandarte no estaba muy lejos de la posición de Joan, el muchacho solo había contemplado de lejos al individuo cuyo nombre estaba en boca de todos y se mencionaba con tono de admiración. Fernando Álvarez de Toledo, el gran duque de Alba, se dejaba ver poco. Su salud no era buena, se decía. Padecía una gota que lo hacía rabiar por las noches, lo cual acaso no hacía más que engrandecer su figura, al haber tomado de todos modos el mando de aquella tarea. Era un anciano de esos que uno imagina retirados, disfrutando de las mieles de su fortuna y no jugándose los hígados en primera línea de combate. Delgado y pálido, arrugado y con la barba convertida en ceniza, componía, sin embargo, una estampa soberbia, en gran parte por su armadura negra ribeteada en dorado. Veraces le parecían a Joan las palabras que en su día le dedicara el ilustre poeta gaditano Diego Ximénez Ayllón en uno de sus *Sonetos a ilustres varones*:

Magnánimo Señor en quien se encierra
el esfuerzo, valor y fortaleza,
por quien la fe de Cristo y la grandeza
de España se sustenta en esta tierra.

Vuestra potente mano es la que aterra,
de herejes y traidores la braveza,
y a todos los que habéis puesto en bajeza
con gran prudencia, con justicia y guerra.

Por la Virgen que aquel hombre brillaba, o eso le pareció al joven desde la lejanía. Un halo de majestuosidad digno de sus títulos: gobernador del ducado de Milán y de los Países Bajos de los Habsburgo, virrey del reino de Nápoles, distinguido en la jornada de Túnez y en la batalla de Mühlberg, allá en Sajonia… Todo aquello cuando Joan ni siquiera había nacido.

En realidad, le costaba creer que ahora él formara parte de todo aquello, ya fuera para bien —eso esperaba— o para mal. La idea era de tal envergadura que le causaba vértigo, así que prefería centrarse en su entorno directo, que parecía más verdadero. El olor de las ropas sucias y los muchos días sin bañarse que desprendían se mezclaba con el del cuero de los coletos y el del metal de las picas engrasadas, apartándolo de fantasías que en nada beneficiaban a un soldado antes de entrar en combate.

Apenas rayaba el alba, cuando, a toque de trompetilla, se les daba la orden de seguir al abanderado de su unidad para formar en el campo de batalla. Un escenario extraño e incómodo, pues el Alcântara llevaba tan poca agua que no era más que una gran trinchera excavada por la mano de Dios. Los portugueses demostraron no ser tan memos como se dijera durante el viaje, pues les había resultado de buen criterio apostarse tras la orilla y excavar zanjas adicionales a la derecha de un puente. Una sencilla disposición de tropas que obligaba a los españoles a salvar dos dificultades en vez de una. Hasta Joan veía claro que sin una estrategia milagrosa tendrían que subir la cuesta del lecho fluvial bajo una lluvia de arcabuzazos. Y, cuando lo consiguieran, si es que lo hacían, aún habrían de superar las defensas lusas. Aquel día caerían muchos. Y él bien podía ser uno de ellos.

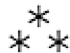
«Nacer en Granada y morir en Trujillo», se lamentaban los castellanos, para decir que aquella sería una mala manera de acabar tras semanas recorriendo tierras portuguesas. Habían partido de Extremadura, introduciéndose en Portugal a través de la región que quedaba inmediatamente al sur del Tajo, Alentejo. Pero, mientras ellos marchaban por tierra, otro contingente avanzaba por mar desde Sevilla. Al mando de don Álvaro de Bazán, cincuenta y nueve galeras esperaban no muy lejos, donde el dichoso Alcântara vaciaba sus ahora inexistentes aguas en el Tajo.

Desde luego, el Rey Prudente no había escatimado en tropas para hacerse con Lisboa. Tal despliegue hizo que, una tras otra, las ciudades que avistaron

la bandera de la cruz de San Andrés se rindieran sin presentar batalla. De hecho, los únicos enemigos que les plantaron cara durante la travesía habían sido las enfermedades. Un furibundo catarro agravado por el asfixiante calor se llevó por delante a decenas de hombres. Para colmo, el terreno era tan abrupto que algunos caballos terminaron con las patas rotas. Todas esas calamidades obligaron al duque de Alba a tomar medidas: tras hacerse con la región costera de Outao, decidió embarcar al ejército en la flota de don Álvaro de Bazán, y este los dejó en Cascais, al oeste de la deseada Lisboa.

Dos jornadas tardó en rendirse la ciudad, en las que Joan ni siquiera tuvo que entrar en combate. Y luego, de nuevo en marcha. Otras regiones fueron cayendo como frutas maduras en manos del de Alba: primero San Julián de Oeiras y después la fortaleza de la Torre de Belem. Solo quedaba un obstáculo antes de Lisboa, que no era otro que el río que tenían delante de sus narices.

Eso, y un buen puñado de portugueses dispuestos a vender cara su piel.



Fueron ellos, por cierto, quienes comenzaron las hostilidades. Primero un trueno, luego otro y después otro más, como si el cielo despejado hubiese empezado a descargar tormenta. Pero no cayeron gotas de lluvia sobre sus cabezas, sino granizo en forma de balas metálicas. Joan lo contempló todo embobado, como si el tiempo hubiese quedado en suspenso para sus sentidos.

Ni siquiera advirtió que uno de los proyectiles se dirigía justo hacia la posición de su compañía. Pero la realidad se lo mostró con una crudeza que jamás olvidaría: la bala no les alcanzó de lleno porque fue a caer unos pasos más allá, pero su impulso era tan fuerte que rebotó y siguió adelante como una carga de caballería contra la que la barrera de picas resultó inútil. Entre estruendos y gritos, el hierro se llevó por delante a todos los que no pudieron apartarse de su camino.

Joan habría sido uno de ellos de no ser por la rápida reacción de Justino Copons, quien en el último instante lo apartó del peligro con un violento empujón. A cambio, el muchacho tuvo que ver desde el suelo cómo el alférez volaba por los aires como un pelele de trapo. Cuando dio con sus huesos en tierra, ya no volvió a levantarse.

La impresión fue tal que vomitó sobre sí mismo. Y quizá se habría quedado tendido para siempre, como el pobre Copons, pero alguien lo tomó del brazo y lo obligó a alzarse. Ni siquiera supo quién, pero por puro instinto recuperó la pica y se plantó en pie de nuevo. Con el rostro empapado de

lágrimas y la bilis goteándole de los labios, se sintió de pronto extrañamente sereno. Como si aquel zurriagazo le hubiera arrancado de golpe el miedo. Así de extraños son los hombres, tan necesitados de la muerte para comprender cuán importante es la vida.

Alguien retiró los cuerpos inertes, más para que no estorbaran que por principios. Otro tomó la bandera que había portado Copons: un soldado aventajado cuyo rostro le resultó conocido, un tal Rodrigo. Uno de esos veteranos curtido en tantas batallas que seguramente habría olvidado más de una. Aunque no pertenecía a su escuadra, Mateu había coincidido con él durante una de las paradas, cuando aquel le ofreció unos tragos de su bota de vino. Recordó que le había hablado de sus años en la campaña contra los turcos; de la batalla en Lepanto, había quedado herido junto a su hermano a bordo de un navío llamado *La Marquesa*, y de cuando ambos fueron capturados por piratas berberiscos y llevados en cautiverio a Argel, donde estuvo preso nada menos que cinco años.

—No me bastó con eso, chico, y volví al ejército para marchar a Flandes. Hasta que como a tantos otros me reclamaron para esta jornada —le había comentado.

Aquello despertó en Joan una pregunta.

—¿Por qué regresó vuestra merced a las armas?

—Los perros adiestrados no saben qué hacer, aparte de lo que se les ha enseñado —respondió levantado los hombros—. Dios Todopoderoso no me ha concedido otros dones a los que agarrarme. Muy al contrario que a mi hermano Miguel, quien es ducho en las letras como ningún otro, y bien que me alegro si ello lo aparta de la guerra.

Tras aquella charla creyó que nunca lo volvería a ver, y de hecho lo había olvidado. Habría sido lo normal teniendo en cuenta la cantidad de soldados que formaban un tercio y todos aquellos hombres los que marchaban hacia Lisboa. Sin embargo, allí estaba, fuera cosa de la Providencia o del azar, enarbolando con fiereza la bandera caída momentos antes. Sus miradas se cruzaron, y, aunque él no pareció reconocer al muchacho, este recordó de pronto su apellido.

De Cervantes. Rodrigo de Cervantes.

—¡Cerrad filas! —se escuchó.

Joan volvió a centrarse. Obedeció presto, como el resto de soldados, mientras los portugueses seguían soltando cañonazos sin cuartel. Por fortuna, su artillería era de escasa precisión, pues la mayoría pasaban de largo o no llegaban. Aunque de vez en cuando alguna bala causaba más daños entre los

españoles. Se decía que los lusos tenían en su poder un cañón de gran calibre, capturado en alguna batalla en las Indias, al que llamaban el Tiro de Dios. Disparaba balas de ciento once libras, y cierto era que algunos zambombazos sonaban más fuertes que el resto. En cualquier caso, Joan no lograba entender por qué ningún oficial daba más órdenes que mantener la posición. ¿Iban a dejarse acribillar sin presentar batalla?

Todavía era demasiado joven para comprender la virtud de la paciencia. El duque de Alba, conocedor de la falta de puntería de sus enemigos, se limitaba a esperar una oportunidad. Y llegó cuando no debían de ser ni las seis de la mañana. El prior ordenó a varios destacamentos de caballería, escondidos tras unos olivares, que salieran a la luz. Solo entonces empezó a tronar la artillería española, a la orden del general Francés de Álava. Fue cosa de oír y ver aquel terrible intercambio de descargas que martilleaba los oídos. Joan habría deseado echarse al suelo, taparse las orejas y esconderse de toda aquella locura que tanta muerte vaticinaba.

Pero era un soldado de los tercios españoles, y le habían inculcado a fuego y vara la disciplina que exigía dicha condición. Siguió en su posición sin dar un paso atrás.

Habría de reconocer, con el tiempo y la reflexión, que los lusos no iban faltos de hígados. Pues, a pesar de la que les caía encima, la caballería portuguesa siguió con su cometido: cabalgaron por las laderas del río que miraban a los olivares y, arcabuz en mano, atosigaron a la infantería que tenían más cerca. Luego daban media vuelta, volvían a esconderse entre los árboles, y tras un suspiro regresaban a la carga.

Aquello no podía durar; no tanto por el daño que estaban causando los jinetes, que tampoco era nada del otro mundo, como por la indignidad de dejarse golpear sin responder. Así que el duque dio al fin la orden de ataque. El tercio que debía hacer los honores era el de Próspero Colonna, formado por vasallos italianos. Cosa curiosa que fueran los elegidos, pues se rumoreaba que don Fernando no tenía muy buen concepto de ellos. «Italianos, por amor de Dios, su majestad no envíe más, que será dinero perdido», se contaba que le había dicho al rey.

Fuera como fuese, para allá que los envió. Se movieron hacia el puente cercano que salvaba el río y que los portugueses guardaban bien por tratarse del punto clave. Así que el encontronazo fue cruento. Como marcaban las normas, hubo un primer intercambio de arcabuzazos que duró lo que tardaron en agotarse las balas. Luego llegó el turno de los aceros: picas para empezar y espadas fuera de las fundas en cuanto uno podía sentir el aliento del enemigo.

La masa se apelotonaba en el centro del puente de piedra a gritos de «¡Calad picas!», «¡Aguantad!» y «¡Cerrad filas!».

Tras unos momentos en los que todo parecía posible, la mayor calidad de las tropas al servicio español se empezó a imponer. Los lusos retrocedían. Sus fuerzas flaqueaban según veían caer a los suyos. Justo entonces sonó una trompeta en el bando portugués, y un destacamento se lanzó a la carga para apoyarlos.

—¡Por mis cojones! —soltó alguien a espaldas de Joan, que lo contemplaba todo sobrecogido—. ¿No es ese condenado del prior quien va por delante?

El joven no podía distinguir al que encabezaba los refuerzos, pero el estandarte con el que marchaba sí era el del Determinado, así que poca duda había. El intento fue tan admirable que logró envalentonar a sus hombres y agobiar a los italianos, cuyo apuro aumentó al recibir una nueva ola de fuego desde unos molinos ocupados por algunos arcabuceros lusos.

—¡Esos *porcos* afeminados ponen pies en polvorosa! —gritó su compañero Diego Moreno, un mocetón alto y desgarbado con dos años de servicio, por lo que se creía perro viejo.

¿Iba a quedarse el de Alba impertérrito ante el vuelco de la situación? En absoluto. Joan advirtió que otra de las compañías, la que seguía la bandera de don Jerónimo, conde Alberico de Lodrón, se ponía en marcha. Tres mil infantes alemanes de barbas luengas acudieron en auxilio de los italianos de Colonna, picas en ristre y con aquellos ropajes tan estrambóticos y coloridos de los que hacían gala: jubón acuchillado con mangas abullonadas y calzón adornado con ligas de colores. Pero, si algo los caracterizaba, y despertaba no poca mofa entre los españoles, era la coquilla que llevaban en la entrepierna haciendo las veces de falsa verga erecta. Se los llamaba «lansquenetes», que según le habían dicho al valenciano significaba en alemán algo así como «siervo del campo». Y por siervos se referían a fríos mercenarios, no a simples criados domésticos.

Aquella no fue la única disposición que se tomó.

—¡Fíjate, Mateu! —le dijo Gomar, cuyo miedo parecía haber desaparecido de repente.

Siguió la dirección del dedo de su amigo y vio otros movimientos en el flanco derecho del ejército español. Al tiempo que los lansquenetes atraían toda la atención de sus enemigos, una compañía de arcabuceros del tercio de don Antonio Moreno se aprestaba a cruzar el río. Lograron expulsar a los

tiradores portugueses apostados en los molinos y tornar las cosas a su favor: ahora eran ellos quienes acosaban a balazos a los lusos situados en el puente.

Tan bien pintaban las cosas que Joan se permitió ilusionarse, creer que todo acabaría pronto y bien. Y en ese pensamiento se hallaba cuando, desde lo alto de una pequeña colina, el duque de Alba ordenó ondear una bandera blanca. Desde luego no significaba rendición, sino que había llegado la hora de atacar con todo.

—¡Picas al cielo, soldados! ¡Arcabuces cargados! —bramó uno de los oficiales del Tercio de Nápoles.

Era el momento. Joan aferró el fuste de su lanza y apretó los dientes. Antes de iniciar la carga, se llevó la diestra al pecho para tocar la medallita de la Virgen del Rebollet. «Madre de Dios, dadme redaños para luchar y fortuna para sobrevivir», se dijo.

—Por la gloria de las Españas que ya tenía ganas —oyó que decía alguien por delante.

Retumbaron los tambores del tercio napolitano, que junto al de Martín Argote estaba encargado de tirar la acometida. Al ritmo de los palos sobre el cuero tensado, las filas de piqueros avanzaron flanqueadas por los arcabuceros. A paso vivo, pero sin desordenarse un ápice. Llevaban las picas con la punta al cielo; un denso bosque de fuste y acero. Ver a todos aquellos compañeros a su lado inspiró, de algún modo, valor al muchacho. En torno suyo se mezclaban todo tipo de individuos: simples labriegos obligados a empuñar un arma, hidalgos de gallarda estampa a pesar de la sangre que los manchaba, bastardos intentando ganarse una dignidad, maleantes que por una vez en su vida luchaban por algo más que ellos mismos… La flor y nata de un imperio como ningún otro, hombro con hombro con su propia escoria.

Un grito brotó en algún punto indeterminado de la masa, un bramido cargado del orgullo y la rabia precisa para afrontar un momento como aquel; una consigna que se había convertido en santo y seña del ejército más grande desde los tiempos de Roma.

—¡España! ¡Santiago y cierra!

La voz de guerra corrió como la pólvora, repitiéndose en boca de otro, y de otro, y luego de otro. Joan fue uno de ellos. La sangre le hervía como nunca antes. Henchido de furia, invocó al santo y también a otra figura cuyo nombre ocultó la barahúnda.

—¡Por la Virgen del Rebollet!

Un aterrador espectáculo debía de ser aquel para los portugueses. Luego, con el tiempo, Joan pensaría que después de todo sus enemigos los tenían

bien puestos, pues ver a semejante tropel echárseles encima y no salir por patas merecía al menos el reconocimiento de su valor. Pero es que además respondieron. Las tropas del flanco derecho portugués, a cargo del segundo comandante, el conde de Vimioso, se movieron hacia la refriega, en el puente. A esas alturas, todos sabían que quien dominara el paso sería el vencedor.

El destacamento de Joan alcanzó al fin la pasarela de piedra, tan saturada de soldados que parecía imposible que cupiera un solo hombre más. Pero la disciplina de las tropas al servicio de España hizo la diferencia: italianos y alemanes lograron dejar espacio entre sus líneas para permitir que los refuerzos se colaran y los sustituyeran.

—¡Cerrad filas! ¡Calad picas!

Los coseletes que formaban la primera línea del tercio bajaron las lanzas hasta dejarlas en horizontal para recibir a los portugueses. Joan, en la tercera hilera, lo contemplaba todo ansioso, totalmente ido de cualquier pensamiento que no fuera dar muerte al enemigo.

Las picas se trabaron entre sí. Españolas y portuguesas. Los primeros hombres fueron cayendo como si de una siega se tratara. Al tocar suelo dejó de importar a qué bandera habían servido, pues todos se convertían en lo mismo: pasto para los gusanos. Los lusos resistieron la primera embestida de la compañía de Joan y contestaron con ímpetu. La fila que ocupaba el valenciano perdió a su primer hombre, y tanto él como quien lo precedía avanzaron una posición para cubrir el vacío. Ya podía mirar a los ojos a aquellos portugueses de rostros cubiertos de sangre. Tan decididos y aterrados como él mismo, adelantaban una y otra vez las lanzas, los primeros permitiéndose en ocasiones amagar por encima del hombro rival para herir al que iba detrás.

Entonces, el infortunio encontró al joven. La piedra del puente estaba ya teñida de rojo, y tan resbaladiza que hizo que se le fuera el apoyo. No fue mucho, pero lo obligó a utilizar la pica para evitar la caída, con tan mala suerte que, justo en ese instante, el compañero que marchaba delante de él dejó un hueco sin pretenderlo. Vio entonces su oportunidad uno de los lusos, que acometió de inmediato con su hierro.

Joan sintió cómo la carne se le abría a la izquierda del vientre. Fue apenas entrar y salir, y la sangre empezó a brotar con furia. Se llevó las manos a la herida, soltando la pica y quedando indefenso ante el portugués, que ya se había colado entre la defensa española y arremetía a viva voz. Tuvo que ser el mismo Gomar quien desde la diestra del maltrecho Joan alanceara al luso. El

herido quiso entonces tomar el arma de nuevo y acabar sus días llevándose por delante a cuantos pudiera.

Fue incapaz de dar dos pasos antes de caer y convertirse en un bulto molesto. Los pies de quienes lo seguían pisaron inmisericordes, a pesar de ser compañeros, hasta que alguien tiró de él. A duras penas logró rodar hasta un lado del puente, donde se quedó recostado, sin poder moverse, mientras trataba en vano de contener la hemorragia con las manos. Lo supo con amarga certeza: iba a morir.

Ya solo acertó a levantar la vista con intención de llevarla al cielo y pedir perdón por sus pecados antes de que llegara algún ángel en su busca. O el diablo, si eso era lo que se había ganado. Pero en su lugar vio a uno de esos novatos que buscaban balas y pólvora entre los muertos para abastecer a los arcabuceros. El chico también reparó en él, y por algún motivo mostró piedad hacia aquel pobre condenado. No debía de tener ni quince primaveras, pero sí la entereza suficiente para taponarle el agujero con un trapo y arrastrarlo hasta la retaguardia, donde uno de los capellanes se encargó de asistirlo. Días después, cuando el fantasma de la parca decidió darle cuartel, lo vio de nuevo en el campamento y supo que su nombre era Arturo Silva.

Todavía pudo Joan contemplar, antes de caer desmayado, cómo alguien hacía un movimiento inesperado, de esos que cambian el rumbo de una batalla. Un destacamento de piqueros y arcabuceros, bajo el estandarte del capitán Sancho Dávila, acababa de cruzar el río para echarse sobre el flanco derecho portugués, que el conde de Vimioso había dejado desprotegido. Asediados por allí y por el puente, los lusos se las vieron y se las desearon para contener a los inagotables tercios.

A partir de ese instante, la balanza solo podía inclinarse en una dirección. Pero el valenciano no lo vería. La vida se le iba por el boquete abierto en la carne. Lo llevaron con los cirujanos, al hospital de campaña que, cosa poco común, Felipe Segundo había sufragado. Pero los médicos nada podían hacer por él salvo cerrarle la herida con aguja e hilo y esperar a que el Altísimo decidiera. Fue uno más de las decenas de hombres que agonizaban entre las blasfemias de los más enteros, las plegarias de los graves y la fría resignación de los condenados que ya escuchaban el latín de los capellanes. La mayoría se iba en silencio, gimiendo hasta apagarse.

Joan parecía ir por ese camino, pero tuvo el vigor suficiente para recorrer con la diestra el pecho y cerrar sus dedos sobre la medallita, aferrándose con uñas y dientes a la vida.

Cuando despertó, Lisboa era ya española. La noticia no lo conmovió en absoluto, ni le llenó el espíritu de orgullo por la parte que le tocaba en aquella victoria. Pues, aunque todavía lo desconocía, y tardaría ocho años en comprenderlo, solo había una cosa que podía colmar su vacío interior.

Algo que no encontraría ni en tierra patria ni conquistada.

34

Dunluce, 1588

Había evitado mirar a la muchacha durante la parte final de la narración. Aun así, o quizá precisamente por ello, a Ealasaid no le pasaron desapercibidos la profunda vergüenza y el horror que daban forma a los recuerdos de Joan. Reconocía aquella cara. Era la misma que había visto en Ragnall cada vez que, siendo niña, le preguntaba sobre cómo había sido tal o cual batalla. La luz se le escapaba de los ojos al hacer memoria, como a Joan, y el gesto se le torcía en una expresión que parecía de derrota. Era como si ambos fueran incapaces de aguantar la mirada ante quien permanecía pura y ajena a semejante dolor. Ragnall jamás le había hablado de sus sentimientos al respecto. Pero no quería que eso le pasara con Joan.

—Ya ves que no fui un héroe ni nada de eso —dijo el español—. Tuve que retirarme y pasé días en un camastro, febril, a punto de irme por la posta como cuando vine a dar con mis huesos en tu playa.

La irlandesa alargó la mano y lo acarició donde crecía la barba, intentando que volviera su rostro hacia ella. Él cedió y sus ojos conectaron de nuevo.

—Prefiero un superviviente a un héroe. Estos suelen acabar mal, si hago caso a las leyendas de mi pueblo.

Se inclinó entonces sobre él y lo besó con delicadeza, en los párpados, sobre la frente, en los labios… Pétalos que dejó caer sobre su piel, suaves, para sanar el temblor con el que había relatado tan terrible capítulo de su vida.

—Qué desgarrador relato… —susurró.

—Nada hay más terrible que la guerra. Convierte a los hombres en monstruos, si es que no lo son ya. Uno se vuelve cruel y cae en lo más bajo sin siquiera advertirlo. Y, cuando todo acaba, cuando la razón regresa, te golpea algo mucho peor: la realidad. Es entonces cuando uno hace balance de sus actos y aparecen los rostros de los sentenciados a pica, espada o arcabuz. Algunas veces sigo viéndolos: al joven moro que se arrodilló en la cubierta de aquel bajel pirata implorándome perdón en vano; o a aquel capitán francés, Bourguignon, que aguantó estoico sin pedir cuartel antes de que le pasara el hierro por el cuello durante la toma de la isla de Terceira…

El espanto mudó la expresión de Ealasaid. ¿Cómo era posible que alguien tan bondadoso como Joan fuera capaz de tales atrocidades? Como su padre, o sus hermanos. Resultaba abrumador pensar que aquellas manos, tan cariñosas con ella, también hubieran causado dolor y muerte de manera voluntaria. ¿Es que existían dos naturalezas en todo hombre? ¿El monstruo y el santo? ¿El ángel y el demonio? Quizás el mal cohabitaba junto al bien en cada alma, a la espera de su oportunidad para salir.

Pero ni siquiera el asco que le producían aquellas reflexiones era lo bastante fuerte para vencer lo que sentía por Joan. Se quedó tumbada junto a él, sin decir nada, hasta que el momento la atrapó al fin. Habían estado hablando de cosas banales y otras muy importantes, pero en el fondo secundarias. Era consciente de que se trataba de un modo de eludir la discusión sobre las consecuencias de sus actos. Y era más consciente aún de que esa huida no llevaba a ninguna parte. Mejor aclarar las cosas de una vez.

—¿Y ahora qué, Joan? —preguntó, sin mirarlo por temor a su respuesta —. Me has tomado como mujer, así que necesito saber qué viene a continuación.

—No te he tomado, tú te ofreciste.

—Por supuesto. Ya te dije que las irlandesas no somos damiselas que ceden ante un hombre porque sí; más si tenemos sangre escocesa. Pero estás evitando el asunto…

Se hizo un silencio incómodo, seguido de un suspiro resignado de Joan. Cuando abrió de nuevo la boca, su voz volvía a tener aquel matiz sombrío.

—Hay cosas de mí que te horrorizarían más que las muertes que he provocado en batalla, Ealasaid. Pensamientos impuros, pecados por cometer que no me hacen merecedor siquiera de estar ante tu presencia.

—Deja de comportarte como uno de esos que quitan a las mujeres la oportunidad de razonar por sí mismas. Demasiados así hay a mi alrededor. Respétame lo suficiente como para dejar que yo decida si eres digno de mí. Cuéntame qué te aflige tanto, qué hace que te obceques en negarte la felicidad.

A pesar de la penumbra de la cueva, Ealasaid notó cómo Joan arrugaba la frente y torcía la comisura de los labios. Pensó en dejarlo estar todo, en abrazarlo y calmar su espíritu convulsionado, que en aquel mismo instante parecía librar una lucha terrible. Al fin y al cabo, también ella guardaba traumas que era reacia a mostrar.

Rechazó la idea. Por mucho dolor que comportara una confesión, por mucho que existiera el riesgo de que la explicación fuera insoportable, sentía

que necesitaba respuestas. Si se las daba, sería la prueba de que también ella podría sincerarse.

Joan se incorporó hasta quedar sentado y se llevó las manos a la cabeza. Libraba una angustiosa batalla, sí; hasta un ciego lo habría advertido. Una que no quería perder pero que tampoco podía ganar.

Justo cuando parecía estar a punto de ceder, los interrumpió una voz.

—Tendría que haber imaginado que estabais aquí.

Volver el rostro hacia la entrada de la cueva y cubrirse con pudor la desnudez fue todo uno para ambos. La luz que se colaba desde el exterior hacía imposible distinguir de quién se trataba, pero Ealasaid reconoció la robustez de Ragnall. No podía verle la cara, pero lo imaginaba riendo.

—¿Qué… qué quieres, Ragnall? —gruñó la muchacha, ruborizada, mientras se afanaban en vestirse.

—Los O'Neill hace rato que se han marchado.

—¿Y por eso has venido a buscarme?

—Lo dices como si disfrutara de haber encontrado a mi hermanita retozando con un hombre —comentó, tratando en vano de esconder una risita —. Si quieres me marcho y os dejo seguir con lo vuestro.

—¡Ragnall!

—Padre os anda buscando, Joan. A vos y a vuestros camaradas.

—¿Ocurre algo? —preguntó el español mientras se ataba las botas, tratando de aparentar que no estaba abochornado.

—Ya lo creo. Los centinelas han visto un barco acercándose. Nuestro navío de contrabando ha regresado.

El anuncio fue un jarro de agua fría en el ánimo de Ealasaid. Había esperado tener más tiempo para convencer a Joan de que se quedara. Pero la hora en la que el español debía tomar una decisión se adelantaba. Pronto conocería la auténtica medida de su amor por ella.

El problema era que no se veía capaz de soportar una resolución que no fuera la que deseaba.

35

Carrickfergus

Carleill había ofrecido a Catherine una de las mejores habitaciones en la torre del mar, lo cual no era poca cosa. Disponía de tantos lujos que hasta el rey más caprichoso se habría sentido satisfecho. La señora de Cúilín Gaelach reconoció desde el principio la clásica decoración recargada propia de la casa de los Tudor, especialmente en el ostentoso baldaquino que rodeaba la cama. Estaba ornamentado con taraceas de motivos vegetales, sobre todo en las columnas que sujetaban la parte superior del dosel. Aunque los irlandeses fueran más moderados en sus gustos, debía reconocer que la talla era una auténtica obra de arte. Por supuesto, el lecho era blando como una nube, y el roce de las sábanas, tan delicado que bien podría cerrar los ojos e imaginar que recibía las caricias del atento amante que jamás había tenido.

A pesar de ello, Catherine llevaba sin dormir bien desde su llegada a Carrickfergus. El condestable había dado órdenes explícitas de que fuera tratada con el mismo esmero que a él mismo se le dedicaba, pero aun así pasaba las horas con los nervios crispados. La espera le alteraba el humor de tal manera que no transcurría un día sin que discutiera con su anfitrión. Una y otra vez lo abordaba con intención de presionarlo, de convencerlo para partir de inmediato hacia Dunluce, pero en cada ocasión recibía la misma respuesta: el condestable del castillo se negaba a iniciar el viaje mientras no regresaran todas las tropas que había enviado a patrullar.

—No dejaré desprotegida la fortaleza, lady Catherine. Así que dejad de insistir —le rogaba.

En circunstancias normales, Catherine habría aceptado que aquello era sensato: Carrickfergus contaba con cuatro compañías acuarteladas, unos doscientos hombres al mando del capitán Robert Henshawe. Más de la mitad se hallaban en aquellos días dispersos por todo Antrim a la busca y captura de posibles náufragos españoles. Y, tal como argumentaba Carleill, no podían acudir a Dunluce sin una comitiva lo bastante numerosa para disuadir a los MacDonnell de cualquier rebeldía, lo cual significaba dejar en la fortaleza apenas un puñado de defensores, insuficientes para guardar las murallas

exteriores y las del castillo. Demasiado arriesgado; sobre todo si llegaba a oídos de alguno de los clanes más agresivos.

Pero a ella las explicaciones la traían sin cuidado. En su cabeza solo tenía cabida la venganza, y no aceptaba de buen grado posponerla siquiera un miserable día. Su insistencia era tan molesta que Carleill la rehuía constantemente, por lo que solo se veían durante las comidas o cuando la propia Catherine acudía a buscarlo. No pensaba quedarse esperando sin más, con la boca cerrada como una chiquilla obediente. Bastante le había costado la actitud sumisa en el pasado.

La verdad era que dudaba del compromiso de Carleill con respecto al refugiado español en Dunluce. No estaba segura de si, llegado el momento, tendría el valor de enfrentarse a los MacDonnell con todos los medios necesarios. El condestable era un hombre recto, demasiado para los tiempos que corrían y las tierras que tenía a su cargo. En una Irlanda donde los clanes actuaban sin reparos para conseguir sus fines, el inglés parecía un hombre en exceso escrupuloso.

La última demostración de semejante debilidad, a juicio de Catherine, se había dado la mañana anterior. La primera patrulla había regresado, y no con las manos vacías: traían consigo un botín sospechoso compuesto de monedas y pertrechos. Cuando Carleill advirtió que los dineros eran de acuñación española montó en cólera.

—Decidme ahora mismo de dónde habéis sacado esto —exigió a sus hombres con frialdad.

—Encontramos… unos cadáveres, al norte de Red Bay —respondió el cabo del destacamento—. Creímos que sería mejor… Bueno, era un desperdicio abandonar lo que llevaban encima.

Catherine, que había asistido a la escena, tenía experiencia hilando mentiras y reconociéndolas en los demás. Así como había pasado de novia a viuda, los años y las circunstancias la habían obligado también a cambiar de niña ingenua a mujer manipuladora. Reconoció al instante la falsedad en boca del soldado. El titubeo en la voz, los ojos que buscaban escapar de los de su señor… Carleill también lo supo, por supuesto. Les arrebató el botín, y si no los castigó fue una vez más por su carácter pusilánime: sin verdaderas pruebas del acto cometido no se sentía con autoridad para darles un escarmiento.

Aquella noche durmió entre sobresaltos y extraños sueños en que se mezclaban rostros conocidos, amados unos y odiados otros: su esposo, al que tras años enterrado seguía sin echar de menos; el hijo que hacía tanto tiempo

que no veía, quizá la única persona que tenía un hueco verdadero en su corazón; su suegro, quien otrora había portado con orgullo uno de los apellidos más respetados de Irlanda y ahora solo era un viejo demente… Pero aquel que la hizo despertar con los puños apretados de ira y los ojos en llanto era el mismo de siempre: Somhairle MacDonnell y su maldito juramento.

«Todo irá bien, te lo prometo».

Mucho antes de la llegada del alba, totalmente desvelada, se levantó con la rabia resonándole tan fuerte en los oídos como aquellas palabras traicioneras. Mientras se vestía puso el empeño ya habitual en serenarse. Se había convertido en una costumbre: respirar profundamente, apartar las pasiones y pensar en positivo, en los planes que seguían rodando hacia el éxito.

Más calmada, dejó la alcoba con la intención de salir y pasear por las murallas. El fresco de la mañana le hacía bien; ponía en marcha su ánimo y eliminaba cualquier rescoldo de ofuscación producido por las pesadillas. Pero, antes de alcanzar las escaleras que descendían en espiral por la torre, advirtió una silueta justo delante de la habitación de Carleill. Por instinto, la señora de Cúilín Gaelach se pegó a la pared, dejando que las sombras la amparasen. Aguzó la vista y pudo distinguir las facciones del misterioso personaje que cerraba la puerta con cuidado: se trataba de una de las mujeres del servicio, la costurera; creía recordar que se llamaba Mary. Apenas había cruzado dos palabras con ella el día en que llegó a Carrickfergus, cuando le tendió el vestido que había llevado durante el viaje para que le hiciera unos arreglos. Le fascinó su acento exótico, que nada tenía que ver con el gaélico y menos con el inglés. También le llamó la atención comprobar que, cuando Carleill estaba cerca, las miradas de ambos se buscaban. Ahora entendía el motivo.

La joven sirvienta se recompuso los cabellos debajo de la cofia, se alisó la falda del sencillo vestido y se alejó. «Así que los rumores son ciertos», pensó Catherine, dibujando una media sonrisa cargada de malicia. Una de sus damas de compañía había escuchado de boca de otros criados del castillo que el señor de la fortaleza tenía una amante, aunque no había averiguado de quién se trataba. Ahora el secreto quedaba al descubierto, lo cual abría posibilidades muy interesantes.

Mary encaró el pasillo en dirección a las escaleras de la torre, pero se detuvo antes de dar siquiera dos pasos para quitarse algo del dedo: un anillo. La sorpresa por lo que aquello podía significar fue tal que a Catherine se le escapó un suspiro desde las sombras. Eso hizo que la costurera levantara el rostro y mirara alrededor con inquietud. Los nervios le jugaron una mala

pasada, y la joya se le escurrió de entre las manos. Como si deseara escapar, el anillo rodó por las baldosas acercándose al lugar desde donde Catherine escudriñaba.

Un impulso la hizo salir de su escondite, agacharse y recoger la joya. Mary se detuvo en seco al verla, sorprendida y temblorosa. La señora de Cúilín Gaelach, lejos de amilanarse, la observó con tranquilidad.

—Siento haberte asustado, querida —le extendió el anillo—. Esto es tuyo, imagino.

—Sí… sí, mi señora… —gimió más que habló.

Pero, como si se tratara de un juego cruel, Catherine retiró la mano que sostenía la sortija antes de que la costurera la cogiese.

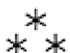
—Hermoso anillo —comentó, con creciente malicia en su voz—. De oro, digno de la esposa de un hombre noble y solvente. Ah, y tiene un grabado en la parte interior… «A Meike, mi mayor viaje».

Mary dudó antes de responder, lo que le dijo a Catherine que iba a hacerlo con una mentira.

—Era… era el anillo de mi madre…

—Sí, por supuesto. Tómalo, no te entretengo más.

En cuanto la criada recuperó la joya, se alejó casi a la carrera hasta la escalera de caracol, dejando a Catherine a solas con sus pensamientos. Esta dio media vuelta y regresó a su alcoba. El paseo podía esperar. Tenía mucho en lo que pensar.



Con el sol ya resplandeciendo, Catherine acudió al comedor situado en la planta baja de la torre. Al fondo de la estancia, en el extremo opuesto a la entrada, había una mesa sobre un estrado que presidía la sala de paredes encaladas. Allí la esperaba para desayunar Carleill, quien se apresuró a levantarse para recibirla y le ofreció un sitio a su lado, como hacía cada mañana.

Los dos asientos principales correspondían tradicionalmente a los señores del castillo, el condestable y su consorte. Pero en Carrickfergus solo había un amo por aquel entonces; uno que no parecía tener esposa. El único familiar en la vida de Carleill era su sobrino Francis, que estaba sentado junto al resto de comensales en los bancos situados contra las paredes, entre las antorchas y bajo los murales de tela. Eran los habituales, los consejeros de Carleill, los oficiales de mayor rango. Tan serios y modosos. «Cuánto decoro», pensó Catherine al ver que esperaban a que ella se sentara para empezar a comer.

«Cuánta falsedad», concluyó, sabedora de que el respeto de aquellos ingleses era una farsa. Desde Londres ya habían intentado poblar Irlanda con los suyos con la esperanza de socavar la influencia de los clanes. En parte tuvieron éxito, pues varios territorios eran de completo dominio inglés; en especial, la región amurallada de La Empalizada, en torno a Dublín. Y la señora de Cúilín Gaelach no olvidaba que ese era el objetivo principal de la Corona: acabar con la cultura irlandesa y convertir la isla en una extensión más de su reino, a lo cual se opondría con fervor si no tuviera otras metas más acuciantes en mente. Sus prioridades eran claras: sacaría tajada de los ingleses mientras le fueran útiles. Cuando recuperase el poder de la casa que ahora representaba, otro gallo cantaría.

—Mi señora… —la saludó Carleill, con una pequeña reverencia, mientras ella tomaba asiento.

—Condestable…

Los criados empezaron a servir, y durante los primeros momentos nadie habló. Catherine, por su parte, era de escaso apetito y pronto quedó saciada. Miró a Carleill, y por el apenas disimulado suspiro de este le quedó claro que sabía lo que venía a continuación. Su invitada lo interrogaría sobre la partida hacia Dunluce, él respondería que todavía faltaban muchos hombres por volver al castillo, y así terminaría el desayuno, agriado. Solo que, esta vez, Catherine tenía una carta con la que presionar a Carleill, aunque no estaba segura de si era el momento adecuado de ponerla sobre la mesa; había demasiada gente allí.

Pero nada de aquello ocurrió, al menos no como la mujer tenía en mente. Por los ventanales se coló un coro de ladridos que venía de las perreras. Los animales reaccionaban a una aparición inesperada. El resonar de los cascos de un caballo fue lo siguiente, y varios de los comensales se levantaron para mirar al patio. Catherine también lo deseó, pero habría sido una muestra de desesperación, así que mantuvo la compostura.

No tardó en entrar en la sala un centinela, anunciando la llegada de uno de los hombres enviados a Dunluce para vigilar a los MacDonnell. El corazón de Catherine saltó con tal fuerza que creyó que se le saldría del cuerpo, y sus manos se crisparon sobre el mantel de la mesa.

Carleill permitió que el mensajero entrara en el comedor sin necesidad de adecentarse, tal como era la costumbre. Su aspecto, desde luego, era andrajoso, pues había pasado muchos días apostado a la intemperie, y el polvo de la cabalgada cubría sus ropas.

—Mi señor, traigo nuevas de Dunluce. Hemos visto a un pequeño barco mercante con bandera escocesa atracar en el interior de la roca donde se alza el castillo.

Catherine descompuso su habitual expresión estoica y se dirigió a Carleill.

—Ya no podéis esperar más, sir Christopher. Ese navío partirá de vuelta a Escocia en un par de días, a lo sumo, llevándose al español que Sorley Boy acoge.

El inglés apretó la mandíbula. Despidió al mensajero y luego al resto de comensales. Solo quedaron allí Catherine y el capitán Henshawe.

—¿De cuántos soldados disponemos en el castillo ahora mismo? —preguntó al oficial, aunque todos sabían la respuesta.

—Contándome a mí, noventa y seis —respondió.

—Gracias, capitán. Puedes marcharte.

El condestable miró a la irlandesa, pero esperó a que Henshawe abandonara la sala para hablar.

—Carrickfergus no puede defenderse con eficacia sin al menos cincuenta hombres, mi señora. Y yo no arriesgaré la vida de quienes tengo a mi mando para acudir a un lugar tan peligroso como Dunluce con menos de eso. Sobre todo, si voy a amenazar a su dueño.

—No es su dueño, bien lo sabéis. Y no necesitáis tantos efectivos. Mi comitiva consta de treinta guerreros totalmente leales a mi persona. Tomad otros tantos y será suficiente.

—Pienso que es mejor esperar, y estoy dispuesto a hacerlo —insistió él.

Catherine advirtió que sus dedos acariciaban el cuchillo con el que había cortado la carne. Por un instante, la rabia le susurró locuras al oído, pero se calmó diciéndose que los impulsos causaban más problemas de los que solucionaban. Mejor usar la lengua que la mano.

—Me decepcionáis, sir Christopher —dijo, negando con la cabeza, y posó su mirada más gélida en los ojos de Carleill—. Y sin duda no seré la única que se sienta así. Imaginad lo que pensará el lord diputado Fitzwilliam cuando se entere de que habéis dejado escapar a un enemigo de la Corona. Sobre todo si también llegan a sus oídos las peregrinaciones que permitís cada domingo a los aldeanos para que acudan a esas misas clandestinas. Por no hablar de los juegos nocturnos que os traéis con vuestra costurera. Quizá piense que os centráis más en los placeres de la vida que en las responsabilidades. ¿Y qué opinaría vuestro padrastro de saber que, además, esa criada es en secreto vuestra esposa? Menudo escarnio podría reportaros a vos y a vuestro sobrino.

—¿Me estáis amenazando? —se encaró a ella Carleill.

Catherine reconoció para sus adentros que era un hombre templado. Cualquier otro habría montado en cólera ante semejante chantaje y la mención de sus intimidades, pero él se mostró entero y dueño de sí mismo en todo momento. Resultaba lógico, en cierto modo: no era tan ingenuo como para pensar que sus secretos permanecerían eternamente ocultos. Debía de haberse preparado para cuando dejaran de estarlo.

—Llamadlo advertencia si eso salvaguarda vuestra honra. La cuestión es que cada uno de nosotros tiene sus responsabilidades. La mía es devolver la gloria a mi clan, y la vuestra, seguir órdenes de quienes están por encima. En el punto en el que nos hallamos ambas son perfectamente compatibles.

—Es cierto —dijo, con voz lúgubre—. Bien. Así sea. Ordenaré que se hagan los preparativos.

Catherine tuvo que reprimir una sonrisa victoriosa. No parecía conveniente mostrarse demasiado exultante frente a aquel hombre que, sin duda, debía de tener el orgullo herido. Cuando ya se había dado la vuelta para marcharse, Carleill volvió a encararse con ella.

—Sin embargo, una cosa os diré antes, y espero que la tengáis muy presente: no me cabe la menor duda de que, más pronto que tarde, Inglaterra volverá a marchar sobre Irlanda para someterla por completo. Espero por vuestro bien que yo no esté aquí cuando eso ocurra. Porque de ser así recordaré el día de hoy y comprobaréis que mi puño también puede ser férreo, como tantos advirtieron en el pasado. —Entornó los ojos y sonrió—. Y sí: esto sí es una amenaza, lady Catherine.

Le dio la espalda con aire despreocupado y la dejó sola, sin darle oportunidad de una réplica que la señora de Cúilín Gaelach formuló en su cabeza:

«Lo estaré esperando con ansia, maldito perro inglés».

36

Dunluce

Joan dejó atrás el castillo para adentrarse en el poblado de Dunluce, que había despertado con un auténtico hervidero de gente. Era día de mercado, y donde el camino que llegaba del barrio exterior se unía con la calle principal se habían instalado diversos tenderetes. Los lugareños se arremolinaban en torno a ellos como abejorros en un campo de flores. Las mujeres inspeccionaban las prendas y otros enseres que habían llegado con el barco escocés, pues no solo de *whisky* se nutría el contrabando de los MacDonnell. Los hombres mostraban interés por algunas herramientas para el campo y, sobre todo, por las barricas de alcohol que ya no cabían en las despensas de la fortificación.

Todo era jolgorio, niños revoloteando, corros de cuchicheos y amigos compartiendo su tabaco. A fe de Joan que era una escena indistinguible de las que se daban en cualquier plaza de España, lo cual le llevaba a pensar que no había tanto que separase a los de ambos países. Cualquiera que asistiera a semejante estampa imaginaría que Dunluce siempre fue un remanso de paz, pero los aldeanos habían vivido años turbulentos en los que por delante de la azada tuvieron que tomar la espada o el hacha.

Aquellos a los que buscaba estaban en mitad de la muchedumbre: sus compatriotas náufragos eran la principal atracción, por encima incluso de las mercancías que se exponían en los puestos. Siempre andaban rodeados de escoceses e irlandeses, más que nada mujeres que buscaban una lisonja o se disputaban la atención de alguno de aquellos mozos exóticos, de piel tan morena y pelo negro. Una fascinación que se tornaba acritud en los varones del lugar, que veían con fastidio los coqueteos de las señoras. No se les podía culpar, porque algunas eran sus esposas.

Quien se llevaba la palma en esas lides era, sin duda, Nicolo. Causaba furor entre las jovencitas, que se arremolinaban en torno al de Zante para que las encandilara leyéndoles la buena ventura. Aseguraba, mientras le tomaba la mano a cada una y fingía descifrar el futuro en las líneas de su piel, que su abuela había sido una famosa adivina italiana de sangre gitana. Sin embargo, sus reverencias y flirteos con las muchachas resultaban inocentes. Al igual

que Romero y Sevilla, no parecía dispuesto a ceder a los impulsos y engañar a su esposa. Otra cosa era Pedro Llanes, que, libre como un pajarillo, ya había catado a un puñado de lugareñas y parecía deseoso de seguir aumentando la cuenta. Joan ya le había advertido de que más le valía cuidar los pasos. Lo último que les interesaba era agraviar a algún marido. No solo por la falta de respeto a la comunidad que los había acogido, sino también porque prefería evitar medir su acero con un mastodonte escocés con brazos como troncos de olivo.

No le resultó sencillo apartar a sus compañeros del gentío, y tampoco ellos pusieron mucho de su parte. Pero al fin se los llevó consigo. Se alejaron de la plaza siguiendo el camino que bordeaba los jardines tapiados del barrio exterior, por donde casi no había gente. Llanes paseaba con expresión enfurruñada.

—Me debéis una, Mateu. Ya casi tenía convencida a esa moza de las trenzas —se quejó.

—Por la Virgen que no entiendo de dónde sacáis las fuerzas —le dijo Romero.

—Lo que a mí me gustaría saber es cómo es posible que no se le haya caído a trozos la verga —se burló Nicolo lanzando una risotada.

—Envidia es lo que veo en vuestras mercedes —se defendió el aludido.

Joan se habría unido a las risas en otras circunstancias. Pero tenía demasiadas cosas en la cabeza. La llegada del barco escocés había alterado más su ya atribulado corazón. Hasta entonces, había podido dejarse llevar, pues no tenía control sobre su situación y las preocupaciones lo rondaban en el mañana; un lugar lo bastante vago como para permitirle el desliz de la cueva de la Sirena.

Pero eso había acabado. Tenía que tomar la decisión definitiva, aquella que marcaría su vida para siempre. Era consciente de ello y le daba tanto miedo que no fue capaz de enfrentarse a Ealasaid de primeras. Con la excusa de que debía discutir con sus compatriotas, la dejó sin una respuesta y con el corazón lleno de incertidumbre.

—Sosegaos, señores. Tenemos asuntos serios entre manos. Ya sabéis a lo que me refiero —atajó Joan—. Según Somhairle, el barco se hará de nuevo a la mar cuando lo carguen. En un par de días. Ese es el tiempo que tenemos para decidirnos.

—¿Decidir qué? —preguntó extrañado el Mozalbete cuando encaraban un caminito que daba a un pequeño molino—. Creí que el negocio estaba claro

desde el principio. Nos montamos en ese cascarón, y los escoceses nos dejan en esa isla… ¿Cómo se llamaba?

Chasqueó los dedos para tratar de recordarlo hasta que Nicolo lo hizo por él.

—Islay.

—Esa es la idea, en teoría: nos dejan en el castillo de Dunyvaig y, cuando los ingleses relajen la mano, nos envían a España de nuevo a través de Escocia —repasó Joan.

—Poco gusto me da vuestro «en teoría» —dijo Romero—. No parece sino que os desagrada lo que debieran ser buenas nuevas.

—Hay otras opciones —se atrevió por fin a exponer—. El padre Pilip me ha hablado de un pequeño monasterio franciscano en la costa oriental de la isla. Está en una región no muy al sur de aquí, Layd, y son leales a los MacDonnell y a la Iglesia. Según el buen párroco, los monjes nos acogerían con gusto y podríamos escapar de la atención que los ingleses habrán puesto en Dunluce.

—Esa opción es idéntica a la otra, con la salvedad de que la que nos ofrece el señor de Dunluce ya la tenemos bien amarrada. No le veo sentido a plantearla.

El Mozalbete tenía razón, pero lo que él no intuía era que, en realidad, Joan trataba de aferrarse con desespero a la tercera alternativa, la que iba en contra de sí mismo.

—Sed claro, Mateu, pues imagino por dónde va vuestra merced —dijo Nicolo, apuntándolo con una mirada sagaz pero claramente disconforme.

—Somhairle lo ha manifestado con sinceridad: podemos quedarnos. Nos ha ofrecido ser parte de su clan.

Se sintió estúpido al mencionarlo, al buscar que otros tomaran la decisión. Porque en todo caso era inútil: el problema era suyo, y nadie más que él podía dar el paso.

—¡Habrase visto, de eso se trataba! —rebufó Romero, aunque luego lo dulcificó con una risita—. Creo que la hija de ese jefecillo os ha sorbido bien el seso, Mateu.

—No siga vuestra merced por ese camino —avisó Joan.

—Me temo que ninguno de nosotros querrá tal cosa —dijo Nicolo—. Tenemos familia, y ganas de volver.

Por supuesto que lo tenía presente. Joan sabía que había sido un intento a la desesperada por justificar su deseo; una excusa para decantarse sin que la mente le gritara que estaba traicionando su promesa. Pero no había nada que

hacer, y quizás eso fuera señal de que el Altísimo solo contemplaba una dirección.

Habían llegado sin darse cuenta hasta el molino. La pequeña construcción estaba situada al final de un riachuelo, justo antes del acantilado por donde caía al mar.

—No sé yo… —intervino Llanes, de manera un tanto inesperada—. Este lugar no está tan mal como uno pudiera creer al principio. Son agradables estos irlandeses, y la vida aquí resulta tan simple…

—Ya, y las muchachas os ríen las gracias y dejan que os metáis debajo de sus faldas… —se burló Nicolo.

—¡Pues sí! ¡Por san Pedro de Almonte que jamás he visto mujeres con tan buenas hechuras!

—¿Estáis diciendo que pretendéis quedaros? —le preguntó Romero, que no cabía en su asombro.

—Creo que lo haré, en efecto. Al menos una temporada, hasta que deje preñada a alguna y deba marcharme con viento fresco —bromeó el de Huelva.

Escuchando a aquel hombre sencillo, sin grandes ni trascendentales pretensiones, todo parecía fácil. «Pero esa es la cuestión, ¿verdad, Joan?», se dijo. Llanes no cargaba con peso alguno ni tenía atadura que lo comprometiera.

Él, en cambio, estaba encadenado. A un día. A un acontecimiento que había reducido a cenizas su capacidad de forjar un destino. Era esclavo de su propia historia, y lo seguiría siendo mientras no diera fin al ciclo vicioso en que otros lo habían metido.

37

Valencia, 1573

Valencia siempre se vestía de fiesta en el día de San José. Era jornada grande, de esas en las que la gente sale a la calle con una sonrisa despreocupada porque durante unas horas puede dejar de lado sus obligaciones cotidianas. Y festejar. Festejar que el invierno quedaba atrás y que la luz se volvía ya cálida hasta convertir la ciudad levantina en la perla más brillante a lo largo y ancho de aquel imperio de las Españas.

En cada esquina, en cada calle o plaza, hombres, mujeres y niños amontonaban restos inservibles que luego arderían en forma de hogueras. Fallas, las llamaban. Tal nombre provenía de las antorchas que solían encenderse en lo alto de las atalayas de vigilancia, cuya función era alertar de la llegada del enemigo. Incluso se las podía ver en construcciones como el campanario nuevo de la catedral. Campanario, por cierto, que el pueblo había dado en llamar Micalet, como si de un niño se tratara, aunque ya pintaban canas para la torre.

Esta vez no se pretendía dar la voz de alarma, sino la bienvenida a la primavera. El único antagonista allí era la oscuridad, siempre al acecho pero cobarde ante el poder purificador del fuego. Así pensaban muchos todavía. A pesar de los esfuerzos de las instancias religiosas, habían quedado arraigadas en el pueblo ciertas creencias de antepasados anteriores incluso a los moros. Ritos paganos que ahora estaban dedicados a un santo patrón católico. El arzobispo de Valencia, Juan de Ribera, además de hacer fuerza contra los moriscos, no cejaba en su empeño de buscar el modo de prohibir las fallas. Algunos le habían oído decir en sus sermones cosas como que «son diversión vulgar, pues carecen del significado religioso de la festividad de San José». «Con la Iglesia hemos topado», solía decirse en voz baja, no fuera que la afrenta llegara a quien no debía: los oídos de la Santa Inquisición estaban al acecho en cada rincón. En cualquier caso, el pueblo, tan necesitado de jolgorios que lo apartaran de las penurias cotidianas, prefería no darse por enterado. Al menos mientras pudiera.

También era una jornada de celebración para Joan, que a sus doce años parecía haber olvidado los pesares del ayer y miraba al futuro con ilusión. Con las primeras luces había saltado del catre para unirse a las cuadrillas de niños que recorrían el barrio. Pasaban toda la mañana yendo de casa en casa pidiendo trastos viejos para levantar su falla. Era una procesión de muchachos alegres, con perros saltando y corriendo a su alrededor, tan excitados y juguetones como ellos. En realidad, ninguna familia tenía mucho de lo que desprenderse, pues la gente era más pobre que rica y todo utensilio, aunque estuviera roído por el uso, hacía papel. Así que los chiquillos tenían que arrodillarse bajo las ventanas y rogar en canto por unas patas de mesa carcomida o una *estoreta velleta* para la falla de san José. Todo era felicidad y risas, que tanta falta hacían en aquella España atrapada en sí misma y sus defectos.

Al mediodía, con la hoguera a punto para ser prendida cuando cayera el sol, Albert tomó a su hijo y ambos se dedicaron a pasear por la ciudad amurallada. Iban de plaza en plaza, comparando las hogueras para ver cuál era la más grande y bien hecha. Las mejores se levantaban en la calle de los Carpinteros, que disponían de madera en abundancia. Aquellos artesanos tomaban la fiesta con más alegría que otros, a pesar de que su patrón era san Lucas, como acreditaban los archivos de gremios. Sus aprendices sacaban al exterior los muebles defectuosos y con ellos levantaban pequeñas montañas que, en ocasiones, no eran tan menudas. Sobre estas plantaban los *parots*, unos esqueletos hechos con travesaños cruzados que más bien parecían espantapájaros, y donde los artesanos ebanistas colgaban los candiles para trabajar por las tardes. Ahora, llegado el buen tiempo y alargados los días, ya no los necesitarían hasta el siguiente invierno. Así que bien podían donarlos a la fiesta y ya harían otros cuando volvieran a hacer falta.

Joan tiró de su padre para ir a los talleres de los silleros, o *cadirers*. Bajaron por la calle central que partía de la puerta de Serranos, toda engalanada con flores. El pueblo valenciano siempre parecía dispuesto a dejar a un lado sus miserias para abrirse a la alegría y la celebración, quizá más que el de otros rincones de España. Eran tiempos en los que tales oportunidades se daban a menudo, pues Valencia era entonces una urbe que poco debía envidiar a otras como Madrid, Toledo o Sevilla. Resultaba ya habitual que los reyes se dejaran caer por el Palacio del Real, como hicieran el buen don Carlos o Felipe Segundo. Y, si no era por eso, era por otra cosa: el nacimiento de un infante real, la disposición de un nuevo arzobispo o tal o cual batalla ganada para gloria eterna del Imperio. Joan todavía recordaba la celebración

con motivo de la victoria en Lepanto, hacía dos años. Se organizaron fuegos como los de San José, y los candeleros prendieron luminarias en grandes edificios como la lonja; hubo bailes al son de *dolçaines* y *tabalets*, y una gloriosa procesión en honor a la Virgen de Gracia por interceder en el buen final de la contienda contra los turcos. Los festejos quedaron grabados en la mente y el corazón del chiquillo.

Padre e hijo pasearon disfrutando de la luz valenciana. Joan saboreaba unos dátiles que Albert le había comprado, un auténtico manjar reservado para días de fiesta. Por mucha hidalguía que tuviera su familia, una cosa eran los títulos nobiliarios y otra la realidad: su nueva vida en Valencia era humilde y estaba muy alejada de la holgura de los tiempos en el palacio condal de Oliva. Un *espardenyer* no podía hacer fortuna a base de pasarse los días y más de una noche confeccionando alpargatas. Pero eran felices; se tenían los unos a los otros y bastaba.

Pasaron por delante de torre de la iglesia colegial de San Bartolomé Apóstol, bajo advocación de la Orden de los Caballeros del Santo Sepulcro desde los tiempos del gran rey Jaime. Luego giraron hacia su diestra para adentrarse en la calle de los Caballeros, una de las más antiguas de la ciudad, ya que seguía el viejo trazado romano. Pues Valencia era hija de muchos padres, tantos como nombres: Valentia Edetanorum, «valor de los edetanos» en latín; aunque para los moros fue primero Medina al-Turab, «ciudad de la arena», y luego Balansia, que se convirtió en Valencia cuando don Jaime la devolvió a manos cristianas. Catorce siglos de diferentes culturas reposaban sobre los cimientos de la ciudad. Romanos, visigodos, musulmanes y cristianos hicieron de aquellas tierras su hogar. Y todos dejaron su impronta, todos engrandecieron la perla del Turia. Pues el tapiz más hermoso es aquel que se confecciona con hilos de distintos colores.

Joan advirtió que, al entrar en la calle de los Caballeros, su padre mudaba la expresión por otra que no le había visto en mucho tiempo: el mismo gesto tenso y alarmado que mostrara la noche en que, a toda prisa y sin explicación, abandonaron el palacio condal de Oliva, su anterior hogar.

—¿Ocurre algo, *pare*? —le preguntó.

Albert trató de dulcificar su expresión con una sonrisa forzada.

—Claro que no, *fill meu*.

Joan sabía que le estaba mintiendo. Por su bien, para protegerlo, no le cabía duda, pero le mentía. Tanto su padre como su madre lo hacían cuando se trataba del pasado. Lo que ninguno de los dos intuía era que el muchacho sabía por qué. Conocía el secreto que los había hecho huir de Oliva en plena

madrugada, camino de Valencia, aunque jamás dijera nada al respecto. Así que ¿cómo iba a culparlos por un silencio que también él guardaba?

Albert se relajó cuando giraron hacia la calle de Calatrava, llamada así en honor a la orden militar y religiosa del mismo nombre. Eso los llevó directamente a la calle del Gremi dels Cadirers, donde una falla de buen tamaño estaba a punto para la *cremà*. El montón de leña y sillas desvencijadas era enorme, más alto que un hombre, lo cual comportaba un problema: una hoguera de tales proporciones resultaba un peligro en una calle tan estrecha, pues, con una racha de viento un poco más fuerte de lo habitual, el fuego podía saltar a las casas que cercaban la fogata. En previsión, los vecinos ya habían empezado a acumular cubos y capazos con agua, pero aun así se decía que las autoridades de la ciudad no estaban muy conformes con las dimensiones que estaba cobrando la celebración. El temor a que se acordara una prohibición sobrevolaba los ánimos.

Al niño le llamó la atención el *parot* situado en el centro de la pira y elevado gracias a un cadalso; era distinto a cualquiera que hubiese visto antes. ¡Lo habían vestido como a una persona! Por encima de la cruz de madera, ocultándola, caía una especie de túnica que podría no haber significado nada; pero otros elementos daban cuenta de la intencionalidad del pelele: una banda de lana blanca en forma de collarín, un tocado sobre el extremo superior de la cruz y un burdo bastón sujeto a uno de los brazos de madera. El palio arzobispal, la mitra y el báculo.

Tal era el carácter rebelde de los valencianos, el atrevimiento de un pueblo acostumbrado a quejarse a su propia manera: no alzando la voz; sino mediante la sutil chanza. Aquel monigote, aquel *ninot*, era la recreación del mismísimo arzobispo Juan de Ribera; una burla del hombre que deseaba acabar con los festejos, y estaba a punto de arder justo en aquello que pretendía prohibir. La gente pasaba por delante y reía la gracia. Los más cultos, los que habían leído el *Tirant lo Blanc*, decían «a foc i a flama», tras lo cual soltaban una carcajada. Aunque todos se aseguraban antes de que no hubiera cerca ningún beato que pudiera denunciar la broma.

En esas estaban padre e hijo cuando, de pronto, Albert tomó a Joan de la mano y tiró de él con repentina premura. El muchacho miró a su progenitor y volvió a ver la expresión de un rato antes, solo que con más arrugas de preocupación. Iba a preguntar qué diantres ocurría, pero, antes, se le ocurrió girar la cabeza y vio a dos hombres que destacaban por encima de los vecinos de ropas humildes. Aquellos desconocidos, de gesto zaino, iban de negro, con

coletos de cuero y capa, sombreros de ala ancha… y unas alarmantes empuñaduras que sobresalían por delante.

Los pasos de Albert se convirtieron en zancadas, y aumentaron el ritmo cuando se metió por la callejuela que se abría a mitad de la de los silleros. Llamarla callejuela era en verdad demasiado honor, pues a duras penas cabían dos hombres uno al lado del otro. Pero era el camino más corto para cruzar la barriada y llegar a la Lonja de Mercaderes, y estaba claro que aquello era lo que pretendía su padre: alcanzar un lugar concurrido donde poder perder de vista a quienes debían de ser unos maleantes.

Pero la fatalidad les salió al paso. Otro hombre de mirada ceñuda y siniestro atavío apareció por delante, con las mismas intenciones del turco. Llegaba con andares decididos y sin apartar la mano de la bayosa que pendía de su costado, aupándole la capa por detrás. Albert se detuvo y, tras mirar a un lado y a otro, comprendió que solo quedaba una opción: se pegó a una de las paredes del callejón, protegiendo a su hijo con su cuerpo, y levantó las manos hacia los desconocidos.

—Vuestras mercedes tengan piedad —les dijo—. No llevo conmigo nada de valor, salvo unos míseros maravedíes que con gusto os entregaré si nada le hacéis a mi hijo.

El trío se situó a un paso del artesano y del muchacho, que nunca había estado más asustado. Pudo verles bien los rostros, duros y ajados, uno de ellos con un rictus en la boca que quizá fuera producto de alguna enfermedad. Tal vez sus ropas eran propias de gente de calidad, pero nada más; aquellas expresiones torvas eran de auténticos sicarios, desalmados que vivían dando acero a quienes sus amos ordenaban. No buscaban monedas.

—Guardaos vuestros escuálidos dineros. Venimos a entregar un mensaje —dijo el que los había interceptado, más bajo que los otros dos, mientras se retorcía los bigotes.

—Ya sabéis de quién —apuntó otro, muy joven y flaco, además de alto; tenía las mejillas marcadas por la viruela y una mirada casi tan oscura como su sonrisa.

—No delante de mi hijo. Dejad que se marche.

Pero Joan, a pesar de que estar casi paralizado de terror, no estaba dispuesto.

—*Pare,* ¡no!

Sintió entonces que le ardía el pecho y, aun sin comprender de qué iba el asunto, se escabulló de su padre para lanzarse contra los malhechores. Albert

intentó recuperarlo, pero uno de los sicarios lo aferró por la camisola mientras sus compañeros le cerraban el paso.

—¡Por favor, no! —rogó el artesano.

—Tiene redaños tu chico —rio el que lo había agarrado, de pelo cano y entrado en años—. Suerte que se nos ha ordenado que no lo maltratemos. Pero vas a mirar lo que le hacemos a tu padre, chico. Ya lo creo que lo harás.

Le dio la vuelta, encarándolo con Albert, y, tras cogerlo del cuello para que no pudiera retirar la vista, dio una orden a sus colegas, que empezaron el castigo a puñetazos. Sobre el hombre cayó un golpe tras otro, y Joan, entre lágrimas y gemidos, vio cómo en la cara de su padre se abrían heridas de las que rápidamente salía la sangre. Uno de aquellos guantazos le hinchó el ojo como una manzana, y el siguiente le saltó un diente. Otros fueron a parar al vientre, hasta que se desplomó entre ahogos, buscando un aire que no le llegaba.

Los agresores se detuvieron un momento, aunque solo lo suficiente para que el herido recuperara el resuello.

—No nos lo habéis puesto fácil, vive Dios —dijo el que tenía tomado al muchacho—. Llevamos casi cuatro años tras vuestra pista y ya la dábamos por perdida. Pero os hemos visto por la calle de los Caballeros, de cara. Menudo giro afortunado, ¿verdad?

Fue entonces cuando Joan lo comprendió. Supo a quiénes servían aquellos hombres y qué pretendían. Supo por qué su padre se había alterado al llegar a la calle de los Caballeros. Pues allí se levantaba un palacio, la residencia en Valencia de la poderosa familia a la que, por amistad, habían creído pertenecer en el pasado.

Sus reflexiones se desvanecieron. Todavía quedaba lo peor. Uno de los sicarios cogió a Albert por detrás para inmovilizarlo mientras el otro le tomaba la mano y, uno tras otro, empezó a retorcerle los dedos. Ni los chillidos del artesano, que se elevaron hacia el cielo, lograron apagar un sonido que a Joan se le metió en la cabeza y que ya nunca olvidaría: el de los huesos crujiendo y partiéndose como nueces. Diez veces tuvo que escucharlo. Diez veces sin que nadie viniera a rescatarlos. Los pocos que se atrevían a asomarse al callejón se alejaban en cuanto veían el cariz de la escena.

Al final, los maleantes soltaron a Albert, y este quedó tendido en el suelo, desmadejado y tembloroso. Roto y tullido. Una sombra del hombre que había sido.

También liberaron al niño, que se abalanzó sobre su padre sin poder hacer más que llorar. Hasta que un sentimiento nuevo se le atravesó y le hizo alzar

la cabeza y bañar con una mirada rabiosa a los sicarios. Era la primera vez que chispeaba el odio en sus ojos; el odio, la ira y el ansia de venganza que ya no lo abandonarían más.

—No es nada personal, mozuelo, solo negocios —dijo el del pelo canoso —. En cuanto a vuestra merced, zapatero, falta el final del mensaje, que con las palabras de mi señora os transmito: «Si no sois mío, no seréis de nadie».

El sonido de un hierro surgiendo de la vaina lo llenó todo, grabándose a fuego en la memoria del chiquillo. La espada descendió sobre Albert cual relámpago en una noche tormentosa y se hundió en su vientre.

Se marcharon sin más; como si el menester cumplido fuera poca cosa. Dejaron a un hombre desangrándose entre los brazos de su hijo. Un hijo que, entre gritos de auxilio, rota su infancia, guardó la sentencia de los verdugos en su interior. Y también un nombre, con esa rabia recién nacida de la que se alimentaría en los años siguientes:

Magdalena de Centelles Riu-sec i Folch de Cardona, condesa de Oliva.

38

Dunluce, 1588

Fue un día largo y lleno de incertidumbre para Ealasaid. No había vuelto a ver a Joan desde que les fuera anunciada la llegada del barco mercante, pero esta vez la joven decidió que lo mejor era dejarle espacio para pensar. El español se enfrentaba a una dura elección, aunque la muchacha no llegara a comprenderlo. Él le había demostrado que la amaba, aunque no se lo dijera con palabras. ¿Qué necesidad había de ellas? Sus besos, las caricias, el latir de su corazón al hacer el amor… No necesitaba nada más para saber lo que sentía.

Y, sin embargo, hubiese deseado que le revelara el motivo de sus reticencias. Resultaba evidente, incluso para quien todavía era inexperta en la vida, que sobre Joan pendía algún tipo de secreto o severa responsabilidad. Ealasaid quería conocerla, pues solo de ese modo entendería su comportamiento y podría ofrecerle apoyo. Porque lo ocurrido en la cueva había sido, por entero, una petición de auxilio.

Trató de pensar en otras cosas, de evadirse con ocupaciones distintas, pero tuvo poco éxito. Le dio por pasear por los alrededores del castillo, lo que resultó ser una mala idea: acercarse a la cala fue como revivir la mañana en que encontró a Joan. Así que se dirigió a la aldea, animada por el mercado, pero se alejó al advertir que los españoles rondaban entre los tenderetes. Joan no estaba allí, pero sí sus compañeros, por lo que imaginó que él no debía de andar muy lejos.

Acabó en la iglesia de San Cutberto. Para cuando traspasó la puerta, sus ojos ya acusaban un profundo pesar que rayaba en el llanto. El padre Pilip lo advirtió; la hizo pasar a la sacristía y le ofreció asiento y un poco de vino caliente. La muchacha temblaba, no tanto de frío como de nervios y angustia.

—Esta espera es insoportable, padre —le dijo al párroco.

—Toda espera lo es, hija mía. Y me temo que la vida es, en sí misma, una espera constante. Siempre hay algo que anhelamos que llegue.

Le gustaba que el clérigo le hablara no como un religioso, echando mano de pasajes de la Biblia a cada momento, sino como un auténtico padre. Cierto

que Somhairle había endulzado mucho sus modos, sobre todo tras la muerte de su esposa, pero todavía era reacio a mostrar emoción salvo para lanzar fanfarronadas. Siempre lo había sido, y no parecía aquello algo que se curase de un día para otro, menos aún en hombres ancianos. El buen Pilip, sin embargo, era joven, más incluso que sus hermanos. No llegaba a los cuarenta años, y quizá por ello comprendía mejor las preocupaciones de la muchacha. Aún no había olvidado su juventud.

—Ah, padre… —suspiró—. A veces deseo con todas mis fuerzas volver a los días en que era una niña inocente a la que solo importaba recoger flores en los campos de Dunaneeny. Esta mezcla de pesares y compromisos me resulta demencial. Si esto es ser adulta, no lo quiero.

—La simpleza de nuestra infancia es un reclamo tentador, pero nunca olvides que se trata de un espejismo deformado por el tiempo. Aquellos días solo fueron sencillos para ti porque otros cargaron con las responsabilidades que tú no podías asumir todavía. Además, te conozco; sé que eres una mujer decidida que desea llevar las riendas de su vida.

—Sin embargo, aquí estoy, penando por un hombre.

—Penando por un alma afín, hija.

—Tanto da. Estoy haciendo lo que juré que nunca haría: permitiendo que otra persona marque mis pasos.

El padre Pilip se sentó a su lado y posó la mano en el hombro de la muchacha.

—La eterna discusión… ¿Cuántas veces hemos hablado de ello? En cada ocasión que viajaba a Dunaneeny para visitarte, me temo. Y no digamos desde que llegaste a Dunluce. Siempre te he dicho lo mismo: nadie puede caminar en soledad si pretende una vida plena, salvo un ermitaño. Nos necesitamos entre nosotros para tener sentido en esta existencia.

—¿Y si él no piensa así? ¿Y si decide marcharse?

—Me consta que Joan está profundamente enamorado de ti, hija. Cierto es que no sé si eso bastará. Sobre sus hombros carga un terrible drama.

—¿Conoces su secreto? —le preguntó con los ojos muy abiertos.

—Me lo desveló en confesión, así que me temo que mis labios están sellados.

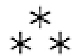
Por un instante se sintió molesta y celosa. Joan se lo había contado a Pilip pero no a ella.

—Si se sinceró conmigo en vez de contigo no fue porque desconfiara de ti —le dijo él, como si pudiera leer su mente—. Lo aterra que, si te lo revela, tu impresión sobre él cambie y lo desprecies.

¿Despreciarlo? ¡Nunca podría hacer algo así! Ni que le confesase que mil inocentes habían caído bajo su espada durante las batallas en las que combatió. ¿Acaso ella misma estaba libre de culpa? Fuera cual fuese el pasado de Joan, desde que posara el pie en Irlanda le había demostrado que era un hombre sensible, de buen corazón.

—Todos tenemos nuestros secretos, hija, bien lo sabemos tú y yo. En algún momento habréis de dároslos a conocer el uno al otro si deseáis estar juntos. Pero eso debe llegar de manera voluntaria, no forzada. Al igual que su decisión. ¿No es lo que quieres para ti, elegir tu camino? Pues ahora tienes que permitirle a él la misma gracia.

Fue entonces cuando Ealasaid comprendió que sus exigencias se habían vuelto en su contra. Tanto pedir libertad para sí misma y ahora resultaba que ella tenía que hacer lo mismo con los demás. Un arma de doble filo, porque, si Joan la elegía a ella, todo sería felicidad, pero ¿y si tomaba el otro sendero? ¿Cómo podría aceptarlo, ahora que su corazón ya estaba envenenado por el amor? Pues eso pensaba que era, un veneno; dulzón y agradable al principio, pero doloroso cuando dejaba de saborearse.



El sol estaba bajo cuando Somhairle se reunió con los españoles para escuchar su decisión definitiva. Seumas, Ragnall y el padre Pilip fueron convocados también a la sala común, al igual que la propia Ealasaid. El primero en entrar al salón fue Joan, que marchaba por delante de sus compatriotas. Se había afirmado de manera natural como voz y líder de los supervivientes, quienes de buena gana permitían que hablara en el nombre de todos.

Ealasaid buscó su mirada para tratar de intuir lo que iba a anunciar. Pero él la evitó, lo cual le dio más miedo que cualquier otro gesto.

Los náufragos se inclinaron, rodilla en tierra, frente al jefe de los MacDonnell, quien con la mano los animó a levantarse antes de tomar la palabra.

—Amigos españoles, vuestra presencia en mi casa ha sido un aire fresco. Espero que hayamos sido unos dignos anfitriones.

—Ninguno de nosotros puede decir lo contrario, mi señor Somhairle —declaró Joan con la cabeza alta, la mandíbula prieta y la expresión emocionada—. La generosidad de vuestra merced nos ha abrumado, y allá donde vayamos defenderemos el nombre de la casa de los MacDonnell. Lo prometemos.

—Sabed que, si así lo deseáis, podéis defender nuestro clan aquí mismo. Dunluce será un hogar, y los colores de mi tartán, los vuestros, con solo decirlo.

De reojo, Ealasaid vio como Seumas acusaba el golpe cerrando el puño con rabia y arrugando el rostro. De nuevo su padre despreciaba lo que él tenía que decir. Sin embargo, la joven apenas se demoró observándolo. Su atención estaba puesta en Joan: era el momento de que diera un paso adelante.

Pero, en lugar de ello, el español realizó un gesto a uno de sus compañeros, Pedro Llanes. Él fue quien tomó la palabra.

—Si vuestra excelencia me lo permite, será para mí un honor permanecer en estas tierras tan bellas, cuya gente me ha cautivado. Os serviré con sumo placer.

Ealasaid sintió que algo le estrujaba las entrañas.

—Así será, con sumo orgullo. ¿Y el resto?

De haber estado en posesión de sí misma, habría advertido que su padre estaba tratando de forzar la elección de uno de los españoles en particular. Algo que tenía poco sentido, pues el hecho de que Joan todavía no hubiera hablado por sí mismo resultaba esclarecedor. Pero, a tales alturas, Ealasaid solo podía preocuparse de mantenerse entera. Las piernas le flaqueaban ante la terrible angustia que la oprimía; tanto que le costaba incluso respirar.

Entonces recibió el golpe de gracia. Fue certero, cruel y letal.

—El resto, con gran lamento, pues las maravillas de este país nos han cambiado la vida, habremos de regresar a España —declaró Joan, con los ojos húmedos—. Por mucho que nos pese a algunos, tenemos ataduras a las que no podemos renunciar.

Ealasaid fue incapaz de resistirse más. En un arrebato que luego se reprocharía, por considerarlo infantil y débil, salió de la sala ante la estupefacta mirada de todos. Bajó la cabeza y echó a correr, con los ojos apretados para evitar que las lágrimas escaparan. Dejó el pasillo atrás, y luego la casa señorial hasta alcanzar el patio interior. El cielo estaba cubierto y solo quedaba la dorada luz de las antorchas en las almenas. Lo único que deseaba era llegar hasta su alcoba, donde se derrumbaría sobre la cama y haría lo que su corazón ansiaba: llorar y languidecer.

Pero a la entrada de la torre norte se topó con Màire, la esposa de Seumas. La mujer, al contemplar la profunda pena de Ealasaid y cuán alterada se hallaba, le habló con su tímida vocecita.

—¿Estás bien, hermana?

Ella la había llamado así desde la llegada de la muchacha a Dunluce, a pesar de que, por lo demás, su cuñada era una persona introvertida y de escasa conversación. Podían pasar días enteros sin que se escuchase su voz, pues rehuía la atención de los demás y rara vez intervenía en los asuntos y discusiones importantes. Sencillamente, dejaba pasar la vida con quietud, mientras concentraba toda preocupación en sus hijos y poco más: la clásica esposa sumisa que aceptaba cuanto el marido hacía y decía sin rechistar. Un carácter tan opuesto al de Ealasaid que esta jamás había sentido la menor conexión con ella; salvo, quizá, que llevara el nombre de su madre.

Pero en aquel momento no pudo evitar echarse en sus brazos. Habría notado la incomodidad de Màire de no haber estado tan sumida en el desconsuelo, aunque la dama no la apartó de su lado. Dejó que se vaciara y, cuando la joven empezó a calmarse, separó el rostro y la miró.

—Siempre duele la primera vez que nos rompen el corazón, ¿verdad? —le dijo, a lo que Ealasaid asintió. Su cuñada le entregó un pañuelo para limpiarse las lágrimas—. Sé lo que es eso.

—¿De verdad? —Parpadeó incrédula ante semejante revelación—. ¿Es que mi hermano os ha tratado mal en algún momento?

Aquella pregunta era muy dolorosa. Seumas era un hombre estricto, pero nunca había demostrado ser cruel o agresivo más allá de lo verbal, y siempre de forma inconsciente. Sin embargo, no habría sido la primera sorpresa al respecto para Ealasaid. Existían antecedentes perturbadores.

—¡En absoluto, querida! Seumas ha sido atento conmigo en todo momento. Con el paso del tiempo he aprendido a amarlo, pues es el padre de lo mejor que tengo en la vida, mis hijos. Sin embargo… —Màire dudó durante un instante—, yo también fui joven e ingenua, una creyente en el amor verdadero como tú. Supongo que todas las niñas lo somos, ¿no? Cuando tenía catorce años me enamoré como una tonta de un criado en la casa de mi padre.

Aquella era, desde luego, una gran revelación para Ealasaid. Más aún viniendo de una mujer que jamás había comentado nada tan personal y delicado.

—Tu padre y el mío, Felim, hacía poco que habían acordado mi matrimonio con Seumas, pero yo no estaba dispuesta a perder a Greggor. Así que cometí el mayor error de mi vida: lo convencí para que nos escapáramos juntos.

Era insólito. Ealasaid estaba asombrada por lo que escuchaba. No podía hacerse a la idea de que aquella mujer tan comedida, de carácter tan cortés, se

comportara como una rebelde. Aunque fuera en otros tiempos.

—Sí, veo tu desconcierto —dijo, sonriendo—. Nunca imaginaste que fuera así de temeraria. Cosas de la juventud.

—¿Por qué dices que fue un error? ¿No era lo que deseabas?

—Con toda mi alma. Y durante unos días todo fue maravilloso, a pesar de las penurias que pasamos. Pues, aunque no teníamos dónde refugiarnos ni qué comer, estábamos juntos y bastaba. Hasta que los hombres de mi padre nos encontraron. Y entonces aprendí la lección más dolorosa de mi vida, cuando nos llevaron de nuevo a Gleann Molúra[4] y mi padre hizo lo que las leyes dictaban: condenar a muerte al hombre que le había robado a su hija. Poco le importaron mis ruegos y que proclamara que mía fue la idea. Dos días después, el cuerpo de Greggor colgaba del anciano roble en el centro de la fortaleza de Balinacor.

—¡Por los Tuatha, eso es horrible! —gimió Ealasaid cubriéndose la boca con las manos.

—Jamás he vuelto a llorar como entonces. Mi padre me tuvo vigilada durante semanas por temor a que me quitara la vida. Pero el tiempo adormece cualquier dolor, querida, lo convierte en una melancolía soportable. Y entonces, cuando menos lo esperas, llegan alegrías sorprendentes, como unos hijos maravillosos que te colman de felicidad.

—¿Esa es la lección de la que hablabas? ¿Rendirse y aceptar el destino?

—Toda lección tiene más de un punto de vista. Lo que aprendí al ver el cadáver de mi amado es que, a veces, lo que parece una salida es en realidad una condena. Fui egoísta, Ealasaid. Antepuse mi amor a la seguridad de Greggor, pues yo conocía los riesgos de nuestra fuga. Si hubiera pensado más en él, si hubiese aceptado de primeras el matrimonio con tu hermano, ahora Greggor seguiría vivo. Tendría su propia familia y sería feliz, o tal vez no, pero en cualquier caso viviría.

A Ealasaid no le gustaba lo que sugería Màire. Chocaba con su temperamento, con sus ansias de libertad. Y, sin embargo, entendía a qué se refería. Era el mismo sentimiento de culpa que había sentido al morir Donnell.

—¿Sabes qué es lo peor, querida? —continuó—. A veces pienso en Greggor, pero por mucho que me esfuerzo no logro recordar su rostro. Solo me queda el sentimiento que albergaba por él, e incluso este se tambalea. Ya no estoy segura de si realmente lo quise tanto o solo fue un tonto enamoramiento. Es muy duro descubrir que hasta el amor verdadero es caduco.

Ealasaid no tuvo tiempo de digerir aquel mensaje tan doloroso ni de reflexionar sobre las revelaciones personales de Màire, a quien a partir de entonces vería con ojos más amables. Llegando desde la puerta trasera de la casa, vio acercarse a Joan. La reunión debía de haber terminado y ahora él la buscaba.

—¿Quieres que me quede? —le propuso Màire.

—No, gracias, hermana —le dijo, llamándola así por primera vez.

Su cuñada asintió y los dejó solos. Ealasaid se sentía más entera. La historia de Màire la había despejado. Comprendía que debía afrontar el problema como una adulta. Cuando Joan llegó a su altura, se encaró con él con una mirada firme.

—Temía que no quisieras verme otra vez —comenzó el español.

—No estoy segura de que lo merezcas. Esperaba al menos ser la primera en conocer tu decisión.

—Llevas razón, Ealasaid. Ha sido imperdonable por mi parte.

Cruzaron la entrada a la torre y encararon la subida de la escalera de caracol. Pero antes de alcanzar el primer piso la muchacha se sentó en uno de los peldaños, bajo una lámpara de aceite. Joan permaneció de pie, frente a ella, con la espalda apoyada en el muro. La luz acaramelada le daba en el rostro; dibujaba aquellas facciones delgadas y hermosas, a pesar de la barba y el cabello crecido.

—¿Me lo vas a explicar? ¿Me contarás al fin por qué te marchas? Después de lo que vivimos en la cueva, creo que lo menos que puedes hacer es revelarme tus motivos.

—Nunca quise forzarte a que yacieras conmigo…

Ealasaid se permitió una risa, amarga y triste, pero risa al fin y al cabo.

—De nuevo me tratas como a una chiquilla. Te lo repetiré por última vez: soy una mujer de sangre irlandesa y escocesa. No habrías podido forzarme por mucho que quisieras. Deseaba tanto como tú que aquello ocurriese.

Joan también sonrió. Quizá recordaba el duelo en que ella lo venció. Cualquier hombre se habría sentido incómodo con aquella actitud, incluso los irlandeses. Por mucho que las antiguas tradiciones hablaran de mujeres guerreras combatiendo con la misma fiereza que sus compañeros varones, la realidad era otra.

—En cualquier caso, veo que sigues rehuyendo mi petición.

—No es fácil desvelar aquello de lo que uno se avergüenza, Ealasaid. Si lo hiciera, estoy seguro de que tu opinión acerca de mí cambiaría.

—Tienes razón, es duro revelar según qué secretos, pero es un riesgo que debes asumir. —La joven agitó la cabeza, consciente de que sus palabras eran un arma de doble filo—. Una verdad que también me ata a mí. Así que quizá deba dar ejemplo y empezar yo.

—¿Tú? —Joan arrugó el entrecejo, confundido—. ¿Qué misterio deshonroso podrías guardar tú?

Ealasaid estrujó la tela de su vestido. «Hazlo», se dijo. «Debes hacerlo».

—Uno que lleva atormentándome dos años. —Levantó la mirada, de nuevo llorosa, y empezó a vaciar su maltrecho corazón—. Yo maté a mi hermano Donnell.

39

Dunluce, dos años antes del naufragio

Artair O'Neill era todo lo que una muchacha podría desear: guapo, alto y de buena planta pero sin el aspecto de oso habitual en tantos irlandeses. Sus cabellos eran de un rubio resplandeciente, por lo que Ealasaid pensaba que tal vez era cierto aquello que decían de sí mismos los O'Neill: que por sus venas corría la sangre de los Tuatha Dé Danann en mayor proporción que en el resto de los clanes.

Era creencia popular que los actuales irlandeses provenían de los milesios, los hijos de Míl Espáine llegados desde el norte de España muchos siglos atrás. Así lo aseguraban las crónicas de los monjes católicos que dejaron por escrito lo que se había contado de boca en boca durante largas generaciones. Luego vinieron los normandos y otros, y aquella mezcla de herencias hizo que los cabellos de los niños empezaran a tomar tonos rojizos y sus pieles se volvieran blancas y pecosas, al igual que en Escocia.

Pero antes que todos ellos estuvieron los Tuatha, criaturas divinas llegadas del cielo según las antiguas tradiciones. Eran finos y espigados como juncos, de pelo resplandeciente hecho de luz, lo que a Ealasaid le recordaba a los ángeles de los que hablaban las Sagradas Escrituras. Y, como estos, eran sabios y tenían una magia especial que los conectaba con la Isla Esmeralda. Aun así, los milesios los derrotaron y los obligaron a emigrar al inframundo, al que solo se podía ya acceder a través de los *sidhe*, portales situados en colinas huecas llamadas *cnocs*. Puertas inquebrantables para los mortales, pero que las hadas, que no son más que los Tuatha convertidos en espíritus, franquean a veces para visitar su antiguo hogar. Sobre todo durante los solsticios, cuando se reúnen para bailar a la luz de la luna.

Y era entonces, según los O'Neill, cuando estas almas ancestrales recorrían sus añoradas tierras en busca de mujeres con las que yacer en sueños e insuflaban su esencia en los niños por nacer, para que esta no abandonara del todo el mundo material. El producto de esta unión eran criaturas hermosas y fuertes, tocadas en ocasiones por la sabiduría y una percepción especial de la existencia.

Ahí es donde fallaba la leyenda. Artair era atractivo hasta decir basta e inteligente en los asuntos propios de un gran señor, pero su sensibilidad era nula para cualquier aspecto que escapara a lo que sus ojos pudieran ver y sus oídos escuchar. Ealasaid lo había comprobado por sí misma al compartir unos días con el joven, que rondaba la mitad de la veintena. Ella apenas llevaba un par de semanas en Dunluce, pero el padre de Artair, Turlough Luineach, no había perdido el tiempo a la hora de proponer un matrimonio entre su heredero —tras la muerte de su hermano mayor, Éinrí— y la hija de Somhairle MacDonnell.

—De este modo renovaremos los votos de amistad entre nuestras casas —dijo, para argumentar su petición, durante la recepción en el castillo.

Una amistad que había comenzado muchos años atrás, cuando el jefe de los MacDonnell desposó a Màire, madre de Ealasaid y hermanastra del anterior jefe O'Neill, Séan el Orgulloso. Luego fue Turlough quien hizo lo propio con Segna, la viuda del hermano de Somhairle. Una amistad que se rompió cuando Turlough hizo un trato con los ingleses —del que luego renegaría con bochorno— y propició una de las mayores derrotas de Somhairle. Una amistad que resurgió un tiempo después. Porque así eran las cosas en Irlanda: las alianzas tenían la misma validez que un grito lanzado al viento.

Y Ealasaid no estaba dispuesta a participar en ese juego. Quizá se lo habría pensado si Artair hubiera logrado enamorarla, pero no era el caso. Mucha gallardía, sí, pero aquella pomposidad solo era fachada. Durante las jornadas en las que le permitió cortejarla, quedó convencida de que ningún sentimiento surgiría hacia el O'Neill, ni aunque estuvieran juntos muchos años.

Así que, cuando tuvo que decidir, decidió. El rechazo fue una sorpresa no demasiado agradable para unos y otros. Se sucedieron los gestos amargos y sombríos: Turlough y su hijo, Somhairle, Seumas… Los varones MacDonnell anticiparon que aquello traería problemas, aunque nadie dijo nada al principio. Allí, rodeada de frialdad, Ealasaid deseó que al menos su hermano Ragnall hubiera estado presente para prestarle el único apoyo con el que solía contar. Pero se hallaba en una cacería, por lo que la única compasión que recibió fue la del padre Pilip y, para su sorpresa, la de una O'Neill: Segna, la esposa de Turlough.

Quien peor se tomó la decisión fue Donnell, entonces condestable de Dunluce. Dio un paso adelante para hablar apenas Ealasaid declaró su oposición a la propuesta de matrimonio. La muchacha intuía que no sería algo

amable, pero el padre de ambos se adelantó; la grave voz de Somhairle inundó el salón y cortó cualquiera que fuera a ser el discurso de Donnell.

—Si esa es tu voluntad, hija mía, así será —dijo, para sorpresa de su hijo mayor y el resto de asistentes; luego se apresuró a dirigirse a Turlough—. No te preocupes, amigo mío. Esto no es un rechazo definitivo. Ealasaid es muy joven todavía, apenas tiene catorce primaveras. Estoy seguro de que cambiará de parecer con los años. Esperemos, pues, un tiempo, durante el cual tienes mi palabra de que estaré a tu lado cuando lo necesites. Mientras tanto, nada puedo hacer, pues me ata la promesa que hice a mi difunta esposa.

Los O'Neill aceptaron aquel arreglo a regañadientes, sobre todo cuando Somhairle ordenó preparar el mayor banquete que se recordaba y el *whisky* corrió a raudales. Decidieron olvidar, algo que Ealasaid dudó que pudiese hacer. Estaba convencida de que jamás amaría a alguien como Artair.

Siguió pensando en ello tras el fastuoso ágape, mientras se desvestía en su alcoba. La tata Àine la ayudaba con ello, pues hacía falta más de un par de manos para quitarse aquel odioso y engorroso vestido que había tenido que llevar. ¿Cómo podían las damas inglesas, francesas o españolas portar esos esperpentos? El corpiño la estaba matando, apenas la dejaba respirar, y el cuello alto la agobiaba. ¿Y para qué? Quizás aquel escote resultara suculento a los ojos de un hombre, pero sus pechos eran todavía pequeños, y dudaba de que algún día fueran lo bastante grandes para rellenar semejante atuendo. Aunque así fuera, nada merecía tanta incomodidad.

La tarea les llevó un buen rato, pero al fin pudo desprenderse del vestido y ponerse un cómodo camisón para dormir. Cuando la tata ya se disponía a llevarse las ropas, la puerta de la habitación se abrió con estrépito.

—¿Sabes lo que has hecho, mocosa?

Donnell estaba tan fuera de sí que Ealasaid ni siquiera se atrevió a reprenderlo por entrar sin permiso. Tenía el rostro congestionado de ira, la frente arrugada y los dientes apretados. Nunca lo había visto de aquel modo. Roto de dolor, sí, al morir su madre semanas atrás. Desde entonces, se había mostrado taciturno, arisco y más rudo de lo ya habitual en él. Pero jamás se había dirigido a ella con tal fuego rabioso en los ojos.

—Donnell, no deberías entrar aquí sin…

—Soy el señor de este castillo, no me digas lo que puedo hacer. No después de haber ensuciado el nombre de nuestra familia. Las consecuencias de tu niñería podrían ser catastróficas.

No necesitaba gritar para demostrar la cólera que lo desbordaba. Le bastaba con el tono y la expresión.

—¿Hubieses preferido que aceptara a un hombre que no amo? Pues me niego a eso —se defendió, harta de que menospreciaran su voluntad—. Me niego a una vida de esclava.

—¡Esclava, dices! Artair es heredero de una de las casas más poderosas de Irlanda. ¡Vivirías como una reina!

—Todas las reinas son esclavas, hermano.

—Así se ha hecho desde siempre, niñata malcriada. Es el único modo en que las familias pueden sobrevivir, mediante enlaces que establezcan y fortalezcan las alianzas entre clanes.

—¿Como ocurrió con Caitlin? —Donnell acusó el golpe—. Sí, esa hermana que nunca he podido conocer porque padre la malvendió a una casa con la que seguimos enemistados. ¿Ese es el aprecio que tienes por mí? ¿Tan poco te importa no volver a verme?

Donnell frunció el ceño, atrapado y sin saber qué responder, lo cual aumentó su mal humor.

—Déjanos, vieja chocha —ordenó a la tata, quien miró a Ealasaid como esperando que ella le confirmara que debía marcharse—. ¿Estás sorda?

—Eres tú quien debería irse, hermano. Estás demasiado borracho y enojado. Mejor si hablamos mañana.

—¿Ahora tú mandas más que yo?

Se adelantó y la tomó por el brazo con aquella mano de gigante que tenía. Tan fuerte la apretaba y con tanta violencia tiró que ella creyó que le arrancaría el miembro.

—¡Donnell, me haces daño!

—¡Quizá sea eso lo que te hace falta para comprenderlo!

Levantó el puño que tenía libre. Ealasaid no podía creer que su propio hermano fuera a golpearla.

—¡Mi señor, conteneos! —gritó la tata.

La vio intentando interponerse entre ambos, tan valiente como temeraria. Su recompensa fue el puñetazo destinado a la joven. El terrible golpe de Donnell hizo caer de espaldas a la anciana, que se cubrió la cara mientras la sangre se colaba entre sus dedos.

—¡Estás loco! —clamó Ealasaid—. ¿Cómo te atreves a pegar a una mujer mayor e indefensa?

Lo golpeó en el pecho, pero sus puños nada podían hacer contra la robustez de su hermano. Donnell, fuera de sus cabales, la empujó contra la cama y luego se fue de nuevo a por Àine, como si ella fuera el muñeco perfecto sobre el que descargar su rabia.

—¡Te enseñaré lo que ocurre a quienes me desobedecen! —bramó, cogiendo a la mujer del tocado que cubría su cabeza.

Convertido en una bestia, Donnell agarró el blanco cabello de la anciana y se preparó para descargar otro puñetazo contra ella. «¿Quién es este monstruo?», se preguntó la muchacha. ¿De dónde había salido? ¿Qué había hecho con su hermano?

Sintió que debía actuar. Aquella buena mujer había cuidado de ella desde que llegara al mundo. Era la única madre que le quedaba.

Ni siquiera reparó en lo que hacía. Su mano se fue directa a la jarra de bronce, junto a la jofaina donde se lavaba. La aferró con decisión y saltó desde la cama. Con la improvisada arma a modo de maza, golpeó la cabeza de Donnell, y un sonido metálico se mezcló con otro similar a un crujido. Su hermano se desplomó como un árbol talado, dio con la frente contra uno de los sillones y quedó inmóvil en el suelo.

Y ya no se levantó.

Al principio solo sintió un vacío, la ausencia total de emociones. Pero, al cabo de unos instantes, tras contemplar absorta aquel cuerpo desmadejado, entendió lo que había hecho. Abrió la boca para gritar, pero de sus entrañas solo surgió un quejido entrecortado, asfixiado por el horror. Se llevó las manos a la cabeza y reparó en la jarra que todavía sujetaba. La dejó caer como si quemara y se abalanzó sobre Donnell, o lo que quedaba de él. Le dio la vuelta y, temblorosa, comprobó que no respiraba. Su corazón, en silencio. Se había ido. Muerto. Por su mano.

El alarido fue tan desesperado como el dolor que manaba por las grietas de su corazón. Pero apenas se prolongó, pues la tata se apresuró a cubrirle la boca con aquella arrugada mano todavía manchada de sangre.

—¡Mi niña, no! —le dijo—. ¡Alertarás a todo el castillo!

¿Y qué más daba aquello? ¡Había matado a su propio hermano! ¡Que los dioses antiguos y el nuevo la maldijeran! ¡Era la asesina de su propia sangre! Tal era la intensidad de su sufrimiento que no pudo soportarlo y se desvaneció.

40

Dunluce, 1588

—Por el Altísimo… —murmuró Joan cuando Ealasaid dejó de hablar.

La muchacha pudo ver en sus ojos una confusión de emociones que iban del asco al horror. Y también algo que no sabía si era condena o compasión.

Lo había hecho; al fin lo había hecho. El episodio más terrible de su vida ya no le pertenecía solo a ella. Ahora también estaba en el conocimiento de un hombre que poco distaba de ser un desconocido. «La verdad os hará libres», decía san Juan en los Evangelios. Pero Ealasaid seguía sintiéndose tan cautiva como siempre.

Por respuesta encontró un beso que no tuvo fuerzas para resistir. Y lloró al mismo tiempo. La intensidad de revelar en voz alta lo que durante tanto tiempo llevaba guardando la había dejado vulnerable, sin energía para respirar más que con resuellos e hipos. Pero él amansó la angustia con sus labios hasta convertirla en un simple arrullo. No la hizo desaparecer, porque ni siquiera el cariño podía curar una herida tan profunda con la suficiente rapidez. Hacía falta tiempo. Algo de lo que no disponían.

—Cuando me desperté, Donnell ya no estaba allí —dijo, tras recuperar el control y volver a poner distancia—. Durante mi indisposición, la tata Àine fue a buscar ayuda para llevar el cuerpo a otro lugar donde nadie lo relacionara conmigo.

—¿Quién? ¿Quién os ayudó?

—No puedo decirlo, ni siquiera a ti. Le debo eso al menos.

En la escalera de caracol solo se oía el silencio. Ni el flamear de las lámparas de aceite podía romperlo. Su luz mortecina se refugiaba en sí misma para resistir la oscuridad; igual que aquellas dos almas en pena, de futuro incierto.

—Pero…, ¿por qué esconder lo ocurrido? —preguntó Joan—. Si se lo hubieras contado a tu padre lo habría entendido. Fue un accidente.

—¿De verdad lo crees? Una hija que mata a su hermano, que además es el heredero y futuro señor del clan… ¿Sabes cuál es la pena por algo así? En el

mejor de los casos, el convento. En el peor, atendiendo a las antiguas leyes, podría arder en una pira.

Él movió la cabeza, negando esa posibilidad.

—Me niego a creer que tu padre permitiera algo así.

—Tú no lo has conocido de verdad, Joan. De hecho, creo que ni siquiera yo lo conozco —dijo con una sonrisa triste—. Hay más de un Somhairle MacDonnell. Tú has sabido del hombre amoroso, melancólico por la muerte de su esposa, y como mucho del anciano que se siente culpable por los errores del pasado. Pero también está el líder de clan, ese al que mi hermano Seumas se enfrenta a todas horas. Una persona tenaz e implacable, que pone el nombre de la familia por delante de sus deseos y que repetiría los deslices cometidos si fuera preciso. Una reputación que, por cierto, se desmoronaría a ojos de sus leales y enemigos si no castigara un acto como el que cometí. Y, aunque no fuera así, aunque me librara, ¿qué pasaría con la tata y la otra persona que me ayudó? Ellos no recibirían el mismo trato de gracia.

—No fue tu culpa, Ealasaid. Solo estabas defendiendo a Àine, y por supuesto no era tu intención hacer daño a Donnell. Probablemente el impacto contra la silla causó su muerte, no el golpe con la jarra.

—Eso nunca lo sabré. La única certeza es que, si en lugar de atacarlo hubiera salido en busca de ayuda, nada de esto habría pasado.

—Y, para cuando llegara ese auxilio, quizás Àine estaría muerta.

Mientras hablaba, Joan había tomado la mano de Ealasaid. El tacto era tan cálido y reconfortante como siempre, y de buena gana ella habría cedido a aquella sensación allí mismo. En lugar de eso, frunció las cejas y se soltó de un tirón.

—Esta es mi herida, Joan, y ya ves cuán profunda resulta. Si lo deseas, puedes ayudarme a sanarla, pero para eso debes quedarte… y sincerarte tú también. O nos curamos ambos o no lo hace ninguno.

—Ojalá fuera tan sencillo como abrir la boca y hablar.

—¿Crees que ha sido fácil para mí sacar todo esto de mi interior? —lo increpó, enojada ante la insinuación de que su trauma pudiera ser mayor que el de ella.

—Por supuesto que no. Son situaciones distintas, sin embargo. Por mucho que te sientas culpable, sabes bien que lo tuyo no fue algo premeditado. Mi acción sí lo es. Nace en lo más profundo de mi corazón, producto del odio y las ansias de venganza, y por tanto es algo infame. No puedo compartirlo contigo ni con nadie. Mi única opción es regresar a España, cumplir la

promesa que me hice y quitarme este peso de encima. Solo entonces podré volver y ofrecerte a un hombre entero.

Ealasaid apretó los labios. Luego se levantó y lo miró con gesto despectivo.

—¿Ese es tu plan? ¿Marcharte sin más y regresar cuando se te antoje? Y supongo que crees que te esperaré como una dócil muchacha enamorada.

—Es lo que debo hacer.

—Pues yo no lo acepto, Joan.

Era consciente de que sus palabras estaban cargadas de crueldad, pero no se arrepintió de pronunciarlas ni al ver que el español se estremecía como si lo hubieran ensartado con una pica. El dolor le marcó profundas arrugas en la cara. Una parte de ella hubiera deseado retirar semejante advertencia. La otra, dominada por la guerrera irlandesa, sabía que era necesaria y la apuntilló.

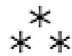
—Decidid ahora, mi señor Joan. Es hoy cuando importa, no mañana. Es hoy… o nunca.

—Lo siento. Lo siento en el alma. Debo volver a España —repitió él en un gemido, con los ojos empañados por las lágrimas.

Ealasaid, en cambio, ya no lloraba. Estaba seca por dentro.

—Sea, pues. Nunca.

Le dio la espalda y subió por las escaleras, mientras el eco le traía los sollozos del amor rechazado.



Aunque se había prometido a sí misma no volver a llorar, fue lo único que hizo durante buena parte de la noche. Una velada larga, repleta de amargas reflexiones entre las sábanas y embates de dolor en el pecho.

Abrumada por tanto pensamiento oscuro, Ealasaid se levantó pasada la medianoche y empezó a caminar por la alcoba como un perro nervioso. Las locuras dentro de su cabeza iban y venían, hasta que le sobrevino un recuerdo antiguo, uno de los primeros que guardaba en su memoria.

Volvía a ser una niña, podía verlo con la misma claridad con que veía el mar a través de la ventana. Era de nuevo aquel verano que había pasado en el castillo de Dùn Naomhaig, en Islay. Tenía seis años y recogía flores con su hermana Beitris, que por entonces apenas contaba con trece primaveras. A pesar de ello, era una hermosa muchachita a la que ya estaban buscando marido. Pero nada de eso las preocupaba ese día; simplemente corrían entre los prados verdes y floreados junto al mar. En las colinas cercanas vio un rebaño de *kyles*, vacas características de las Hébridas, majestuosas con

aquellos grandes cuernos y su generoso pelaje negro. Sin duda eran descendientes de los toros de agua de las leyendas escocesas, los *tarbh uisge*, aunque estos pastaban por toda la isla, no solo cerca de los lagos.

Ealasaid recordaba que solía quedarse embobada contemplando a aquellas vacas peludas: se tendía sobre la hierba durante horas y las observaba con cierta sana envidia, pues aquellas bestias le parecían criaturas libres. No había pastores diciéndoles dónde debían ir. Los ganaderos las dejaban a su aire casi todo el tiempo.

—Querría ser como una *kyloe* —le dijo a Beitris mientras esta le ponía flores en el pelo—. Hacen lo que se les antoja, sin preocupaciones.

—Al final acaban en nuestros estómagos —respondió su hermana.

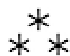
—Yo trotaría cuando vinieran a buscarme y nadie me atraparía.

Pero lo habían hecho. No un ganadero o un carnicero, como a las *kyloes*. Un hombre apuesto y gentil, aunque eso poco importaba. La cuestión es que ya no podía encarar la vida del mismo modo, por mucho que lo intentara.

O tal vez sí. Quizá todavía podía influir en lo que estaba ocurriendo, tomar las riendas e imponer su voluntad. Eso era lo que hacían las antiguas guerreras irlandesas. No se quedaban en sus chozas, lamentándose mientras sus maridos iban a la guerra; tomaban también escudo y lanza para marchar en vanguardia. ¿Por qué iban a ser menos que ellos? ¿Por qué no podían combatir por sus tierras, sus hijos, sus vidas?

¿Por qué Ealasaid no tenía derecho a luchar por su amor?

Lo vio más claro que nunca. El padre Pilip se equivocaba: no debía quedarse de brazos cruzados esperando a que Joan, o quien fuera, tomara en soledad decisiones que también la afectaban a ella. Todavía tenía poder para evitar que él se marchara.



No necesitaba mucho para conseguirlo. Se vistió con ropas cómodas y un manto encapuchado. Luego se dirigió hacia el baúl situado junto a la puerta, quitó las prendas cuidadosamente dobladas y llegó al fondo, donde guardaba su daga. La misma que llevaba cuando salía a pasear; la misma con la que había defendido a Joan al creer que Pedro Llanes era un enemigo. A su padre no le gustaba que fuera por ahí armada, ni a Seumas. Solo a Ragnall le parecía divertido y la encubría.

Se escondió el puñal debajo del manto, desatrancó la puerta y abandonó la alcoba. Bajó descalza por la escalera de caracol, pues no quería que nadie oyera sus pasos. Incluso procuraba respirar con precaución. En un castillo

vacío, el menor murmullo se amplificaba como si de un cuerno de guerra se tratase. Era ya muy tarde; nadie quedaba en pie ni mucho menos se paseaba por el edificio, salvo los adormilados guardias en las almenas. No le preocuparon cuando salió al patio interior: la mayoría de los centinelas se apoyaban en sus picas para poder dar largas cabezadas. Ni aunque tuviera que pasar junto a ellos los despertaría.

Lo más duro fue levantar la puerta enrejada que daba a los túneles subterráneos. Pesaba como mil demonios para una muchacha de su constitución, así que tuvo que utilizar todo su cuerpo a modo de palanca para conseguir un resquicio por el que colarse. Dio gracias a Dios por lo bien engrasadas que estaban las bisagras.

Había recorrido aquellos pasadizos tallados en roca tantas veces que no necesitaba prender una antorcha y, por otra parte, llamaría la atención. Avanzó valiéndose solo de las manos, palpando las paredes para saber cuándo se abría una bifurcación y decidir cuál debía tomar. No tenía miedo de perderse, pues todos los caminos iban a parar al mismo sitio; pero podía dar un rodeo innecesario y no le sobraba el tiempo.

Una ráfaga de aire fresco cargado de salitre le acarició las mejillas. También el ronroneo del mar que iba y venía. La oscuridad se hizo menos densa al doblar un recodo y de pronto se encontró en la cueva de la Sirena. Se asomó desde el acceso a los túneles y vio el barco de su padre. No era muy grande; en realidad, poco más de doce remos. A los ojos de gente como los españoles, que habían llegado a lomos de gigantescas galeras, debía de parecer poco más que una barcaza. Sin embargo, tenía capacidad para cargar cuanta mercancía hiciese falta en cubierta, aunque fuera entre los remeros. Incluso a un buen puñado de náufragos españoles. Un único palo se erguía sobre la cubierta, de cuadrada vela bordada con el escudo de los MacDonnell. Los *bìrlinn*, así los llamaban los escoceses, eran embarcaciones pequeñas ideales para atracar en puertos o espacios reducidos, como aquella cueva. Pero también los había de mayor tamaño, de hasta veinte remos. Robustos y fiables incluso en las aguas revueltas del norte, eran los preferidos para el comercio en las islas Hébridas y las Tierras Altas de Escocia.

Se aseguró de que nadie pululaba por la gruta. Siempre cabía la posibilidad de que algún marinero montara guardia, aunque ahora que el bajel estaba vacío no tenía mucho sentido. Por la mañana, los hombres empezarían a cargarlo con aquello que su padre quería vender en las Hébridas: acero, ropas, joyas y, sobre todo, grano. El terreno era agreste en Islay, además de limitado, por lo que no había muchos cultivos. Algo que esperaban que

cambiara en poco tiempo, pues entre los productos que pensaban llevar allí había un par de sacos de aquellas «patatas» encontradas en el lugar del naufragio de *La Girona*. Si lograban cultivarlas en el agresivo suelo de Islay, reportarían un enorme beneficio para los suyos.

Pero Ealasaid tenía otros planes. Las patatas nunca llegarían a Islay, al menos en aquel barco, pues pensaba inutilizarlo. Se trataba de una nave sencilla y bastaría con cortar las sogas, desprender la vela y hacerla jirones. Podía incluso abrir un boquete en el casco o romper el timón. Nada irremediable, por supuesto, pues no quería perjudicar mucho a su padre. Las tareas para repararlo llevarían días, tal vez semanas —una vela de aquel tamaño no era sencilla de tejer—, lo que quizá bastase para convencer a Joan de que se quedara. Tiempo. Solo necesitaba tiempo para hacerlo cambiar de opinión.

Como un gato deslizándose entre las sombras: así se escurrió Ealasaid hasta el muelle que conectaba con la nave. Pero no pudo evitar que algunos tablones crujieran al apoyar sus menudos pies. Algo le llamó la atención, una de esas cosas estúpidas en las que habitualmente no habría reparado: el farol que iluminaba el embarcadero no estaba. La oscuridad solo quedaba rota por la luminaria de una noche que se colaba por el agujero de la cueva, lo cual la beneficiaba. Pero el detalle le resultó extraño. Cuando un navío atracaba, siempre se mantenía un farol encendido por si había que partir en plena noche. Costumbres de contrabandistas.

Entonces escuchó un sonido desde la cubierta del barco. Un golpe, el chasquido de unos cristales rompiéndose y el rápido retumbar sobre la madera de unas zancadas. Alcanzó a distinguir una sombra; una figura corría por el navío y luego saltó por el lado opuesto del casco hasta caer sobre la primera línea pedregosa. La silueta apenas se recortaba contra el fulgor que llegaba por la hendidura de la gruta, pero pudo ver que se trataba de un encapuchado… Como ella.

De pronto, el motivo que la había llevado a la cueva dejó de ser importante. Fue sustituido por la imperiosa necesidad de saber qué estaba ocurriendo allí, quién era el desconocido y por qué escapaba. El instinto le gritó que debía seguirlo, descubrir su identidad y averiguar sus intenciones, que sin duda serían tan poco rectas como las suyas. Pero el misterio quedó revelado cuando reparó en el humo que empezaba a elevarse sobre la cubierta del *bìrlinn*, al que siguió el resplandor de un fuego.

Al ver cómo las llamas crecían actuó sin pensar en la incoherencia de su reacción. Se aupó al barco y buscó el modo de apagar la fogata a pesar de que

aquello favorecía sus intereses. Había comenzado a los pies del mástil, donde todavía podía contemplar los restos del farol que había echado en falta antes, y las lenguas ardientes subían con rapidez por el palo mayor. Se quitó el manto y trató de extinguir el fuego, pero su voracidad era tal que todo fue en vano. La capa prendió también, y Ealasaid se quemó las manos y tuvo que soltarla tras lanzar un grito de dolor.

Al verse envuelta por el humo, comprendió que nada podía hacerse y que debía apartarse para buscar aire. Avanzó, tropezando con los bancos y los remos, hacia la rampa de acceso. Si dejaba que la nube negra la rodeara, estaría perdida. Trató de salir a la desesperada, luchando contra la asfixia, pero no veía nada, y se sentía desorientada y aterrada.

Unas manos la agarraron y tiraron de ella con fuerza. Quizá fuera el encapuchado que se apiadaba y regresaba para socorrerla. Poco le importaba; solo quería salvarse, así que se dejó conducir hasta el embarcadero y luego hasta la playa de pedruscos. Cuando recuperó la visión, advirtió que su rescatador era Seumas, al que seguía un grupo de hombres sin duda alertados por el incendio.

—¿Qué hacías aquí, hermana? —le dijo, mientras ella tosía; entonces reparó en las quemaduras de sus manos y le cambió la mirada—. Por lo más sagrado, ¿qué has hecho?

—No he sido… No he sido yo… —se defendió, cuando los espasmos se lo permitieron.

Mientras algunos hombres trataban de sofocar el incendio, otros seguían llegando. Aparecieron los españoles, entre los que venía Joan, y al ver lo ocurrido se llevaron las manos a la cabeza, maldiciendo en su idioma. Pero lo peor para Ealasaid fue el modo en que Joan la miró; con una profunda decepción que convirtió en palabras:

—¿Cómo has podido…?

41

Dunluce

—Os lo repito: yo no provoqué el fuego.

La voz de Ealasaid era, desde luego, impropia de un mentiroso. Demasiado firme, demasiado cargada de convicción. Mantenía la cabeza alta en todo momento, pero incluso así Joan no sabía qué pensar. Las dudas revoloteaban por su cabeza, agitadas por las emociones que había vivido los días anteriores. «Vive Dios, ni un momento de paz», se dijo. Fuera por una cosa o por otra, llevaba recibiendo zarpazos desde su llegada a Dunluce; golpes que no habían hecho más que llevarlo a un estado de constante nerviosismo.

Su mejor oportunidad de regresar a España se había desvanecido, al menos durante un buen tiempo. Cierto era que todo hombre o mujer que moraba en el castillo había arrimado el hombro para sofocar el incendio, pero no fue suficiente para salvar el barco. Del *bìrlinn* quedaba poco más que el casco exterior. El mástil, los bancos de los remeros, la cubierta… Todo carbonizado e irremediablemente perdido. Los carpinteros ya habían dicho que las reparaciones se alargarían durante meses, pues el daño era tal que casi tendrían que construir el navío de nuevo.

Pero nadie se enfureció más por lo ocurrido que Somhairle, quien a la mañana siguiente convocó una reunión en la que dejó escapar toda su rabia. Al ver su fiereza comprendió Joan que las historias sobre su temperamento no eran exageradas: el hombre presto a la chanza, el padre amoroso, era ahora un líder ultrajado y furioso.

La cuestión era hacia quién dirigía su ira. ¿Hacia la muchacha que juraba una y otra vez que nada tenía que ver con el asunto? Por muy hija suya que fuera, no resultaba fácil creerla. Joan la amaba y también le costaba aceptar su versión: que había ido a refugiarse en su lugar favorito; que vio una figura encapuchada, y, al instante, el fuego; que trató de sofocarlo en vano. Lo único que defendía la posición de Ealasaid eran las quemaduras que tenía en las manos, por fortuna de escasa gravedad. Pero bien podía habérselas hecho al

prender las llamas, en un descuido. O quizá se arrepintiera una vez iniciado el fuego y tratara de rectificar su error.

En cualquier caso, tenía claro que escondía algo, fuera poco o mucho. Le bastaba con ver cómo rehuía su mirada una y otra vez. Era vergüenza; era culpabilidad. Lo sabía bien. Estaba familiarizado con aquel sentimiento.

—¡Es intolerable! —bramó Somhairle, tras golpear la mesa con tal fuerza que Joan compadeció a quien recibiera un puñetazo de aquel hombre—. ¡Uno de mis barcos incendiado ante mis propias narices! ¿En qué estabas pensando, hija?

Ealasaid, lejos de dejarse intimidar por el malhumor de su padre, le respondió con bravura.

—¿No me crees?

—Nada me gustaría más —dijo—. Pero mis ojos vieron lo que vieron. ¡Y lo siguen viendo!

Señaló las manos de la muchacha, vendadas con un emplasto para mitigar el dolor.

—¡Casi ardo yo misma por tratar de apagar ese incendio, y tú me acusas de provocarlo! Ya te he dicho que había alguien más allí.

—Sí, un misterioso y oportuno encapuchado.

—¡Lo vi de verdad!

—Eali, enviamos a varios soldados a explorar los túneles y no encontramos rastro de nadie —intervino Ragnall, muy a su pesar.

—¡Oh, vamos! ¡A esas alturas ya debía de estar lejos!

—La cuestión es quién podría tener motivos para cometer un acto así —comentó Seumas—. A mí no se me ocurre nadie.

—Salvo yo, ¿verdad? —se encaró con él Ealasaid.

—Por desgracia. Estabas disgustada por la marcha de los españoles —dijo, haciendo un gesto hacia Joan—. Una mujer despechada y desesperada es capaz de cualquier locura.

—Decir algo así es ruin incluso para ti… —declaró la muchacha.

Sin embargo, el soldado español advirtió que la joven había enrojecido y que el tono de su réplica no era tan firme.

—Debéis creerme —insistió Ealasaid—. No por mí; me importa poco que penséis que soy una loca. Hacedlo aunque solo sea por precaución: si tengo razón, significa que en el castillo hay alguien con malas intenciones. Posiblemente un traidor al servicio de los ingleses.

Todos empezaron a hablar al tiempo, hasta el punto de que nadie atendía a nadie y resultaba imposible entender nada. Joan, que había permanecido

callado, decidió que era el momento de decir algo. Se levantó de su asiento, y apenas lo hizo se impuso el silencio.

—Yo os creo, Ealasaid.

No habría sabido decir qué mirada era la más sorprendida, si la de la muchacha o la del resto de consejeros. En realidad, él mismo no estaba muy seguro de lo que estaba diciendo. La cabeza le decía que ella mentía, que todo había sido el ardid de una mujer enamorada para mantenerlo en Dunluce. Pero el corazón gritaba más fuerte.

—Siento lo ocurrido, muchacho —dijo Somhairle—. Me temo que tendréis que quedaros un tiempo más.

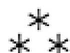
—Hay otros modos de sacarlos de aquí, padre —intervino Seumas, que seguía ansioso por deshacerse de ellos—. Podríamos trasladarlos de incógnito hasta Doire[5]. Allí, el obispo Redmond O'Gallagher podría facilitarles el paso a Escocia sin tanta espera.

—Demasiado arriesgado —opinó Ragnall—. Nos llegan informes de patrullas inglesas recorriendo la zona.

—Coincido —asintió Somhairle—. He dado mi palabra a estos hombres de que los mantendría a salvo, y ya va siendo hora de que cumpla lo que prometo.

Joan asistió a aquella discusión sin apenas intervenir. Su destino y el de sus compañeros estaba en manos de aquellos hombres a medio camino entre el salvajismo de eras anteriores y la civilizada sociedad de las grandes naciones, más cultas y avanzadas, como España, Inglaterra, Francia o Italia. Había algo en ellos que, estaba convencido, no encontraría en ninguno de tales lugares. Rezumaban pasión, entrega y ánimo. En el jefe de los MacDonnell percibía un sincero interés por hacer las cosas bien, por escapar de un pasado que le pesaba. Parecía verdaderamente decidido a acabar sus días de un modo digno.

Quizá sí tuviera razón cuando le dijo que ambos, huésped y anfitrión, eran similares.



Al final, para nuevo desespero de Seumas, se llegó a la conclusión de que la mejor opción era mantener a los españoles en el castillo y esperar la reparación del barco. De la declaración de Ealasaid nada más se dijo. Ninguno de los suyos quiso tomarse muy en serio la cuestión del misterioso encapuchado, lo cual enojó a la muchacha, que salió de allí con gesto enfurruñado y dando largas zancadas.

Joan fue en busca de sus compañeros para comentarles lo que se había discutido, pero, nada más abandonar la casa señorial, se encontró a Ealasaid en el pequeño jardín del patio. Se había acomodado en el borde de la fuente, cabizbaja. Él no pudo evitar detenerse a observarla, fascinado como siempre. Con aquel aire meditabundo estaba especialmente hermosa, casi tanto como cuando reía. Se le escapó un suspiro al pensar en ello. Por mucho que discutieran, sus sentimientos no habían cambiado un ápice.

—¿Te quedarás contemplando como un mirón todo el día o vendrás a hablarme? —dijo la joven, sin siquiera mirarlo.

A Joan se le formó una media sonrisa. Todavía le parecía extraño que Ealasaid le hablara con semejante desparpajo, sin formalismos; el atrevimiento de aquella muchacha no dejaba de maravillarlo. Estaba convencido de que, por mucho que recorriera el mundo, jamás encontraría a nadie igual.

—No quería estorbar tu momento de reflexión —respondió, mientras se acercaba.

—Ya tengo demasiados. Además, no sé si me los puedo permitir, considerando lo que ocurre cuando pienso demasiado.

Se sentó frente a ella, tomó un poco de agua con las manos y se limpió la cara. El frescor lo reanimó. Había dormido poco, al igual que cuantos participaran en la extinción del incendio. Y al acostarse tuvo que soportar el azote de su propia conciencia, diciéndole que aquello había sido una señal de Dios para que se quedara. Frente a eso, la cabezonería, que no hacía más que reafirmarlo en la fidelidad a la promesa realizada. Y pensar que creyó tener la batalla ganada…

—Sé de lo que hablas. Parece que estamos condenados a martirizarnos.

Hubo silencio durante unos instantes. Ambos se perdieron en la placidez de las aguas de la fuente, observando cada uno el reflejo del otro por no enfrentar directamente sus miradas.

—¿De verdad me crees? —dijo Ealasaid.

—No sé muy bien por qué, pero sí, te creo. Sin embargo, también estoy seguro de que hay algo que no has querido contar.

—Yo…, verás… No bajé a la cueva para reflexionar ni nada parecido. Lo que quería era inutilizar el barco. —Entonces alzó la vista y lo miró—. ¡Pero no incendiarlo! Pensaba que con un poco más de tiempo, quizás un par de días, tal vez cambiaras de opinión. Aunque al final me arrepentí. Cuando vi las llamas solo pude pensar en apagarlas. No era justo.

—Mi decisión es firme, Ealasaid. Te amo de verdad, pero no podré ser el hombre que mereces mientras no limpie mi pasado.

—Si al menos me lo contaras, podría entender tu decisión.

Ya se había negado a ello. Estaba convencido de que cuando lo hiciera mancharía su relación para siempre, algo a lo que no estaba dispuesto. Pero entonces comprendió que ahí estaba su salida. ¿No era lo que quería, al fin y al cabo? Una excusa que le facilitara el regreso a España. Si Ealasaid lo repudiaba, no habría lugar ya para las dudas. Sí para el dolor, por supuesto, porque renunciar a aquella maravillosa criatura no era algo que pudiera hacerse sin pagar el mayor de los precios: su felicidad futura.

—Vamos a otro lugar, Ealasaid, uno donde podamos hablar —asintió al fin—. Hay mucho que contar.

42

Oliva, España, años antes del naufragio

—¡Rápido, corre! Si se dan cuenta de que no estamos, nos pondrán el culo rojo como una granada… —lo apremió Rodolfo, mientras se colaban como anguilas por el agujero en la muralla, el que daba al palomar.

Como si a Joan le hicieran falta los aspavientos de su compañero… Conocía tan bien como él las consecuencias de sus travesuras. Algunas se saldaban con un buen discurso que por una oreja les entraba y por la otra les salía; pero otras significaban pasarse horas con el trasero dolorido y realizando alguna tarea tan aburrida que nunca parecía acabar. El muchacho, eso sí, tenía cierta ventaja sobre su amigo y casi hermano: sus padres eran de carácter menos estricto y solían reírle las gracias cuando eran tolerables. En cambio, el progenitor de Rodolfo, que a la sazón hacía de cochero de los Centelles, tenía peores pulgas y soportaba mal los desmanes. Por eso su hijo solía mostrarse reacio a las aventuras que, de común, solía organizar Joan.

Las palomas, por suerte, apenas se alteraron con la repentina llegada de los niños. Estaban tan acostumbradas a las idas y venidas en clandestinidad de aquellos dos pequeños como de los encargados de darles de comer. Así que no soltaron ni un gorjeo que pudiera delatarlos.

Aquel silencio les permitió dejar atrás el corral del *colomer*. Alcanzaron el patio principal del alcázar, desde donde la gran escalera de mármol subía hasta los pisos nobles, en la planta superior. Pero ellos eran sirvientes, o hijos de estos para ser exactos, y sus aposentos estaban en el piso inferior. Aunque sus padres eran reconocidos y respetados entre el servicio que mantenía el palacio; aunque, incluso, el padre de Joan había recibido un título de hidalguía, seguían estando entre los más humildes de aquella casa. Cercanos a la familia Centelles, pero sin formar parte de ella.

La confianza de los años y la costumbre hacía que, en el día a día, el protocolo fuera casi inexistente. Al fin y al cabo, en el palacio condal moraban más humildes que nobles: el señor don Pere tenía a su servicio unos treinta criados permanentes, sin contar a los hijos de esos trabajadores. Como ocurría en todas las grandes casas nobles de una España que nadaba en

pomposidad y vanidad, los condes de Centelles siempre habían tenido un verdadero ejército de siervos. Decía Albert, el padre de Joan y mayordomo mayor del palacio, que entre tanto hombre y tanta mujer se gastaban muchos más escudos de los que él jamás tendría en sus manos, así trabajara hasta la edad de Matusalén. A cuarenta reales al año por cabeza, las cuentas se iban a los cielos a poco que uno sumara.

Ya encaraban los chiquillos la despensa, donde se suponía que tenían que estar desde hacía largo rato. Esperaban que nadie los hubiera echado en falta. Se pondrían a pelar patatas, o lo que fuera menester, y aquí paz y después gloria.

Pero su gozo se perdió en el pozo más profundo; el de los ojos iracundos de Angustias, la gobernanta de las doncellas. Se la encontraron con los brazos en jarras, junto a la cocina y echando fuego por los agujeros de la nariz. Casi parecía que su cabello a medio blanquear iba a estallar en llamas.

—Que los fuegos de Sodoma y Gomorra caigan sobre vuestras cabezas, sinvergüenzas —les dijo, tomando a cada uno de una oreja con la destreza de la costumbre—. Media mañana llevo esperándoos mientras ganduleabais por ahí.

—¡Doña Angustias, que me arrancáis la oreja! —gimió Joan.

—Esperad a que se lo cuente a vuestros padres y veréis lo que os arrancan ellos…

—¡Piedad, mi señora! —imploró Rodolfo, que ya se veía con los pantalones bajados y echado sobre las rodillas de su padre.

La gobernanta pareció hacer oídos sordos a las plegarias. La verdad era que, a pesar de lo que los niños pudieran creer, la mujer no era un demonio malvado. La amenaza de denuncia era lógica y necesaria para hacerse respetar, aunque rara vez llegaba a mayores. De hecho, le venía bien para conseguir que los chiquillos aceptaran según qué encargos.

—La piedad se gana, Rodolfo, no se demanda. Para lo cual tengo una buena faena que podéis cumplir.

—¡Lo que sea! —aceptó el hijo del cochero—. ¡Haremos lo que sea!

Angustias soltó las enrojecidas orejas de sus prisioneros para alivio de estos. Alivio que se esfumó en cuanto Joan reparó en la sonrisa victoriosa de la gobernanta.

—¿No os gustan los héroes y los soldados? Pues hoy les daréis lustre.

—¿Haremos lo que sea? —le recriminó a Rodolfo, mientras palmeaba unas cortinas—. ¿No podías mantener la bocaza cerrada?

Los habían llevado a la segunda planta y dejado en la sala de armas. Pero los pertrechos que portaban ambos no eran dignos de lo que allí se exponía, pues solo consistían en un par de escobas por espadas, trapos y un barreño con agua. Su solemne misión: limpiar los suelos y sacar el polvo.

—Pues yo prefiero esto a que me llenen el culo de cardenales.

—Bah, siempre estás diciendo eso, pero tu padre jamás te ha dado más que un par de cachetes.

A Joan, en realidad, no le disgustaba la tarea. Al fin y al cabo, la sala de armas era su estancia preferida de todo el alcázar. ¡La de horas que había pasado en aquella habitación, perdido entre sus maravillas! Era una magna sala de dos alturas, con el techo abovedado y ardiente en color, abundante en frisos y ornamentación. Las puertas convergían en arcos apuntados, y el zócalo se adornaba con el escudo de armas de la familia Centelles: un caballero ataviado con casco y armadura sujetando una adarga con motivos romboidales.

Rodolfo y él se colaban allí a veces, cuando sabían que nadie los echaría en falta. En ocasiones lo hacía él solo. Se tendía sobre la alfombra que ahora debía limpiar y dejaba que mirada, pensamiento y emoción se posaran en el enorme mural alargado, tan armonioso con los tapices que colgaban por debajo. Las tonalidades grises y amarillas, con algo de dorado, combinaban de tal manera que parecía un auténtico relieve, aunque no lo fuera. Sus ojos soñadores le mostraban la marcha del ejército triunfal de los Centelles. Y poco le costaba imaginar que él iba con aquellas tropas, entre alabarderos, *espigardes*, ballesteros, cañones; uno más entre las gentes de armas, caballeros lanceros de poderosa armadura; uno más entre los capitanes de la vanguardia, por delante de todos.

Angustias les había ordenado quitar el polvo al suelo, a la mesa, a los asientos, a las armaduras vacías que se sujetaban gracias a un monigote de madera, a los estandartes y a todo aquello a lo que pudieran llegar desde su corta altura. La sala era el mayor orgullo de la familia y debía estar siempre impoluta, pues era de los primeros lugares que el buen conde mostraba a sus invitados.

Sin embargo, el deber era un concepto extraño para dos chiquillos que no alcanzaban las diez primaveras. Tardaron muy poco en dejar de mover las escobas del modo que les era propio y blandirlas como si de espadas se tratara. De pronto, Rodolfo se convirtió en un Cid Campeador de tamaño reducido, y Joan, en un rey don Jaime que no le iba a la zaga. Aunque la verdad era que el muchacho más delgado sentía preferencia por otro tipo de

héroes; conquistadores que viajaban en pos de nuevas tierras, como era el caso de su admirado Magallanes. Pero no le hacía ascos a interpretar a auténticos hombres de armas. Así que allí estaban, batiéndose el cobre en un duelo que jamás tuvo lugar, posible gracias a la imaginación infantil.

Ocurrió lo que tenía que ocurrir: tan enfebrecidos estaban en su contienda que no pusieron atención al agitar de las improvisadas espadas de madera. Y una de ellas fue a golpear sobre una de las armaduras, cuyas piezas se derrumbaron con estruendo.

Ahí se acabó el juego. Rodolfo y Joan se miraron el uno al otro, a la espera de que el dragón de san Jorge, como llamaban a Angustias, apareciera y los chamuscara con su aliento iracundo. No ocurrió, pero sabían que ella montaría en cólera en cuanto viera el estropicio, así que más les valía recomponer la figura. Trataron de colocar cada pieza en su lugar, pero cuando iban por las escarcelas comprendieron que algo fallaba: sus manos no llegaban más arriba.

—¡Rápido, ve a por un taburete! —ordenó Joan a su amigo.

El hijo del cochero asintió y abandonó raudo la estancia. Joan se rascó la cabeza mientras contemplaba de nuevo la que habían liado. Se iban a ganar una buena como no lograran poner orden. Vio un gran armario que había contra la pared que daba a la capilla. Fue corriendo a abrirlo con la esperanza de encontrar otro taburete, pero allí dentro había de todo menos un soporte sobre el que plantarse.

De pronto, mientras trasteaba, unas voces llegaron desde el otro lado. Siguió el sonido hasta dar con una celosía de madera, como la de un confesionario, por la que se filtraba un poco de luz. ¡Había un agujero en la pared! No era muy grande, pero hubiera podido pasar la mano por él de no ser por la malla del armario.

—Detén tu locura de una vez, te lo suplico…

Reconoció al instante aquella voz: era la de su padre. Se inclinó para ver a través del orificio mientras aguzaba el oído.

—Mi locura es fruto del amor.

Era una mujer la que respondía. Quedaba fuera de su campo de visión, hasta que ambos se movieron un poco, como si supieran que alguien los observaba y desearan facilitarle las cosas. Casi se le escapó un gemido al darse cuenta de quiénes eran los protagonistas de la escena: su padre, Albert…, y doña Magdalena de Centelles, la hermana del conde.

La señora había llegado a palacio el día anterior con su marido, don Carlos de Borja y de Castro, duque de Gandía, con quien llevaba casada casi

veinte años. Aunque residía lejos, en su ducado, se la veía a menudo por el que fuera su hogar de la infancia, sobre todo en los últimos tiempos, conforme se agravaba la salud de su hermano Pere. Joan no sabía mucho acerca de las maneras de los nobles, pero hasta un niño podía advertir que la señora Magdalena, al igual que sus hermanas, revoloteaba a menudo por el alcázar por puro interés.

Lo extraño en la estampa era la familiaridad con la que su padre y la señora se hablaban. El corazón empezó a latirle desbocado, pues era consciente de que estaba asistiendo a algún tipo de secreto.

—No es amor, Magdalena. Es capricho.

—Llámalo como quieras, Albert. La cuestión es que siempre te he deseado y sigo haciéndolo. —La mujer, arreglada con una fina enagua y una basquiña, se aproximó a su padre tanto como el guardainfante se lo permitió—. Y bien me consta que en otro tiempo tú también te inflamabas por mí. ¿O has olvidado aquella noche?

—No, no la he olvidado, especialmente por todos los quebraderos de cabeza que supuso —respondió él, apartándose—. Menos mal que algo bueno salió de aquello. En cualquier caso, tú lo has dicho: fue otro tiempo. Un tiempo que quedó atrás hace mucho. Ahora me debo a mi esposa, a la que amo. Y no traicionaré su confianza.

—Nadie tendría por qué saberlo.

—Ningún secreto dura para siempre, y nosotros ya cargamos con uno. ¿No tuviste bastante con las consecuencias?

—Esta vez seríamos más previsores. Hay maneras de que no vuelva a pasar lo mismo…

—Te niegas a ver lo que realmente importa. Esos amoríos entre las sombras convierten a los amantes en esclavos de la pasión y la lujuria, lo que lleva sin remedio a tomar riesgos y cometer descuidos. ¿Y qué ocurriría luego? Además de faltar a los votos que hice a mi María, ofendería el honor de tu esposo. Mi vida valdría entonces menos que la de un perro.

—A Carlos déjalo de mi cuenta. Lo tengo comiendo de mi mano. Si se lo pidiera, incluso dejaría que te acostaras en nuestra cama y miraría con gusto.

—Ese es tu problema, Magdalena: crees que todos bailan al son de tu canto. No te importan los sentimientos de los demás, solo los tuyos. Y yo, desde luego, ya no siento por ti nada que vaya más allá del simple afecto de un amigo de la infancia. Afecto que peligra cada vez que insistes.

La señora se agitó, se dio la vuelta y luego se encaró de nuevo con Albert. Esta vez, Joan no podía verle la cara, pero el tono de su voz había cambiado;

ya no era meloso, ahora sonaba enojado, exigente. Amenazador.

—Tú y tu maldito orgullo… De todos los hombres, eres, sin duda, el más insufrible en ese sentido. ¡Demasiado a pecho te tomas la hidalguía que mi padre tuvo a bien concederte! No eres un noble puro y jamás lo serás. Apenas un criado que tuvo la suerte de caer en gracia a un auténtico señor. Mejor harías en olvidar esas ínfulas moralistas y gozar de lo que te ofrezco.

—Mi convicción es anterior al título otorgado. Ninguna mención honoraria necesito para defender aquello en lo que creo. En cuanto a vuestro padre, en su gloria lo tenga el Altísimo, de él obtuve cosas más valiosas, como la amistad de un buen hombre. Un hombre que se avergonzaría de tu comportamiento. Del de ambos, en realidad.

La señora Magdalena rugió como un león al que le agarrasen la cola.

—¡Estoy harta de tus desaires, Albert! Este es el último que te permito. Piénsatelo bien, pues se te acaba el tiempo. A mi hermano no le queda mucho; sus achaques son cada vez más graves. Cuando él muera, y sin un vástago de su sangre, ¿quién crees que tomará posesión del condado?

—Están tus hermanas, y tus primos.

—Ana y Felipa harán lo que yo les diga. En cuanto al resto, si son inteligentes aceptarán mi pretensión, que bien estipulada quedó en mi acuerdo matrimonial con Carlos. Y, si no lo son, los hundiré. Tengo todo el poder de los Borja para hacerlo, lo cual, por cierto, sirve también para ti.

Joan vio una expresión en el rostro de su padre que jamás había advertido antes. Era un gesto de repulsión mezclado con miedo.

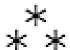
—Recapacita, por favor. No puedes tenerlo todo, nadie puede. Debes elegir, y de hecho ya lo hiciste. Decidiste dejar de lado las responsabilidades de tus actos. Decidiste renegar de tu propio hijo.

¿Renegar de su hijo? ¿A qué se refería? La señora Magdalena tenía por aquel entonces dos hijos varones y varias hijas, nacidas de su matrimonio con el duque de Gandía. Cierto que una de las jóvenes había ingresado como monja, o eso se decía. ¿Se refería a aquello?

—¡Hasta aquí hemos llegado, santurrón! —bramó la hermana del conde —. No ha llegado ni llegará el día en que Magdalena de Centelles Riu-sec i Folch de Cardona renuncie a lo que desea, y menos por imposición de otros. Óyeme bien: serás mío, al igual que todo lo que se me ha antojado desde siempre, Albert Mateu. Mío o de nadie.

La señora dejó plantado al padre del chiquillo, que se quedó inmóvil y con la cabeza gacha. Parecía completamente derrotado, salvo por el puño que apretaba junto a la cintura.

Joan dejó de mirar. Abandonó el armario y volvió al centro de la sala de armas. Mientras esperaba a Rodolfo, pensó en cuán complicada era la vida. Y en cuántos secretos escondían las personas que tan bien creía conocer.



Pasaron los días, luego las semanas y los meses, y el muchacho olvidó la intranquilidad que le había causado la conversación entre la señora Magdalena y su padre. Cierto era que veía a este un tanto distante, aunque lo achacó al hecho de que don Pere había caído en otra de sus habituales convalecencias. Esta parecía más profunda y sin duda agravada por el reciente fallecimiento de la condesa Hipólita, una mujer de escasa voluntad que solía huir de las responsabilidades de su título. De hecho, el gobierno del condado llevaba años en manos del caballero Joan Alapont, secretario de confianza de la familia y comendador mayor. Del mismo modo, los asuntos mundanos del alcázar recaían sobre los hombros de Albert.

La enfermedad del conde fue a peor, y quedó claro que ya no se recuperaría como tantas otras veces. Don Pere languideció y sufrió durante una veintena de días, en los que no hubo más que rostros agrios y lastimeros entre los habitantes del palacio, porque, a pesar de sus extravagantes comportamientos, el conde había sido muy apreciado. Joan recordaba las gracias que le hacía cuando era más joven y las veces que reunía a todos los niños de la fortaleza y les contaba historias, pues don Pere adoraba los cantares, la poesía y el teatro, al igual que lo hiciera su progenitor. Tenía una voz hermosa cuando recitaba, e incluso bailaba para los pequeños con tal de arrancarles unas risas. Muchos decían que estaba loco, que su mente era la de un chiquillo; también que, por las noches, tenía arrebatos violentos que descargaba sobre su señora esposa, doña Hipólita, motivo por el cual la dama había ingresado durante una temporada en el convento de clarisas de Xàtiva.

Sin embargo, con los niños jamás se había mostrado agresivo. Y a él lo trató incluso mejor que al resto: existía una especie de conexión entre los dos. El conde insistía incluso en pedirle que le llamara tío Pere, algo que no hacía mucha gracia a su padre. Así que procuraba utilizar dicho tratamiento cuando nadie los veía. Con el tiempo, Joan llegaría a pensar que, más que un demente, don Pere había sido un hombre de espíritu tan libre y alegre que no tenía cabida entre los adultos, por lo que a veces se martirizaba hasta perder la razón.

Sí, incluso el menudo Joan comprendía que las cosas estaban a punto de cambiar, aunque no imaginaba que tanto.

Don Pere de Centelles Riu-sec i Folch de Cardona, barón de Nules y cuarto conde de Oliva, partió del mundo de los vivos una madrugada de mayo del año de Nuestro Señor 1569. Apenas contaba treinta y dos años. Al día siguiente, en pleno luto y con el cadáver todavía caliente, el palacio se llenó de cuantos ansiaban la herencia familiar o de quienes deseaban congraciarse con sus pretendientes. Entre unos y otros, no eran pocos. Resultaba curioso que quienes más lloraran al difunto fueran los sirvientes del alcázar, en tanto todos aquellos caballeretes y damas de sangre noble solo se preocupaban de lo material. El revuelo fue mayúsculo, y los enfrentamientos, vergonzosos, especialmente entre Magdalena y sus primos, Jaume de Centelles, señor de la baronía de Almedíxer, y el hermano de este, Francesc.

—Disfruta de tus últimos días en el palacio, prima —le dijo Jaume, delante de todos los presentes en la sala de audiencias, donde yacía expuesto el féretro de don Pere.

—Este es mi hogar, el lugar donde nací. Nadie me lo arrebatará.

—Así lo estipuló tu hermano hace años —comentó el barón, sin alterarse—. De hecho, acabo de entregar una plica al virrey, destinada también a la Real Audiencia de Valencia, en la que pido que el testamento que Pere guardó en la catedral sea hecho público.

—Sabes tan bien como yo, miserable, que esas disposiciones fueron dictadas en estado de demencia. Son nulas de pleno derecho, por lo que se imponen mis acuerdos matrimoniales.

—¡Ah, la conveniente argumentación de la locura! —se burló Jaume—. ¡Qué sufrido clavo al que agarrarse! Bien lo habéis orquestado durante todos estos años tu madre, tu esposo y tú misma. Hasta convencisteis a esa pusilánime de Hipólita para que os siguiera el juego. ¿Qué le prometisteis a cambio de que fingiera esas falsas agresiones? ¿Morir justo antes que su esposo, tal como ha ocurrido? Otra afortunada coincidencia que os favorece.

—A tu ruindad ni las ratas aspiran —le escupió Magdalena.

Poco faltó para que aquello terminara en algo más que palabras. Solo la presencia de don Antonio Bernardino Alonso Pimentel, virrey de Valencia, impidió que se perdieran las formas. Más por no ser mal vistos de cara al largo litigio que esperaba que por otra cosa.

En medio de aquel ambiente tan enrarecido, algo ocurrió al día siguiente del entierro de don Pere. Joan sintió en plena noche que alguien lo zarandeaba para despertarlo. Al abrir los ojos, vio a su madre con el dedo delante de los labios; le estaba demandando silencio.

—¿Qué ocurre, *mare*? —dijo, mientras se frotaba los ojos y comprobaba que todavía estaba oscuro.

—No temas, *fill meu* —le sonrió, mientras le cambiaba las ropas por otras más adecuadas para caminar—. Nos vamos de viaje.

«¿De viaje, dónde?», quiso preguntar el niño. Pero su padre entró en la alcoba que la familia compartía y los apremió. Llevaba un hatillo colgado a la espalda y otro en la mano, menos pesado, que le entregó a su esposa. Al ver la expresión atemorizada de Joan, se arrodilló frente a él y le acarició el rostro.

—Siempre te han gustado las aventuras, ¿verdad? Pues hoy vamos a vivir una. Te encantará el lugar al que vamos, ya lo verás. Es algo así como un gran castillo, mucho mayor que este.

—Pero… ¿y Rodolfo?

Albert no pudo disimular una mueca amarga.

—Harás nuevos amigos. Te lo prometo.

Recorrieron los pasillos y las salas de la planta baja del palacio, silenciosos como tumbas. Nadie se cruzó con ellos, hasta que, en el establo, se encontraron con Miguel, el padre de Rodolfo. El buen hombre les había preparado un viejo carro tirado por una mula, donde Albert y él amontonaron todo cuanto los Mateu iban a llevarse consigo. Los dos se abrazaron.

—Arriesgas mucho por mí —le dijo Albert.

—Somos hermanos. Quizá no por sangre, pero sí por elección —le respondió el otro, quien luego revolvió el pelo del temeroso Joan—. Rodolfo te va a echar mucho de menos, hijo.

Al chiquillo se le escaparon las lágrimas. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, aunque algo le decía que tenía que ver con la conversación secreta entre doña Magdalena y su padre.

María dio un beso en la mejilla a Miguel, quien, a pesar de toda su robusta sequedad, se ruborizó por el gesto. Luego, la familia se aupó en la bancada del carro, las riendas en manos de Albert y los brazos de su esposa rodeando al niño. Antes de azuzar a la mula, su padre todavía tuvo unas palabras para el cochero.

—Esa mujer es el mal encarnado, hermano. Montará en cólera por esto. Si os sentís en peligro, huid sin pensarlo. Nosotros os acogeremos.

De tal guisa abandonaron el palacio condal de Oliva para luego traspasar el portal del Pi y poner rumbo al norte, por el camino que los llevaría a Valencia. Joan se volvió al dejar atrás la muralla y contempló, en la oscuridad, el único hogar que había conocido. Fue entonces cuando comprendió que la vida estaba hecha de pena y renuncia.

43

Dunluce, 1588

Solo quedó el rumor de las olas cuando Joan calló, y algunas gaviotas que rompían el tenso silencio. Ealasaid no se atrevió a imitarlas.

Habían vuelto juntos a la cala donde ella lo encontrara no hacía tanto. Joan le contó allí su historia. Una historia de dolor, vergüenza y odio que los había llevado del mediodía al declive de la tarde. El sol estaba bajo y pronto la luz empezaría a menguar.

La muchacha no lo interrumpió, aunque en algunos momentos deseó tomarle la mano, abrazarlo, calmar el temblor de su voz en ciertos pasajes: la huida de Oliva; el asesinato de su padre cuando creían que estaban a salvo; el horror de la vida de soldado a la que se vio abocado por la acción de aquella mujer; de nuevo la muerte ante sus ojos, esta vez de su madre…, y la revelación de su verdadero origen.

Joan era fruto de un desliz vergonzoso. Un vástago ilegítimo y, desde luego, no deseado en su momento. Y, por si todo aquello no fuera suficiente, tuvo que saber la verdad a través de la mujer que había llamado madre durante toda su existencia, aun sin serlo. Ella no lo había parido. Quien lo trajo al mundo era la misma que arruinó la vida de su padre.

—Eres hijo de esa Magdalena de Centelles… —gimió Ealasaid.

—Un bastardo, sí.

Los bastardos eran algo bastante común en Irlanda. Todo jefe de clan que se preciara contaba con alguno, generalmente nacido de alguna aventura amorosa en mitad de la guerra. El producto del tedio, el alcohol o la calentura varonil. Ealasaid ni siquiera habría puesto la mano en el fuego por su padre, por mucho que le constara cuánto amó a su madre. Sin embargo, tales faltas eran relativamente aceptadas entre irlandeses y escoceses. De hecho, los hijos ilegítimos solían ser reconocidos y tenían incluso derechos de herencia.

Por lo visto, no ocurría lo mismo en España. Allí, al parecer, guardar las apariencias lo era todo entre la alta sociedad, especialmente en el caso de las mujeres. Al marido se le daban palmaditas en la espalda por su supuesto acto de hombría; a la otra parte se la llamaba pecadora y cosas peores, mientras se

la obligaba a esconderse como una apestada. Reconocer a Joan como hijo de Magdalena habría supuesto el fin del matrimonio con Carlos de Borja y Castro, o lo que era lo mismo, la enemistad de los Centelles con una de las familias más poderosas de Europa.

—Algo que no podían permitirse, por supuesto —le contó él—. Así que, con la venia de don Pere, lo escondieron todo. A Magdalena la enviaron a un convento durante el embarazo para que nadie advirtiera cómo crecía su vientre. No tuvieron que esforzarse mucho para convencerla, ya que fue la primera en renegar de su preñez. De hecho, ella misma planteó la necesidad de interrumpir mi gestación, algo a lo que su hermano y mi padre se negaron por tratarse de uno de los pecados más aborrecibles. Ya ves, si hubiese sido por esa mujer, ni siquiera estaría aquí ahora.

»Pero nací. Y fue hacerlo y rechazarme. Si mi padre no se hubiera apiadado entonces, si no me hubiera acogido para criarme aunque fuera en soledad, quizás habría acabado con cualquier familia de labriegos, en el mismo convento o en el colegio de orfandad de Valencia. Y quiso la fortuna que tuviera recompensa: como Magdalena se negó a amamantarme, contrataron como nodriza a una joven viuda que también había perdido a su hijo. La buena mujer tomó la tarea con todo el amor que el destino le impidió dar a su niño fallecido, y mi padre se enamoró de ella. No tardaron en casarse, y de ese modo tuve una verdadera familia. Ella me quiso cada día de su vida como si me hubiese llevado en sus entrañas, y fue quien me reveló la verdad poco después de que mi padre muriera. ¿Imaginas lo duro que es decirle a un hijo que no es tal?

—Sí lo eres, en realidad —le dijo, y lo creía con toda su alma—. Lo que importa es el sentimiento.

—Lo sé. La tengo por mi madre. Todavía con mi padre de cuerpo presente, tal como le había prometido, me lo contó todo. Tanto lo que yo ya sabía, el desliz con Magdalena, como lo que no: que la Centelles era quien me había engendrado. Temió que la rechazara al saber la verdad, pero ¿cómo podría hacerle algo así? Después de habérmelo dado todo cuando nunca tuvo obligación alguna hacia mí… Creo que la quise más incluso. Pues una madre natural ama porque debe hacerlo, es su naturaleza. Ella me amó sencillamente porque lo deseó.

Joan rompió a llorar con aquella discreción suya, siempre calmado, siempre tratando de contener sus emociones. Ealasaid le cogió las manos y se miraron un rato largo, compartiendo la tristeza. Poco a poco, el desconsuelo del español se fue mitigando.

—Deberías dar gracias por ese amor que te ofreció, pues no existe nada tan puro —dijo—. Sin embargo, te aferras al odio hacia Magdalena de Centelles. Olvidas que sin ella tampoco estarías aquí. De hecho, cuando agredieron a tu padre, no recibiste ni un arañazo porque así lo había ordenado.

—Un posible acto de remordimiento no la redime de todas sus fechorías.

La conmoción del joven era también la suya; la había padecido. Sin embargo, el dolor había mortificado a Joan durante largo tiempo, mientras que la herida de la irlandesa era reciente. Muy aguda y llena de culpa, pero la del español estaba ulcerada tras casi veinte años sangrando sin una cura.

Quizás aquel era el motivo por el que el destino los había unido en la playa. ¿Quería Dios aliviar sus quebrados corazones haciendo que ambos se conocieran? Dos personas agrietadas e incompletas que pudieran sanarse la una a la otra gracias al cariño; era un pensamiento esperanzador, aunque se tambaleaba por la insistencia de Joan en regresar a España. No quería, o no podía, dejar a un lado todo aquel sufrimiento.

—Ambos somos hijos de la desgracia, supongo —sonrió Joan sin alegría.

—El padre Pilip dice que todos lo somos.

—Sí, pero algunas desgracias esclavizan más que otras.

—¿Eso es lo que te dices para justificar lo que sientes? ¿Que estás atado? Suenas como mi padre. Toda una vida le ha costado darse cuenta de que las cadenas más pesadas nos las ponemos nosotros mismos.

Dijo aquello sabiendo que, al fin y al cabo, el argumento valía también para ella. Joan había decidido cargar con la venganza. Ealasaid, con la culpa.

—Y tú suenas como uno de esos druidas vuestros. Sabia y certera. No creas que no veo la verdad en tus palabras. Y, sin embargo, soy incapaz de aceptarlas. Me falta valor.

—Tal vez el problema es que tienes demasiado. Quizá deberías ser un poco más cobarde, lo suficiente para no pretender hacerlo todo tú solo, para aceptar la ayuda que se te ofrece.

—Es posible. Pero también tú, que dices entender mi pena, podrías esperarme. Pues cumplo mis promesas, ya lo sabes: si digo que regresaré, es que lo haré.

—Eso jamás lo he dudado. Sin embargo, el hombre que volvería no sería el mismo que aquel que se fue. Tu alma, lo mejor de ti, estaría manchada con un crimen. Habrías dejado de ser el Joan al que amo.

—Voy a matarla, Ealasaid. Sé que se trata de un acto ruin, despreciable, que me condenará al infierno. Pero lo haré. Debo hacerlo.

Ealasaid sacudió la cabeza. Había decidido que no quería presionarlo más. Nada podía decirle que no hubiera dicho ya. Solo le quedaba confiar en que él recapacitara durante aquel tiempo añadido e inesperado; quizá tuviera que darle las gracias al misterioso saboteador del barco. Aunque estaba convencida de que no sería suficiente.

Sin embargo, debía ser clara en su postura.

—Nunca seré segundo plato en las pasiones de nadie, y menos por detrás de odios y rencores. Si para ti la venganza está por encima del amor, mejor que no vuelvas.

Joan bajó la mirada, profundamente decepcionado. La joven pudo ver en él unas ansias verdaderas de aceptar aquellas condiciones. En verdad deseaba quedarse; en verdad deseaba darle su corazón. Y, a pesar de todo, no lo hacía.

De pronto, algo captó su atención. Miró arriba, hacia el castillo, y frunció el ceño alertado por una sospecha. Por un temor.

—Ocurre algo —dijo.

Hablaba su instinto de soldado, y hablaba bien. Los guardias, normalmente tan estáticos, se movían presurosos. Vieron a uno de ellos correr y desaparecer, mientras el resto se quedaban mirando al sur, hacia el camino que venía del interior de la isla.

Olvidaron por el momento sus pesares y regresaron a paso vivo hacia la fortaleza. Ya en la colina, fueron testigos, junto al resto de alterados aldeanos, de la nube de polvo que se elevaba a lo lejos. Debía de ser un buen número de jinetes. Distinguieron un puñado de banderolas, y aunque todavía no era visible su heráldica estaba claro a quién pertenecían.

Los ingleses regresaban. Y aquello solo podía significar una cosa: habían descubierto la presencia de los españoles.

—¡Tengo que alertar a los míos! —clamó Joan.

Se lanzó a la carrera, y Ealasaid lo siguió. Agradeció llevar las polainas y no una falda, pues el soldado volaba. Cuando llegaron al patio, sus compatriotas ya estaban reunidos, y junto a ellos todos los MacDonnell. Seumas fue el primero en hablar.

—¡Te dije que esto ocurriría, padre!

—¡Olvida las culpas! Se impone hacer algo —dijo Somhairle, e hizo una seña a Caoilte, el jefe de la casa de la guardia—. Cerrad las puertas de inmediato.

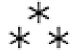
—¿Y los aldeanos, mi señor? —preguntó él.

—Es imposible que podamos alojarlos a tiempo. Carleill no les hará daño. Que nos digan lo que pretenden, y luego veremos qué hacemos.

Somhairle y sus hijos subieron a la torre de guardia, y desde la ventana situada justo sobre el portón esperaron la llegada de los ingleses. Los españoles se colocaron tras ellos para que no pudieran verlos desde fuera.

—Mal negocio este, Mateu —creyó entender Ealasaid en boca de Álvaro Romero, y algo más que fue dicho en un castellano demasiado rápido para su comprensión—. Me temo que de esta no salimos ni a golpe de estoque.

—Chitón —exigió Joan, y nadie más habló.



Era una comitiva mucho más generosa que la anterior, lo cual significaba que los ingleses temían un altercado. Sesenta soldados contó Ealasaid. Insuficientes para tomar el castillo, en caso de que lo pretendieran, pero bastantes como para realizar un asedio. Podían plantarse a las puertas y mantener un bloqueo mientras avisaban al lord diputado Fitzwilliam, quien, conociendo su fama, acudiría presto con un ejército capaz de echar abajo las murallas de Dunluce.

Christopher Carleill marchaba al frente. Era lo esperado. Sin embargo, la muchacha reparó en algo extraño: junto a él cabalgaba una mujer. No podía distinguir sus rasgos, pues estaba más allá del puente y se cubría la cabeza con un tocado, pero vestía como una irlandesa, y también la retaguardia parecía compuesta por soldados isleños. Aquello sí era una novedad: irlandeses aliándose con ingleses.

—Es inaudito —dijo Ragnall—. ¿Han contratado mercenarios entre los nuestros? Quizá sean hombres de ese bastardo de Hugh O'Neill.

—No lo creo —respondió Somhairle, y luego llamó la atención sobre un detalle esclarecedor—. Hugh O'Neill es orgulloso, pero estos no esgrimen banderola alguna y cubren sus tartanes a conciencia. No quieren desvelar a qué familia pertenecen. Aquí hay gato encerrado.

El condestable de Carrickfergus se adelantó a caballo, acompañado de sus capitanes. La misteriosa mujer se quedó atrás. Carleill traspasó el puente hasta detenerse bajo la ventana.

—Saludos, Somhairle, hijo de Donnell —saludó—. Es extraño ver tus puertas cerradas. La última vez el recibimiento fue más hospitalario.

—Bienvenido seas a mi hogar, sir Christopher. No os preocupéis por los portones, pronto los abriremos —respondió el otro, siguiendo la farsa—. En cuanto terminemos de engrasar los goznes y limpiar las hojas por dentro.

—Espero que sea pronto, pues debo revisar vuestro castillo. Me han llegado lamentables rumores acerca de que tenéis a vuestro amparo a un

enemigo de la Corona. Algo inadmisible para la reina, como bien sabéis. —Carleill detuvo la plática para atender un susurro de uno de sus oficiales—. Oh, vaya. Por lo que dicen en el poblado no es solo un español, sino cinco. Malas cuentas, señor de Antrim.

—Nadie mora aquí que sea un peligro inmediato para Inglaterra, sir —respondió Somhairle, sin perder la compostura. Ealasaid lo vio entonces con ojos nuevos. ¿Era aquel el hombre de armas, inmune a las presiones de la guerra? ¿El famoso guerrero?—. Dejadme que desatranque los portones y podréis comprobarlo por vos mismo.

—No tardéis, pues hemos agotado casi toda nuestra paciencia durante el viaje.

Se apartaron de la ventana y, mientras bajaban de la torre, Somhairle dio las órdenes oportunas.

—Debéis escapar ahora mismo —dijo a los españoles—. Os daremos algo de tiempo para que paséis por la despensa, llenéis un saco con comida y huyáis por los túneles. Seguid la costa, rumbo oeste, y tratad de alcanzar Doire. Vuestra mejor opción ahora es encontrar al obispo Redmond O'Gallagher. Ealasaid, acompáñalos hasta la cueva de la Sirena y regresa enseguida.

—Mi señor Somhairle, quizás esa ya no sea una opción —respondió Joan, para sorpresa de todos, especialmente de sus compañeros—. Resulta obvio que los ingleses conocen nuestra existencia. Presumo que alguien nos ha denunciado, desde la aldea o tal vez desde dentro.

—El saboteador del barco… —comprendió Ealasaid.

—En efecto —continuó el soldado español—. Si no nos encuentran, podrían tomar represalias contra vuestra merced y los vuestros. Después de cuanto habéis hecho por nosotros, no puedo permitirlo.

Diego de Sevilla carraspeó, dando a entender que no estaba muy de acuerdo con aquello.

—La situación es comprometida, pero tengo una deuda de honor con vuestra familia —siguió hablando, sin hacer caso al barbero—. Me entregaré a los ingleses. Quizás eso aplaque su ira contra los MacDonnell y dé algo más de tiempo a mis compatriotas.

—¡No! —sollozó Ealasaid, incapaz de contenerse.

«Qué cruel es el destino», pensaría luego. Había deseado tanto que él se quedara…; y ahora era lo último que quería.

—Tu coraje no tiene igual, chico. Pero ¿qué anfitrión sería yo si entregara a mi huésped? Ni yo me lo perdonaría ni lo haría mi hija. Tus miedos,

además, son infundados. Los ingleses maldecirán y amenazarán, nada más. No habrá daño alguno, pues sin prueba no hay delito, y nadie se aventura a iniciar hostilidades con un clan tan poderoso como el mío sin algo tangible.

»Así que deja de decir tonterías y aprestaos a largaros. Cuando esto acabe, enviaré hombres a buscaros para que al menos os escolten hasta Doire.

Un Joan profundamente emocionado se arrodilló allí mismo, al pie de la torre, frente a Somhairle, y le tomó una mano para besarla. Sus compañeros hicieron lo propio y también hincaron la rodilla en el suelo.

—Jamás olvidaré cuanto habéis hecho, mi señor. Lo repito una vez más: allá donde vaya alabaré vuestro nombre y el de vuestra familia.

—Me conformaré con que tú y los tuyos les deis guerra a esos malnacidos *sassanach*.

La muchacha corrió delante de los españoles mientras Joan daba algunas órdenes. Envió a Pedro Llanes, Sevilla y Romero a por los equipajes que habían preparado la noche anterior, cuando pensaban que partirían con el barco, que por fortuna todavía no habían deshecho. Mientras tanto, él mismo, Ealasaid y Nicolo, repuesto casi por completo de su lesión, hicieron provisión de comida. Allí se encontraron con Roderic, que se ofreció a ayudarlos.

—Alguien más con quien contraigo una deuda —le dijo Joan.

El maestresala, tan parco en palabras, simplemente asintió. Sin muchas contemplaciones, metieron en un saco tiras de carne seca, nueces y otros alimentos que pudieran durar lo suficiente para alcanzar Doire.

No tardaron en encontrarse todos de nuevo junto al acceso a las grutas del patio trasero. Pedro Llanes portaba un arcabuz y miraba alrededor como si esperase que un inglés saltara sobre él en cualquier momento. Su alma de soldado estaba siempre preparada para lo peor, a diferencia del barbero, el griego y Romero, que preferían dejarse llevar. Los españoles iban embozados en capas de tono ocre, pero su vestimenta principal era otra que la muchacha no había advertido antes: de huéspedes despreocupados habían pasado a ser hombres de armas, resueltos combatientes de aquellos famosos en toda Europa, tercios de la mayor potencia conocida, mal que le pesara a Inglaterra. Era mucha la diferencia con las gentes de allí: un irlandés, no digamos ya un escocés de las Tierras Altas, no era de los que se escondían en las sombras, y su disciplina se limitaba la mayoría de las veces a cargar todos a una.

—Sé que deseabas quedarte, Llanes, pero este lugar ya no es seguro. Quizá si alcanzamos ese Doire del que nos han hablado… —le dijo Joan.

—No le haré ascos a poner distancia con esos hideputas herejes, pues no son las condiciones buenas para darles por el ojal. Siempre puedo regresar en

el futuro.

—Sí, podéis hacerlo —le respondió con sinceridad Ealasaid; pero, aunque miraba a Llanes mientras hablaba, el verdadero destinatario de sus palabras era Joan—. Aquí siempre tendréis las puertas abiertas. Siempre que regreséis sin el corazón sucio por el odio.

Ahora sí observaba a Joan. Pero no había tiempo para más.

Romero y Roderic alzaron la reja, y el grupo se coló en la oscuridad. Cruzaron por los pasajes con Ealasaid a la cabeza, que los guiaba sin luz una vez más. Llegaron a la cueva, a la que primero se asomaron Joan y Pedro. Despejado. Subieron la cuesta pedregosa, dejando a su espalda los restos del barco a medio calcinar, y se detuvieron justo en el umbral de la gruta.

—Empieza a escasear la luz —les dijo ella—. Es el mejor momento para salir, antes de que enciendan las antorchas de las almenas, aunque imagino que mi padre lo retrasará cuanto pueda. Si seguís el sendero hacia la derecha, pasaréis por debajo del puente y podréis alcanzar el otro lado del peñasco. Pero sed sigilosos, pues si os oyen todo estará perdido.

Joan la tomó del brazo, tras decirle a Llanes que asegurara el exterior, y la arrastró de nuevo dentro de la cueva, alejándose un poco de los otros. Se quedaron mirándose unos instantes a pesar de la falta de tiempo. Era el momento más amargo.

—Nunca amaré a otra mujer, Ealasaid. Ya no. Solo a ti.

—Si eso es así… Sé que ahora no puedes quedarte. Debes irte para salvar la vida. Pero olvida tu venganza, por los cielos. Deja atrás ese odio y regresa a mí tal como me he enamorado de ti. Hazlo, y me entregaré por completo. Venceremos nuestras penas juntos.

—¿Cómo sabrás que no me he rendido a la venganza?

—Me bastará con mirarte a los ojos.

—Ojalá pudiera prometértelo, Ealasaid. Ojalá.

La tomó del talle y juntó sus labios con los de ella. Por los antiguos dioses, qué emoción tan intensa sintió entonces. El gozo y el dolor se mezclaron entre estremecimientos, gemidos y sollozos. Cuando separaron sus bocas, cuando él dio un paso atrás, fue como si le arrancaran de cuajo el alma.

Pero otras urgencias se imponían. Sin embargo, los españoles no se movían; estaban con las manos en alto, bajo una amenaza inesperada.

Ealasaid no pudo aceptarlo, aquello no tenía el menor sentido. Roderic estaba delante de todos ellos, apuntándolos con una pistola de chispa y exhibiendo una sonrisa triunfal.

—¿Qué diantres es esto? —preguntó la joven; pero, cuando trató de adelantarse para encararse con el maestresala, Joan la aferró y la situó tras de sí para protegerla. Después, él mismo dio la respuesta.

—Creo que acabamos de descubrir al saboteador del barco.

—Muy sagaz, español —asintió el que los encañonaba—. Tuve que hacerlo para reteneros aquí hasta que llegara Carleill.

—¿Cómo has podido, Roderic? —dijo la muchacha—. Mi familia confiaba en ti. ¡Llevas años con nosotros!

—Y qué largos se me han hecho, por cierto. Pero ha valido la pena.

—¡Este perro malnacido nos ha vendido a los luteranos de mierda! —exclamó Romero.

—No puedo creerlo —negó la joven—. ¿Es así, Roderic? ¿Vas a entregarlos a Carleill? ¿A cambio de qué?

—De lo que me pertenece, Ealasaid. De lo que siempre tuvo que ser mío; aquello que tu padre arrebató a los míos.

Estaba tan confusa que no cayó en la cuenta de a qué se refería. La situación era demasiado apurada para que la cabeza pudiera funcionar bien. Sobre todo cuando, a sus espaldas, escuchó a Llanes decir algo en castellano. Creyó entenderlo, lo cual hizo que se le helara la sangre.

—Vamos a por él, Mateu. Somos cinco, y él solo tiene una bala. No podrá con todos.

Joan volvió el rostro. Su mirada fue tan tajante como habría deseado que lo fuera su espada.

—Esa bala podría dar a Ealasaid. No nos arriesgaremos. Además, ¿de qué serviría? En cuanto sonara el tiro, los ingleses se nos echarían encima. Solo queda un camino.

Dejó caer la espada a sus pies. Una blasfemia después lo hizo Llanes, y entonces el resto de sus compatriotas soltaron sus dagas. El traidor dejó de apuntarlos con el pistolete, que dirigió hacia el cielo antes de disparar. Todo hecho. El aviso a Carleill había sido dado. Todo perdido.

—Que el Altísimo te envíe directo al averno, Roderic —le dijo Ealasaid, más llena de furia de lo que jamás había estado. «Tal vez eso mismo siente Joan hacia Magdalena», pensó por un momento.

Pero el aludido, que había sacado una daga para contener las previsibles ansias de los españoles de lanzarse sobre él, no se amilanó. Sonrió de nuevo.

—Dejad de llamarme así. Ese no es mi nombre. Soy Rudaidhrí, hijo de Éamon MacQuillan, segundo de su casa; Rudaidhrí, hijo de Caitlin… MacDonnell.

El corazón de la muchacha casi se detuvo al escuchar aquello. No podía ser cierto. Ese hombre no podía ser quien decía ser.

—Encantado de conocerte, tía Ealasaid.

44

Los ingleses escoltaron a los prisioneros de nuevo al patio principal, donde Carleill había reunido a todos los habitantes del castillo. Joan, conducido a golpe de mosquete en la espalda, podía ver la furia en los ojos de Somhairle, de Ragnall e incluso de Seumas. Al capitán de la guardia del patriarca, Owen, le faltaba apenas una orden para saltar espada en mano. Tampoco los que servían a la Reina Virgen andaban sobrados de aplomo, a juzgar por las miradas intranquilas y el temblor de picas y arcabuces.

Temió lo peor: que los MacDonnell estallaran en cólera ante lo que, al cabo, era una flagrante intrusión en su hogar. Una palabra del caudillo, y los soldados escoceses se lanzarían sobre los luteranos, a quienes buenas ganas tenían. Sería una carnicería de resultado incierto, pues las fuerzas de unos y de otros estaban muy igualadas.

El problema para Somhairle era que en mitad de aquella refriega se encontrarían personas inocentes e indefensas como Ealasaid, la esposa de Seumas y sus niños, además de los criados. Los hombres de Carleill, en cambio, no tenían motivos para ser escrupulosos, y esa era su ventaja.

A los españoles los situaron entre ambos grupos enfrentados. El condestable de Carrickfergus hizo una seña a los suyos para que soltaran a Ealasaid, quien, rauda, fue a suplicar a su padre.

—No permitas que se los lleven, te lo ruego.

—Me temo que tal decisión está por encima del mando de vuestro padre, milady —dijo Carleill.

Hablaban en gaélico, pero a aquellas alturas Joan entendía lo suficiente gracias a las lecciones del padre Pilip y la propia Ealasaid.

—Esto es un ultraje que no pienso permitir —se plantó Somhairle, con los dientes apretados—. Estos hombres son mis huéspedes.

—Y también enemigos de la Corona, a la que jurasteis lealtad no hace tanto. Sobre ellos pesa una orden de captura que no puedo ignorar.

A fe de Cristo que, en el fondo, Joan comprendía la situación en que se hallaba Carleill. Estaba el pobre entre la espada y la pared, obligado por su lealtad a la bandera que servía y a la vez claramente incómodo en un asunto

que, a poco que se tensaran las cosas, podía acabar con las herreruzas en mano. Era la primera vez que lo tenía delante, y pensó que su aspecto era el que había esperado en uno de esos típicos ingleses de corte fino. Se atusaba el bigote y la perilla una y otra vez, intranquilo. No parecía que dominara los acontecimientos, más bien al contrario. Intuyó que habría preferido estar en cualquier otro sitio.

—Me habéis mentido, Somhairle, que es lo mismo que mentir a la reina —continuó Carleill—. Desde que tomé posesión de mi cargo, he procurado mostrarme amistoso con vuestra casa. He buscado constantemente acercar posturas, ser generoso. Pero, en cuanto me distraigo, pagáis eso con un engaño. No me dejáis muchas alternativas. Tendré que relevaros del gobierno de Dunluce hasta que el lord diputado Fitzwilliam decida al respecto.

—¡Eso es una afrenta! —bramó Seumas.

—Afrenta con afrenta se paga —respondió el condestable.

Joan vio que era el momento de hablar, aunque dudaba de que pudiera hacer algo para cambiar las tornas.

—Sir Carleill, ¿me permitís unas palabras? —dijo en latín. El inglés lo miró con el ceño fruncido, pues no había esperado semejante atrevimiento. Aun así, asintió—. Vuestra merced y yo somos enemigos, no cabe negarlo. Pero el único pecado de esta gente ha sido actuar como buenos samaritanos. ¿Podéis culparlos por ello?

—No los culpo por eso, sino por la mentira.

—Escaso valor tiene salvar al necesitado para entregarlo al infortunio a las primeras de cambio. En cualquier caso, ya nos tenéis, e iremos con vuestra merced de buena gana a condición de que nadie en Dunluce sea castigado.

—De buena gana, lo que se dice de buena gana… —dijo entre dientes Romero.

—¡No! —gritó Ealasaid, antes de que Ragnall la tomara entre sus brazos.

Carleill, por primera vez, contempló a los españoles detenidamente.

—Digna petición. Por desgracia, no puedo arriesgarme a dejarlo todo tal cual. —Volvió a dirigirse a Somhairle—. Designaré a alguien para que tome el control del castillo hasta que el lord diputado dicte una resolución.

—¿Quién, en nombre de lo más sagrado? —exigió saber el anciano.

—Podéis estar tranquilo, quedará en familia.

Somhairle, por supuesto, no entendió el comentario. Los ingleses abrieron un pasillo entre las tropas para que dos individuos avanzaran: la misteriosa mujer que habían visto desde la distancia, y que cubría su rostro con una

capucha, y aquel que habían llamado Roderic y ahora sabían que era en realidad Rudaidhrí, el mismísimo nieto de Somhairle.

—¿Qué locura es esta? —barruntó el jefe del clan—. ¡Roderic, me has traicionado!

—¿Así le hablas a tu nieto, abuelo? —rio.

Las cejas casi le salieron al anciano por encima de la frente ante semejante revelación. Pero aún le esperaba una sorpresa mayor: antes de que encontrara palabras para responder, la mujer se descubrió el rostro. Joan vio cómo los MacDonnell quedaban sin aliento y sus rostros se volvían de pronto blancos. Se oyó un único balbuceo, de aquella que más desconcertada estaba.

—¿Madre? —preguntó Ealasaid.

—No, no soy madre —respondió la desconocida—. Pero casi has acertado. Me alegro de conocerte al fin, hermana mía.

El propio Joan no fue capaz de contener un suspiro. ¡Aquella era Caitlin, la hija mayor de Somhairle! Se lo habían contado varias veces: la muchacha casada años atrás con el heredero de los MacQuillan, de la que se distanciaron tras derrotar a estos. Desde luego, era una locura. ¿Quién podía esperar que estuviera involucrada?

—¿Hija mía? —logró decir al fin el anciano—. ¿Eres tú quien está detrás de todo esto? ¿Por qué?

La irritación formó arrugas en la cara de Caitlin, de edad ya madura pero que conservaba toda la fuerza y belleza de las mujeres MacDonnell.

—¿Cómo te atreves siquiera a preguntarlo, padre? ¿Cómo tienes la desfachatez de hacerte la víctima? Más de veinte años me habéis tenido olvidada, después de cederme en vano a un esposo al que tardasteis tres en asesinar. ¿De verdad os sorprende que me cobre venganza por ello?

Estaban demasiado conmocionados para hablar. Nadie daba crédito a lo que estaba pasando; incluso el estoico Seumas parecía desbordado. Carleill lo aprovechó para dar las órdenes definitivas.

—Lady Catherine… ¿O preferís lady Caitlin, mi señora?

—Catherine MacQuillan es mi nombre ahora.

—Sea, pues. Dispongo que lady Catherine MacQuillan y su hijo Rudaidhrí permanezcan como gobernadores temporales hasta que el lord diputado Fitzwilliam sea informado y resuelva el conflicto. Serán asistidos y tendrán que rendir cuentas mientras tanto a mi capitán, Robert Henshawe —dijo, señalando al hombre enjuto que tenía a su lado—, que permanecerá aquí junto con otros diez de los míos para velar por el cumplimiento de mis órdenes.

—Tal disposición es innecesaria, sir Christopher —se quejó Catherine.

—Estaré más tranquilo así —respondió Carleill, de un modo que no admitía réplica; luego enfatizó sus siguientes palabras—. Los MacDonnell serán confinados en sus aposentos personales, donde se les tratará con esmero, y no se les lastimará en modo alguno. No podrán salir de allí sin escolta de al menos uno de mis hombres.

—¿Pretendéis encerrarme en mi propia casa? —se quejó Somhairle.

—Podría hacer mucho más, así que mejor no tentéis a la suerte —lo atajó—. Lo mismo ordeno para cualquier soldado o guardia de la fortificación: permanecerán en sus barracones, y se hará una redada para recoger cualquier arma y guardarla bajo llave. Los criados quedarán libres para realizar las tareas indispensables para el funcionamiento del castillo.

»Estas disposiciones serán respetadas de un lado y del otro. —Miró directamente a Catherine—. Si me entero de que los MacDonnell o mis hombres sufren un solo rasguño, regresaré con todas mis tropas y ya no seré amistoso con nadie.

El tono del oficial inglés fue tajante. Se acarició el mostacho y luego la perilla, en un gesto reflejo que Joan imaginó propio de los instantes de preocupación.

—¿Y qué vais a hacer con ellos? —preguntó Ealasaid, señalando a los españoles, como si nada más le importara.

—Lo que se me ordenó: debo llevar a los náufragos de la Armada española al castillo de Dublín, donde serán encerrados y esperarán rescate o sentencia. —Carleill miró a Joan—. Bien deseo que sea lo primero.

A una señal suya, varios de los soldados maniataron a los españoles. El condestable, tras mirar al cielo ya oscurecido, dijo entonces que era demasiado tarde para iniciar la vuelta a Carrickfergus.

—Partiremos mañana, antes de que amanezca. Mientras tanto, tengo entendido que hay unas celdas en la torre sur, ¿verdad? —preguntó a Rudaidhrí, quien se apresuró a asentir—. Bien, llevad allí a los prisioneros.

A empellones lo hicieron, sin que las quejas de los MacDonnell sirvieran de mucho. Joan dirigió a Ealasaid una mirada que pretendía transmitir calma, pero era consciente de que hacía falta mucho más para tranquilizarla. Todavía pudo escuchar a Somhairle, antes de entrar en la atalaya, lanzando con gravedad una última declaración.

—Conocéis el lema de mi familia, Carleill: «Por mar y por tierra». Pues así será después de lo que hoy habéis hecho: por mar y por tierra, algún día me cobraré este insulto.

El español no pudo más que admirar la entereza del anciano, que ni en las peores se mostraba vencido en su ánimo. Quizá debía tomar nota para lo que se le venía encima.



Los dejaron en una habitación cuadrada, por debajo del nivel del suelo de la torre. Era húmeda y olía a desamparo. No había más mobiliario que un sumidero en una de las esquinas, de donde venían los terribles hedores. Pero, al fin y al cabo, los allí presentes estaban habituados al tufo propio del hacinamiento de los viajes en alta mar o de las trincheras.

—Me da a mí que no habremos de preocuparnos por pillar unas fiebres —dijo el Mozalbete, que era puro abatimiento—. Por soga nos iremos allá arriba antes de que eso ocurra.

—Ya mismo firmaría semejante acuerdo —le respondió Nicolo, más entero—. Por desgracia, me temo que nos llevarán de una prisión a otra y, entremedias, nos alegrarán las estancias a base de tortura. Que, si nosotros lo hacemos, ¿por qué habrían de ser estos herejes distintos?

—Mal negocio pintáis, pardiez —barruntó Romero, y luego miró a Joan—. ¿Nada se puede hacer?

El cabo se sentó en uno de los mugrientos colchones de paja, aunque le quedaba tan poco relleno que era apenas una manta sobre el suelo. No respondió de inmediato; tenía demasiadas cosas en la cabeza. Pero hizo un esfuerzo para apartar la imagen de llanto de Ealasaid y concentrarse en lo más inmediato. Tampoco es que hubiera soluciones mágicas, como en las novelas aquellas en las que el caballero siempre salía bien parado. Además, aunque se había visto en trances críticos, podía alardear de no haber sido hecho prisionero nunca antes. Así que escasa experiencia tenía en aquellas lides. A pesar de ello, había una luz de esperanza; quizá muy tenue, pero que se mantenía viva.

—Hasta el rabo todo es toro —dijo, echando mano de la jerga taurina—. Es posible que surja alguna oportunidad y hay que estar atentos.

La esperanza tenía nombre: Carleill. No se hacía demasiadas ilusiones, pues estaba claro que aquel hombre era tan inglés como la mujer de faz emblanquecida que tenía por reina. Y las lealtades eran las que eran, en unos tiempos en que bastaba un error de escrúpulos para pasar al otro lado. Sin embargo, le había parecido uno de esos que sostenían su voluntad sobre unas reglas personales. Un poco como él mismo. ¿Habría ocasión de sacar algo de ello?

Se vería.

45

Después de poner a buen recaudo a los españoles y a la que un día consideró su familia, lo primero que hizo Catherine fue pasear por el castillo. Allá fuera, Rudaidhrí y Henshawe estaban organizando las guardias de sus hombres. Pero ella llevaba soñando con aquella victoria más de treinta años, y quería saborearla.

Treinta años. «Casi toda una vida», se dijo. Décadas en las que su mente no había dejado de urdir planes dirigidos a alcanzar su objetivo. No estaba muy segura de cómo la hacía sentir aquello: había pensado que estaría exultante, pero los sinsabores acumulados eran tantos que lo conseguido le sabía a poco. En cualquier caso, la venganza todavía estaba por concluir. Aún podía reportarle más satisfacciones.

Dunluce era suyo ahora. Tenía el castillo, la perla más ansiada por su padre, la posesión que más le dolía perder y por ello la más placentera de conseguir. En realidad, nunca antes lo había visitado. Cuando Somhairle tomó el bastión por primera vez, treinta y tres años atrás, ella era una muchachita que jamás había salido de Dunaneeny. Solo unos meses después fue entregada a Éamon MacQuillan, quien por entonces ya estaba arrinconado en Cúilín Gaelach. Todos creyeron que con aquel matrimonio les serían devueltas algunas de sus tierras en La Ruta, y quizá, con el tiempo, incluso el propio Dunluce. Pero los O'Neill de Clandeboye tuvieron que meterse por medio: al morir el tío de Catherine, Colla, y tomar Somhairle el control del clan, los O'Neill convencieron a Éamon y a su padre para firmar una alianza contra el nuevo señor de los MacDonnell. Sí, podía decirse que había sido culpa de los MacQuillan, ellos decidieron romper las reglas impuestas en su acuerdo matrimonial, pero ¿no fue ella quien alertó a su padre de la traición de Éamon? El aviso permitió a los MacDonnell derrotar a los agresores, ¿y cómo se lo pagó él? La abandonó. A ella y a su nieto de apenas dos años, cuando lo único que deseaba Catherine, por entonces todavía Caitlin, era regresar a casa. Con su verdadera familia.

Ya no los consideraba así. Ahora era Catherine; una MacQuillan, sí, pero por encima de todo, Catherine. Solo había una persona que le importara, su

hijo Rudaidhrí, quien ahora tenía el legado que merecía. Su suegro podía pudrirse allá en Cúilín Gaelach, y, en cuanto a los MacDonnell, habría de humillarlos más todavía. Somhairle caería tan abajo como lo estuvo ella: al fondo de un barranco enfangado desde el que observaría lo que había perdido.

Se cruzó con algunos sirvientes por los pasillos de la casa. Pocos de ellos dormirían tranquilos aquella noche. La placidez a la que estaban acostumbrados había sido alterada, y no parecían llevarlo muy bien. Al cruzarse con la dama apenas la saludaban, y cuando lo hacían era más con temor que con reverencia. Otros, los más leales a su padre, directamente la miraban con desdén. Memorizó sus caras: lo tendría en cuenta más adelante. Cuando los ingleses se marcharan, los obligaría a jurarle lealtad. Quienes no lo hicieran serían despachados.

Observó los tapices y escudos que hacían referencia al clan MacDonnell. Pensaba descolgarlos todos. Los llevaría al patio y, tras prenderles fuego, se solazaría viéndolos arder. Y obligaría a su padre a contemplarlos. Después colocaría en los huecos los emblemas de los MacQuillan. No es que los sintiera como propios, pero eran los que había adoptado a la fuerza. «Si queríais que fuera una MacQuillan, una MacQuillan seré».

El paseo la llevó hasta el salón principal, donde se dio el gusto de sentarse en uno de los dos tronos. No ocupó el de su padre, que reservaba para Rudaidhrí, sino el que correspondía a la esposa del señor. Sí, también aquello debía resolverlo. Cuando las cosas se asentaran, buscaría una mujer para su hijo, quizás alguna de las hijas de Hugh O’Neill, que con el beneplácito de los ingleses le disputaba el poder del clan a Turlough Luineach. Pero, mientras tanto, el trono sería suyo para hacer y deshacer a su antojo.

La sorprendió no sentirse demasiado cómoda en el sillón; hasta que un pensamiento le llegó de improviso: si el otro asiento era el del señor de Dunluce y Antrim, aquel en que ella se sentaba… era el de la señora.

Su madre.

Se levantó como si se hallara en una pira que empezaba a arder. La rabia le agrietó el rostro al comprender el poder que tenía el pasado sobre ella; pues, si odiaba a su padre por olvidarla, más ira albergaba hacia Màire. ¿Qué madre permitía que apartasen a su hija de su lado? La había maldecido desde entonces, cada mañana, al contemplar su propio reflejo en las aguas de la jofaina. Ella misma, tan parecida a su madre, era un recordatorio vivo de la afrenta. Y, aun así, a pesar del rencor acumulado durante años, había llorado amargamente al saber de su muerte.

Dejó la sala diciéndose que también quemaría aquellos sillones. Buscó entonces apaciguar el ánimo en la noche fresca y, tras desorientarse un poco, fue a salir al patio trasero. En las almenas ya vigilaban sus hombres. Los soldados de los MacDonnell debían de yacer en las habitaciones en la torre sur, mientras que la atalaya situada más al norte cobijaba a Somhairle y los suyos. Había dejado a Seumas junto a su esposa e hijos, y a Ragnall con su padre, todos custodiados por centinelas en las puertas.

Hacia allí se encaminó. Debía hablar con alguien. Era sin duda la persona más inocente en todo aquel asunto, si es que había alguien libre por completo de culpa. El guardia de la última planta de la torre se cuadró y le abrió la puerta de la alcoba.

Había esperado encontrar a Ealasaid echada en su cama, derrotada por el llanto. Así que se asombró al verla de pie, observando la lejanía desde la ventana. Parecía más entera de lo que su menuda constitución dejaba imaginar. Sí, era sin duda una auténtica hija de Escocia e Irlanda, de aspecto vulnerable pero dura como el acero. Más que la propia Catherine a la misma edad. Recordaba haber penado noche tras noche al ser entregada a Éamon, incluso cuando el dolor de la desfloración remitió. Por entonces solo quería regresar con su familia, y durante mucho tiempo mantuvo la esperanza de que recapacitarían; de que tarde o temprano acudirían para traerla de vuelta. Por eso traicionó a su marido cuando los MacQuillan se enfrentaron de nuevo a Somhairle. Un grave error. O quizá no tanto, pues gracias a esa decisión comprendió al fin cuánto la amaban los suyos.

Nada en absoluto.

La muchacha volvió el rostro hacia Catherine y la contempló con seriedad. Tenía los ojos rojos y las mejillas marcadas por las lágrimas, pero debía de haber llorado con estoicismo.

—He venido para ver si necesitas algo, hermana —le dijo.

—Lo que necesito supongo que no me lo darías, si te lo pido.

—Entiendo que te refieres a los españoles. —Catherine caminó hasta el borde de la cama y se sentó en ella; Ealasaid ni siquiera había revuelto las sábanas—. En ese caso, no, ni aunque quisiera. Su destino está ahora en manos de los ingleses.

—Entonces nada hay que hablar.

—Amas a ese español, a ese… Joan, ¿verdad? —preguntó, cambiando el tono victorioso y severo por un hilo de voz más amable. Al fin y al cabo, estaba ante una niña.

—Con toda mi alma. —Lo dijo convencida, sin asomo de duda ni vergüenza, y luego le dirigió un buen reproche—: ¿Sabes lo que es eso? ¿Has sentido alguna vez que tu lugar no es un castillo o un poblado, ni siquiera un país? ¿Que tu verdadero hogar es una persona?

—Por supuesto que sí. Todos nos hemos enamorado, Ealasaid. Era incluso más joven que tú cuando viví esa experiencia. ¿Te acuerdas de Eimhir, el panadero de Dunaneeny? —Ella asintió—. Debe de ser un anciano ahora, pero cuando yo vivía allí tenía un hijo, Iomhar. Recuerdo que desde pequeña me daba bolitas de pan recién horneadas que hacía solo para mí, cuando ayudaba a su padre. Su secreto era que las untaba con un poco de miel para que quedaran brillantes y sabrosas. La verdad era que, aunque estaban deliciosas, yo no bajaba varias veces al día por eso. Lo hacía por verlo a él.

—Recuerdo a Iomhar —dijo Ealasaid, con una sonrisa de añoranza—. Sigue con el oficio de su padre, que ya es demasiado mayor para ello.

—Y supongo que tendrá esposa, hijos, una familia propia, feliz. —Su hermana asintió; no entró en detalles, pero la simple confirmación provocó a Catherine una punzada de dolor—. Por supuesto. Yo lo quise como solo se puede querer cuando somos ingenuos, antes de que la vida nos golpee. Me besó un domingo, después de misa, cuando nos escapamos hasta uno de los acantilados junto al castillo. Jamás olvidaré aquel beso. Fue torpe por parte de ambos, pero dulce y sincero. Nunca me han vuelto a besar así. Mejor no quieras saber cómo lo hicieron después.

Había apartado la mirada mientras contaba aquel recuerdo, tan guardado en su memoria que ni siquiera su hijo lo conocía. La sorprendió que le costara tan poco abrirse a Ealasaid. Por muy hermanas que fueran, jamás se habían visto antes, pero de algún modo le resultaba natural hablar con ella.

—Te imaginarás lo que ocurrió: estaba claro que padre jamás me permitiría casarme con alguien de tan baja cuna como Iomhar. Menos aún teniendo en cuenta lo revueltos que eran aquellos tiempos. Nuestra familia había arrebatado La Ruta a los MacQuillan, pero padre no se fiaba, así que organizó mi matrimonio con Éamon y acabó todo entre Iomhar y yo. ¿Sabes de lo que hablo, hermanita? Por lo que tengo entendido, llevas tiempo rechazando las propuestas de los O'Neill.

—Màire, la esposa de Seumas, me contó una historia similar.

—No me sorprende. Porque así son las cosas para las mujeres. Todas estamos condenadas a enamorarnos de hombres a los que luego debemos renunciar por las exigencias familiares. Y si tú crees que puedes escapar de semejante cruz te engañas a ti misma.

—Padre respeta mi decisión de elegir marido… —respondió la muchacha, con escasa convicción.

—Sí, eso parece. Eres la hija afortunada. Ni Aileas ni Beitris pueden decir eso. Pero escúchame, Ealasaid, escúchame bien: no durará para siempre.

—Se lo prometió a madre en su lecho de muerte.

—Lecho al que no se me ofreció la oportunidad de asistir, por cierto. Ni al de Donnell. Por no poder, ni pude verte nacer. Quizá la vejez lo haya ablandado, pero estoy segura de que conoces muchas de las cosas horribles que hizo durante la guerra. ¿Crees que si la posición de la familia se tambalea mantendrá una promesa como esa? En cualquier caso, no le quedan muchos años de vida. Y a Seumas no lo ata ningún juramento.

Ealasaid era valiente. Trataba de mostrarse inmune a las amargas palabras de Catherine, pero ni toda su voluntad bastaba para ocultar la angustia por una sentencia que, en el fondo, conocía desde hacía mucho tiempo.

—Un toro no cambia el color de su pelaje, hermana —le dijo, tras levantarse y posar su mano sobre el hombro de la joven—. Yo supliqué a padre que no me apartara de Iomhar, y solo obtuve indiferencia. Contigo será igual, más tarde o más temprano.

—¿A eso has venido, Caitlin? ¿A torturarme?

Pasó por alto que la llamara por su nombre en escocés, algo que no soportaba.

—En absoluto. Todo lo contrario. Eres una víctima, como lo fui yo en su momento. La víctima de un padre y una sociedad que maltrata a las mujeres. —Le tendió entonces la mano—. Apóyame y empezaremos a cambiar eso. Tú y yo conseguiremos que las cosas vuelvan a ser como en los días antiguos, cuando se nos tenía en cuenta. ¡Fuimos guerreras y druidesas en el pasado! ¡Reinas, incluso! Manejábamos a los hombres a nuestro antojo.

Ealasaid la observaba con una mueca desabrida, por lo que supo al instante que su ofrecimiento no había tenido el efecto deseado.

—Ah, hermana… —le dijo, negando con la cabeza—. Tan cerca y tan lejos de mí. ¿Cómo puedes pensar del mismo modo que yo y a la vez totalmente diferente? Aciertas: este mundo es injusto con las mujeres, aunque también lo es con los humildes, los desvalidos, los diferentes. Y, sí, antaño nuestra posición era otra. Pero tú hablas de sometimiento, lo que en absoluto comparto. ¡No deseo imponerme a los hombres, nunca lo he querido! Mi única intención es estar a la par de ellos.

—Eso nunca ocurrirá. Ha de existir un fuerte que domine a los débiles. Yo pretendo que seamos nosotras quienes tengan ese poder, no ellos.

—Pues entonces olvida mi ayuda. Mis convicciones son todo lo que me queda ahora. No les daré la espalda por venganza. Si no se lo acepté al hombre que amo, menos a ti.

—Una pena, Ealasaid —dijo Catherine, tras un suspiro de lamento—. Mi ofrecimiento era sincero. Ahora tendrás que compartir el destino de nuestra…, de tu familia.

—«Tu familia»… —susurró—. ¿Tanto nos has odiado estos años, Caitlin?

—Mucho más de lo que imaginas. La venganza es lo único que padre me dejó en posesión, así que me volqué en esa tarea a conciencia. Preparé a mi hijo, que con gusto tomó dicha responsabilidad, y organizamos nuestros planes entre los dos.

—Supongo que el intento de envenenamiento de nuestro padre que frustró Roderic…

—Una farsa, por supuesto. Yo misma contraté al asesino, y, conociendo sus intenciones, no fue difícil para Roderic descubrirlo y ganarse así el favor de padre como mayordomo. Porque el golpe de muerte debía darlo él, no un lacayo, y para eso debía estar lo más cerca posible. Aunque, claro, luego llegó tu español y vimos un camino mejor.

—Tanto esfuerzo alimentado por la ira… —se lamentó Ealasaid—. Qué pena que te dejaras llevar por un sentimiento así, Caitlin.

—Quizás algún día lo entiendas. Y no me llames así. Esa mujer murió hace mucho. Padre y madre la mataron con su indiferencia. Soy Catherine MacQuillan, señora de Antrim.

La conversación también estaba muerta. En realidad, nunca había sido más que un cadáver. La ilusión de conseguir el apoyo de Ealasaid solo era un último intento de rescatar algo de aquella antigua familia. Durante un momento se había permitido imaginar la estampa de las dos hermanas unidas; algo hermoso, pero fugaz, como todos los sueños.

Catherine se dio la vuelta para retirarse. Tenía muchas decisiones que tomar junto a su hijo. Pero, antes de que cruzara el umbral de la puerta, Ealasaid volvió a hablar.

—Pensándolo bien, *Catherine* —le dijo, pronunciando el nombre con cierto énfasis—, sí hay algo que puedes hacer por mí. Agradecería que permitieras el acceso a mi alcoba al padre Pilip, párroco de San Cutberto. Quiero que ore conmigo por la suerte de los españoles.

—Te otorgaré eso, y será el último gesto que tenga contigo. Sin embargo, me temo que malgastaréis vuestro tiempo. Cuando llegue a manos de Fitzwilliam, tu amante puede darse por muerto.

Si esperaba encontrar congoja en los ojos de Ealasaid, se llevó una gran decepción. Allí, por encima de las lágrimas, había una voluntad férrea. Eso la enojó. ¿Cómo se atrevía aquella mocosa a mantener esperanzas después de cuanto le había contado? Lo que Catherine no se atrevió a admitir entonces fue que, más que enfado, sentía envidia.

Envidia porque en su hermana reconocía a la Caitlin que una vez había sido y jamás volvería a ser.

46

Norte de Irlanda

Marchaba al galope en la noche, aunque se cuidaba de forzar al animal pese a la urgencia de su cometido. Si lo azuzaba demasiado, lo reventaría, y tampoco resultaba inteligente: la mayoría de los caminos eran de tierra apelmazada, y estaban llenos de hoyos y surcos donde el caballo más fuerte podía dar un traspié y romperse una pata.

Con todo lo que había en juego, sería una catástrofe. A veces, al bajar el ritmo para que la bestia descansara un poco, miraba al firmamento y pedía al Todopoderoso que intercediera para que su misión tuviera éxito. Había tanto por lo que orar…

Con los acantilados a la diestra, alcanzó el río Bhanna[6] cuando ni siquiera llevaba una hora de cabalgada. En cuanto lo cruzó, a través de un pequeño puente medio desvencijado a la altura de Cúil Raithin[7], supo que había dejado atrás la relativa seguridad de Antrim. Ahora se hallaba en territorio de los O'Cahan, clan tributario de los O'Neill de Tyrone, y por delante le quedaba la mayor parte del viaje. Los O'Cahan habían sido fieros enemigos de los MacQuillan en otro tiempo, pero, desde que los MacDonnell tomaron posesión de Antrim, permanecían tranquilos gracias a su vasallaje con los O'Neill. Sin embargo, de todos era sabido que su jefe, Rory, seguía mirando con ansia hacia el este. Cualquiera que llegara de allí haría bien en pasar lo más desapercibido posible. Por fortuna para el viajero nocturno, la fortaleza principal del clan, el castillo de Dungiven, estaba bastante alejada de su ruta.

La zona cercana a Cúil Raithin no le resultaba desconocida, en cualquier caso. Era lugar de peregrinaje para alguien como él, pues decían las crónicas que san Patricio había visitado la región en su deambular como misionero por toda Irlanda. Allí fue recibido con gran pompa por el jefe local, un tal Nadslua, quien le ofreció una parcela donde construir una iglesia. El lugar, junto al río Bhanna, estaba cubierto de helechos, y por eso lo llamó «el rincón de los helechos», o Cúil Raithin en el viejo idioma irlandés. De aquella iglesia nada quedaba, pero había crecido allí un poblado próspero como pocos.

No mucho después se adentró en la zona de humedales cercana al lago Feabhail[8], que más que una laguna era un estuario en la desembocadura del río del mismo nombre. La península de Ard Mhic Giollagáin[9] era el punto más al norte, del que se alejó para dirigirse tierra adentro. Siguió la orilla del lago, plagada de granjas y campos que aprovechaban la fertilidad de la tierra, hasta alcanzar el río Ró[10], donde tuvo que enfrentarse a su primer contratiempo: el paso del puente estaba bloqueado por una patrulla de soldados ingleses. Apenas eran tres hombres somnolientos, pero lo hicieron detenerse con gestos malhumorados. Resultaba obvio que había interrumpido su descanso, pero sus expresiones cambiaron cuando la luz de las antorchas iluminó al jinete.

—¿Qué diantres hace uno de los nuestros cabalgando en plena noche por estos lares? —dijo el que llevaba la voz cantante, un tipo delgado con mirada desdeñosa.

—Voy camino de An Srath Bán[11] para entregar un mensaje al caudillo de los O'Neill —respondió. Los años le habían hecho entender que la mejor manera de mentir era a través de una media verdad—. De parte del gobernador sir Christopher Carleill.

Les enseñó una carta convenientemente enrollada, que no les entregó en mano.

—Esto es algo inusual…

—Los motivos del gobernador me son desconocidos. Solo sé que acaba de desalojar del castillo de Dunluce al anterior cabecilla. Por lo visto, escondía a varios náufragos españoles. Quizá tenga algo que ver.

La explicación, medida para que fuera convincente a pesar de la parquedad de detalles, pareció surtir efecto. También debió de ayudar que aquellos hombres estuvieran deseosos de regresar a su adormilada guardia.

—Malditos marranos hispanos… —dijo el que lo había atendido, pues los otros dos ya volvían a la tienda donde dormían—. Por ellos estamos aquí, helándonos el culo. La Corona quiere que vigilemos cualquier paso que puedan utilizar los posibles supervivientes. Aunque no creo que haya muchos más por ahí danzando, después de los que capturamos cerca de Castle Burt hace unas semanas. Sus oficiales y señoritingos deben de estar cantando a gusto allá en Dublín. En cuanto al resto… Bueno, digamos que los gusanos se habrán puesto bien gordos con lo que les dejamos. Les dimos con ganas.

Se rio con una malicia tan sincera que el jinete tuvo que hacer de tripas corazón para responderle con una chanza que escondiera su asco.

—Sí, fuerte y duro.

⁂

El mensajero se internó más y más en las tierras que rodeaban el lago Feabhail. El disfraz de soldado había funcionado, al igual que su dominio del idioma inglés, pero el tropiezo le había resultado desagradable. Lo entristecieron profundamente las palabras cargadas de odio de aquel guardia. No comprendía cómo era posible que hubiera individuos tan llenos de ira hacia sus semejantes. Aunque su patria fuera otra, aunque algunos en grandes salas y sentados en tronos dijeran que eran enemigos, perros a los que tratar a patadas. Tal era el mal de aquellos días: el de gentes que se dejaban guiar por la maldad que otros pregonaban desde sus púlpitos corruptos.

Todavía era noche cerrada, pero el amanecer estaba próximo. Las horas caen rápido cuando hay urgencia, así que se arriesgó a espolear más al caballo. Pasó por las cercanías de Léim an Mhadaidh[12], un pequeño asentamiento rural en el valle del Ró que, según las crónicas, había surgido tras una reunión de reyes presidida por san Columba. Como toda región de Irlanda, tenía su propia leyenda: decía que los primeros O’Cahan que se asentaron allí fueron atacados inesperadamente por un clan rival. Mientras los guerreros luchaban por sus hogares, el fiel perro del caudillo defensor saltó al río para ir en busca de otras familias aliadas. La historia, por supuesto, acabó bien, y al lugar se lo llamó «salto del perro», Léim an Mhadaidh.

El lago fue retirándose poco a poco hasta aparecer la desembocadura del río con el que compartía nombre y que también tenía su mito. En este caso, era la historia de un gran dragón que aterrorizaba a los lugareños desde los altos Sperrins hasta el lago Foyle. A la bestia se la conocía como Lig na Paiste, «la última de las serpientes», pues era el único demonio que había sobrevivido al gran exorcismo realizado por san Patricio. Muerto el santo, la criatura infernal surgió de su refugio en un estanque del río y se dedicó a arrasar los campos con su aliento flamígero, a devorar el ganado y a tomar objetos de valor para atesorarlos en su guarida. El terror entre los habitantes del valle era tal que recurrieron a otro hombre santo, Murrough O’Heanye, quien tenía una humilde y pequeña iglesia en una de las cañadas de la región. El abad ayunó durante diez días y sus noches, hasta que el Altísimo le dio el conocimiento necesario para capturar a la criatura.

Murrough acudió al encuentro del dragón, quien se regodeaba en su cubil. Sus únicas armas eran tres cañas conseguidas a la vera del río, de frágil madera en comparación con la férrea piel de la serpiente alada. Al ver a aquel hombrecillo acercándose, el monstruo rio con una carcajada estruendosa y

maléfica. «Ni los más aguerridos caballeros, con sus flamantes armaduras, espadas de buen acero y largas lanzas han logrado derrotarme», le dijo. «Así que dime, necio, ¿qué pretendes hacer tú con tres simples estacas?». «En el nombre del Altísimo, colocaré estas cañas en torno a tu figura, bestia del mal», le anunció el párroco. Paiste, confiado y divertido por lo que consideraba una comedia, accedió. La criatura no esperaba lo que ocurrió a continuación: el eclesiástico hizo la señal de la cruz, y las varas se transformaron de pronto en acero. En una jaula de acero.

El orgullo de la sierpe se desvaneció. Humillada y temerosa, rogó a Murrough que la liberara, pero este la sentenció por sus pecados contra el pueblo de Dios. Los aldeanos arrojaron la jaula a las profundidades del lago Feabhail, y allí mora todavía, según dicen. A veces se enrosca, se retuerce y forcejea con su celda en un vano intento de liberarse; y esa, según los lugareños, es la causa de las extrañas corrientes que mueven las aguas del Feabhail.

Pensar en aquella leyenda hizo que la última etapa del viaje transcurriera más rápido. Llegó hasta Doire, la principal localidad de la región. En la antigüedad se la había conocido como Daire Calgaich, «robledal de Calgach», pues estaba situada entre la orilla este y una cañada de robles. Era un poblado no demasiado grande, pero sí muy próspero. Gracias al río, se había convertido en punto de acceso de comerciantes y mercenarios escoceses, que llegaban a Irlanda en busca de un futuro al servicio de algún gran caudillo. Doire era un lugar de encuentros: entre la tierra y el agua; entre tres reinos señoriales —los O'Donnell, al oeste, los O'Cahan y los O'Neill, al sur—; entre granjeros, pescaderos y mercaderes.

Pero el jinete siguió cabalgando hacia el sur, dejando el río a la diestra. El Feabhail descendía serpenteando seis leguas desde su nacimiento en la confluencia de dos arroyos, donde precisamente se hallaba su destino. El camino corría cerca de un bosque, entre suaves lomas que de pronto se convirtieron en unos bajíos extensos, más pantanosos conforme se acercaban a la corriente.

En la orilla este se alzaba An Srath Bán, la fortaleza del señor Turlough Luineach y hogar de los O'Neill de Tyrone. La plaza principal del clan lamía los límites del territorio de los O'Donnell y los O'Cahan, siempre vigilantes ante las posibles amenazas de sus vecinos. De hecho, traspasar el Feabhail significaba adentrarse en las propiedades de los primeros. También había un embarcadero en la orilla del río que aumentaba el valor de la fortificación. Al

fin y al cabo, An Srath Bán era la única salida al mar de la que disponía la región de Tyrone.

A juicio del mensajero, An Srath Bán no era ni de lejos tan impresionante como Carrickfergus o Dunluce. Más que un castillo podía decirse que era una torre alta con estrechos huecos como ventanas, más apropiados para mosquetes y arcabuces que para contemplar el paisaje. El baluarte era robusto, desde luego, y estaba situado con acierto para facilitar una buena defensa: los O'Neill habían rodeado la construcción con una zanja por la que desviaron el agua del río para crear una pequeña isla artificial. Aquello hacía innecesaria la construcción de murallas firmes, por lo que el único cerco era una empalizada. Una pequeña torre de guarda de madera se levantaba sobre el portón y daba a un menudo puente, el único acceso a la plaza. Dentro del perímetro defensivo, junto al torreón de piedra, se levantaba también un ala de viviendas para los sirvientes.

Como era habitual en la mayoría de los asentamientos de los clanes, en torno a la torre habían proliferado las granjas y algunas casuchas humildes donde moraban los vasallos de Turlough. El sendero se colaba entre las chozas hasta llegar al puente de entrada de la isla artificial. Los portones estaban cerrados, como cabía esperar en plena noche. Desde lo alto de la torre de guarda, un centinela le llamó la atención.

—No son horas para llamar a la puerta, inglés —le dijo, dejando bien a las claras su asco hacia cualquiera que portara prendas no irlandesas.

—Que mi vestimenta no te engañe, hijo. Solo es un disfraz. Esta es mi única bandera.

Le mostró el rosario que había escondido debajo de las ropas, lo que arrancó una exclamación de asombro del guardia. Ningún inglés, aunque todavía profesara las consignas de Roma, se habría atrevido a llevar, y mucho menos a enseñar, una cruz católica.

—No te pido que abras el portón, solo que vayas en busca de tu señor Turlough. Sé que es tarde y que sin duda descansa, pero te aseguro que agradecerá escuchar de inmediato el mensaje que traigo para él —lo instó—. ¡Pero date prisa! No nos sobra el tiempo.

El vigía no parecía muy convencido al verse en el apuro de despertar a su jefe.

—Si voy a molestar el reposo del O'Neill, dadme al menos vuestro nombre. Para que su ira no recaiga sobre mí.

—Solo la ira de Dios debería preocuparte. Pero te daré lo que pides. Soy Pilip O'Higgin, párroco de la iglesia de San Cutberto, en Dunluce. Y me

envían los MacDonnell.



Turlough parecía adormilado, pero no de malhumor. Peor lo llevaba su hijo Artair, mientras que Segna se mostraba hermosa, como si ser arrancada del sueño no la afectara. También andaba por allí Muirgen, la hija menor del jefe del clan. Los gestos de todos eran severos, en cualquier caso, pues las noticias no tenían nada de buenas.

—Así que la hija perdida de Somhairle ha pactado con Carleill y ha desalojado a los MacDonnell de Dunluce… —resumió el O'Neill—. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Qué ha sido de la familia? —preguntó Segna, visiblemente preocupada—. ¿Y de Ealasaid? Cuánto estará sufriendo esa chiquilla, por los dioses antiguos y el nuevo.

—Los han recluido en sus aposentos, con órdenes del gobernador de que no sufran daño. Pero temo cuando llegue la sentencia de Fitzwilliam.

—Sí, ese monstruo no tiene alma —asintió Artair.

—Malas noticias las que me habéis traído, padre. Sin embargo, no entiendo qué es lo que queréis de mí —quiso saber Turlough—. ¿Pretendéis que marche sobre Dunluce y lo recupere para los vuestros? Porque desde luego sería el peor momento para algo así. Las patrullas inglesas infestan todo el norte de la isla en busca de náufragos de la Armada española. Movilizar a mis hombres sería considerado un acto de guerra. Y, aunque me muero por aplastar a esos perros *sassanach*, preferiría hacerlo con el apoyo de otros clanes.

—Soy un hombre consagrado a la paz, mi señor. Nunca os pediría que alzarais vuestras armas, ni siquiera contra los ingleses. En realidad, Somhairle tampoco sabe que estoy aquí.

—No lo entiendo —dijo Artair, bizqueando por la confusión—. ¿Quién os envía, pues?

—Su hija, Ealasaid. Me ha pedido que os transmita una propuesta.

—Quiere que rescatemos a los españoles… —se adelantó Segna, cuya sagacidad estaba a la altura de su belleza.

—Así es. Bastaría con una partida no muy numerosa. Carleill partirá de Dunluce apenas con veinte hombres, y dejará solo unos cuantos en el castillo. Pero debe hacerse de inmediato, señores —insistió Pilip—. El gobernador se pondrá en marcha al amanecer, y la distancia le da ventaja. Si llega a Carrickfergus con los prisioneros, ya no habrá nada que hacer.

Hubo emociones diferentes en los rostros de los O'Neill. A Turlough no parecía convencerlo la petición. Artair, en cambio, se mostraba exultante. Y, en cuanto a su madre…, era difícil leer aquella mirada serena.

—Podríamos hacerlo, padre —lo apremió su hijo—. Ellos irán con prisioneros maniatados que los retrasarán. Si los interceptamos por sorpresa, caerán como fruta madura.

—No estoy seguro. Sigue siendo una acción muy arriesgada, un argumento más para que ese maldito Hugh pida mi cabeza a la reina. Y me da que esta vez le daría el poder que necesita para ello —argumentó—. Haría falta algo más, padre. Algo que inclinara la balanza para ayudaros. Un trato tiene dos partes. ¿Qué ofrece la hija de Somhairle?

Pilip suspiró, consciente de lo que iba a decir. Consciente del precio que la muchacha estaba a punto de pagar por amor.

—Lo que tanto habéis solicitado. Si salváis a los españoles de las garras de Carleill, Ealasaid MacDonnell se compromete a casarse con vuestro hijo.

Lo siguiente que salió de la boca de Turlough fue una orden a su maestresala.

—Preparad una partida. Artair, tú la comandarás.

47

Dunluce

Los sacaron de su prisión cuando el sol todavía no había asomado por el horizonte, después de una noche más bien difícil. Nadie los molestó durante ese tiempo, a pesar de lo cual no se atrevieron a relajarse en absoluto. Pedro Llanes había permanecido todo el tiempo vigilando la puerta de la celda, a la espera de que llegaran los ingleses para pasarles el filo por el cuello. Pero, cuando estos se presentaron, lo único que hicieron fue levantarlos, atarles las muñecas de nuevo y conducirlos al exterior de la torre.

Los habitantes del castillo volvieron a reunirse en el patio principal, incluso quienes habían sido confinados. Joan pensó que al menos debía agradecer a Carleill que le diera la oportunidad de ver por última vez a los MacDonnell. A Ealasaid.

Todo estaba a punto para la marcha. El condestable había transmitido las últimas instrucciones a su capitán, y por los aspavientos y miradas de ambos en dirección a los MacQuillan daba la impresión de que no se fiaban mucho de que los irlandeses cumplieran su parte del trato. Luego dio la orden de partir. Pero, antes, Ealasaid se escabulló de los brazos de su hermano para abalanzarse sobre Joan, rodeado por los ingleses. Estos trataron de apartarla, pero Carleill los contuvo y permitió que se despidieran.

—No lo demoréis mucho, milady —le dijo en gaélico.

—Os lo ruego, sir Christopher —imploró la joven—. Mostrad clemencia con ellos. Dejad que se queden con nosotros, y tendréis en mí a una devota leal.

Carleill suspiró muy quedo. Era el rumor amargo de quien se halla atado por las circunstancias. A Joan no le cabía ya ninguna duda: aquel hombre tenía poco que ver con la imagen que le habían vendido de los ingleses. No era un monstruo desalmado, un pirata ruin movido por la codicia y la crueldad.

—Quizá no me creáis, y sería lógico, pero nada de esto es por mi gusto. Os lo aseguro —le respondió el condestable—. Y ahora utilizad en vosotros el escaso tiempo que os puedo brindar.

Ella iba a arrodillarse a los pies de Carleill para seguir implorando, pero Joan no se lo permitió. La tomó del rostro con las manos atadas y la obligó a mirarlo solo a él. Qué bella, qué hermosa criatura de trazos perfectos. Hasta lo que otros tomarían como máculas, como aquellas pecas que le salpicaban la faz aquí y allá, se le antojaban perlas minúsculas que daban más gracia al conjunto. El español utilizó esos momentos para bebérsela, para recorrer cada forma y cada línea… Sus labios, cuyo sabor no tenían parangón con nada creado por el hombre o por Dios; sus finas arrugas de preocupación en la frente; sus ojos como lunas en el cielo, veladas por el llanto… Quería llevarse aquella imagen consigo para utilizarla como amparo cuando los días se volvieran duros, como estaban por venir.

—No dejes que la tristeza te venza —le dijo, a sabiendas de lo estúpido que era tal consejo—. Al fin y al cabo, ya habíamos aceptado que debíamos separarnos, ¿verdad?

—Pero no así —sollozó ella—. Jamás así.

—Así o de otra manera, es lo mismo. Me llevaré conmigo el mayor de los tesoros que hombre alguno haya conocido: el sabor de tu boca, el sonido de tu voz y el recuerdo de tu piel sobre la mía. Grata fortuna de la que cuidaré cuanto tiempo me quede.

Ealasaid deseó decir algo, pero las fuerzas le fallaron y se derrumbó sobre él. Se abrazaron entre temblores. Pues si para Joan había algo más terrible que abandonarla era saber que la dejaba maltrecha, hundida en el sufrimiento.

Se besaron ante toda la gente que los observaba, y no se habrían separado de no mediar Carleill. A desgana, el condestable ordenó a sus hombres que era hora de marchar. Subieron a los españoles a un carromato e iniciaron la retirada hacia el portón del castillo. Joan lo hizo con el rostro vuelto hacia atrás, contemplando al que había sido, y sería por siempre, el amor de su vida. Ella gritaba y lloraba en brazos de su hermano Ragnall.

Y el resto… El resto de los MacDonnell no levantaba la mirada del suelo, incluso Seumas. Se mostraban avergonzados por lo que para ellos era una falta imperdonable: la de fallar a un huésped. Solo Somhairle mantenía la cabeza alta. En su mirada, Joan reconoció el profundo pesar. ¿Esos eran los salvajes de los que se hablaba en España y otros lares? No, nada de eso. Eran hombres. Imperfectos, pero generosos. Duros y valientes. Al menos él podría decir que los había conocido. Algo bueno, después de todo.

Al entrar en el oscuro pasaje de la torre del guarda dejó de verlos. Entonces, sí, el alma le dio un vuelco y supo que su vida había acabado.

⁂

Conforme se alejaban de Dunluce y la imagen del castillo se hacía más pequeña, el español sentía que lo arrancaban de lo que podría haber sido su hogar. Y en un hombre que jamás había tenido como propio ningún lugar, era mucho decir. Se alejaron por el camino del este, siguiendo la costa. La misma ruta por la que Ealasaid lo había llevado la mañana en la que descubrieron los restos de *La Girona*.

—*Aren't we going inland, my Lord?* —comentó uno de los soldados; por la entonación y el significado de las pocas palabras que Joan entendió, parecía que preguntaba si no iban a viajar por la ruta del interior.

—*Not this time*. —El condestable negó con la cabeza—. *We'll follow the coastal route. It's longer, but the roads are in better condition*.

Miró a los prisioneros al decir aquello, aunque Joan no logró descifrar qué pasaba por su cabeza.

El traqueteo del carruaje los habría adormilado de no hallarse en semejante trance. En lugar de ello, estaban nerviosos. Uno de los ingleses marchaba justo detrás del carro, sin quitarles la vista de encima.

—Fijaos cómo nos miran esos malparidos. Por mis muelas que no sé si llegaremos al final del viaje —susurró Nicolo—. Os digo que nos degüellan a las primeras de cambio.

—Que lo intenten, que aunque sea a mordiscos los dejo tullidos —fanfarroneó Llanes.

—Nadie nos pondrá una mano encima, al menos por el momento —aseguró Joan—. Carleill no lo permitirá.

—¿Confías en ese hideputa? —preguntó el Mozalbete.

—Hay hideputas e hideputas. Algunos tienen una pizca de honor, y creo que Carleill es de esos. Si sus órdenes son llevarnos con vida a Dublín, así llegaremos allí.

—¿Pero no habría que pensar en algún tipo de fuga o algo? —propuso Romero, temeroso de que escucharan sus palabras aunque los ingleses no entendían ni una pizca de castellano.

—Esto no es como las gestas o las baladas heroicas —comentó Llanes—. Hay que ser pacientes y esperar una oportunidad segura. Porque, si lo intentamos y fallamos… Bueno, quizás ese Carleill cambie de opinión y decida entregar solo nuestras cabezas.

Aquel era el pensamiento de un auténtico tercio, de alguien con una visión experimentada en cuestiones tácticas. Joan agradeció que Llanes estuviera allí. Por mucho que hubieran vivido situaciones de conflicto en sus negocios

en el mar, Romero, Nicolo y Sevilla solo eran marineros, no soldados. Estaba seguro de que Pedro ya habría estudiado en detalle a sus captores, al igual que lo había hecho el propio Joan. Sabía cuántas armas portaba cada uno, sus modos de actuar y hasta sus ropas.

Como ocurría en los ejércitos españoles, las tropas inglesas no vestían con uniformidad. Era habitual que cada miembro de un destacamento llevara, sencillamente, los atavíos que podía permitirle el jornal. Pero la cosa cambiaba cuando se trataba de compañías de cierto prestigio o instaladas de manera permanente en una plaza fuerte, como la de Carrickfergus. En ese caso, los soldados solían ser pertrechados con ropas similares para guardar una apariencia común. Entre los que estaban a las órdenes de Carleill, predominaban las chaquetas de color rojo y los chalecos acolchados de tono ocre. Los pantalones eran de varios colores, y las gorras, en general de tono carmesí o negras, estaban rematadas por plumas blancas.

Amaneció poco después. Algunas lenguas de luz lamieron densos jirones de niebla que se habían levantado en las hondonadas. La bruma brotaba en volutas espectrales del vientre de las colinas y del corazón de los valles. ¿Cómo podía ser aquello? ¿Cómo podían tener a un lado el poderoso batir del mar y al otro la belleza misteriosa de los promontorios boscosos? Era algo así como caminar entre dos mundos completamente distintos. A pesar de su drama personal y el destino al que se encontraba abocado, Joan no pudo más que sentirse gozoso de estar allí, dentro de la historia de aquel país de países. El simple hecho de pisar la hierba verde lo convertía en parte del mito. Quizá, pensó, algún día cantaría alguien una balada sobre un pobre náufrago cuyo nombre real nadie recordaría ya; «llegó una mañana», diría el bardo, «desnudo igual que el primer hombre, moribundo, tan insensato como para enamorarse de la hija de un gran señor». La llamarían la leyenda de Aidan Madainn. Y así, de algún modo, una parte de él permanecería en Irlanda para siempre.

Ya era de día cuando dejaron atrás una pequeña aldea de pescadores, poco más que una decena de cabañas en una bahía cerrada sobre el océano. Luego cruzaron aquel río que Ealasaid había llamado Bhuais y al que los lugareños acudían en primavera para pescar salmones. También a la izquierda quedó la Calzada del Gigante, y después el arrecife donde había encallado *La Girona*.

—Quién me iba a decir que echaría de menos esas infectas cuevas donde nos refugiamos… —dijo Romero.

Viajaban ahora por terreno desconocido para Joan. Las cadenas de colinas se elevaban a la derecha, formando promontorios verdes entre los cuales se

adivinaban aquellos valles de los que le habían hablado en Dunluce, los Glens. Al otro lado seguían los acantilados, salpicados de brazos que se adentraban en el mar y donde trinaban los frailecillos. Algunos quedaban separados de la costa como hijos atrevidos que desearan alejarse de su madre. Le llamó la atención uno de ellos, una pequeña isla que rozaba los precipicios.

—Los lugareños conocen ese lugar como Carrick-a-Rede. Significa algo así como «la roca en el camino».

Era Carleill quien le hablaba. Se había descolgado de la cabeza de la comitiva y situado junto al carro. Lo sorprendente era que se expresaba en un castellano casi perfecto. Al advertirlo, los prisioneros palidecieron. ¿Y si había escuchado su conversación acerca de escapar?

—Por lo que sé, los pescadores de la región acuden cada primavera e instalan un puente de cuerda para unir la costa con el peñón. ¿Por qué lo hacen? Resulta que justo al norte del islote pasan los bancos de salmones cuando regresan de los comederos del norte. Caprichosos, ¿verdad? Se concentran ahí y luego se desvían en busca de las desembocaduras de los ríos de las cercanías.

—Sabe vuestra merced mucho de estas tierras… —fue lo único que dijo Joan.

—Un gobernador debe conocer las regiones que están bajo su responsabilidad. Aunque admito que no siempre es el caso. —Sonrió al advertir la confusión del español—. Que no os asombre mi dominio de vuestra lengua, pues la estudié durante mis días en la Universidad de Cambridge y la perfeccioné cuando me las vi con vuestros orgullosos tercios. Tuve que interrogar a unos cuantos, lo cual me obligó a aprender. Y, por cierto, una advertencia: olvidad esas locas ideas de fuga. Como bien habéis dicho, seré clemente mientras me permitáis serlo.

Romero, Nicolo y Sevilla enrojecieron. Llanes, en cambio, se mantuvo impasible, como si la recomendación le importara un rábano. Joan sencillamente asintió.

—Espero que vuestra merced no nos culpe por pensarlo. Dada nuestra situación es comprensible.

—Sin duda. Pensad cuanto queráis, pero os pido que solo quede en eso.

Seguían en las tierras de los MacDonnell, motivo por el cual los soldados no dejaban de estar alerta. Dunluce no era el único asentamiento del clan de Somhairle. En lo alto de unas paredes blancas que caían, como tantas otras, a plomo sobre el mar, vieron una nueva atalaya fortificada. Según Carleill se

llamaba Caislen Ceinn Bán, aunque los ingleses se referían a ella con un nombre menos complicado de pronunciar.

—Kinbane, el castillo de Cabeza Blanca.

La historia tras la fortaleza comenzaba con su constructor, Colla, hermano de Somhairle y señor del clan antes que él. Hacía más de ochenta años de aquello.

—Aquí transcurrió uno de los episodios más vergonzosos de los constantes enfrentamientos entre los señores de Irlanda y los míos —reconoció Carleill, con gesto serio—. En aquellos tiempos, hará treinta años, la reina ordenó un ataque contra Kinbane encabezado por sir Walter Devereux, conde de Essex. Somhairle se enteró y acantonó a todas sus tropas en el castillo tras enviar a los ancianos, mujeres y niños a la cercana isla de Rathlin. —Señaló al norte, pero la niebla no dejaba ver el islote—. Sin embargo, uno de los capitanes de la expedición, sir Francis Drake, supo de los movimientos de Somhairle e hizo una jugada… vil. E indigna.

Joan estaba asombrado. ¿Un inglés criticando a los suyos? ¿A su reina? ¿A uno de sus más aclamados héroes? Drake era un pirata a ojos de cualquier español, la cabeza más codiciada por cuantos se habían embarcado en la Jornada de Inglaterra. Pero los motivos por los que era odiado en la patria del valenciano lo hacían admirado en la del condestable.

—Esa rata llevó sus naves hasta Rathlin, donde arrojó por los acantilados a toda criatura indefensa que encontró.

Carleill se dio cuenta de su enfado y trató de calmarse antes de que fuera a más. Concluyó el relato desvelando que Kinbane estaba ahora en manos de los MacAllister, fieles aliados de los MacDonnell, cuya lealtad había premiado Somhairle con la entrega del castillo.

A pesar de los esfuerzos del condestable por contenerse, Joan vio una señal en aquel arrebato. Resultaba evidente que Carleill no se sentía cómodo con las órdenes que había recibido. Quizá, si conseguía ganarse su confianza, él y los suyos tuvieran una oportunidad.

—Decidme pues, sir Christopher, ¿dónde medisteis vuestro acero con el de los míos?

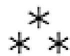
—Fue en los Países Bajos, hace ya más años de los que me gustaría reconocer —sonrió—. Era un muchacho por entonces, bastante más joven que vos. Participé en el asedio de Middelburg, en el regimiento de sir Thomas Morgan. Ocho años después estaba en el otro lado, apoyando a los sitiados de Steenwijk. A las órdenes de sir John Norreys, otro de los causantes de la carnicería de Rathlin; por cierto, logramos levantar el asedio con el que nos

castigabais. No obstante, guardo una fuerte impresión del valor de vuestros tercios. Os cuesta la vida dar un paso atrás.

—Esa es la idea.

—Me perdonaréis que lo diga, pero siento alivio de que vuestros ejércitos no alcanzaran las costas de Inglaterra. En tierra habríais sido imparables.

—Y vuestra merced me perdonará, pero no puedo estar de acuerdo.



Decidieron alejarse un poco de Kinbane para evitar llamar la atención de los MacAllister, no fuera que sintiesen la tentación de abordarlos. Siguieron un camino que los apartó del mar y les permitió saborear la Irlanda más pura. La oculta al amparo de los robledales, junto a los túmulos y las extrañas construcciones de pobladores que solo existían ya en los mitos que los ancianos contaban a sus nietos. La niebla había escampado, y la tierra estallaba en matices de un verde estremecedor.

—Válgame el cielo… —silbó Diego de Sevilla—. Es como si estuviera en mi tierra. Galicia también tiene paisajes tan bellos como estos. Sin embargo, debo reconocer que aquí parecen… más vivos.

Rodearon por el sur un monte, Knocklayde, y accedieron al comienzo del valle más norteño de los Glens, el Glentaisie. Era como una gigantesca cuenca, un brazo haciéndose espacio entre las colinas, y al fondo bosques junto a praderas que se sucedían sin descanso.

—Aquí se libró una batalla decisiva entre los clanes del Úlster, hará unas tres décadas —comentó Carleill—. Los O'Neill de Tyrone, capitaneados por Shane, se enfrentaron a los MacDonald y a los MacDonnell, que mandaban Somhairle y su hermano Seumas. Pero el O'Neill fue más listo y logró cortar la línea de refuerzos de los escoceses. La derrota fue inapelable. El jefe irlandés tomó el cercano castillo de Dunaneeny y capturó a sus dos rivales. Seumas moriría unos meses después, pero Somhairle logró sobrevivir y ganarse la confianza de su captor.

—Creía que los O'Neill de Tyrone eran aliados de los MacDonnell… —comentó Joan, a quien le costaba seguir aquel galimatías de alianzas y traiciones.

—No siempre lo fueron. A estas alturas ya sabréis lo volátiles que son las lealtades entre los clanes. El mismo Shane llegó a acuerdos con la Corona, pero eso no le impidió volver a rebelarse cuando le interesó y atacar nuestra zona segura, La Empalizada. La reina decidió entonces apoyar a los O'Donnell, enemigos tradicionales de los O'Neill. La derrota fue tan cruenta

para Shane que se vio obligado a liberar a Somhairle y pedirle asilo. El viejo zorro escocés, lejos de agradecérselo, se cobró venganza por las afrentas sufridas y lo asesinó durante un festín.

—Están locos estos irlandeses… —intervino Pedro Llanes, tocándose la cabeza con un dedo.

Era demencial, desde luego. Joan sabía de primera mano lo habituales que eran las intrigas en el seno de las casas nobles de España; pero esas le parecían más sutiles, conspiraciones que se tejían entre las sombras y se ejecutaban con guante de seda. En Irlanda, en cambio, todo parecía hacerse a cara descubierta, sin florituras y sin necesidad de guardar las apariencias. Un modo de actuar igual de cruel, pero más sincero.

No se adentraron mucho en la hondonada y retomaron el camino hacia la costa tras cruzar un río. El rodeo les había servido para pasar inadvertidos a los ojos de cualquiera que estuviese vigilando desde el otro gran castillo de los MacDonnell, Dunaneeny. Podían verlo a lo lejos, junto a una pequeña aldea llamada Baile Caishlein, en la cima de una colina que se alzaba sobre el mar. Los detalles se escapaban debido a la distancia, pero Joan imaginó una estampa orgullosa, similar a la de Dunluce. «¡Aquí estoy, océano, no me derrotarás!», parecían decir todas aquellas fortalezas.

Esta vez no hizo falta que Carleill le narrara la historia de aquel bastión. Ya la había escuchado en los labios de Ealasaid. Decían las tradiciones que Dunaneeny fue construido por un clan anterior, los O'Carrols, quienes desearon instalar a una rama de su familia en el norte para ampliar su influencia. Pero el reino del Munster, al sur, caía demasiado lejos y al final regresaron a sus tierras. Los MacDonnell tomaron el baluarte cuando llegaron a Irlanda desde Escocia, y lo convirtieron en su principal fortaleza.

—Los muros de Dunaneeny han visto venir al mundo a varias generaciones de mi familia. Yo misma nací allí —le había contado la muchacha.

Joan se la había imaginado de inmediato correteando por los pasillos y los patios del castillo; una niña alegre, inquieta, siempre con una sonrisa o un gesto amable para los demás. Y volvía a imaginársela en aquel preciso instante, lo que hacía que su pecho latiera con fuerza y sangrase de añoranza. ¡Por la Virgen! Buscó la medallita de su madre como en tantas otras ocasiones en las que se sentía desfallecer. Le costó un poco tomarla con las manos atadas, pero, cuando lo logró, su tacto le pareció frío; simple metal. No le transmitía el alivio de antaño, ni siquiera al pensar en la promesa o en el cadáver manchado de sangre de Magdalena de Centelles. Nada funcionaba, y

entonces comprendió lo estúpido que había sido. El único futuro capaz de consolarlo había quedado atrás. Para siempre.

Al retomar la ruta costera descubrieron maravillas como An Bhin Mhór[13], el mayor acantilado montañoso que había visto hasta entonces. Siguieron la silueta de la isla, que los obligaba ahora a virar hacia el sur, y a media mañana alcanzaron otra típica aldea de pescadores, Cois Abhann Duinne[14]. Carleill decidió que era buen momento para descansar un poco.

—Más adelante hay un pequeño monasterio católico, Layd. Nos detendremos allí —ordenó en inglés y luego en castellano, como si se sintiera obligado a informar a los españoles—. Después volveremos a virar hacia el interior. La costa tiene tramos demasiado accidentados a partir de aquí.

Joan vio que la noticia no era muy bien recibida por varios de los soldados. Uno de ellos, visiblemente nervioso, dijo algo al condestable. Parecía que no estaba muy de acuerdo con la disposición de su señor. ¿Tendría que ver con que el lugar se tratara de un templo católico y no luterano? Como fuese, la fulminante mirada de Carleill bastó para que el hombre no se atreviera a replicar de nuevo.

—Algo ocurre —susurró a sus compañeros—. Quizá no sea nada, pero estad atentos por si hay ocasión de actuar.

Más que un monasterio era una iglesia situada en un valle escondido, tanto que habría sido imposible encontrarla para quien no conociera su localización exacta. Habían construido el edificio entre dos colinas, cerca de un arroyo rodeado por árboles y vegetación alta. Al oeste se alzaba una torre a la que, cosa extraña, solo se podía acceder por una escalera exterior de madera.

—Los lugareños la llaman también la iglesia oculta —contó Carleill mientras los bajaban del carro—. Es el lugar de reposo eterno de muchos MacDonnell, como se puede apreciar en varias de las tumbas. La torre era también un refugio frente a los ataques de los piratas del norte. Cuando eso ocurría, los monjes se encerraban en lo más alto e inutilizaban la escalera. Al marchar los agresores, solo tenían que descolgar una cuerda para salir.

La cañada era bucólica, como todo paraje en aquella tierra; la envolvía un halo de paz adornado por el canto de las aves. Sin embargo, Carleill parecía desconcertado. Hizo señas a un par de hombres para que entrasen en la iglesia.

—Es muy extraño que nadie haya salido a recibirnos —le dijo a Joan.

—Quizás os teman, habida cuenta de lo que en ocasiones hacéis a quienes profesan la fe de Roma.

Carleill lo miró con expresión ofendida.

—Jamás haría daño a hombres indefensos.

Los soldados que había enviado el condestable abrieron los portones del edificio principal y entraron. No tardaron mucho en salir, con los rostros demudados por el asco y la angustia. Hablaron con Carleill, y este penetró con decisión en el templo mientras Joan, sin que nadie se lo impidiera, echaba a andar tras él.

El interior de la iglesia estaba a oscuras y sumido en un silencio sepulcral. Ni un cirio, ni el paso de eclesiásticos, ni un canto. La única luz se colaba por las vidrieras en haces que caían como lanzas sobre el pasillo central…, iluminando el horror más absoluto. A pesar de todo lo que había visto en la guerra, Joan sintió arcadas.

En el centro de la sala, una serie de cadáveres colgaban como si de cerdos destripados se tratara. Al menos veinte cuerpos que apestaban a putrefacción, rodeados por nubes de moscas que sorbían y mordían. Todos estaban desnudos y cabeza abajo, con los brazos rozando el suelo. Lo descorazonó comprobar que la mayoría eran frailes, como indicaba la tonsura en sus cabezas. Y más aún lo afectó ver que los otros tenían la piel más morena y estaban escuálidos. Su sospecha quedó confirmada cuando al pie de uno de los bancos encontró una moneda. «PHILIPPVS II DEI GRATIA», tenía grabado en el anverso, alrededor de una orla circular con un castillo. «HISPANIARVM REX», en el reverso, junto a un león coronado a izquierdas.

Era un maravedí. Tan español como aquellos pobres desgraciados.

48

Los Glens, noreste del Úlster

Carleill apenas tuvo tiempo para salir al exterior antes de vomitar. Sabía que jamás podría sacar de su mente lo que acababa de ver.

Después vino la rabia. Con los dientes apretados y la cara roja, se fue directamente hacia el cabo Stow, el soldado que un rato antes había discutido su decisión de acercarse al monasterio. El mismo que había regresado a Carrickfergus con las manos cargadas de unos trofeos que, según juraba, pertenecían a unos españoles muertos en la playa. Y muertos estaban, pero no por efecto del mar, sino de la avaricia. Lo cogió del coleto con una mano y con la otra le pegó un puñetazo en el mentón. El infame fue a caer sobre la hierba, donde entre gemidos esputó coágulos de sangre.

—¡Maldito monstruo sin alma!

—Mi…, mi señor… —barruntó el otro, hecho un ovillo y con cara de ternero por degollar—. Opusieron resistencia cuando… cuando los encontramos.

—¿Los frailes también, pedazo de escoria? —Fuera de sí, el condestable desenvainó la espada y la apuntó hacia el soldado—. Debería tajarte la cabeza como la serpiente que eres.

—¡Piedad! ¡Solo quería ser fiel a la Corona! —se defendió Stow—. ¡Eran lacayos del cerdo de Roma, y con sus prácticas religiosas contradecían la autoridad de su majestad la reina!

Aquel infeliz nunca imaginaría lo cerca que estuvo Carleill de cumplir su amenaza. La respuesta del soldado, tan llena de odio y de falsedad, bien lo hubiese valido. Pero en el último momento relajó el brazo y un resto de sensatez le hizo enfundar el arma. Se tenía por un hombre civilizado, dueño de sus impulsos primarios. Ceder a ellos lo hubiese convertido en el mismo desecho que señalaba con su acero.

—Esto tendrá consecuencias en cuanto lleguemos a Carrickfergus —prometió a Stow.

Luego se apartó de las tropas y se perdió entre los árboles cercanos.

⚓

⁂

Carleill dispuso que los hombres que habían participado en la masacre empezaran a pagar su acto descolgando y dando sepultura a los cadáveres. Pero Joan se ofreció a sí mismo y a sus compañeros para realizar tal tarea.

—Eran compatriotas, unos por bandera y otros por credo. Permitidnos esta gracia.

—Para eso habría que desataros, y no sé si puedo confiar lo bastante en vos.

El soldado se sacó de debajo de la camisola su medalla con la imagen de la santa.

—Por la Virgen del Rebollet que nadie intentará nada salvo cavar. Lo juro.

Era consciente de lo arriesgado de dar semejante voto de confianza. Ya había escuchado a los españoles hablando entre ellos sobre la posibilidad de fugarse, y aquella bien podía ser su mejor oportunidad. Al fin y al cabo, eran soldados, dos de ellos al menos, y de los acostumbrados a tareas sanguinarias. A los tercios se los conocía por su firmeza a la hora de mantener las líneas, pero también por aquellas escaramuzas a las que llamaban encamisadas: incursiones al amparo de la noche en las que rebanaban el cuello de sus enemigos, en silencio y con la mayor crueldad. Así que, por muy asqueado que estuviera en aquellos instantes con su propia patria, Carleill no era tan ingenuo como para ignorar que, a poco que se descuidaran, los pasarían a todos a cuchillo sin dudarlo.

Sin embargo, en la mirada de Joan reconocía a un hombre de honor, lo cual le ponía las cosas más difíciles.

—Ni un movimiento extraño —le exigió, mientras él mismo le desanudaba la cuerda.

De este modo, vigilados en todo momento por tres soldados y las picas que los señalaban, se pusieron manos a la obra. Fueron fieles a la palabra dada. Cavaron con diligencia varias fosas en el cementerio, junto a la iglesia, donde colocaron los cuerpos con esmero. Antes de cubrirlos rezaron unas oraciones en latín, y después se dejaron atar de nuevo como ovejas obedientes. Solo uno de ellos se mostró un tanto reacio: Llanes. Pero una mirada de Joan fue suficiente para que aceptara su suerte.

Carleill dispuso que la parada se prolongara lo justo para tomar un bocado y abrevar los caballos en el riachuelo cercano. Quería llegar cuanto antes a Carrickfergus, quitarse el mal sabor de boca del viaje y resolver cuanto antes el odioso asunto con los MacQuillan y los MacDonnell. Tampoco le gustaba

cómo lo miraban sus propios hombres, claramente disconformes con su enojo hacia Stow y la afabilidad con la que trataba a los españoles.

La verdad era que se sentía más cómodo con los prisioneros que con los suyos. Por ello se sentó junto a Joan para dar cuenta del chusco de pan con queso. Era el único por allí con una conversación interesante.

—Siento lo ocurrido —se disculpó, una vez más en el idioma del cautivo —. Nunca hubiese permitido semejante matanza de haber tenido noticias de sus intenciones.

—Debe de ser vuestra merced el único inglés que he visto afectado por la muerte de los míos.

—Soy un hombre formado en la guerra, no os equivoquéis. He matado a más de los que puedo recordar, y lo volvería a hacer si en ello me fuera la vida o el bienestar de mi país. Pero una cosa son las bajas de una contienda y otra masacrar a inocentes o indefensos. Me importa un bledo cuál sea la condición de estos.

—Veo honor en vos, sir Carleill… No es algo que esperara encontrar entre los vuestros, debo admitirlo.

—Es «sir Christopher Carleill» —lo corrigió, con una media sonrisa—. El tratamiento de sir se utiliza con el nombre completo o, en su defecto, solo con el nombre.

—Como nuestro «don».

—Exacto. En cuanto a lo otro, sé que no sois tan estúpido como para creer que todos los que moran bajo una misma bandera son iguales. La gente llana, la que se encierra aterrorizada en sus hogares cuando llegan los ejércitos, no tiene corazón para odiar a quienes viven lejos de sus tierras. Ni tiempo para pensar en las supuestas afrentas que alientan quienes mandan. ¿O acaso el labriego del interior de España nace pensando en degollar ingleses? Imagino que sus reflexiones se dirigen más a trabajar y conseguir el sustento para los suyos.

—Sí, desde luego, tenéis razón.

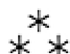
—Y ahorrad cualquier lisonja interesada, por cierto. Por mucho que me duela esta situación, no puedo dejaros libres. Me temo que mi posición ya es complicada tal como está ahora mismo. Cuando llegue a Carrickfergus, pondré en vereda a los causantes de la aberración de la iglesia, lo cual me reportará la enemistad de mis propios hombres. Si os permitiera escapar, a estos imbéciles les faltaría el aire para denunciarme ante Fitzwilliam.

—Entiendo. Presos por nuestros propios juramentos, ¿verdad? —respondió el español—. Sé lo que es eso. Estaba dispuesto a renunciar a la

mujer que más he amado por una promesa que ahora me parece estúpida. Supongo que solo vemos el valor de las cosas cuando las perdemos. Quizá le pase a vuestra merced con sus principios.

«No solo con mis principios», pensó Carleill. Más cosas estaban en peligro para él; las mismas, en realidad, que para Joan. Se había sentido profundamente identificado con el dolor de este al separarse de la hija de Sorley. ¿Acaso él no había vivido lo mismo cuando, años atrás, estuvo a punto de renunciar a Mary? Una sensación que ya parecía haber olvidado, pues a pesar de que estaba a punto de perderla de nuevo era incapaz de reaccionar.

—Tremendo lujo ese de tener valores; al menos entre quienes ostentamos cargos y obedecemos órdenes. —Le pasó la bota de vino sin dejar de mirarlo—. Cuando lleguemos a Dublín hablaré en vuestro favor ante Fitzwilliam. Intentaré que recibáis un trato justo y forzaré mis contactos para que acepten pedir rescate por vosotros. Pero no os engañaré: lo tenéis muy difícil. Ese hombre sí nació odiando a los vuestros.



En cuanto salieron del monasterio, Carleill ordenó que la comitiva se desviara hacia el interior. Poco antes de alcanzar el pequeño pueblo costero de Cois Abhann Dalla[15] confluían tres de los valles que daban nombre a la región: el Glenaan, el Glenballyemon y el Glencorp. En tiempos habían sido parte del gran reino escoto de Dal Riada, o eso decían las crónicas irlandesas. Un reino que comenzó en la zona septentrional de la isla y se extendió también por la costa oeste de Escocia, dando lugar a única nación. Al menos hasta que los vikingos entraron en escena y cortaron la conexión entre la Dal Riada irlandesa y la escocesa. El norte de Irlanda se convirtió entonces en el reino de Ulaid, pero con el tiempo la conexión volvería a producirse, gracias a los colonos escoceses llegados a las costas de Antrim. Entre ellos, los MacDonnell.

A juicio del gobernador, aquel era un lugar fascinante como pocos, tan hermoso y tan pacífico. ¿Por qué los hombres, fueran irlandeses, escoceses o ingleses, se empeñaban en ensuciarlo con sus estúpidas trifulcas? ¿Por qué, una y otra vez, lo habían manchado de sangre y muerte? Ese comportamiento venía de antiguo en la Isla Esmeralda, pero él había viajado y visto que la crueldad se extendía por doquier.

Poco imaginaba que la tierra que pisaban y la hierba a ambos lados del sendero estaban a punto de volverse rojas de nuevo. Casi no se habían alejado

del refugio de la iglesia cuando el instinto avisó a Carleill: miró alrededor y advirtió que no era el único que lo hacía. Varios de sus hombres también estaban alerta, así como Joan y el tal Llanes.

El ataque llegó antes de que pudiera dar una sola orden. Surgió de la cañada más cercana, a los pies de un monte. Hubo una primera descarga de mosquetazos y cuatro de sus hombres cayeron en apenas un chasquido de dedos.

Carleill reaccionó al instante. Las dudas y reservas acumuladas durante aquella maldita misión se desvanecieron, y de pronto era como si estuviera de nuevo en Steenwijk. Porque, cuando hay que blandir las armas, cuando hay que luchar por sobrevivir, el mundo entero se vuelve irrelevante.

—¡A cubierto, tras el carro! —ordenó.

Al diablo con plantar cara al descubierto, formaciones y demás estupideces. A una escaramuza a base de armas de fuego se responde buscando refugio, no quedándose en pie a verlas venir. El orgullo estaba muy bien, pero de poco servía sin la vida. Así que la partida de soldados ingleses se parapetó tras el carruaje, mientras sus escasos diez mosqueteros preparaban las mechas para responder a lo que, estaba seguro, se avecinaba.

No hubo nuevos tiros de los agresores ocultos. Tal como había intuido Carleill, aquello era más que un simple ataque; era una partida de rescate. Venían a por los españoles, que se habían refugiado en el compartimiento de carga. En cuanto se convirtieron en barrera de protección para sus captores, los mosquetes quedaron mudos.

Al menos, los de los atacantes. Para cuando estos se mostraron, los soldados tenían ya las mechas prendidas y caladas las armas; y voló el fuego inglés. Aun así, eran pocos fusiles para contener a un grupo tan numeroso. Carleill distinguió al menos veinte jinetes de un primer vistazo, aunque imaginaba que entre los árboles habrían quedado los arcabuceros, para hacer fuego de cobertura en caso de necesidad. Era el clásico pelotón irlandés que mezclaba atacantes a distancia con infantería y caballería ligera. Los ingleses lo conocían como un *kern*; *ceithearn*, en gaélico. Su manera de combatir se limitaba a tender emboscadas al enemigo, pero eran los mejores en ello. Con tal estrategia se enmascaraban las carencias de unas tropas por lo general mal armadas y no lo bastante disciplinadas para utilizar tácticas de formación.

Salvaron la distancia entre la primera línea arbolada y el camino en un santiamén, berreando como posesos. A lomos de sus robustas bestias, la envidia de media Europa, parecían criaturas de otra época, a mitad de camino entre animales salvajes y demonios del averno. No vestían más armadura que

un casco de hierro y un escudo inútil contra los arcabuzazos, y su uniforme se limitaba a una *léine* de colores sobre la que apenas llevaban un chaleco de cuero hervido. Solo uno de ellos, el que marchaba por delante, portaba algo más digno: un casco de acero de Borgoña y varias placas de bronce protegiéndole el pecho. Lo cual dejaba claro que se trataba del capitán del *kern*. ¿Los MacDonnell habían logrado pedir ayuda a alguno de los suyos? ¿Cómo, si, por lo que sabía, estaban a buen recaudo?

No tuvo mucho tiempo para intentar reconocer al cabecilla. Había que responder al ataque.

—¡Fuego! —gritó.

Los diez mosquetes bramaron a una. Unos cuantos irlandeses y varios de sus caballos cayeron bajo la descarga. Pero la distancia no favorecía los intereses de Carleill. Era corta; no daba tiempo más que a esa primera andanada de escopetazos. Sin duda, sus agresores habían sabido elegir el lugar para atacarlos.

El condestable ordenó a los piqueros adoptar una formación de media luna para proteger la delantera y los flancos, con el fin de evitar que los envolvieran. Utilizaron el carruaje para guardarse las espaldas, con lo que los jinetes irlandeses tuvieron que atacarlos de cara. Dos caballos se abalanzaron con tanto ímpetu sobre las picas que fueron ensartados y derribados, lo que hizo comprender a los agresores que la carga había terminado, y que tocaba echar pie a tierra y acometer con arma de mano.

Demostraron que en tales lides eran superiores. Sus *claymore* empezaron a tajar los fustes de las picas, que se volvieron inservibles en aquella refriega cerrada. Los ingleses tuvieron que desenvainar las espadas y resistieron al principio, pero, en cuanto los arcabuceros que habían esperado en la fronda se unieron para reforzar a los suyos, el ánimo decayó. Algunos, como el cobarde Stow, dejaron caer la hoja e imploraron clemencia al verse superados. Solo consiguieron que se les cortara el cuello antes que al resto. Aquel no iba a ser día para la misericordia.

Carleill se mantuvo firme. Si debía batirse hasta el fin, que así fuera. Las palabras grabadas en el ataúd de su padre acudieron a su mente una vez más.

«Aprende a morir, pues debes morir».

Pero no quería caer. No sin arreglar las cosas con Mary. No, Mary no… Meike. Aquel era su nombre. Él se lo había usurpado de manera egoísta, y él debía devolvérselo. Allí mismo, enfrentado otra vez al final de sus días, pidió a Dios que le permitiera solventar sus errores.

49

Los Glens, noreste del Úlster

La batalla se inclinaba a favor de los irlandeses, pero aún no estaba decidida. Tremolaban las espadas de ambos bandos, y los últimos hombres de Carleill resistían con estoicismo. El propio condestable había dado cuenta de un par de asaltantes antes de ser herido en el brazo armado. Uno de los suyos se apresuró a protegerlo.

Los españoles lo contemplaban todo desde el carro. Habrían deseado participar, lanzarse de cabeza a la batalla para ayudar a sus rescatadores, pero era imprudente hacerlo con las manos atadas. Probablemente habrían estorbado a los O'Neill más que otra cosa.

Los O'Neill. Joan todavía no salía de su asombro ante la estampa de Artair, el hijo de Turlough. Estaba claro que, de algún modo, los MacDonnell se las habían ingeniado para hacerles llegar una petición de rescate. ¿Cómo se habían puesto en contacto con ellos, si estaban cautivos? Todo un misterio, pero lo importante era que los O'Neill habían respondido y que el Altísimo le ofrecía esperanza cuando todo parecía perdido.

Una esperanza que, sin embargo, podía tornarse en una desgracia mayor. Los irlandeses luchaban arrebatados por una especie de ira que los hacía fuertes como osos, pero también imprecisos, como si la fogosidad ensombreciera sus mentes. Artair parecía ido; abría vientres, tajaba miembros y espachurraba sesos con su enorme espada, pero también había recibido un par de heridas leves al descuidar su defensa. No miraba más que al rival al que se enfrentaba en cada instante, por lo que ni siquiera advirtió que un par de ingleses se le acercaban por los lados. Joan gritó, pero su aviso se perdió en el fragor del acero. Nadie pudo escucharlo.

Salvo Pedro Llanes. Como un zorro, se lanzó desde la carreta de cabeza. Rodó por la tierra y, a gatas, alcanzó un mosquete cercano caído sobre el camino. La cuerda todavía humeaba, y al lado del arma había una bolsita con la munición. Joan se consideraba un buen soldado, de los más diestros que uno podía conocer, pero le resultó asombroso ver a Llanes preparar el arma. En mucho menos de lo que canta un gallo, echó una bala al caño del arcabuz

y pólvora al bacinete, sopló la mecha y, tumbado en el suelo para apoyar el fusil, se lo arrimó a la cara. Apuntó y disparó en un único gesto. Y todo lo hizo con las manos atadas.

El estallido le tiznó la cara de negro, pero se la ensució de rojo al inglés que ya se lanzaba a por Artair. O a lo que quedó de ella, pues el proyectil había abierto un boquete entre ojo y ojo. Su compañero, al ver la suerte del otro, dudó lo bastante para que el hijo de Turlough reaccionara y le cortara el cuello de un feroz mandoble.

—¡Por los clavos de Cristo con el Tuerto! —exclamó Romero, tras la impresionante acción de su compatriota.

La refriega amainó al cabo de un rato. Los ingleses se supieron derrotados, pero, tras haber visto lo sucedido con los primeros en rendir las armas, resistieron hasta el final. Hasta que no quedó ninguno con vida.

Salvo Carleill.

Los irlandeses se pasearon entre los cadáveres de sus enemigos, pateándolos de manera burlona y escupiendo sobre ellos mientras rebuscaban entre sus pertenencias. Fue al ver tales ofensas cuando Joan comprendió lo arraigado que estaba el odio de los gaélicos hacia los ingleses. El único respeto que mostraron fue el que dedicaron a sus caídos en combate. Que no eran muchos; vive Dios que ni a la decena llegaban. Los tomaron con solemnidad y, tras bajar a los españoles y cortarles las ataduras, pusieron los cuerpos en el carro.

Joan se frotó las doloridas muñecas. La emboscada había sido un éxito y, sin embargo, le resultaba amarga. Sabía que traería consecuencias a poco que corriera la voz. Cuando la noticia llegara a oídos del lord diputado Fitzwilliam, y si su famosa crueldad resultaba cierta, los O'Neill de Turlough caerían en total desgracia. En algún lugar de La Empalizada, Hugh O'Neill saltaría de alegría en cuanto se enterase de lo ocurrido.

—Debemos la vida a vuestra merced —le dijo a Artair.

—Y yo la mía a la puntería de aquel —respondió el hijo de Turlough, refiriéndose a Llanes, a quien acto seguido abrazó como si de un hermano se tratara—. Bien le vendría a mi padre un hombre como tú.

—Mientras haya mujeres de las vuestras, todo es hablarlo —asintió el español.

—¿A qué debemos este milagroso rescate? —quiso saber Joan.

—Cierta dama nos rogó ayuda a través del párroco de San Cutberto, así que acudimos. Para eso están las alianzas.

Ealasaid y el padre Pilip. Tendría que haberlo supuesto. La muchacha no se había dado por vencida ni siquiera en aquellas circunstancias. Tenía más coraje que la mayoría de soldados que conocía.

—Y, bueno, la verdad es que dar muerte a estos perros ingleses era un aliciente añadido —rio otro irlandés, tirando a Llanes una bota que el español cazó al vuelo—. Bebed, Laogháed.

Le pareció reconocerlo como aquel con el que Llanes se había encarado durante el banquete, a cuento de si el vino era mejor que el *whisky*.

—¿Qué significa eso? —preguntó el arcabucero antes de empinar el pellejo.

—«Guerrero del fuego» —respondió el otro.

Llanes apuró un largo sorbo y, tras quedarse mirando la bota, sonrió.

—No es tan mala esta bazofia. Quizá le pille el gusto después de todo…

Mientras ambos soldados hablaban con visos de iniciar una firme amistad, el mismo Artair cogió a Carleill de la pechera y lo levantó. El condestable, a pesar de sus heridas, no se quejó. Y por su mirada estaba claro que tampoco iba a rogar por su vida.

—Aquí acaba vuestro mandato, rata —le dijo el O'Neill—. Y aquí empieza la libertad de Irlanda.

—Haz lo que debas. Tiempo ha que hice las paces con la muerte —replicó el inglés, con orgullo y valentía.

Artair sacó la daga y se dispuso a cortarle la garganta. Lo habría hecho sin miramientos si Joan no hubiese intervenido.

—¡Esperad! —gritó, tomando del brazo al irlandés y ganándose por ello una mirada de reproche. Olvidaba que, con rescate o sin él, no era su amigo —. Templad la mano. Ya ha habido bastante muerte por hoy.

—¿Queréis que lo deje ir? ¡Eso es inaceptable! Es enemigo de mi pueblo.

—Durante este viaje he llegado a conocer lo bastante a este hombre como para saber que no es malvado. Me ha tratado con respeto y dignidad aun siendo su prisionero. Merece el mismo trato.

Aquel argumento tomó por sorpresa a todos los presentes.

—Mateu, ¿qué demonios haces? —le reprochó Sevilla—. Démosle matarile a este anglicano impío y larguémonos de aquí con viento fresco de una maldita vez.

Joan se puso delante de Carleill, entre el inglés y el resto, con aire protector.

—Ni haremos una cosa ni la otra. Al menos, yo. Me he pasado la vida esclavizado por las ansias de venganza, pero eso acaba hoy. En batalla todo

vale por salvar el pellejo y defender la bandera. Pero el combate ha terminado, y respetaremos al vencido, como debe ser.

»En cuanto a lo de marcharnos, olvidadlo en lo que a mí respecta. Quienes nos acogieron siguen presos en su propio hogar por habernos auxiliado en nuestra hora más difícil. Tal como su aprecio ha propiciado este rescate, el mío propiciará el suyo.

Llanes fue el primero en dar un paso al frente.

—Buenos huevos los tuyos, Mateu. Ya decidí que me quedaba, así que me uno a tu loco plan, sea el que sea.

Uno tras otro, los náufragos cayeron de la higuera como fruta madura, confirmando aquello de que no existía individuo más arrojado que un español en deuda. Que por saldar compromisos los había capaces incluso de asaltar un convento y vérselas a cara de perro con la Santa Inquisición.

—Poco me place arriesgar el cuello ahora que creía haberlo sacado del tocón del verdugo —apuntó el Mozalbete—. Pero decís bien: sería bellaco por nuestra parte no devolver el gesto. Aunque no imagino qué podríamos hacer quienes no contamos con la destreza de armas de vuestras mercedes —dijo, señalando a Llanes.

—Algo pensaremos. De momento, tratad la herida de sir Christopher.

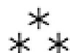
Rezongó un poco antes de ponerse a la tarea. Que si quién le iba a decir que acabaría sanando a un puto hereje, que si menudo deshonor en caso de que se enterara su señor padre, que si todo aquel asunto era demasiado arriesgado en vida y honra… Sin embargo, las manos volaban mientras aplicaba curas al brazo del condestable; más rápido que su boca, que era mucho decir. Así era Diego de Sevilla, fiel reflejo del español inclinado a la queja tanto como a los chatos de vino, pero en el fondo trabajador y de buen corazón. Uno no dedica sus años a sanar a los otros cuando es un malnacido.

Mientras aquello ocurría, los españoles hicieron acopio de armas, municiones y una vestimenta más apropiada para lo que estaba por venir. Romero, Sevilla y Nicolo eran lobos de mar, no soldados, pero no hicieron ascos a colgarse unas espadas de los cintos. Llanes se agenció no menos de tres arcabuces, un par de pistoletes y dos bandoleras con sus cargas de pólvora: veinticuatro apóstoles colgando todos muy juntos y bien avenidos, amén de espada y daga. Daba impresión verlo de tal guisa, armado hasta los dientes como si fuera a colarse en el infierno para salvar a todas las almas en pena. Joan, por su parte, se conformó con recuperar la toledana y la vizcaína que los soldados le habían arrebatado al apresarlo, y añadió una pistola. Por

encima se echó una cuera con mangas, pues algo le decía que la cosa iría más de cuchilladas que de tiros.

Como remate, el pañuelo blanco atado al brazo zurdo.

—Somos tercios de España, ¿verdad? —dijo, esbozando una sonrisa maliciosa—. Ya va siendo hora de que lo parezcamos de nuevo.



La herida de Carleill, tal como había sospechado, resultó ser poca cosa. Quedaría en una cicatriz más que acompañaría al resto, aunque estaba por ver si la luciría con orgullo o con vergüenza. Diego de Sevilla le puso emplasto y venda, le dio un buen trago de *whisky*, y bastó con ello para que el oficial inglés estuviera más o menos arreglado. Otra cosa era su suerte. Todavía existía desacuerdo sobre lo que había que hacer con él, sobre todo por parte de Artair.

—En cuanto regrese a su plaza fuerte alertará a ese desgraciado de Fitzwilliam.

—¿Acaso eso cambiará algo? Según tengo entendido, la reina y su lacayo en Irlanda ya os tienen enfilados desde hace tiempo —discurrió Joan.

—Cierto. Lleva años apoyando al usurpador de mi tío Hugh.

—Y tampoco es la primera vez que atacáis a una patrulla inglesa, ¿me equivoco?

Artair infló el pecho antes de asentir orgulloso.

—Tú ganas, español. Al fin y al cabo, tal como dices, vamos a tener que vérnoslas a muerte con estos malditos *sassanach* tarde o temprano.

Joan se acercó entonces a Carleill, que los observaba. «Pardiez que es inescrutable su rostro», se dijo. No había muchos hombres que, en tal tesitura, fueran capaces de conservar la compostura sin un temblor en los labios o en las manos, sin bajar la vista o teñirla de miedo. La mayoría estarían rogando por sus vidas, pero el condestable mantenía la expresión serena.

—Sois libre de marchar —le dijo—. Por supuesto, habréis de hacerlo a pie. Comprended que necesitamos todo el tiempo posible antes de que deis parte.

—Lo entiendo.

—En una de las aldeas cercanas podréis conseguir algún caballo que os lleve a Carrickfergus. Seguro que tenéis mucho por lo que vivir.

—Sí, así es. Hay alguien a quien no he tratado como merece, y deseo enmendar tal injusticia. Sin embargo, debo preguntaros algo. ¿Por qué? ¿Por qué me dispensáis esta gracia? —quiso saber Carleill.

—Os habéis comportado con honor en lo que a nosotros respecta. Yo también soy un soldado. Así que regresad y cumplid con vuestras responsabilidades como hombre, tal como yo pienso hacerlo.

—Eso me deja en deuda con vos.

—Nada os exijo en lo que a mí atañe. Pero, si queréis estar en paz, algo podéis hacer: cuando regreséis a vuestra plaza fuerte e informéis de lo sucedido, os pido que no denunciéis a los MacDonnell. Su único pecado fue socorrer a los necesitados.

El gobernador de Carrickfergus cabeceó, no muy convencido.

—He perdido a muchos hombres hoy a causa de este asunto.

—Son lances de la guerra, sé que lo entendéis. Y también que «este asunto», como vuestra merced lo llama, os ha incomodado desde el principio. Me convencí por completo al ver vuestra reacción en la iglesia, frente a aquellos pobres masacrados. Sois un hombre con principios. Se os reconoce a la legua, porque, por desgracia, algo así es escaso.

Carleill amagó una sonrisa.

—Y vos sois sagaz, español. De acuerdo, lo haremos así: obviaré lo ocurrido. No informaré de que los MacDonnell acogieron a enemigos de la Corona de su majestad, ni de mi acuerdo con los MacQuillan, con quienes os las habréis de apañar vosotros mismos. Y espero que les deis un buen merecido. También alegaré desconocer al clan que me ha atacado. Sin embargo, a cambio quiero la promesa de que los hombres que he dejado en Dunluce regresarán de una pieza.

—Siempre que no hayamos de defendernos de ellos, así será.

Ambos asintieron al tiempo. A veces uno conectaba con quien menos lo esperaba. Joan era todavía joven, pero en aquel mundo uno había de perder la inocencia pronto y aprender las cornadas que daba la vida. Más todavía en el caso de los soldados. Eso también hacía que uno aprendiera a calar a las personas, en especial a quien por fuerza debía considerar un enemigo. El valenciano se había sorprendido muchas veces poniéndose del lado de algunos de sus rivales, no *de facto*, sino en lo que a reflexiones se refiere. Hasta terminar por comprender que, en ocasiones, uno se siente más cercano a aquellos a los que se enfrenta que a quienes luchan a su lado.

—Una pena que otros hayan decidido por nosotros —murmuró el oficial, atusándose la perilla—. En un mundo más justo, tal vez podríamos haber sido amigos.

Joan le ofreció un leve cabeceo de comprensión, y se hizo un breve pero significativo silencio entre ambos.

—Teníais razón, sir Christopher: hay buenos ingleses.

50

Dunluce

Su madre había decidido dejar a su mejor hombre, Edmund, a cargo de los guardias de la alcoba de Somhairle. Un auténtico desperdicio, en opinión de Rudaidhrí: su abuelo era un anciano, hacía tiempo que no empuñaba un arma y estaba tan gordo que ni espoleado por la ira lograría bajar las escaleras sin agotarse.

—Y, aun así, es más peligroso que todos los demás juntos —le dijo su madre—. Por sagaz y por carismático. Si de algún modo lograse salir, podría alzar en armas al servicio con un par de consignas.

Al final reconoció que ella tenía razón, pues cualquier precaución era poca teniendo en cuenta las circunstancias. A Edmund lo acompañaba uno de los soldados ingleses. Henshawe había sido muy claro al respecto: las parejas que guardaran a los MacDonnell debían estar formadas por un irlandés y un inglés.

Las instrucciones de Carleill generaban un problema, sin duda. Su madre, ansiosa por arrebatar Dunluce a su antigua familia, había planificado hasta el menor de los posibles escollos. Pero la llegada de los españoles resultaba ser un elemento desestabilizador, tan aprovechable como molesto. Había sido una manera de conseguir el objetivo sin demasiado esfuerzo ni derramamiento de sangre, pero la implicación de aquellos malditos *sassanach* condicionaba sus decisiones. Si hubiesen tenido libertad absoluta, su abuelo y el resto de los MacDonnell estarían ya de camino al exilio, sin nada más que lo que llevaran puesto. Los habrían escoltado bien lejos de sus plazas fuertes en la costa de Antrim, para que no pudieran demandar ayuda hasta que su madre concertase las alianzas necesarias que les garantizaran el futuro en Dunluce.

Aquel había sido el plan desde el principio. Aunque Rudaidhrí tenía algo más en mente. Ambos, madre e hijo, deseaban venganza, pero, mientras que ella pretendía que los MacDonnell cayeran en la ignominia, él ansiaba hundir el cuchillo hasta el final: Somhairle moriría por su propia mano, y con él, aquel Owen Gar Magee que, según decían, había asesinado a su padre. Luego

pasaría por el filo al resto de la familia, uno detrás de otro. O quizá los despeñara desde lo alto de las torres. Ya lo vería llegado el momento.

Pero ahora tenían que esperar a que el lord diputado Fitzwilliam tomara una decisión. No le cabía duda de que fallaría a su favor. Desde Dublín y Londres siempre seguían la misma estrategia: apoyar al clan o candidato más débil, como habían hecho con Hugh O'Neill, para desestabilizar la región y evitar que las familias pudieran alcanzar un acuerdo común contra la presencia inglesa. Mantener enfrentadas a las casas irlandesas era, sin duda, una jugada muy útil.

Así que poco podían hacer de momento. Pero, mientras esperaban, nada les impedía gozar de la victoria.

Tras comprobar que no estaba armado, el soldado de Henshawe dio el visto bueno para que Rudaidhrí accediera a la habitación. Somhairle estaba sentado en un butacón, mirando al suelo, perdido en algún lugar de su mente. Al menos hasta que levantó la cabeza y perforó a su nieto con una mirada de rencor.

—Mi querido abuelo —se burló el otrora maestresala—, te veo aburrido. ¿Deseas alguna distracción para pasar el rato?

El anciano recibió la mofa con gesto hosco. Rudaidhrí podía imaginar lo hiriente que sonaba aquello para él, la indignidad que suponía verse preso en lo que consideraba su hogar. Quizás en los últimos tiempos se había comportado con menos ímpetu del habitual en sus años mozos, pero sabía con certeza que el orgullo desmedido no es un mal que se remedie por completo así pasen las eras.

—*Aye*, ahora que lo mencionas. Tráeme un buen puñal y me entretendré sacándote las tripas.

Rudaidhrí lanzó una media carcajada.

—¿Harías eso a tu nieto? ¡Qué poco amor por la familia! Aunque, viendo cómo trataste a tu propia hija, no resulta sorprendente. En cualquier caso, mi madre me ha enviado a buscarte. Piensa que, ya que tienes que comer, bien puedes hacerlo en su presencia, en el salón. Pero esta vez no seré yo quien te sirva.

Somhairle lanzó un escupitajo a los pies del otro.

—Prefiero morir de hambre que compartir mesa contigo.

—No es una petición —rio con malicia—. Tu familia ya está allí, así que mejor no los hagamos esperar. Si mi paciencia se agota, quizá me dé por añadir un plato más a la comilona. Algo así como «dedos de hija solícita».

—¡Como te atrevas a maltratar a Ealasaid juro por el Dios único y los antiguos que te ataré las piernas a mi caballo y te arrastraré por todo Antrim! —bramó, poniéndose en pie. El mercenario de los O'Neill hizo ademán de desenvainar la espada, pero, antes de que el soldado inglés hiciera lo mismo para contenerlo, Rudaidhrí lo detuvo con un gesto.

—Depende de ti, abuelo.

El anciano lanzó un resoplido y, tras calmar su ira, salió de la habitación como un buen cordero camino del matadero.



Casi habría parecido una auténtica familia de no ser por las caras largas. Un fiel reflejo de los sentimientos que aleteaban en la estancia. En los MacDonnell bullían la preocupación, el odio y la humillación… La satisfacción era cosa de Rudaidhrí y su madre. Catherine se había dado el placer de sentarse en la cabecera de la mesa, como correspondía a Somhairle, desde donde contemplaba y disfrutaba de la derrota de quienes una vez fueran los suyos.

El agravio fue doloroso para el patriarca del clan cuando lo sentaron en el lugar opuesto al de su hija mayor, arrinconado en la posición más indigna. Incluso el capitán Henshawe lo precedía. No era, desde luego, su peor problema, pero resultaba una cuchillada añadida y un motivo más para el malhumor.

Ealasaid, Ragnall, Seumas… Faltaban la esposa y los hijos del último, a quienes se les había permitido permanecer en sus aposentos. Tampoco estaba el padre Pilip. Rudaidhrí había enviado a un criado para exigir su presencia, pero regresó alegando que nadie sabía dónde andaba el párroco de San Cutberto. Aquello lo intranquilizó, aunque no por mucho tiempo. ¿Qué podía hacer un simple cura?

—Maravilloso… —aplaudió Catherine—. Comeremos todos juntos, aunque vosotros tendréis que hacerlo sin cubiertos. Supongo que entenderéis que no me arriesgue a dejaros a mano un cuchillo. Ahhh… Echo de menos a Beitris, Aileas, Aonghus y los demás, pero no está mal para ser la primera reunión desde hace… ¿cuánto, padre?

—No juegues conmigo, mujer —rezongó.

—Claro, solo aceptas jugar cuando tienes la seguridad de que ganarás. —Entornó los ojos—. Pero no sufras, yo responderé por ti: treinta y dos. Treinta y dos años desde que me malvendiste. Desde que me prometiste que todo saldría bien. ¡Y bien salió! Para ti.

—Sabes cómo funcionan nuestras costumbres, hermana —intervino Seumas—. Así es como siempre ha sido. Mi esposa, por ejemplo, lleva diez años sin ir a Clandeboye.

Tranquila y sin alterarse, a pesar de que Rudaidhrí sabía la furia que bullía en su interior, Catherine le respondió mientras empezaba a cortar el muslo de pollo en confitura.

—Pero tu mujer no ha perdido a su marido, ni a dos hijas, ni tiene que cuidar de un viejo demente que no puede sorber por sí mismo la sopa. —Empezó a cortar con más fuerza la carne, entre temblores, hasta que se le resbaló el cuchillo.

—Madre… —intervino Rudaidhrí, posando una mano sobre su brazo.

—No, que lo sepan, hijo. Que lo sepan todo. —Miró de nuevo a Seumas—. Dime, hermano, ¿tu esposa se ha visto obligada a soportar vejaciones de toda condición durante sus años a tu lado?

—¡Por el Altísimo, claro que no! —se exaltó él—. ¡Jamás la he tratado más que con respeto!

—Suerte la suya. Yo recibía una paliza tras otra, que escondía con una sonrisa y carmín para que mi hijo no se preocupara. —Su ira era ya incontenible—. Callé y otorgué, pues me debía al bienestar del que decía ser mi clan. ¡Ni una vez me quejé, jamás contradije a mi marido! Y cuando lo hice fue para avisaros de que planeaba lanzar un ataque contra vosotros. El mensaje que os hice llegar estuvo a punto de costarme la vida, pero salvó la vuestra. ¿Y qué recibí a cambio? Silencio y abandono.

Rudaidhrí conocía aquella historia, pues su madre se la había narrado en cuanto pudo considerarlo adulto. Le sirvió para admirar a Catherine tanto como para odiar a su padre. Aun así, sentía que debía vengar el nombre de Éamon MacQuillan. Era una cuestión de honor.

A tales alturas, los reproches habían convertido la soberbia de Somhairle en un triste gesto de lamento. Su ánimo encendido era ahora vergüenza. Volvía a ser un anciano carcomido por la culpa.

—No puedo más que llorar por tus desgracias —intervino entonces Ealasaid—. Y quizá merezcamos un castigo todos, unos por hacer y otros por mirar hacia otro lado. Pero ¿qué culpa tenían los españoles? Los habéis enviado a la muerte para satisfacer vuestros maquiavélicos planes.

Ealasaid, tan pura y tan buena. Tan valiente. Tan perfecta. Salvo que, en realidad, era la más mentirosa de los presentes.

—Curioso reproche viniendo de ti, tía. ¿Ya sabe mi abuelo lo que hiciste aquella infausta noche de hace dos años? —El color escapó del rostro de la

muchacha ante la insinuación de Rudaidhrí—. ¿Le dijiste que Donnell no murió en la logia, sino en tu alcoba, por tu propia mano?

Estalló la locura al mencionar el nombre del hijo asesinado. Seumas quedó lívido, al igual que Somhairle, y esta vez fue Ragnall quien saltó de su silla.

—¡Cómo te atreves a acusar a mi hermana de algo así!

Se habría lanzado contra él de no haber intervenido los guardias. El capitán Henshawe trató de poner orden, pero no volvió el silencio hasta que Ealasaid tomó la palabra.

—¡Ya basta, Ragnall! Él…, él tiene razón…

—¿Qué estás diciendo, por Cristo? —gimió Somhairle.

—Que lo hice. Yo maté a Donnell —admitió, rompiendo en un llanto que entrecortaba la confesión—. No fue intencionado. Acudió aquella noche tras mi desplante a los O'Neill y empezó a gritar. ¡Se volvió loco y golpeó a la tata! Yo salté sobre él, solo pensaba en defender a Àine. Lo golpeé con una jarra y cayó como un saco, y se dio en la cabeza. Ya no volvió a moverse…

Se derrumbó allí mismo, entre lágrimas y convulsiones. Quien menos cabía imaginar, Seumas, la abrazó para consolarla.

—Yo solo era un pinche de cocina entonces, pero ya campaba a mis anchas por el castillo —explicó Rudaidhrí—. Vi al padre Pilip llegar en plena noche acompañado de la vieja nodriza, así que los seguí. Entre las sombras, contemplé cómo sacaban el cadáver de Donnell entre los dos y a duras penas lograban llevarlo a la logia. Así pues, tía, mejor no des lecciones morales.

Los gemidos de la muchacha fueron lo único que se escuchó durante un rato, hasta que en cierto momento empezó a sonar una risa divertida.

—Vaya, cuántos secretos tiene esta familia… —se burló Catherine, mirando a su hermana pequeña—. Debo reconocer, niña, que eres de armas tomar.

Pero su carcajada se heló al mismo tiempo que el aliento de Rudaidhrí. Seumas se movió como una centella: saltó de su asiento, dio dos pasos para situarse tras Catherine y, antes de que nadie pudiera reaccionar, el filo de una daga resplandecía pegado al cuello de la nueva señora del castillo.

—Hablando de armas, hermana… —le dijo al oído.

Los guardias irlandeses e ingleses apuntaron con sus picas y espadas al repentino rebelde.

—¡Detened esta locura, en nombre de su majestad! —vociferó Henshawe, que hasta entonces apenas había dicho esta boca es mía.

Nadie le hizo demasiado caso. Los MacDonnell se levantaron de los asientos, pero no tenían con qué enfrentar la situación salvo los puños. Ragnall parecía a punto de abalanzarse sobre alguno de los centinelas cuando Rudaidhrí tuvo arrestos suficientes para responder a la amenaza de Seumas: sacó su daga e imitó a su tío, acercándola al vientre de Somhairle.

—¡Suelta a mi madre o este vejestorio tocará el suelo antes que ella! —exigió, tras lo cual hizo un gesto a sus leales. Las lanzas se movieron hacia Ealasaid y Ragnall—. ¡Y luego lo seguirá el resto de tu maldita familia!

Vio la duda en los ojos del condestable de Dunluce. La jugada, por lo visto, no había salido como deseaba.

—No te precipites, hijo —lo conminó Somhairle—. Piensa en tus hermanos.

—Y en tus hijos y tu esposa, ya puestos —dijo Catherine, tan calmada como si allí no estuviera pasando nada—. Un mal paso, y te prometo que Rudaidhrí los torturará hasta que solo sean cáscaras vacías.

—¡Nadie hará tal cosa! —ordenó Henshawe, tomando del hombro al que fuera maestresala y apartándolo del anciano—. Todos envainaréis las armas o informaré a sir Christopher Carleill de vuestro comportamiento.

No terminó la frase. Harto de tanta exigencia, frustrado por el giro de los acontecimientos cuando todo parecía encarrilado al fin, Rudaidhrí dejó que el enojo hablara por él. Movió su hoja hacia atrás para abrir un gran tajo en el rostro del oficial inglés, que cayó al suelo con las manos en la cara.

—¡No! —gritó Catherine, extendiendo el brazo hacia su hijo.

Demasiado tarde. Los soldados de Carrickfergus cambiaron el objetivo para responder al ataque sufrido por su capitán. Sin embargo, los irlandeses, demostrando su experiencia como mercenarios, los estocaron antes de que lograran reaccionar. El salón se convirtió entonces en un caos de cuchilladas hasta que solo quedaron los dos MacQuillan, tres de sus guardias, el malherido Henshawe y los MacDonnell.

—¡Eres un idiota, Rudaidhrí! —le reprochó su madre, todavía amenazada por Seumas.

Lo enardeció que le hablara así, pero al contemplar la carnicería comprendió que una vez más tenía razón. Había alzado la mano contra los soldados que representaban a la reina de Inglaterra, así que ya podían olvidarse de cualquier apoyo a sus pretensiones como señores de Antrim.

—¡Tú me has obligado! —se defendió, señalando a Seumas—. ¿De dónde demonios has sacado ese puñal? ¡Mis hombres registraron tu alcoba!

Fue preguntar aquello y llegar desde el exterior una serie de gritos. Rudaidhrí se abalanzó sobre un ventanal, para ver cómo un grupo de hombres se lanzaba a por los mercenarios irlandeses apostados en las almenas. ¡Eran los soldados de Somhairle! ¿Cómo habían escapado de su confinamiento en los barracones?

La respuesta entró por la puerta doble del salón: un grupo de fieros guerreros escoceses, con el tartán MacDonnell y empuñando hambrientas *claymore*. Delante venían tres hombres: Owen Gar Magee, capitán de la guardia personal del abuelo de Rudaidhrí; a su lado, Artair O'Neill, y otro individuo, no menos decidido, que blandía un acero en cada mano. Espada y daga.

Ambas tan españolas como su portador.

51

Dunluce, momentos antes

—Mirad que va a ser peor negocio meterse en el castillo que salir de él, Mateu —le dijo Nicolo.

Estaba decidido, por supuesto, y nada de lo que pudieran decirle le haría cambiar de parecer. Sin embargo, tenía que dar la razón a su compañero: la empresa de colarse en Dunluce bordeaba el suicidio.

Se habían tendido en lo alto del cortado que caía hacia la cala, una vez llegada la noche, para no ser descubiertos desde las murallas de la atalaya. Y ahora que las contemplaba de nuevo ya no tenía tan claro el plan que había rumiado durante el regreso.

—Tampoco nos quedan opciones —dijo, poniendo voz a sus pensamientos.

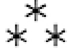
—Una, al menos —insinuó Romero—, aunque ya habéis dejado claro que ni harto de vino os inclinaréis por ella.

—Tengo claro mi camino, señores —respondió, mirando a quienes habían decidido apoyarlo en semejante aventura—. No habrá reproches para quien se quede al margen, salvo que lo dejéis a medio hacer.

—Menos parloteo, ya todos hemos aceptado.

—Bien, pues. ¿Tenéis claro vuestro papel? Tres grupos —mostró otros tantos dedos—, a cargo de Artair, Llanes y yo mismo. Y, sobre todo, nada de disparos salvo que se haga menester para conservar la vida. El sigilo es el único amparo del que dispondremos.

—Vamos allá, que tengo la toledana con hambre —remató Llanes.



Fueron los irlandeses quienes abrieron el primer acto. Gracias a los uniformes que habían quitado a los soldados muertos de Carleill, lograron camuflar su apariencia, lo bastante al menos para recorrer el sendero que bajaba hasta la entrada a la cueva de la Sirena sin despertar sospechas. Para cuando la oscuridad ya no era suficiente, Artair y sus dos compañeros estaban

demasiado cerca, y los guardias no pudieron reaccionar. Al mercenario de los MacQuillan le abrieron la garganta antes de que lograra dar la alarma. El soldado de Carleill se salvó solo por la promesa de Joan al gobernador de Carrickfergus, pero aun así se llevó un buen golpe en la cabeza y un apacible desmayo. Nada en comparación con lo que los O'Neill le habrían hecho con gusto.

Joan llegó a los pies del saliente tras recibir la señal de que estaba despejado. Tuvieron que bajar parapetándose en los escondrijos naturales del terreno, buscando siempre escapar de los ojos que escrutaban desde el castillo. Servía de mucho que nadie esperara su rescate y mucho menos la locura de infiltrarse en la fortaleza. Allá arriba, los guardias apostados por los MacQuillan se preocupaban más de vanagloriarse de lo conseguido que de mantenerlo.

Ataron, amordazaron y escondieron dentro de la gruta al inglés inconsciente, y dejaron a tres de los irlandeses de Artair al cuidado del acceso. Otra media docena se había quedado cerca del pueblo para facilitar una posible huida en caso necesario, además de los arcabuceros que cubrirían dicha retirada desde el punto en el que se habían situado para observar el castillo.

Eso dejaba libres a seis de los guerreros O'Neill, contando a su líder, los cuales acompañaron a Joan y los suyos por los corredores subterráneos. El español, que había memorizado el recorrido tras sus visitas al lugar con Ealasaid, los guio sin necesidad de encender una antorcha que pudiera delatarlos. Llanes atisbó entre los barrotes de la reja del patio interior del castillo y comprobó que nadie vigilaba el acceso. Los vigías en las murallas y las torres, los que cuidaban a los MacDonnell y los barracones, la guardia privada de los captores… Tal como Joan había imaginado, Rudaidhrí y su pérfida madre no andaban tan sobrados de hombres como para controlar todos los puntos importantes de Dunluce.

Dos de los O'Neill más robustos alzaron la verja, poco a poco, evitando el chirriar de las bisagras. Llanes fue el primero en deslizarse fuera, cual serpiente, y posicionarse en la esquina envuelta en sombras que formaba la torre norte con la muralla. Desde allí dirigió el cañón de uno de sus arcabuces hacia las alturas, en previsión de que alguien pudiera descubrirlos. No dispararía salvo orden directa de Joan, pero como soldado experimentado sabía que debía estar listo.

Uno por uno, sin prisa y asegurando sus movimientos, salieron del agujero. Los irlandeses que habían estado sujetando la reja la bajaron con

tiento y se quedaron allí agazapados, ojo avizor por si debían levantar el hierro otra vez. Con ellos se quedaron Romero y Nicolo.

Pedro Llanes y los tres irlandeses restantes gatearon hacia el sur, en dirección a la torre que hacía las veces de barracones de las tropas de Somhairle. Esa sería su tarea: liberarlos y preparar un asalto.

Por su parte, Joan llevó consigo a Artair. El O'Neill vestía ropas similares a los mercenarios de Catherine, y eso lo ayudarían a pasar por uno de ellos. Pero el español tuvo que ponerse también la chaquetilla roja guardada en negro propia del regimiento de Carrickfergus y, sobre todo, el morrión, capacete que no solo era habitual entre los tercios españoles, sino también en media Europa. La cuestión era soportar en lo posible el primer escrutinio de cualquier habitante de Dunluce, y en tal tarea un yelmo era mano de santo. Aunque aquella almendra de hierro no le cubría el rostro, al menos servía para distraer la mirada. Toda ayuda era buena.

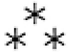
Tras salvar el pasillo que daba a la entrada de la alcoba del primer nivel y plantarse frente a los guardias, Artair habló.

—Venimos a daros el relevo.

Joan mantuvo la mirada baja, tratando de que las sombras que proyectaba el morrión le escondieran la cara. Quizá lo reconocieran o quizá no, pero estaba claro que sus rasgos eran demasiado distintos a la clásica finura inglesa.

El centinela inglés respondió en su idioma con lo que parecía una pregunta. Mateu creyó entender algo similar a un «¿tan pronto?», pero no estaba seguro. Y Artair tardaba demasiado en responder.

—Qué diantres, vamos a resolver esto —dijo entre dientes. Sin más, sacó la daga y acalló al inglés poniéndosela en la garganta. Mientras tanto, el O'Neill le hundió la suya al irlandés al tiempo que le cubría la boca.



Arrastrando al muerto y amenazando al vivo, así entraron en la alcoba del condestable de Dunluce y su familia más directa. Seumas a punto estuvo de saltar sobre ellos para proteger a su esposa y sus hijos, que sollozaban sobre la cama. Pero entonces reparó en la identidad de Joan, luego en la del O'Neill, y solo fue capaz de mostrar confusión.

—¿Mateu? ¿Artair? ¡Por los altos reyes de Irlanda! ¿Qué hacéis aquí?

—Rescataros, qué, si no —respondió el español—. Aunque me da que nos hemos visto obligados a hacerlo muy por las malas.

El hijo de Somhairle no se detuvo a preguntarles cómo se las arreglarían para que nadie echara en falta a los dos guardias. Los ayudó a meter en un gran cofre al muerto, y al vivo lo ataron bien fuerte y lo amordazaron a conciencia, con una venda sobre los labios y un trapo metido en la boca. Luego lo escondieron en el armario, junto a la puerta, envuelto en un montón de ropas para que no pudiera hacer el menor ruido.

—Resulta evidente que tenéis un plan, aunque no acierto a comprender de qué se trata y mucho menos por qué sigue con vida el hereje —dijo Seumas, mientras Màire calmaba a sus hijos.

—Lo segundo es una historia tan larga como nuestra presencia aquí. Y, en cuanto a nuestra estrategia, algunos de nosotros ya están liberando a vuestros soldados apresados. Tomarán el control de la torre sur con discreción, preparados para enfrentarse a los MacQuillan en cuanto pongamos a salvo a vuestra familia en los subterráneos. Ahora iremos a por Ealasaid, y luego a por vuestro padre.

—¡No os dará tiempo, maldita sea! —lo contradijo—. Hace un momento ha venido Caitlin para pedirme que me acicalara. Desea que asistamos a una cena en familia para torturarnos con sus ofensas. Está a punto de venir una escolta para conducirme al salón. Por lo menos ha consentido en que Màire y los niños se queden aquí.

Aquello complicaba las cosas, y de qué manera. Si llegaban los guardias y no veían a sus compañeros en la puerta ni a los cautivos en su habitación, la liebre saltaría antes de llevar a cabo su estratagema.

—Los ensartamos también y listos —propuso Artair.

—No. Sospecharán si tardo en llegar a la casa señorial, más si lo hago solo. Debemos mantener la farsa —argumentó Seumas—. Ocupad el puesto de los que habéis reducido. Con suerte, no os reconocerán. Mientras tanto acudiré a esa cena como si nada ocurriera, junto con mi padre y mi hermana. Una vez allí, yo mismo me haré con el control de la situación. Solo necesito una daga que pueda esconder.

—La encontrarán en cuanto os registren —planteó Joan.

—Ya han revisado la habitación a conciencia. No tienen motivos para hacer lo mismo conmigo.

—¿Y cómo, en nombre de Cristo, os impondréis contra los previsibles centinelas que vigilarán la cena? —quiso saber el español—. Un puñal no bastará frente a espadas y picas.

Seumas sonrió con convencimiento. Era la primera vez que lo veía hacerlo.

—Oh, ya lo creo que servirá. Solo hay que apuntar al cuello adecuado.

52

Joan. Joan estaba allí.

El padre Pilip lo había conseguido. El mensaje para los O’Neill había llegado a tiempo, loado fuera el Señor, y también la partida que estos debieron enviar para salvar a los españoles. Y no solo eso, sino que él había regresado para hacer lo propio.

En aquel momento no tuvo ojos más que para Joan, aunque reparó también en la presencia de Artair, y aquello le hizo recordar el acuerdo que había propuesto a su clan. Pero aquel asunto ya lo solventaría más adelante, pues se enfrentaban a otro todavía por dirimir. En cuanto Rudaidhrí vio entrar a Joan y al resto, se apresuró a amenazar de nuevo a Somhairle con la esperanza de que fuera su escudo. Supo que sería el único que tendría en cuanto sus mercenarios dejaron caer las armas ante la superioridad de los asaltantes.

—Esto no tiene una salida buena para ti, Roderic o como quiera que te llames en realidad —dijo Owen Gar Magee—. Vuestros hombres han sido reducidos, solo quedáis vosotros dos. Has perdido cualquier ventaja que tuvieras, así que ahora depende de ti qué mal eliges: el menor, bajando ese puñal y quizá salvando al menos la vida; o el mayor, con el cual la estirpe de los MacQuillan desaparecerá por completo.

—Y los ingleses os han abandonado —apuntó Joan, mientras ayudaba a Henshawe a levantarse y lo dejaba en manos de Diego de Sevilla para que lo tratara—. Descuidad, capitán, prometí a sir Christopher que no sufriríais daño alguno.

—Malditos seáis todos, una y mil veces… —gritó Rudaidhrí—. ¡Juro por la memoria de mi padre que me llevaré por delante a este vejestorio en pago por tantas desgracias!

—¿Y crees que mi muerte te otorgará algo, además de la tuya? —le dijo el padre de Ealasaid, sin desesperar—. Mírame, muchacho, tú mismo lo has dicho: soy un viejo. ¿Cuánto puede quedarme? ¿Un par de años? ¿Tres, a lo sumo? Mi familia está preparada para ello. Yo mismo lo estoy. No cambiará

nada si me abres la garganta. De hecho, será un final más digno que caer preso de la senilidad que acosa a tu otro abuelo.

—¡Cállate, cállate! —bramó, tan fuera de sí que apretó más el filo hasta formar una pequeña línea roja de la que surgió una gota de sangre—. ¡Es mi derecho vengar la honra de mi progenitor!

Ragnall se preparaba para lanzarse contra su sobrino. Seumas seguía aferrando a Caitlin, que parecía ahora una criatura desvalida y totalmente derrotada. Todo su orgullo se había desvanecido como una voluta de niebla. Owen Gar Magee también balanceaba su mandoble, presto al ataque. Aquello solo podía acabar de la peor manera: con dos muertos, al menos, y muchos lamentos.

Entonces intervino de nuevo Joan. Y lo hizo de manera sorprendente. Avanzó un par de pasos hasta situarse por delante del resto, sin dejar de mirar a Rudaidhrí.

—Hablas de honra y de la memoria de tu padre. Sé lo que es eso. He vivido con el mismo objetivo que tú durante buena parte de mi vida. La ira empezó a consumirme incluso antes de alcanzar la hombría. —Dirigió una mirada emocionada hacia Ealasaid—. Comprendo ahora que esa rabia esclaviza el alma. Es tan infecta que te obliga a rechazar las hermosas dádivas que el destino te ofrece. Advertirlo y ser demasiado tarde, todo es uno. Rara vez se te ofrece una segunda oportunidad para remediarlo, pero yo la he tenido. Y también tú, ahora mismo.

La muchacha sintió que le lloraban los ojos ante semejante confesión. Joan le estaba abriendo su corazón, reconociendo sus errores. Por desgracia, tal como aseguraba, bien podía ser demasiado tarde.

—Pero, si es una compensación basada en el honor lo que quieres, puedes acudir a vuestras propias leyes —siguió—. Las antiguas. Me hablaron de ellas. Brehon, creo que las llamáis. Son inapelables, e incluso en estos tiempos no podéis desoírlas.

—Un duelo de campeones… —gimió Caitlin, saliendo de su mutismo—. ¿Y cuáles serían los términos, extranjero?

—Sencillos y dignos: el vencedor se queda con Dunluce y todo Antrim. El derrotado toma a su familia y abandona la región.

—¡Eso es una locura! —exclamó Seumas—. ¿Por qué habríamos de arriesgar lo que es nuestro?

—Por las vidas de tu padre, de tus hermanos, de tu familia —respondió el español, haciendo callar al hermano de Ealasaid—. Créeme, valen mucho más que todas vuestras tierras juntas.

Rudaidhrí lo observó con recelo mientras meditaba la propuesta. En realidad, ¿qué tenía que pensar? Hasta la muchacha podía ver que Joan le había dado una salida que, no importaba lo que ocurriese, resultaría adecuada. Uno recuperaba de inmediato el honor cuando aceptaba un combate singular. Incluso si saliera derrotado, se le valoraría el coraje de acceder al desafío y luchar por lo que defendía. Siempre podía pasar que fuera herido, muerto incluso, aunque el objetivo no era matar al rival. Salvo que…

—Así sea, extranjero —aceptó su sobrino, bajando la daga y apartando a Somhairle de un empujón—. Convoco un duelo de campeones. Yo lucharé por mi casa. Pero exijo que sea un combate a muerte.

Se solaparon los gemidos y suspiros de sorpresa de los presentes.

—No hay necesidad de llegar a tanto —comentó el patriarca.

—Para mí sí la hay. Y como desafiante estoy en mi derecho —insistió Rudaidhrí—. Y ahora, dime, abuelo, ¿lucharás tú o nombrarás a un campeón?

Resultaba evidente que Somhairle no podía tomar esa responsabilidad. Ealasaid sabía que en sus tiempos mozos, y hasta no hacía mucho, había sido un luchador asombroso. Pero sobrepasaba los ochenta años. No resistiría un embate de alguien que ni llegaba a los cuarenta. Así pues, se imponía elegir un representante; alguien que estuviera dispuesto a arriesgar su vida.

No faltaron candidatos. Seumas, Ragnall y Owen Gar Magee se apresuraron a ofrecerse. Incluso Artair hizo amago de ello, pero las leyes no permitían que la honra de un clan fuera defendida por un miembro de otro.

Somhairle los descartó a los tres y eligió a otro.

—Mi campeón será Joan Mateu.

Ealasaid sintió como se le detenía el corazón. Un frío glacial le congeló la respiración y la sangre cuando el hombre que amaba dio un paso al frente y aceptó la petición de su padre.

—¿Padre, qué es esto? —exigió saber Seumas—. ¿Por qué lo eliges a él?

—Porque algo más que el simple honor de una casa lo espolea —respondió, mirando a una Ealasaid que temblaba como un cervatillo en peligro—. Algo mucho más importante.

Joan hincó una rodilla ante Somhairle.

—Con gusto lucharé por vuestra merced, señor de Antrim.

—¡Esto es intolerable! —se quejó Rudaidhrí—. ¡No pertenece a vuestro clan! ¡Ni siquiera tiene sangre irlandesa!

—Lo considero de mi casa desde el momento que el mar lo trajo a nuestras puertas —atajó el patriarca—. Es Aidan Madainn MacDonnell, el

que fue encontrado por la mañana. Si consiente, mi tartán será el suyo, y para mí será un hijo más.

El español asintió, con la mandíbula prieta y visiblemente emocionado. Pero Ealasaid no podía más que pensar en lo inoportuno de aquel hermoso gesto por parte de su padre. Lo que habría sido una gran alegría podía condenar a Joan a la muerte. ¿Es que nadie más advertía lo demencial del asunto?

—Lo acepto con gran honor…, padre.

Allí mismo se formó un círculo de hombres, en cuyo centro se situaron los dos contendientes. Joan se quitó la chaquetilla inglesa que todavía vestía y la arrojó lejos, al tiempo que pedía un tartán de la casa por la que iba a jugarse la vida. Ragnall no dudó en ofrecerle su tela, pero, en lugar de envolvérsela en el cuerpo, lo hizo sobre su brazo izquierdo. Ealasaid no entendió el motivo.

Cada uno eligió sus armas, y fue curioso que ambos coincidieran: espada y daga. No era lo que se esperaba por parte de Rudaidhrí, pues un irlandés optaba generalmente por usar mandoble y rodela; hacha, en todo caso.

—No siempre he ejercido de maestresala —dijo el MacQuillan—. Antes de llegar a Dunluce estuve años preparándome en el arte de la guerra y el combate. De hecho, hemos luchado bajo la misma bandera sin saberlo, pues he servido como aventurero sin sueldo en Flandes. Conozco y domino las maneras de los tercios.

—Lástima que hayamos de acabar de esta manera, pardiez.

—Nada de lástimas. Disfrutaré ensartándote.

Empezaron a moverse siguiendo el círculo que el resto había formado. Iba a ocurrir, volarían los aceros, y uno caería. Ealasaid no podía soportarlo.

—Detén esta locura, hermana —imploró a Caitlin, aferrándose con desesperación a su brazo—. Basta una palabra tuya para que tu hijo rinda las armas. Te prometo que se os tratará con respeto y mediaré para que padre os otorgue las tierras que merecéis.

Solo recibió un frío desplante.

—Cuando un duelo comienza, ya no puede ser detenido. Es la ley.

¡Maldita fuera! ¡Y malditas las leyes, el honor y todas aquellas farsas que solo servían para arrebatar vidas y causar dolor! ¿Por qué nadie más lo veía?

Ya no hubo tiempo para más ruegos. Joan desenvainó su espada y no se entretuvo con melindre alguno: se lanzó directo hacia Rudaidhrí con una estocada que el otro interceptó con su propio acero y escaso esfuerzo. Lejos de mantenerse a la defensiva, respondió rasgando el viento, fiero y contundente, aunque también ligero. Aunaba el poderío físico de los

irlandeses con la fluidez de los espadachines formados en las guerras europeas. Hubo una acometida tras otra, usando la espada cuando había distancia de por medio, apuñalando con la daga cuando se acercaban lo suficiente.

Resultaba curioso ver que, a pesar de las diferencias, ambos parecían un solo hombre enfrentándose a su propio reflejo. Se movían de manera similar, intercambiando embates de estilo idéntico. En uno de ellos descubrió Ealasaid, con gran espanto, la razón por la que Joan se había enrollado el brazo con el tartán de su hermano: Rudaidhrí logró romper el bloqueo de su contrincante y llevar a buen término una de las puñaladas, que resbaló sobre el antebrazo del español. De inmediato se abrió la tela del improvisado escudo, que demostró su utilidad, ya que no hubo sangre de por medio. De un suspiro le fue a Joan no acabar con el miembro inutilizado.

—Os veo apurado, caballero Mateu —se burló Rudaidhrí, que parecía tener ventaja.

—No soy caballero, pero vos lo sois menos todavía, hideputa.

Se abalanzó hacia el medio irlandés con la espada por delante, solo para mantener ocupada la del otro. Fue la daga, que también respondía a un apellido de sangre, vizcaína, la que dio con el blanco. Pero el jubón de Rudaidhrí era lo bastante grueso para evitar que el tajo llegara a la carne, y eso le dio la oportunidad de responder trabando su hierro corto con el del español.

Ahora tenían los rostros muy juntos, tanto que podían respirar sus respectivos alientos. Era el momento más tenso del duelo. Cuestión de voluntades. Ambos parecían igualados por completo. A Rudaidhrí lo incentivaba la rabia y el afán de venganza; a Joan le habría gustado creer que lo movía la protección de los que apreciaba y amaba, pero eso era cosa de baladas. El bravo héroe que toma fuerzas del cariño hacia su amada… No, las expresiones constreñidas de ambos mostraban que ninguno pensaba entonces en los motivos por los que se habían enzarzado en aquel endiablado combate. Allí solo existía el instinto más básico de todos: el de supervivencia.

Luchaban por sus vidas.

Y algunos estaban dispuestos a utilizar cualquier medio para salir bien parados. Rudaidhrí, olvidándose del honor, utilizó malas artes para cobrar ventaja y le soltó un cabezazo a su rival, que retrocedió. Lo siguiente fue un nuevo tajo del irlandés, que esta vez sí consiguió hincar en blando.

El grito de dolor de Joan se confundió con el gemido de Ealasaid, quien habría saltado en su ayuda de no ser por Ragnall. El español utilizó la espada

para poner distancia con Rudaidhrí, pero había soltado la daga y se dolía en el costado derecho, a la altura de la cintura. La sangre también le manaba a borbotones desde la frente, cegándole un ojo, aunque no era preocupante en comparación con el reguero que le goteaba por dentro de los calzones. Unos instantes después, la sangre ya mojaba el suelo.

—¡Parad, por todos los dioses! —exigió de nuevo Ealasaid.

No la tuvieron en cuenta, por supuesto. A ninguno de los dos se le pasaba por la cabeza la idea de rendirse. A esas alturas solo eran bestias bregando por salvar el pellejo a costa del otro. Por no haber, no había ni lugar a los insultos o la palabrería.

En esas riñeron durante angustiosos y eternos momentos. Se iba imponiendo poco a poco Rudaidhrí, más entero y sin cuchillada alguna. Joan resollaba y sus movimientos crecían en imprecisión mientras las fuerzas se le escapaban por el agujero. Le costaba mantener el brazo extendido, y sus bandazos eran cada vez más defensivos. Resultaba tan evidente que el irlandés, seguro de su ventaja, sonrió y empezó a jugar con él mediante toques despectivos que se limitaban a apartar la espada de Joan.

—Se agotan tus energías, español.

Otro golpe ligero. Joan no era capaz ni de mantener la toledana en alto, a pesar de que el impacto era muy leve.

—Todavía me tengo en pie, bellaco —gimió el herido.

—Sí, hora es de acabar con eso.

Rudaidhrí echó atrás la espada con intención de ejecutar la sentencia de una vez. Cuando la adelantó, para ensartarla en el vientre del rival, quedó estupefacto al comprobar como, de pronto, Joan se erguía con fuerza. Todo fue rápido: se movió como una centella, con vigor inaudito, y de un salto se echó al suelo, casi a espaldas de su oponente. Había tomado la vizcaína, que parecía olvidada y, desde aquella posición, habiendo escapado al estoque, la hundió en la parte posterior del muslo de Rudaidhrí.

El bramido resonó en toda la sala. El irlandés no pudo mantenerse en pie y fue a caer de rodillas. Su mano voló hacia el colmillo que lo había mordido con la instintiva intención de sacárselo, pero en aquello estaba cuando sintió el filo del acero enemigo en su garganta.

—Las mejores lecciones para un espadachín no se aprenden en las trincheras. Se dan en los callejones oscuros, a golpe de daga, contra rufianes de más calado que tú —le dijo al oído—. Y de esas he vivido unas cuantas.

—Hazlo ya…

—¡No! —se escuchó a Caitlin, repentinamente consciente de lo que estaba a punto de ocurrir—. ¡Piedad para mi hijo, os lo ruego! Es lo único que me queda…

Se había arrodillado y lloraba sin rastro de orgullo, soberbia u odio. Quizá, al fin, había entendido que existían cosas más importantes que la venganza. Otros todavía debían aprenderlo.

—Te queda tu honor, madre —le dijo el derrotado—. No lo pierdas rogando a estos miserables.

—A muerte pidió vuestro hijo, señora —dictaminó Joan—. Y a muerte habrá de ser.

No si Ealasaid podía impedirlo. Se acercó hasta el hombre que amaba y le tomó el brazo que iba a ser verdugo. Apretó con firmeza, hasta que él la miró a los ojos.

—Basta de muertes sin sentido. Basta de alimentar este círculo que no acaba nunca.

—Si lo dejo vivo, volverá a intentarlo —argumentó Joan.

—Pues nos enfrentaremos de nuevo. Y volveremos a vencer.

Iba a ser un día de pruebas para muchos, pero ninguna tan dura como aquella a la que Joan se enfrentaba justo en ese instante. Ealasaid percibía la lucha en su interior, más encarnizada incluso que el duelo librado y ganado contra Rudaidhrí, pues tenía como rivales los muchos años de odio contenido sobre los que había edificado su carácter. Cada paso desde la muerte de su padre había estado cimentado en una enfermedad de la que no era culpable, sino víctima. Y la manera de sanar pasaba, forzosamente, por dejar que otro tipo de sentimientos guiaran sus actos. Era capaz de hacerlo; lo sabía. Y por eso había vuelto. Ahora solo tenía que ser consciente de ello.

Ealasaid lo abrazó por detrás, recostando la cara sobre su espalda, dándole todo el amor, la voluntad y la integridad que poseía. Sintió cómo temblaba, cómo deseaba matar a aquella serpiente que, tarde o temprano, trataría de morderlos de nuevo.

Salvo que él también entendiera el mensaje. Salvo que se rompiera el círculo. Odio que engendra más odio. Magdalena de Centelles, despechada, había odiado al padre de Joan, y sus actos viles emponzoñaron al hijo; Caitlin odió a su padre y se lo transmitió a un vástago que ahora esparcía el veneno por todo Dunluce; los irlandeses odiaban a los ingleses, provocando igual reacción en estos. Y así el mundo entero, empeñado en moverse al ritmo de los peores instintos. Alguien tenía que acabar con aquello, y alguien lo hizo.

Joan bajó la espada, y el gozo más inenarrable llenó el corazón de la muchacha. Al menos hasta que al español le fallaron las piernas y se vino abajo, débil por aquella cuchillada que todos parecían haber olvidado, salvo su cuerpo, medio desangrado.

53

Por un momento creyó que lo ocurrido en los últimos días había sido un sueño, pues la imagen que vio al abrir los ojos era la misma que cuando había despertado por primera vez en Dunluce. Al lado de la cama dormitaba el padre Pilip, justo como aquel día.

Pero todo era diferente. Ya no se hallaba en una habitación humilde, sino en la lujosa alcoba de invitados de la casa señorial: murales, suntuosos cortinajes, una cama tan mullida que se sentía en una nube, sábanas de seda… El sillón donde descansaba el párroco estaba cubierto por tela estampada, y era mucho más cómodo y amplio que cualquier silla de madera.

Al moverse un poco notó una punzada de dolor donde Rudaidhrí lo había herido. Inspeccionó el corte. No era poca cosa, pero estaba bien suturado y sanaría. Una marca más para su colección de cicatrices: sin duda sería la mejor, pues al recostarse de nuevo, tras un suspiro de satisfacción, advirtió que algo había cambiado. Algo en su interior. El ánimo. Como si se hubiera librado de un terrible peso, ya no notaba aquella profunda y permanente angustia de antes. Era una sensación que se hacía más clara cuanto más reflexionaba.

Quiso ponerse a prueba con un ejercicio sencillo: pensó en Magdalena de Centelles y en lo ocurrido con su padre. Y se sorprendió al comprobar que imaginarse a sí mismo dándole muerte no le producía ningún placer. De hecho, la idea le asqueaba. Prefería concentrar su atención y sus recuerdos en aquel hombre llamado Albert, con el que paseaba todos los domingos de la mano camino de misa. Y en su madre, abnegada como solo una madre puede ser, haya parido o no. Buscó la medallita de la Virgen del Rebollet y la besó.

—Mi buen Pilip, despertad o mejor idos a una buena cama —le dijo entre risas al cura, zarandeándolo del brazo.

—¡Oh, por la santa cruz! —El hombre parpadeó para enfocar la vista—. Disculpa, hijo. No he dormido apenas desde hace casi dos días.

—Fuisteis vos quien acudió a buscar la ayuda de los O’Neill, ¿verdad? Cabalgasteis sin descanso para salvarme. No sé qué podría decir o hacer para daros las gracias, padre.

—Es mi obligación socorrer a quien lo necesita. Pero, aunque no me ataran mis votos sacerdotales, con gusto lo habría hecho por un amigo.

«Y uno bueno», pensó Joan. Nunca se había permitido abrirse a nadie, ni siquiera a sus compañeros de camarada. Los apreciaba mucho y los echaría de menos el resto de su vida. Sin embargo, a partir de ahora podría construir nuevas relaciones con otros, relaciones que no estarían ancladas por el odio del pasado.

—¿Qué me he perdido? ¿Se arreglaron las cosas al final?

—Tanto como era posible; bastante, para lo mal que llegaron a ponerse. Supongo que aquí iría bien un «Dios aprieta pero no ahoga» —comentó—. El capitán Henshawe se recupera, como tú, y acaba de llegar un mensajero de Christopher Carleill pidiendo su regreso, con la orden de devolver el gobierno a los MacDonnell. Tus compatriotas me han comentado que te compadeciste del gobernador. Y ya ves que esa bondad ha sido recompensada.

»Los MacQuillan han sido confinados en una alcoba, pero los van a liberar en breve, tal como Ealasaid propuso. Somhairle incluso les ha ofrecido ampliar sus dominios a cambio de que juren no volver a alzarse, entregándoles además una plaza fuerte más digna, el castillo de Caislen Camus Rhuaidh, al sureste de los Glens.

—¿Qué fortaleza es esa? Creo que no me han hablado de ella.

—Perteneció a la familia Bissett, y es el motivo por el que los MacDonnell llegaron de Escocia reclamando su derecho a gobernar Antrim. Un antiguo antepasado de Somhairle, John Mor MacDonald, se casó con una de las hijas de los Bissett. Durante la guerra con Shane O'Neill, este quemó el castillo. Y, aunque Somhairle lo reconstruyó hace unos años, apenas lo ha utilizado desde entonces.

»Pero su hija y su nieto lo han rechazado. Prefieren que la estirpe MacQuillan se agote antes que aceptar limosnas. Me temo que su rencor no se ha extinguido. Este maldito orgullo irlandés… Es a la vez nuestra fuerza y nuestra mayor debilidad.

—No es cosa de los vuestros solo, padre. Es un mal común del ser humano. Bien lo sé yo.

—Pero tú, hijo, lo has derrotado, según me han dicho. Y eso sí es motivo de sano y limpio orgullo.

—¿Y qué ocurre con el asunto de la muerte de Donnell? ¿Habrá algún castigo para Ealasaid, para la tata o para vuestra santidad?

—En absoluto. Somhairle, Seumas y Ragnall han sido tajantes con ello. Comprenden que fue un accidente, que no hubo intención alguna. Donnell

llevaba tiempo comportándose de manera irascible y nadie ha dudado de la palabra de Ealasaid. Aun así, me he arrodillado ante ellos para pedirles perdón. Nunca debimos esconderlo.

—No creo que hicierais mal, en realidad. Mejor prevenir que curar.

—La pregunta es: ¿ahora qué, hijo? ¿Regresarás a España? Aquí se te aprecia. Somhairle te ve ahora como si llevaras su sangre. Sin embargo…

Una evidente pesadumbre se le dibujó en la cara. Algo había ocurrido; algo que el párroco temía revelarle.

—Hablad claro, padre. Los dolores mejor enfrentarlos cuanto antes.

—Sí, es cierto… Verás, vuestro rescate por parte de los O'Neill… Bueno, no fue del todo desinteresado. Hubo que acordar un precio. Y Ealasaid se ofreció a pagarlo.

—¿De qué estáis…?

Supo cuál era la respuesta antes de terminar de hacer la pregunta. Y con ella se fue su aliento y cesaron sus latidos.

—¡No es posible!

—Me temo que sí, hijo. Ealasaid ha aceptado la propuesta de matrimonio de los O'Neill. Ahora mismo se hallan reunidos para poner por escrito las condiciones del acuerdo. —El párroco posó su mano en el hombro de Joan.

Pero este reaccionó al instante, como si se hallara en mitad de una contienda de arcabuces. Apartó las sábanas y, olvidando el dolor, trató de incorporarse.

—¡Padre y Dios bendito! ¡Detente o la herida se te abrirá! —quiso detenerlo en vano.

—Ya la cerraremos de nuevo luego. Ayudadme a llegar a dondequiera que estén reunidos. No he luchado tanto para rendirme en lo más importante de la contienda.

Sabedor de que no podría convencer a Joan, el padre Pilip hizo cuanto pudo para servirle de apoyo. A toda prisa lo auxilió para vestirse y salir de la alcoba, donde los compatriotas del español estaban esperando. Se le echaron casi encima al ver lo que pretendía, pero él de nuevo se empecinó en la tarea que tenía en mente. Tanto que resolvieron ayudarlo también. Llanes lo tomó de la otra axila, y los demás les abrieron paso entre los siervos que deseaban expresarle su agradecimiento tras el valiente rescate.

Junto a las puertas del salón principal estaba Owen Gar Magee acompañando a los dos centinelas. Debió de intuir lo que se proponía Joan, pues le cerró el paso de inmediato.

—Siento tener que interponerme después de cuanto valor habéis desplegado para salvarnos. Pero esta es una reunión privada y no puede ser interrumpida.

—Nunca le pediría a vuestra merced que rompiera las órdenes recibidas si no fuera por un motivo de urgencia. Por lo más sagrado, permitidme entrar —le rogó—. Antes de que se cometa un terrible error que pesará en el corazón de quien no lo merece.

Gar Magee agrietó el rostro. Joan no lo conocía mucho, pues de los habitantes de Dunluce era con quien menos había coincidido. Sin embargo, había visto lealtad en aquel viejo escocés; reconoció al caballero que sirve orgulloso a su señor, al que seguiría hasta la muerte sin pestañear. Mal espécimen al que pedirle romper las reglas.

Y, aun así, lo hizo. No solo se apartó, sino que él mismo abrió las puertas para franquearle el paso a la sala. Los reunidos se hallaban en torno a la mesa, pero se levantaron a una cuando vieron entrar a Joan y sus acompañantes. Había asombro en sus rostros, salvo en el de Ealasaid, que se mostró apesadumbrada al tiempo que emocionada. Sin duda intuía lo que pretendía.

—¡Por el buen Cristo! —exclamó Somhairle—. ¿Qué haces aquí, muchacho? Deberías estar recuperándote de tu herida.

—He venido porque mi conciencia no me permite mantenerme al margen de lo que aquí se está decidiendo. —Miró a Artair—. Os debo la vida y la de mis compañeros, y juro aquí y ahora que con gusto derramaré hasta la última gota de sangre por vuestra merced si algún día la requerís. Pero será mi futuro lo que os entregue, no el de la mujer que amo. Con todo el dolor de mi corazón por si lo tomáis como una afrenta, debo oponerme a que os desposéis con Ealasaid.

El O'Neill, aunque claramente molesto, no acertó a decir nada. El resto de los presentes se mostraron más bien incómodos. Ella, al instante, se cubrió el rostro con las manos para tratar de esconder el llanto.

—Hijo, con gusto te daría lo que pides —intervino Somhairle—. Ya te lo propuse antes. Pero los compromisos deben cumplirse. Y esta vez nadie fuerza a Ealasaid.

—¡La necesidad más extrema la impulsó a ello! Un juramento en tales condiciones no debería ser válido —insistió él.

El jefe de los MacDonnell iba a replicar de nuevo, quizá de manera definitiva. Sin embargo, la joven hizo un gesto para contenerlo. Luego se acercó a Joan. Él se soltó de sus amigos, y ambos se abrazaron para compartir

las lágrimas. Poco después se miraron con ternura mientras ella le acariciaba las mejillas.

—Cuando fantaseaba con elegir al hombre con el que compartir mi vida todavía era incapaz de comprender lo que significaba de verdad el amor. Eso lo descubrí en el preciso instante en que te encontré en la playa. Te amé desde el primer momento; no sé cómo ni por qué, pero así fue. Y así será siempre.

—Entonces no lo hagas…

—Debo hacerlo y lo haré. Porque es precisamente ese amor lo que me impulsó a comprometerme. Es lo que siempre he querido: ser libre para elegir. Y lo que decidí fue salvarte. Tu vida, para mí, vale cualquier sacrificio.

No lo dejó replicar. Le dio un largo beso para acallarlo. Cálido y tan intenso como si pretendiera concentrar allí y entonces todo el tiempo que no podrían compartir. Luego se separó y regresó a la mesa.

—Prosigamos —le dijo a su padre, con una voz que parecía provenir de un oscuro abismo.

Joan casi se derrumbó allí mismo, de nuevo, herido esta vez por una puñalada mucho más dolorosa y profunda. El padre Pilip y sus amigos amagaron con acompañarlo fuera, pero él no se movió. Quería presenciarlo todo, hasta el final. Quería ver la rúbrica que destruiría su vida.

El escribano redactó las últimas condiciones, que leyó en voz alta.

—«Por último, se nombra a Artair O’Neill condestable del castillo de Caislen Camus Rhuaidh, en los Glens, para que lo administre mientras se mantenga el matrimonio con Ealasaid MacDonnell».

Somhairle asintió, conforme con lo escrito. El secretario le tendió la hoja y la pluma, y el patriarca la humedeció en el tarro de la tinta. Se dispuso a estampar su firma, pero el cáñamo se quedó suspendido en el aire.

Lanzó un suspiro, levantó la cabeza y miró a su hija. Le sonrió.

—Se lo prometí a tu madre…

Fue lo único que dijo antes de dejar la pluma, tomar el papel y rasgarlo en decenas de pedazos. Artair saltó del asiento, con los ojos como platos y tan desconcertado como el resto. Incluido el propio Joan.

—¿Qué es esto? —exigió saber el irlandés.

—Lo siento, chico, no puedo condenar a otra hija a una vida de pena.

—Pero… Pero… ¡teníamos un trato! Esto no le gustará nada a mi padre.

—Desde luego que no. Aunque saltará de alegría ante la nueva propuesta que redactaré y tú le harás llegar. Anota, Caleill —le dijo al escribano, quien se apresuró a obedecer—. «Yo, Somhairle el del Pelo Rubio, hijo de Donnell, señor de Antrim, me ofrezco como esposo para la dama Muirgen, hija de

Turlough Luineach, el O’Neill, señor de Tyrone; con este matrimonio se sellará para siempre la alianza de nuestras respectivas familias».

Los rostros se tiñeron de asombro. Nadie era capaz de dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Y, en cuanto a ti, apreciado Artair, no sufras. Eres joven y gallardo, y posees el corazón de un león, así que no me cabe duda de que encontrarás damas de alta alcurnia a puñados. Yo mismo te buscaré una apropiada entre mis sobrinas nietas escocesas, si lo deseas. Siempre que ellas acepten, por supuesto. Jamás volveré a imponer semejantes obligaciones a nadie. Que al menos durante mis últimos años sea capaz de hacer las cosas bien.

Aquello no pareció aplacar mucho el malhumor del O’Neill. De todos modos, no podía replicar en tanto faltara la respuesta de su padre. Hasta él debía de ser consciente de que la oferta de Somhairle era más ventajosa para su familia que el trato original. El jefe del clan, aunque estuviera viejo y cercano a la muerte —o quizá precisamente por ello—, era un regalo más valioso que la última hija de una casa. Aunque no para él.

Dicho aquello, Ealasaid se lanzó a los brazos de su padre entre lágrimas que esta vez eran de alegría. Como las de Joan. Si había admirado a ese hombre, a pesar de su pasado repleto de cuestionables decisiones, más lo hacía ahora. Somhairle acababa de demostrar estar a la altura de los errores cometidos al sacrificarse por la felicidad de su hija. Era la prueba de que nadie era inmutable, de que el tiempo erosionaba a la vez que hacía brotar nuevos esquejes. De que ninguno debía ser condenado por completo, pues siempre existía la posibilidad de que encontrara el camino correcto. De que, por ello, la venganza absoluta era el más injusto de los remedios.

—Ahora eres libre, mi niña —le dijo él—. Ve a celebrarlo con el hombre que amas.

Como si temiera que cualquier movimiento brusco rompiera el hechizo, Ealasaid caminó lentamente hacia Joan. Mientras tanto, el español había pedido a sus compañeros que dejaran de sujetarlo. ¡Por el Altísimo, se sentía con la fuerza de mil de esos gigantes irlandeses! La abrazó con su carne y también con su alma. Temblaban ambos, y se apretaban más y más, como si no quisieran soltarse así pasaran las eras. Le tomó el rostro, al cabo, y le habló entre sollozos.

—Ahora entiendo, al fin, que ningún odio ni secreto ni cuenta pendiente merece la pena. Y menos si el precio es el amor de verdad —le dijo—. Ya no quiero una vida si tú no estás en ella.

Ealasaid sonrió. Las lágrimas se le posaron en los labios.

—Entonces estaré en ella.

Unieron sus bocas allí mismo, olvidando a los muchos espectadores que, enternecidos y un tanto avergonzados, los observaban. Qué importaba. Para ambos era el final de un viaje de años y años de dolor. Cuando se apartaron un poco para tomar aire, se les escapó una bendita carcajada, cómplice, luminosa.

Y al fin hubo risas de felicidad en Dunluce.

54

Desde lo más alto de la torre norte, Ealasaid contemplaba cómo el *bìrlinn* se hacía más y más pequeño. El barquito pronto sería una mota en la distancia, el punto final de una etapa de su vida. Ahora comenzaba otra, y no la recorrería sola.

Más o menos lo mismo debía de estar pensando Joan, a juzgar por el suspiro que se le escapó. Se apretó más contra su pecho. En los últimos días casi no se habían separado el uno del otro. Paseaban juntos tanto por el castillo como por el poblado, saludando a los aldeanos. La mayoría de ellos agradecía al español su valor a la hora de resolver la situación causada por Caitlin. Joan, ya liberado de los grilletes de tan dramático pasado, pudo al fin hacer gala de su bondad, pues se aprendió los nombres de todos y respondió con amabilidad a cada uno de ellos… ¡en gaélico! Muchas fueron las carcajadas que provocaron sus intentos vacilantes, y él mismo reía más que nadie cuando cometía un desliz.

La muchacha levantó la mano para acariciarle la barbilla, ahora afeitada. Joan había pensado dejarse una larga barba para así parecerse más a los irlandeses y escoceses, pero ella atajó esa idea al asegurarle que no quería que fuera como los demás. «Sé tú mismo, pues es a ti a quien quiero», le dijo.

—Los voy a echar de menos —aseguró Joan, melancólico.

Lo entendía, claro que sí. Romero, Nicolo, Sevilla… Apenas habían estado en su vida durante un breve tiempo, y sin embargo sabía que los recordaría para siempre. Somhairle les había ofrecido su casa, insistiendo en acogerlos como parte del clan. Pero, de modo comprensible, los españoles declinaron tanta generosidad.

—Tenemos familias que ya deben de estar penando por nosotros, y todavía nos queda un largo camino hasta España —aseguró el de Zante mientras se despedían en la cueva de la Sirena—. Una pena que no podamos asistir a vuestra boda.

Así iba a ser. En unos días contraerían matrimonio tanto Somhairle como su hija, en una misma celebración que sellaría dos pactos muy distintos. Turlough Luineach se había apresurado a aceptar la nueva propuesta en

cuanto se la entregaron en mano. También lo hizo su hija Muirgen, sin coacción alguna, tal como exigía el jefe de los MacDonnell. El único contrariado era Artair, y no poco. Según los rumores, la discusión entre padre e hijo fue tan severa que el más joven de los O'Neill había dejado la casa familiar sin anunciar cuándo volvería. La relación entre ambos parecía gravemente emponzoñada.

Aprovechando aquello, y como no tenía sentido aplazar lo que iba a acontecer, Joan pidió la mano de Ealasaid. No hubo quien se opusiera, pues ahora el español era muy querido. Somhairle lo nombró con el mismo apelativo que al resto de sus hijos varones, MacSomhairle, que significaba «hijo de Somhairle»; así que Joan tendría a partir de entonces un verdadero nombre irlandés: Aidan Madainn MacDonnell MacSomhairle, que tomó con orgullo, aunque también con diversión, debido a su longitud. Ragnall casi lo descuajaringó de un abrazo, y Seumas… Su trato hacia Joan había cambiado por completo. La animosidad quedaba atrás en favor de un cariño todavía contenido, pues el carácter de un hombre no cambia de la noche a la mañana. Pero los primeros brotes de la amistad habían germinado entre ambos.

De este modo se habían iniciado los preparativos de la doble conmemoración, que se celebraría en cuanto llegaran de Tyrone la otra novia y su familia. Pues en ningún otro lado podía darse más que en Dunluce. Aquel castillo, por el que Ealasaid había vagado como alma en pena desde que llegara, era ahora el escenario de su felicidad, y los muros ya no le parecían altos y amenazadores como los de una celda. Lo curioso era que su tiempo como habitante de la fortaleza estaba acabando, en realidad, pues Somhairle ya les había anunciado cuál sería su regalo de casados: el castillo de Caislen Camus Rhuaidh, casi vacío por entonces. Una vez convertidos en esposa y esposo, habrían de gobernarlo en nombre del clan. La tarea los ilusionaba. ¿Cómo no iba a ser así? Crearían un hogar para los dos.

Los españoles no podrían estar presentes en la celebración; no todos, al menos. Tras dos semanas de reparaciones, el barco que había incendiado Rudaidhrí estuvo a punto para zarpar. Su plan de huida no había cambiado: embarcaron hasta las Hébridas, donde la familia que allí tenía Somhairle los mantendría a salvo hasta que pudieran conseguir un pasaje a Flandes. Con ellos fue Ragnall para asegurarse de que eran bien recibidos, aunque regresaría a tiempo para las bodas de su padre y su hermana.

El único que permanecería en Irlanda, además de Joan, sería Pedro Llanes. Había decidido aceptar la oferta de Turlough O'Neill, quien lo requirió como instructor militar de sus tropas. «Los tercios españoles han

derrotado innumerables veces a esos perros ingleses, así que bien nos vendrá aprender sus modos de hacer la guerra», alegó. Llanes, aquel encantador sinvergüenza, solo puso una condición:

—Iré siempre que haya mujeres hermosas.

Ealasaid sabía que los MacDonnell esperaban lo mismo de Joan. Owen Gar Magee ya le había dejado caer que deseaba aprender las estrategias militares del ejército español. Pero él confesó a su futura esposa que en realidad deseaba apartarse de todo cuanto tuviera que ver con las armas y el derramamiento de sangre. Demasiado había tenido de aquello en su vida. Sin embargo, también entendía que, como nuevo miembro del clan, tenía que asumir ciertas responsabilidades, como la defensa de la familia. No olvidaba, nadie lo hacía, que estaban en Irlanda, cuya naturaleza salvaje era tan propensa al conflicto como a la placidez.

Y la sombra de Inglaterra se alzaba sobre ellos.

Se despidieron de los españoles en el embarcadero de la cueva de la Sirena. Fue un momento emotivo, de abrazos y nudos en la garganta. Jorge de Nicolo coqueteó por última vez con Ealasaid, besándole la mano y alabando su belleza, aunque en esta ocasión Joan no se mostró molesto por ello. Álvaro de Romero dio un largo abrazo a cuanta criatura se puso a su alcance. Y Diego de Sevilla, el menudo barbero, el Mozalbete, se arrodilló ante la muchacha para rubor de esta.

—No me marcharé sin el perdón de vuestra merced —dijo—. Dudé de vuestra familia todo el tiempo, creyendo que erais salvajes de quienes desconfiar. Ha sido el mayor error de mi vida, y no he cometido pocos.

—Nada hay que disculpar, mi buen amigo. Ahora sois parte de nosotros, como esperamos ser parte de vosotros —respondió ella, obligándolo a levantarse y estampando un beso en su mejilla.

«Nos construimos como individuos merced a las personas que conocemos», pensó Ealasaid mientras los veía embarcar en el *bìrlinn*. Y siguió rumiándolo hasta que ella y Joan subieron a lo alto de la torre. En lo afortunada que era al respecto, pues crecería como criatura de Dios al lado de la mejor compañía.

—¿Y bien? —preguntó Joan, besando su encendido cabello—. Empieza a refrescar. Me apetece acurrucarme contigo junto al fuego.

—Solo un poco más. Pero puedes seguir abrazándome aquí arriba, Aidan —dijo, dedicándole una sonrisita traviesa—. Se me hace raro llamarte así.

—Es quien soy también: Joan Mateu, español y valenciano, y Aidan Madainn MacDonnell, irlandés.

—¡Y escocés! —se carcajeó ella—. Nunca olvides mencionar a los escoceses.

—Cierto. Aunque estoy pensando que no es justo que solo yo tenga dos nombres. Habrá que buscarte uno español.

—¡Oh, sí, por favor! Me haría mucha ilusión.

—Bien, déjame pensar… Ealasaid es, en inglés, Elizabeth. Y Elizabeth es Elisa en castellano… —Le acarició el cabello pelirrojo—. ¿Qué te parece Elisa?

—Elisa la Rojeta… —repitió no sin esfuerzo—. Me encanta.

—Cuando nos instalemos te llevaré de visita a España. Y utilizaré ese nombre para presentarte a todo el mundo.

—Nada me gustaría más —le dijo, y se besaron con calma, saboreándose.

Poco tardarían en bajar. Pero Ealasaid quería ver cómo desaparecía por completo el *bìrlinn* y disfrutar de la estampa todo el tiempo que fuera posible. El cielo mostraba su habitual faz cenicienta y las olas su rumor monótono. Ni una cosa ni la otra le parecían ya tristes o apagadas. El mar nunca volvería a ser motivo de pena. Al fin y al cabo, le había traído el mejor de los regalos a bordo de un gran galeón de bandera española. Un tesoro escondido en mitad de la desgracia y la sorpresa.

El tesoro de *La Girona*.

Nota del autor

Que conste que estabais avisados. En la nota de autor de mi anterior novela, *Lerna. El legado del minotauro,* comenté que la mitología irlandesa era una fuente de inspiración muy poderosa para mí como escritor. Hoy, tres años después, una reedición de mi primera novela publicada (*El espíritu del lince*) y una pandemia después, esa fascinación por Irlanda y sus leyendas no solo sigue viva, sino que ha vuelto a confabularse para formar esta obra.

Sin embargo, habrás notado, lector, que *El tesoro de La Girona* es muy distinta a *Lerna*. Su historia es más contenida, más íntima, pero sobre todo más cercana en el tiempo. ¿Por qué en esta ocasión viajé hasta el siglo XVI? Todas mis novelas anteriores transcurrían en tiempos pretéritos, anteriores a Cristo. Con *Lerna* incluso me fui a la Edad del Bronce. Lo cómodo habría sido quedarse en ese terreno conocido, o desconocido más bien, donde las lagunas son enormes y la imaginación de un escritor puede trabajar con más libertad. Y ese es el problema, que era conocido, que resultaba cómodo. Siempre me ha gustado afrontar retos nuevos, y vaya si ha sido un desafío enfrentarme a una época que ha sido tapiz de infinidad de obras literarias.

Pero una vez más contaba con un arma secreta. Sí, de nuevo la mitología irlandesa estaba ahí para ayudarme. En esta ocasión se trataba de una leyenda más pequeña, completamente desconocida aquí en España, pero que corre de boca en boca entre los irlandeses del Úlster desde hace generaciones. Me refiero a la historia de Adam Morning, un supuesto náufrago de la galeaza *La Girona* que, tras el varapalo de la Armada española, fue a dar con sus huesos en la costa irlandesa del mar del Norte. Dice la tradición popular que lo encontraron vagando por las playas de la Calzada del Gigante, desnudo como Adán, y de buena mañana, por lo que lo llamaron Adam Morning. Aunque, tal y como deduzco en mi novela, lo más lógico es pensar que el nombre original era gaélico escocés y que luego fue transformado al inglés.

Pero ¿quién fue aquel hombre en realidad? ¿Existió? Nadie lo sabe. No hay ni un solo dato histórico, así que probablemente se trate de una leyenda basada en una tragedia enorme, al igual que la de los *black irish*, el otro puntal de esta novela: los descendientes de los náufragos españoles que

rehicieron su vida en Irlanda, y que dieron origen a los irlandeses de pelo oscuro. Dos cuentos, pero también una oportunidad para construir la trama de una novela. Y eso fue lo que hice: convertí al desconocido náufrago español en un personaje «real». Espero que el lector disculpe el punto de egocentrismo al darle un origen valenciano y, al mismo tiempo, otorgarle el nombre de mi padre y su apellido materno. Porque llamarlo Joan Pellicer se me antojó excesivo.

Por tanto, la trama personal de Joan Mateu es ficticia de principio a fin. No así el contexto histórico y social en el que lo sitúo, que está muy cuidado en lo que a la documentación se refiere. De hecho, he querido hilar tan fino que busqué incorporar términos, expresiones e incluso canciones que serían muy populares en la época. Es el caso, por ejemplo, de palabras como *sassanach,* un insulto muy poco fino con el que los irlandeses todavía se refieren a los ingleses que ocuparon sus tierras y que literalmente significa «sajones».

Me pareció una oportunidad irresistible para utilizar escenarios como la anexión de Portugal en 1580, la Valencia del siglo XVI o la Nápoles controlada por el Imperio español. Mención especial para Oliva, tierra de origen de Joan Mateu, con una historia que por sí misma daría para una novela entera, gracias a la presencia de la familia Centelles, emparentada ni más ni menos que con la casa de Borja, y con contacto directo con Felipe II.

Sin embargo, la parte central y sin duda la más importante está ambientada en un lugar fascinante: Irlanda del Norte. El castillo de Dunluce se levanta en el condado de Antrim, y ha vivido cada uno de los dramas que he narrado en la novela. Ya se ha hablado de ellos en la literatura española, gracias sobre todo a la épica aventura de otro náufrago, este más ilustre, que escribió sobre sus propias andanzas: el capitán Francisco de Cuéllar. Pero, con sinceridad, la imagen que su relato nos deja de los irlandeses no le hace justicia a la realidad histórica. Quizá sus nobles no pudieran asemejarse en esplendor a la aristocracia de la que Cuéllar formaba parte, pero desde luego tampoco eran unos salvajes que masacraban a los náufragos. Menos aún españoles, pues ambos compartían un enemigo común: los ingleses.

Al igual que Joan, el personaje de Ealasaid también es, en lo básico, ficticio (ya que los nombres de las hijas de reyes y caudillos irlandeses casi nunca han quedado inmortalizados en las crónicas oficiales); el resto de su familia existió de verdad. Y qué decir del tercer protagonista en discordia, Christopher Carleill, al que los historiadores españoles llamaron «el Buen

Inglés», por salvar a unos cuantos náufragos de la Armada. Quién sabe, quizá se vio influenciado por alguien similar a Joan Mateu.

También quiero dejar claro que, aunque escasas, la novela también contiene algunas invenciones y licencias. Por ejemplo, la creación de un paraje como el de Cúilín Gaelach, donde reside Catherine, la hermana de Ealasaid; un lugar de cosecha propia ante la falta de datos sobre el destino de los MacQuillan. Del mismo modo, la canción que Ealasaid canta a Joan en la cueva de la Sirena, conocida en la tradición escocesa como *Fear a'Bàtha*, data en realidad del siglo XIX. Está escrita por una tal Sìne NicFhionnlaigh, que se la dedicó a su prometido, Dòmhnall MacRath, un pescador de Uig en las Hébridas exteriores. Su historia es fascinante: ambos vivían en islas diferentes, y ella temía constantemente que él naufragara cuando iba a visitarla. Lo que pocos saben es que la pareja se casó poco después de que Sìne compusiera esta canción y tuvieron una vida feliz juntos.

Tampoco es cierto que las patatas llegaran a Irlanda a través del naufragio de la Armada Invencible. Esto forma parte de una leyenda popular sin fundamento, ya que, por aquel entonces, la patata era poco más que una excentricidad botánica llegada de América, y no se extendería por Europa hasta muchos años después, y desde luego no gracias a estos naufragios. Pero decidí utilizarlo de este modo en homenaje a dicho mito.

Pero sin duda la más importante de las libertades que me he tomado la encontramos al principio, cuando comento que los primeros supervivientes que llegaron a Dunluce fueron los náufragos de *La Trinidad Valencera*, y que Somhairle los embarcó a Escocia enseguida, por temor a no poder mantener en secreto a tantos españoles. La realidad fue que aquellos hombres permanecieron con los MacDonnell unos veinte días. Pero eso entraba en conflicto con la trama de Roderic. No tenía sentido que él no hubiera puesto en marcha el plan de denunciar a Joan con los otros náufragos. Así que decidí acortar la estancia de estos para que Roderic no se planteara siquiera esa jugada por falta de tiempo para denunciarlos. Al fin y al cabo, esto es una novela, no un ensayo histórico.

Por supuesto, no quiero terminar esta nota final sin los agradecimientos de rigor. Uno de los más firmes debe ser para el historiador irlandés Jim O'Neill, con el que tuve el placer de charlar (salvando el escollo de mi horrible inglés), y quien ha resultado una ayuda esencial para clarificar ciertas dudas sobre el contexto histórico y algunos de los personajes. Por ejemplo, la mayoría de la documentación que yo manejaba en torno a Christopher Carleill señalaba que, además de condestable de Carrickfergus y senescal de Clandeboye (que es

como aparece en la novela), también fue gobernador del Úlster. Pero O'Neill me comentó que dicho título no solo no aparece en los State Papers de Irlanda, sino que jamás existió como tal. También me ofreció diversos mapas sobre algunas de las regiones donde transcurre la historia. Os recomiendo con fervor su perfil de Twitter. Sus *posts* dedicados a la guerra de los Nueve Años son fabulosos.

Esta novela tampoco habría sido posible sin mis aliados habituales, bien sea por su apoyo emocional o por haber contribuido directamente al proceso de creación y publicación. Me refiero, por supuesto, a viejos compañeros de viaje ya como Nieves Muñoz o Teo Palacios; a hermanos más que amigos, como Raúl y su familia; a mi querida agente, Déborah, porque gracias a ti casi conseguimos lo imposible (ya sabes a qué me refiero); a Penélope, mi editora, porque contigo todo es tan cómodo, tan cercano; a mi hermana y a mis padres, por supuesto, y me permitiréis que esta vez me detenga especialmente en mi padre, Juan José, de quien ha tomado nombre y apellido Joan Mateu. Y, cómo no, a ti, amigo lector, tanto si me sigues desde el primer libro como si me acabas de descubrir. Nunca olvides que, aunque estas historias nacen como un ejercicio íntimo, su objetivo siempre es llegar a ti.

Por último, quiero acabar del mismo modo que lo hice con *Lerna*, acordándome de esa Tierra Esmeralda que me sigue llamando en la distancia y que espero visitar a no mucho tardar.



JAVIER PELLICER (Benigánim, Valencia, 1978) es conocido por sus relatos y novelas dedicadas a la literatura fantástica, ciencia ficción y terror, aunque también ha realizado incursiones en el drama o el género histórico. Pellicer ha colaborado en revistas como *Ilike Magazine* y *Horror Hispánico*, y sus textos han aparecido en numerosas antologías, entre las que destacan *Fantasmagoria*, *Ilusionaria 2* o *Crónicas de la Marca del Este*.

En 2012 el autor publicó su primera novela, *El espíritu del lince* —finalista del Premio de Literatura Histórica Hislibris—, a la que seguirían otros títulos como *Legados*, *Leones de Aníbal*, *Lerna* y *El tesoro de La Girona*.

Notas

[1] Gallows Hill. <<

[2] Término gaélico despectivo con el que los irlandeses se referían (y todavía lo hacen) a los ingleses que ocuparon sus tierras. Literalmente, significa «sajones». <<

[3] «Mi amor», en flamenco. <<

[4] Glenmalure. <<

[5] Derry. <<

[6] Río Bann. <<

[7] Corelaine. <<

[8] Lough Foyle. <<

[9] Magilligan. <<

[10] Río Roe. <<

[11] Strabane. <<

[12] Limavady. <<

[13] Acantilado de Fair Head. <<

[14] Pueblo de Cushendun. <<

[15] Cushendall. <<

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
Nota del autor

Sobre el autor